Paul Preston

Las tres Españas del 36

Las tres Españas del 36 ofrece una perspectiva radicalmente distinta y original de la compleja trama de la Guerra Civil española. Rompe con el tópico de que fue una lucha entre extremos llevada a cabo por fanáticos apasionados de la derecha y de la izquierda, por fascistas contra comunistas, por católicos militantes contra ateos convencidos, por separatistas contra centralistas, por campesinos hambrientos contra terratenientes ricos. Más allá de las atrocidades y los odios, este libro descifra un país distinto, la tercera España que, con el paso del tiempo, desembocaría en la España democrática de hoy. José Antonio Primo de Rivera, Pilar Primo de Rivera, Salvador de Madariaga, Julián Besteiro, Manuel Azaña, Indalecio Prieto, Dolores Ibárruri, Francisco Franco y José Millán Astray forman la fascinante galería de personajes esenciales cuyas trayectorias y actitudes ante la guerra analiza Paul Preston. Este libro —galardonado con el Premio ASÍ FUE 1998— es una reflexión sobre la profundidad del drama sufrido por los españoles con motivo de la Guerra Civil, una reflexión conmovedora que no se olvidará fácilmente.

Paul Preston

Las tres Españas del 36

ePub r1.0
jasopa1963 23.06.14

Título original :*Las tres Españas del 36*
Paul Preston, 1998
Diseño portada: Alicia Sánchez

Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.1

A Miguel Dols y a Hilari Raguer

AGRADECIMIENTOS

En la composición de este libro, adquirí una serie de deudas y compromisos con muchas personas, amigos, colegas y protagonistas de los acontecimientos narrados en el libro. Quiero aquí hacer testimonio de mi más caluroso agradecimiento a los que me ayudaron, sea comentando parte o todo el manuscrito, facilitándome documentación y libros, o compartiendo conmigo sus opiniones o sus recuerdos de los personajes retratados en el libro.

Por orden alfabético, son: Michael Alpert, Santiago Álvarez, Beatriz Anson, Manuel Azcárate, Sebastián Balfour, Nicolás Belmonte, Santiago Carrillo, Ángela Cenarro, Elías Díaz, Sheelagh Ellwood, Irene Falcón, Moris Farhi, Nina Farhi, Nigel Glendinning, Jerónimo Gonzalo, Helen Graham, Santos Juliá, Marisa Laporta Girón, Shevawn Lynam, Isabel de Madariaga, Marisa Maldonado de Flatt, Mabel Marañón, Aurelio Martín Náquera, Enrique Moradiellos, Miguel Primo de Rivera y Urquijo, Alberto Reig Tapia, Margarita Rivière, Mercedes Sanz Bachiller, Ismael Saz, Jorge Semprún y Herbert Southworth.

Ya que el libro se ha nutrido de mis largos años dedicados al estudio de la guerra civil española, algunas de las conversaciones a las que me refiero se remontan a los años setenta, y tres de mis interlocutores desgraciadamente han fallecido. Se trata de tres personas de muy distintas ideologías, muy homologables a las de las tres Españas de este libro. Aprendí mucho, tanto de su humanidad como de sus visiones tan ponderadas de la historia reciente de España de: Ignacio Arenillas de Chaves, Fernando Claudín y Francisco Tomás y Valiente.

Mención aparte merecen los dos amigos a quienes está dedicado el libro, Miguel Dols e Hilari Raguer. Son dos hombres ejemplares por su rectitud, generosidad y lealtad. Miguel Dols, el aliento y apoyo ofrecido sin regateo a toda mi empresa académica e intelectual, me ha sido de una importancia capital en malos y buenos momentos. Hilari Raguer, además de prodigar su ayuda en términos de consejos y documentos, ha influido de manera profunda mi pensamiento sobre la guerra civil española. La influencia de sus libros sobre Manuel Carrasco i Formiguera y el general Domingo Batet subyace en este libro mío, que espero sea digno de tal ejemplo. Nunca podría expresar en su justa medida lo afortunado y privilegiado que me siento de contar a Dols y a Raguer entre mis amigos.

PRÓLOGO

Este libro es un intento de ofrecer una perspectiva diferente a la complejidad de la guerra civil española a través del estudio de las vidas de nueve de sus protagonistas más importantes. En mayor o menor medida todos fueron responsables de la gestación del enfrentamiento. Todos tuvieron un papel importante en el conflicto. Por su parte, la guerra supuso un impacto dramático en la vida de todos. Dos de ellos, Julián Besteiro y José Antonio Primo de Rivera, morirían como resultado directo de la contienda. Cuatro —Manuel Azaña, Indalecio Prieto, Salvador de Madariaga y Dolores Ibárruri— se verían obligados a un duro exilio. Solamente la Pasionaria volvería a España, y eso después de treinta y ocho años de echar de menos a su patria. Tres serían los beneficiarios de la victoria. De ellos, dos, Francisco Franco con José Millán Astray como uno de sus fieles seguidores, serían triunfalistas y vengativos, disfrutando los frutos de la victoria y dedicando la mayor parte del resto de su vida a mantener vivo el espíritu de la guerra civil española.

La tercera, Pilar Primo de Rivera, representa un caso diferente. Su existencia se vio perjudicada por la muerte de dos de sus hermanos, Fernando y José Antonio. Aunque no hay duda de que el proyecto de su vida, la Sección Femenina, benefició al régimen, estuvo marcado por el dolor de la pérdida de sus hermanos.

En cada una de las nueve vidas que se retratan aquí, el esfuerzo de relacionar la vida personal del individuo con su papel político ha dado más énfasis a la tristeza, el dolor y la tragedia de la guerra civil. Con la

excepción de Franco y Millán Astray, quienes usaron la violencia y el terror como instrumentos de su propia ambición, el papel político de cada uno de los personajes estudiados recoge una catástrofe personal. En realidad, la vida de los nueve personajes que aparecen en este libro mueve a reflexión sobre la profundidad de la tragedia sufrida por los españoles. La disposición de aquellos dos para sacrificar la vida de sus compatriotas y la agonía mental y las dudas sufridas por los otros siete les convierten a todos en personajes representativos de aquella tragedia.

Es una conclusión comúnmente aceptada que la guerra civil española fue una lucha entre extremos llevada a cabo por fanáticos apasionados de la derecha y de la izquierda, por fascistas contra comunistas, por católicos militantes contra ateos convencidos, por separatistas contra centralistas, por campesinos hambrientos contra terratenientes. No es difícil encontrar los conflictos amargos que parecían hacer la guerra inevitable en los años anteriores a 1936. Sin duda, la guerra civil no era una sola guerra sino muchas, que coexistieron y se solapaban de tal manera que acentuaron el odio. Extremismos que ya existían y hostilidades latentes se vieron estimulados por muchos aspectos de la confrontación. En cualquier guerra se suele dar rienda suelta a los odios reprimidos. Esto se acentuó con el colapso de la legalidad republicana en toda España, al ser sustituida en la zona nacional por militares, curas y falangistas y en la zona republicana por milicias sindicalistas y comités políticos. Fue una oportunidad para vengarse de los resentimientos acumulados. Hubo muchas atrocidades y, junto con las muertes en batalla, provocó el deseo de venganza entre familias y compañeros de las víctimas.

Entre los de izquierda y los de derecha había muchos que consideraban la guerra civil como la oportunidad de resolver conflictos que se habían intensificado durante los últimos cinco años. Una minoría importante fue responsable de los brotes de odio ciego y matanzas irresponsables en toda España. Por ambos lados hubo *sacas*. Odios religiosos y de clase provocaron atrocidades tremendas en ambas zonas. A menudo fueron llevadas a cabo por grupos incontrolados que preferían matar civiles en la

retaguardia a enfrentarse a la dureza del frente. En una anécdota que me contó el político catalán Miquel Roca i Junyent se ejemplariza el aspecto inconsciente de tales extremismos. Su abuelo materno era un carlista catalán importante, Miquel Junyent i Rovira. El 22 de julio de 1936, un grupo de milicianos de la Federación Anarquista Ibérica se presentó en casa de los Junyent y exigió que les acompañara. Como era un político importante de derechas, no había duda de sus intenciones hostiles. Sin embargo, había muerto de un ataque al corazón el día anterior. Cuando la viuda les informó, sospecharon que se trataba de un engaño e insistieron en ver el cadáver. Cuando les llevó hasta el ataúd abierto, enfrentados a la prueba evidente de su fallecimiento, uno de ellos se dirigió a los otros y les dijo: «¡Cojones! Ya os decía que teníamos que haber venido ayer.»[1]

El sectarismo descontrolado y frívolo que existía detrás de un millar de incidentes parecidos fue algo que las autoridades republicanas en Cataluña y en el resto de España se esforzaron en eliminar, no siempre con éxito. En la zona nacional fue más bien un instrumento político que aprovecharon. En ciudades como Salamanca y Valladolid, las matanzas se convirtieron en un espectáculo público al que asistían personas educadas de la clase media[2]. Mientras tanto, la guerra de extremismos no implicaba a todos los que participaban en ella. Había muchos, probablemente la mayoría de la población, incluso de la clase política, para quienes la guerra era algo terrible. Entre los que no aprobaban el hecho de que los intereses partidistas se solucionasen con sangre, había unos cuantos que tenían los medios financieros o capacidades profesionales para poder vivir en el extranjero, y se exiliaron inmediatamente. El resto se vio sumido en la guerra con una sensación de terror. Se vieron involucrados de mil maneras, o como víctimas pasivas de ataques aéreos o en las acciones vengativas de las tropas vencedoras, o más activamente como soldados, porque creían sencillamente que tenían que cumplir con su deber o tenían que hacerlo para sobrevivir. Su implicación involuntaria en la guerra hace difícil asociar a esta gente con las categorías normales de extremismo de la guerra civil española.

Durante los últimos años se ha reconocido que en realidad existían tres Españas más que dos bandos antagónicos. Los casos clásicos han sido personas como Salvador de Madariaga y José Ortega y Gasset, que se negaron a tomar parte en la guerra. Madariaga fue objeto de muchas críticas porque pasó gran parte de la contienda intentando negociar un tratado de paz —probablemente un esfuerzo mal dirigido que sin embargo significó un valor y un sacrificio considerables—. Aunque se consideró que había abandonado la causa republicana, fue criticado duramente dentro de la zona nacional. Otros que no participaban en la guerra eran centristas como el ex presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora y el líder del Partido Radical, Alejandro Lerroux. No fueron aceptados en ninguna zona. Sin embargo la actitud de Madariaga y Ortega y algunos otros de «abstenerse de la guerra», para usar la frase de Madariaga, fue un lujo permitido sólo a una pequeña minoría de intelectuales y políticos. Ellos pertenecían a la «tercera España», pero no eran los únicos.

El concepto de una tercera España se puede ampliar a un reducido grupo de exiliados y a grandes sectores de ambos bandos durante la contienda. Había otros que sufrieron de varias maneras, a manos de los de izquierda y de los de derecha, a causa de su moderación. Un caso típico fue el de Manuel Portela Valladares, centrista que había sido primer ministro desde finales de 1935 hasta las elecciones de febrero de 1936. Se había negado a autorizar el intento del general Franco, en aquel momento jefe de Estado Mayor Central, de utilizar el Ejército para invalidar la implantación de los resultados electorales[3]. Portela era un hombre rico, con importantes intereses en bancos y periódicos, casado con una aristócrata, la vizcondesa de Brillas. Cuando se produjo el alzamiento militar se encontraba en su palacete entre la Diagonal y el Paseo de Gracia de Barcelona. Consciente del peligro, y con la ayuda de la Generalitat, atravesó la ciudad disfrazado de mujer, llegó al puerto y se embarcó hacia Francia. En ambas zonas se confiscaron sus propiedades y se saquearon sus domicilios. A lo largo de su exilio sufrió grandes dificultades en la Francia de Vichy durante la Segunda

Guerra Mundial, ya que Franco intentó su extradición para juzgarle en España[4].

Otro exiliado de Barcelona fue el político catalán católico Joan Baptista Roca i Caball, uno de los fundadores de la Unió Democràtica de Catalunya. Durante la campaña electoral de febrero de 1936, Roca había rechazado la oferta de Lluís Companys de dos puestos en la lista electoral del Frente Popular, argumentando que un partido que se define como cristiano no puede participar en una lista electoral en la que se incluyen marxistas. Al empezar la guerra, la hostilidad de la FAI hacia este católico devoto le obligó a abandonar Barcelona y marcharse a París donde colaboró con el filósofo católico Jacques Maritain en el Comité Pour la Paix Civile en Espagne. Como catalanista, fue persona *non grata* en la España de Franco. Cuando finalmente se le permitió volver años después de la guerra, evidentemente no pudo recuperar sus propiedades confiscadas[5].

Manuel Carrasco i Formiguera, amigo de Roca Caball, sufrió un destino mucho peor cuando la FAI le expulsó de Cataluña. Navegando hacia el País Vasco, fue capturado y ejecutado por los franquistas[6]. El arzobispo de Tarragona, cardenal Francesc Vidal i Barraquer, fue el progresista más conocido de la Iglesia española. Al principio de la guerra, a pesar de su enorme popularidad, fue detenido en Tarragona por las milicias de la FAI. La Generalitat logró su liberación y, por motivos de seguridad, le consiguieron un pasaje para Italia, donde dedicó denodados esfuerzos a conseguir un acuerdo de paz. Franco nunca autorizó su vuelta a España[7].

El destino de muchos vascos católicos moderados fue igualmente trágico. Los franquistas ejecutaron a catorce sacerdotes vascos durante el otoño de 1936 a causa de su nacionalismo. Después de la caída del País Vasco en el verano de 1937 se encarcelaron, exiliaron y trasladaron a cientos de curas y seglares[8]. Otro caso doloroso, pero no tan trágico, fue el de Mateo Múgica y Urrestarazu, obispo de Vitoria, que se declaró a favor

de los militares rebeldes pero sufrió la persecución de Franco. Había sido expulsado por la República en 1931 por su oposición al régimen. Sin embargo, como nacionalista vasco, fue víctima de frecuentes humillaciones y amenazas de muerte por oficiales franquistas y falangistas. Creía que la Junta de Burgos planeaba su muerte. El arzobispo de Valencia, Prudencio Melo y Alcade, intervino y convenció a las autoridades militares de las posibles repercusiones internacionales. Por lo tanto se decidió citar a Múgica en Burgos y que un grupo de falangistas dirigidos por Ramón Castaños, jefe provincial de la Falange de Álava, le asesinara durante el viaje. Se negó a marcharse. Fue acusado de haber proclamado que el nacionalismo vasco era tan católico como cualquier otro partido nacionalista español. Luego el cardenal Isidro Gomá informó a Múgica que debería abandonar España. Fue expulsado de la España franquista y obligado a exiliarse en Italia. Denunció ante el Vaticano el bombardeo de Guernica y como consecuencia Franco decidió que nunca se le permitiría volver a su diócesis. Aunque siempre mantuvo su apoyo general a la causa franquista, se negó a firmar la Carta Colectiva de la jerarquía española a favor de los nacionales, «A los obispos del mundo entero», publicada el 1 de julio de 1937. Cuando explicó su decisión al Vaticano, escribió: «Según el Episcopado español, en la España de Franco la justicia es bien administrada, y esto no es verdad. Yo tengo nutridísimas listas de cristianos fervorosos y de sacerdotes ejemplares asesinados impunemente sin juicio y sin ninguna formalidad jurídica.»[9]

Estos casos no se limitaron a Cataluña y al País Vasco. Luis Lucia, dirigente católico de la Derecha Regional Valenciana, fue otro personaje acosado por ambos bandos. A pesar de denunciar el alzamiento militar, fue perseguido por la izquierda y encarcelado. Al final de la guerra fue juzgado por los franquistas por haber condenado el golpe[10]. Un destino parecido fue el de los republicanos valencianos del Partido de Unión Republicana Autonomista. Varios miembros conocidos del partido fueron asesinados al principio de la guerra por milicianos de la izquierda; su crimen fue el apoyo a los gobiernos de derecha en 1934 y 1935. El dirigente de la PURA, Sigfrido Blasco, hijo del novelista Vicente Blasco Ibáñez, se refugió y

finalmente consiguió escapar a Italia. Después se exilió en Francia junto con otros miembros de la PURA. Al final de la guerra, como castigo por su pasado republicano, confiscaron sus propiedades. Permaneció en el exilio hasta la muerte de Franco[11].

Hubo muchos casos de militares que sufrieron a causa de su distanciamiento de ambos lados. Un ejemplo curioso es el del general Miguel Campins, antiguo amigo de Franco y vicedirector de la Academia General Militar de Zaragoza. Campins fue juzgado el 14 de agosto en Sevilla por el delito de rebelión. Como gobernador militar de Granada, había tardado dos días en unirse al alzamiento. Campins fue sentenciado a muerte y ejecutado el 16 de agosto[12]. Campins no era en realidad republicano. Fue sencillamente víctima del extremismo fanático de Queipo de Llano. Los dos generales encargados de hacer frente a las rebeliones asturiana y catalana de octubre de 1934, Eduardo López Ochoa y Domingo Batet, fueron atacados por la izquierda por ser instrumentos de represión y por la derecha por no aplicar un régimen de terror ejemplar. Ambos perdieron la vida en la guerra a manos de extremistas. Eduardo López Ochoa fue detenido en Madrid acusado de excesos llevados a cabo durante la represión en Asturias. Un grupo de descontrolados le sacó del hospital militar de Carabanchel y le asesinó[13] Batet se negó a incumplir su juramento de lealtad a la República y unirse a la insurrección de Burgos. Por lo tanto fue juzgado y ejecutado. Franco se interesó personalmente por el caso [14]. Se ha comentado que lo hizo para vengarse de Queipo de Llano, que intercedió por Batet, y por su papel en la ejecución de su amigo Campins[15].

Existen numerosos casos de personas que no se incluyen en la tercera España porque apoyaron lealmente a uno u otro bando, pero que nunca se encontraron cómodos y sufrieron moralmente. Otro caso notable del bando nacional fue el dirigente de la CEDA, José María Gil-Robles, que no fue suficientemente extremista para encajar en el Cuartel General de Franco. Al

principio de la guerra se había refugiado en Biarritz, en el sur de Francia. Expulsado de ese país, se dirigió a Portugal, donde ayudó a Nicolás, hermano de Franco, a establecer una embajada nacional no oficial o «agencia de la Junta de Burgos», en el hotel Aviz de Lisboa. Gil-Robles tuvo un papel importante en la organización de la compra de armas y otros suministros, propaganda y ayuda financiera de la causa rebelde. Sin embargo, durante varias visitas a la España rebelde, se encontró cada vez peor recibido. Fue acusado de ser responsable de lo que ocurría en España, a causa de su táctica accidentalista durante la Segunda República y necesitaba protección de los militares contra los falangistas hostiles.

A pesar de que durante la guerra sus declaraciones públicas eran las de un subordinado entusiasta, Gil-Robles se convirtió en persona *non grata* en la zona nacional. Dio la bienvenida a la unificación forzada de Franco de las diferentes fuerzas políticas de la zona nacional. Su partido, la CEDA, se disolvió y sus jefes y militantes de base se unieron al Movimiento franquista. Varios de los dirigentes de la CEDA fueron ascendidos por Franco, pero Gil-Robles no fue uno de ellos. Seguía siendo acusado en la zona nacional de haber retrasado la guerra inevitable contra una democracia corrupta. El hecho de que hubiese aceptado la unificación no le sirvió de nada. En el ambiente cargado de guerra, la posición legalista de Gil-Robles durante la República no tenía ningún sentido. Cuando los grupos catastrofistas que habían luchado para derrotar la República se implicaron cada vez más en la matanza, estuvieron todavía más dispuestos a considerar a Gil-Robles y su «accidentalismo» como una simple traición. Esta experiencia en manos de sus correligionarios contribuyó a que Gil-Robles evolucionara en la posguerra hacia una oposición monárquica democrática al régimen franquista[16].

Las dificultades de Julián Besteiro fueron de otra clase. Se encontraba tan poco cómodo en la zona republicana que se retiró a un exilio interior. Después de una exhaustiva meditación terminó por traicionar a muchos

camaradas de toda la vida a causa de su odio al comunismo. Dolores Ibárruri resumió amargamente las contradicciones que torturaban a Besteiro cuando escribió: «En una reunión de la ejecutiva del Partido Socialista celebrada en Barcelona en noviembre de 1938, en la que se discutió la situación de la República, Julián Besteiro declaró que "sin la participación de los comunistas no había posibilidad de ganar la guerra; pero si la guerra se ganaba, España sería comunista". Él no aceptaba, no podía aceptar esto. Por tanto, la conclusión era lógica: "Perder la guerra para que no triunfasen los comunistas". A esta conclusión llegaba la insensatez anticomunista del "honorable" profesor de lógica[17]». Tomó parte en la Junta del coronel Segismundo Casado que rechazó la autoridad del gobierno de Negrín durante los días finales de la guerra, y por lo tanto tenía responsabilidad por una miniguerra civil dentro de la guerra civil.

Creyendo inocentemente que ayudaba a evitar la división de España, se había puesto en contacto con la Quinta Columna nacional dentro de la zona republicana. Su contacto, el catedrático de derecho internacional Antonio Luna, le informó que «el Generalísimo ofrecía garantía de vida y libertad a todos aquéllos que, sin haber cometido crímenes comunes, contribuyesen a la entrega de los rojos sin derramamiento de sangre; estas condiciones, que se comunicaron directamente por el que declara a los militares, se extendieron a los civiles que colaborasen con aquéllos[18]».

Estas circunstancias se aplicaron plenamente a Besteiro y nadie hizo más que él (hasta el punto de traicionar a muchos de sus compañeros republicanos) en su esfuerzo por conseguir la rendición. Sin embargo, fue encarcelado y abandonado a morir sin la necesaria asistencia médica. Años después Antonio Luna, en aquel momento embajador en Austria, contó a un cura que «de parte de Franco les había prometido vida y libertad si evitaban una masacre al final de la guerra. Ellos aceptaron, cumplieron y luego me los fusilaron a casi todos[19]». El que la honestidad esencial de Besteiro le llevara a sobrestimar la humanidad de Franco es un comentario triste sobre el Caudillo.

Se puede argumentar que estos individuos, Lucia, Carrasco i Formiguera, Roca i Caball, Batet, Vidal i Barraquer, los sacerdotes vascos y Besteiro, pertenecen todos a la tercera España. Todos sufrieron por el extremismo de un bando o de ambos. Dicho esto, no significa que fuesen de alguna manera moralmente superiores a los que sirvieron con lealtad en ambos lados. Solamente dos de los personajes estudiados en este libro —Madariaga y Besteiro— encajan plenamente en la categoría de la tercera España. Tres —Franco, Millán Astray y Dolores Ibárruri— encajan completamente en las conclusiones generales sobre el extremismo, pero aun así, aunque Ibárruri nunca dudaba de su compromiso con la victoria de la República, la dirigente comunista nunca mostró la crueldad sangrienta que era habitual en los dos generales. Millán Astray fue probablemente la persona que más contribuyó a la temprana brutalidad de Franco y la exaltación propagandística de la violencia del bando nacional. Pero la violencia de Millán Astray fue ensombrecida por la de su amigo adjunto. Cuando fue entrevistado en Tánger el 28 de julio de 1936, el general Franco dio muestras de haber aprendido las lecciones del fundador de la Legión Extranjera Española. Contó al corresponsal de guerra americano Jay Allen: «Pronto, muy pronto, mis tropas habrán pacificado el país, y todo esto —el general movió la mano señalando hacia España— pronto parecerá una pesadilla». Allen le preguntó: «¿Eso significa que tendrá usted que fusilar a media España?». Franco sacudió la cabeza, y sonriendo dijo: «Repito, cueste lo que cueste.»[20]

La fría falta de piedad de Franco contrastó con la humanidad de su adversario principal, Manuel Azaña; el Caudillo decidido a redimir la nación por la sangre, frente a la actitud de Azaña, el hombre de la razón y la paz. Azaña declaró el 17 de julio de 1937: «Ninguna política se puede fundar en la decisión de exterminar al adversario, no sólo (y ya es mucho) porque moralmente es una abominación, sino porque es materialmente irrealizable: y la sangre injustamente vertida por el odio, con el propósito de exterminio, renace y retoña y fructifica en frutos de maldición; maldición no sobre los que la derramaron, desgraciadamente, sino sobre el propio país

que la ha absorbido para colmo de la desventura.»[21] El mismo día Franco se entusiasmó con su propia «epopeya gloriosa» en la que alabó «sus victorias más sangrientas, el asalto de Badajoz y la toma de Málaga». Los españoles contra quienes se habían logrado estos triunfos eran «turbas de criminales, asesinos y ladrones[22]».

¿Si Julián Besteiro pertenece a la tercera España, no se puede defender el caso de Azaña, que se quedó en su puesto, aunque horrorizado por la guerra y la matanza por ambos lados? ¿O incluso el de Prieto, cuyos sentimientos eran casi iguales? Quizá sería ampliar demasiado la definición, pero permanece el hecho de que Azaña y Prieto, e incluso José Antonio Primo de Rivera, encarcelado, no entran en la categoría convencional de extremismo. Prieto escribió a finales de 1938: «Data de muchísimo tiempo la afirmación filosófica de que en todas las ideas hay algo de verdad. Me viene esto a la memoria a cuenta de los manuscritos que José Antonio Primo de Rivera dejó en la cárcel de Alicante. Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fuesen fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ser ventiladas en el campo de batalla.»[23] En realidad, la humanidad y patriotismo que inspiraban las palabras de Prieto se habían demostrado mucho antes del comienzo de la guerra. El 1 de mayo de 1936, en un discurso pronunciado durante la campaña por la repetición de las elecciones en Cuenca, Prieto había declarado: «Me siento cada vez más profundamente español. Siento a España dentro de mi corazón, y la llevo hasta en el tuétano mismo de mis huesos. Todas mis luchas, todos mis entusiasmos, todas mis energías, derrochadas con una prodigalidad que quebrantó mi salud, los he consagrado a España». Con estas palabras Prieto se ganó el aplauso de José Antonio Primo de Rivera, entre otros[24]. En 1935, casi con humor, Miguel de Unamuno escribió sobre José Antonio Primo de Rivera: «Es demasiado fino, demasiado señorito y, en el fondo, tímido para que pueda ser un jefe y ni mucho menos un dictador. A esto hay que añadir que una de las cosas más necesarias para ser un jefe de un partido “fajista” es la de ser

epiléptico». Sea lo que sea lo que hizo antes, José Antonio Primo de Rivera había evolucionado de manera considerable, ideológica e intelectualmente, entre el momento de su arresto el 14 de marzo de 1936 y su ejecución el 20 de noviembre de 1936[25]. Se podría argumentar lo mismo de Dolores Ibárruri y Pilar Primo de Rivera: ninguna de las dos mostró la sed de sangre necesaria para cometer atrocidades y matanzas vengativas.

No es de sorprender que Azaña intentara salvar la vida de José Antonio Primo de Rivera[26]. Como Prieto, Azaña fue abatido por el estallido de la guerra. Le provocó una depresión de la que nunca se recuperó[27]. El recurso a la guerra significó la destrucción de su proyecto de toda la vida de racionalizar la política de España. Su protesta patriótica se intuye en la emisión de su discurso al pueblo español la noche del 23 de julio de 1936: «Y aquellos causantes de este destrozo, los que llevan sobre sí el horrendo delito de haber desgarrado el corazón de la patria, los que llevan sobre sí la horrenda culpa de que por ellos se vierta tanta sangre y se causen tantos daños, ¿no están ya convencidos de que su empresa ha fracasado? ¿Hasta cuándo van a persistir en su empeño? ¿Hasta cuándo van a tener escandalizado al mundo, desacreditando el nombre de español y haciéndonos verter a todos lágrimas de dolor por las víctimas que se causan, por las víctimas inocentes de la ambición y del delito?»[28] Hablando en el ayuntamiento de Valencia, el 21 de enero de 1937, dijo: «Hacemos una guerra horrible, guerra sobre el cuerpo de nuestra propia patria; pero nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen.[…] Vendrá la paz, y espero que la alegría os colme a todos vosotros. A mí, no. Permitidme decir esta terrible confesión, porque desde este sitio no se cosechan, en circunstancias como ésta, más que terribles sufrimientos, torturas del ánimo de español y de mis sentimientos de republicano […]. La victoria será impersonal porque no será el triunfo de ninguno de nosotros, ni de nuestros partidos, ni de nuestras organizaciones […]. No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado elija el

trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España.»[29]

El mismo sentido de ultraje y desesperación envolvió a Prieto. Igual que Azaña, a pesar de su desesperación, mantuvo la dignidad de su puesto, Prieto, no menos desesperado y aún más pesimista, movilizó inmensas reservas de energía para el esfuerzo de guerra republicano.

Azaña habló en Barcelona en el segundo aniversario del comienzo de la guerra civil. Sus palabras eran un epitafio para los que habían muerto en ambos bandos y una condena terrible de la política de los victoriosos: «No voy a aplicar a este drama español la simplísima doctrina del adagio, de que "no hay mal que por bien no venga". No es verdad, no es verdad. Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acuerden si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de estos hombres, que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, piedad y perdón[30]».

Se tardarían treinta y nueve años en aplicar el mensaje de reconciliación de Azaña a la transición pacífica de la democracia. Los derrotados que quedaron en España sufrieron una vengativa represión y los obligados a abandonar sus casas pasaron por un exilio doloroso. Prieto y Salvador de Madariaga pasaron la mayor parte del resto de su vida intentando hacer realidad la petición de Azaña por la «paz, la piedad y el perdón». Prieto había muerto cuatro meses antes de que los esfuerzos de él y Madariaga trajeran sus frutos. Monárquicos, católicos y falangistas arrepentidos de dentro de España —dirigidos por Gil-Robles— se encontraron con

socialistas y nacionalistas vascos y catalanes exiliados —dirigidos por Madariaga— en Múnich en el IV Congreso del Movimiento Europeo del 5 al 8 de junio de 1962. El Congreso de Múnich fue en muchos aspectos un ensayo para la pacífica transición posterior a la democracia.

Por lo tanto, no sorprende que Franco lo denunciara en términos durísimos. En realidad su régimen represivo duró catorce años más. Sin embargo, el mensaje de Múnich fue uno que se iba a reflejar en el comportamiento político de la mayoría de la población española durante los años posteriores a 1976. Traumatizados por los horrores del extremismo sectario experimentado durante la guerra civil y la represión de la posguerra, la mayoría de los españoles rechazó la violencia política y la herencia de Franco, su deliberada política de mantener la división entre vencedores y vencidos. Dolores Ibárruri volvió a España y participó en las primeras elecciones desde la guerra civil, elecciones llevadas a cabo con un espíritu de reconciliación nacional. En este sentido, las dos Españas que lucharon en 1936 se habían convertido en la tercera España de consenso democrático prevista en el discurso de Azaña en Barcelona.

1. Francisco Franco.

EL DISCRETO ENCANTO DE UN DICTADOR

FRANCISCO FRANCO

EL DISCRETO ENCANTO DE UN DICTADOR.

Franco pasó los primeros cuarenta y cinco años de su vida escalando la cumbre. Una indómita ambición le condujo hasta la cima de su profesión militar en 1934 cuando se convirtió en general de división y, poco después, en jefe del Estado Mayor. Durante la guerra civil española se esforzó para asegurarse, ante todo, que se le reconociera como el mando único militar de la zona nacional, lo que consiguió el 21 de septiembre de 1936. Al cabo de una semana se había convertido en jefe del Estado. En menos de siete meses había derrotado a todos sus rivales políticos gracias a la forzada unificación de los partidos, hecho que tuvo lugar en Salamanca en abril de 1937. Por lo tanto, su principal propósito era mantener el poder que había conseguido, lo que significaba ganar la guerra civil y sobrevivir luego a la Segunda Guerra Mundial y a la hostilidad internacional que se ganó por su cercanía con el Eje. El apogeo de su éxito se dio en septiembre de 1953 con el Pacto de Madrid que se firmó con Estados Unidos. La magia de Franco reside en el contraste entre la destreza y las cualidades requeridas para alcanzar tal éxito, y su sorprendente mediocridad intelectual y su timidez personal, que llevó a muchos de los que le conocieron a comentar cuán distinta resultaba su imagen de la del dictador que en realidad era.

La fascinación y la dificultad que suponen comprender a Franco se ven aumentadas por el modo en que él mismo se afanó en crear mitos mediante la interpretación de sus propios actos, que fueron ávidamente propagados por sus admiradores: existe el Franco incansable, celador y omnisciente vigilante («Yo soy el centinela que nunca se releva; el que recibe los telegramas ingratos y dicta las soluciones; el que vigila mientras los otros duermen[1]»); el Franco brillante diplomático que mantuvo a España apartada de la Segunda Guerra Mundial a fuerza de su supuesta «hábil prudencia» para engañar a Hitler; y el Franco benefactor de todos los españoles, el que se dedicó a la supuesta «paz social». Sin embargo, la continua custodia se veía a menudo interrumpida por largas cacerías y excursiones a pescar. Y es difícil sostener la «hábil prudencia» dada la creciente evidencia de que Franco deseaba formar parte del futuro orden fascista del mundo y que si evitó juntarse con el esfuerzo bélico del Eje lo hizo sólo por una serie de obstáculos —la debilidad económica y militar de España y su tensa relación personal con Hitler—. Los veinticinco años de paz y prosperidad de los vencedores se consiguieron con el coste de campos de trabajos forzados, exilios masivos, prisiones, torturas y ejecuciones entre los vencidos.

Las contradicciones sobre Franco abundan y se ven complicadas por su longevidad. El honrado e impetuoso soldado de 1916 es completamente irreconocible en el astuto estadista de los años cuarenta y no parece tener nada que ver con el hombre que se rodeó de los ornamentos de la realeza en los años cincuenta. Las dificultades en explicarlo se deben a los propios esfuerzos de Franco en confundir. Durante su madurez cultivó una impenetrabilidad tendente a asegurarse que sus intenciones fueran indescifrables. Su capellán durante cuatro décadas, el padre José María Bulart, hizo el ingenioso y contradictorio comentario de que «quizás era frío, como dicen por ahí, pero no lo aparentaba. En realidad, nunca aparentaba nada[2]». La clave de su destreza era la habilidad para evitar las definiciones concretas; uno de los modos con que lo hacía era manteniendo constantemente las distancias, tanto políticas como físicas. En innumerables ocasiones de crisis a través de sus años en el poder, Franco se encontraba,

sencillamente, ausente, a menudo ilocalizable, mientras cazaba en alguna sierra remota.

El maduro Franco era un camaleón. En la lucha por el poder en los años cuarenta entre oficiales del Ejército y falangistas, por ejemplo, la habilidad de permanecer aparte, sin estar comprometido con nada de manera ostensible, fue clave para su supervivencia. Les dijo a importantes falangistas que los reaccionarios oficiales del Ejército bloqueaban sus objetivos de revolución social, como si él no tuviera poder para detenerles y olvidando convenientemente que era el Generalísimo de las Fuerzas Armadas. Al mismo tiempo, cuando los conservadores generales se quejaban de los excesos falangistas, replicaba con tono intrigante que debían tener todos cuidado de los impulsos falangistas, pasando hábilmente por alto que era jefe nacional de la Falange.

La fuerza derivada del frío y objetivo cálculo de Franco era consecuencia del hecho de que le faltaban tanto el maníaco genio de Hitler como la imprudente impetuosidad de Mussolini. Esto no significa que no tuviera pasiones, entusiasmos y obsesiones: su odio por la francmasonería era patológico y su entusiasmo por la cacería insaciable. Como el Duce y el Führer, Franco tenía la facultad y la convicción provenientes de la neurosis. Sin embargo, había en Franco, sobre todo después de su ascenso al poder supremo, mucho menos carisma. De hecho, cuando se encontraba a la luz pública como líder político, a veces daba muestras de una inesperada timidez, y a menudo se inhibía, se ponía nervioso e incómodo en actos públicos.

Esta aparente modestia contrastaba con su afición a la adulación y con su frecuente recurrencia a la autoglorificación. Esto tuvo numerosas manifestaciones, pero ninguna lo bastante sibarita como su mayor logro literario, *Raza*. A finales de 1940, cuando sus propagandistas nos hacían creer que Franco estaba convirtiéndose en un solitario y vigilante centinela para evitar que Hitler empujara a España a la Segunda Guerra Mundial, tuvo el tiempo y energía emocional suficientes para escribir un guión de cine. *Raza* era transparentemente autobiográfica; en ella, y a través de su heroico protagonista principal, corrigió todas las frustraciones de su vida[3].

El argumento narra las experiencias de una familia gallega, totalmente identificable con la de Franco, desde el colapso imperial de España en 1898 hasta la inestabilidad política del primer tercio de siglo y la guerra civil. El personaje fundamental en el libro es la figura de la madre, doña Isabel de Andrade. Sola, con tres hijos y una hija que criar —como la madre de Franco, Pilar Bahamonde— la piadosa doña Isabel es una figura dulce, pero fuerte. Pilar fue abandonada por el disoluto, jugador e infiel padre de Francisco. En contraste, en la novela el padre del protagonista es un héroe naval y doña Isabel enviuda cuando lo matan en la guerra de Cuba. En sus diversos discursos y escritos, en sus inacabadas memorias y en muchas entrevistas, Franco a menudo remodela aspectos de su pasado para agrandar su propio papel, pero nunca de manera tan aplastante y reveladora como aquí.

Tanto en la vida privada como en el poder, Francisco rechazó implacablemente todo lo que se asociara con su padre, desde los placeres de la carne hasta las ideas izquierdistas. Una intensa y, de hecho, esquizofrénica identificación con el sufrimiento de su madre en manos de su promiscuo progenitor puede leerse en el hecho de que su visión de las mujeres y del sexo estaba cargada de dificultades. En la Legión era conocido por no tener necesidad de mujeres, y se escribieron canciones sobre su disponibilidad a dejar a su novia para luchar en África[4]. Sus alusiones públicas a hechos relacionados con el sexo eran poco frecuentes. En una visita a la Academia Militar de Zaragoza, en 1942, le contó a uno de los profesores que debería colocarse una cama adicional en las habitaciones que tuvieran dos residentes «para evitar matrimonios[5]».

En 1937, hablando de la muerte de José Antonio Primo de Rivera, le comentó a su cuñado su convicción de que el líder falangista estaba en manos de los rusos, «y es posible que éstos lo hayan castrado[6]». En noviembre de 1937, conversando con un corresponsal de *La Prensa*, de Buenos Aires, le sugirió que visitara Asturias «y encontrará muchachas de quince y dieciséis años, cuando no de menos edad, atropelladas y encintas: hallará ejemplos constantes de amor libre, atropellos odiosos, muchachas que decían requisadas por tal o cual jefe ruso, y otras infinitas pruebas de

barbarie[7]». En los años cincuenta urgió a una delegación de Sociedad Española de Autores a que emularan las obras de Calderón, que mostraban cómo restaurar el honor con «el detergente de la sangre».

La gran experiencia formativa de la vida de Franco fue el Ejército y, por encima de todo, su época de oficial colonial en África.

Serrano Suñer fue, con toda probabilidad, el más dotado colaborador que Franco tuvo nunca. (En la foto, con su esposa Zita y su cuñada Carmen Polo.)

En las pancartas y los retratos y en las ceremonias del régimen se creaba la impresión de omnipotencia de Franco al proyectarlo como santo cruzado confiado en la misión de Dios. (Imposición a Franco de la Orden Suprema de Cristo por el cardenal Enrique Pla y Deniel.)

El repudio a su padre se igualaba con una honda identificación con su madre, algo que quizá puede verse en muchos aspectos de su estilo personal —modos amables, una voz suave, propensión al llanto y un perdurable sentido de privación—. El tono de resentimiento y de lástima de sí mismo, que traspasa sus discursos como Caudillo, fue una de las fuerzas motivadoras que le condujeron a la grandeza. Numerosas anécdotas de sus años en el poder evocan al chiquillo oprimido que debió de ser: sólido comilón, se quejó un día ante su guiso de carne favorito, «como soy el jefe del Estado, me ponen el *ragout* con mucha carne, y resulta que a mí también me gustan mucho las patatas». Nada más fácil que pedir más patatas a los camareros, pero se sentía más a gusto sintiéndose privado[8]. Un día, a principios de 1960, admiraba un par de zapatos que llevaba su cuñado y secretario privado, Felipe Polo. Cuando éste le dijo que eran ingleses, de importación, y su precio, Franco comentó: «No podría permitirme pagar tanto.»[9] Y no era broma: Franco llevaba pesados zapatos que le enviaba un fabricante de zapatos baratos; eran muy incómodos y, con el paso del tiempo, le causarían graves problemas.

El abierto sentimentalismo de Franco estaba vinculado a su sentido de privación y a la autocompasión. Aunque implacablemente cruel con sus enemigos y fríamente distante con sus subordinados, era de lágrima fácil: lloró el día de su primera comunión; lloraba al hablar de Alfonso XIII —a pesar de que retrasó la restauración de la monarquía española durante casi cuarenta años[10]—; lloraba cuando hablaba de la ayuda recibida de Portugal, Italia y Alemania durante la guerra civil[11]. En sus entrevistas con Hitler, Mussolini y Eisenhower estaba visiblemente emocionado, más por el orgullo que le inspiraba hallarse en términos de igualdad con sus héroes que de gratitud por la ayuda militar, que daba por sentada; se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar la vergüenza de Pétain cuando tuvo que pedir el armisticio, olvidando fácilmente cómo él mismo había intentado explotar la debilidad francesa para ocupar parte del imperio francés en el norte de África[12] se emocionó el día que recibió un doctorado honorífico de la Universidad Pontificia de Salamanca[13].; Tal emoción contrastaba completamente con la frialdad con que contemplaba masivas sentencias de

muerte. Y la llorosa gratitud por la ayuda portuguesa durante la guerra civil no le impidió acariciar la idea de una anexión de Portugal para una España más grande.

Varios aspectos del porte de Franco —los ojos, la voz atiplada, la aparente calma exterior— les parecían a muchos observadores un poco femeninos. John Whitaker, el distinguido periodista americano que le vio varias veces durante la guerra civil, hablaba del tono casi femenino de su voz: «Es un hombre pequeño, con manos de mujer y siempre húmedas por el sudor. Excesivamente tímido, contesta con evasivas, su voz chillona y aguda es un poco desconcertante, dado que habla muy bajo —casi en un susurro—.»[14] La feminidad del aspecto de Franco era frecuente e inadvertidamente señalada por sus admiradores: «Los ojos son lo más remarcable de su fisonomía: son típicamente españoles, largos y luminosos, con largas pestañas. Normalmente son sonrientes y, de alguna forma, reflexivos, pero los he visto destellar con decisión y, aunque nunca he sido testigo de ello, me han contado que suscitan miedo cuando se convierten en fríos y duros como el acero.»[15] «Los ojos son el hombre. Bajo sus largas pestañas, sus ojos oscuros no son ni duros, ni severos, ni truculentos. Son memorables por su extrema bondad.»[16] «Los ojos es lo primero que impresionará. Son muy vivos y parecen agujerearte y aprehenderte. Son penetrantes pero muy humanos.»[17] «Sus luminosos ojos oscuros me miran fijamente con esa “larga mirada inquisidora”, que otros han señalado[18]».

Luis Carrero Blanco no tenía otra ambición en la vida que servir a Franco.

Después de la guerra civil, Franco daba rienda suelta a su afición por la caza y, a finales de los cuarenta, descubrió las delicias de la pesca de altura.

Franco otorgaba títulos nobiliarios como si fuera un rey y, al no tener hijos, creó en 1954 una dinastía al cambiar el nombre de su primer nieto varón por el de Francisco Franco.

Rechazando al padre que hirió tanto a su madre, se identificó con ésta en numerosos aspectos en detrimento del desarrollo de su propia personalidad. Esto se manifestaría en su soberbio amor propio, aparente ya una vez que hubo alcanzado importancia en África, reflejo de su capacidad y, en su mayor extremo, en *Raza*, para crearse sucesivos personajes

públicos con los que se envolvía para enfrentarse a las dificultades de la vida. La seguridad provista por esos personajes o máscaras permitían que Franco pareciera contenido y calmado. Todos los que mantuvieron contacto con él, señalaron su afable cortesía, pero su actitud siempre distante. Ni el miedo ni la alegría disturbaban su autocontrol. Se enorgullecía de tener la paciencia del pastor de la colina y de su sentido de la poca importancia del tiempo. La noción de que el tiempo estaba de su parte era algo que Franco sentía y, de hecho, utilizaba como arma. Esto era posible gracias a su profundo optimismo[19]. Durante la guerra civil, en los malos momentos para los nacionalistas, elevaba la moral con afirmaciones categóricas de lo que llamaba «fe ciega». Su serenidad se reveló repetidamente en su extraña habilidad para capear los temporales perjudiciales en los momentos más difíciles del aislamiento internacional en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra fría, cruzándose de brazos cuando sus asesores estaban convencidos de que el final estaba a la vista.

Después de los traumas de su infancia, la gran experiencia formativa de la vida de Franco fue el Ejército y, por encima de todo, su época de oficial colonial en África. Tras las inseguridades de su infancia, el Ejército le proporcionó un armazón de certezas basadas en la jerarquía y el orden. Disfrutaba de la disciplina, y su habilidad en sumergirse en el engranaje militar se fundaba en la obediencia y en una compartida retórica de patriotismo y honor. En 1912, fue a Marruecos, donde pasó diez años y medio de los siguientes catorce. La mayor parte de los principios de su carrera, culminados por su promoción como general de brigada a la edad de treinta y tres años, tuvieron lugar, primero con los feroces mercenarios marroquíes de los llamados Regulares Indígenas y, luego, con las violentas tropas de choque del cruel Tercio Extranjero. Como contó al periodista Manuel Aznar en 1938: «Mis años de África viven en mí con indecible fuerza. Allí nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se fundó el ideal que hoy nos redime. Sin África, yo apenas puedo explicarme a mí mismo ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas.»[20] En África adquirió los principales planteamientos de su vida política: el derecho del Ejército a ser el árbitro del destino político de España y, lo más

importante de todo, su propio derecho de mando. Posteriormente, nunca admitía que el Ejército estuviera sujeto a cualquier soberanía, sino sólo como responsable ante la Patria. Consideraba siempre la autoridad política en términos de jerarquía militar, obediencia y disciplina. Era un duro disciplinario y sus compañeros se asustaban de su inquebrantable imposición de castigos por infracción de las reglas.

Una razón por la que los soldados aceptaban la feroz disciplina de Franco, fue la extraordinaria valentía de éste. No nos consta que demostrase miedo alguna vez[21]. En parte, eso derivaba del hecho de que el soldado Franco era una creación destinada a ayudarle a enfrentarse a sus inseguridades personales. Con un esfuerzo de voluntad, el tímido adolescente de Galicia se convirtió en el duro héroe del desierto: era el principio de un proceso a través del cual Franco moldearía la realidad a sus propias necesidades, más que ajustarse él mismo a aquélla. Sólo fue herido de gravedad una vez, el 29 de junio de 1916. Ello, junto con la adulación de que fue objeto a partir de 1920, le otorgó el amor propio que lo llevaría a sentirse un hombre predestinado, lo que iba a caracterizar su futura trayectoria. Se dice que una vez comentó de manera pomposa: «Yo he visto pasar la muerte a mi lado muchas veces, pero, por fortuna, no me ha conocido.»[22] Su frialdad bajo el fuego de combate y su competencia práctica como oficial de campaña le proporcionaron una serie de rápidos ascensos que le convirtieron, sucesivamente, en el más joven capitán, en 1916, en el más joven comandante, en 1917 y en el más joven general en Europa, en 1926. Irónicamente, se ha dicho que Franco le tenía verdadero pánico a la muerte y que, por tal razón, evitaba de manera sistemática hablar de ella o asistir a entierros: no fue al de su padre; su negativa a ir al de su ministro de Asuntos Exteriores, el conde de Jordana, en 1944, fue muy comentada[23]; y tampoco asistió al entierro de su servidor de toda la vida, el almirante Luis Carrero Blanco.

Sin embargo, no puede negarse su coraje como joven soldado. Detrás de ello había una sangre fría que le ayudaría a través de los oscuros días de la guerra civil, la Segunda Guerra Mundial y la guerra fría, y que le permitió presidir una maquinaria de terror. Manifestaba solamente indiferencia ante

las quejas sobre las atrocidades cometidas en las zonas bajo su control durante la guerra civil[24]. La espiral de represión durante ésta y en los años cuarenta les chocaba a Ciano y a Farinacci, e incluso al propio Himmler[25]. La crueldad de Franco fue posible en parte por su falta de imaginación. En el poder, por ejemplo, no podía concebir que el descontento de los demás pudiera tener justificaciones objetivas, sino que lo veía unilateralmente como obra de agitadores comunistas extranjeros y siniestros francmasones. Tal desapego de la realidad le proporcionó una confianza nunca minada por la autocrítica. La convicción de que siempre tenía razón le dio infinita flexibilidad para variar la táctica ante las cambiantes circunstancias nacionales e internacionales.

Tampoco estaba limitado por una visión ideológica trascendental, como en los casos de Hitler o de Mussolini. En cambio, tenía una idealizada noción de una sociedad armónica en la que no existían la oposición ni la subversión. Tal sociedad sería como una familia regida por un padre fuerte y visionario. En cuanto a que tuviera una filosofía política, ésta era extremadamente limitada, a menudo negativa, y derivada de su pasado militar. Como muchos oficiales de su generación, sus principales odios se dirigían hacia el separatismo, el comunismo y a la masonería. Sin tomar en consideración el coste humano, estaba decidido a erradicarlos, junto con el socialismo y el liberalismo. Esto significaba la aniquilación del legado de la Ilustración, de la Revolución Francesa y de la Revolución Industrial a fin de retornar a las glorias de la España medieval. Sus más caros objetivos eran, en conjunto, más abstractos y espirituales que ideológicos. Quería «redimir» a los españoles, mediante el derramamiento de sangre, del peso de siglos de fracaso desde Felipe II, cuando la grandeza de España empezó a desmoronarse.

Por razones que no se basan en la racionalidad, culpaba a la masonería del declive de España y de sus consiguientes desgracias. También la hacía responsable de que Napoleón invadiese España, de la pérdida del imperio español, de las guerras civiles de los siglosXIX y XX, de los esfuerzos internacionales para impedir su victoria en la guerra de 1936-1939 y del ostracismo internacional en el que se vio envuelto después de 1945[26]. Su

obsesión por la masonería era inusualmente virulenta, y desempeñó en su vida un papel similar al del antisemitismo en la de Hitler. Su obsesión era tal que le llevó a sospechar que tanto el movimiento de independencia marroquí de los años cincuenta, como el Segundo Concilio Vaticano eran de inspiración masónica. La razón más probable de su odio fue el hecho de que su padre fue un librepensador con simpatías masónicas, y que su poco convencional hermano Ramón era masón. Así, la masonería se convirtió en el blanco de su ira por las extravagancias de su padre y su hermano y la vergüenza que le causaban. También se ha dicho que intentó unirse a las logias masónicas en 1924 y en 1932 y que fue rechazado porque había aceptado ascensos por méritos, cuando muchos oficiales habían jurado no hacerlo. Retrospectivamente, se creía objeto de persecución por parte de los masones en el Ejército durante la Segunda República. Como respuesta, solía acusar a todo crítico culto de ser masón[27].

Por masonería Franco entendía el florecimiento de los valores liberales en España, o lo que llamaba «la gran invasión del mal». Desde Felipe II, la historia española consistía únicamente en tres «siglos calamitosos» que comportaron decadencia, corrupción y masonería. Sus eternos atrasos en restaurar la monarquía se excusaban porque la dinastía Borbón ya no era capaz de emular a la viril monarquía «totalitaria» que había expulsado a los judíos y a los moriscos y que había conquistado América[28]. Para eliminar el legado histórico de tres difíciles siglos de decadencia, Franco se esforzó en crear un modelo político únicamente español basado en la fusión del absolutismo medieval y el totalitarismo del Eje. Por consiguiente, cuando sus acólitos se referían a Fernando el Católico como el primer auténtico Caudillo, o cuando Franco hacía referencias a los grandes «reyes Caudillos» medievales, era clara la implicación de que pertenecía al linaje de estos líderes que había sido interrumpido después de Felipe II[29]. Se consideraba a sí mismo, como ellos, un guerrero de Dios contra los infieles que habían destruido la fe y la cultura de la nación. La semilla había sido plantada en la mente de Franco a finales de los años veinte, período durante el cual pasó una temporada en una pequeña propiedad asturiana que poseía su esposa; se la conocía como La Piniella y estaba situada cerca de San Cucao de

Llanera, a trece kilómetros de Oviedo. Un cura local particularmente adulador, que se creía capellán de la casa, bombardeaba constantemente a doña Carmen y a Franco con la idea de que éste iba camino de repetir los logros épicos del Cid y de los grandes reyes Caudillos medievales de Asturias. Y la mujer de Franco no dejó de recordarle a menudo los comentarios del capellán[30].

A Franco le gustaba particularmente la parafernalia seudomedieval que caracterizaba muchos de los grandes actos públicos en que tomaba parte. El generalizado retrato de Franco como rey guerrero o, específicamente, como el Cid, era tan emocionante para él como básico para que pasase por ideología de su dictadura. En los retratos, pancartas y ceremonias del régimen se creaba la impresión de un Franco omnipotente al proyectarlo como santo cruzado confiado en la misión de Dios. La Iglesia compartía tales planteamientos porque numerosos cargos eclesiásticos anhelaban volver a un período de grandeza en que la Iglesia y el Estado trabajaban estrechamente unidos. Sus allegados más inmediatos también seguían el juego, porque sabían que le complacía enormemente. La proyección de Franco como defensor medieval, Caudillo por la gracia de Dios, ayudaban a justificar la idea de que era totalmente irreemplazable[31].

Detrás de la exhibición pública, Franco era muy reservado. Estaba imbuido del inescrutable pragmatismo o de la «retranca» del campesino de su Galicia natal, y es imposible saber si se debía a su origen gallego o si era fruto de sus experiencias marroquíes. Fueran cuales fueren los orígenes en Franco, la «retranca» puede definirse como falta de compromiso y gusto por la imprecisión. Tales características quedan ilustradas en el cuento de dos gallegos discutiendo sobre la Falange en los años cuarenta, cuando el partido único parecía omnipotente: «¿Qué opinas de verdad de la Falange?», preguntaba el primero. «Pues —contestaba su amigo, consciente de que cualquiera podía ser informante de la policía—, en primer lugar, ya sabes, y, en segundo lugar, ¿qué te puedo decir?». Franco utilizó su propia «retranca» para confundir tanto a amigos como a enemigos. Cuando su médico le sugirió que dictara sus memorias en una grabadora, para que

fuesen transcritas después por un mecanógrafo de confianza, Franco rechazó la oferta susurrando con tristeza: «No creo que le dejen».

El político silencioso contrastaba con el afable soldado. Hay un abismo entre lo que los hagiógrafos y los críticos sostienen acerca de las habilidades militares de Franco. El general Sanjurjo, que le admiraba enormemente, señaló en 1931: «Difícilmente es un Napoleón, pero en comparación con lo que otros aparentan…»[32] No compartía con éste más que una talla pequeña y el hecho de que se convirtió muy joven en general, pero que su estilo no podía ser más alejado del de Napoleón se hace patente durante la guerra civil. Sus planteamientos eran motivo de desesperación para sus aliados del Eje, que condenaban su estrategia como demasiado cautelosa; estaba obsesionado por la logística y el control territorial y era poco receptivo a las nociones contemporáneas de guerra rápida y mecanizada. Tampoco escondía su objetivo político: quería conquistar lentamente a fin de llevar a cabo «la redención moral» y la «conquista espiritual» de las áreas ocupadas por sus tropas[33].

La misma calculadora crueldad caracterizaba la represión a la izquierda durante la guerra y una vez concluida ésta. Después de los juicios masivos que se llevaban a cabo, Franco apartaba las carpetas de las sentencias de muerte, a menudo mientras hacía otra cosa, y las firmaba. La espiral de represión —con un millón de prisioneros aproximadamente en campos de trabajo y prisiones y doscientas mil ejecuciones— sirvieron de lección durante décadas. Franco presidió a distancia todo el proceso. Como Hitler, tenía un montón de colaboradores deseosos de encargarse de la detallada tarea de la represión, y, también como el Führer, era capaz de distanciarse del proceso. Sin embargo, puesto que él era la autoridad suprema dentro del sistema de justicia militar, no hay duda en cuanto a la responsabilidad última. Además, en sus discursos Franco no ocultaba su creencia en la necesidad de sacrificios de sangre. La historia cuenta que cuando su amigo el general Camilo Alonso Vega le preguntó sobre un camarada de las guerras marroquíes (posiblemente Agustín Gómez Morato), Franco sólo contestó: «Le fusilaron los nacionales», como si él no tuviese nada que ver[34]. Esto era típico de su método de dejar hacer, mientras sus

subordinados se veían envueltos en la red del llamado «pacto de sangre[35]». Parece ser que fue capaz de convencerse de que las atrocidades de su régimen, sencillamente, no tuvieron lugar. Simplemente negó las evidencias ante sus ojos sobre la persecución de los curas vascos o las atrocidades que se dieron después de la caída de Málaga en febrero de 1937. En diálogo con Pemán se vanagloriaba de que en España la derecha no había seguido las prácticas fascistas italianas de forzar a sus enemigos a beber aceite de ricino. La duda razonable era que no hubieran hecho cosas peores[36]. Aparte de que había frecuentes ejemplos de que se emulaban las prácticas italianas, la espiral de su sangrienta represión da extraña irrelevancia a la idea de que no emplear aceite de ricino pudiera ser un factor atenuante.

En numerosas ocasiones, con su característica capacidad para el autoengaño, Franco negó que fuera un dictador. En marzo de 1947 le dijo a Edward Knoblaugh, del International News Service, que en España no había dictadura: «Yo no soy dueño, como fuera se cree, de hacer lo que quiero; necesito, como todos los gobiernos del mundo, la asistencia y acuerdo de mi gobierno para modificar aquellas disposiciones que están en las atribuciones y son privativas de los gobiernos, en la misma forma y medida que en cualquier país democrático.»[37] En junio de 1958, le dijo a un periodista francés que «para todos los españoles y para mí mismo, calificarme de dictador es una puerilidad. Mis prerrogativas, mis atribuciones propias son mucho menos importantes que las conferidas por la Constitución de los Estados Unidos a su presidente[38]». En junio de 1961 le aseguró a William Randolph Hearst Jr., que «en España no existe una dictadura… Mis poderes como jefe del Estado son muy inferiores a los que ejercen los presidentes de la mayoría de los estados americanos, y el que las leyes en vigor impidan la práctica del libertinaje no niega ni limita las verdaderas libertades[39]». A finales de abril de 1969, cuando el general De Gaulle dimitió después de perder un referéndum, Franco comentó: «Desengáñese, la caída de De Gaulle se veía venir porque fue siempre un dictador.»[40]

Podía pensar de sí mismo en términos benevolentes con total sinceridad, creyendo, de alguna manera, que el hecho de dejar que sus ministros

hablaran interminablemente en los consejos de ministros, que reflejaba ineficacia más que otra cosa, compensaba la existencia de un Estado de partido único, la censura, los campos de concentración y el aparato de terror. Además, las decisiones que realmente fueron de importancia se tomaban fuera del Consejo de Ministros. Para aquéllos que entraban en los círculos cerrados del régimen había libertad para todo, excepto para oponerse a Franco. Cuando lo hacían, éste los asustaba rápidamente. El 30 de mayo de 1968 Rafael Calvo Serer publicó en su periódico *Madrid* un artículo sobre los sucesos del mayo francés. Lo encabezaba el título: «Retirarse a tiempo: No al general De Gaulle». Franco, furioso, se dio por aludido y cerró el periódico[41]. En general, sin embargo, fueron sólo los derrotados de la izquierda, la «anti-España», quienes sufrieron el peso opresivo de la dictadura. Además, Franco vio el poder político en los mismos términos que la autoridad militar, llamándolo siempre «el mando». Puesto que se veía como el salvador de España, universalmente amado por todo el mundo, excepto por los siniestros agentes de las potencias ocultas, apenas sorprende que Franco no se considerara un dictador. Su estrategia de dejar hacer era una de las razones por las que quizá Franco aparecía obviamente menos tiránico de lo que probablemente fuera. «Dejar hacer» era un medio efectivo de control absolutista, sobre todo en el área donde era más sutil la forma de represión: la corrupción.

A pesar de una reputación de estricta austeridad personal y de puritanismo, Franco nunca tomó medidas contra la corrupción. Su propia imagen de hombre ascético era, a la larga, falsa. En sus hábitos personales puede que lo fuese: bebía raramente —sólo de vez en cuando una copa de vino— y nunca fumaba. Sin embargo, a expensas del Estado se permitía los gustos más extravagantes, incluyendo la propiedad del yate *Azor*, construido para la pesca en alta mar. Sus partidas de caza y sus expediciones pesqueras, con séquito de buques destructores, eran muy caras. Él y su esposa adquirieron considerables propiedades; ella ya poseía La Piniella, en Oviedo, y el propio Franco heredó el hogar familiar en El Ferrol. El Pardo pertenecía al Estado. En noviembre de 1937, José María de Palacio y Abárzuza, conde de las Almenas, murió sin dejar hijos. Expresó

su gratitud a Franco por «reconquistar España» y le dejó en su testamento una propiedad en la sierra de Guadarrama, cerca de El Escorial, conocida como el Canto del Pico; tenía 820 000 metros cuadrados y estaba dominada por una enorme mansión llamada Casa del Viento. El pazo de Meirás, en Galicia, era otra recompensa por sus esfuerzos en la guerra civil, y tenía una propiedad cerca de Móstoles, en las afueras de Madrid, conocida como Valdefuentes. Además, después de la guerra civil doña Carmen compró un edificio de apartamentos en Madrid, y, en 1962, el magnífico palacio de Cornide, en La Coruña. La familia adquirió también otras quince propiedades[42]. Por otro lado, se ha calculado que durante su mandato Franco recibió regalos por valor de cuatro mil millones de pesetas[43].

La familia del Caudillo se enriqueció enormemente. Aparte de los bienes mencionados, la esposa de Franco adquirió una considerable colección de antigüedades y joyas. Su inclinación por éstas le granjeó el mote de Doña Collares[44]. La hermana de Franco, Pilar, que se vio envuelta en escándalos financieros, se quejó falsamente de que su éxito en los negocios se debía al hecho de que «mi nombre caía bien» y «abría muchas puertas[45]». Su hermano Nicolás estuvo relacionado con negocios cuestionables, para los cuales utilizaba su influencia por pertenecer al entorno del Caudillo, y se benefició de la protección del régimen cuando acabaron en escándalo y acusaciones de fraude. Sus actividades iban desde la simple venta de cartas de recomendación para los ministerios hasta la provechosa participación en compañías con vínculos oficiales; tres de ellas tuvieron finales difíciles, de cuyas consecuencias se salvó Nicolás gracias a la benevolencia de su hermano[46]. La familia del yerno de Franco, Cristóbal Martínez Bordiú, se enriqueció como consecuencia de su cercanía a aquél, y otro tanto hicieron figuras importantes del régimen, que se aprovecharon de sus cargos directivos y otras conexiones con la industria y el mundo de la banca[47].

Algunos de los hombres de confianza de Franco amasaron fortunas espectaculares gracias a sobornos burocráticos y a contratos con el Estado. También prosperaron falangistas responsables de las reparaciones de los daños de guerra. Numerosos oficiales se vieron involucrados en el mercado

negro que se extendió en la década de los cuarenta[48]. Procedimientos ilegales —desde el trigo argentino que se envió en 1949 para mitigar el hambre que padecía España y que fue vendido al extranjero antes de que llegara, hasta la monstruosa estafa Matesa, en 1969— fueron benévolamente pasados por alto por el Caudillo.

Hacer la vista gorda a la corrupción permitió a Franco mantener el control sobre sus potenciales oponentes. Con ocasión del retorno a España después de luchar en Rusia con los voluntarios de la División Azul, el idealista falangista Dionisio Ridruejo le contó a Franco que, entre sus camaradas, se criticaba mucho la corrupción en España. El Caudillo contestó tranquilamente que, en otros tiempos, los vencedores eran recompensados con títulos nobiliarios y tierras. Dado que hacerlo entonces era difícil, encontraba necesario hacer la vista gorda a la venalidad para impedir que se extendiera el descontento entre sus partidarios[49]. Franco nunca mostró el menor interés en detener los sobornos, sino que se valía de su conocimiento de ellos para aumentar su poder sobre los implicados. En cambio, no recompensaba a quienes le informaban de la corrupción tomando medidas contra los culpables, sino que les hacía saber a éstos quién le había informado[50]. El hecho apenas sorprende, dado que la fuente definitiva del poder del Caudillo residía en fomentar las rivalidades entre las «familias» o grupos de poder de la coalición vencedora de la guerra civil. La astucia de su dejar hacer les envolvía en competiciones bizantinas para obtener ventajas del poder.

Franco era un maestro supremo como manipulador político, aunque tenía poco o nulo interés en la libre interacción de la vida política. Sin ningún humor o ironía, aconsejó a Sebastián Garrigues, uno de sus subordinados: «Sea como yo, no se meta en política», consejo que posteriormente repetiría con regularidad. En una ocasión, dijo con total convicción: «Estoy aquí porque no entiendo de política, ni soy un político. Éste es mi secreto.»[51] De hecho, su actitud ante el gobierno de España se asemejaba a lo que habría sido en Marruecos de haber llegado a alto comisario. En otras palabras, se consideraba un mando supremo colonial que gobernaba por medios militares. Ésta es una de las razones por las que,

aunque en líneas generales mantuvo el control de la política al menos hasta principios de los años sesenta, se interesaba poco por lo que cada ministro hiciese en su área. Otra razón era que la gran libertad permitida a los ministros y las tentaciones del poder les inducían a comprometerse y les hacían más ansiosos de no perder el gozo de las prebendas del poder, además de más dependientes de él. Un ex ministro de Asuntos Exteriores, José Félix de Lequerica, comentó que «ser ministro de Franco es ser un reyezuelo que hace lo que le parece sin que S. E. le frene en su política personalista[52]». Según Manuel Fraga, «Franco dejaba que sus ministros tiraran adelante con su trabajo[53]».

Por supuesto, consciente de que todo dependía de él, Franco podía ser brutal con sus ministros y abiertamente despectivo con las más caras instituciones de su régimen. Proclamaba a menudo que la llamada democracia «orgánica» de su seudoparlamento, las Cortes, con sus «representantes» nombrados a dedo, era infinitamente superior a la democracia occidental, que estaba corrompida por el hecho de reflejar la voluntad de las masas. En una ocasión, cuando su ministro católico-liberal, Joaquín Ruiz-Giménez, hizo una alusión que sugería que se tomaba seriamente la farsa de las Cortes, el Caudillo preguntó con tono de impaciencia: «¿Y a quién representan las Cortes?»[54] En otra, cuando uno de sus generales votó contra una ley en las Cortes, Franco se sintió ultrajado y comentó: «Si a García Valiño no le gusta el proyecto debe abstenerse, pero nunca votar en contra, pues el cargo me lo debe a mí por nombramiento directo mío.»[55] Una vez comentó a uno de sus embajadores que el Movimiento era «la claque que me acompaña en mis viajes por España[56]». Mediante estas frases desdeñosas Franco estaba reconociendo, indirectamente, que la estructura legal e institucional de su régimen no era más que una fachada cuidadosamente construida para cubrir su dictadura personal.

Apenas si caben dudas acerca de que el área en que las habilidades políticas de Franco resultaban verdaderamente prodigiosas era la manipulación de sus iguales y sus subordinados. Poseía una extraña capacidad para adivinar la debilidad de un oponente al tenerle delante suyo.

Al respecto, es innegable que su prodigiosa memoria le servía de gran ayuda. Y quizá el arma que manejaba con mayor habilidad era el embarazoso silencio que reducía a su interlocutor a un nervioso balbuceo[57]. Pero no se valía del silencio sólo para intimidar. Aunque no le interesaba un diálogo constructivo, Franco escuchaba con atención y raramente interrumpía; permanecía impasible, mirando inquisidoramente a su interlocutor y a menudo parecía estar de acuerdo con lo que éste decía sin, de hecho, comprometerse o revelar incluso su opinión[58]. La habilidad de calibrar casi al instante la debilidad y/o el precio de un hombre le permitía saber infaliblemente cuándo su presunto oponente podría convertirse en colaborador suyo por ascenso o mediante la promesa de algo —un ministerio, una embajada, un prestigioso puesto militar, un cargo en una empresa estatal, una condecoración, una licencia de importación o simplemente una caja de puros—. El político catalán Francesc Cambó calificaba esta habilidad como «su ágil mano izquierda. Juega con los hombres —especialmente con los generales— con consumada habilidad: ahora coloca al más brillante de sus colaboradores a la sombra, sin que nadie diga ni mu; ahora se saca de la manga un prestigioso premio y le rescata de las sombras a la luz. Y todos esos juegos los llevaba a cabo con tal destreza que sólo afectaba a la persona involucrada y por ello se evitaba cualquier acción conjunta contra él mismo[59]». En una de las pocas ocasiones en que se encontró con hombres incorruptibles como Dionisio Ridruejo o el austero general monárquico Alfredo Kindelán, primero se mostró desconcertado y luego irritado[60].

Esta cínica instrumentalización de los nombramientos era completamente clara en la de seleccionar a sus colaboradores. En la mayor parte de los casos Franco nombraba ministros y otros altos cargos sin importarle su competencia práctica en el área señalada. Le interesaba más el peso del ministro en el equilibrio de fuerzas dentro de la coalición franquista. Nunca sintió gratitud o una lealtad particular hacia aquéllos que le servían. De hecho, en cierta ocasión en que Serrano Suñer le pidió que hiciera algo por un ex ministro, Franco le comentó: «Es necesario sacarles todo el jugo, exprimirlos como limones.»[61] A menudo sus ministros se

enteraron de que habían sido despedidos por una carta entregada por un motociclista o al leer la prensa.

Sería equivocado exagerar la tortuosidad y los poderes de manipulación de Franco, sobre todo al comienzo de su carrera. Existen pocas dudas acerca de que Franco aprendía a medida que avanzaba. En cierto sentido, tuvo que librarse de las desventajas políticas de su espectacularmente exitosa carrera militar. Serrano Suñer comentaba que, poco después del encuentro con Hitler en Hendaya, estaba asustado por lo que en su opinión iba a ser una discusión desigual, dada la práctica de Hitler en cambiar de opinión y en el trato personal frente a la experiencia de mando de Franco. «Era un tipo de soldado muy militar. Obviamente, no tenía el hábito de discutir contra antagonistas políticos y no tenía práctica en la controversia. Siempre había mandado. Su actividad mental e intelectual era unilateral.»[62] Serrano Suñer señaló lo mismo al embajador portugués Pedro Theotonio Pereira el 6 de noviembre de 1940: «El Generalísimo es un hombre simple. Menos mal que hablaba poco con Hitler». A principios de 1941 sacó el mismo tema con el embajador italiano Francesco Lequio al tratar de considerar el fracaso de la cumbre de Hendaya: «Franco, que tiene una mentalidad más militar que política, estaba poco preparado para el difícil juego dialéctico a que le sometían los alemanes.»[63] Franco aprendió, añadiendo las técnicas de la manipulación política a las ya considerables habilidades instintivas en este sentido.

Desde la época en que alcanzó preeminencia política, Franco se apoyó mucho en tres personajes y aprendió mucho de ellos. El primero fue su hermano Nicolás, que se ocupó por él de los asuntos políticos desde los primeros días de la guerra civil hasta 1937. Sin embargo, tenía la desventaja de que caía mal a Carmen Polo, motivo por el que estuvo encantada de verle sustituido a principios de 1937 por Ramón Serrano Suñer, esposo de su hermana. Serrano Suñer fue, con toda probabilidad, el más dotado colaborador que Franco tuvo nunca. Finalmente, en septiembre de 1942, le destituyó. Hubo diversos factores que desempeñaron su papel en esa crisis particular, incluyendo la irritación que le producía a Carmen Polo el que su cuñado estaba dejando a su marido en la sombra y el asesoramiento del

hombre que emergía de la penumbra como el más cercano valido del Caudillo durante el resto de su vida: el austero y deferente capitán de navío Luis Carrero, que no podía tener un estilo más distinto del atractivo y bravucón Serrano Suñer, quien veía a Franco como un igual y le trataba como tal, dándole consejos sinceros y, a menudo, desagradables en una época en que el Caudillo se rodeaba cada vez más de aduladores. Serrano Suñer era ambicioso; en cambio, Carrero Blanco no tenía más ambición en la vida que servir a Franco. En este sentido, era un franquista casi tan convencido como el propio Caudillo y un servidor ideal para éste, una vez ya hubo exprimido el jugo de Serrano Suñer.

A partir de 1940 Franco se rodeó de aduladores. Él, su mujer y su hija permanecían en El Pardo, que dejaban sólo para las funciones oficiales en que su suprema importancia como familia semirreal se basaba en la «puesta en escena». Su percepción del mundo exterior y de su propio lugar en él venía filtrada por la adulación. El juicio del dictador y de su esposa estaba inevitablemente distorsionado[64]. Después de 1945 la mujer del Caudillo restringió sus amistades en El Pardo a una corte de admiradoras, formada por la marquesa de Huétor y las esposas de Camilo Alonso Vega y del almirante Nieto Antúnez. Desde mediados de los años cincuenta un papel más importante lo desempeñó en la corte de El Pardo la más amplia familia del yerno de Franco, el llamado «clan Villaverde[65]». Los últimos treinta años de vida de Franco se dieron en un mundo hermético, apartado incluso de los amigos más aparentemente cercanos. En su detallada crónica de sus más de setenta años de amistad y contacto casi diario, su devoto primo y ayudante de campo Francisco Franco Salgado-Araujo, *Pacón*, presenta a Franco dando instrucciones, contando su versión de las cosas o explicando cómo el mundo estaba amenazado por la masonería y el comunismo. Pacón nunca vio a Franco abierto a un diálogo fructífero o a la autocrítica creativa. Otro amigo de toda la vida, el almirante Pedro Nieto Antúnez, presenta un retrato similar. Nacido, al igual que Franco, en El Ferrol, *Pedrolo* fue, sucesivamente, ayudante de campo del Caudillo en 1946, segundo jefe de la Casa Civil en 1950 y ministro de Marina en 1962. Era uno de los habituales compañeros de Franco en las frecuentes y largas expediciones de pesca a

bordo del *Azor*. Cuando se le preguntó de qué habían hablado durante esos largos días juntos, Pedrolo dijo: «Yo no he dialogado nunca con el General. Le he oído, sí, algunos larguísimos monólogos. Pero no hablaba conmigo, sino con él mismo.»[66]

Así pues, apenas sorprende que el Caudillo siga siendo el dictador menos conocido del siglo XX. Durante muchos años, en España corrían rumores de que estaba escribiendo sus memorias[67]. Sin embargo, todo lo que se conoce es una concisa sinopsis escrita a mano, unas pocas docenas de páginas redactadas en 1962 y los recuerdos grabados en 1975 por el doctor Vicente Pozuelo[68]. No es suficiente para explicar las contradicciones entre el profundo y mundano cinismo con que manipuló a sus aliados y adversarios políticos por una parte, y sus ingenuas opiniones sobre distintos temas por otra. Tenía una fe conmovedoramente ingenua en «virguerías» mágicas que resolverían un problema concreto. Su hermana se quejaba de que durante la guerra civil un alquimista llamado Savapoldi Hammaralt se presentó en Salamanca ofreciéndose a fabricar todo el oro que necesitara para ganar la guerra; siguiendo el consejo de su hermano Nicolás, Franco puso los laboratorios químicos de la Universidad de Salamanca a disposición de Hammaralt[69]. Después de la caída de Málaga en 1937, le ofrecieron a Franco el brazo incorrupto de santa Teresa, reliquia que había sido robada del convento carmelita de Ronda; y lo llevó con él el resto de su vida, firmemente convencido de sus poderes milagrosos[70].

Franco abrazó ideas casi igualmente sorprendentes en el campo de la teoría económica: creía que la economía era una de sus especialidades, y en la primera mitad de su dictadura intervino personalmente en política económica. Estaba especialmente orgulloso de la teoría según la cual las reservas de oro eran irrelevantes mientras su ausencia se mantuviera en secreto. Tal convicción se consolidó durante la guerra civil. En esa época, cuando la peseta estaba dramáticamente sobrevalorada, hizo oídos sordos a sus consejeros económicos, que querían devaluarla a la mitad. Retrospectivamente, alabó su propia clarividencia al asegurarse que la peseta permaneciera sobrevalorada, puesto «que era la primera vez que una nación en guerra había logrado sostener, sin oro ni divisas, el precio de su

moneda[71]». Creía que podría mantener las ganancias extranjeras de España por la estrategia de inflar el valor de la divisa, inconsciente de su impacto en la competitividad de las exportaciones.

Hacia finales de la guerra civil empezó a expresar su confianza en la autosuficiencia de España. Se jactaba de que sus políticas durante la contienda cambiarían profundamente teorías económicas básicas que hasta entonces el mundo había visto como dogmas[72]. Después de la guerra, consiguió que José María Zumalacárregui, profesor de economía en la Universidad de Madrid, le visitara semanalmente para discutir sobre el tema. Al cabo de unas pocas semanas, el profesor dejó de ir, incapaz de soportar la violencia de que Franco insistiera en explicarle los problemas más complejos de la teoría económica[73]. En 1955, a pesar de que Alemania e Italia empezaban a mostrar claros signos de su futuro crecimiento, el Caudillo le dijo a su primo que «al terminar la guerra, no era deseo de las naciones vencedoras que los vencidos se levantasen pronto de su postración. Por ello se les obligó a que adoptasen el régimen democrático, pues estaban convencidos de que así no les vendría la prosperidad ni mucho menos[74]».

El hecho de que Franco pudiera adoptar posturas tan estrafalarias era la medida de su falta de sofisticación intelectual. Su amigo durante largo tiempo y antiguo ministro, Juan Antonio Suanzes, comentó que Franco aspiraba a la facilidad con que Alfonso XIII charlaba con amenidad sobre cualquier tema, algo para lo que el rey había sido adiestrado desde su juventud. Sin embargo, Franco, según Suanzes, «sin la menor preparación para su papel de jefe de Estado, en el que pretende imitar al pie de la letra a don Alfonso XIII, Franco no suele decir más que simplezas y trivialidades, vengan o no a cuento[75]». Cuando estaba relajado, en familia y rodeado de sus colaboradores, Franco era «de por sí muy hablador», en palabras de su primo[76]. La sencilla simplicidad no disminuía, de ningún modo, su notable talento como cuidadoso y cínico manipulador del poder. El cauteloso Franco se notaba más en el control que ejercía sobre su propia lengua. Las conversaciones grabadas en las memorias de su primo y de los doctores Soriano, Gil y Pozuelo revelan una espantosa mediocridad. Aun así, no hay

duda de que, cuando ejercitaba sus notables habilidades para la esgrima verbal en una conversación cara a cara, podía ser tan vago, ambiguo o sencillamente silencioso como la ocasión requería.

El arte de la oratoria, no obstante, era otra cosa: hablaba con notable vacilación; su voz aguda y su leve defecto en el habla —aspiraba sonoramente entre los dientes— impedía que fuera un orador impresionante[77]. Sin embargo, los profusos halagos de los aduladores de su persona y la casi histérica respuesta de las masas concentradas para oírle disipaban pronto cualquier duda que el Caudillo pudiera abrigar sobre su capacidad de orador[78]. Franco solía abrir los actos públicos diciendo: «Sólo dos palabras, porque soy muy poco amigo de ellas.»[79] Esto no era verdad en privado ni, como atestiguan las miles de páginas de sus discursos, cuando ejercía de hombre público. La presencia de una audiencia numerosa y entusiasmada le llevaba ocasionalmente a salirse de los textos escritos de sus discursos y a cometer lapsus. Puede deducirse que se lamentaba de ellos por el hecho de que se omitían de las subsiguientes impresiones. El ejemplo más sorprendente fue el discurso que pronunció en Madrid el 17 de julio de 1941, cuando su entusiasmo por la invasión alemana de Rusia le llevó al borde de una declaración pública de guerra al lado del Eje. A pesar de que sus discursos estaban salpicados de la retórica falangista de justicia social, en una ocasión dejó escapar una decidida afirmación sobre la naturaleza clasista de su mandato: «Nuestra Cruzada es la única lucha en que los ricos que fueron a la guerra salieron más ricos.»[80]

Puede que a Franco le faltara sofisticación, pero tenía una prodigiosa capacidad de trabajo y aguante. Durante la guerra civil, período en que envejeció notablemente, trabajaba sin pausa, supervisando los esfuerzos bélicos, manteniendo relaciones militares y diplomáticas con las potencias del Eje y maniobrando dentro de las laberínticas luchas políticas del campo nacionalista. Sus propagandistas nunca cesaron de recalcar su resistencia a la incomodidad y su poder de aguante. Durante la guerra civil, el pintoresco

general Millán Astray presumió ante Ciano de que «nuestro Caudillo pasa catorce horas en su escritorio y ni siquiera se levanta para mear[81]». Su férreo control de tal acto fisiológico en encuentros o cacerías era legendario —algo de lo que se sentía orgulloso, además de constituir otra de las maneras con que ponía distancia entre él y su padre[82]—. Cuando el 6 de diciembre de 1968 dejó un encuentro de ministros a fin de ir al baño, fue la primera vez que interrumpió una sesión por tal motivo en treinta años. Su habilidad para permanecer impasible durante largas reuniones, para disgusto de sus ministros, ha sido descrita por uno de éstos como el triunfo de la continencia sobre la incontinencia[83].

Sin embargo, además del Caudillo duramente trabajador, estaba también el *homo ludens* tenaz en la búsqueda de diversión. Después de la guerra civil Franco dio rienda suelta a su afición por la caza, y a finales de los años cuarenta descubrió las delicias de la pesca de altura. Pescaba salmones en los hondos ríos del norte de España o salía al Atlántico, especialmente en compañía de su amigo Max Borrell[84]. Su principal objetivo parecía ser matar tanto como fuese posible, lo que sugiere que cazar, al igual que servir como soldado en el pasado, era el modo que tenía el aparentemente tímido Franco de sublimar su agresividad. Una prueba de lo esencial que se convirtió para él, son las cada vez mayores cantidades de tiempo dedicadas a la caza en las décadas de los cincuenta y los sesenta. En una ocasión, señalando el teléfono, la agenda sobrecargada y las carpetas amontonadas en su escritorio, le comentó a José María Pemán: «Mire, Pemán. Si no fuera por la caza o por la pesca, que le devuelven a uno a la naturaleza, yo no podría resistir todo esto…». Las cacerías se hicieron famosas en cuanto a la distribución de favores y contratos gubernamentales. Importantes sumas de dinero cambiaron de manos, mientras los aspirantes a los favores de Franco promocionaban cacerías a fin de conseguir acceso a la fuente de patronazgo[85].

Franco empezó a jugar al golf en 1936 y lo recomendó a sus generales en 1940[86]. A finales de ese año tuvo la audacia de explicarle al duque de Alba, que también era duque de Berwick, James Fitz-James Stuart y Falcó, cómo hacer un campo de golf[87]. Franco se alegró al descubrir, en 1950,

que lo que se había convertido en una pasión, le hacía tener algo en común con el presidente Eisenhower. Cuando no estaba de cacería o jugando un partido de golf, pasaba largo tiempo jugando al mus, al tresillo y al dominó con su círculo de militares amigos íntimos, el general Camilo Alonso Vega, el almirante Pedro Nieto Antúnez y el general Pablo Martín Alonso. Se divertía mirando películas en su cine privado y partidos de fútbol televisados. También le gustaban las corridas de toros, de las que había llegado a saber mucho después de convertirse en aficionado durante su época como director de la Academia Militar en Zaragoza. A medida que envejecía miraba más la televisión, y tenía innumerables aparatos por todo El Pardo[88]. Las largas horas que pasó en 1974 mirando la Copa del Mundo de fútbol fueron un factor contribuyente al ataque de tromboflebitis que sufrió poco después. Incluso hacía quinielas cada semana, firmando el boleto con el nombre de Francisco Cofran, y ganó dos veces. De algún modo, es difícil imaginar a Hitler o a Mussolini haciendo quinielas[89].

Desde finales de 1950 pudo abandonar muchos de los cargos de gobierno, dejando gran parte de la administración diaria en manos de Carrero Blanco y su equipo de tecnócratas. Eso le dejaba muchos deberes rutinarios, que llevó a cabo como un monarca, recibiendo gran cantidad de gente en audiencia, inaugurando obras públicas, presidiendo consejos de ministros y, quizá lo más importante, asistiendo a servicios religiosos. La admiración extranjera y española hacia Franco dependía, en gran manera, de su catolicismo. Tanto la aprobación del Vaticano, que solicitaba asiduamente, como su propia ostentación religiosa después de 1936, fueron asiduamente utilizadas por sus admiradores para distinguirle de Hitler y Mussolini. Sin embargo, es difícil calibrar con certeza el alcance real de su fe católica. Antes de 1936, la cuestión era totalmente ambigua; la opinión de Franco sobre religión era la de cualquier soldado fanfarrón. Su temprana actitud ante el catolicismo institucional, si no su espiritualidad, se reveló en una comida a la que asistió en 1935. La conversación giraba en torno a una audiencia concedida por el papa Pío XI a Alfonso XIII, en el transcurso de la cual el rey exiliado, siguiendo el protocolo tradicional, se había arrodillado para besar el pie izquierdo del Pontífice. Franco comentó

desdeñosamente: «La verdad es que el rey nos ha hecho quedar en ridículo a los españoles, hincándose de rodillas para besar la alpargata sucia de un cura viejo.»[90] Por otro lado, su madre era una piadosa católica, y él, al menos para no ofenderla, cumplía asiduamente con sus deberes religiosos cuando vivía con ella o cuando la visitaba. Del mismo modo, después de su boda con Carmen Polo, en 1923, su aparente piedad católica aumentó[91].

Su devoción durante toda la vida por el brazo de santa Teresa muestra algún tipo de primitiva fe religiosa[92]. Después de su ascenso como jefe del Estado el 1 de octubre de 1936, sus propagandistas lo presentaron como un gran católico cruzado, y su religiosidad pública se intensificó. Le importaba el respaldo de la Iglesia para reafirmar tanto el apoyo internacional como el nacional. Desde el 4 de octubre de 1936 hasta su muerte tuvo un sacerdote personal, el padre José María Bulart[93]. Por otro lado, se decía que nada le aburría más que el ceremonial religioso y que cuando tenía que recibir visitas de grupos religiosos se desesperaba y decía: «Hoy estamos de santos». Sin embargo, su piadosa esposa tenía una pequeña capilla cerca de su dormitorio, donde manifestaba su devoción a la Virgen del Carmen y a san Francisco de Asís[94]. Hacia el final de su vida, Franco, cuya religiosidad fue en aumento, pasaba horas rezando en la pequeña capilla de El Pardo. Como jefe del Estado, seguía un retiro anual, alguna vez bajo la dirección del fundador del Opus Dei, monseñor Escrivá de Balaguer[95].

Franco no era un hombre culto. Es razonable descartar los halagos de sus aduladores, según los cuales era uno de los mejores novelistas, periodistas, pintores y arquitectos de todos los tiempos. Más misteriosa es la insinuación de su esposa, en una entrevista concedida en 1928, de que Franco disfrutaba con las novelas de Ramón del Valle-Inclán[96]. Esto es francamente difícil de creer y huele más a una esposa intentando decir «lo correcto» en público. Las excéntricas, grotescas y vanguardistas fantasías de Valle-Inclán parece improbable que fuesen leídas por un hombre cuya mayor influencia literaria, basándonos en el guión de *Raza*, debió de ser la novela romántica y aventurera *Beau Geste*, de P. C. Wren. Desde el comienzo de sus años en el poder, raramente leía libros, miraba por encima los periódicos y se interesaba poco por la cultura o el arte. En efecto, no hay

evidencias convincentes de que alguna vez se hubiera interesado por los libros.

A finales de su vida empezó a construirse un pasado en el que cada momento libre lo había dedicado al estudio detenido de libros de política, economía, problemas sociales y ciencia militar. Sugirió deliberadamente tal imagen a tres periodistas británicos, S. F. A. Coles, Brian Crozier y George Hills, y la desarrolló en sus apuntes de memorias[97]. Es difícil aceptar un Franco devorador de obras de ciencia política, sociología y economía, incluso cuando estaba de misión en África. No hay una palabra sobre lectura en su diario de su primer año en la Legión. Fuera cual fuere su puesto, tenía un horario profesional invariable durante el día, que siempre cumplía a fondo. Por la noche, tal y como testifican los textos de su primo o de otros que le conocieron bien, era dado a largas cenas e, incluso, a interminables tertulias de sobremesa. Durante la guerra civil, su predisposición a charlar hasta primeras horas de la mañana era la desesperación de su personal, que temía los efectos que podía tener sobre su salud la consiguiente falta de sueño. Cuando después de su muerte su residencia de El Pardo fue abierta al público como museo, se hizo evidente que no poseía biblioteca. Al lado de sensacionalistas informes de la Entente Internacional contra la Tercera Internacional, que se sabe que leyó hasta empaparse de ella, la única pasión literaria de Franco eran los libros sobre Napoleón. En 1953, Franco habló eruditamente con el periodista inglés S. F. A. Coles sobre las cartas de Napoleón y sus notas en los márgenes de *El príncipe* de Maquiavelo. Le contaron a Coles que durante la guerra civil Franco puso a salvo su manoseado ejemplar de la edición anotada de *El príncipe* al enviar a un correo especial a través de las líneas de batalla para recogerlo[98].

Si la lectura de Franco se centraba en Napoleón, sus otros intereses culturales eran aún más restringidos. En una ocasión dijo que le gustaba la pintura, en especial las obras de Velázquez[99]. Ciertamente, los lienzos que él mismo pintó reflejaban la influencia de la edad de oro de la pintura española. Pemán cuenta que acompañó a un grupo de productores cinematográficos españoles a una audiencia con el Caudillo. Franco

escuchó sus solicitudes y entonces se quejó de que se exhibían demasiadas películas americanas, pues «en todas ellas se exalta el divorcio y se desconoce la familia». En cambio, les sugirió una serie de temas apropiados para nuevas películas españolas como los grandes héroes imperialistas Cortés y Pizarro, el Dos de Mayo —gran símbolo de la lucha contra la invasión napoléonica— o la sentimental zarzuela de mediados del siglo XIX, *Marina*, del compositor vasco Emilio Arrieta. Algunas semanas más tarde le visitó una delegación de la Sociedad de Autores; Franco expresó su descontento por la producción de tantas obras extranjeras y pasó a decir que el vodevil francés sólo se ocupaba de camas y de infidelidades matrimoniales. A partir de allí, siguió haciendo comentarios anotados en alabanza de Calderón y el «detergente de sangre». Finalmente, volvió a sugerir que el mundo teatral podía ser remediado con una reposición de *Marina*, una zarzuela de segundo orden, conservadora y totalmente italianizada, de argumento ingenuamente romántico[100].

La única música que se sabe con certeza que le gustaba a Franco era la zarzuela y las marchas militares. Por lo demás, no tenía las pretensiones músico-culturales de Hitler. Durante los preparativos del festival en conmemoración del tercer milenio de Cádiz, Franco concedió audiencia a una delegación de la ciudad, de la que formaba parte el responsable del montaje de la inconclusa cantata *Atlántida*, de Manuel de Falla, a la que el compositor dedicó los últimos dieciocho años de su vida. Esforzándose en hacerle entender al Caudillo la significación de tal obra, el compositor Ernesto Halffter, responsable de la edición del inacabado texto de Falla, dijo: «No creo que haya obra musical más importante en toda la música española. Me atrevería a decir que es nuestro *Parsifal*». Ante eso, Franco se volvió, murmurando: «¿Nuestro *Parsifal*? Buena pesadez será». Es difícil interpretar si tal comentario indica que Franco conociera el drama musical religioso de Wagner, aunque es improbable que estuviera familiarizado con su obra completa o incluso con parte de ella. Cuando finalmente fue estrenada *Atlántida* en noviembre de 1961, en el Liceo de Barcelona, Franco mandó en representación de la Jefatura del Estado al joven príncipe Juan Carlos[101].

Empezó a pintar en los años cuarenta para emular a Hitler, aunque estuvo encantado de descubrir, en los años cincuenta, que le proporcionaba algo en común con Churchill y que se sabía que también Eisenhower tenía esa afición. Sólo se ha publicado una pequeña selección de los cuadros de Franco, ya que la mayor parte fue destruida por un incendio en 1978. Nunca se ha cuestionado su autenticidad, y si asumimos que son obras suyas, muestran a un competente aficionado cuyo trabajo interesará más al psiquiatra que al crítico de arte. Los temas sugieren un gusto conservador y pequeñoburgués. Sin lugar a dudas, se dan influencias de los cartones de tapices de Goya y la pintura española y holandesa de la gran época del siglo XVII, bodegones de caza y escopetas y un sanguinario retrato de un oso atacado por una jauría de perros. Una notable excepción es un retrato al estilo de Modigliani de su hija Carmen[102]. Vale la pena mencionar que los pocos cuadros que se conocen muestran una notable similitud de temas con los de Carrero Blanco; aparte de los bodegones de caza y escopetas, entre los lienzos de Carrero hay uno de un toro atacado por una jauría de perros. La diferencia reside en el hecho de que las pinturas de Carrero Blanco son, prácticamente, copias invariables de pintores clásicos españoles y holandeses, mientras que el estilo conservador de Franco es, de algún modo, más imaginativo en la elección de los temas[103].

Parece ser que Franco poseía un agudo, indirecto y sutil sentido del humor, aunque se ha dicho que a menudo contaba chistes y que le encantaba escucharlos, especialmente si eran un poco obscenos. Según su primo, cuando contaba alguna anécdota militar, más de una vez, lo hacía «sin apenas variar una palabra, como si las estuviera leyendo[104]». Ciertamente, las pocas anécdotas que hay acerca de sus bromas no sugieren un irresistible talento como humorista. Según su hermana, tenía sentido del humor, pero no lo practicaba[105]. Hay algunas pocas anécdotas sobre su burlona ironía cuando estaba relajado y en la intimidad de familia y amigos. Aparentemente, en los consejos de ministros mostraba ocasionalmente un punto de maliciosa sorna, casi *sotto voce*, apartando la mirada de su víctima[106].

También constan algunos ejemplos de sus pesadas y crueles bromas. En 1918 se produjo en Oviedo un incidente trivial que, sin embargo, vale la pena contar: un día, Franco decidió gastarle una cruel y pesada broma a uno de sus amigos del Real Automóvil Club de Oviedo, el doctor Ricardo Pérez y Linares Rivas. Él y otros tres capitanes de su batallón, incluyendo a su primo Pacón Franco Salgado-Araujo, disfrazados de navajeros, esperaron una noche a Linares en el parque de San Francisco. Cuando apareció, Franco gritó: «¡A por él!», y sacaron ostentosamente enormes navajas; Linares, aterrorizado, puso pies en polvorosa. Cuando cayó en la cuenta de quiénes eran, al parecer se tomó bien la broma. Pocos días después, un encantado Franco le dijo a Pacón que había recibido un telegrama del ministro del Ejército aprobando la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando. Se guardó de no contárselo a Linares, por ser un «cotilla». Finalmente, le dijo que tenía noticias que contarle y le aconsejó que «guardara reserva». Para rabia de Franco, Linares replicó que no era necesario, dado que ya estaba al corriente de todo: él había enviado el telegrama en venganza por la broma pesada de Franco. Éste se puso furioso, alegando que no había comparación entre un pequeño susto y las ansiosas esperanzas de un soldado esperando una condecoración: «Bien se conoce que no eres militar. Para mí ha terminado nuestra amistad». Pasaron varios días antes de que volvieran a hablarse[107]. El episodio y sus consecuencias muestran que, a pesar de sus logros en el campo de batalla y su antigüedad, el Franco de veintiséis años era todavía un poco adolescente. También deja claros los severos límites de su sentido del humor; ambas jugarretas eran pesadas, quizá especialmente la venganza de Linares, pero la reacción de Franco también refleja hasta qué punto contemplaba lo militar como algo totalmente sacrosanto.

Otro ejemplo del cruel humor de Franco tiene que ver con su primo Francisco Franco Salgado-Araujo, Pacón. A Pacón le horrorizaba navegar, no acababa de acostumbrarse a la vida de a bordo. En una ocasión, durante el verano de 1954, como jefe de la Casa Militar de Franco acompañó a éste en su yate *Azor* de San Sebastián a una regata en Lequeitio. Con la complicidad del Generalísimo, un marinero le entregó al almirante un sobre

cerrado cuyo contenido anunciaba una próxima tormenta, que leyó en voz alta para aterrorizar a Pacón[108]. En 1958, con ocasión de una cacería en la sierra de Gredos, en Ávila, se disparó a una cabra por accidente, lo que era contrario a las reglas conservacionistas. Con conocimiento de Franco, se culpó a su amigo de toda la vida, el poco afable general Camilo Alonso Vega, experto tirador e improbable culpable, quien fue despiadadamente amonestado por Franco por la supuesta ofensa, hecho que le provocó una apoplejía[109].

Franco tenía delirios de realeza; su orgullo exigía que sólo le sucediese alguien de sangre real, y rechazaba la posibilidad de que lo hiciera un presidente que no lo fuese[110]. En efecto, durante su mandato evitó el título de presidente, limitándose al de jefe del Estado y ejerciendo las funciones de rey, papel que asumió con la naturalidad con que asumió el de héroe militar a principios de su carrera. Lo que no se puede calcular es la sinceridad de sus convicciones monárquicas. Durante la dictadura de Primo de Rivera, Franco le había dicho al general Castro Girona que el deber del soldado era mostrar su incondicional obediencia a todo lo que el rey deseara[111]. Esa lealtad se esfumó en 1931, cuando Franco decidió pragmáticamente servir a la República. Y poco había de esa lealtad durante la época de la guerra civil, aunque estaba bastante contento de asumir que estaba luchando por la restauración monárquica[112]. Su cuñado escribió que «Franco no pensó nunca, ni en un solo instante, que una institución personalmente encarnada por un monarca viniera a hacer sombra a la autoridad de su jefatura en la que se concentraban —aunque entonces con título formal precario— todos los poderes del Estado[113]». Supuestamente, Alfonso XIII dijo de él poco antes de morir: «Descubrí a Franco cuando no era nadie. Me ha traicionado y decepcionado a cada paso.»[114]

Después de la guerra, a medida que crecía su amor propio, Franco evitó con firmeza, una y otra vez, las oportunidades de hacer regresar al rey. Esto no debe sorprender, dada la adulación de que era objeto. En mayo de 1939, el reciente embajador americano Alexander W. Weddell y su esposa, Virginia, estaban en la plaza principal de San Sebastián, cuando apareció el coche que llevaba a Franco y a doña Carmen. «Sin sonido o señal alguna,

los miles de españoles que estaban en la plaza se arrodillaron hasta que el coche se alejó.»[115] En los años cuarenta, Franco contrarió a los monárquicos con un decreto por el que se tocaría la Marcha Real cuando su mujer llegara a cualquier acto oficial, como se hacía con la reina antes de 1931[116]. Y sorprendió a algunos miembros de la jerarquía eclesiástica con su firme insistencia de gozar de la prerrogativa real de caminar bajo palio durante las grandes ceremonias eclesiásticas, privilegio raramente usado incluso por Alfonso XIII[117]. En 1948 Franco topó con el cardenal de Sevilla, Segura, cuando éste se negó a recibir a doña Carmen con protocolo real[118].

Bien por casualidad o intencionadamente, el estilo de gobierno de Franco, sobre todo después de 1945, se parecía al de un monarca del siglo XVII. Delegó la administración cotidiana en sus ministros, y, cada vez más, en Carrero Blanco, como si éste fuera su Richelieu o su Olivares. Sin embrago, como competente absolutista que era, mantuvo un fuerte control del poder. Su Casa Civil solía ser llevada por un aristócrata, como el marqués de Huétor de Santillán o el conde de Casa Loja. El jefe de la Casa Civil siempre administraba el Patrimonio Nacional, que consistía en todos los palacios, parques y tesoros pertenecientes a la familia real. Durante treinta y cinco años la familia Franco tuvo uso exclusivo de ellos. Franco otorgaba títulos nobiliarios como si fuera un rey, y, al no tener hijos, creó en 1954 una dinastía por el método de cambiar el nombre de su primer nieto por el de Francisco Franco. La arrogancia detrás de su negativa a restaurar la Monarquía se reveló en una conversación que mantuvo en los años sesenta con Fraga y Pemán, cuando dijo: «Yo la Corona no se la he quitado a nadie; la Corona la he encontrado en el arroyo, y todavía la estoy limpiando, y se la devolveré cuando proceda, de acuerdo con las Cortes y con el pueblo español, a quien sea la persona que mejor la pueda llevar.»[119] Cuando en 1972 una de sus nietas se casó con un Borbón, hubo rumores muy extendidos sobre las ambiciones reales de la Señora y la posibilidad de que el Caudillo pudiera alterar sus planes para la sucesión monárquica[120].

A principios de septiembre de 1942, un Hitler algo envidioso señaló las inclinaciones regias del Caudillo: «Cuando Franco aparece en público, está siempre rodeado de su Guardia Mora. Ha asimilado todo el manierismo de la realeza y cuando vuelva el rey, será el ideal mozo de estribos.»[121] Franco se cuidaba muy bien de no permitir que el rey volviese, pero allá donde fuera, hasta finales de los años cincuenta, su coche estaba rodeado de su guardia personal de caballería mora, resplandeciente en sus uniformes azules y sus capotes blancos. Esto reflejaba tanto precaución como pretensiones reales. Sin embargo, le encantaba recibir condecoraciones extranjeras, y en las ceremonias públicas deseaba toda la pompa y todo el esplendor posibles[122]. Se podían percibir las pretensiones reales de Franco en su insistencia en las precisiones de la etiqueta —aunque también es signo de un mecanismo mediante el cual ocultar preocupaciones o resentimiento—. Para visitarle a cualquier hora, el chaqué matutino era de rigor. El duque de Alba, por ejemplo, fue una vez a ver al Caudillo en traje de calle en lugar de chaqué o uniforme diplomático, y la única respuesta que obtuvo fue que se marchara y volviera correctamente vestido para una audiencia con Su Excelencia, el jefe del Estado[123].

La altanería de Franco también sorprendió a otro cercano observador, el diplomático americano Willard L. Beaulac, que sirvió en Madrid durante la Segunda Guerra Mundial: «Acogía cortésmente a la gente, pero sin calor. Tenía unas maneras distantes, asociadas a veces a la realeza. Esta característica de Franco enfurecía a la nobleza, que sospechaba, sin duda con gran razón, que Franco se consideraba al menos tan bueno como la realeza y mejor que la nobleza.»[124] Pacón dijo de él que, desde sus primeros tiempos, podía ser afable pero era siempre reservado, y que nunca permitía que nadie intimara con él. Sin embargo, premió generosamente a aquéllos que le halagaban, en tanto que mientras jamás tuvo «una palabra de gratitud, nunca un gesto de simpatía» para con aquéllos que le sirvieron silenciosamente durante toda la vida[125]. José Sanchiz, habitual compañero de caza durante más de una década, administrador de su propiedad en Valdefuentes y tío por matrimonio de su nieto, le dijo: «¿No le parece que hemos llegado al punto en que nos podríamos tutear?», a lo que Franco

contestó glacialmente: «El trato que me corresponde es Excelencia.»[126] Incluso un genuino amigo durante cuarenta años, Max Borrell, nunca fue dispensado de la obligación de dirigirse a Franco llamándole Excelencia. Lo mismo sucedía con su jefe de estado mayor político durante treinta y cinco años, Luis Carrero Blanco.

A menudo Franco se sentía a gusto con los que le servían. Pero incluso en las cacerías, a las que era tan aficionado, podía ser frío y distante[127]. El ardientemente franquista abad del monasterio del Valle de los Caídos, fray Justo Pérez de Urbel, señaló críticamente que Franco nunca tuvo una palabra de elogio con nadie. Durante la construcción del Valle de los Caídos, proyecto muy cercano, que le era sumamente querido y que visitaba con frecuencia, el experto en mosaicos, Padrós, colocó millones de piedras, y el Caudillo no le dio los buenos días ni una sola vez[128]. Al recibir a sus visitantes, y sin que le importase cuán importantes fueran —incluyendo a Eisenhower— hacía poco para acomodarles, pero se sentaba en una silla, de espaldas a una enorme ventana, con su silueta bañada por la luz —benigna técnica interrogativa[129]—. Entrevistado por *Le Figaro* el 13 de enero de 1958, Franco reveló que «el hombre de Estado más completo, más respetable, entre todos los que he conocido, yo le diré: Salazar. He aquí a un personaje extraordinario, por la inteligencia, el sentido político, la humanidad. Su único defecto es tal vez la modestia[130]». Defecto éste del que no se le puede acusar.

2. JOSÉ MILLÁN ASTRAY.

EL NOVIO DE LA MUERTE

JOSÉ MILLÁN ASTRAY

EL NOVIO DE LA MUERTE.

José Millán Astray y Terreros fue, quizá, la persona que más influencia ejerció en la formación moral e ideológica de Francisco Franco. Santificado en vida con el apodo «el glorioso mutilado», su contribución al ideario violento de la extrema derecha española fue única, gracias a la creación del Tercio de Extranjeros. En él institucionalizó y evangelizó los valores brutales y embrutecedores con que Franco libró y ganó la guerra civil española. Contribuyó al auge de la fama de Franco nombrándole su segundo jefe y comandante de campo de una fuerza pronto celebrada por su eficacia y su valentía. Millán intervino también en el nombramiento del futuro Caudillo como director de la Academia Militar General de Zaragoza, y sin duda sus puntos de vista prevalecieron en el tipo de educación militar que Franco inculcó en dicha institución. Durante la guerra civil creó y divulgó incansablemente la imagen de Franco como salvador invencible. Más concretamente, su participación fue de vital importancia en las maquinaciones de la última semana de septiembre mediante las cuales Franco ascendió al puesto de jefe del Estado. Todo esto explica en parte el hecho curioso de que Millán fue el único personaje relevante que tuvo a Franco bajo sus órdenes y con el que, a pesar de ello, el Caudillo sostuvo relaciones cordiales; todo lo contrario que con los generales Sanjurjo y Cabanellas, superiores de Franco en Marruecos, o de José María Gil-

Robles, dirigente de la católica y autoritaria CEDA y ministro de la Guerra en 1935, quienes posteriormente fueron blanco del resentimiento de Franco[1]. Las contradicciones en la personalidad de Millán se evidencian en que el intrépido fundador de la Legión consiguió conservar la buena voluntad del Caudillo porque dejó perfectamente claro que se contentaba con dedicarse a exagerar una y otra vez, y del modo más servil, la posición de Franco.

Millán Astray nació en La Coruña el 5 de julio de 1879, hijo de José Millán Astray y Pilar Terreros Segade. Su padre era abogado, funcionario y aspirante a escritor. Pese a que deseaba ser soldado, su padre lo obligó a estudiar derecho. Era un hombre bondadoso que alentó al joven José a leer, tanto que éste devoraba los relatos de aventuras[2]. El hecho de que cuando tuvo edad suficiente para hacerlo, decidiese conservar el apellido materno de su padre, Astray, con sus connotaciones estelares, en lugar del de su madre, Terreros, evocador de lo bajo y terrenal, sugiere una ambición ardiente. Esto, aunado al hecho de que eligió una carrera militar, indica hasta qué punto se identificaba con su padre. El 30 de agosto de 1894 ingresó en la Academia de Infantería de Toledo, donde cursó un programa abreviado que estudió frenéticamente, de modo que se graduó como teniente segundo a finales de febrero de 1896, a los dieciséis años. Sirvió seis meses en un regimiento de infantería destacado en Madrid, donde resaltaba su obsesión por la limpieza de su uniforme y el de sus hombres. Las hebillas, los cinturones y las bayonetas debían relucir. El 1 de septiembre de 1896 entró en la Escuela Superior de Guerra a fin de prepararse para el tan preciado diploma del Estado Mayor.

No obstante, al cabo de dos meses se presentó voluntario para participar activamente en la represión de la rebelión nacionalista que había estallado en Filipinas, a donde llegó el 3 de noviembre de 1896. Como ocurriría a lo largo de su carrera, no tardó en acumular importantes condecoraciones por su valor. Pasado un mes, a los diecisiete años, su defensa del pueblo de San Rafael, con treinta hombres contra dos mil rebeldes, lo convirtió en héroe nacional y le valió la Cruz de María Cristina en Filipinas, seguida, un mes más tarde, por la Cruz Roja al Mérito Militar y, poco después, por la Cruz

Primera Clase al Mérito Militar[3]. Se ha especulado acerca de que su obsesión por la limpieza e incluso su valor constituían un esfuerzo por borrar la mancha al honor familiar de que era responsable su padre. Éste había sido director de la cárcel Modelo de Madrid, y por un precio permitía a los presos salir durante breves períodos. En una de estas salidas un recluso se vio implicado en un notorio asesinato que llevó al enjuiciamiento de Millán Astray, padre[4]. Ciertamente, los actos de valor y heroísmo, el afán por correr riesgos y el culto a la violencia y la muerte podrían haber formado parte de un esfuerzo por tapar el comportamiento nada heroico de un padre que había actuado de modo poco honrado en su busca de una existencia cómoda.

En junio de 1897, convertido en un héroe tres veces condecorado, regresó a la Escuela Superior de Guerra, donde permaneció un año y medio. Posteriormente fue destinado a varios regimientos de infantería en la Península. En enero de 1905 obtuvo el rango de capitán. El 2 de marzo de 1906 se casó con Elvira Gutiérrez de la Torre, hija del general Gutiérrez Cámara. En cuanto terminó la celebración de la boda, su esposa le informó tímidamente de que había jurado castidad de por vida. Quizá resulte indicativo de sus tendencias autoeróticas el que Millán no aprovechara la oportunidad para anular la unión, sino que decidió tener con Elvirita, como la llamaba, una relación «fraternal». Ella, por su parte, se arrogó el papel de criada del gran hombre, a quien cuidó con devoción hasta su muerte[5]. Acabada la «luna de miel», regresó a la Escuela Superior de Guerra, donde estudió allí tres años más. En el verano de 1910 fue invitado a formar parte del Estado Mayor de la Academia de Infantería de Toledo, donde dictaba cursos de historia militar, geografía y táctica. Su servicio en la guerra, su preparación técnica y su matrimonio le habían proporcionado un currículum a tener en cuenta. Se trataba de alguien con un futuro brillante, que podía convertirse en oficial de Estado Mayor. Sin embargo, cuando lo invitaron formalmente a hacerlo se negó, alegando que deseaba luchar en África. Sediento de aventuras y convencido de que con el lento ritmo de vida de España no se cubriría de gloria ni obtendría los rápidos ascensos que ambicionaba, solicitó que lo trasladaran a África. Finalmente, en agosto de

1912 fue enviado a servir en los recientemente creados Regulares Indígenas[6].

A partir de 1913 Millán se hizo con una reputación de oficial valiente y decidido. Fue entonces cuando inició la costumbre de motivar a sus hombres con ardientes arengas antes de entrar en acción. Su mención en los partes y las medallas por su valentía se convirtieron en acontecimientos frecuentes, hasta que en julio de 1914 fue ascendido a comandante «por méritos de guerra». Continuó en África tres años más, durante los cuales consolidó su fama de valiente y triunfador, hasta que en abril de 1917 fue destinado a Madrid[7]. En 1918 empezó a exponer la idea de que España precisaba una fuerza mercenaria para evitar que la opinión pública pusiera fin a sus aventuras en África: «Si son españoles los que se alistan en el cuerpo que ha de constituirse, lo harán con gusto; si son extranjeros los que acuden, servirán doblemente, ya que se dispone de un soldado y se ahorra un español.»[8] Uno de los primeros en apoyar la idea fue el comandante Francisco Franco Bahamonde, a quien conoció en noviembre de 1918 en un curso de puntería para comandantes en Valdemoro, provincia de Madrid[9].

Millán Astray, un oficial lo bastante distinguido como para que se le tomara en serio, consiguió que el ministro de la Guerra, general Antonio Tovar Marcoleta, lo recibiera en audiencia y persuadirlo de lo conveniente de su idea. En septiembre de 1919 decidieron enviarlo tres semanas a estudiar en la Legión Extranjera de Francia, en Argelia. Sin embargo, primero se presentó ante el alto comisario español en Marruecos, el general Dámaso Berenguer, para que le diera sus instrucciones. Llegó justo cuando iban a lanzar un importante asalto contra El Raisuni, y aprovechando la oportunidad pidió permiso para participar en él. Lo destinaron al Estado Mayor. Sirvió en la columna del coronel José Sanjurjo hasta que partió para Argelia a principios de octubre. Allí visitó el cuartel general de la Legión Extranjera francesa en Sidi-Bel-Abbés, así como un regimiento en Tremecén. Lo que más le impresionó fue el sistema de compensaciones suntuosas y castigos salvajes[10]. Entretanto, su persuasivo cabildeo en Madrid había dado fruto, y por real decreto del 28 de enero de 1920, Millán, ascendido a teniente coronel tres semanas antes, fue nombrado jefe de la

Legión Extranjera, o Tercio de Extranjeros, como se la llamó. («Tercio» es el nombre que se daba en el siglo XVI a los regimientos del Ejército de Flandes, compuestos de tres grupos, el de piqueros, el de ballesteros y el de arcabuceros). Al ser formalmente constituida el 31 de agosto de 1920, se pretendía que la Legión fuese compuesta por tres batallones, llamados «banderas». A Millán le disgustaba el término «tercio» e insistió siempre en llamar a esta fuerza «la Legión».

Pidió a Franco que fuera su segundo jefe, y éste, tras dudar un poco, aceptó. Casi sin ayuda, Millán montó oficinas de reclutamiento en Madrid, Zaragoza, Barcelona y Valencia. A fuerza de decisión e improvisación, estableció un cuartel en Ceuta y equipó a los nuevos reclutas. Para compensar la desmoralización debida a la escasa financiación, pronunciaba discursos encendidos[11]. Cuando el 10 de octubre de 1920, bajo el mando de Franco, llegaron a Ceuta los primeros reclutas de la «primera bandera», una abigarrada colección de inadaptados y asesinos, algunos duros, otros despreciables, Millán los saludó con un mensaje resuelto: «Os habéis levantado, de entre los muertos, porque no olvidéis que vosotros ya estabais muertos, que vuestras vidas estaban terminadas. Habéis venido aquí a vivir una nueva vida por la cual tenéis que pagar con la muerte. Habéis venido aquí a morir.»[12] Y acabó con un «¡Viva la muerte!». Diríase que sabía, por instinto, el modo de sacar a relucir lo mejor de esa mezcolanza de bandidos, forajidos y descontentos que se había presentado y que comprendía desde criminales fugitivos hasta veteranos de la Guerra Europea incapaces de adaptarse a la existencia en tiempos de paz, pasando por anarcosindicalistas que huían de la represión en Barcelona. Les ofreció un nexo social, una suerte de calor y compañerismo humanos. A cambio, exigió obediencia ciega y plena disposición a morir. Transmitió a Franco su romántica idea de que, mediante el sacrificio, la disciplina, el sufrimiento, la violencia y la muerte, la Legión ofrecería redención a los parias que tenía por reclutas; esta idea figura repetidamente en el *Diario de una bandera* de Franco durante los dos primeros años que siguieron a la creación de la Legión, una extraña mezcla de romanticismo sensiblero digno de un relato de aventuras y fría insensibilidad frente a la bestialidad humana. Juntos, Millán y Franco

elaboraron una rutina brutal que convertía a los reclutas en autómatas capaces de obedecer las órdenes sin cuestionarlas. De hecho, para Millán lo irracional fue siempre más importante que lo racional. El himno de la Legión —«desde que has pasado el Estrecho ya no tienes ni madre, ni novia, ni familia; desde hoy todo esto lo será la Legión»—, era «la marcha nupcial del soldado cuando va a desposarse con la muerte» y los legionarios eran «los novios de la muerte[13]».

La obsesión de Millán con la muerte se refleja en el *Credo del Legionario*, según el cual, «el morir en el combate es el mayor honor. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y él no es tan terrible como parece. Lo más horrible es vivir siendo un cobarde[14]». En él se dejaba ver su interés por la literatura referente a los samuráis y su creencia de que sólo mediante la muerte es posible redimir los pecados de una vida. Millán reclutó a hombres para la Legión con la idea fundamental de que no existía pecado que no pudiera limpiarse con la muerte. En esto, su biblia era un libro publicado en 1895 por un japonés, Inazo Nitobé: *Bushido: el alma de Japón*. Se supone que la traducción al castellano, a partir de la versión en inglés del propio Nitobé, era del propio Millán, si bien nada indica que supiese inglés o japonés[15]. Tampoco existen pruebas de que los sádicos borrachos de la Legión siguieran el austero código *bushido* de Japón. No obstante, la idea sirvió para otorgar dignidad a una unidad cuyos soldados rasos eran tratados como carne de cañón fácilmente sustituible. Juntos, Millán Astray y Franco imbuyeron a la Legión de implacable salvajismo, así como de camaradería y de un exclusivismo simbolizado por la idea de que cualquier legionario acudiría siempre a ayudar a un compañero al grito de «¡A mí la Legión!», ya fuera en plena batalla, ya en una refriega en un bar. Millán era un comandante afable que solía invitar a sus oficiales a beber con él y tenía debilidad por contar chistes[16].

Millán Astray y Franco elaboraron una rutina brutal que convertía a los reclutas en autómatas que seguían las órdenes sin cuestionarlas.

Ernesto Giménez Caballero, fundador del movimiento surrealista español.

Miguel de Unamuno: Venceréis pero no convenceréis.

El escritor socialista Arturo Barea, que sirvió en el Ejército marroquí en los años veinte, se dio cuenta de que la histeria de masas generada por el histrionismo del jefe de la Legión iba en detrimento de su capacidad crítica. «Millán rugía, sollozaba y gritaba; escupía a la cara de estos hombres toda su miseria, su vergüenza, su suciedad, sus crímenes, y luego los arrastraba,

en una furia fanática, hacia la caballerosidad, a renunciar a toda esperanza salvo la de una muerte que borrara las manchas de su cobardía con el esplendor del heroísmo.»[17] Esta retórica ocultaba múltiples pecados. Los psicópatas, los borrachos y los parias eran tratados brutalmente, a cambio de lo cual se les permitía dar rienda suelta a su sed de sangre.

> Cuando atacaba, el Tercio no reconocía límites a su venganza. Cuando abandonaba un pueblo, no quedaba más que incendios y los cadáveres de hombres, mujeres y niños. Así, fui testigo ocular de la destrucción total de los pueblos del Beni Arós en la primavera de 1921. Cuando se asesinaba a un legionario en una marcha solitaria por el campo, se degollaban a todos los hombres de los pueblos vecinos, a no ser que se presentase el asesino[18].

Pese a la feroz disciplina impuesta en otros aspectos, Millán y Franco no ponían límites a las atrocidades cometidas en las aldeas moras; los legionarios decapitaban a los prisioneros y exhibían sus cabezas cortadas; a la duquesa de la Victoria, filántropa que organizó a un grupo de enfermeras, le dieron la bienvenida con un cesto de rosas en medio del cual había dos cabezas moras. Cuando el dictador Primo de Rivera fue a Marruecos en 1926, se quedó horrorizado al ver que un batallón de la Legión aguardaba la inspección con cabezas moras clavadas en las bayonetas[19].

Millán y Franco se deleitaban con la terrible reputación de sus hombres y se enorgullecían de su brutalidad. La notoriedad de la Legión constituía un poderoso instrumento de represión colonial. Así, Franco aprendió importantes lecciones en cuanto a la función ejemplarizadora del terror. Tanto con la Legión en África como durante la guerra civil, permitió y alentó el asesinato y la mutilación de prisioneros. Los años que convivió con el inhumano salvajismo de la Legión de Millán contribuyeron a una deshumanización que le serviría posteriormente como fuente de valor y fortaleza[20]. En octubre de 1934, por ejemplo, cuando se le encargó que supervisara la represión de la insurrección izquierdista en Asturias, envió a la Legión. «Esta guerra es una guerra de fronteras —comentó a un periodista—, y los frentes son el socialismo, el comunismo y todas cuantas formas atacan la civilización para reemplazarla por la barbarie.»[21] Sentía por los obreros de izquierdas el mismo desdén racial que por los miembros

de las tribus del Rif. El terror que desató en Asturias, lo repetiría en el sur de España en 1936. El avance del ejército de África hacia Madrid provocaba un pavor paralizador. Una vez que las columnas africanas tomaban las ciudades y las aldeas, llevaban a cabo una matanza de prisioneros y violaban a las mujeres[22]. La intimidación y el uso del terror, descritos con el eufemismo de «castigo», constituían una táctica deliberada y explícita. Franco se apoyaba en el legado de Millán.

Carlos Iniesta Cano, uno de los principales generales azules del franquismo y digno discípulo de Millán Astray.

Celia Gámez.

Agustín Muñoz Grandes, primer comandante en jefe de la División Azul.

En 1921, Arturo Barea fue testigo de una extraordinaria escena que revelaba tanto la personalidad violenta de Millán como el estilo de vida de la Legión. Al inspeccionar a las tropas, Millán

> se detuvo frente a un mulato de labios gruesos, de inmensos ojos amarillentos de bilis, estriados de sangre.

—¿De dónde vienes tú, muchacho? —preguntó.

—¿Y a usted qué diablos le importa? —contestó brutal el hombre.

Millán Astray quedó rígido, mirándole a los ojos.

—Tú crees que eres muy bravo, ¿no? Mira, aquí, el jefe soy yo. Cuando uno como tú me habla, se cuadra y dice: «A sus órdenes, mi teniente coronel. No quiero decir de dónde vengo». Y está bien. Tú tienes perfecto derecho a no mentar tu país, pero no tienes derecho a hablarme como si yo fuera un igual tuyo.

—¿Y qué tienes tú, más que yo? —escupió el hombre, con labios húmedos de baba y rojos como sexo de perra en celo.

Hay veces que los hombres pueden rugir. A veces pueden saltar como si sus músculos fueran de caucho y sus huesos varillas de acero.

—¿Yo?… —rugió el comandante—. Yo soy más que tú, ¡mucho más hombre que tú! —Saltó sobre el otro y le cogió por el cuello de la camisa. Le levantó del suelo, le lanzó en el centro del círculo y le abofeteó horriblemente con ambas manos. Fue cosa de dos o tres segundos. Se golpearon uno a otro como los hombres de las selvas debieron hacerlo antes de que fuera fabricada la primera hacha. El mulato quedó en el suelo casi sin conocimiento, chorreando sangre.

Millán Astray, más rígido, más horrorífico que nunca, epiléptico, en una locura homicida, aulló:

—¡Firmes!

Los ochocientos legionarios y yo respondimos como autómatas. El mulato se levantó, arañando la tierra con las manos y las rodillas. La nariz chorreaba sangre mezclada con polvo como la de un muchacho sucio chorrea mocos. El labio reventado era más grueso que nunca; deforme. Juntó los talones y saludó. Millán Astray le golpeó las espaldas macizas.

—Mañana necesito los valientes a mi lado. Supongo que te veré cerca de mí.

—A sus órdenes, mi teniente coronel. —Los ojos más sangrientos que nunca, más amarillentos de ictericia, flameaban fanáticos[23].

Según Barea, Millán «a menudo anunciaba por adelantado su propio desafío a la muerte, gritando y agitando los brazos[24]».

En un devastador informe acerca del comportamiento de los oficiales del ejército moro, redactado tras el famoso desastre de Annual, el coronel Domingo Batet escribió que el tan alabado valor de los oficiales de los Regulares y del Tercio se inspiraba en el alcohol, la cocaína y la morfina, y su principal característica eran la jactancia y la pretensión. Más concretamente, habló del «teatral y payaso Millán Astray, que tiembla cuando oye el silbido de las balas y rehúye su puesto[25]». Podría decirse que Millán, a diferencia de Franco, que no conocía el miedo, era un hombre corriente que participaría en una batalla por temor y que, pese a sufrir mucho como consecuencia, se sobreponía al terror y se enfrentaba al

peligro. Sintiera lo que sintiese, gracias a sus hazañas se convirtió en un favorito del rey Alfonso XIII, que le nombró gentilhombre de cámara el 18 de septiembre de 1921[26]. Cuando el rey le invitó a una fiesta en uno de los palacios reales, le informó de que no disponía de traje de gala. Como respuesta, Alfonso XIII le envió uno de los suyos. Cuando se lo devolvió, Millán pidió permiso para guardarse la camisa; a partir de entonces siempre se la ponía para las batallas y, una vez acabadas, enviaba un telegrama a palacio con la noticia[27]. La intercesión del rey a su favor provocó tensiones con Niceto Alcalá Zamora, a la sazón ministro de la Guerra[28].

A principios de su carrera Millán fue valiente, irresponsablemente valiente, y, sin embargo, en su valentía tal vez hubiese algo calculado. En todo caso, desde el momento en que fundó la Legión su comportamiento se caracterizó más bien por los excesos histriónicos. En una ocasión, en 1922, fue al hospital militar en Tetuán. Según un testigo presencial, Ernesto Giménez Caballero, que posteriormente sería el fundador del movimiento surrealista español, entró

> como una tromba en la sala de cirugía: «¡A ver mis legionarios! ¡Dónde están mis chacales! ¡Soy vuestro jefe! ¡Legionarios, viva España, viva el Rey, viva la Legión!». Los chacales fueron apareciendo unos en camisa, otros vendados, otros se incorporaban en su cama. «¿Tú qué tienes, hijo mío?». «Un balazo aquí». «¡Un balazo! ¿Y tú, muchacho?». «Pues aquí en la cabeza otro balazo». «¡Otro balazo! ¿Y tú, hijo?». «Yo tengo dos». «¡Dos balazos!». Todos invariablemente le pedían de comer, el ayudante apuntaba: gallinas, jamón, botellas de vino. Mientras recorría a los heridos su brazo de un cabestrillo que tenía colgado al cuello. «¡Esta neuritis!», musitaba al atravesar la sala. Es de suponer que nada más se supo de los manjares prometidos[29].

La temeridad de Millán en el campo de batalla hizo estragos en su persona. Dadas sus heridas, lo describían como el general «recompuesto de garfios, maderas, cuerdas y vidrios[30]». Tenía una enorme cicatriz en el pecho, reliquia de una herida recibida el 17 de septiembre de 1921; hablaba de tácticas con el comandante Francisco Franco y el primo de éste, el capitán Francisco Franco Salgado-Araujo, y observaba con binoculares las posiciones enemigas cerca de Nador, cuando una bala de un francotirador le hirió. Cayó al suelo, gritando, «¡Me han matado! ¡Me han matado!» y, a

continuación, «¡Viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva la Legión!»[31]. En palabras suyas, su jefe «tuvo el honor de ser tocado por una bala enemiga, en el pecho y la honra de ser los brazos fuertes y fornidos de Franco quien, junto con el capitán también llamado Francisco Franco, lo recogiesen con fraternal cariño[32]». Pese a que no se había curado de la herida, al cabo de tres semanas volvió a la acción. El 10 de enero de 1922, recibió una herida grave en la pierna. Entre sus numerosas condecoraciones, le fue impuesta, en el otoño de 1922, la medalla de sufrimientos por la Patria[33]. Perdió el brazo izquierdo cuando, el 26 de octubre de 1924, en Fondak, Marruecos, una bala le atravesó el codo; dos días después tuvieron que amputarle el brazo, que se había gangrenado. Perdió un ojo, cuando, el 4 de marzo de 1926, una bala penetró en su mejilla, le destrozó la cuenca del ojo derecho, le rompió la mandíbula y le sacó numerosos dientes, a consecuencia de lo cual luciría una horrible cicatriz. Al parecer le encantó el telegrama que le envió uno de sus subalternos, Joaquín Ríos Capapié: «Felicítole por cuarta, gloriosa herida STOP Espero impaciente la quinta.»[34] Era tan demacrado como los personajes de El Greco, si bien había algo de goyesco en su desbocado ojo izquierdo, el que le quedaba. En Alemania compró un ojo de vidrio, pero casi nunca se lo ponía, pues prefería el más romántico parche negro[35].

En su actitud, y posteriormente también en su aspecto, Millán se parecía al poeta-aventurero italiano Gabriele d'Annunzio. Había mucho en Millán de la frenética resolución del italiano de ser un superhombre nietzscheano. Como conocía la semejanza, en una ocasión preguntó al poeta español de derechas, José María Pemán: «¿Es verdad que yo me parezco a Gabriele d'Annunzio?». El poeta contestó que, aunque nunca había visto al italiano, «no dudo de que su calva de bóveda renacentista y su ojo tuerto le aproximan bastante a usted, mi general, a la figura física del poeta[36]». El intelectual falangista Dionisio Ridruejo, que conoció a Millán durante la guerra civil, llegó a la conclusión, muchos años después, de que su extremismo se debía en parte a un deseo de emular a D'Annunzio[37].

La actitud aventurera de Millán hacia la vida militar se reflejó en su creencia fanática de que el canto daba ánimos durante la batalla:

> Mi lema de guerra es «Legionarios a luchar, Legionarios a morir». Y cuando los legionarios luchamos y cuando vemos de cerca a la muerte, cantamos el *Himno de la Legión* y cuando estamos alegres y contentos, también lo cantamos, porque en el *Himno de la Legión* están las esencias más puras de nuestra alma: no sólo en la letra, sino en la música, en el cante de los compases y en las vibrantes notas de las cornetas. Por eso, cuando en los hospitales me hacían curas dolorosas de las heridas, en la habitación de al lado ponían un piano y un legionario tocaba el *Himno de la Legión* y *El Novio de la Muerte* para no sentir el dolor. Otra vez, cuando acababan de amputarme el brazo, los legionarios heridos que estaban en aquel hospital se tiraban de sus camas, lo mismo los que podían andar como los que no, y —éstos arrastrándose— vinieron a mi cuarto a cantarme el *Himno de la Legión*: yo también me tiré de la cama y puesto firme, rígido, canté con ellos. Otra vez cuando me trasladaron en una camilla de un hospital a otro, herido de cruel balazo que me atravesó la sien, al pasar por Riffien, que es el cuartel de la Legión, salieron todos a cantar el *Himno de Guerra* y me tiré de la camilla y canté con ellos también: y cuando enterramos a un legionario, cantamos y cuando vencemos, cantamos y cuando desafiamos al enemigo, cantamos porque el cántico —en ciertos momentos— es un reto y un desafío. Y cuando la situación en un combate es de máximo peligro y se acerca más la muerte, la Legión antes de morir —pues jamás se rinde— canta… Ésa es la canción que nos sirve de aliento en el combate[38].

Millán era más que un popular héroe de guerra: desempeñaba también un papel político, si bien, como sucedía con su heroísmo, lo que impulsaba sus intervenciones políticas era su afán de protagonismo[39]. Siendo el personaje más prominente del ala africanista del Ejército, tomaba parte activa en el incesante conflicto con las Juntas de Defensa, organización dominada por oficiales de la España peninsular, cuyos miembros más liberales, capitaneados por oficiales de artillería y del Cuerpo de Ingenieros apostados en España, se oponían a los ascensos en campo de batalla, ascensos a los que tan apegados estaban los africanistas. En mayo de 1922, cuando dimitió de las Juntas, con bastante publicidad, Millán se convirtió en el foco de la hostilidad de estos oficiales[40]. Llamó aún más la atención cuando, en otoño, el rey aceptó participar en un homenaje público a los Regulares Indígenas, la fuerza policiaca mercenaria de España compuesta por moros. Si bien en este homenaje no participaba la Legión, Millán ordenó una colecta entre todos los legionarios a fin de adquirir una joya que se ofrecería a la reina. Los oficiales junteros de infantería de la zona de Sevilla boicotearon el acto, celebrado en Sevilla el 14 de octubre de 1922. La popularidad de Millán entre los africanistas creció significativamente a consecuencia de su intervención, y el 20 de octubre casi todos los oficiales

de la guarnición de Madrid, muchos de los cuales habían luchado en África y eran favoritos del rey, se presentaron en la estación de ferrocarril a despedirlo cuando partió hacia el sur, rumbo a Melilla[41].

No obstante, en su intento por conseguir el favor real Millán pronto se extralimitó. El 7 de noviembre de 1922, haciéndose abiertamente publicidad a sí mismo, redactó una carta abierta dirigida al rey en la que decía que renunciaría a su cargo en protesta por la influencia de los junteros y publicó un dramático manifiesto a la nación; en él pedía el apoyo de los «comandantes, diputados, senadores, generales y oficiales». En las calles, jóvenes derechistas se manifestaron en su favor y oficiales de la guarnición de Madrid fueron a su casa y dejaron su tarjeta de visita. Franco le envió un telegrama expresándole la solidaridad unánime de los oficiales de la Legión. Alfonso XIII no rechazó su dimisión ni dio muestras públicas de su favor. Como los junteros exigían que aceptara la dimisión, el rey transigió y permitió que lo sustituyera al frente de la Legión el teniente coronel Rafael Valenzuela, dando como motivo la gravedad de sus heridas. Tanta era la hostilidad manifestada por los junteros contra Millán que a éste no se le recibía con agrado en otros cuerpos y fue objeto de constantes humillaciones[42]. Finalmente, a mediados de febrero de 1923 consiguió que lo destinaran al regimiento de Pavía en San Roque, Cádiz. Cuando, el 28 de junio de 1923 el general Miguel Primo de Rivera se convirtió en dictador, el rey lo convenció de que lo enviara primero, en enero y febrero de 1924, a la academia militar francesa en Saint-Cyr, y luego, a partir de marzo, a la academia de la infantería en Saint-Maixent.

En julio de 1924, Millán regresó finalmente a un regimiento español, en Alicante, y a finales de octubre de ese mismo año fue destinado al alto comisariado en Marruecos y ascendido a coronel. El 26 de octubre, cuando conducía hacia Fondak, se encontró la carretera cortada por insurgentes moros; salió del coche, fue a donde luchaban las tropas españolas y se puso a hablar con ellos, cuando una bala lo hirió en el brazo, a resultas de lo cual tuvo que someterse a la amputación por la cual tanto lo alabarían posteriormente[43]. Valenzuela fue muerto el 5 de junio de 1925 y a Franco lo ascendieron a teniente coronel a fin de que tomara el mando de la

Legión, a la cabeza de la cual permaneció hasta el 5 de diciembre; el 3 de febrero de 1926 fue ascendido a general de brigada, con lo que su rango era demasiado alto para la jefatura de la Legión. Tras más de un año de convalecencia, Millán iba a ser transferido al cuerpo de inválidos, pero Franco y Sanjurjo intervinieron en su favor ante el dictador, y el 9 de febrero de 1926 cubrió la vacante dejada por la marcha de Franco al frente de la Legión. Esto exigió un cambio en el reglamento referente a los inválidos y provocó considerable resentimiento en los junteros. Pese a ello, o quizá por ello, Millán descuidaba su seguridad personal, y el 4 de marzo de 1926 perdió el ojo derecho como consecuencia de un disparo. A los cuatro meses había vuelto al servicio activo. El 18 de junio de 1927 fue ascendido a general de brigada y se vio obligado a dejar la Legión. El 1 de octubre de 1927, lo nombraron coronel honorario permanente de este cuerpo, posición que aprovecharía al máximo durante la guerra civil[44].

De hecho, antes de esto, y en parte gracias a su estancia en Francia, se creía que como premio por los sacrificios hechos en África lo nombrarían jefe de la Academia de Infantería en Toledo. En la primavera de 1925, el Centro del Ejército y de la Armada le pidió que hablara de sus experiencias en Francia, en una conferencia acerca de organización militar. Sin embargo, era tal la antipatía que sentían los junteros por este africanista simbólico, que su abierta indignación obligó a anular la conferencia y a aplazar indefinidamente su nombramiento a la dirección de la Academia[45]. A continuación se rumoreó que sería nombrado director de la recientemente restablecida Academia General Militar en Zaragoza, si bien, dada la oposición de los junteros, esta propuesta tampoco prosperó. Es posible, no obstante, que el nombramiento alternativo de Franco se debiera a una sugerencia del propio Millán[46]. En todo caso, sus ideas constituirían la esencia de la educación militar impartida por su discípulo Franco y los maestros africanistas[47].

El último puesto en activo de Millán, que ocupó la mayor parte de 1928 y 1929, fue el de general al mando del distrito de Ceuta-Tetuán. El 15 de enero de 1930 fue destinado al Ministerio de la Guerra. Desde allí, angustiado, telefoneó a Franco para informarle de que el general Sanjurjo, a

la sazón director general de la Guardia Civil, había aconsejado al rey que saliera de España[48]. Como protegido de Alfonso XIII y militarista, le preocupaba mucho la llegada de la República. Numerosos junteros por los que sentía una enorme antipatía ocuparon importantes puestos como asesores del nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña. Sin embargo, pese a que se quedó sin puesto activo y a que en febrero de 1932 fue pasado a la reserva, al principio consiguió evitar confrontaciones con el nuevo régimen, si bien se rumoreaba que formaba parte de los diversos complots militares contra Azaña. Fuera como fuere, a mediados de junio de 1932 se dejó llevar por la impaciencia: fue en tranvía a la Escuela de Tiro del Ejército en Carabanchel, pidió un caballo, ordenó a los cadetes de las academias militares que se pusieran en fila y los hizo desfilar[49]. Parece que participó a medias en el complot de Sanjurjo del 10 de agosto de ese año, pero la firme decisión de Franco de no implicarse lo inhibió. No obstante, la decisión de pasarlo a la reserva se debió sin duda a su vínculo con la conjura[50].

Durante la República Millán manifestó hacia Franco una deferencia que se convertiría en puro servilismo durante la guerra civil. Si bien se le consideraba un descontento, parecería que su firme decisión de no perder el paso de Franco evitó que se buscara más problemas[51]. A finales de 1934 su plazo en la reserva se acababa y existía una fuerte presión para que fuese dado de baja del Ejército por inválido, pero la amnistía para los participantes en la sanjurjada lo rescató. El primer ministro, Alejandro Lerroux, que encabezó también el Ministerio de la Guerra tras la dimisión de Diego Hidalgo, había sido amigo del padre de Millán. A fin de mantenerlo en activo, le nombró secretario del Consejo Supremo del Ministerio de la Guerra, cargo burocrático y poco importante, pero prestigioso[52]. Millán conservó el cargo bajo Gil-Robles y, brevemente, bajo el general Nicolás Molero, sucesor de Gil-Robles tras la elección del Frente Popular en febrero de 1936[53]. Sin embargo, con el regreso de Manuel Azaña al gobierno y al Ministerio de la Guerra, Millán entró a formar parte del Cuerpo de Inválidos[54].

Sin un cargo remunerado que le obligara a quedarse en España, inició una bien pagada gira de conferencias por Argentina; además, en la radio explicaba sus hazañas en Marruecos y exhibía sus cicatrices en los salones de los ricos. Se dice que al enterarse del alzamiento gritó a su esposa: «Elvirita, la radio dice que la Legión se ha alzado. Eso para mí es como oír el grito de "¡A mí la Legión!"», y reservó rápidamente pasaje en un barco que partía hacia España; pero como mientras se encontraba a bordo se enteró de que Sanjurjo había muerto y de que Fanjul y Goded habían fracasado en Madrid y Barcelona respectivamente, prefirió aguardar a ver cómo terminaba el asunto antes de decidir a qué bando adherirse[55]. El hecho de que el general Emilio Mola, «director» de la conspiración, no lo mantuviese informado reforzó su vacilación. Mola lo despreciaba por su histrionismo y dudaba de su discreción. Millán, a su vez, sentía un fuerte resentimiento contra Mola[56].

Millán llegó a Lisboa a finales de la primera semana de agosto. Al conversar con los agentes de Franco —el hermano de éste, Nicolás, y Gil-Robles—, dejó de dudar y continuó la travesía hasta Cádiz, resuelto a aprovechar su mejor baza, el prestigio que le daba haber fundado la Legión. En un discurso pronunciado en el muelle declaró que había venido de Sudamérica porque había oído el grito de «¡A mí la Legión!»[57]. A los pocos días de su llegada a Sevilla, Franco se había hecho con una plantilla en estado embrionario que incluía un gabinete de prensa creado el 9 de agosto bajo la dirección de Juan Pujol, con Joaquín Arrarás como ayudante[58]. Pronto llegó a la conclusión de que podía utilizar la retórica encendida de Millán para propagar su causa en la zona nacional; por esto, Millán se instaló, junto con Franco y su personal más allegado, en el palacio de Yanduri en Sevilla[59]. Su primera aparición pública importante tuvo lugar en Sevilla el 15 de agosto, al lado de Franco y Queipo de Llano, en una ceremonia en que los rebeldes militares adoptaron la bandera monárquica.

> Millán Astray, gesticulando como un poseído, chilló: «No les tenemos miedo. Que vengan, que vengan y verán de lo que somos capaces a la sombra de esta bandera». Se oyó una voz: «¡Viva Millán Astray!». Éste respondió: «¿Qué es eso? Nada de gritar viva Millán

> Astray. Gritad todos conmigo, con toda la fuerza de que seáis capaces: ¡Viva la muerte! ¡Viva la muerte! ¡Viva la muerteee!». La multitud coreó los vivas. Añadió: «Ahora, que vengan los "rojos". ¡Todos a morir!». Y terminó tirando el gorro con gesto vesánico sobre la multitud que pretendía electrizar[60].

Desde su cuartel, situado en ese momento en Cáceres, Franco lo puso de inmediato al frente de una improvisada operación de propaganda: una gira por Valladolid, Vigo y La Coruña, entre otras ciudades. Sin cohibirse en absoluto, Millán imprimió el tono típico de un seudocruzado medieval, característico a partir de entonces de la imagen nacionalista. En un discurso pronunciado el 21 de agosto, desde un balcón en Pamplona gritó, sin dejar de gesticular: «¡Navarra, Pamplona! Con reverencia profunda te saludo. Eres la Covadonga de la Reconquista de España y de la Fe. Eres la cuna del heroísmo nacional. Eres ¡NAVARRA!»[61]. Ese mismo día ya había participado en una escena igualmente estrafalaria, quizá orquestada adrede, en el hospital militar de la ciudad. Junto al cuerpo del teniente coronel Ricardo Ortiz de Zárate, oficial de la Legión, dijo al difunto: «¡Hermano, ya la tienes! ¡Ya es tuya! Cuántas veces has corrido tras ella en los campos de África… Ya es tuya; fundidos en un abrazo estáis yaciendo los dos…». De pronto, tras divagar en esta vena un buen rato, hizo una pausa y, al cabo de un silencio relativamente largo, añadió: «Ahora, hermano, en tu honor, cantaré para ti nuestro himno». A continuación, con voz desafinada y rota, cantó: «Soy valiente y leal legionario…»[62].

Adondequiera que fuese, cantaba las alabanzas de Franco, como si creyera que cuanto más exagerase tanto más se cubriría de su gloria[63]. De hecho, la incondicional admiración que manifestaba hacia Franco rayaba en lo servil, si bien no por eso dejaba de insinuar que era él quien había descubierto al nuevo salvador. Como dijera a Giménez Caballero, «había formado ánimos como el del propio Franco. Y sin embargo en mi cuadrante falta algo que tiene Franco y no sé lo que es, pero sí sé que es decisivo[64]». Ya desde entonces insistía en el papel vital de Franco, que no era aún sino un miembro más de la Junta de Burgos. Expresaba su absoluta convicción de que la buena estrella que guiaba a Franco en todo constituía la mejor garantía de la victoria final. Con su habitual histrionismo, solía recordar a

quienes lo escuchaban la importancia vital de la Legión y acababa siempre sus arengas con un «¡Viva la muerte!»[65]. Entre los numerosos servicios que prestó a Franco, inventó el lema «Una Patria, Un Estado, Un Caudillo[66]».

Junto con el general Alfredo Kindelán, Nicolás Franco, el general Luis Orgaz y el coronel Juan Yagüe, Millán desempeñó un papel importante en una especie de campaña política cuyo propósito era ascender a Franco a comandante en jefe y luego a la Jefatura del Estado. Franco se mostraba cauteloso, pues temía arriesgar la posición que ya había alcanzado. Como consecuencia de sus vacilaciones, parecía que lo obligaban, por el bien de la causa nacional, a aceptar con renuencia una posición impuesta[67]. Cuando, después de la primera reunión de los generales, celebrada el 21 de septiembre cerca de Salamanca, resultó claro que el alto mando dudaba, Millán se creyó en el deber de hacer entender cuánto se «necesitaba» a Franco, el deber tanto de generar como de expresar la presión «popular». Personificó, sobre todo, la resolución de la Legión, con la que estaba irrevocablemente vinculado, de que a Franco lo nombraran jefe único. Para esto orquestó con habilidad las escenas en Cáceres montadas a fin de relacionar la liberación del Alcázar de Toledo con la necesidad de que Franco se convirtiera en comandante único[68].

El 4 de octubre, tres días después de que Franco se erigiera en jefe del Estado, Millán proclamó que el Caudillo «es enviado de Dios como Conductor para liberación y engrandecimiento de España […]. Fue el que salvó la situación en la sublevación republicana de Jaca […]. Es el primer estratega de este siglo[69]». Su adulación y sus excentricidades resaltaban incluso entre la galería de personajes extraños y grotescos reunidos en Salamanca. En el frío otoño de 1936 Franco sustituyó a Pujol por el que fuera su mentor al frente de una muy ampliada Oficina de Prensa y Propaganda, cuyo local improvisado fue el antiguo edificio Anaya, sede de la facultad de ciencias de la Universidad de Salamanca. En ésta se encontraban también los laboratorios que se afanaban en producir gas tóxico para los nacionales; en otra parte del edificio trabajaba un alquimista llamado Savapoldi Hammaralt, que se había presentado en Salamanca y

había ofrecido producir todo el oro que Franco necesitara para ganar la guerra; siguiendo el consejo de su hermano Nicolás, Franco puso a su disposición el laboratorio de química[70]. En el palacio Anaya, Millán reunió a algunos de los personajes más estrafalarios de una ciudad atestada de rarezas, desde el ingenioso Agustín de Foxà, hasta el capitán Gonzalo Aguilera y Yeltes, aristócrata que achacaba todos los males de España a la introducción del alcantarillado, pasando por Ernesto Giménez Caballero[71].

Millán cenaba casi siempre en el comedor del Gran Hotel de Salamanca, donde Charles Foltz, un corresponsal norteamericano, presenció algunas escenas extrañas; según él, «cuando le daba la gana, obligaba a todos los allí presentes, incluidos los diplomáticos extranjeros, a ponerse de pie y cantar el himno del legionario, siguiendo el compás con una pistola, que a veces se disparaba». En una ocasión, obligó a todos los presentes, sumamente aturdidos, a que permanecieran de pie con el brazo alzado en el saludo fascista, y a cantar los himnos de la Falange, de los requetés carlistas, de la Legión, el *Horst Wessel Lied* nazi, el himno fascista *Giovinezza* y los himnos nacionales alemán, italiano y portugués[72].

Una violencia apenas contenida alimentaba sus excentricidades. Según un observador, «su actitud enfadada y rencorosa eliminaba cualquier compasión que hubiesen podido inspirar sus mutilaciones[73]». En un restaurante de Lugo, a donde fue a pronunciar un discurso, provocó un incidente: era gallego y, habiendo cantado las alabanzas de la cocina de su tierra, pidió al camarero que le llevara queso de tetilla. El camarero, que sospechó equivocadamente que estaba poniéndolo a prueba, le recordó que era un «día sin postre» —una de las numerosas medidas de austeridad adoptadas en la zona nacional—. «¿Sabes quién soy?», tronó el «glorioso mutilado». «Sí, excelencia, es usted el general Millán Astray». «¡Pues tráeme un queso de tetilla!». Como el camarero vacilara, el general perdió los estribos y golpeó al pobre hombre en la cabeza[74]. En otra ocasión, en una visita a un hospital, provocó un escándalo parecido. Al recorrer los pabellones acompañado por su escolta de legionarios, preguntaba a cada paciente los detalles de la batalla en que lo habían herido. Cuando ellos se los explicaban, ordenaba a su ayudante: «¡A éste que le den cien pesetas!

¡A éste que le den doscientas pesetas!». Finalmente, llegó junto a un soldado que no pudo darle ningún detalle heroico, pues había caído de un sidecar. Enfurecido, Millán le propinó una brutal paliza[75]. Otro día, cuando distribuía medallas, se dejó llevar por sus prejuicios: Millán no lo sabía, pero el héroe era catalán; al preguntarle su nombre con su habitual tono jovial, la respuesta, «Vidal Ribas» y el acento lo descubrieron. Millán le dio la espalda y en tono grave comentó: «¡Qué pena que seas catalán!»[76]

Sumamente supersticioso, solía decir a Pacón Franco Salgado-Araujo que Dios daba mala suerte a sus enemigos: «Fíjate, los generales A y B fueron fusilados por los rojos, el coronel tal murió en el frente, otro en un accidente. Jamás siento odio por nadie y me agrada perdonar a mis enemigos. Lo que no falla es que no tardan en morirse.»[77] El 29 de septiembre, poco después de la liberación del Alcázar de Toledo, Franco dio una comida en honor del héroe del sitio, el coronel José Moscardó, en el hotel Castilla, en compañía del general Varela, Millán y otros oficiales. Cuando Millán se dio cuenta de que eran trece a la mesa, cogió a un mensajero que pasaba por allí y obligó al aterrorizado chico a sentarse y comer con ellos[78].

Poco después de empezar a encargarse de popularizar la imagen de Franco, Millán participó en un incidente que, a ojos del mundo extranjero, caracterizaría al régimen de Franco. Tuvo un encontronazo con el rector de la Universidad de Salamanca, el filósofo y novelista Miguel de Unamuno, de setenta y dos años. El 12 de octubre de 1936 en el paraninfo de la universidad se celebraba el Día de la Raza, aniversario del «descubrimiento» de América por Colón. Millán había llegado escoltado por sus legionarios armados con metralletas, afectación que conservaría a lo largo de toda la guerra. Varios oradores soltaron los consabidos tópicos acerca de la «anti-España». Un indignado Unamuno, que había estado tomando apuntes sin intención de hablar, se puso de pie y pronunció un apasionado discurso. «Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo hice otras veces. Pero, no, la nuestra es sólo una guerra incivil […]. Vencer no es convencer, y hay que

convencer, sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión […]. Se ha hablado también de catalanes y vascos, llamándolos anti-España; pues bien, con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo, catalán, para enseñaros la doctrina cristiana que no queréis conocer, y yo, que soy vasco, llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española, que no sabéis…».

En ese punto, Millán empezó a gritar: «¿Puedo hablar? ¿Puedo hablar?». Su escolta presentó armas y alguien del público gritó: «¡Viva la muerte!». En lo que, según Ridruejo, fue un exhibicionismo fríamente calculado[79], Millán habló: «¡Cataluña y el País Vasco, el País Vasco y Cataluña, son dos cánceres en el cuerpo de la nación! ¡El fascismo, remedio de España, viene a exterminarlos, cortando en la carne viva y sana como un frío bisturí!». Se excitó sobremanera hasta tal punto que no pudo seguir hablando. Resollando, se cuadró mientras se oían gritos de «¡Viva España!». Se produjo un silencio mortal y unas miradas angustiadas se volvieron hacia Unamuno. «Acabo de oír el grito necrófilo e insensato de "¡Viva la muerte!". Esto me suena lo mismo que "¡Muera la vida!". Y yo, que he pasado toda la vida creando paradojas que provocaron el enojo de quienes no las comprendieron, he de deciros, con autoridad en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. Puesto que fue proclamada en homenaje al último orador, entiendo que fue dirigida a él, si bien de una forma excesiva y tortuosa, como testimonio de que él mismo es un símbolo de la muerte. ¡Y otra cosa! El general Millán Astray es un inválido. No es preciso decirlo en un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero los extremos no sirven como norma. Desgraciadamente hay hoy en día demasiados inválidos. Y pronto habrá más si Dios no nos ayuda. Me duele pensar que el general Millán Astray pueda dictar las normas de sicología de las masas. Un inválido que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, que era un hombre, no un superhombre, viril y completo a pesar de sus mutilaciones, un inválido, como dije, que carezca de esa superioridad de espíritu, suele sentirse aliviado viendo cómo aumenta el número de mutilados alrededor de él […]. El general Millán

Astray quisiera crear una España nueva, creación negativa sin duda, según su propia imagen. Y por ello desearía una España mutilada…».

Furioso, Millán gritó: «¡Muera la inteligencia!». En un intento de calmar los ánimos, el poeta José María Pemán exclamó: «¡No! ¡Viva la inteligencia! ¡Mueran los malos intelectuales!». Unamuno no se amilanó y concluyó: «¡Éste es el templo de la inteligencia! ¡Y yo soy su supremo sacerdote! Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Yo siempre he sido, diga lo que diga el proverbio, un profeta en mi propio país. Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta; pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pediros que penséis en España». Millán se controló lo suficiente como para, señalando a la esposa de Franco, ordenarle: «¡Coja el brazo de la señora!», cosa que Unamuno hizo, evitando así que el incidente acabara en tragedia[80].

Esa misma tarde, los guardias cívicos de Salamanca dieron una cena en honor a José María Pemán, presidida por el alcalde. Al regresar al Gran Hotel, Millán se presentó en el vestíbulo y, ante un público perplejo, lo abrazó y le ofreció su propia «medalla de sufrimientos por la Patria». Con astucia, Pemán evitó el bochorno al besar la medalla con reverencia y devolvérsela a Millán[81]. No ha quedado claro si lo que Millán pretendía era neutralizar los posibles efectos negativos de su ataque a la inteligencia o congraciarse con un escritor sumamente influyente.

En opinión de Franco, Millán se había comportado como era debido en la confrontación con Unamuno[82]. El que alguien como el general se ganara el respeto del Caudillo dice mucho de la naturaleza de éste y su corte. Franco lo hizo más o menos responsable de la moral de las tropas nacionales, en calidad de lo cual Millán iba a menudo al frente y a los hospitales militares[83]. Sin duda, como uno de los colaboradores más allegados de Franco, participaba en sus tertulias nocturnas, en las que el Generalísimo hablaba de los progresos de la guerra con los jefes del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, el coronel Francisco Martínez Moreno, el general Alfredo Kindelán y el almirante Juan Cervera

respectivamente[84] Tenía acceso directo a Franco[85].. Se hallaba a menudo presente cuando el teniente coronel Lorenzo Martínez Fuset le llevaba, para su visto bueno, fajos de condenas a muerte[86]. Aun después de que Franco reconociera que el crecimiento de su maquinaria propagandística requería un aparato burocrático, para cuya administración quizá Millán no fuese el hombre más indicado, lo empleaba a menudo como una suerte de guía turístico de los dignatarios de visita. En una ocasión, ante una delegación de la extrema derecha francesa que se disponía a ver a Franco, les advirtió que estaban a punto de encontrarse en presencia de «la voz de Dios[87]».

Millán estuvo al mando de la propaganda bastante tiempo después de la confrontación con Unamuno. De hecho, no tardó en adquirir un digno ayudante. El 4 de noviembre de 1936 llegó a Salamanca Ernesto Giménez Caballero, una de las pocas personas capaces de compararse a Millán en cuanto a excentricidad. En el vestíbulo del hotel donde se hospedaba se encontró con el fundador de la Legión, a quien no había vuelto a ver desde que coincidieran en el hospital militar de Tetuán en 1922. Giménez Caballero se cuadró, saludó y se presentó. Nada impresionado, Millán le dijo: «¿Y qué?». «Soy uno de los fundadores ideológicos del falangismo», contestó Giménez Caballero. Entonces Millán ordenó a un legionario de su escolta que apuntara el nombre, lo investigase y le informara. Entretanto, Giménez Caballero visitó el palacio episcopal, en una de cuyas salas trabajaba el gobierno embrionario de Franco, cada «ministerio» en un escritorio separado de los demás por un biombo. En el «ministerio» de Asuntos Exteriores, el corpulento José Antonio Sangróniz, que dormía en una pequeña habitación ocultada también por un biombo, le presentó a Nicolás Franco, gracias a cuya intervención el propio Caudillo le recibió el 7 de noviembre. A Franco, que había leído una obra suya, el extraordinario panegírico del misticismo fascista , *Genio de España*, le entusiasmó la idea de que formara parte de su equipo de propaganda y le dijo que hablara con Millán. Al día siguiente por la mañana, uno de los legionarios de éste le ordenó que se presentara ante el gran hombre. Puesto que el equipo no tenía presupuesto, le ofreció el sueldo de un mes, y el propio Giménez Caballero pidió mil pesetas prestadas a su hermano Ángel para comprar papel.

Requisaron máquinas de escribir, se hicieron con la ayuda de Juan Aparicio y Víctor de la Serna, amigos falangistas de Giménez Caballero, y establecieron una oficina de prensa en el palacio de Anaya. Millán, como ya había hecho en la Legión, convocaba cada día a los periodistas con un silbato y les ordenaba ponerse en fila a fin de escuchar sus arengas cotidianas[88].

La mayor ambición de Millán se cumplió cuando Franco le permitió crear una estación de radio por la que emitir su propaganda. Giménez Caballero se las ingenió para conseguir el equipo necesario, y la tarde de la primera emisión, el 22 de noviembre de 1936, Millán llegó con su escolta y su esposa, Elvira. «¡Elvirita! Ponte allí y no hables… ¡Todos silencio!», ordenó. Mientras Giménez Caballero revisaba el micrófono, se fue impacientando cada vez más, cosa que se evidenciaba en el temblor del muñón del brazo amputado. Giménez Caballero descubrió que el micrófono no funcionaba y, en lugar de afrontar la ira del héroe de la Legión, hizo una halagüeña introducción, seguida rápidamente por la arenga de Millán al pueblo de la zona republicana, pidiéndole que depusiera las armas y se rindiera al amor, la nobleza y la humanidad de Franco.

Puede que no se hubiera descubierto el subterfugio de Giménez Caballero si no hubiese sido porque, a primeras horas de la mañana siguiente, un bombardero republicano dejó caer una bomba sobre el palacio Anaya, quizá con la intención de destruir el cuartel general de Franco. Al salir tambaleándose del refugio antiaéreo, Giménez Caballero fue bruscamente convocado en presencia de Millán, quien le gritó:

> —¡Cuádrate, Caballero! Te voy a fusilar. Prepárate. Ya sabes que no hablo en broma.
>
> —Mi general, ¿puedo saber mi delito? —balbució Giménez Caballero.
>
> —¿Y todavía lo preguntas? ¿A quién sino a ti se le ocurre presentarme en la radio y hablar del palacio de Anaya? El enemigo me ha ubicado y ha querido acabar conmigo. Un delito de gravísima imprudencia.
>
> Giménez Caballero optó por la pícara humildad.
>
> —Mi general. Como siempre, tiene usted razón y es justo. Merezco un grave castigo. Sí, mi general. Merezco un severo castigo, incluso la muerte. Pero no por el delito de que nos oyeran los rojos…, sino por otra falta peor ¡la de que no le oyeran con lo maravillosamente bien que habló usted!

La radio no funcionaba y yo no me atreví a perderme una arenga de Millán Astray para mí solo…, ¡ah!, y también para Elvirita que lloraba de gusto.

Fue un sonriente Millán el que le ordenó a gritos: ¡Y ahora quítate de mi vista[89]!

Millán dedicaba gran parte de su tiempo a giras por la zona nacional, elevando la moral con sus famosas arengas. Con el menor de los pretextos detenía a alguien en la calle y soltaba espontáneas diatribas, con lo que de inmediato le rodeaba una multitud, a tal punto que muchos que le conocían se desviaban cuando le veían venir[90] En mayo de 1937 habló en el Gran Hotel de Salamanca donde provocó una manifestación contra el bombardeo republicano del crucero alemán *Deutschland* (cuyos muertos fueron enterrados con honores militares en Gibraltar)[91]. Una tarde, al iniciarse una reunión ante una gran multitud en Ceuta, perdió la voz. Impertérrito, se dirigió al público mediante un lenguaje de signos inventado sobre la marcha, acompañado de gesticulaciones; el público le ovacionó de pie[92]. Sin embargo, su oratoria no siempre fue bien recibida. En una ocasión habló con un grupo de alféreces provisionales, adiestrados a toda prisa a fin de cubrir la urgente necesidad que tenían de oficialidad los nacionales. Para consternación de los oficiales recién graduados, inició el discurso con un sonoro «¡Alféreces provisionales de hoy! ¡Cadáveres efectivos de mañana!»[93]. Numerosas arengas radiofónicas iban dirigidas a la zona republicana y consistían mayormente en mentiras flagrantes. Así, negaba sistemáticamente que las columnas nacionales mataran a civiles en su avance y afirmaba que Franco sólo quería ser «el liberador de los pobres» y que el suyo sería un régimen «de justicia y amor[94]». Hacia el final de la guerra, en el frente de Madrid se dirigía a las líneas republicanas por megafonía, apremiándolas a rendirse y alegando que Franco les ofrecía «pan, perdón y justicia[95]».

Cuando no se dedicaba a tareas de propaganda, Franco enviaba a Millán como representante suyo a actos, tanto públicos como privados. Cuando el 3 de junio de 1937 el general Mola murió en un accidente aéreo, el propio Franco presidió el funeral al llegar el ataúd a Burgos. Sin embargo, conociendo el desdén que sentía Mola por Millán, delegó, con su malicioso sentido del humor característico, en el fundador de la Legión su

representación en la solemne ceremonia del entierro, en Pamplona[96]. También lo usaba ocasionalmente como mediador. En diciembre de 1936, por ejemplo, lo envió a ver al dirigente falangista Manuel Hedilla para solicitarle que le proporcionara quince mil hombres con el fin de formar «brigadas mixtas» que incluyeran voluntarios italianos[97]. De igual modo, en febrero de 1937, en los momentos más difíciles de la batalla del Jarama, lo envió a ver al alto mando italiano para solicitar que se dieran prisa con un ataque de diversión[98]. En abril de 1937, Millán fue uno de los emisarios mandados por Franco para asegurar la colaboración de Manuel Hedilla en la unificación forzada de la Falange y el movimiento carlista[99].

Millán, por cierto, admiraba profundamente la Falange, y tras la unificación se proclamó miembro de ella, con lo que daba publicidad al decreto mediante el cual todos los miembros de las Fuerzas Armadas debían incorporarse a la Falange Española Tradicionalista y de las JONS[100]. De africanista a fascista había un solo paso. Como dijera en el discurso en que atacó a Unamuno, para él el fascismo era el remedio de España. El 1 de enero de 1938 proclamó que «no hay más que un camino de salvación: el del despertar de los grandes pueblos en donde se yerguen sus Caudillos, los grandes Caudillos de la hora presente de la vida de la Humanidad: Mussolini, Hitler, Hiro-Hito, Oliveira SalazarFRANCISCO FRANCO BAHAMONDE[101]».

En julio de 1938 el poeta falangista Dionisio Ridruejo le invitó a pronunciar un discurso en un mitin de Falange en Valladolid, en conmemoración del segundo aniversario del inicio de la guerra civil. La mañana del mitin Ridruejo recibió, aún en pijama, la orden de presentarse en la habitación de Millán, quien lo recibió en el cuarto de baño, desnudo y con el muñón temblando, como solía ocurrir cuando se sentía nervioso. Lo ayudaban su esposa Elvira y su habitual escolta de legionarios. Lo secaron y él se puso los calzoncillos; a continuación llevó a Ridruejo aparte y le dijo: «Me eres muy simpático, y además te estoy muy agradecido por haberte acordado de mí. No te pesará. Y quiero pagarte con un favor. Tengo que informarte de que tu nombre no suena bien en las alturas. Te consideran rebelde y poco de fiar. Yo estoy dispuesto a garantizarte, pero para ello

tenemos que hacer aquí, ahora mismo, el juramento de la Legión». En una desagradable escena homoerótica, Millán, al que sólo cubría el calzoncillo, le ordenó cuadrarse con una mano sobre una cruz imaginaria y la otra asiendo un asta, también imaginaria, en la cual ondearía el estandarte de la Legión, y que hiciera el juramento[102].

A finales de 1937 se produjo una vacante que permitió a Franco premiar a Millán. La gran cantidad de mutilados de guerra requería una decisión gubernamental, de modo que se creó la Dirección General de Mutilados, y Millán fue nombrado director general del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria. Su discurso inaugural fue tan fanático como los demás suyos. «Y ahora, mutilados todos, estad preparados para recibir en cualquier momento la orden o el grito de "¡A mí los mutilados!" para que, igual que cuando los legionarios oyen el grito de "¡A mí la Legión!", acudamos todos juntos para que con los miembros que nos resten y con nuestros corazones, que siguen latiendo con igual ardor, formemos el Tercio de Mutilados». Con su habitual entusiasmo maníaco se dedicó a la organización del nuevo cuerpo y declaró que sería «el primer camillero del Ejército». Estableció pensiones progresivas para los mutilados, que alcanzaron el apogeo de la generosidad para los generales[103]. Acabada la guerra, se aprobó un decreto por el cual a la Dirección General de Mutilados se le asignaba un porcentaje de puestos de trabajo, como porteros, bedeles y recepcionistas, en los edificios públicos, así como un número garantizado de puestos de responsabilidad en el funcionariado para aquellos mutilados que se hubieran presentado a oposiciones[104].

Millán nunca dejó de considerarse el jefe espiritual de la Legión, y el hecho de que contara con una escolta de legionarios indicaba que aún se le concedía cierta autoridad en el cuerpo. Llamaba a sus oficinas en Salamanca su «estado mayor» e inspeccionaba las unidades como si en efecto lo fueran. En una ocasión, a principios de diciembre de 1938, visitó la Cuarta Bandera bajo las órdenes del comandante Carlos Iniesta Cano, que posteriormente sería uno de los principales generales «azules» del franquismo y digno discípulo de Millán[105]. Su unidad se encontraba en Guijuelo, un pueblo de Salamanca, descansando y reorganizándose tras la

batalla del Ebro. Millán preguntó a Iniesta cuántas pérdidas había sufrido la Cuarta Bandera desde el comienzo de la guerra. Al oír que eran casi ocho mil (equivalente a todos los hombres con que contaba la Legión a principios de la contienda), se cuadró, saludó a Iniesta, gritó: «¡A tus órdenes, mi comandante!» e invitó a los oficiales a una copa en el casino del pueblo, preguntándoles, para su bochorno, si necesitaban dinero. Ante su silencio, quiso saber si alguien era de Sevilla. El teniente Piñero dio un paso adelante y Millán pidió a Iniesta: «Envíame a por dos mil pesetas porque aquí no las llevo. Mándame a este oficial y las entregaré en mi cuartel general de Salamanca». El dinero fue recogido y gastado en vino, alimentando el mito de Millán en la Legión[106].

En un momento de la estrafalaria ocupación de Salamanca por el circo franquista, Millán tuvo ocasión de ir al dentista. Acompañado, como siempre, por una escolta de legionarios, falangistas y requetés fuertemente armados con fusiles y metralletas, fue a ver al doctor José García de la Cruz, que también era dentista de la familia Franco. Una sección de la escolta ocupó la acera delante de la clínica dental y otra montó guardia ante la puerta de la sala de consulta. Como el propio Franco, y de hecho como la mayoría de los oficiales españoles que habían luchado en Marruecos, donde no existían los tratamientos dentales, Millán necesitaba que le extrajeran unas muelas. En una visita mandó inyectar a uno de sus sargentos para asegurarse de que la anestesia no estuviese envenenada. En otra, no se dejó inyectar a menos que uno de sus guardaespaldas comprobara la cápsula de la anestesia. Cuando el doctor García de la Cruz entró para ponérsela, Millán se aferró a la silla como si estuviesen electrocutándole. Al ver esto, su escolta se formó y cantó el *Himno de la Legión*, como lo habían hecho en las guerras de Marruecos para ayudar al novio de la muerte a soportar su sufrimiento: «¡Soy valiente y leal legionario / Soy soldado de brava legión / Pesa en mi alma doliente calvario / que en el fuego busca redención / mi divisa no conoce el miedo / mi destino tan sólo sufrir / mi bandera luchar con denuedo / hasta conseguir / vencer o morir!». Una vez hecha la extracción, el coro de legionarios guardó silencio y Millán se incorporó.

«No ha estado mal. Ahora quiero que me pongas toda la dentadura de oro», dijo.

Puesto que había una fuerte carencia de ese metal y la jerarquía franquista no tenía por costumbre pagar las cuentas, el doctor García balbució que no había oro en la España nacional, y menos aún para dentistas, y que, o lo conseguía el propio general, o no podría ver cumplido su deseo de contar con una dentadura postiza espectacular. Al ver una fotografía de Carmen, la hija de Franco, en la pared, Millán le preguntó: «¿Conque trataste a Carmencita?» y le preguntó cuánto le había cobrado. Comprensiblemente, el dentista, por encontrarse en la Salamanca de la época de guerra, no se había atrevido a enviar la cuenta a Franco, y contestó con la verdad: «Nada, sólo le pedí que me dedicara esa fotografía». En un arranque de generosidad, Millán anunció: «Pues yo voy a hacer lo mismo. Te voy a regalar una foto mía y con eso quedamos en paz».

Unos años más tarde, Millán fue al consultorio del doctor García para alardear de su boca llena de oro, lo que hizo pensar a éste que se había aprovechado de un dentista con pasado republicano deseoso de congraciarse con el nuevo régimen[107]. De hecho, Millán era muy dado a distribuir fotografías de sí mismo. A principios del verano de 1937 estaba esperando con su escolta a que Franco lo recibiera en el palacio episcopal de Salamanca, cuando lo saludó el hijo de un viejo amigo militar. Tras preguntar por el padre, le dijo: «Quiero que como recuerdo de este día guardes un retrato mío». Llamó a su ayuda, sacó un puñado de fotografías del maletín y preguntó: «¿Cuál te gusta más? Elige la que quieras.»[108]

En mayo de 1939 hizo una gira propagandística por Italia con un grupo de intelectuales franquistas, entre ellos Ridruejo y Pemán. La gira terminó con un «Día de solidaridad ítalo-española», y se pronunciaron discursos en el teatro Adriano de Roma. En el curso del acto, y en su calidad de director general del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria, le presentaron a su homólogo italiano, Carlo Delcroix, presidente de la Associazione Nazionale Mutilati e Invalidi di Guerra. Millán se quedó asombrado al ver que el héroe de guerra italiano había perdido los brazos y los ojos debido a la explosión de una bomba en 1917. Tras vacilar por un

instante, recuperó su habitual histrionismo, abrazó con confianza a Delcroix y declaró, lloroso: «¡Feliz tú, hermano, pues tu Patria te pidió los dos ojos, mientras que de mí sólo requirió uno; feliz tú, pues tu Patria te pidió las dos manos, mientras que a mí me dejaba con una…!». El entusiasta público supuso que él había perdido el brazo y el ojo luchando en la guerra civil. No les hizo ver su error[109]. Millán y Pemán comieron con Ciano, quien les habló en términos exagerados de la capacidad hercúlea del Duce para el trabajo. Millán, convencido que hablaba italiano perfectamente (se equivocaba de cabo a rabo), no quería ser menos y, en un español cómicamente italianizado, declaró: «¡Pues il nostro Caudiglio pasa cuatorce hores in la mesa de trabaglio e non se levanta ni pere meare!»[110]

Millán creía firmemente en su popularidad. En una emisión en tiempos de guerra dirigida a los soldados de ambos lados, preguntó:

> ¿Por qué morís? Yo os lo diré. Yo, Millán Astray, el fundador de la Legión. El tan querido de todos los soldados. El tan amado de todos los humildes. De azules y de rojos. De fascistas, de carlistas, de anarquistas, de socialistas, de presos, de desvalidos. A todos por igual tengo derecho a hablaros. Yo soy el que el 19 de marzo de este mismo año de 1936, cuando marchaba a América, los ferroviarios de Sevilla me decían en la estación: «Quédese con nosotros». Y los obreros del muelle de Cádiz, en aquel mismo día, en la taberna en donde está el teléfono público, abrazándome, con los ojos llorosos, me decían: «Mi general, no se marche a América y quédese con nosotros». Podéis comprobarlo. Podéis, en Madrid, los que oigáis, preguntar quién soy yo, a los camareros de café, a los limpiabotas, a los tranviarios, a todos los conductores de «taxis» (que todos me conocen); a los niños vendedores de periódicos, a los pobres, a los desvalidos, a los perseguidos por la justicia, a algún pistolero, cuyo padre, ferroviario de M. Z. A., vino a mi casa; a los presos de las cárceles, incluso a la hermana de la Libertaria. Y todos os dirán que a todos y siempre, les hablé de la Patria lo primero; que todos sabían que soy el fundador de la Legión, que soy legionario; pero todos, al despedirme de ellos, me abrazan[111].

No era menos ferviente su fe en su propio atractivo sexual. Se jactaba de haber besado a todas las mujeres que conocía, incluyendo nueve monjas de clausura y tres abadesas[112]. Cuando le presentaban a una mujer, le preguntaba «¿Casada o soltera?», y si la respuesta era soltera, le daba de inmediato dos besos. Se mostró especialmente efusivo con la enfermera del doctor García[113]. Al término de sus discursos pedía a los hombres y a las mujeres del público que se besaran los unos a los otros, con lo que

escandalizaba a los miembros del clero presentes. Si se trataba de un acontecimiento vespertino, ordenaba que se apagaran las luces. A veces, al pasearse por la plaza Mayor de Salamanca, gritaba órdenes de que todos en torno a él se abrazaran y besaran[114]. Por otro lado, era notablemente lascivo. El protagonista medio desnudo de la escena con Ridruejo y el asta imaginaria declaró que no quería tener nada que ver con los sastres, puesto que cuando tomaban las medidas para los pantalones rozaban los genitales de sus clientes[115]. La primera pregunta que hacía a sus oyentes republicanos era: «¿Qué sentís, los que tengáis honra y vergüenza, al ver a las mujeres jóvenes vestidas con el traje de mecánico y al descorrer la cremallera se quedan desnudas por completo, enseñando todo lo que el pudor de la mujer prohíbe?»[116]

Como declaración pública de su propia potencia sexual, hizo del gran símbolo sexual de la España franquista, la cantante de cabaret y actriz argentina Celia Gámez, su protegida y, por implicación, su amante. Cuando ella se casó el 1 de julio de 1944, en la iglesia de San Jerónimo del Real de Madrid, fue su padrino. Puesto que había tenido numerosos amantes, la mayoría ilustres en algún aspecto, la actriz decidió invitarlos a todos a su boda, creyendo que eso otorgaría más prestigio al acontecimiento. No obstante, un grupo de estos personajes pagó a unos golfillos para que echaran una bolsa de cuernos a los pies de la pareja. En el tumulto resultante, el cura se vio incapaz de imponer el orden. Millán hizo sonar su silbato, gritó «¡A mí la Legión!» y aparecieron los cuatro guardias armados de su escolta. Entonces exclamó: «Si no sabéis respetar a la Iglesia, ¡por lo menos respetadme a mí!». Cuando hubo impuesto el silencio, los legionarios rodearon a los novios y el cura pudo continuar con la ceremonia[117].

Después de la guerra civil, la vida de Millán Astray empezó a languidecer de forma inevitable. Hasta cierto punto, había podido librar las batallas por interposición y revivir la adulación que le rodeaba en Marruecos. Durante un tiempo continuó haciendo giras de propaganda y manteniendo vivo el recuerdo de la guerra. En el verano de 1939 visitó un seminario jesuita en Granada. Como solía hacer, entusiasmó a su público al

hablar tanto de las glorias de la reciente «cruzada» como del imperio por venir. Acabó su interpretación ordenando a los estudiantes de teología que hiciesen el saludo fascista y cantaran con él. Cantaron, pues, el *Himno de la Legión*, el *Cara al Sol* de la Falange y, finalmente, pidió: «Ahora, el de vuestro san Ignacio, el capitán, pero también brazo en alto, a lo fascista», y dirigió una ferviente interpretación de *Cantemos al amor de los amores*. Cuando salía, un estudiante se acercó y le dijo: «Mi general, le vi una vez desde las trincheras, he hecho la guerra durante los tres años, ¡a sus órdenes!». Millán tiró de cartera, sacó mil pesetas —¡de entonces!— y repuso: «Toma, para que te emborraches.»[118]

La perspectiva de un nuevo imperio africano para España le llenó de alegría. Durante la Segunda Guerra Mundial, siguió el avance de las tropas del Eje con ávido entusiasmo, primero, y amarga desilusión, después. La entusiasta respuesta de Franco a la invasión alemana de la Unión Soviética provocó el rápido reclutamiento de una fuerza voluntaria, la División Azul, que lucharía en el frente del Este. Cuando su primer comandante, el general Agustín Muñoz Grandes, partió hacia Alemania el 14 de julio de 1941, Millán fue a despedirlo al aeródromo de Barajas. Muñoz Grandes había luchado en la Legión, y el caluroso abrazo que Millán dio a su antiguo subalterno resaltó el hecho de que la expedición constituía en parte una prolongación del papel de este cuerpo en la guerra civil española. Cuando los primeros contingentes de agotados soldados llegaron de permiso, Millán se encontraba entre el comité de bienvenida de jerarcas franquistas en la estación del Norte, decorada con las banderas falangista, nazi y fascista italiana[119].

La derrota del Eje le causó considerable angustia. En mayo de 1950 se indignó cuando el mariscal Rodolfo Graziani, jefe del Estado Mayor de Mussolini durante la Segunda Guerra Mundial y en la Repubblica di Salò, fue condenado por colaborar con los alemanes y privado, por órdenes del ministro de Defensa Randolfo Pacciardi, del derecho a lucir sus medallas por su valor y sus heridas. Cuando vio la posibilidad de obtener publicidad al enterarse de que Pacciardi había sido comandante del batallón Garibaldi de las Brigadas Internacionales en la guerra civil española, envió a Graziani

su propia medalla de sufrimientos por la Patria, la misma que había ofrecido catorce años antes a José María Pemán. Gracias a este gesto fue noticia de primera plana en Italia[120].

En 1943 Franco premió la lealtad de Millán nombrándolo procurador en Cortes, una lucrativa sinecura[121]. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, a Millán le costó retirarse de la vida pública. En el período de ostracismo internacional a que España fue sometida, visitaba con regularidad al primo y secretario privado de Franco, Pacón, para expresarle sus opiniones acerca tanto de política interior como de política exterior. También iba con regularidad a las embajadas de las potencias democráticas en un intento de comprobar la situación del momento y, es de suponer, a fin de pontificar sobre su propio punto de vista en cuanto a los asuntos internacionales. En 1949, preocupado por la posibilidad de que creara malos entendidos en un momento de relaciones excepcionalmente delicadas, el ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Martín Artajo, pidió al ministro de la Guerra, general Fidel Dávila, que le ordenase que cesara de entrometerse. Millán se sintió tan mortificado por este hecho, que en un arranque de autocompasión decidió dimitir del Ejército y exiliarse. Fue a ver a Pacón en su despacho del palacio de Oriente, le habló de la reprimenda de Dávila, dijo que le resultaba inaceptable y le dio un fajo de papeles sellados con cera para que se los entregara al Caudillo. Pacón respondió que nunca entregaba personalmente documentos sellados al Caudillo, que debía ir por los cauces establecidos. Millán le leyó entonces una petición formal en la que solicitaba su separación del Ejército y permiso para ir a vivir a Lisboa, y añadió que regresaría al cabo de una semana para saber cuál había sido la reacción de Franco. Como lo conocía muy bien, Pacón guardó la carta en un cajón y no le dijo nada al Caudillo. Una semana después, un Millán Astray mucho más humilde regresó y preguntó tímidamente qué había dicho Franco. Pacón le explicó que se sentía incapaz de ser instrumento de división entre los dos oficiales que más admiraba y que por ello había roto su promesa y no había entregado los papeles. Un agradecido y lloroso Millán lo abrazó y comentó: «Paco, eres

uno de mis amigos más leales. Yo estaba muy excitado, y por eso escribí este oficio.»[122]

Su vida había cambiado a principios de 1941, cuando en una partida de bridge en casa de Natalio Rivas conoció a Rita Gasset y se enamoró de ella. Hija de Rafael Gasset, antaño ministro de Fomento, y prima del filósofo Ortega y Gasset, Rita era lo bastante joven para ser su hija. Quedó embarazada y Millán decidió finalmente anular su matrimonio con Elvira. Le informaron de que, en vista de la promesa de castidad hecha por su esposa, nada impedía la anulación canónica. Deferente con Franco, Millán le informó de sus intenciones. Obsesivamente sensible ante cualquier indicio de falta de propiedad sexual, Franco estalló: «No me darás este escándalo. Te prohíbo que lo hagas». Millán fue con Rita Gasset a Lisboa, donde su hija, Peregrina, nació el 23 de enero de 1942. Elvira la trató siempre con afecto, como si fuese su sobrina[123].

Tras un largo período enfermo del corazón, Millán murió el 1 de enero de 1954, casi olvidado[124]. España estaba a punto de perder su imperio marroquí. La Legión había sido el pilar central de la ideología africanista que, mezclada con el falangismo, se había convertido en la peculiar filosofía detrás de la cruel y violenta guerra de Franco. En la España de los años cincuenta, nada de eso importaba ya mucho. No obstante, aun en la muerte Millán conservó parte del histrionismo que le había caracterizado en vida. Dejó instrucciones de que no hubiese flores en su entierro y no se le hiciesen los honores militares debidos a su rango y a sus condecoraciones. Una sencilla ceremonia con sus escoltas legionarios imitó los entierros en campo de batalla de la Legión[125]. Con toda razón, la nota necrológica publicada en el *ABC* afirmaba que era el hombre que había creado «la escuela de 1936». Entre los presentes en el entierro estaban algunos de los africanistas y franquistas más prominentes: los generales Agustín Muñoz Grandes, Camilo Alonso Vega y Francisco Franco Salgado-Araujo, así como su biógrafo, el general Carlos Silva. Elvira Gutiérrez recibió un telegrama de pésame del Caudillo, que no asistió al entierro. Ahora intentaba presentarse ante el mundo como el aliado del presidente norteamericano Eisenhower, y no deseaba que lo vincularan con Millán[126].

3. JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA.

EL HÉROE AUSENTE

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

EL HÉROE AUSENTE.

Sesenta años después de su muerte, José Antonio Primo de Rivera es prácticamente un desconocido para sus compatriotas. Fue el fundador del partido fascista de España, la Falange, que constituyó el instrumento político con el que Franco gobernó durante casi cuatro décadas. Después de su ejecución ante un pelotón de fusilamiento republicano el 20 de noviembre de 1936, se convirtió en un mártir simbólico, y el cumplimiento de sus supuestos planes para España dotaron de una falsa justificación prácticamente cada acto del Caudillo. La necesidad de una revalorización de la trayectoria de José Antonio Primo de Rivera es abrumadora y de ningún modo se ve disminuida por el hecho de que el culto a su memoria, tan cínica y estridentemente construido por el régimen, ya era irrelevante y obsoleto antes de la muerte del dictador. De hecho, la importancia de José Antonio Primo de Rivera, tanto en su faceta de hombre como de mito, se ve reforzada por la existencia de numerosas leyendas contradictorias, utilizadas con entusiasmo por los aduladores de Franco, por los oponentes falangistas de éste e, incluso, por los demócratas antifranquistas.

Aunque ninguna de esas leyendas se corresponde con precisión a la realidad histórica, todas alimentan distintos aspectos de la multifacética personalidad de José Antonio, cuyo poder de fascinación es innegable. El montaje más elaborado lo constituyeron los mitos oficiales franquistas de

José Antonio como santo predecesor del Caudillo, una suerte de Jesucristo, mártir de la Cruzada. Esto alcanzó su apogeo con el muy vendido libro *Via crucis*. Los títulos de cada capítulo, que se refieren a los pasos de la pasión de Jesucristo, explican la vida de José Antonio Primo de Rivera como eco de la del Mesías[1]. Numerosas calles y plazas, escuelas y residencias universitarias, así como otros edificios oficiales llevaban su nombre. Casi cada iglesia de España, con excepción de la catedral de Sevilla, tenía grabadas o esculpidas en sus paredes las palabras: «José Antonio Primo de Rivera, ¡Presente!», referencia a la práctica generalizada en los primeros días al finalizar los encuentros, cuando se gritaban los nombres de los ausentes falangistas muertos. Junto a un simbolismo vagamente religioso, existía un objetivo político más directo: el régimen de Franco cultivó cuidadosamente la leyenda de un líder de la Falange romántico y poético, que fue tanto revolucionario como franquista, para ocultar tras una máscara populista su compromiso con los tradicionales intereses oligárquicos. Así, el régimen derramó lágrimas de cocodrilo por la ausencia de José Antonio, mientras se benefició enormemente del hecho de que no constituyera una presencia molesta.

En conjunto, los mitos en torno a la figura de José Antonio como agente de reconciliación por encima de los partidos y, desde luego, no fascista, sino preocupado únicamente por el bienestar de todos los españoles, son tan sutiles como corrientes. Este José Antonio se habría opuesto a Franco y habría llevado a cabo la «revolución pendiente», la gran revolución inconclusa de Falange[2]. En apoyo a esta teoría, existe la duda del propio José Antonio sobre su aptitud como líder populista. En su primer manifiesto político como candidato, en junio de 1931, dijo: «Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros, y que el apartarme de ellos para lanzarme momentáneamente al vértigo punzante de la política me cuesta verdadero dolor.»[3] También escribió a un amigo: «Yo, por mi parte, serviría de todo menos para caudillo fascista. La actitud de duda y el sentido irónico, que nunca nos dejan a los que hemos tenido más o menos una curiosidad intelectual, nos inhabilitan para lanzar las robustas afirmaciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas.»[4] Su compañero político,

Ramiro Ledesma Ramos, compartía esta opinión, considerando el afable y racional escepticismo de José Antonio y su «temperamento cortés y su formación de jurista», como más propicios para la política parlamentaria que para el fascismo[5]. El filósofo Miguel de Unamuno dijo de él que «es demasiado fino, demasiado señorito y, en el fondo, tímido para que pueda ser un jefe y ni mucho menos un dictador. A esto hay que añadir que una de las cosas más necesarias para ser un jefe de un partido "fajista" es la de ser epiléptico[6]». Los oponentes falangistas a Franco propagaron la idea de que el joven Primo de Rivera representó la gran oportunidad perdida de España, que de alguna manera habría librado al país tanto de las divisiones sembradas por la República, como de la brutalidad del franquismo. Tal opinión también puede encontrarse en los textos del líder socialista exiliado, Indalecio Prieto. Reflexionando sobre el traslado de los restos mortales de José Antonio desde el monasterio de El Escorial hasta el Valle de los Caídos, en 1959, escribió: «Era un hombre de corazón, al contrario de quien será su compañero de túmulo en Cuelgamuros. José Antonio ha sido condenado a una compañía deshonrosa, que ciertamente no merece, en el Valle de los Caídos. Se le deshonra asociándole a ferocidades y corrupciones ajenas».[7]

Ambos mitos, el póstumo y oficial de santo predecesor de Franco y el no oficial de reconciliador revolucionario, tienen algo de verdad, pero no deben eclipsar algunos datos conflictivos sobre las actividades políticas y la relación personal de José Antonio Primo de Rivera con Franco. Un examen detallado de su papel durante la Segunda República sugiere que no era tan poético ni tan progresista como el mito da a entender. Es razonable pensar que el extremadamente agudo Prieto escribió del modo en que lo hizo con la esperanza de intensificar aún más las tensiones existentes entre Franco y parte de la Falange; y aunque la rabia del líder socialista a favor del compañero de tumba de Franco se considere sincera, sostener esta conclusión requiere mucha especulación. Exigiría exonerar a José Antonio de cualquier conexión con el papel desempeñado por la Falange como violento desestabilizador de la legalidad republicana y como sanguinaria

fuerza auxiliar represiva que libró a los militares de la tarea de purgar políticamente los territorios conquistados durante la guerra civil española[8].

José Antonio Primo de Rivera fue, sin duda, un personaje atractivo, tímido pero ingenioso, culto, personalmente valeroso, leal para con sus amigos, y un periodista terriblemente divertido[9]. El embajador americano Claude Bowers le encontraba «cortés, modesto y atento», y el periodista inglés Henry Buckley escribió que «el José Antonio educado y de voz suave era una de las personas más agradables de Madrid[10] La lealtad a la memoria de su padre y su valor en defenderle fue lo que llevó al hijo del dictador Miguel Primo de Rivera a la política[11] El elegante y cosmopolita abogado de varonil presencia hacía vibrar el corazón de muchas jóvenes de la alta sociedad de la España de 1930[12]». Elegante, agudo y encantador, tenía poco que ver con la bufonería de Mussolini o la flagrante vulgaridad de Hitler, y el carisma de su personalidad ha conquistado a más de un erudito anglosajón[13]. Así también, la dignidad de su muerte a la edad de treinta y tres años facilitó la consiguiente invención franquista del culto a su memoria.

Miguel de Unamuno (en la foto, investido rector vitalicio de la Universidad de Salamanca por Niceto Alcalá Zamora): Uno de los requisitos básicos para ser jefe de un partido fascista es ser epiléptico.

José Antonio fue, indudablemente, un personaje atractivo, tímido pero ingenioso, personalmente valeroso, leal para con sus amigos, y un periodista terriblemente divertido. (En la foto, entrevistado por César González-Ruano.)

Ya en el poder, Franco ignoró sistemáticamente el legado, tal como era, del pensamiento de Primo de Rivera. (José Antonio, en un mitin, con Onésimo Redondo y Julio Ruiz de Alda.)

El líder de la Falange contribuyó significativamente al ambiente de violencia política que precedió al alzamiento militar de 1936. Detrás de la apariencia amable y educada de José Antonio, subyacía una violencia apenas controlable que en ocasiones le convirtió en un simple alborotador. Siendo estudiante en la década de los veinte, se vio envuelto a menudo en

violentos altercados. En numerosas ocasiones, en la década de los treinta, también se vio involucrado en peleas a puñetazos debido a que se tomaba las críticas a la dictadura como insultos personales contra su padre[14]. Celoso de su propia dignidad, no permitía que nadie le llamara por los típicos diminutivos asociados a su nombre, hasta el punto de declarar una vez: «Si alguien me llamara Pepe o don Pepe, creo que sería capaz de pegarle un tiro.»[15] En una ocasión, saltó por los escaños de las Cortes para abalanzarse sobre Indalecio Prieto, por considerar que éste había insultado la memoria de su padre, y la emprendió a golpes con él. En otra oportunidad tiró al suelo al diputado radical por Cuenca, José María Álvarez Mendizábal; mientras su víctima aún se tambaleaba hacia el banco azul, José Antonio se burló diciendo: «Déme Su Señoría las gracias, porque por una vez, y aunque haya sido rodando, le he hecho llegar al banco azul.»[16] Sin embargo, es probable que al menos algunas veces buscara fríamente el uso de la violencia para forjarse una imagen «fascista». Según un perspicaz observador monárquico:

> Generalmente, en el Parlamento y en otros sitios, él hacía más bien alarde de una actitud de fuerza y violencia, pero, en realidad, si alguna vez la adoptó fue porque lo creía conveniente para el prestigio de su organización, pero no por ser un impulsivo incapaz de razonar y propenso a comprometer, por un movimiento duro y agresivo, algo trascendental de su responsabilidad. Era un hombre frío, moderado y de buen juicio, con unos conocimientos jurídicos muy sólidos y una cultura muy superior a la corriente entre los elementos políticos[17].

Esta opinión era compartida por su amigo José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde, para quien «José Antonio era un formidable hombre de acción que concebía y ejecutaba la violencia con su cabeza sorprendentemente fría y supo ganarse no sólo la inteligencia, sino el corazón de los suyos, porque era el más fuerte y el más audaz[18]». Con similar espíritu calculador, a fin de mantener viva la idea de que la Falange estaba en guerra, rechazó que se reparara su coche, cuya carrocería había sido dañada por una bomba el 10 de abril de 1934[19].

Parece que se divertía con lo que llamaba «sanciones laxantes», que consistían en forzar a algunos de los enemigos de la Falange a tomar aceite

de ricino, y habló de la «alegre irresponsabilidad» necesaria para asaltar los quioscos[20]. Su culto a la violencia facilitó la desestabilización de la política de la Segunda República. Sus milicianos, vestidos con la camisa azul, su saludo romano y cantos rituales «¡Arriba España!» y «¡España! ¡Una! ¡España! ¡Libre! ¡España! ¡Grande!» imitaban los modelos nazi y fascista. Desde 1933 hasta 1936, Falange Española funcionó como carne de cañón de la alta burguesía, provocando reyertas callejeras y ayudando a generar una anarquía que, exagerada por la prensa derechista, fue utilizada para justificar el alzamiento militar. La violencia intrínseca, personal y política, de José Antonio, socava su imagen póstuma como agente de reconciliación en noviembre de 1936.

José Antonio tomó varias de las ideas principales de Ortega y Gasset; a pesar de ello, nunca le perdonó que no abrazara completamente la causa del fascismo español. (Antonio Machado, Gregorio Marañón, José Ortega y Ramón Pérez de Ayala en el acto fundacional de la Agrupación al servicio de la República.)

José Antonio hizo un discurso el 19 de mayo de 1935 en el que declaraba que la Monarquía estaba muerta y separaba la Falange de la «reacción monárquica».

Si José Antonio hubiese aparecido en Salamanca «durante la guerra civil», habría sido bastante más difícil para Franco dominar y manipular la Falange a su antojo. (En Burgos, noviembre de 1938, Franco preside los funerales por José Antonio.)

Al mismo tiempo, la idea de un José Antonio progresista e izquierdista, propugnada por la oposición falangista, es imposible de sostener[21]. Para empezar, resulta difícil hacer caso omiso de los estrechos vínculos que existían entre José Antonio y la oligarquía terrateniente del sur: José Antonio había nacido el 24 de abril de 1903 en el seno de una distinguida y

acomodada familia andaluza de militares. Su tío abuelo, Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, fue nombrado marqués de Estella por su participación en el sitio de esta ciudad navarra durante la segunda guerra carlista. A la muerte del general Primo de Rivera, los sucesivos poseedores del título, incluyendo al propio José Antonio, alcanzaron el grado de «grandes de España». También había vínculos aristocráticos por parte de su madre, doña Casilda Sáenz de Heredia[22] Un instintivo esnobismo de «señorito» hacía de José Antonio un improbable líder de las hambrientas masas de España[23]:. frecuentaba los mejores bares y restaurantes, cultivaba una exquisita elegancia en el vestir —sólo llevaba trajes ingleses — y coleccionaba grabados británicos con escenas de equitación. Se le veía a menudo en el Ritz luciendo traje de etiqueta, era experto en vinos y conducía un coche deportivo de color rojo. Sus grandes pasiones eran los caballos, cabalgar y cazar. A principios de 1934, dos falangistas fueron asesinados: el primero, Vicente Pérez Rodríguez, murió el 27 de enero. José Antonio se enteró de la noticia cuando estaba en un baile en el elegante Club de Campo de Madrid, en Puerta de Hierro. El segundo, Matías Montero, fue asesinado el 9 de febrero; José Antonio llegó tarde al funeral porque asistía a una partida de caza[24].

Daba la mayor importancia a la equitación, hasta el punto de descalificar al líder monárquico José Calvo Sotelo como potencial caudillo «porque no sabía montar a caballo». Nunca comprendió —y lo dijo textualmente en sus últimos meses de vida, aludiendo a algunos personajes que «no sabían montar a caballo»— que se pudiera ser jefe de algo grande sin saberse tener gallardamente en una silla sobre «un bruto nervioso y potente al que es menester dominar con los muslos y las rodillas, con los talones… y con la inteligencia[25]». Este altivo desdén casaba mal con las pretensiones populistas del joven Primo de Rivera. De hecho, la primera experiencia política de José Antonio fue como vicesecretario general de la Unión Monárquica Nacional, una organización monárquica de antiguos ministros y colaboradores de su padre. También se presentó, sin éxito, como candidato monárquico por Madrid en las elecciones parciales de octubre de 1931[26].

El aristócrata monárquico José Antonio Primo de Rivera tenía poco que ver con los esfuerzos pioneros por crear un fascismo español realizados por el perturbado surrealista Ernesto Giménez Caballero, el excéntrico doctor José María Albiñana, el aspirante a nazi y traductor de *Mein Kampf* Onésimo Redondo Ortega o el funcionario de correos y tenaz estudiante de filosofía alemana, Ramiro Ledesma Ramos. Giménez Caballero era autor de clásicos surrealistas como *Yo, inspector de alcantarillas* y de innumerables obras políticas empapadas de manifiestas metáforas sexuales, que constituían una especie de fascismo erótico. Durante la guerra civil, se convirtió en servil adulador de Franco, produciendo panegíricos al Caudillo de este estilo: «¿Quién se ha metido en las entrañas de España como Franco hasta el punto de no saber ya hoy si España es Franco o si Franco es España? ¡Oh, Franco, Caudillo nuestro, padre de España! ¡Adelante! ¡Adelante!»[27] Su contribución a la introducción del fascismo en España proviene de su amor por Roma. En 1927 fundó la revista literaria *La Gaceta Literaria*, a través de la cual importó a España muchas de las ideas del fascismo italiano. En varios aspectos fue el principal precursor ideológico del fascismo español, aunque Ledesma Ramos rompiera finalmente con él debido a su amor excesivo hacia todo lo que fuese italiano[28].

Albiñana, un neurólogo valenciano admirador del general Primo de Rivera, fue autor de más de una veintena de novelas y libros sobre neurastenia, religión, historia, filosofía de la medicina y política española, así como cierto número de obras ligeramente imperialistas sobre México. En abril de 1930 fundó el Partido Nacionalista Español, «un partido exclusivamente españolista, inspirado en un nacionalismo patriótico y combativo» con el objetivo de aniquilar a los «enemigos de la patria». Su finalidad era la defensa de los principios religiosos y de la unidad política de España, de la Monarquía y del Ejército. Albiñana pudo aparentar de fascista gracias a su milicia de camisa azul y saludo romano, los llamados Legionarios de España, «voluntariado ciudadano con intervención directa, fulminante y expeditiva en todo acto atentatorio o depresivo para el prestigio de la patria». Aunque se declaró un «nuevo hombre» y anunció la necesidad de tomar el poder, Albiñana era, esencialmente, un conservador

caracterizado por su autoritarismo, su nacionalismo y su antisemitismo. En definitiva, estaba vinculado a los monárquicos de Renovación Española[29].

El primer intento de crear un partido manifiestamente fascista se llevó a cabo en febrero de 1931, cuando diez hombres se reunieron en una sórdida habitación en un bloque de oficinas en Madrid; no había luz y el único mueble era una mesa. Firmaron un manifiesto redactado por Ledesma Ramos llamado *La conquista del Estado*. José Antonio no formaba parte de ellos. Giménez Caballero mandó su adhesión desde Barcelona por teléfono. Un periódico del mismo nombre salió a la calle el 14 de marzo y se publicó a lo largo del año siguiente, a pesar de la indiferencia del público y el hostigamiento policial[30]. Tres meses más tarde, Onésimo Redondo, miembro del sindicato de productores de remolacha, fundó en Valladolid un grupo fascista con el nombre de Junta Castellana de Acción Hispánica. En octubre de 1931 estas dos pequeñas organizaciones se fusionaron en las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), una diminuta y paupérrima organización cuya mayor baza era su símbolo: el yugo y las flechas. No podían pagar las cien pesetas mensuales de alquiler de una modesta sede central en Madrid, y apenas podían permitirse la impresión de panfletos propagandísticos[31]. Según el embajador italiano, Raffaele Guariglia, aunque capaces de luchar contra estudiantes universitarios, eran demasiado débiles para medirse en la calle con las organizaciones socialistas o comunistas[32].

Mientras se llevaban a cabo estos tempranos intentos por implantar el fascismo en España, José Antonio Primo de Rivera estaba muy ocupado trabajando para la Unión Monárquica. Fue en esa época cuando le presentaron al general Franco. Después de la muerte del líder falangista, el régimen propagó continuamente la idea de que Franco era el representante en la Tierra del ausente José Antonio, a pesar de que siempre existió una acritud personal considerable entre ambos y de que, ya en el poder, Franco hizo caso omiso, sistemáticamente, del legado, tal como era, del pensamiento de Primo de Rivera. Su primer encuentro tuvo lugar en Zaragoza, a principios de los años treinta. Por entonces Franco era director de la Academia Militar General de Zaragoza, donde había conocido a un

brillante abogado, Ramón Serrano Suñer. Cuando en febrero de 1931 éste se casó en Oviedo con Zita Polo, la hermosa hermana de Carmen, esposa de Franco, el padrino de la novia fue Francisco Franco, y el del novio José Antonio Primo de Rivera[33]. A pesar de los esfuerzos de Serrano Suñer, el austero y trabajador general y el joven y prometedor abogado no trabaron amistad. Aunque ambos se oponían a la Segunda República, sus estilos y posturas no podían ser más diferentes; incluso cuando se volcó en la creación de la Falange Española, José Antonio seguía siendo un populista mundano y un agudo periodista; la antítesis, en definitiva, del general gris, y diez años mayor, cuya eminencia no debía nada a las ventajas de su nacimiento ni a la brillantez verbal, sino a sus propios esfuerzos y a los riesgos que había corrido en el campo de batalla. Y Franco, preocupado exclusivamente por salvaguardar su carrera militar en un ambiente hostil, y por ser un hombre que nunca miraba atrás, no estaba dispuesto a simpatizar con los esfuerzos de José Antonio tendentes a defender a su padre.

No fue hasta 1933 que José Antonio, inspirado en el éxito de Hitler, desarrolló su interés por el fascismo. Junto con un colaborador de su padre, Manuel Delgado Barreto, director del diario conservador *La Nación*, intentó, en febrero de 1933, lanzar un periódico llamado *El Fascio*. A la aventura se unieron Giménez Caballero, Ledesma Ramos, Rafael Sánchez Mazas y Juan Aparicio, con «sus pupilas adolescentes» abiertas por el triunfo de Hitler y los victoriosos desfiles nazis proyectados en las pantallas de los cines. Sólo llegó a imprimirse un número de *El Fascio*, en el que apareció un artículo sobre el «nuevo Estado» de José Antonio Primo de Rivera, bajo el título de «Orientaciones» y firmado «E» (por Estella). Como escribiera más tarde Juan Aparicio, «el marqués de Estella aún se resistía a prescindir de los vínculos de su pasado familiar». Su reticencia no tuvo mayor importancia, ya que la mayor parte de los ejemplares fueron secuestrados por la policía. De todos modos, el grupo siguió reuniéndose, y pronto se sumaron el famoso aviador Julio Ruiz de Alda y el joven profesor universitario y discípulo de José Ortega y Gasset, Alfonso García Valdecasas[34]. Juntos formaron un grupo llamado Movimiento Español Sindicalista, cuya propaganda llevaba el subtítulo Fascismo Español[35].

Para entonces, José Antonio Primo de Rivera parecía haber decidido que si en España llegaba a existir algún día una opción fascista significativa, le correspondía a él encabezarla. Así pues, a lo largo de 1933 se embarcó en un plan a tres bandas que incluía la búsqueda de apoyo de la derecha tradicional, la obtención del respaldo de la Italia fascista y la unificación de los grupúsculos fascistas existentes. La relación con la Italia de Mussolini no era sencillamente una cuestión de rápido apoyo financiero, sino algo fundamental para el proyecto imperialista de José Antonio. La alternativa falangista a la lucha de clases era el imperio. Sin embargo, el reconocimiento de que España por sí sola no podría desafiar la hegemonía internacional de Inglaterra y Francia llevó a José Antonio y a sus seguidores a considerar una alianza con otras potencias ansiosas por derribar ésa hegemonía. En las simpatías de José Antonio por Italia y Alemania puede verse la esperanza, compartida por Franco, de que en conjunción con fascistas y nazis la España falangista fuese capaz de derrotar a las potencias dominantes y formar un imperio[36]. Como ha demostrado Herbert Southworth, la ambición de Franco iba dirigida más contra Inglaterra y Francia que contra la Rusia soviética[37]. Al igual que Franco, José Antonio aborrecía la Sociedad de Naciones. En una ocasión en que su amigo Juan Antonio Giménez Arnau se iba a Suiza, éste le preguntó: «¿Hay algo que pueda hacer por ti en Ginebra?», a lo que José Antonio respondió: «Si tienes tiempo, la quemas.»[38]

En su búsqueda de conexiones con grupos de ideología similar, José Antonio Primo de Rivera entró en contacto con las JONS, y, a través de García Valdecasas, con el Frente Español, un grupo formado por jóvenes seguidores de Ortega y Gasset, entre los que se encontraba el historiador Juan Antonio Maravall. Creador de la Agrupación al servicio de la República, Ortega se sentía desilusionado por la realidad de la democracia. El Frente Español había aparecido en marzo de 1932 y nunca llegó a tener más que un par de docenas de afiliados que se turnaban en su sede esperando en vano que aparecieran nuevos simpatizantes. La mayoría de ellos acabaron por renunciar a crear una organización fascista plenamente desarrollada, pero García Valdecasas estaba convencido de que el nombre

Frente Español, y especialmente sus iniciales, FE, tenía un valor político. No se oponía a la idea de fusionar ese grupo moribundo con el más dinámico aunque desestructurado Movimiento Español Sindicalista-Fascismo Español. Sus antiguos compañeros de organización se opusieron al uso del nombre para un nuevo grupo fascista. En un intento de retener parte del atractivo original, se eligió el nombre Falange Española y se adoptaron como estatutos los del Frente Español[39]. José Antonio Primo de Rivera tomó varias de las ideas principales de Ortega y Gasset —la nación como una comunidad de destino, la necesidad de vertebrar España, la relación de la aristocracia con el pueblo—. A pesar de ello, nunca le perdonaría al autor de *La rebelión de las masas* que no abrazara por completo la causa del fascismo español[40].

La dirección del nuevo partido Falange Española estaba formada por José Antonio y García Valdecasas, además del aviador Julio Ruiz de Alda, quien había acompañado a Ramón Franco en su histórico vuelo transatlántico en 1926. A finales de agosto de 1933, en una reunión celebrada en San Sebastián cuyo organizador fue el vasco de extrema derecha José María de Areilza, relacionado en aquel entonces tanto con Acción Española como con las JONS, la dirección de la Falange intentó sin éxito asegurarse la participación de Ledesma Ramos. El líder de las JONS, invariablemente receloso de las conexiones de Primo de Rivera con las clases altas, simplemente insistió en que fueran los recién llegados quienes se integraran en su partido. A pesar de sus sospechas de la alta burguesía, Ledesma aceptó como regalo de los monárquicos de Acción Española una motocicleta, con la que recorrió España en sus viajes de propaganda[41]. Más éxito tuvo el acuerdo alcanzado en agosto de 1933 por José Antonio Primo de Rivera con la Comunión Tradicionalista y los monárquicos de Renovación Española, representados por Pedro Sainz Rodríguez y José Antonio Sangróniz —el llamado Pacto de El Escorial—. Los monárquicos se comprometieron a financiar la Falange con diez mil pesetas mensuales a cambio de que la Falange no se opusiera a la restauración de la monarquía y de que se consultara con ellos sus principales iniciativas políticas. Ya antes de su lanzamiento oficial, la Falange estaba comprometida con los sectores

más conservadores de la vieja derecha patricia. Pero parece haber existido un acuerdo cordial a partir de entonces, y Sainz Rodríguez, como vínculo monárquico con la Falange, incluso ayudó a José Antonio a redactar el programa de ésta[42].

Una vez asegurado el respaldo de la derecha tradicional y procurado el modo de unificar las dispares facciones fascistas, Primo de Rivera se dedicó a alcanzar el objetivo de conseguir el respaldo italiano. Para su suerte, el embajador italiano en Madrid, Raffaele Guariglia, era un firme defensor de que Roma aportase ayuda material para el establecimiento de un partido fascista español. Armado con una carta de presentación del diplomático, José Antonio Primo de Rivera se fue a Italia a mediados de octubre de 1933, «para obtener material informativo sobre el Fascismo italiano y sobre las realizaciones del Régimen. Así como obtener, en la medida de lo posible, consejos para la organización de un movimiento análogo en España». La tarde del 19 de octubre fue recibido por Mussolini. Unos minutos antes de la reunión, le había dicho a un periodista italiano: «Soy como el discípulo que va a ver al maestro. Cuánto bien si quisiera, y seguro que querrá, podrá hacerme a mí, a mi movimiento y a mi país. Era amigo de mi padre, me ayudará, ciertamente». Dicha entrevista fue evocada por el propio José Antonio en su introducción a la versión española de *La Dottrina del fascismo* de Mussolini, un escrito reverencial en el que describe al Duce en un ángulo de su inmenso y frío despacho de mármol, trabajando mientras Roma descansaba: «Sólo el Duce permanecía, laborioso, junto a su lámpara, en el rincón de una inmensa sala vacía, velando por su pueblo, por Italia, a la que escuchaba palpitar desde allí como a una hija pequeña». Durante su estancia en Roma visitó las oficinas del Partito Nazionale Fascista, donde se le proporcionó toda la información que buscaba[43] El Duce le regaló una fotografía dedicada que colgó en su despacho al lado de un retrato de su padre[44]..

La creación de la Falange Española fue anunciada por José Antonio unos diez días después durante la campaña para las elecciones de noviembre de 1933. La admisión de afiliados había comenzado a principios de octubre. Los nuevos militantes tenían que rellenar unos formularios en

los que se les preguntaba si tenían bicicleta —eufemismo de pistola— y luego se les proporcionaba una porra. La fundación formal tuvo lugar el domingo 29 de octubre, en el teatro de la Comedia de Madrid. El jefe de las milicias falangistas, el teniente coronel Ricardo de Rada, organizó grupos de defensa alrededor del edificio[45]. En su discurso inaugural, que en líneas generales fue poético y florido, José Antonio expresó claramente también su apoyo a la violencia:

> Si nuestros objetivos han de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. Porque ¿quién ha dicho al hablar de «todo menos la violencia» que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria[46].

A pesar de que la violencia sería corriente en la política española de los años treinta, ningún político la incorporó tan líricamente como elemento de su retórica. Esto fue evidente con frecuencia en los rituales fúnebres que, emulando la práctica de los Squadristi fascistas italianos, venían a continuación de la participación de los falangistas en enfrentamientos callejeros[47]. Paradójicamente, después de la reunión, José Antonio le dijo a Felipe Ximénez de Sandoval: «Me cohíben las muchedumbres. Me angustia la idea de centenares de ojos clavados en mí […]. El día 29, en la Comedia, ¡cómo sufrí al ver los brazos en alto saludándome!»[48] El resultado de esto fue una falta de espontaneidad que suplió con una elaborada preparación. Según el jonsista Javier Martínez Bedoya, «era un orador de los que aprenden los discursos de memoria, hasta con puntos y comas, pero resultaba prodigioso de dicción, de riqueza en el registro de los tonos, de elegancia en el gesto y de reposo en sus elevadas calidades intelectuales…». En palabras de su amigo Raimundo Fernández-Cuesta, su discurso en la Comedia había sido cuidadosamente ensayado, pues «odiaba la improvisación y decía que esos oradores que se levantan a hablar sin saber lo que van a decir, son unos defraudadores de su auditorio[49]».

A las cuatro semanas de la fundación del partido, García Valdecasas desapareció en interminable luna de miel con su rica novia aristocrática[50]. José Antonio también se aprovechó de todas sus conexiones conservadoras al presentarse en una lista monárquica para obtener un escaño en las Cortes por Cádiz, donde su familia gozaba de enorme influencia. Gracias a la fuerza electoral de los ultraconservadores terratenientes locales, fue elegido por 49 028 votos, el 18,5% del total emitido, una cantidad muy por encima de lo que habría logrado como candidato falangista. Su decisión reflejaba la debilidad financiera de la Falange, aunque no hay motivos para suponer que a él o a los monárquicos de Cádiz les estorbara el acuerdo[51]. De hecho, le comentó al encargado de negocios italiano, Geisser Celesia, lo mucho que le desilusionaba el que nadie quisiese financiar la Falange, ni José María Gil-Robles, líder de la católica y autoritaria CEDA, ni los grandes de España; confesión inusualmente franca ante un representante de Mussolini y, a la vez, una clara revelación de sus pocos deseos de romper con las influencias conservadoras. Para Celesia, José Antonio era un señorito que nunca podría atraer a las masas precisamente porque recurría a la oligarquía para financiarse[52].

La aparición de otro partido fascista que iba a rivalizar con las JONS significó un problema financiero para ambos, pero estimuló la idea de la unión. Al principio, Ledesma Ramos era reacio a que las JONS se unieran con la Falange, pero algunos de sus lugartenientes, como Francisco Bravo Martínez y Ernesto Giménez Caballero, le convencieron de que una eventual fusión era lógica e inevitable[53]. Los ricos no estaban dispuestos a financiar a Ledesma Ramos: cuando éste logró una entrevista con Francesc Cambó en el Ritz, fue rápidamente despachado[54]. Por el contrario, los monárquicos sí estaban dispuestos a financiar la Falange como instrumento político de desestabilización. Los méritos de José Antonio como terrateniente andaluz, grande de España, figura de la sociedad y, sobre todo, hijo mayor del desaparecido y muy lamentado dictador militar, parecían ofrecer garantías a las clases altas de que el fascismo español no escaparía al control del *establishment* como sus equivalentes alemán e italiano. Es entendible, pues, que el entusiasmo monárquico por José Antonio decayera

un poco cuando, el 15 de febrero de 1934, éste fusionó la Falange Española con las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Durante las negociaciones que se habían llevado a cabo los tres días anteriores, José Antonio hizo muchas concesiones simbólicas relacionadas con el nombre y la bandera, pero fue inflexible en su exigencia de que la nueva FE y de las JONS fuera dirigida por una ejecutiva tripartita formada por dos falangistas y un jonsista[55]. El triunvirato estaba formado por el propio Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Ledesma Ramos. No pasó mucho tiempo antes de que el primero lograra complacer a sus nuevos aliados con un gesto que parecía manifestar algo del radicalismo asociado con las JONS. En mayo de 1934 rechazó el intento de José Calvo Sotelo, quien acababa de regresar del exilio después de haber sido amnistiado, de ingresar en la Falange. Ledesma Ramos creyó cándidamente que Calvo Sotelo había sido excluido porque José Antonio lo consideraba demasiado ligado a la alta burguesía, cuando, en realidad, éste sentía una hostilidad virulenta hacia el líder monárquico porque pensaba que había huido como un cobarde en vez de defender los logros de la dictadura. Detrás del rechazo se escondían un aristocrático desprecio y un resentimiento personal, más que cualquier intención de prevenir que el conservadurismo de Calvo Sotelo contaminara el radicalismo del nuevo partido[56]. De todos modos, el gesto no contribuyó a mejorar las relaciones de la Falange con sus antiguos valedores.

La relación con las JONS intensificó las contradicciones entre los instintos aristocráticos y las ambiciones populistas de José Antonio, lo cual, a su vez, tuvo consecuencias económicas; en parte como reacción a estas dificultades financieras, José Antonio empezó a buscar, en 1934, una invitación para visitar la Alemania nazi. Detrás de esa visita también había un elemento de curiosidad, ya que había sido un ávido lector del libro de Hitler, *Mein Kampf*, y el de Alfred Rosenberg *Der Mythus der zwanzigsten Jahrhunderts* (*El mito del siglo XX*). Vio a Hitler en Berlín en mayo de 1934, pero los alemanes mostraron poco interés en prestarle ayuda económica[57]. Con una cierta frustración, la embajada italiana informó de modo regular durante todo 1934 de que el nuevo partido tenía problemas financieros y sus violentos actos de represalia contra la izquierda se llevaban a cabo de

manera torpe. En una ocasión, después del asesinato de un compañero de partido, un grupo de cabecillas falangistas, sentados alrededor de una mesa, hicieron girar una pistola para decidir quién se encargaría de la venganza. Finalmente, ésta no se llevó a cabo, pero al salir de la reunión José Antonio declaró: «Yo no he nacido para esto, yo he nacido para matemático del siglo XVIII». Celesia atribuía la falta de impacto popular del partido al hecho de que José Antonio Primo de Rivera era un señorito cuyos discursos resultaban poco atractivos para el pueblo, ya que eran disquisiciones teóricas o defensas de su padre. Guariglia se lamentaba de que «en este inmenso manicomio político que se llama España», los nuevos fascistas no pudieran hacer más que emitir comunicados verbales y dejar las esperanzas de la derecha en manos de la católica CEDA[58].

Por lo tanto, FE y de las JONS dependía de las dádivas que los monárquicos hacían a regañadientes. En abril de 1934, uno de los pocos patrocinadores ricos del partido, Francisco Moreno y Herrera, marqués de la Eliseda, había permitido el alquiler nominal de una de sus casas, situada en la calle Marqués de Riscal, 12, para que fuera la sede central de la Falange[59]. En septiembre de 1934, Eliseda se quejó a Celesia de la escasez de dinero, aunque la afiliación crecía porque la Falange se inclinaba hacia la izquierda. Eliseda dejó el partido dos meses después, e hizo lo posible para echar a la Falange de su propiedad. José Antonio usó todos los subterfugios legales posibles para permitir que sus hombres siguieran usando la sede. Eliseda respondió cortando el gas y la electricidad, que fueron conectados nuevamente de manera subrepticia e ilegal. Prefiriendo siempre que la violencia directa se dirigiera más contra la izquierda que contra la derecha, José Antonio intervino para evitar que algunos enfurecidos camaradas le proporcionaran a Eliseda una buena dosis de aceite de ricino[60].

La unión de los dos partidos, dificultades financieras aparte, nunca fue fácil. Los conflictos provenían de las diferentes ambiciones de José Antonio y Ramiro Ledesma Ramos, uno elitista, el otro populista. En el verano de 1934 aparecieron tensiones provocadas por el monárquico aventurero Juan Antonio Ansaldo. Conocido aviador y *playboy*, Ansaldo había entrado en la Falange a finales de abril por invitación de José Antonio. Recibió el cargo

de Jefe de Objetivos, eufemismo que encubría su encargo de organizar escuadrones terroristas. Aunque en desacuerdo con el monarquismo reaccionario de Ansaldo, Ledesma aprobó la eficacia con que éste había endurecido la llamada «Falange de la sangre»:

> Su presencia en el partido resultaba de utilidad innegable, porque recogía ese sector activo, violento, que el espíritu reaccionario produce en todas partes, como uno de los ingredientes más fértiles para la lucha nacional armada. Recuérdese lo que grupos análogos a ésos significaron para el hitlerismo alemán, sobre todo en sus primeros pasos.

Durante el verano, un plan para volar la Casa del Pueblo de Madrid alcanzó un estado avanzado. Los seguidores de Ansaldo lamentaban que José Antonio no pusiera mayor ímpetu en la desestabilización terrorista de la República. Incluso hubo rumores de que un grupo de oficiales de la milicia, con Ansaldo al frente, le amenazaron con expulsarle de la dirección si no dejaba de lado lo que se percibía como su política de apaciguamiento. El 10 de julio de 1934 la situación empeoró después de que la policía descubriera grandes cantidades de armas, municiones, explosivos y bombas en la sede de la calle Marqués de Riscal. Ochenta militantes, principalmente jonsistas y miembros de los escuadrones de Ansaldo, fueron encarcelados durante tres semanas. En el transcurso de los días pasados en prisión, aparecieron críticas al liderazgo de Primo de Rivera. Además, Ansaldo y los jefes de la milicia, así como los jonsistas, se sentían particularmente furiosos por la manera evidente con que José Antonio disfrutaba de su participación en los debates en las Cortes. Aún más encolerizados se sintieron cuando, el 3 de junio de 1934, José Antonio cruzó el hemiciclo para estrechar la mano de Prieto después de que el líder socialista se opusiera a que se levantara la inmunidad parlamentaria del líder de Falange y del socialista Juan Lozano, diputado parlamentario por Jaén, lo que habría permitido que se les juzgara por tenencia ilícita de armas. Las críticas inspiradas por Ansaldo derivaron en un conflicto mayor entre falangistas y jonsistas[61].

Cuando José Antonio descubrió lo que estaba sucediendo, expulsó de inmediato a Ansaldo antes de finales de julio, diciendo que los

conspiradores involucrados en esa «sucia intriga» emparejaban «su felonía con su imbecilidad». A partir de entonces, los grupos de ataque siguieron llevando a cabo represalias contra la izquierda con igual frecuencia y eficacia, pero con una mayor lealtad hacia José Antonio Primo de Rivera. Con aparente desgana, éste procedió a desmontar el triunvirato en septiembre de 1934 para asumir la dirección única de la Falange[62]. No pudo haber ignorado la implicación de Ramiro Ledesma en la conspiración. El líder estudiantil de la Falange, Alejandro Salazar, escribió en verano en su diario: «Desde hace tiempo, Ramiro Ledesma no es nuestro.»[63] De hecho, Ledesma Ramos siempre estuvo resentido con Primo de Rivera por los antecedentes aristocráticos y la fortuna de éste. El resentimiento se intensificó aún más debido a que, como consecuencia de un defecto en el habla, Ledesma jamás pudo igualar a José Antonio como orador fascista. Posteriormente, éste se burló cruelmente de ese defecto[64].

A finales del verano de 1934, cuando la tensión entre la izquierda y la derecha estaba llegando a su punto máximo, José Antonio tuvo una iniciativa que confirmó las sospechas de Ledesma Ramos acerca de que nunca sería capaz de deshacerse de su pasado familiar y sus instintos aristocráticos: escribió una carta histérica a Franco. En un intento de persuadir a éste de que diera un golpe contra la izquierda, aseguraba que la victoria socialista era inminente y que equivalía a una «invasión extranjera», dado que Francia aprovecharía la oportunidad para anexionarse Cataluña. Franco ni se dignó responder. Como general de división muy considerado y confidente favorito del ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, Franco no tenía el menor interés en asumir los riesgos que comportaría su asociación con insignificantes organizaciones fascistas. En su creencia de que sólo el Ejército tenía el derecho y la fuerza para determinar el destino político de España, Franco no pudo sentir más que desprecio por la naciente Falange[65].

La primera reunión del Consejo Nacional de la Falange tuvo como objetivo ratificar a José Antonio en el papel de jefe nacional. Dicha reunión se llevó a cabo del 4 al 7 de octubre en Madrid. El alzamiento de la izquierda del 6 de octubre de 1934 se produjo mientras el Consejo Nacional

estaba reunido. Durante ese Consejo se decidió adoptar la camisa azul. Los jonsistas presentes se opusieron por considerar que la adopción de un estilo tan claramente fascista separaría el movimiento de las masas revolucionarias que ellos deseaban reclutar. El 7 de octubre José Antonio, sorprendentemente vestido con una camisa azul con las mangas remangadas, visitó al primer ministro Alejandro Lerroux. Le ofreció la ayuda de la Falange y le pidió, sin éxito, que sus seguidores fueran armados[66]. A continuación, encabezó una marcha desde la sede de la Falange hasta la Puerta del Sol. Subido a un andamio que rodeaba las obras de construcción del nuevo metro, hizo un discurso de apoyo al gobierno que Ledesma Ramos consideró débil e inapropiado. En las provincias, parece ser que los falangistas actuaron como fuerzas del orden auxiliares[67]. En Madrid, tampoco hubo destacadas iniciativas antirrevolucionarias, si se exceptúa el discurso improvisado y un acto de intimidación: una noche, cenando después de una de las sesiones del Consejo Nacional, José Antonio y sus amigos Raimundo Fernández-Cuesta y Julio Ruiz de Alda amenazaron con apalear al líder estudiantil catalán Antonio María Sbert si éste no se retiraba del restaurante de moda en que habían coincidido. Sbert había sido el líder de la oposición estudiantil a la dictadura de Miguel Primo de Rivera[68] Celesia informó sarcásticamente a Roma de que en Madrid los falangistas se jactaban de haber hecho la revolución sustituyendo a los basureros en huelga o llevando a oficiales del Ejército en sus coches[69] La Falange desempeñó un papel muy pequeño en la represión que siguió a los hechos de Asturias[70]. Sin embargo, aún después de que la izquierda fuera aplastada tras su levantamiento, los italianos se quejaban del fracaso de la Falange en imponerse a la situación.

Las inclinaciones conservadoras de José Antonio y su conciencia de depender en último término de la oligarquía se vieron claramente reflejadas en la elaboración del programa del nuevo partido después del Consejo Nacional. Un primer y radical borrador fue trazado por Francisco Bravo y Ledesma Ramos en nombre de la Junta Política (el comité ejecutivo permanente del Consejo Nacional), que José Antonio presidía. Ingenuamente, Ledesma esperaba valerse del programa para facilitar la

alianza con la anarcosindicalista CNT. La versión final fue obra de José Antonio, quien no sólo mejoró la prosa, sino que transformó el programa haciéndolo más abstracto y a la vez menos radical. Las fricciones por el programa y la desilusión de Ledesma luego de que el sindicato de la Falange, la Central Obrera Nacional Sindicalista, quedara marginado derivaron en una lucha por el poder[71]. A finales de noviembre, Geisser Celesia informó a Roma de que Ledesma Ramos estaba a punto de dejar la Falange, actitud en la que le apoyaba uno de los jonsistas más radicales, el ex anarquista Nicasio Álvarez de Sotomayor[72]. Por lo tanto, el 14 de enero de 1935 Ledesma, Álvarez de Sotomayor y Onésimo Redondo anunciaron que reorganizarían las JONS fuera de la Falange. En lugar de aceptar esta división, dos días más tarde José Antonio informaba a la Junta Política que Ledesma había sido expulsado por su persistente fraccionalismo. Después de que José Antonio, en su elegante traje color gris y su impecable camisa blanca, se hubiera enfrentado con más de un centenar de sindicalistas en camisa azul, la mayoría de ellos elementos jonsistas, incluyendo a Onésimo Redondo, permanecieron dentro de la FE y de las JONS[73].

Según su propia versión, Ledesma negó haber sido expulsado, proclamando que se había ido por propia iniciativa dadas las «diferencias irresolubles» con José Antonio como consecuencia de la moderación del programa de 27 puntos. Ledesma acusó a José Antonio de haber minado la misión revolucionaria de las JONS: «El nacional-sindicalismo que decía defender Primo de Rivera era un truco ingenuo, una ficción sin jugo, cuyo sostenimiento por nuestra parte nos convertía en verdaderos cómplices de una farsa contra el auténtico sentido nacional y popular de nuestra doctrina.»[74] Por su parte, en una carta dirigida al director del periódico madrileño *Informaciones*, José Antonio se refirió de manera despectiva al fraccionalismo de algunos mercenarios del lumpenproletariado, «un grupo, no legión de gentes cultivadas, fuera de todo ideal político, en los fondos infrasociales más turbios de la vida humana. Estos elementos revolucionarios de alquiler, son los que han tenido que salir de la Falange y de las JONS, no por establecer unidad de pensamiento, nunca rota entre nosotros, sino por higiene». Las divisiones eran tan intensas que se dice que

sólo la intervención de José Antonio evitó un intento falangista de asesinar a Ledesma Ramos[75]. De todos modos, aquél encabezó un grupo de ataque para tomar las oficinas ocupadas por las JONS en la calle del Príncipe[76]. También publicó un ataque salvaje contra Ledesma, ridiculizando su defecto de habla[77]. Sólo un pequeño número de jonsistas acompañaron a Ledesma, quien amenazó con tomar acciones legales contra José Antonio Primo de Rivera para recuperar el nombre de su partido[78], pero sus esfuerzos por crear otro nuevo quedaron finalmente en nada y regresó a su puesto de trabajo en correos. Fue fusilado por fascista al comienzo de la guerra civil.

La desaparición de los elementos radicales no congració a la Falange con las clases media y alta. La muy extendida satisfacción con los gobiernos conservadores en los círculos de derechas en 1935 aseguraba que el respaldo financiero siguiera siendo exiguo. Los esfuerzos por crear un nuevo diario fracasaron[79]. José Antonio utilizó su propio dinero y recibió ayuda económica de parte de sus amigos, pero la cantidad recaudada siguió siendo insuficiente. En Gijón, la Falange alquiló un piso que pertenecía a Carmen Polo, esposa de Franco. Cuando éste se enteró del uso que se daba al piso, le ordenó a su cuñado Ramón Serrano Suñer que le dijera a José Antonio que desalojara de allí a sus seguidores[80] A finales de 1934 la Falange no podía pagar la luz ni la calefacción. Los ateridos miembros de la dirección se reunían a la luz de las velas[81]..

Primo de Rivera se vio finalmente obligado a recurrir a Mussolini. A finales de abril de 1935, volvió a visitar Italia y fue recibido en Génova por Eugenio Coselschi, antiguo secretario de D'Annunzio, jefe de los Comitati d'Azione per l'Universalità di Roma. Como equivalente italiano de la Auslandorganization nazi, los CAUR estaban incluidos en el Ministerio de Prensa y Propaganda italiano, bajo la dirección de su subsecretario, Galeazzo Ciano, yerno del Duce. El mismo Mussolini autorizó fondos para José Antonio. Entre junio de 1935 y enero de 1936 éste percibió cincuenta mil liras italianas por mes (el equivalente a treinta mil pesetas de entonces), una suma considerable proveniente de fondos de reptiles de la policía destinados a fines ilegales. José Antonio recibió personalmente el dinero en

entregas bimensuales durante sus visitas a París en junio, agosto y noviembre de 1935 y en enero de 1936. El encargado de las entregas fue Amadeo Landini, enérgico agregado de prensa de la embajada italiana en París. A partir de febrero de 1936, debido a la crisis que sufría Italia por sus reservas de divisas, la cantidad fue reducida a la mitad. No pudo percibir José Antonio los pagos correspondientes a febrero y marzo, que debían entregarse en este último mes, porque para entonces ya estaba en la cárcel[82].

Tal vez fueran las críticas italianas a la debilidad e indecisión falangistas el motivo de que José Antonio diera el desaconsejable paso hacia la lucha armada para intentar derrocar la Segunda República. Alarmado ante la moderada escalada de represión que siguió a la insurrección de octubre, José Antonio deseaba entrar en acción antes de que la izquierda volviera al poder[83]. La decisión fue tomada en una reunión de la Junta Política realizada en el parador de Gredos a mediados de julio de 1935. José Antonio informó a sus camaradas de sus contactos con oficiales del Ejército simpatizantes de la causa. Presentó un plan para un levantamiento contra el gobierno que se llevaría a cabo cerca de la frontera portuguesa, en Fuentes de Oñoro, provincia de Salamanca. Un general anónimo, probablemente Sanjurjo, iba a ser el encargado de conseguir diez mil fusiles en Portugal, que luego serían entregados a los militantes falangistas. El golpe inicial sería seguido por una «marcha sobre Madrid[84]». El plan estaba lleno de riesgos. Con la izquierda recientemente derrotada y en medio de una represión activa, con un gobierno autoritario de derechas en el poder, con los militares más derechistas en posiciones de poder, el momento elegido para el golpe no podía ser más inoportuno. Al parecer, José Antonio había presentado la idea sin mucho entusiasmo, tal vez con la esperanza de que no pasara de la fase de planificación. El apoyo de los militares de más alta graduación no se materializó y, quizá para alivio de José Antonio, la idea se dejó de lado rápidamente. El jefe de la organización estudiantil de la Falange, Alejandro Salazar, escribió con amargura en su diario: «Hemos regresado de Gredos con loco entusiasmo, que ha de convertirse más tarde en desilusión al comprobar que todo ello no fue sino un modo de pasar el

rato.»[85] La principal consecuencia de la decisión de pasar a la lucha armada fue, en todo caso, el establecimiento de contactos entre José Antonio y la ultraderechista Unión Militar Española en un intento infructuoso de obtener armas[86].

Confiando tal vez en que la financiación futura vendría de Italia, José Antonio se permitió el lujo de pronunciar un discurso de contenido radical en el transcurso de un acto celebrado en el cine Madrid el 19 de mayo de 1935. En él declaraba que la Monarquía estaba muerta y desligaba la Falange de la «reacción monárquica». Se quejaba de que las fuerzas contrarrevolucionarias en España, que «esperaron, al principio, que nosotros viniéramos a ser la avanzada de sus intereses en riesgo, y entonces se ofrecían a protegernos y asistirnos, y hasta a darnos alguna moneda, ahora se vuelven locos de desesperación al ver que lo que creían la vanguardia se ha convertido en el Ejército entero independiente». Seguro de los fondos italianos, declaró su creencia en el milagro de un éxito final a pesar de que los falangistas se encontraban «atacados por todos los flancos, sin dinero, sin periódicos[87]». No obstante, su tono cambió en el transcurso del año. El 17 de noviembre de 1935, en su discurso de clausura del segundo Consejo Nacional de la Falange, en el cine Madrid, habló en términos horrorizados del ataque soviético a la vida familiar y a los valores religiosos. Describió la Revolución Rusa como la «invasión de los bárbaros[88]». Tal como indica Southworth, José Antonio reconoció que su partido no iría a ningún sitio sin el apoyo financiero de la oligarquía, por lo que intentó crear una atmósfera de miedo que llevara a ésta a financiar la Falange como un medio de autodefensa[89]. Sin embargo, era demasiado tarde: el daño ya estaba hecho y las naves se habían quemado.

El 2 de octubre de 1935, José Antonio habló en las Cortes a favor del ataque italiano a Etiopía. De algún modo, estaba expresando su gratitud por la ayuda financiera que recibía de Mussolini, aunque sus palabras también reflejaban su esperanza de que el Duce venciera la hegemonía anglofrancesa que esclavizaba a España. Aprovechó la ocasión para hacer un ferviente recordatorio de la indigna ocupación de Gibraltar por Gran Bretaña[90]. Por lo demás, escribió en términos que recuerdan la retórica de

Mussolini sobre las servidumbres italianas en el Mediterráneo: «En el exterior, debilidad, servilismo, olvido de Gibraltar y de Tánger. En resumen: ruina espiritual y material. ¡Vergüenza!»[91]

Tal vez porque los elementos más serios del Ejército no mostraron interés en las propuestas falangistas, José Antonio Primo de Rivera dio un paso poco inteligente a finales de 1935. A mediados de diciembre, en complejas circunstancias, el gobierno de Joaquín Chapaprieta cayó, y con él José María Gil-Robles, el líder de la CEDA, que había sido ministro de la Guerra desde mayo. Algunos políticos derechistas intentaron persuadir a algunos generales de cierto peso de que intervinieran para impedir que se convocasen nuevas elecciones. La opinión del general Franco, para quien el éxito relativo de la clase obrera durante los sucesos de octubre de 1934 no era un buen presagio para un golpe militar, fue la que finalmente prevaleció. Sin embargo, el 27 de diciembre, siguiendo una sugerencia del jefe provincial de Toledo, José Sainz Nothnagel, el jefe nacional propuso que varios cientos de militantes falangistas se unieran a los cadetes del Alcázar de Toledo para lanzar un pronunciamiento. Se trataba de una idea ridícula, y uno de los miembros de la Junta de Mando, José María Alfaro, intentó disuadirlo indicándole que la intentona podía ser derrotada en las estrechas calles de Toledo simplemente con que la gente arrojara macetas a los insurrectos desde los balcones. De todos modos, José Antonio estaba muy entusiasmado con la idea, y llegó a decir que «colocaremos unas ametralladoras en la Puerta Visagra. Yo serviré una». Envió a sus lugartenientes Raimundo Fernández-Cuesta, Alfaro y Sainz Nothnagel a Toledo para que presentaran esta desafortunada propuesta al coronel José Moscardó, gobernador militar y director de la Escuela Central de Gimnasia de esa ciudad. La partida de los enviados se pospuso hasta después de una cena en un club de *gourmets* al que José Antonio y Alfaro pertenecían junto con algunos prominentes monárquicos. Se pusieron en marcha a las dos de la madrugada, en cuanto Alfaro se hubo cambiado el traje de etiqueta, y pasaron el resto de la noche en un hotel de Toledo. Moscardó, a quien vieron temprano a la mañana siguiente, era una figura de tercer rango como mucho, lo que tal vez explica por qué de entrada no descartó la idea. En

cambio, se fue a Madrid a ventilarla con Franco. Para suerte de José Antonio, el general, que recientemente había rechazado propuestas mejor respaldadas, desestimó el plan por impracticable y fuera de tiempo[92] y se sintió agraviado por lo que consideraba iniciativas prematuras de los civiles[93].

Franco y José Antonio volvieron a encontrarse en febrero de 1936, en casa del padre y los hermanos de Ramón Serrano Suñer, justo antes de las elecciones del Frente Popular, a mediados del mismo mes. José Antonio discutió apasionadamente a favor de un golpe militar que estableciera un gobierno nacional contrarrevolucionario. Sus encantos no influyeron en Franco, quien se mostró cautelosamente evasivo y divagó interminablemente. El general consideraba a José Antonio un peligroso aficionado y no tenía ninguna intención de involucrarse en una conspiración con él, pero, como no podía ser de otro modo, no lo dijo claramente. José Antonio se sintió amargamente desilusionado e irritado, y comentó más tarde: «Mi padre, con todos sus defectos, con toda su desorientación política, era otra cosa. Tenía humanidad, decisión y nobleza. Pero estas gentes…»[94]

A pesar de los esfuerzos de José Antonio, quien visitó a Gil-Robles en tres ocasiones, la Falange no pudo alcanzar un acuerdo con la derecha conservadora para las elecciones de mediados de febrero de 1936. Quería más escaños seguros que los que el exiguo apoyo electoral con que contaba podía justificar. José Antonio rechazó unos pocos escaños de compromiso porque, en su opinión, no harían más que llevarse los votos de la Falange, a la vez que privarían al partido de desempeñar otro papel que no fuera el de guerrilleros de los conservadores[95]. Dado que los escaños más seguros eran los de las aldeas gallegas y los de los feudos andaluces controlados por los ultraconservadores de Renovación Española, José Antonio creyó que su exclusión había sido provocada por Calvo Sotelo, quien buscaría así venganza por habérsele impedido entrar en la Falange[96]. Si ésta hubiera sido parte del amplio frente de derechas, es probable que José Antonio hubiese resultado elegido. Pero solo y sin apoyo popular, tenía escasas posibilidades.

José Antonio hizo campaña sin descanso, pero a pesar de que pretendía hacer creer que no pertenecía a la izquierda ni a la derecha, sus simpatías estaban claras. El disidente y poeta falangista Dionisio Ridruejo echó abajo la idea de una Falange de izquierdas cuando describió la furia de José Antonio al presenciar una manifestación de la clase trabajadora en Madrid poco después de la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936. José Antonio había comentado: «Con un par de buenos tiradores una manifestación como ésa se disuelve en diez minutos». Ridruejo escribió:

> Tales reacciones eran una especie de test útil para disuadir a los que niegan el carácter necesaria y visceralmente derechista o reaccionario del movimiento falangista que, «en frío», tomaba distancia del movimiento general contrarrevolucionario y hasta sentía repulsión por él, pero que «en caliente» se veía arrastrado a su onda de modo irremediable, aunque con la quimérica pretensión de encabezarlo y llevarlo por derroteros reformistas.

Dejando de lado su aversión por Calvo Sotelo, José Antonio estaba dispuesto a dejar que la Falange actuase como el instrumento de las clases más altas. Como le dijo a Ridruejo: «Esperemos que se enteren de una vez. Nosotros estamos dispuestos a poner las narices, ¿no? Pues que ellos pongan, por lo menos, el dinero.»[97]

Que el supuestamente izquierdista José Antonio buscase dinero de los banqueros e industriales no es más sorprendente que el que aceptase, a pesar de su incontestable nacionalismo, dinero de Mussolini. Ambos hechos nos recuerdan la realidad, tan convenientemente olvidada por los apologistas de Franco, de que el exiguo apoyo disfrutado por la Falange en 1936 presagiaba las pocas posibilidades de sus líderes de representar una opción política seria por medios legales. Vale la pena recordar que mientras en 1935 el cerebral Azaña atraía a cientos de miles de españoles a sus mítines en campo abierto, José Antonio nunca fue capaz de hipnotizar a una audiencia masiva. Geisser Celesia se quejaba de la «mentalidad escolástica y filosófica» reflejada en sus discursos, que consideraba «más técnicos que políticos[98]». Su influencia era más intensa en los salones y las tertulias que en las reuniones masivas, tal como quedó reflejado en sus resultados electorales. En las elecciones del 19 de noviembre de 1933, siendo

candidato por Cádiz como parte de una amplia plataforma derechista, obtuvo el 18,5% de los votos. En febrero de 1936, como candidato falangista independiente, obtuvo 7499 votos, un 4,6% del total, mientras que el conservador Ramón de Carranza, de Renovación Española, obtuvo 64 326. La otra ocasión en que obtuvo votos suficientes para acceder a un escaño parlamentario fue también como miembro de una amplia candidatura de derecha, en las elecciones parciales de Cuenca en mayo de 1936, escaño que finalmente no pudo ocupar debido a que en las elecciones originales, en febrero, no había sido candidato por esa provincia.

Sin embargo, a pesar de su fracaso en las elecciones de febrero, el cambio de circunstancias que se produjo después de la victoria del Frente Popular comenzó a ser abiertamente favorable para la Falange. Es probable que alrededor de quince mil afiliados del movimiento juvenil de la CEDA, la Juventud de Acción Popular, se pasasen en bloque a la FE y de las JONS[99]. Lamentablemente, José Antonio Primo de Rivera no pudo capitalizar este cambio de coyuntura. De todos modos, aprovechó varias oportunidades facilitadas por su amigo Ramón Serrano Suñer para dejar claro ante los militares de mayor prestigio su interés y sus simpatías por su conspiración. Mantuvo una entrevista con el general Mola, aparentemente para ofrecerle los servicios de la Falange. Con anterioridad, ese mismo día, 8 de marzo, Mola había sido designado «el Director» de la proyectada rebelión militar por los principales conspiradores, incluido el general Franco. También se entrevistó con el teniente coronel Juan Yagüe, que era el enlace de Mola con el elemento clave de la rebelión, el Ejército colonial de Marruecos[100]. El papel de la Falange sería realizar actos de terrorismo para provocar represalias de la izquierda, con lo cual las lamentaciones de la derecha a causa de los desórdenes quedarían justificadas.

A principios de marzo se produjeron en Madrid varios incidentes callejeros en los que se enfrentaron falangistas e izquierdistas. El día 11, un falangista, el estudiante de derecho Juan José Olano, murió a tiros en una reyerta. Al día siguiente, como represalia, un comando terrorista formado por tres falangistas, actuando seguramente con el conocimiento de José Antonio, intentó asesinar a Luis Jiménez de Asúa, elegido como víctima por

ser distinguido catedrático de derecho y diputado del PSOE. Jiménez de Asúa sobrevivió, pero su guardaespaldas, el policía Jesús Gisbert, murió. Durante su entierro se produjeron disturbios en Madrid. Se incendiaron dos iglesias y los locales de *La Nación*, diario de Manuel Delgado Barreto, amigo y colaborador de la familia Primo de Rivera. En consecuencia, el 14 de marzo, no pudiendo recurrir a su inmunidad parlamentaria, perdida en las elecciones de febrero, José Antonio Primo de Rivera y otras figuras de la dirección de la FE y de las JONS fueron arrestados. Ya que no se podía establecer su culpabilidad por el atentado contra Jiménez de Asúa, fueron detenidos basándose en un tecnicismo. Sin embargo, apenas si caben dudas acerca de que José Antonio estaba al corriente de la actuación del comando. Su hermano, Miguel, visitó a Juan Antonio Ansaldo para pedirle que fuera a la cárcel Modelo para hablar con aquél de la manera de organizar la fuga de los tres supuestos asesinos. Ansaldo accedió gustoso, y trazó con José Antonio un plan para llevarles a Francia en avioneta. Unos días después Ansaldo llevó a cabo la operación con éxito, pero los tres terroristas fueron detenidos por la policía francesa y devueltos a España tras un rápido proceso de extradición. El día 8 de abril se les procesó por el asesinato de Gisbert y el atentado contra Jiménez de Asúa. El principal responsable, Alberto Ortega, fue condenado en la Audiencia de Madrid a veinticinco años de cárcel, y sus dos cómplices a seis. En las altas esferas de la Falange —lo que significa en la cárcel Modelo de Madrid— se decidió responder con una represalia contra el magistrado de la Audiencia de Madrid, Manuel Pedregal, quien murió acribillado a tiros la noche del 13 de abril. Su muerte fue una terrible advertencia a los jueces que tuviesen en el futuro que procesar a otros falangistas[101]. En el transcurso de abril y mayo, José Antonio se presentó varias veces a los tribunales dentro de la cárcel Modelo para defenderse de varias acusaciones dirigidas a mantenerlo en prisión. En la segunda aparición, el 30 de abril, el juez declaró que no había motivos para prohibir la Falange, aunque el juicio no se hizo público. En la última de estas apariciones, el 28 de mayo, José Antonio fue acusado de tenencia ilícita de armas. Se alegó que seis semanas después de su arresto la policía había encontrado dos pistolas en su domicilio. Citando los múltiples

registros anteriores, José Antonio acusó, a su vez, a la policía de colocar las armas. Cuando el tribunal se pronunció en su contra, José Antonio Primo de Rivera, furioso, se arrancó la toga de abogado y se limpió los pies con ella mientras decía que si ésa era la justicia española renunciaba a sus servicios. Al grito de «¡Arriba España!», él y otros falangistas intentaron asaltar el estrado, originándose una reyerta[102]. En la cárcel, él y sus compañeros podían «comunicar con familiares y amigos por la mañana y por la tarde. Podíamos levantarnos y acostarnos a la hora que nos pareciese. Y podíamos recibir del exterior la comida que nos enviaban para no tener que alimentarnos de rancho». José Antonio jugaba como delantero centro del equipo de fútbol de falangistas encarcelados[103], pero sobre todo dedicaba su tiempo a dirigir la estrategia de tensión llevada a cabo por su partido. Éste pasó a la clandestinidad y la escalada de acciones sangrientas, con su ciclo de provocaciones y represalias, se intensificó de manera notoria[104]. Le dijo a su amigo, Felipe Ximénez de Sandoval: «No quiero un falangista más aquí. Con el primero que venga sin mi consentimiento si no es por un motivo razonable, como haberse cargado a Azaña o Largo Caballero, usaré de toda mi autoridad de Jefe Nacional para ponerle de patitas en la calle». Desde la cárcel, José Antonio estaba en contacto con carlistas y con Renovación Española. Como le escribió a Antonio Goicoechea el 20 de mayo, la cárcel no le impedía «dirigir el movimiento», es decir, la actuación de la Falange en los preparativos de la guerra civil[105]. Permaneció en contacto con Mola, a quien ofreció una fuerza de choque de cuatro mil hombres[106].

Hubo, sin embargo, excepciones. En abril, por ejemplo, José Antonio detuvo un intento de asesinato contra Largo Caballero en el hospital donde éste visitaba a su moribunda esposa[107]. En general, no obstante, estaba utilizando la Falange en su papel de carne de cañón callejera, tan crucial para el escenario político del levantamiento militar. A finales de 1936 le encomendó a José Luis de Arrese que organizara la Falange en Granada: las tres escuadras resultantes desempeñaron un papel crucial en la represión que tuvo lugar en dicha ciudad[108]. Otros subordinados de José Antonio fueron enviados como emisarios a las provincias con el fin de organizar la

coordinación entre la Falange y los militares. El dinámico José Sainz Nothnagel desarrolló su actividad en Castilla la Nueva, Zaragoza, Murcia, Albacete y Alicante. Manuel Hedilla fue incansable en Santander y Galicia[109] A Rafael Garcerán le envió a Pamplona con una carta para el general Mola que contenía detalles de la propuesta de participación de la Falange en el inminente levantamiento[110].. Mientras tanto, Calvo Sotelo había surgido como el hombre fuerte de la derecha española, que de todos modos tenía puestas sus esperanzas en un golpe militar.

Irónicamente, a pesar de los esfuerzos de los propagandistas de Franco en contar una historia diferente, la relación de José Antonio con el general, lejos de ser de cooperación entre dos héroes, fue de desprecio mutuo. Lo que realmente selló ésta antipatía fue su implicación en la repetición de las elecciones de Cuenca en abril de 1936. Después de las elecciones del Frente Popular del 16 de febrero de 1936, los resultados habían sido declarados nulos en algunas provincias, incluida Cuenca, donde se habían falsificado votos. En la repetición de las elecciones, fijada para comienzos de mayo de 1936, la lista unitaria de la derecha incluía tanto a José Antonio Primo de Rivera como al general Franco. El líder de la Falange había sido incluido con la esperanza de asegurarle la inmunidad parlamentaria que le habría permitido salir de la cárcel, donde estaba desde mediados de marzo[111]. Sin embargo, José Antonio hizo saber que consideraba la inclusión de Franco en la lista como un «craso error». En la creencia de que éste sería un fracaso como orador parlamentario, le dijo a Serrano Suñer: «Lo suyo no es eso y puesto que se piensa en algo más terminante que una ofensiva parlamentaria, que se quede él en su terreno dejándome a mí éste, en el que estoy probado». Para el caso, la elección de Cuenca fue declarada en el último momento como una repetición, y aunque José Antonio había obtenido suficientes votos para un escaño, fue descalificado porque no había sido candidato en la elección original[112]. A pesar de ello, Franco nunca perdonó la participación del líder falangista en lo que él consideró una humillación[113].

Ignoramos cómo habría actuado José Antonio Primo de Rivera si hubiera quedado en libertad como resultado de las elecciones de Cuenca. Su

«Carta a los militares de España», del 4 de mayo de 1936, contribuyó poco a sugerir que era una figura de paz, reconciliación o ideales progresistas: «Cuando lo permanente mismo peligra, ya no tenéis derecho a ser neutrales. Entonces ha sonado la hora en que vuestras armas tienen que entrar en juego para poner a salvo los valores fundamentales». Dicho documento es una secuela lógica de su apología de un golpe militar previo a las elecciones de febrero, utilizando el recurso instintivo de las tradiciones familiares. Siempre creyó en la necesidad de la ayuda militar. Le preocupaba la posibilidad de que la Falange fuera hundida por oficiales del Ejército reaccionarios[114]. También le preocupaba la falta de determinación de éstos, por lo que decía: «Es inútil contar con los generales en activo. Son unos “gallinas”; y Franco el “gallina” mayor.»[115] Por otro lado, sus dos circulares a los jefes provinciales del 24 y 29 de junio de 1936 indicaban sus temores a que la Falange fuera destruida aunque el levantamiento militar tuviera éxito.

Como al gobierno le preocupaba un intento de fuga, la noche del 5 de junio el líder falangista y su hermano, Miguel, fueron trasladados de Madrid a Alicante a pesar de las enérgicas protestas que él mismo describió como «furia bíblica» en una carta a una «camarada[116]». La pequeña y destartalada cárcel de Alicante constituyó una desagradable sorpresa después del relativo confort de la cárcel Modelo de Madrid. Sin embargo, fueron bien tratados gracias al amable —por no decir irresponsablemente tolerante— director de la prisión, don Teodorico de la Serna. El 17 de junio José Antonio describió la cárcel a Onésimo Redondo como «residencia… grata y tranquila, donde puedo organizar mis horas bastante bien». Le permitían recibir la prensa, así como correspondencia —abundantísima— y visitas —llegaron a superar las mil ochocientas—, sin ningún tipo de interferencia oficial, hasta el 4 de agosto, cuando la guerra llevaba ya casi tres semanas. Venían a verle tantas personas que José Antonio se vio en la necesidad de pedir a don Teodorico que las organizara en grupos de veinte y que se les limitara la estancia a sólo cinco minutos. En la primera semana de julio establecieron residencia en Alicante su hermana Carmen y su tía

María Jesús, así como la esposa de Miguel, Margarita Larios, *Margot*, para cuidar a los dos hermanos encarcelados[117].

La flexibilidad del régimen carcelario le permitió a José Antonio desempeñar durante junio y la primera mitad de julio un papel activo en la preparación tanto del alzamiento como de su propia fuga. Envió instrucciones a su hermano Fernando, principal enlace con los militares conspiradores, para que los falangistas madrileños se lanzasen a la calle en unión con los militares rebeldes. Él mismo mantenía un estrecho contacto con los elementos militares de Alicante comprometidos en la conspiración. El día 12 de julio, escribió a Ernesto Giménez Caballero: «A fuerza de tender cables, estoy ya en contacto con cuanto pueda haber en España, en este momento, de eficaz. Hasta tal punto, de que sin la Falange no se podría hacer nada en este momento, como no fuera un ciempiés sin salida». Tan confiado estaba en el éxito del alzamiento que hicieron planes para su huida su hermano Fernando y el diputado de la CEDA por Toledo y muy amigo suyo, José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde. A tal fin, el 14 de julio Mayalde logró introducir dos pistolas en la celda aunque el intento de fuga se aplazaba constantemente, en parte por la convicción de que el éxito de la sublevación aseguraría su libertad. Al enterarse de la muerte de José Calvo Sotelo el día 13 de julio, José Antonio mandó a Mayalde a Pamplona con una imperiosa carta en la que le pedía a Mola que se diese prisa en iniciar la sublevación. Escribía: «Tiene el carácter de apelación suprema. Estoy convencido de que cada minuto de inacción se traduce en una apreciable ventaja para el gobierno». También le pidió a Mayalde: «Y además le dices que si él no se decide e inicia el Movimiento, lo iniciaré yo desde aquí». De hecho, cuando llegó a Pamplona Mayalde le comunicó Mola que ya había enviado un oficial a Alicante para dar las órdenes para el levantamiento[118]. Informado por dicho oficial de la fecha exacta del alzamiento, José Antonio redactó un manifiesto, con fecha 17 de julio de 1936, en el cual expresaba la participación sin reservas de Falange en la rebelión. Pasó los días anteriores al estallido de la guerra ordenando sus numerosos papeles y haciendo las maletas, con la certeza, evidentemente, de que el golpe tendría éxito en Alicante y que pronto dejaría la cárcel. La

noche del 17 de julio, los dos hermanos Primo de Rivera tomaron un vino con los otros 27 falangistas de la cárcel, y José Antonio brindó por el triunfo del alzamiento. Al día siguiente, las primeras noticias recibidas de la rebelión militar provocaron cierta euforia en él. Debido a ello se sintió lo bastante confiado para mandar a su hermana a Carmen, a su cuñada Margarita y a su tía María Jesús a Alcoy con instrucciones para la Falange local. A la vuelta fueron arrestadas y más tarde procesadas con él. Pronto se puso de manifiesto que el gobernador militar de la plaza, el general José García Aldave, no se había sublevado y la izquierda alicantina había tomado el poder. Esto supuso un duro golpe para José Antonio, quien temía, no sin razón, que una turba izquierdista asaltase la prisión. Él y Miguel empezaron a quemar papeles comprometedores. Después, en un atlas de la biblioteca de la cárcel siguió ansiosamente el progreso de las columnas africanas de Franco[119].

La aparente transformación experimentada por José Antonio a lo largo de los siguientes cuatro meses daría pie a la idea, posteriormente muy extendida, de que podría haber sido la gran oportunidad perdida para reconciliar ambos bandos en la guerra civil española. Esta noción se basaba, primero, en el hecho de que en la cárcel de Alicante, después del fracaso inicial del pronunciamiento del 18 de julio, y más todavía, después de que fuese condenado a muerte, expresaba su interés en la reconciliación; segundo, en la suposición de que no podría haber convivido políticamente con Franco, y, tercero, en la muy exagerada simpatía que Prieto y él sentían el uno por el otro. El 9 de agosto de 1936, José Antonio escribió al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, solicitándole una audiencia. Martínez Barrio envió un intermediario, a quien José Antonio imploró, sin éxito, que le mandara a la zona nacional para obrar y poner fin a la guerra. Dio su palabra de honor de que si se le liberaba con vistas a esa misión, regresaría después a la cárcel, lo que constituía un reconocimiento implícito, cuando no cínico, de la legalidad republicana. Dadas las circunstancias, las autoridades republicanas no pudieron aceptar su sugerencia. De todos modos, Martínez Barrio estaba convencido, y con razón, de que una misión de paz, aunque fuera encabezada por el jefe

nacional de la Falange, habría influido bien poco en los militares rebeldes[120].

Qué habría hecho José Antonio para poner límites al comportamiento sangriento de la Falange durante la guerra de haber tenido éxito alguna de sus tentativas de fuga, o si hubiese logrado llegar a la zona nacional en los primeros días de la contienda (téngase en cuenta que cuando se le mandó de Madrid a Alicante, otros de sus compañeros de cautiverio fueron enviados a Huelva y a Vitoria, que pronto se encontraron en manos de los sublevados), es pura especulación. El que hubiese dirigido las actividades terroristas de la primera línea falangista durante la primavera de 1936, así como el episodio narrado por Ridruejo, siembran serias dudas en cuanto a que hubiera puesto objeciones a una Falange muy inflada de nuevos reclutas, utilizada como instrumento del terror estatal que aniquilaba a los elementos de la izquierda en la zona nacional. Parece razonable suponer, de todos modos, que habría visto con disgusto la subsiguiente incorporación al Movimiento Nacional, la claque burocrática de Franco. Además, es difícil creer que a José Antonio le hubiese complacido ver cómo Falange Española y de las JONS, una vez convertida en Falange Española Tradicionalista y de las JONS, se deterioraba hasta transformarse en una organización parásita cuya función primordial era buscar para sus afiliados puestos y prebendas en la Organización Sindical y otras entidades estatales. Sin embargo, existen pocas evidencias de que habría podido hacer algo para detener la orgía de matanzas en que se vio rápidamente envuelta la Falange.

Probablemente con la esperanza de sembrar la discordia en el campo franquista, Prieto envió copias de los escritos de José Antonio a sus dos albaceas, Ramón Serrano Suñer y Raimundo Fernández-Cuesta[121]. La supuesta simpatía entre Prieto y Primo de Rivera se basaba en tres débiles premisas: la primera, su famoso apretón de manos en junio de 1934; la segunda, el que, estando encarcelado en Madrid, Primo de Rivera escribiera un artículo en respuesta al famoso discurso pronunciado por Prieto el 1 de mayo de 1936, durante la campaña electoral de Cuenca. Finalmente, a mediados de agosto de 1936, el que Prieto interviniese para evitar que José Antonio, su hermano, Miguel, y su cuñada, Margot, fueran fusilados sin

juicio por el revolucionario Comité de Orden Público de Alicante. El gobernador civil descubrió un plan para, con la excusa de trasladarles de Alicante a la cárcel de Cartagena, asesinarles en el camino. Por mediación de Prieto, un prestigioso socialista local, Antonio Cañizares, logró convencer al Comité de Orden Público de que desistiera de este proyecto. En consecuencia, se nombraron nuevos y más eficientes oficiales de prisión, quienes descubrieron el 16 de agosto las pistolas suministradas por Mayalde. Los hermanos alegaron que habían sido colocadas por otros[122].

El artículo de José Antonio, titulado «Prieto se acerca a la Falange», fue publicado en la revista falangista *Aquí Estamos*, de Palma de Mallorca, el 23 de mayo. Prieto no lo leyó hasta después de la muerte de José Antonio, y cuando finalmente escribió una respuesta, a finales de diciembre de 1938, lo hizo argumentando que, lejos de «acercarse a la Falange», no había dicho nada que no viniera diciendo en los últimos veinticinco años. De todos modos, el líder socialista se sintió lo bastante conmovido por el artículo de José Antonio como para escribir: «Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fuesen fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ser ventiladas en el campo de batalla.»[123]

Que el propio Prieto considerase que José Antonio podría haber sido un serio inconveniente para Franco indica por qué se hizo tan poco en Salamanca para facilitar los intentos de salvarle de la ejecución. Una vez muerto, por supuesto, Franco no tendría escrúpulos en permitir que su fin fuera considerado un martirio, lo que serviría como instrumento para atraer a las masas. El hombre que una vez dijo «Nosotros queremos una España alegre y faldicorta», difícilmente habría sido del agrado de Franco[124] Su ejecución fue un grave error por parte de la República[125].. Dado que llevaba encarcelado desde mediados de marzo, cuatro meses antes del levantamiento militar, hasta cierto punto se le juzgaba tanto por lo que se suponía que habría hecho si hubiese tenido la libertad para ello como por su innegable participación en la preparación de la rebelión.

Se llegó a considerar la posibilidad de un intento de fuga o un canje de prisioneros. Aunque esto último, claramente arriesgado, fue finalmente desestimado, se discutió la idea de un intercambio de José Antonio por el hijo del primer ministro republicano Francisco Largo Caballero[126]. Varios nacionalistas prominentes cruzaron las líneas de fuego. Raimundo Fernández-Cuesta, amigo íntimo de José Antonio, fue oficialmente canjeado por una figura republicana menor, Justino de Azcárate. Miguel Primo de Rivera lo fue por el hijo del general republicano Miaja. Entre los fugados más destacados se encontraba otro amigo íntimo de José Antonio, Ramón Serrano Suñer. Obviamente, dada la importancia de José Antonio Primo de Rivera, su salida o su fuga habrían sido complicadas. De todos modos, hubo intentos de liberarlo, el primero de los cuales fue llevado a cabo por grupos aislados de falangistas alicantinos. A principios de septiembre, cuando los alemanes habían empezado a ver la Falange como el componente español de un futuro orden político mundial, se realizaron esfuerzos más serios, en gran medida bajo los auspicios del cónsul alemán en Alicante, Hans Joachim von Knobloch. El 17 de septiembre, un grupo de falangistas encabezado por el primo de José Antonio, Agustín Aznar, de veinticuatro años, llegó en un barco torpedero alemán. Sin embargo, sus planes de dar un «golpe de mano» se cambiaron por un intento de sacar de la cárcel a Primo de Rivera mediante sobornos, plan que falló cuando Aznar fue descubierto y tuvo que escapar, lo que hizo a duras penas. En octubre, Von Knobloch y Aznar continuaron sus esfuerzos, pero tropezaron con un apoyo menos que entusiasta por parte del recientemente nombrado jefe del Estado[127].

Esto apenas resultó sorprendente. Franco necesitaba la Falange, y no sólo como un medio para la movilización política de la población civil, sino como una forma de crear una identificación espuria con los ideales de sus aliados alemanes e italianos. Si el carismático José Antonio Primo de Rivera hubiese aparecido en Salamanca, habría sido bastante más difícil para Franco dominar y manipular a su antojo a la Falange. Cierto es que sus decepcionantes encuentros con Franco anteriores a la guerra, así como el que conociese personalmente a muchos generales, hacían que José Antonio

fuese cauteloso ante una cooperación excesiva con el Ejército, por miedo a que la Falange fuera utilizada, sencillamente, como carne de cañón o como adorno político en la defensa del viejo orden. Su última entrevista la concedió al periodista americano Jay Allen, el 3 de octubre de 1936, y fue publicada seis días después en *The Chicago Daily Tribune*. En ella el líder falangista explicaba en términos de afrenta que la defensa de los intereses oligárquicos había impedido las ambiciones retóricas de su partido de promover cambios sociales. También le comentó a un incrédulo Jay Allen que no podía probarse que hubiese sido responsable de la violencia política desatada en Madrid[128]. Los nacionales, en su opinión, «echarán a España por el abismo». Aun considerando la posibilidad de que José Antonio exagerara sus metas revolucionarias para obtener el favor de sus carceleros, el choque implícito con los planes políticos de Franco resultaba claro. Jay Allen descubrió que la actitud del líder falangista era todo menos conciliadora, y se sintió obligado a poner fin a la entrevista «debido a las sorprendentes indiscreciones de Primo[129]».

En el proceso que se siguió contra él, José Antonio Primo de Rivera negó que hubiera desempeñado papel alguno en los preparativos de la sublevación. En las circunstancias de la guerra civil española, poca duda cabe de que su participación activa en la coordinación de la contribución falangista al alzamiento justificaba que se le acusara, junto con su hermano Miguel y su cuñada Margot, de conspiración y rebelión militar. El procedimiento judicial comenzó el 3 de octubre de 1936. El 16 de noviembre, los hermanos aparecieron delante de un Tribunal Popular, con tres magistrados y un jurado de catorce miembros con derecho a hacer preguntas a los acusados y a los testigos. En tales casos de rebelión contra el poder constituido se aplicaba el Código de Justicia Militar, lo que significaba, en caso de un veredicto de culpabilidad, el pelotón de fusilamiento. Luchando para salvar su vida, José Antonio respondía evasivamente al interrogatorio del fiscal. Cuando se le preguntó por sus conexiones con los monárquicos en los preparativos del levantamiento, contestó que él jamás habría colaborado con grupos a los que había combatido durante los últimos dos años —lo que, en vista de sus contactos

con Goicoechea, era mentira—. Como respuesta a una pregunta respecto a su participación en la preparación de un levantamiento falangista en Alicante, dijo que le habría sido difícil conspirar en la cárcel ya que había siempre tantos visitantes —lo que constituía una evidente distorsión de la verdad—. Preguntado por un miembro del jurado (Ortega), negó que la Falange hubiera planeado jamás atentado alguno o que él mismo tuviera alguna responsabilidad por la participación en la sublevación de la Falange en Alicante. Frente a otro (Doménech), alegó que la Falange colaboraba con los militares en la zona rebelde porque él estaba encarcelado —lo que implicaba que, de estar en libertad, lo habría impedido—. El 16 de noviembre, al leer las conclusiones de la defensa, alegó que la Falange era una organización lícitamente constituida, y volvió a negar cualquier responsabilidad por los actos de violencia de ésta, así como participación personal, en la preparación del golpe militar del 18 de julio. Tras deliberar durante dos horas, los tres magistrados volvieron y sometieron 26 preguntas a la consideración del jurado. Se retiró éste. Después de repasar los testimonios y discutir el caso durante cuatro horas, regresó a las dos y media de la madrugada del 18 de noviembre, emitiendo un veredicto de culpabilidad. Los tres magistrados accedieron a la petición del fiscal de pena de muerte para José Antonio Primo de Rivera, reclusión perpetua para Miguel Primo de Rivera y seis años y un día para Margarita Larios. Terminó el juicio a las tres de la madrugada. El gobernador civil de Alicante, el comunista Jesús Monzón, intentó demorar la ejecución. Sin embargo, antes de que el Consejo de Ministros pudiera pedir un indulto o la conmutación de la pena, el Comité de Orden Público local ordenó que se aplicara la sentencia el día 20 de noviembre por la mañana. José Antonio pasó los días 18 y 19 escribiendo su testamento político además de muchas cartas de despedida a sus amigos y camaradas, todo ello redactado con dignidad, coraje y serenidad. Fue fusilado en el patio de la cárcel de Alicante a las seis y media de la madrugada del 20 de noviembre de 1936[130].

Testigos presenciales indican que murió con valentía y honor[131] La noticia de la ejecución llegó al cuartel general de Franco poco después[132]

El general utilizaría todas y cada una de las oportunidades de propaganda provistas por la eterna ausencia del héroe que ya no podría ser una presencia incómoda[133].Durante dos años, al menos públicamente, se negó a creer que José Antonio hubiese muerto. El líder falangista era más útil «vivo» para los planes políticos del Generalísimo. Mientras que la dirección provisional de la Falange albergara la esperanza de que seguía con vida, no haría nada para crear un liderazgo alternativo. Usando la expresiva metáfora teatral de Herbert Southworth, los decorados, el vestuario, la escenografía y la puesta en escena de la FE y de las JONS fueron robados para enmascarar la pobreza doctrinaria del franquismo. Ciertos escritos de Primo de Rivera fueron suprimidos y su designado sucesor, Manuel Hedilla, encarcelado bajo pena de muerte. Una vez aceptada oficialmente la desaparición de José Antonio, Franco utilizó el culto del ausente para dominar a la Falange.

La ejecución de José Antonio Primo de Rivera fue una contribución significativa a la seguridad política de Franco. Si Primo de Rivera hubiese llegado a Salamanca después de la experiencia traumática de su juicio, es posible que hubiera hecho lo posible para detener la matanza. Los meses en prisión, las conversaciones con sus carceleros, el derramamiento de sangre de la guerra y la sombra amenazadora de su propia ejecución habían suavizado la violenta figura de tan sólo cuatro meses antes. Estaba abierto a la idea de una reconciliación nacional de un modo que Franco nunca estaría. Su testamento incluía la frase «Ojalá fuera mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles[134]». En sus últimos días en la cárcel hacía esquemas sobre los posibles ministros y políticas de un gobierno de «concordia nacional», cuyo primer acto habría sido una amnistía general. Su actitud hacia Franco quedó claramente revelada en sus comentarios sobre las implicaciones de una victoria militar, que en su opinión sólo consolidaría el pasado. Veía tal victoria como el triunfo de «un grupo de generales de honrada intención, pero de desoladora mediocridad política. Puros tópicos elementales (orden, pacificación de los espíritus…). Detrás: 1) el viejo carlismo intransigente, cerril, antipático; 2) las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas; el capitalismo agrario y financiero, es decir: la clausura en unos años de toda posibilidad de

edificación de la España moderna[135]». Por otra parte, en su testamento rehusó condenar a los militares por lo hecho desde el alzamiento[136].

Si José Antonio se hubiese salvado, la explotación por Franco de la Falange como base política habría sido bastante más difícil. Cuál hubiese sido el papel de su amigo Serrano Suñer —principal consejero político de Franco— si José Antonio hubiera vivido, sigue siendo una interesante pregunta. Sin embargo, es suponer demasiado creer que Franco no se habría deshecho de Primo de Rivera del modo en que se deshizo de tantos rivales. Como José Antonio le dijo a Jay Allen: «Sólo sé que si este movimiento gana y resulta ser nada más que una reacción, retiraré mi Falange y […] probablemente volveré a estar en ésta o en otra cárcel dentro de pocos meses.»[137] No obstante, la ejecución de José Antonio Primo de Rivera fue un enorme error político para la República. El juicio en sí no fue ilegal, sino un consejo de guerra que siguió el debido proceso, y tras encontrar a José Antonio Primo de Rivera culpable de rebelión, le condenó a muerte. La condena pasó a la Corte Suprema y fue confirmada. Sin embargo, fue ejecutado antes de que el gabinete diera la aprobación final. El primer ministro republicano, Francisco Largo Caballero, así como todos los miembros de su gobierno, se sintieron ultrajados[138]. El presidente de la República, Manuel Azaña, intervino en balde para salvar la vida del líder falangista[139].

José Antonio no puede ser enjuiciado por lo que se hizo con su memoria después de su muerte. Aún menos puede juzgársele sobre la base de lo que muchos de sus seguidores hicieron en servicio de Franco. Parafraseando una vez más a Herbert Southworth, vendieron sus acciones en los ideales de Falange Española a cambio de pensiones vitalicias de Franquismo, S. A. La política española entre 1937 y 1942 contiene amplia evidencia de que considerar a José Antonio como la gran oportunidad perdida es subestimar la astucia y la crueldad de Franco. En este sentido, si bien los comentarios de Prieto anteriormente citados pueden ser válidos como valoración de la humanidad de José Antonio, deben verse a la luz tanto del contexto político en que fueron escritos, como de las enormes dificultades con que José Antonio habría topado si se hubiera opuesto a Franco. La Falange que había

sido engendrada en los primeros meses de la guerra tenía poco que ver ya con José Antonio. En los ocho meses desde su arresto, la caravana había continuado su camino. Es imposible saber qué autoridad habría tenido entre sus seguidores de antaño, y, de haberla tenido, si Franco le habría permitido ejercerla.

4. PILAR PRIMO DE RIVERA.

EL FASCISMO Y LOS ARREGLOS FLORALES

PILAR PRIMO DE RIVERA

EL FASCISMO
Y LOS ARREGLOS FLORALES.

Pilar Primo de Rivera y Sáenz de Heredia es una de las figuras más duraderas y menos conocidas del régimen de Franco. Como hermana del fundador del partido fascista español, la Falange, y cabeza de su Sección Femenina durante cuarenta años, ejerció un considerable poder dispensando —o no— legitimidad a aquellos falangistas que luchaban por el poder dentro del partido único estatal del Caudillo. En efecto, su aceptación del liderazgo del general Franco en 1937 fue un importante pilar para la pervivencia en el poder de éste durante muchos años, ayudando así a desviar gran parte del descontento doméstico interno hacia su régimen. Sin embargo, la influencia de Pilar fue más allá de la política de las facciones. Dentro del amplio y adaptable Movimiento, como líder de la organización de mujeres del régimen, la Sección Femenina, desempeñó un importante papel formativo en la vida de millones de mujeres durante dos generaciones. No utilizó su enorme poder social para su propio engrandecimiento, sino para guiar a la Sección Femenina en la educación de las mujeres dentro de los valores católicos tradicionales, la crianza de los niños y el buen mantenimiento del hogar para los viriles maridos falangistas. El que se la conociese relativamente poco era consecuencia

directa de su forma modesta de utilizar el mando. Pero el que subestimara su propio papel no era signo de debilidad. Como heredera de su hermano se guiaba por un firme sentido de destino y era tenaz en la defensa de lo que consideraba su legado. Las razones por las que llevó a cabo su labor con tal fuerza hay que buscarlas, inevitablemente, en su propio pasado familiar.

Los primeros años de vida de Pilar discurrieron en un entorno de profunda mortalidad. Ella y su hermana gemela, Ángela, nacieron en Madrid el 4 de noviembre de 1907, hijas de Casilda Sáenz de Heredia y del coronel Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, dictador de España entre 1923 y 1930. El primer hijo del matrimonio, José Antonio, había nacido en 1903; el segundo, Miguel, quince meses más tarde, y el tercero, Carmen, un año después. Casilda se hallaba severamente debilitada por el dificultoso y doloroso parto de las gemelas. A pesar de que contaba con la ayuda de nodrizas, se vio obligada a enviarlas a Jerez para que las cuidase su abuela paterna, Inés Orbaneja, y las dos hermanas de su padre. Ella quedó con los tres mayores, mientras su marido permanecía en Algeciras, donde estaba destinado. Su ginecólogo le había advertido que si tenía otro hijo podía morir; sin embargo, en otoño de 1908, quedó de nuevo embarazada, ya que, como le contó a una amiga: «No sé cómo decírselo a Miguel, pues por mucho que el doctor Gutiérrez me haya casi sentenciado, con lo que nos queremos no podemos vivir como hermanos». Después de un embarazo durante el cual tuvo que trasladarse, con grandes dificultades, a Madrid para cuidar a su propia madre durante los últimos días de ésta, empezó el parto muy débil de salud[1]. Su hijo Fernando nació el 1 de junio de 1909, y Casilda murió de peritonitis el 9. La muerte de la madre, asociada con el nacimiento de un niño, afectó profundamente la futura vida de Pilar[2].

Pilar Primo de Rivera no recordaba a su madre[3]. Debido a que el padre estaba absorbido por su carrera militar, los seis niños fueron criados por su abuela, Inés, y sus dos tías, Inés y María Jesús, conocida esta última como Ma, una mujer serena y sencilla que dedicaba su vida a los hijos y nietos de su hermano[4]. Pilar y su hermana gemela contrajeron el sarampión en 1912, a consecuencia de lo cual, Ángela, siempre enfermiza, murió. Poco después, también falleció su abuela. Privada de madre y criada en un ambiente

severo y sombrío, Pilar fue una niña seria. La familia Primo de Rivera era profundamente religiosa, iba cada día a misa y rezaba reunida el rosario. Pilar pasó gran parte de su infancia con una institutriz inglesa. Cuando alcanzó el grado de general, su padre se convirtió en una figura aún más distante. Ella y sus hermanos apenas le veían, y siempre que lo hacían le trataban formalmente de «usted» y le llamaban «padre», según costumbre de las clases altas. Cariñoso cuando les veía, la principal preocupación del general respecto a sus hijos era que compartieran su intenso patriotismo. Además, impuso una rutina militar, colgando en la entrada de la casa una lista de obligaciones en la que estaban escritos los horarios para levantarse, estudiar, comer y dormir[5].

Imbuida de un estricto sentido del deber y de la jerarquía, Pilar veneraba a su padre. Cuando éste murió en el exilio, en 1930, trasladó su afecto a su hermano mayor, José Antonio, conocido pronto como fundador del partido fascista español, la Falange Española. Ya adulta, Pilar dedicó su vida a la creación, el desarrollo y la administración de la Sección Femenina del partido. Ésta fue exclusivamente femenina, pero con una ideología implícitamente antifeminista que abogaba por la sumisión de las mujeres españolas a los hombres guerreros, lo que reflejaba la influencia de su propio pasado familiar. Existe una fotografía de familia ampliamente reproducida, tomada en la década de los veinte, que nos da algunos indicios de lo anteriormente mencionado. El retrato, rígido y algo artificial, presenta al dictador y a sus tres hijos de pie en fila, con Carmen, Pilar y tía Ma sentadas delante de ellos; las tres mujeres posan recatadamente, con los pies cruzados y las manos cruzadas sobre las rodillas, y su etérea delicadeza es posible gracias al muro protector de los hombres[6]. Una vida entera dedicada a la defensa de la idea de que las frágiles mujeres estaban subordinadas a los hombres, fuertes y creativos, y, en el mejor de los casos, eran auxiliares de ellos, sugiere una extensión a la arena política de los valores conservadores ejemplarizados por la familia Primo de Rivera.

La trayectoria de la vida pública de Pilar da idea de la influencia de sus traumáticas experiencias infantiles. Manifestaba una serie de características que implicaban un rechazo de la sexualidad adulta, así como de la

maternidad. Y Pilar estaba lejos de no ser atractiva: poseía unos ojos redondos, de mirada triste y algo cohibida, y el atractivo porte de su hermano mayor. Además, hay unanimidad sobre su amabilidad y su simpática timidez. Al mismo tiempo, le obsesionaba la higiene personal, lo que tal vez esté relacionado con el trauma que le produjo la muerte de su madre como consecuencia de los partos muy seguidos o el temprano fallecimiento de su hermana gemela. La mayor parte de las veces, llevaba el sencillo y práctico uniforme de la Sección Femenina, consistente en falda y camisa azul. Fuera de la atención pública, era notorio entre sus amigos su falta de gusto en el vestir, y a medida que fue envejeciendo adoptó un estilo deliberadamente anticuado, luciendo las consabidas perlas. Tal era el legado de su huida de las normas aplicadas a la mujer durante su juventud, dominadas por el convencionalismo de buscar marido. Estas características, unidas a su aparente celibato y su voz infantil, sugerían un rechazo de las relaciones carnales heterosexuales, quizá a causa del triste destino de su madre. Incluso en la cima de su carrera política, se ocupó de sus deberes con un estilo algo casero, que muchos consideraban simpático, prueba de su sinceridad y de su falta de ambiciones personales[7].

Cariñoso cuando les veía, la principal preocupación del general Primo de Rivera respecto a sus hijos (en la foto, con la tía Ma) era que compartieran su intenso patriotismo.

José Antonio Primo de Rivera, la figura más carismática de la extrema derecha.

Manuel Hedilla Larrey (en la foto, en un mitin en Santander, a la izquierda de Primo de Rivera), cabeza provisional de la Falange en ausencia de José Antonio en los primeros meses de la guerra.

En épocas menos rígidas, es de suponer que Pilar habría llevado una vida tranquila, sobre cuya dimensión sexual no puede especularse fácilmente. De hecho, en el conflictivo ambiente de la Segunda República y de la guerra civil española se convirtió en una figura de proyección nacional cuyas ideas eran útiles para el cometido de los reaccionarios vencedores de

la contienda. En esa época, José Antonio Primo de Rivera era la figura más carismática de la extrema derecha. El 29 de octubre de 1933 fundó el partido fascista Falange Española en el celebrado acto del teatro de la Comedia, en Madrid. Pilar asistió al evento acompañada de su hermana mayor, Carmen, y de sus primas Inés y Dolores. Al oír hablar a su hermano, decidió dedicar su vida a la Falange. Dado que José Antonio era inicialmente reacio a admitir mujeres debido a los peligros que entrañaba, Pilar y otras chicas de la alta sociedad que se sentían atraídas por las ideas de la Falange, se incorporaron primero a su sección de estudiantes, el SEU. En junio de 1934, se fundó la Sección Femenina, y la misma Pilar fue designada su primera jefe nacional. Oficialmente, la Sección Femenina atendía la infraestructura para ayudar a los miembros del partido que estaban en prisión y a las familias de aquellos muertos en disturbios callejeros. Sus miembros también acudían a los juicios a falangistas acusados de infringir el orden público y de provocar desórdenes. Confeccionaban brazaletes y banderas, y actuaban como secretarias portadoras de mensajes. Sin embargo, la función real de las mujeres en este período consistía en recaudar fondos para las actividades violentas de las bandas callejeras. En sus últimos años, la propia Pilar Primo de Rivera reconoció en una entrevista que las mujeres desempeñaron el papel de «auxiliares» de los hombres, cuyas pistolas a menudo escondían entre sus propias ropas. No obstante, en sus memorias sólo reconoció que cuando los hombres eran encarcelados por sus actividades terroristas, las mujeres se encargaban, en sus visitas, del bienestar de los prisioneros, así como de las actividades caritativas para con sus familias, de recaudar fondos y de organizar campañas de propaganda por todo el territorio español[8].

Pilar dedicó su vida a la Sección Femenina, y el espíritu con que dirigió la organización provenía de las palabras pronunciadas por su hermano el 28 de abril de 1935 en Don Benito (Badajoz) a una treintena de seguidoras. Se imprimieron rápidamente panfletos de su planteamiento sobre la posición subordinada de las mujeres dentro de la Falange, que fueron distribuidos a los jefes provinciales con instrucciones de que se repartieran lo más rápido posible para dar a conocer la línea política del partido al respecto. José

Antonio sostenía que la Falange tenía una particular afinidad con las mujeres, porque rechazaba tanto las lisonjas como el feminismo. Declaró:

> Nosotros sabemos hasta dónde cala la misión entrañable de la mujer, y nos guardaremos muy bien de tratarla nunca como tonta destinataria de piropos. Tampoco somos feministas. No entendemos que la manera de respetar a la mujer consista en sustraerla a su magnífico destino y entregarla a funciones varoniles […]. El hombre —siento, muchachas, contribuir con esta confesión a rebajar un poco el pedestal donde acaso le teníais puesto— es torrencialmente egoísta; en cambio, la mujer casi siempre acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea[9].

Ciertamente, Pilar lo hizo. Al principio, ella y otras mujeres de la Sección Femenina, diminuto grupo en un pequeño partido, aceptaron de buen grado una posición subordinada, dedicándose a confeccionar camisas azules falangistas y a bordar el emblema del yugo y las flechas rojas, a recolectar dinero en los mítines políticos, a escribir y cerrar sobres y a vender jabón para proporcionar algunos ingresos al partido. A principios de 1936, consiguió un coche, y conduciendo primero su pequeño Morris y, más tarde, viajando en tren de segunda clase (no tan espartana como la tercera ni tan lujosa como la primera) llevó la Sección Femenina a las provincias de Andalucía, Castilla y el norte. En primavera tenía alrededor de dos mil miembros en dieciocho secciones provinciales. El 14 de marzo de 1936, después del intento de asesinato del socialista Luis Jiménez de Asúa, José Antonio Primo de Rivera fue encarcelado y la Falange declarada ilegal. Como respuesta a esta nueva situación, Pilar organizó a las integrantes de la Sección Femenina en una red de mensajeras que mantuvieron el contacto entre su hermano y los líderes también encarcelados y aquellos miembros de la jerarquía falangista que permanecían en libertad. De hecho, aunque su hermano estaba en prisión, se permitió que la Falange actuara como organización legal hasta el 31 de mayo de 1936. Así, las mujeres de la Sección Femenina pasaron a máquina, copiaron y distribuyeron entre las bases y las guarniciones de todo el país la «Carta a los Militares de España», de José Antonio. Escrita el 4 de mayo, era un llamamiento al Ejército a levantarse contra la República[10].

Mercedes Sanz Bachiller (arriba), *la impulsiva viuda de uno de los fundadores del fascismo español, Onésimo Redondo* (derecha).

La Falange fue decapitada con la ejecución de José Antonio Primo de Rivera el 20 de noviembre de 1936 (mono azul usado por José Antonio durante su permanencia en la cárcel de Alicante).

El estallido de la guerra civil el 18 de julio de 1936 la sorprendió en Madrid, en la zona republicana. Antes del levantamiento militar, ya había estado escondida porque le habían advertido que su nombre figuraba en la lista negra de derechistas condenados a muerte por los comunistas[11]. Sin embargo, convencida de que el levantamiento nacionalista triunfaría en

cuestión de días, el poco tiempo que faltaba para ello lo dedicó haciendo camisas azules falangistas a fin de que los milicianos del partido las lucieran en el recibimiento multitudinario a los victoriosos militares rebeldes. A mediados de agosto, estaba claro que no iba a tratarse de una victoria fácil. Además, como la Falange había sido desmantelada por las autoridades republicanas, la Sección Femenina organizó el Auxilio Azul, una red que se encargaba de buscar escondites, falsas identidades y comida para falangistas y otros derechistas fugados.

La misma Pilar era tan bien conocida que tenía que mantenerse oculta en casa de varios amigos hasta que lograra refugiarse en la embajada argentina. Fue entonces cuando conoció la devastadora noticia de la muerte de su hermano menor, Fernando, en la cárcel Modelo de Madrid el 23 de agosto. Finalmente, con la ayuda de las embajadas argentina y alemana, logró escapar. Disfrazada de esposa argentina de un súbdito de Alemania y con pasaporte de este país, llegó a Alicante acompañada de Rosario Urquijo, esposa de su hermano asesinado, Fernando, y sus dos hijos, Miguel y Rosario, y embarcó en el *Graf Spee*, que la llevó a la zona franquista del sur. Su importancia como hermana del líder fascista de España justificaba la buena disposición alemana para ayudarla. Era tal su sentido de sumisión y servicio, que se pasó el viaje lavando, remendando y planchando los uniformes de los marineros[12]. Una vez en zona nacional, se estableció por poco tiempo en Sevilla, antes de trasladarse a Salamanca, en noviembre de 1936, a causa de su mayor importancia política. Los contactos de su familia y la ausencia de su hermano José Antonio —encarcelado en la prisión republicana de Alicante—, hicieron que adquiriera rápidamente una posición de autoridad moral en los círculos falangistas. Sin embargo, y de modo significativo, cuando contactó con los falangistas que intentaban organizar el rescate de José Antonio, les recomendó que contactaran con Agustín Aznar, el prometido de su prima Dolores Primo de Rivera y Cobo de Guzmán. Se trataba de un acto típico de ella, ya que era el «único hombre de la familia». Aznar era jefe de Primera Línea de las milicias falangistas[13].

Ya en Salamanca, con la ayuda de su amiga íntima, Marichu de la Mora, se reincorporó a su puesto de jefe nacional de la Sección Femenina y nombró a Marichu secretaria nacional provisional[14]. Como el resto de la Falange, la Sección había aumentado, en su caso de cerca de dos mil miembros antes de la guerra a casi cincuenta mil. Asumió la organización de sus integrantes como enfermeras en el frente, secretarias para la Falange y para importantes oficiales del Ejército, cocineras y lavanderas para las fuerzas militares y costureras que confeccionaran uniformes militares y falangistas. Para eso, siempre fue escrupulosamente cuidadosa a la hora de pedir permiso a las autoridades militares y a Manuel Hedilla Larrey, cabeza provisional de la Falange en ausencia de su hermano. Hedilla había sido elegido jefe de la Junta de Mando Provisional, creada en Valladolid a principios de septiembre[15].

Esta última función ya había sido asumida fuera de la Sección Femenina por Mercedes Sanz Bachiller, la impulsiva viuda de uno de los fundadores del fascismo español, Onésimo Redondo[16]. A pesar de tener tres hijos pequeños, la enérgica Mercedes Sanz trabajó infatigablemente en su papel de jefe provincial de la Sección Femenina en Valladolid. Como tal, estaba subordinada a Pilar Primo de Rivera, pero en ausencia de ésta llevó a cabo iniciativas de su propia responsabilidad. Inmediatamente después de la muerte de su marido el 24 de julio de 1936, Mercedes Sanz Bachiller se trasladó a los cuarteles generales de la Falange en Valladolid, la Academia de Caballería, para organizar la recolección y distribución de prendas de abrigo para los combatientes en primera línea. A finales de octubre de 1936, emulando a la nazi Winterhilfe, fundó el Auxilio de Invierno en Valladolid. Ciudad eclesiástica con fuertes tendencias derechistas, Valladolid había caído enseguida en manos de los militares rebeldes, y a causa de la salvaje represión a manos de los falangistas locales, la provincia estaba llena de miles de viudas y huérfanos. Mercedes Sanz organizó comedores para las víctimas de guerra, iniciativa en la que contó con la ayuda de Javier Martínez Bedoya, un jonsista que había sido cercano colaborador de Onésimo Redondo y que, tras estudiar en Alemania, admiraba muchos

aspectos del nazismo. A propuesta de la falangista hispanoalemana Clarita Staufer, se decidió copiar el nombre de la nazi Winterhilfe[17].

El 30 de octubre de 1936 se estableció en Valladolid el primer comedor, con la autorización del general Mola, bajo cuyo control Auxilio de Invierno se expandió pronto a otras provincias del norte[18]. La dinámica viuda de Onésimo Redondo parecía convencida de que podía desplazar a la aparentemente infantil Pilar Primo de Rivera del liderazgo del movimiento de mujeres en la zona nacional. Tal fue el éxito de la iniciativa de Mercedes Sanz Bachiller, que la recientemente llegada Pilar Primo de Rivera lo vio como un desafío a su autoridad. Pero su tímida apariencia ocultaba una obstinación tenaz. En sus memorias, extraordinariamente indirectas, se refiere a este «problema» y sólo dice que, enfrentada a las «dificultades» que ello representaba para la Sección Femenina, «había que usar mucha diplomacia, pero, al mismo tiempo, una tenacidad insobornable para poner las cosas en su sitio y devolver a cada cual su contenido[19]». A fin de que su advenediza rival no la aventajara, el 24 de diciembre de 1936 Pilar Primo de Rivera presidió la inauguración de un comedor en Sevilla, área donde su influencia era inmensamente mayor que la de Mercedes Sanz Bachiller. La rivalidad con ésta se manifestó de nuevo el 5 de enero con la apertura de otro comedor en Jerez que llevaba el nombre de Comedor Pilar Primo de Rivera[20].

En esta prolongada lucha por el poder, el peso del apellido Primo de Rivera, combinado con la obstinación de Pilar, determinó el balance final. Además de la subyacente rivalidad de la esposa de uno de los fundadores de las JONS con la hermana del fundador de Falange Española, existía una hostilidad más profunda. En primer lugar, la lucha de esta última para situar el Auxilio de Invierno de Mercedes Sanz Bachiller bajo su influencia, era comparable a la campaña que llevaban a cabo los seguidores «legitimistas» de José Antonio dentro del conjunto de la Falange para dominar a los elementos radicales de las JONS en Valladolid. A principios de enero de 1937, esa batalla vio cómo Aznar forzaba la renuncia de Andrés Redondo, quien había sido elegido jefe provincial por aclamación de una emocionada multitud durante el funeral de su hermano Onésimo. Andrés fue sustituido

por Dionisio Ridruejo[21]. La división entre falangistas y jonsistas se materializó dentro del grupo de mujeres por un comentario de Sanz Bachiller, que dijo: «Yo no siento esto de la Sección Femenina, esto de hacer política con mujeres solas.»[22]

Con objeto de hacer valer su autoridad sobre Mercedes Sanz Bachiller, Pilar visitó Valladolid el 9 de diciembre, acompañada de Manuel Hedilla, jefe provisional de la Falange. Poco después, el Auxilio de Invierno se incorporó formalmente al partido. En el I Consejo Nacional de la Sección Femenina, que tuvo lugar en Salamanca y Valladolid entre el 6 y el 9 de enero de 1937, Pilar Primo de Rivera anunció la creación de la Delegación Nacional de Auxilio de Invierno con ella misma de delegada nacional, y todas las jefes provinciales de la Sección Femenina como delegadas provinciales de Auxilio de Invierno. Aunque teóricamente quedaba bajo la jurisdicción de la Sección Femenina, Auxilio de Invierno era prácticamente independiente. A diferencia de la primera, esta última organización no era sólo de mujeres, y Martínez Bedoya —cuya relación con Mercedes Sanz Bachiller estaba convirtiéndose en algo más que colaboración política—, desempeñó un importante papel. Dada su amistad con Onésimo Redondo y su importancia en las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, Bedoya era objeto de considerable recelo por parte de Pilar. Además, había dejado la Falange en enero de 1935, junto con Ramiro Ledesma Ramos, en protesta por el creciente poder de José Antonio[23].

Martínez Bedoya reaccionó rápidamente para contrarrestar la acertada intervención de Pilar ante Hedilla. El 10 de enero de 1937, un día después de la clausura del Consejo Nacional de la Sección Femenina, visitó a Hedilla en Salamanca acompañado de Mercedes Sanz. Su propósito era sustituir a Pilar por ésta como delegada nacional y que Auxilio de Invierno fuera transferido de la jurisdicción de la Sección Femenina para convertirse en una rama separada de la Delegación de Falange Española y de las JONS. Consciente de la hostilidad del clan Primo de Rivera hacia él, persuadió rápidamente a Hedilla de que el nuevo movimiento podría ser de gran valor si era controlado de manera directa por la Junta de Mando de Falange. Según Bedoya, Hedilla estuvo de acuerdo y le nombró secretario nacional

de Auxilio de Invierno. Sin embargo, la considerable influencia ejercida por Pilar Primo de Rivera aseguró que Auxilio Social se mantuviera bajo la jurisdicción de la Sección Femenina[24]. En esa lucha por el poder y, de hecho, en el mantenimiento de su preeminencia sobre la Sección Femenina hasta su disolución después de la muerte de Franco, Pilar citaba las palabras de su hermano como textos religiosos. Su parentesco con José Antonio le dio legitimidad, y los escritos y los discursos de éste fueron elevados a la categoría de verdad fundamental. Todo indicaba que consideraba esta relación como una experiencia religiosa, como si su papel fuese una mezcla de María Magdalena y la Virgen María con respecto a Cristo/José Antonio.

La Falange fue decapitada con la ejecución de José Antonio Primo de Rivera el 20 de noviembre de 1936. Ante la posibilidad de una toma de poder por parte de Franco, se intensificaron las consiguientes rivalidades entre las tres principales facciones. Por un lado, existía el grupo radical fascista centrado en Manuel Hedilla. Luego, el grupo de monárquicos y católicos recién llegados, encantados de ver a toda la derecha unida bajo el liderazgo de Franco. Finalmente, hubo el grupo de familiares aristocráticos o amigos cercanos a José Antonio, conocidos como los legitimistas. Éstos habían aceptado la elección de Hedilla como jefe provisional sólo para mantener abierto el liderazgo hasta la vuelta de José Antonio Primo de Rivera. Ahora, conociendo la muerte de su fundador y la consiguiente amenaza de que el franquismo tomase el poder, su propósito era mantener vacante el puesto de jefe nacional hasta la llegada del amigo y albacea testamentario de José Antonio Primo de Rivera y secretario general de la Falange, Raimundo Fernández-Cuesta.

Con dos hermanos muertos, y el otro, Miguel, aún en una prisión republicana, Pilar adquirió considerable importancia como principal vínculo vivo con el fundador de la Falange. Esnobs sociales, ella y los otros legitimistas veían a los hedillistas como vulgares y proletarios. También le preocupaba que Hedilla pudiera ser fácilmente manipulado por Franco. Le visitó con frecuencia entre febrero y mediados de abril de 1937 y le dijo: «Ten cuidado, Hedilla. La Falange no debe ser entregada a Franco… ¡No la entregues!»[25] Serrano Suñer la calificó de sacerdotisa del grupo legitimista

que solía reunirse en su casa, en la plazuela de San Julián, en Salamanca, donde mantenía viva la llama sagrada de la memoria de su hermano. Falangistas de toda la zona nacional pasaban por allí para recibir sus instrucciones o transmitirle sus quejas sobre el modo en que Franco incumplía el legado de José Antonio[26]. Pilar se granjeó la antipatía de Franco por su oposición a la bandera real roja y gualda y a la Marcha Real, y por distribuir un panfleto pidiendo la bandera rojinegra de la Falange y su himno, *Cara al Sol*, como himno nacional. Cuando al Caudillo le llegaban algunas de las cosas que se decían de él en el apartamento de Pilar, se ponía furioso[27].

En la segunda mitad de abril de 1937, en Salamanca, el Generalísimo unió la Falange y otras fuerzas derechistas de antes de la guerra en un nuevo partido único, la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Después de algunas dudas Pilar colaboró con Franco porque, como señaló finalmente, comprendió que éste «tenía razón y había que ganar la guerra». Sin embargo, durante la compleja batalla de poder por el control de la Falange, su papel era curiosamente ambiguo: se maquinaban planes para hacerse con el poder de la Falange por parte de los legitimistas, que contaban con su aprobación[28]. Sin embargo, en el maquiavélico escenario manejado por el cuartel general de Franco, los legitimistas fueron derrotados por el grupo más proletario de Manuel Hedilla. Franco anunció la creación del movimiento, la citada Falange Española Tradicionalista y de las JONS, que unificaba la Falange con los carlistas y otras fuerzas de la derecha. Al llegar a este punto, Hedilla supuso que si el Caudillo se convertía en jefe nacional visible, él sería la cabeza de hecho del partido único como secretario general. Por lo tanto, su grupo, con el apoyo de Pilar y los legitimistas, rechazó desempeñar el papel subordinado que le había asignado Franco. Por entonces, Pilar estaba de viaje por Galicia y León con Marichu de la Mora. Cuando llegaron a Salamanca, Hedilla visitó a Pilar, quien le culpó de la unificación y le instó a asegurarse de que los ideales de la Falange fuesen salvaguardados. Cuando a Hedilla no se le ofreció más que un puesto en la nueva ejecutiva de la recién unificada FET y de las JONS, la Junta Política, en oposición a la posición de liderazgo a que él

aspiraba, Pilar le envió una nota pidiéndole que no aceptara. En sus memorias, sorprendentemente, ella se queja de que no sabía que su hermano hubiese muerto, por lo que contemplaba la unificación como algo prematuro. Hedilla rechazó el puesto y se vio envuelto en una abortada conspiración contra Franco, que le arrestó y condenó a muerte. Supuestamente para quedar bien con aquellos aún leales a Hedilla, Pilar intercedió ante Carmen Polo, esposa del Generalísimo, para asegurar la conmutación de la sentencia. Su gesto fue innecesario, dado que Serrano Suñer ya le había salvado la vida. Sus esfuerzos a favor de su primo político, José Luis de Arrese, fueron, en suma, más contundentes[29].

Inmediatamente terminada la lucha intestina en Salamanca, Mercedes Sanz y Javier Martínez Bedoya advirtieron que la posición de Pilar se había debilitado a causa de su actitud ambigua ante la unificación. Fueron a Salamanca, donde les recibió el capitán Ladislao López Bassa, oscura figura impuesta por Franco como secretario de FET y de las JONS para mantener un control vigilante sobre la política interna falangista. Primero le propusieron —y poco después lo hicieron a Ramón Serrano Suñer—, que el nombre de Auxilio de Invierno fuera cambiado por el de Auxilio Social y que la organización fuera una entidad separada dentro del nuevo partido único. La operación se llevó a cabo con éxito el 24 de mayo de 1937, con Bedoya como secretario general y Mercedes Sanz como delegada nacional, como parte de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, paralela y no subordinada a la Sección Femenina[30]. Los cambios relativos a Auxilio Social quizá fueran un castigo a Pilar por el papel poco claro que desempeñó durante las lóbregas maniobras del proceso de unificación. Se le pagó por apoyar al régimen prestándole su apellido, Primo de Rivera, con un puesto en el comité ejecutivo del nuevo partido unificado, su Junta Política, y también fue nombrada primer miembro del Consejo Nacional de FET y de las JONS creado por Franco el 19 de octubre de 1937. Sin embargo, era típico de Franco que Pilar fuera simultáneamente «castigada» con la consolidación del Auxilio Social y provista de una rival, Mercedes Sanz, para recordarle que podía ser expulsada en cualquier momento.

La Sección Femenina fue, probablemente, la única organización dentro de la Falange que permaneció tal y como había sido antes de la unificación. En parte porque como hermana de José Antonio, Pilar era intocable para el régimen mientras no se convirtiera en foco de oposición. De hecho, la sincera sumisión con que se dedicaba a adoctrinar a su propia organización hacía inverosímil tal probabilidad. No obstante, Franco y Serrano Suñer comprendieron pronto que necesitaban la garantía de legitimidad procedente del grupo de «camisas viejas» que pululaban en torno a Pilar. Se delegaron en Serrano Suñer las negociaciones con Pilar, Agustín Aznar, José Antonio Girón de Velasco, Fernando González Vélez y Dionisio Ridruejo. Con seductora astucia, así lo hizo Serrano en mayo y junio de 1937, convenciéndoles de que sólo colaborando con Franco había alguna posibilidad de realizar una importante parte del legado de José Antonio[31]. Convencidos de sus argumentos y, en cualquier caso, quizá buscando una figura masculina de autoridad que sustituyera a su padre y a su hermano, Pilar se puso de buena gana bajo la grey franquista. Por ello, puso su enorme autoridad como hermana de José Antonio al servicio de los esfuerzos de Franco por presentarse como el verdadero y legítimo sucesor de éste. Se liberó a los legitimistas aún encarcelados y se reservaron puestos clave —si bien simbólicos— para Pilar y Raimundo Fernández-Cuesta. Pilar alternó diligentemente falangistas y «margaritas» (carlistas) en todos los puestos más antiguos de delegadas nacionales, jefes provinciales y secretarias[32].

Pilar era consciente de que no podía luchar contra la autoridad de Franco por mucho que le doliese verle asumir el puesto de su hermano como jefe nacional. En cualquier caso, tuvo pocas dificultades en respetar la autoridad de un líder masculino que era, además, militar. Por otra parte, necesitaba del peso de la mayor autoridad de Franco para imponer la unidad en la otra vez creciente Sección Femenina. Como en toda la Falange, la incorporación de los carlistas, cuya organización femenina era conocida como «las margaritas», requirió considerable esfuerzo y energía por parte de Pilar. Fue una tarea que llevó a cabo con firme obstinación, determinada como estaba a presidir la expansión, y no la disminución, del legado de su

hermano[33]. Al mismo tiempo, la rivalidad entre Mercedes Sanz y Pilar permanecía latente y estallaba al primer signo de debilidad del bando contrario. El concepto de Mercedes Sanz de Auxilio Social, inspirado por una extravagante e idealizada noción del papel de la mujer en la Alemania nazi, predicaba la movilización de las de su sexo. Las ideas de Pilar reflejaban las de su hermano, más influenciadas por el fascismo italiano que por el nazismo y, en realidad, más aún por las aristocráticas tradiciones de caridad. El trabajo vital de Pilar tendía más bien a instar a las mujeres a que regresaran al hogar.

Sin embargo, en 1937, las circunstancias bélicas favorecieron a Mercedes Sanz. Aparte de los comedores originales, había necesidad de mayores esfuerzos a medida que las principales ciudades eran ocupadas. La magnitud de la gran dislocación social ocasionada por la guerra superaba la capacidad de la Sección Femenina. Para disgusto de Pilar, aumentó sustancialmente el número de tareas confiadas a Auxilio Social. Temerosos de que el entusiasmo de los voluntarios decayera, sobre todo después de la contienda, Martínez Bedoya y Mercedes Sanz empezaron a desarrollar la idea de un equivalente femenino al reclutamiento militar con el fin de cubrir los puestos necesarios para los servicios que ofrecían. A principios de otoño, Mercedes Sanz visitó a Franco con la intención de convencerle de la necesidad de tal servicio. El 11 de octubre de 1937 se creó el Servicio Social de la Mujer, bajo los auspicios del Auxilio Social. Éste reclutó a mujeres, que así prestaban sus servicios durante la guerra. Aunque en teoría se trataba de un servicio voluntario, era obligatorio cuando cualquier mujer aspiraba a un empleo en el servicio civil o a trabajar como maestra, si quería adquirir cualificación profesional en cualquier institución educativa y para obtener un pasaporte o el permiso de conducir. Había pocas excepciones: monjas, viudas o mujeres casadas con niños, la mayor de ocho hermanas solteras o mujeres que hubieran perdido a sus familias a manos de la izquierda durante la guerra civil española. Tales condiciones aseguraban que el Servicio Social fuese capaz de ejercer un alto grado de control social[34].

Pilar, que decidió utilizar su influencia para recuperar el terreno perdido, se resintió amargamente de este triunfo de Mercedes Sanz. Como último recurso, el pacto tácitamente concertado entre Pilar y Franco, favorecía significativamente al Caudillo. Sin embargo, su capitulación ante éste supuso también varios beneficios para ella, aunque, a diferencia de muchos jerarcas franquistas, nunca sacó provecho material de su situación, llevando una vida de gran sencillez y austeridad. La Sección Femenina y su tertulia constituían para Franco una inofensiva válvula de escape para aquellos «camisas viejas» decididos a mantener vivo el recuerdo de José Antonio. La negociación se llevó a cabo en el II Consejo Nacional de la Sección Femenina, llevado a cabo en Segovia y Ávila del 15 al 23 de enero de 1938. Se abrazó con entusiasmo la unificación, declarando que sólo el Ejército y Falange Española Tradicionalista y de las JONS tendrían algo que decir sobre los destinos de la patria. Aparte de afirmar el indiscutible liderazgo de Franco en términos de adoración religiosa, Pilar presentó los objetivos de la posguerra de la Sección Femenina: recogiendo la propia noción del Caudillo de que la guerra civil era meramente el primer paso hacia la regeneración nacional y el preludio a la grandeza imperial, dejó claro que las mujeres españolas iban a dotar al imperio de la infraestructura necesaria. Con su finura habitual, evitó que llegaran a hacerse más declaraciones al estilo nazi de Auxilio Social de que las mujeres españolas debían convertirse en «madres fuertes y prolíficas que nos den hijos sanos y abundantes con que llevar a cabo los deseos de imperio de la juventud que ha muerto en la guerra». Pilar exhortó a las mujeres a que fuesen lo más femeninas posible. Ni se planteaba que se vistieran de hombres o que asumieran las funciones de éstos, y menos aún aquéllas que estaban en primera línea del frente[35].

La capacidad de Pilar para una devoción desinteresada hacia una figura masculina se centró aún más en el general Franco. El 20 de noviembre de 1938, tuvo lugar en la catedral de Burgos el primer réquiem oficial por José Antonio Primo de Rivera. Pilar acompañó a Franco. El perturbado franquista Ernesto Giménez Caballero, dijo en Radio Nacional:

> ¡Qué bella estaba! Parecía translúcida. Con una belleza interior, alabastrina y transparente. Sin llorar. Sometida con resignación beatífica al trágico destino de su estirpe. Esta estirpe de los Primo de Rivera, creada por Dios para servir a su mayor gloria y a la mayor lealtad de España. Yo vi a Pilar volver de vez en cuando sus ojos extáticos hacia la figura del General como si en aquel momento viera en el General la figura de su propio padre, la figura de su propio hermano.

Por su legitimización de la posición de Franco dentro de la Falange, estaba socavando, efectivamente, la posibilidad de una oposición falangista al Caudillo[36]. Es difícil valorar si lo hizo por candidez, por un deseo básico de supervivencia o porque creía en Ramón Serrano Suñer, quien, regular y elocuentemente, presentaba el compromiso falangista con Franco como un camino pragmáticamente alternativo para salvar al menos una parte del legado de José Antonio. Sea cual fuere la razón, más tarde aceptó con entusiasmo el papel de vestal virgen encargada de mantener vivo el recuerdo de su hermano. Su retórica se centraba en la necesidad de cumplir su legado, pero, de hecho, ella ya había pasado a formar parte de la maquinaria por la cual las tendencias radicales de la Falange fueron domesticadas y el partido se convirtió, sencillamente, en un instrumento para la regimentación burocrática de la vida española por parte de Franco. A este respecto, estaba curiosamente cercana a Raimundo Fernández-Cuesta, uno de los albaceas testamentarios de José Antonio y el más dócil de los francofalangistas que ayudaron a domesticar la Falange. La influencia de Pilar tuvo algo que ver con su nombramiento como secretario general del Movimiento en el primer gabinete de Franco el 1 de febrero de 1938. Su cariño por Fernández Cuesta parece emanar del hecho de que el propio José Antonio le había nombrado para la primera Junta de Mando y que había sido arrestado con él el 14 de marzo de 1936[37]. Posteriormente, pujó por la candidatura de su primo político, José Luis de Arrese, para que fuera secretario general del Movimiento[38]. Sin embargo, su devoción por Franco rivalizaba con su dedicación a la memoria de su hermano. En un discurso en el VIII Consejo Nacional de la Sección Femenina, que tuvo lugar a principios de 1944 en el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, en la provincia de Cáceres, conminó a sus compañeras a rezar a

la Virgen de Guadalupe para «pedirle protección especial para el Caudillo, nuestro señor en la Tierra, que sabe dirigir nuestros pasos en esta época en que quizá y por obra suya suena otra vez para España el anuncio de la gloria[39]».

Durante la guerra civil Pilar trabajó infatigablemente para la consolidación de la Sección Femenina, sobre todo en las zonas recientemente conquistadas. La Sección Femenina creció y consiguió alrededor de ochocientas mil afiliadas. La propia Pilar se lanzó a la organización de éstas para la confección de uniformes y recolectar cigarrillos y comida para las tropas. Hay que decir en su favor que se opuso a la política franquista de aniquilación total del enemigo, y que en este sentido intentó impedir represalias contra viudas de militantes republicanos. Visitó ocasionalmente el frente de guerra y viajó por España con Marichu de la Mora y, más tarde, con su sustituta como secretaria nacional, Syra Manteola[40]. Detrás de las actividades públicas, la lucha por el poder con Mercedes Sanz Bachiller dio que hablar durante la guerra y continuó después del fin de las hostilidades. Auxilio Social creció al acabar la contienda, pero una serie de errores políticos acabó con la organización, que fue puesta bajo la jurisdicción de la Jefatura de Servicios de Beneficencia, que formaba parte del Ministerio del Interior. Instalada en Valladolid, su principal función era reconstruir algún tipo de infraestructura social en las ciudades capturadas. Por consiguiente, en lugar de ser financiada por la caridad y las colectas callejeras, Auxilio Social se convirtió en una carga más para los presupuestos estatales. En febrero de 1938, el ministro Ramón Serrano Suñer había nombrado a Javier Martínez Bedoya jefe del departamento —lo que consolidaba significativamente la posición de Mercedes Sanz—. Al acabar la guerra, tanto la Dirección General de Beneficencia como Auxilio Social se trasladaron a Madrid. La tarea que debían realizar en grandes ciudades como Barcelona y Madrid era monumental: tenían que hacer frente a masas hambrientas, refugiados, personas sin hogar, familias rotas y niños huérfanos. Como Auxilio Social crecía, los celos en el seno de la Falange se intensificaron. A finales de la guerra civil, por ejemplo, el amigo y aliado de Pilar, Raimundo Fernández-

Cuesta, ministro-secretario de la Falange, humilló a Mercedes Sanz Bachiller cuando malogró sus planes de trasladar Auxilio Social a Alcalá, 44, en Madrid, al requisar el edificio como cuartel general de Falange Española Tradicionalista y de las JONS[41].

Durante 1939, las rivalidades dentro de la Falange se hicieron cada vez más intensas. Javier Martínez Bedoya desaprovechó las ventajas de su posición al ofender a Serrano Suñer, eminencia gris de Franco y ministro del Interior. El 26 de julio, éste había sugerido que Martínez Bedoya fuera nombrado ministro de Trabajo en una próxima reorganización del gabinete. Sin embargo, a su nombramiento se opusieron tanto monárquicos como el legitimista grupo de Falange, liderado por Pilar y Miguel Primo de Rivera. Ya que Raimundo Fernández Cuesta había sido sustituido por el general Agustín Muñoz Grandes como ministro-secretario de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, los legitimistas se quejaban ante la perspectiva de ver a un jonsista como el único representante en el gobierno de la vieja Falange. Al mismo tiempo, el jefe del Estado Mayor, el general Juan Vigón, le dijo a Franco que incluir a Martínez Bedoya, un no combatiente de veinticuatro años, en «el gobierno de la Victoria», provocaría comentarios adversos en los círculos militares. Por lo tanto, no se le dio el ansiado ministerio ni la subsecretaría de éste, que se le había ofrecido como consolación. En unas circunstancias extremadamente complejas, Martínez Bedoya, furioso, escribió a Serrano Suñer, dimitiendo de sus cargos como director general de Beneficencia y miembro del Consejo Nacional de FET y de las JONS. También denunció a la ligera el nuevo gabinete como «un triunfo de la CEDA», es decir, de los viejos conservadores, de la clase dirigente católica, lo que era un grave insulto para Serrano Suñer, que había sido diputado parlamentario por aquélla[42].

Martínez Bedoya hizo el juego al grupo de simpatizantes de Pilar Primo de Rivera, que estaba alerta a cualquier oportunidad para ganar terreno a su rival. Martínez Bedoya dio un nuevo rehén al destino cuando, al final de la guerra, le propuso matrimonio a Mercedes Sanz Bachiller. Ella dudó, temerosa del escándalo que provocaría «la boda de la viuda de un héroe de la cruzada, recién terminada la guerra[43]». Se casaron el 3 de noviembre de

1939. Con ello, Bedoya «violaba un mito», en palabras de Dionisio Ridruejo. Dentro del sistema de valores de la época, daba mucho que hablar el contraste entre la virginal dedicación de la hermana de José Antonio Primo de Rivera y la carnal debilidad de la viuda de Onésimo Redondo. El momento elegido no pudo ser más desafortunado para Bedoya y Sanz. Las noticias de su boda fueron del conocimiento público mientras se llevaban a cabo los masivos preparativos para la conmemoración del tercer aniversario de la ejecución de José Antonio Primo de Rivera por los republicanos el 20 de noviembre de 1936. En una operación perfectamente planificada y ampliamente divulgada, una procesión de antorchas escoltó durante diez días y diez noches los restos mortales de José Antonio, exhumados en Alicante para, tras un viaje de quinientos kilómetros, enterrarlos de nuevo con plenos honores militares en El Escorial, lugar de descanso de los reyes y reinas de España. Una reverencial atmósfera de heroísmo, que revivió muchas pasiones de la guerra civil, constituyó el perfecto contexto para una campaña de chismorreos e insinuaciones contra Mercedes Sanz. Y dio sus frutos el 21 de diciembre de 1939, cuando Serrano Suñer, ansioso de asegurarse el apoyo del clan Primo de Rivera como legítimo sucesor de José Antonio, atacó todas las bases de Auxilio Social en el discurso de clausura de su congreso. Las amplias y radicales pretensiones de Auxilio Social —y, especialmente, su objetivo de proporcionar facilidades de guarderías para las madres trabajadoras—, habían provocado no sólo los celos de Pilar Primo de Rivera y la Sección Femenina, sino del sistema caritativo tradicional, incluyendo a la jerarquía católica. El 28 de diciembre de 1939, Franco subordinó definitivamente el Servicio Social de la Mujer a la Sección Femenina. El 9 de mayo de 1940, Mercedes Sanz fue sustituida como delegada nacional de Auxilio Social por un hombre, Manuel Martínez de Tena[44]. Esto constituía una victoria para Pilar y los legitimistas de la Falange. Sin embargo, la principal motivación del régimen era enteramente práctica y en concordancia con sus tendencias conservadoras: se iba a movilizar a las mujeres para que retornaran a los hogares después de la emancipación implícita de su participación en la guerra. Tras conocer algo

de igualdad, la vuelta al papel de ama de casa cuajaba mejor con las ideas de Pilar que con el retórico radicalismo social de Mercedes Sanz[45].

Acabada la guerra, el 30 de mayo de 1939 Franco y Pilar Primo de Rivera se dirigieron en Medina del Campo a unos diez mil afiliados de la Sección Femenina, cuando se le cedió formalmente a la organización el castillo de la Mota, el de Isabel la Católica, cerca de Medina del Campo, cuya larga restauración Pilar supervisó cuidadosamente. De hecho, el tono de arquitectura franquista lo dio Pedro Muguruza, que también desempeñó un papel crucial en la construcción del Valle de los Caídos. Pilar anunció a las mujeres reunidas, que habían participado plenamente en los esfuerzos bélicos como enfermeras y personal auxiliar cerca del frente de guerra, así como en la reconstrucción social en horribles circunstancias, que debían retornar a su sumisa posición de amas de casa. Anunció asimismo que «la única misión asignada a las mujeres en las tareas de la patria es el hogar. Por lo tanto, ahora, en tiempos de paz, ampliaremos la labor iniciada en nuestras escuelas de formación para hacer una vida familiar tan agradable para los hombres, que dentro del hogar encontrarán todo lo que previamente faltaba y así, no necesitarán buscarlo en tabernas o clubs». Es casi como si intentara enderezar las deficiencias de su propia familia, en la que puede imaginarse que los miembros —militares— no estaban locamente enamorados de sus mujeres o estrechamente vinculados al mundo doméstico. Fue pues un movimiento comprometido en producir mujeres silenciosas y siervas obedientes, así como hombres aislados del contacto con sus semejantes y, por tanto, de la discusión política y los vínculos de solidaridad, y que encajaba bien con la ideología del nuevo régimen. Para Franco, la función de la Sección Femenina era «rendir homenaje a nuestras tropas y al Ejército de la Victoria[46]». En general, la actitud de Pilar Primo de Rivera hacia los hombres de la Falange era respetuosa: «La guerra era para los hombres y las mujeres estaban para ayudar a los hombres.»[47]

Aunque Pilar era demasiado tímida para ser una buena oradora[48], pronunció numerosos discursos, en los que dejó claro que el activismo de la Sección Femenina cesaría tan pronto como acabara la guerra. Efectivamente, abrazó en todos los aspectos la noción de sumisión de las

mujeres hacia los hombres. El símbolo de la Sección Femenina era la letra Y, y su principal condecoración una medalla con la forma de ésta, de oro, plata o esmalte rojo, según el grado de heroísmo o sacrificio que se premiaba. La Y era la primera letra del nombre de Isabel de Castilla, tal como se escribía en el siglo XV. Y era también la primera letra de la palabra «yugo», elemento que formaba parte, junto con las flechas, del emblema falangista. Esas connotaciones específicas de un glorioso pasado imperial y otras más generalizadas de servidumbre, así como de unidad, constituían una elección significativa cargada de simbolismo[49]. En el III Consejo Nacional, reunido en Zamora en 1939, Pilar afirmó que la Falange había transformado a sus afiliadas femeninas «de frívolas e insustanciales que éramos antes, nos hizo darnos cuenta de que podíamos servir de algo». Declaró que el papel de las mujeres era, meramente, el de ayudar a los hombres a hacer la revolución falangista. Por lo tanto, las mujeres debían retornar al seno de la familia y retirarse del papel público impuesto por la guerra. En cambio, podían enseñar a sus congéneres falangistas cómo inculcar a sus hijos las ideas de José Antonio Primo de Rivera[50].

Dos años más tarde, en el V Consejo Nacional, en Barcelona, Pilar se definió claramente cuando dijo que la labor de la Sección Femenina debía ser callada y completamente subordinada a los hombres de la Falange: «Las Secciones Femeninas respecto a sus jefes tienen que tener una actitud de obediencia y subordinación absoluta. Como es siempre el papel de la mujer en la vida, de sumisión al hombre.»[51] Este mensaje se intensificó con los años. En Oviedo, en 1949, declaró que quienes, como ella, se habían visto obligados a tomar parte en la vida pública «hemos añorado la dulce paz de un hogar apacible», que «nos quitaría la tortura de tener que someter de continuo nuestra timidez al rubor de las exhibiciones». Por esta razón, en las escuelas de la Sección Femenina se insistía en los arreglos florales y se enseñaba a las mujeres a hablar en voz baja y a no interrumpir jamás una conversación[52]. Veinte años más tarde, escribió: «El hombre es el rey; la mujer, los niños, las ayudas, los necesarios complementos para que el hombre alcance su plenitud.»[53]

En el período de la posguerra, Pilar Primo de Rivera se encargó felizmente de justificar la relegación de las mujeres al papel y el estatus tradicionales. Dentro del marco legal de la Ley del Código Civil de 1889, que mantenía la incapacidad de las mujeres para tomar decisiones por su cuenta sin el permiso de sus maridos, padres o hermanos, abogó por la obediencia y la subordinación femeninas. Con Pilar a la cabeza, la Sección Femenina proporcionaba una ideología práctica a las mujeres, apoyando no sólo su exclusión de la política, sino adiestrándolas también en prudentes hábitos domésticos apropiados para tiempos de austeridad y racionamiento[54]. Después de la guerra civil España estaba exhausta. Los racionamientos de comida, gasóleo y bienes domésticos de cualquier tipo se intensificaron dramáticamente con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Las consiguientes privaciones convirtieron los quehaceres domésticos en algo básico. Al mismo tiempo, la ideología del régimen, profundamente influenciada por el conservadurismo católico, aseguró la imposición de normas sociales que eran el extremo más alejado de la igualdad que había provocado la guerra. Por lo tanto, una organización que predicaba tanto la sumisión social de las mujeres e impartía clases prácticas de cocina, costura y demás tareas domésticas, estaba proporcionando métodos de control social que garantizaban el buen funcionamiento del régimen. En su primera circular a la Sección Femenina después de la guerra, Pilar escribió: «Pero ahora viene la labor callada, continua, que no nos traerá más compensación que el pensar cómo gracias a la Falange las mujeres van a ser más limpias, los niños más sanos, los pueblos más alegres y las casas más claras.»[55] Franco estaba encantado de contar con tales esfuerzos dedicados a establecer la hegemonía de sus ideas en tantos hogares españoles[56]. Además, como consecuencia de una guerra que había causado cientos de miles de muertos, sobre todo entre hombres en edad casadera, era de considerable utilidad social una organización de masas que demandaba el estado de soltería como requisito para afiliarse[57]. Efectivamente, la Sección Femenina proporcionaba rudimentarios servicios sociales básicos con una labor voluntaria extremadamente barata. Como consecuencia de una guerra amargamente divisoria, estos elementales

servicios contribuyeron significativamente a la legitimización del nuevo Estado. Esto se dio particularmente en el caso de las clases medias y bajas rurales católicas que habían apoyado el esfuerzo bélico franquista[58].

Durante la Segunda Guerra Mundial, Pilar se vio envuelta en la lucha por el poder que se llevaba a cabo dentro del régimen entre sectores de la Falange y los militares. Al principio, Pilar estaba alineada con Serrano Suñer, pero cuando la estrella de éste empezó a declinar, bien por debilidad o por cinismo se puso al lado de Franco. El 1 de mayo de 1941, Serrano Suñer había provocado las sospechas del Caudillo por su intento de crear una prensa falangista independiente, libre de toda censura salvo la ejercida por su propia Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las JONS[59]. Al día siguiente, Serrano Suñer pronunció un violento discurso en Mota del Cuervo, pidiendo poder total para una Falange firmemente unida, lo que fue visto tanto por Mussolini y Ciano como el equivalente a las propias declaraciones del Duce anunciando el comienzo de su dictadura, el día 3 de enero de 1925[60]. El asalto al poder se intensificó cuando Serrano Suñer sugirió a Franco que la representación falangista en el gabinete debía ser incrementada con la creación de un Ministerio de Trabajo para el joven fanático vallisoletano José Antonio Girón de Velasco. Franco apenas podía ignorar lo que parecía un intento de Serrano Suñer para obtener más poder para la Falange y para dar a ésta una línea más claramente fascista y menos burocrática. Franco estaba de acuerdo con el ascenso de Girón, pero también tomó otras medidas para contrarrestar las ambiciones falangistas, nombrando a su subsecretario de la Presidencia, coronel Valentín Galarza, para que ocupara el Ministerio del Interior, que anteriormente había estado bajo la influencia de Serrano Suñer a través de su subsecretario, José Lorente Sanz. Otro de los hombres de Serrano Suñer, José Finat, conde de Mayalde, fue destituido como director general de Seguridad. Galarza también rescindió el decreto que dispensaba a la prensa falangista de la censura[61].

Un grupo de máximos falangistas, incluyendo a Serrano Suñer, Dionisio Ridruejo, José Antonio Girón, José Luis de Arrese, Antonio Tovar, Miguel y Pilar Primo de Rivera, se reunieron en casa de la tía Ma, María Jesús, la

hermana del general Primo de Rivera, que había criado a Pilar. Decidieron luchar otra vez contra el aparente triunfo del campo militar. Franco recibió una carta de Miguel Primo de Rivera en la que éste dimitía de sus cargos de gobernador civil y jefe provincial de la Falange en Madrid. Iba acompañada de otra de Pilar, que había dado, con firma pero sin fecha, a Serrano Suñer para que se la entregara a Franco cuando mejor lo creyera. Ambos justificaban sus dimisiones explicando el modo en que se incumplía el legado de José Antonio —implícita crítica de los tradicionalistas militares que se oponían a la fascistización del régimen—. «En conciencia no puedo —escribió— continuar colaborando en algo que hacemos creer a la gente que es la Falange, pero que en realidad no lo es». Asegurando que seguía las instrucciones de José Antonio desde su tumba en El Escorial, alegó que sólo la Sección Femenina estaba llevando a cabo la misión real de la Falange. En la carta, cuyo contenido reflejaba los puntos de vista de Serrano Suñer, se lamentaba también de la falta de falangistas en puestos clave dentro del aparato estatal. Escribió a Franco en términos profundamente respetuosos y dejó la puerta abierta para una posterior reconciliación, lamentando tener que dejar el casi reconstruido castillo de la Mota. Y terminaba diciendo: «Si algún día v. E. me necesita nuevamente para el servicio de la Falange, siempre me encontrará dispuesta a trabajar, con el mismo entusiasmo que hasta ahora por conservar esta doctrina que tantos han defendido con el heroico sacrificio de su propia vida.»[62] Después de la ola de dimisiones, una polémica salvaje se organizó en la prensa del régimen, que culminó con la dimisión de los hombres de Serrano Suñer a cargo de Prensa y Propaganda en el Ministerio del Interior. En protesta, los seguidores de Serrano Suñer presentaron la dimisión: Girón, que acababa de ser nombrado ministro de Trabajo, el 5 de mayo, José Luis de Arrese como gobernador civil de Málaga y el propio Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores[63].

Hubo luchas entre la policía y los falangistas, y la hostilidad entre los militares y la Falange llegó a su punto culminante. En León se produjeron enfrentamientos con resultado de muertes. Por sugerencia del general Antonio Barroso, Franco llegó a acuerdos separados con Arrese, Girón,

Miguel y Pilar Primo de Rivera[64]. La crisis se resolvió al fin con una serie de cambios en el gabinete, que debilitaban significativamente la posición de Serrano Suñer. Éste había dimitido confiando en que le apoyarían aquellos miembros de la Falange que pensaban, como él, que había llegado la hora de exigir que se cumpliera el legado de José Antonio Primo de Rivera. Hasta más tarde, no descubrió que muchos de sus «amigos» se habían entrevistado en secreto con Franco y que habían aceptado puestos relevantes. Cayó en la cuenta de ello pasado un tiempo, y retiró su dimisión. En el reorganizado gabinete del 19 de mayo, se nombraron dos ministros falangistas adicionales: Miguel Primo de Rivera a la cabeza de la cartera de Agricultura y José Luis de Arrese como ministro-secretario de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, mientras Girón seguía como ministro de Trabajo. Encantada con los tres nombramientos, Pilar se sometió de buena gana a la insistencia de Franco de que, en tales momentos de dificultad para España, debía seguir siendo jefe nacional de la Sección Femenina[65]. Sólo los amigos fieles a Serrano Suñer perdieron sus puestos. Por entonces, el aumento de la representación falangista en el gabinete parecía un triunfo de Serrano[66]. El comportamiento de Pilar y Miguel, así como el de Arrese y Girón, había mostrado al Generalísimo que la Falange podía ser comprada a bajo precio[67]. Sus ascensos no representaban, como muchos pensaron entonces, una victoria para Serrano Suñer, sino más bien la consolidación del propio poder de Franco sobre un ambicioso sector de la Falange. Queda poca duda acerca de que, en reconocimiento de esto, en junio de 1942 Serrano Suñer lanzó de nuevo a Mercedes Sanz a la arena política, dándole un puesto en la junta del Instituto Nacional de Previsión, el cuerpo responsable de la escasa provisión de seguridad social que podía encontrarse en la España de Franco[68].

Escasamente un año después de la gran lucha por el poder, Franco entregó formalmente el ahora restaurado castillo de la Mota a la Sección Femenina el 29 de mayo de 1942. Su discurso le identificaba con la España de Isabel la Católica: «Lo mismo que nosotros recibimos España, en forma similar la recibió Isabel de Castilla, dividida y enfrentada en luchas mezquinas», y, para lo que llamó su propia «época de fundación»,

encomendó su «política totalitaria y racista» a las mujeres de la Sección Femenina para que se expandieran por los cuatro puntos cardinales de España[69]. Pilar escribió una obsequiosa carta de gratitud al Caudillo:

> Mi General: Después de la inauguración del Castillo, quiero darle otra vez las gracias por habernos entregado para formar a nuestros mandos una escuela tan maravillosa. Yo le aseguro que en este ambiente aprenderán de verdad las camaradas el honroso servicio de España, de la Falange y de su Jefe Nacional y no olvidarán a quien tan generosamente ha hecho posible su formación. Respetuosamente le saluda brazo en alto y queda a sus órdenes[70].

El castillo de la Mota se convirtió en el cuartel general espiritual de la Sección Femenina, así como en su principal escuela de mandos. En su diseño interior y en su mobiliario, el castillo era como un convento medieval: el comedor parecía un refectorio monástico y la rutina diaria se desenvolvía en torno a los servicios religiosos.

La diferencia era que Pilar estaba preparando a sus monjas para una vida de servicio a José Antonio. La Sección Femenina obtuvo el monopolio de publicación de las obras completas de éste; cada miembro llevaba una copia y se remitía a ella como si de la Biblia se tratara. La Sección Femenina había desempeñado un importante papel en la cuidadosamente planificada procesión de antorchas que en noviembre de 1939 había acompañado los restos mortales de José Antonio desde su tumba en Alicante hasta El Escorial. Miembros de la Sección Femenina, incluyendo a la propia Pilar, bordaron los hábitos que se utilizaron en las iglesias durante el recorrido y el manto de terciopelo negro que cubría el féretro. Las mujeres de la organización se llamaban a sí mismas «las novias de José Antonio» y, evidentemente, había una curiosa combinación de fervor religioso y sexual en el culto al ausente. Pilar ayudó a allanar el camino de Franco hacia el poder absoluto, convirtiéndose en la matriarca del partido y, en palabras de Serrano Suñer, el arquitecto del Estado nacional-sindicalista de Franco: «La sacerdotisa de la memoria y el pensamiento de su hermano ausente». El intelectual falangista Pedro Laín Entralgo dijo de ella: «Por debajo y por dentro de su trato cordial y fino, como infantilmente desmañado, a veces, encendía sin llama visible su conciencia de ser la

máxima y más autorizada representante de su hermano, el añorado y esperado "Ausente"[71]». También había una fuerte dimensión católica en la rutina diaria de la Sección Femenina. En gran parte se debía a la influencia sobre Pilar del monje benedictino fray Justo Pérez de Urbel, a quien había conocido en Burgos en 1938[72].

Durante y después de la guerra civil, Pilar fue activa propagandista, dentro del país y en el extranjero, del fascismo español, haciendo viajes con regularidad y entrevistándose con Mussolini, Salazar y Hitler[73]. En la primavera de 1938, había nombrado a dos adeptos al nazismo en puestos importantes: Clarita Staufer como jefe adjunto de la Sección Femenina de Prensa y Propaganda, y Carmen Werner como regidora central de la Organización de las Juventudes. En abril de 1938, su primera visita al Tercer Reich fue patrocinada por la Auslandorganization, el equivalente en Berlín de la Falange, y el Iberoamerikanisches Institut, la operación de propaganda nazi dirigida al mundo ibérico[74]. El Duce la recibió en octubre de 1938, obsequiándole un retrato autografiado. Después de una visita a Portugal para inspeccionar la Organización Portuguesa de Madres y Juventudes Femeninas, pidió por escrito un retrato firmado de Antonio Oliveira Salazar[75]. En otoño de 1942 encabezó la delegación española en el I Congreso de las Juventudes Europeas, organizado por los nazis en Viena. Abogó por una dimensión más espiritual y católica del fascismo, postura completamente acorde con el tono monástico que reinaba en el castillo de la Mota[76]. Con ocasión del encuentro con Hitler, en septiembre de 1941, le regaló a éste una espada de Toledo[77].

Este último encuentro provocó una aberrante especulación en la febril imaginación de Ernesto Giménez Caballero, padre del surrealismo español y maniático franquista, que ideó un grotesco plan para emparejarla con el Führer. Tal fantasía erótica estaba destinada a asegurarle a España una mejor posición en el nuevo orden del mundo fascista que él esperaba de la victoria de Hitler en la Segunda Guerra Mundial. Su plan era crear una nueva dinastía que garantizase la perpetuación del nuevo orden, mitigando la severidad teutónica con la calidez mediterránea. Había hablado con Franco y también había informado de su plan a Edith Faupel, esposa del

general Faupel, antiguo embajador alemán en la España de Franco durante la guerra civil y ahora jefe del Iberoamerikanisches Institut. El plan era ponerse en contacto con Hitler a través de Magda Goebbels. Se presentó la oportunidad cuando fue invitado a Weimar como representante español del Congreso de la Federación Europea de Escritores (Europäische Schriftsteller Vereinigung), organismo títere de los nazis, organizado por Goebbels entre el 23 y el 26 de octubre de 1941. Allí se encontró con Magda Goebbels, a quien le había comentado sus ideas para latinizar a Hitler. Más tarde, volvió a Madrid e informó de ello tanto a Franco como al nuncio papal.

Giménez Caballero regresó a Alemania en diciembre, y se llevó con él un capote de luces como regalo de Navidad para el ministro nazi de Propaganda e Información Popular. El 23 de diciembre de 1941 fue invitado a cenar en casa de Goebbels. El ágape fue precedido por una estrafalaria escena en la que el torpe surrealista enseñó al lisiado Goebbels cómo usar el capote. Cuando la cena tocaba a su fin, Goebbels fue requerido para una urgente reunión con Hitler. Magda Goebbels llevó a Giménez Caballero a un pequeño salón donde, ante una chimenea, le ofreció una copa de brandy. Alentados sus deseos por el seductor comportamiento de la escultural Magda, le resumió su plan con todo lujo de detalles, calificando a Pilar como la candidata ideal «debido a la pureza de su sangre, su profunda fe católica y porque traería con ella toda la juventud española». Por desgracia, Magda Goebbels tenía malas noticias: en octubre había informado del plan a su marido, quien había respondido que no era factible porque Hitler había recibido una herida de bala en los genitales durante la Primera Guerra Mundial[78].

De regreso en Madrid, Giménez Caballero informó a Franco de la suerte de la misión que él mismo se había encomendado. No tenemos constancia de la reacción del Caudillo, aunque Giménez Caballero nos diga que «Franco entendió». Giménez Caballero se encargó de hablar con sus contactos eclesiásticos e incluso con Antón Sáenz de Heredia, tío de José Antonio y de Pilar Primo de Rivera[79]. Sólo tiempo después, la propia Pilar fue informada de su «destino». Con su inocencia y humildad características,

respondió que «me he enterado hace poco por el propio Giménez Caballero, a quien agradezco, de todas maneras, que confiase tanto en mí. Pero lo cierto es que yo no me enteré jamás de semejante proyecto, ni hubiera consentido en ello, entre otras cosas porque nunca me sentí depositaria de tan importante misión y, además, porque mi vida privada era sólo mía[80]».

Por esa época, Pilar tenía treinta y cuatro años. De hecho, nunca se casó, aunque hubo esporádicas especulaciones sobre posibles pretendientes, entre quienes se contaban el capitán naval Pedro Nieto Antúnez y el hermano del primer ministro de Industria de Franco, Juan Antonio Suanzes. Fue brevemente cortejada por Javier Conde, ideólogo del régimen e inventor del equivalente franquista del *Führerprinzip*, o teoría del caudillaje. Incluso la acompañó en su primera visita a la Alemania nazi[81]. También se chismorreó sobre una posible relación con Dionisio Ridruejo, el atractivo poeta falangista con quien mantenía una cálida amistad[82]. Sin embargo, la explicación oficial era que estaba demasiado ocupada como para dedicar tiempo a los hombres[83]. Es difícil adivinar dónde residía la sexualidad de Pilar. Todo lo que se sabe de su vida pública sugería una huida de la responsabilidad sexual adulta como respuesta a la muerte de su madre. Verdaderamente, la devoción al recuerdo de su hermano dejó poco espacio para hombres reales.

También corrían rumores de lesbianismo, tanto sobre Pilar en particular como sobre la Sección Femenina en general. No debían de ser más que fruto de la misoginia típica de una sociedad agresivamente masculina. Serrano Suñer, por ejemplo, hizo comentarios burlones acerca del provocador aire de marimachos del personal de Pilar[84]. En 1939, ya en el exilio, Constancia de la Mora, feminista y esposa del jefe republicano de aviación Ignacio Hidalgo de Cisneros, explicó amargamente a Herbert Southworth, que estaba convencida de que su hermana Marichu mantenía una relación lésbica con Pilar Primo de Rivera. Es cierto que eran muy buenas amigas, pero no hay razón para creer que su amistad fuese algo más. Marichu fue, durante un tiempo, secretaria privada de Pilar y miembro destacado de la jerarquía de la Sección Femenina. La acusación puede deberse, sencillamente, al hecho de que Constancia sentía considerable

hostilidad hacia su hermana debido a su orientación política radicalmente distinta. De hecho, tres años antes, en 1936, supuso que Marichu, infelizmente casada, se había unido a la Falange porque estaba loca perdida por José Antonio Primo de Rivera[85].

Dedicada en cuerpo y alma a la organización, Pilar hizo pocas concesiones a su vida personal y social. Durante la guerra, siguió los progresos del Eje con ávido interés, dejando de lado la tradición anglófila de su familia. Según su opinión, los rusos eran los responsables de la muerte de sus hermanos. Por lo tanto, se mostró abiertamente a favor del envío, en el verano de 1941, de una fuerza de voluntarios, la División Azul, para luchar en el frente del Este. Ochenta y cuatro mujeres de la Sección Femenina acompañaron a las tropas españolas como enfermeras, secretarias y personal auxiliar. En España, Pilar ordenó a las afiliadas de la Sección Femenina que ocuparan los puestos dejados por las voluntarias. También organizó colectas por todo el país para que la Sección Femenina pudiera dar a cada voluntario español en el frente del Este un paquete de Navidad con una prenda de lana, comida, tabaco y una medallita de la Virgen María. En cada provincia, grupos de afiliadas de la Sección, conocidas como «madrinas», se organizaron para escribir a los voluntarios en el frente. Y cuando éstos volvieron, Pilar formó parte del comité de bienvenida[86].

A mediados de mayo de 1943, Pilar recibió a doce líderes de la Bund Deutscher Mädel para un viaje por España organizado por la Sección Femenina[87]. Para hacer público su apoyo al Tercer Reich, aceptó la invitación para visitar Alemania que le hizo el jefe de la Auslanderorganization, el *gauleiter* Ernst Bohle. El 26 de julio de 1943, acompañada por la fanática simpatizante de los nazis Clarita Staufer y María García Ontiveros, voló al aeródromo de Templehof, Berlín. Llegó a la capital alemana el día después de la caída de Mussolini. Quizá debido a ello fue objeto de una profusa atención por parte de los alemanes y fue recibida por el *gauleiter* de cada ciudad durante su viaje y alojada en los mejores hoteles. Acompañada por Ingeborg Niekerke, líder de la rama berlinesa de la Organización de Mujeres Nazis, visitó la Brown House en Múnich. La prensa nazi cubrió con entusiasmo su extenso viaje por el país.

Fue recibida por Goebbels y Ribbentrop, así como por Gertrude Scholtzklink, *Frauenschaftsführerin* (jefe de la asociación nazi de mujeres[88]). Mantenía una relación cercana con el general Faupel, a quien recibió en Medina del Campo en mayo y a quien vio otra vez en junio, en Berlín[89].

Cuando bajo la presión aliada Franco empezó, al menos retóricamente, a hablar de retirar la División Azul, Pilar Primo de Rivera se sintió ultrajada. Creía que mejorar las relaciones con los aliados prepararía el camino para una restauración de la Monarquía y el eclipse de la Falange[90]. En el otoño de 1943 fue acusada de mantener contactos con elementos extremistas de la Falange Auténtica y con miembros de la División Azul, ya de regreso en el país, así como de conspirar contra Franco[91]. Furiosa por un discurso de Arrese, en el que afirmaba que España ya no era totalitaria, tenía intención de pedir, en un encuentro de la Junta Política, la destitución de aquél, con el argumento de que «decir que España no es totalitaria» era «una traición a la Falange», y que «la Falange está ante todo». Supuestamente, también había abogado a favor de una anexión española de Portugal. Bajo la influencia de Ridruejo, estaba furiosa por los informes de la retirada de la División Azul, que ella consideraba una traición a la Falange y a Alemania[92]. A principios de 1944, cuando el curso de los acontecimientos era desfavorable a Alemania, aconsejó el desacato contra «los pusilánimes que tímidamente se van apartando de la Falange por si cambian las cosas» y exhortó a que se anotaran sus nombres por si algún día querían volver. Prometió a Franco la ayuda de la Sección Femenina en períodos de dificultad:

> Nuestra vida falangista es un poco como nuestra vida particular. Tenemos que tener detrás de nosotras toda la fuerza y la decisión del hombre para sentirnos más seguras y, a cambio de esto, nosotras les ofrecemos la abnegación en nuestros Servicios y el no ser nunca motivo de discordia. Que ése es el papel de la mujer en la vida: armonizar voluntades y el dejarse guiar por la voluntad más fuerte y la sabiduría del hombre[93].

Después de 1945, la Sección Femenina emprendió tareas de carácter cada vez más social a través de su responsabilidad en la organización del

Servicio Social de la Mujer, en el que todas las mujeres solteras de edades comprendidas entre los diecisiete y los treinta y cinco años cumplían seis meses de servicio social. Se enseñó a leer a las mujeres analfabetas, aunque su eslogan era «que una niña nunca se atiborre de libros; no hay nada más detestable que una mujer intelectual». Desde los años cincuenta, la organización evolucionó hacia una mezcla de *boy-scouts* en versión femenina y los Institutos de Mujeres, proporcionando a éstas facilidades para el deporte, la música, el teatro, e impartiendo cursos de enfermería, etc. Los mejores y más duraderos logros de la Sección Femenina tienen que ver con la monumental tarea de recolección de las danzas y las canciones folklóricas españolas en la subsección llamada Coros y Danzas, y las prácticas impartidas a miles de mujeres sobre economía doméstica y, particularmente, cocina, a través de clases y del masivamente distribuido *Libro de cocina de la Sección Femenina*. Pilar dedicó su vida a la organización, con un espíritu de adulación a Franco, a pesar de sentirse decepcionada por el hecho de que el legado de su hermano nunca se hubiese visto cumplido del todo.

Sus esperanzas crecieron brevemente en 1956, cuando creyó que el ministro-secretario del Movimiento, José Luis de Arrese, había sido al fin autorizado a llevar a cabo la «revolución pendiente». Arrese estaba intentando convencer a Franco de que aceptara una nueva Constitución que asegurara el dominio de la Falange en cualquier aspecto de la vida española. Cuando, como resultado de una oposición concertada en los círculos militares, monárquicos y eclesiásticos, tal cosa no se llevó a cabo, se tragó la decepción como tantas otras veces[94]. El 1 de abril de 1960 el Caudillo la premió con el título de condesa del Castillo de la Mota. Los numerosos cambios del régimen a lo largo de la década de los sesenta hicieron que los ideales de José Antonio Primo de Rivera se viesen aún más lejos de su cumplimiento. Leal a sus ideas sobre la sumisión de la mujer, Pilar tuvo que adaptarse, por consiguiente, a los cambios, aferrándose a la idea de que, con toda probabilidad, José Antonio también lo habría hecho. Esto conllevaba la sumisa aceptación, con la Ley Orgánica del Estado, en noviembre de 1966, del definitivo retorno de la monarquía y, específicamente, en 1969, de la

nominación de Juan Carlos de Borbón como sucesor de Franco[95]. Durante la enfermedad final de éste en el otoño de 1975, aconsejó calma a las integrantes de la Sección Femenina y confió en las órdenes de Franco sobre la continuidad del régimen. Después de la muerte del Caudillo, aconsejó lealtad a Juan Carlos en la lucha contra el regreso al sistema de partidos políticos[96]. Habiendo dedicado la mayor parte de su vida a la causa franquista, permaneció implacablemente leal al Caudillo. En 1976, se presentó a las Cortes una Ley de Reforma Política como eslabón importante en el proceso de la transición hacia la democracia. Pilar estaba muy preocupada por lo que temía pudiese ser un rechazo de la labor a que se había consagrado durante los últimos cuarenta años. Su sobrino, Miguel Primo de Rivera y Urquijo, logró persuadirla de que mirar hacia adelante, como fue el caso de la reforma política, era totalmente acorde con el legado de José Antonio. En vista de esto, ella, no sin dudas, se comprometió a no votar en contra de la ley y, en la votación que se realizó al final del debate en las Cortes de los días 16 al 18 de noviembre de 1976, se abstuvo[97].

Pilar parece haber sido capaz de hacer frente a sus decepciones políticas prodigando afecto a sus sobrinos y sobrinas. En los últimos años del régimen de Franco, tanto la Sección Femenina como el resto del Movimiento se convirtieron en un aparato burocrático aún más voluminoso, y Pilar buscó causas nuevas. Permaneciendo servilmente leal a Franco, se adaptó a los cambios de las normas sociales, colaborando con el intento de liberalizar la ley española con respecto a los derechos de las mujeres, a fin de que éstas pudiesen acceder a carreras profesionales y, si eran casadas, poseyesen propiedades y pudiesen heredar[98]. Cuando se desmanteló la Sección Femenina en 1977, fue sucedida por Nueva Andadura, la asociación de veteranas de aquélla, creada el 2 de noviembre del mismo año. Pilar fue su presidenta hasta su muerte el 17 de marzo de 1991.

5. Salvador De Madariaga.

UN QUIJOTE EN LA POLÍTICA

SALVADOR DE MADARIAGA

UN QUIJOTE EN LA POLÍTICA.

Resulta algo artificioso calibrar la dimensión política de una carrera tan abrumadoramente rica como la de don Salvador de Madariaga. En un acto organizado en París con motivo de su septuagésimo cumpleaños, Albert Camus se dirigió a él citando la nota que Turguéniev escribió a Tolstói en su lecho de muerte: «Me siento feliz por haber sido vuestro contemporáneo.»[1] Puede señalarse la dimensión formal de sus realizaciones señalando, sencillamente, que fueron legión las universidades que le nombraron doctor honoris causa, entre ellas Oxford y Princeton, que fue miembro de las academias de ciencias políticas y morales de España, Francia y Bélgica, y de la Real Academia Española, que en 1937 y en 1952 fue candidato al premio Nobel de la Paz, y que se le concedió el premio Goethe de la Universidad de Hamburgo, en 1972, y el premio Carlomagno en 1973. Profesor, embajador y ministro, fue autor de más de sesenta libros e hizo aportaciones notables a las relaciones internacionales, la filosofía política, la historia, la psicología social, la crítica literaria, la novela, la poesía y el teatro. Aristide Briand dijo de él que era uno de los diez mejores conversadores de Europa, con lo que muchos estuvieron de acuerdo[2]. Salvador de Madariaga no ha sido plenamente apreciado, precisamente, por la dificultad que entraña analizar a fondo la amplitud de su obra y llegar a un juicio sintético de ella[3].

Su mundo intelectual estuvo dominado por la llamada Generación del 98, la de los intelectuales españoles que se propusieron explicar las razones de la derrota de España en la guerra con Estados Unidos. Por este motivo, en todas sus obras tiene importancia primordial el tema del carácter nacional. Es en este tema, tal como lo aplicó a los españoles y, por lo tanto, a sí mismo, donde podemos encontrar la clave de sus calidoscópicas empresas políticas y diplomáticas. En uno de sus primeros libros, *The Genius of Spain*, de 1923 (publicado más tarde en Barcelona con el título *Semblanzas literarias contemporáneas*), exploró la esencia del carácter nacional, tema que desarrolló plenamente en *Englishmen, Frenchmen, Spaniards* (publicado un año después en Madrid, con el título *Ingleses, franceses, españoles*). Puso de relieve el alcance de la literatura como expresión del espíritu nacional y consideró que el Quijote era la quintaesencia de la españolidad. Don Salvador mismo tuvo siempre cierto rasgo quijotesco que lo condujo a sus realizaciones y a sus desengaños más importantes, y a menudo le valió el mayor de los oprobios. Su papel y su influencia fueron a veces menores de lo que pudieron haber sido, precisamente a causa de ese rasgo idealista y quijotesco. Fue total su identificación, simultánea, con don Quijote y con Sancho Panza. En los años veinte su seudónimo favorito fue Sancho Quijano, claro indicio del deseo de unir el buen sentido empírico de Sancho Panza con el idealismo de don Quijote. En su *Guía del lector del Quijote (Don Quixote. An Introductory Essay in Psychology*) lo señaló explícitamente al hablar de la «fraternidad de alma que une este amo extraño y este criado singular. Hermanado por la ilusión a don Quijote, Sancho tiene que seguirle por el camino hacia la perfección hasta la muerte —la muerte de la ilusión que es la cordura[4]—». Su ilusión fue la quijotesca busca de un orden mundial perfecto basado en la libertad.

Esto, por sí solo, indica en qué medida las características de Madariaga resultaban inadecuadas para el éxito en la política, repleta de intrigas, de la República española, o en la diplomacia internacional de la era fascista: honradez y claridad, idealismo y liberalismo, espíritu abierto y entrega a una visión del mundo, así como un gran sentido del humor. Después de

todo, fue Madariaga quien primero recogió y luego plasmó la historia del congreso internacional reunido para definir al elefante. La aportación alemana a este congreso consistió en un informe en varios volúmenes sobre los primeros pasos hacia la conceptualización del elefante, mientras que los ingleses informaban sobre la caza del elefante en Somalia, los rusos ofrecían un tortuoso análisis tendente a decidir si el elefante existía realmente, los franceses un folleto titulado *L'Éléphant et l'amour*, los norteamericanos un estudio de viabilidad titulado *Cómo hacer mayor y más fuerte al elefante*, y los polacos un manifiesto sobre el elefante y la cuestión polaca.

El sentido del humor de Madariaga, tan contrapuesto a la *gravitas* germánica cultivada por los discípulos de Ortega, le impidió, tal vez, obtener en España el reconocimiento que merecía. Pero más que su humor, lo que le perjudicó, a veces, y pese a que se hallaba en el núcleo mismo de su creatividad, fue la impulsividad de sus palabras y sus actos. Acostumbraba a decir lo que pensaba, sin meditarlo, acaso, plenamente. Con franqueza, solía contar que en una ocasión le presentaron en la Ópera de Viena al director Felix Weingartner y al pianista Emil von Sauer. Se lanzó ante ellos a una diatriba contra Liszt y se sorprendió de las caras agrias que la acogieron. Sólo más tarde se percató de que el director y el pianista eran los últimos discípulos vivos del compositor[5]. A veces, esta franqueza y estos juicios rápidos le hacían errar el camino.

Salvador de Madariaga nació el 23 de julio de 1886 en La Coruña. Era uno de los once hijos del coronel José de Madariaga. Convencido de que España había perdido la guerra contra Estados Unidos en 1898 debido a su atraso tecnológico, cuando su hijo Salvador cumplió catorce años el coronel lo envió a Francia a estudiar ingeniería, como preparación para la profesión tradicional de la familia, la de las armas. Los siguientes once años en el Collège Chaptal, la École Polytechnique y la École Nationale Supérieure des Mines le dieron la formación científica que le proporcionó la implacable lógica que apoyaría y, de hecho, alimentaría, sus más quijotescas actividades. Su estancia en Francia le hizo recorrer el camino de la técnica al humanismo, el cual, a su vez, se convirtió en la ruta que lo

llevó a ser el más europeo de los españoles. En sus años parisienses se apasionó por la historia, y al respecto escribió: «Entonces empecé a ver a España desde fuera, perspectiva que completa la visión desde dentro y la fecunda; pero además, ya muy pronto (según hoy percibo) fui adquiriendo una postura internacional o, quizá más exactamente, humana y mundial, aún para las cosas de España.»[6]

Tras su graduación en 1911, en lugar de seguir, como se esperaba, la carrera militar, consiguió un puesto de ingeniero en la Compañía de los Ferrocarriles del Norte. En Madrid trabó relación con los influyentes intelectuales del movimiento posregeneracionista, en su mayoría republicanos, y comenzó a escribir en la prensa de la capital sobre temas políticos y literarios. Añadió una dimensión anglosajona a su francofilia, al visitar Inglaterra por primera vez en 1910 y casarse en 1912 con Constance Archibald, una dama escocesa historiadora de la economía a la que conoció en París. Para entonces, se le consideraba ya parte del grupo de intelectuales al que en años posteriores se conocería como el de los «hombres de 1914». Encabezado por José Ortega y Gasset y con figuras como Manuel Azaña, Fernando de los Ríos, y el historiador Américo Castro, este grupo estableció la Liga de Educación Política, de la cual surgieron primero el semanario *España* y, con el tiempo, el diario *El Sol*[7].

Luis Araquistain, uno de los más destacados intelectuales del grupo, obtuvo de los aliados apoyo financiero para *España*, pues deseaban que se oyera su voz en la gran polémica que dividía al país respecto a la guerra. Araquistain había trabajado en Londres para el llamado Comité de la Wellington House, como se conocía la oficina secreta de propaganda de guerra. Cuando John Walter, presidente del consejo de administración del *Times* llegó a Madrid como representante del gobierno británico y encargado de reclutar a alguien que escribiera propaganda favorable a los aliados orientada específicamente al público español, Araquistain le recomendó a Madariaga. Éste dejó su empleo y se fue a vivir a Londres, como redactor con dedicación exclusiva del departamento de información del Foreign Office (el Ministerio de Asuntos Exteriores), para escribir artículos que distribuiría la Agencia Anglo-Ibérica[8].

Madariaga dirigió de hecho la política exterior de España en la Sociedad de Naciones a través de los discursos que él escribía y que Alejandro Lerroux, ministro de Asuntos Exteriores, leía en Ginebra con su detestable francés.

Durante la campaña contra Azaña (en la foto, preso en el destructor Sánchez Barcaiztegui*) a raíz de la revolución de Asturias de 1934, Madariaga escribió un artículo muy valiente en defensa del dirigente de la izquierda republicana.*

Los franquistas, con evidente malicia, citaron a Madariaga, autor de Anarquía y jerarquía, *como un intelectual precursor de su régimen.*

Después de la guerra, las necesidades económicas lo obligaron a volver a España y a su profesión como ingeniero de minas. En Madrid se aburrió pronto, y se dedicó a traducir y escribir de vez en cuando artículos para las prensas española y británica, como el *Times Literary Supplement* y el *Manchester Guardian*. Convenció a un tío suyo, influyente diputado a

Cortes, de que lo recomendase para un puesto de asesor transitorio de la Conferencia sobre Tránsito, de la Sociedad de Naciones, que debía reunirse en Barcelona en la primavera de 1921. Tanto impresionó al secretario general de la conferencia, el francés Robert Haas, y al presidente de la misma, Gabriel Hanotaux, que le ofrecieron un puesto permanente en la oficina de prensa de la secretaría de la Sociedad de Naciones, a partir de 1921[9]. Su conocimiento de lenguas y su agilidad mental le permitieron ascender rápidamente hasta llegar, en diciembre de 1922, a jefe del Departamento de Desarme de la Sociedad de Naciones, cargo que ocupó hasta 1927.

Durante estos años, se formó una visión auténticamente internacional de las cosas. Se sentía amargamente decepcionado al ver que la Sociedad de Naciones no llegaba a convertirse en una verdadera organización mundial, hecho que atribuía a la ausencia en ella de Estados Unidos. Su Libro *Disarmament*, publicado en 1929 por la Oxford University Press, afianzó su reputación y, al mismo tiempo, afirmó públicamente su entrega a la causa de un gobierno mundial. Aspiraba a una «comunidad mundial que reglamentara su funcionamiento de A a Z basándose en el principio de que el mundo es uno y de que hay un interés común, que ha de desentrañarse el nudo de los intereses en conflicto, y, una vez desentrañado, ha de servirse el interés común». Consideraba la negativa de Estados Unidos a adherirse a la Sociedad de Naciones un obstáculo importante a la paz mundial. Siempre conservó cierta amargura ante lo que para él constituía una traición a los ideales de Woodrow Wilson[10]. En aquel momento España vivía bajo la dictadura del excéntrico general Primo de Rivera. El diario *El Sol*, el gran periódico liberal de Madrid, invitó a Madariaga a publicar en sus páginas artículos sobre la situación mundial. Debido a las normas de la Sociedad de Naciones, los firmó con el seudónimo de Sancho Quijano.

Madariaga continuó propugnando una mediación en la guerra civil española mucho después de que ya fuera evidente que no había ninguna posibilidad de conseguirla.

Al término de la guerra civil Madariaga se había recobrado de la escéptica simpatía que mostrara hacia Franco. Ahora le mostraba una aversión sólo sobrepasada por su oposición al comunismo. (Desfile de la Victoria en Madrid.)

BOLETIN
de la Secretaría del Consejo Privado de
S.A.R. EL CONDE DE BARCELONA

NOTAS DE LA CAUSA MONARQUICA

ENTREVISTA CON EL CONDE DE BARCELONA
(Nota entregada a la prensa con carácter oficial)

De no ser por la exclusión de los comunistas, podría verse de muchas maneras Múnich –en 1962– como la prefiguración del gran movimiento de consenso democrático que daría sus frutos en los años setenta. (Nota del conde de Barcelona desautorizando el encuentro de Múnich.)

Salvador de Madariaga a su regreso a España tras los largos años de exilio. En la rueda de prensa en Barcelona le acompañan su esposa Mimí y Rafael Borràs.

En el curso de esta colaboración tuvo problemas con la maquinaria censora establecida por la dictadura. En parte debido a ello, empezó a considerarse a Madariaga como uno de los más importantes intelectuales republicanos exiliados. Esto no era del todo cierto, pero Madariaga tenía escasa simpatía por la decadente monarquía. En 1926 conoció a Alfonso

XIII en la embajada de España en París. El rey le pareció frío, distante e indiferente ante los problemas de política exterior: «Me dejó con la impresión de que ya no era el número uno en España, sino un elemento decorativo e histórico en el régimen del dictador». Según Madariaga el rey había cometido «la pifia más garrafal de su reinado» al aceptar la dictadura de Primo de Rivera. Acabó llegando a la conclusión de que el monarca cayó porque «había bajado de la imparcialidad del trono al partidismo de la palestra[11]».

En 1927 dimitió de su cargo en la Sociedad de Naciones, debido a un descenso de categoría, y tuvo la suerte de que le ofrecieran la recientemente creada cátedra Alfonso XIII de estudios hispánicos, en la Universidad de Oxford, gracias a la recomendación y las gestiones de su amigo Henry Thomas, a la sazón jefe de la sección de libros españoles y más tarde director del Museo Británico. La Oxford University Press ya había publicado, en 1920 y 1923 respectivamente, sus libros *Shelley and Calderon* (aparecido en Madrid en 1922 con el título *Ensayos anglo-españoles*) y *The Genius of Spain* (aparecido en Barcelona en 1923 con el título *Semblanzas literarias contemporáneas*). En 1927 H. A. L. Fischer, rector del New College, le pidió que escribiera un volumen sobre España para una colección que dirigía. El nombre de su cátedra puso a Madariaga en una situación algo incómoda ante sus amigos políticos españoles. Le divirtió mucho que, tras haberle sido negada una cátedra de inglés en la Universidad de Madrid porque no poseía un doctorado, en Oxford le dieran este título por decreto. Más tarde escribió que estaba «predestinado a entrar en las instituciones por las ventanas, a llegar pronto, a hacer bastante ruido en ellas y a dejarlas al cabo de no mucho tiempo». Como dijo cuando llegó a la facultad de lenguas modernas:

> Entraba en la Facultad de Lenguas Modernas como un advenedizo, como ingeniero de minas que era, sin título universitario de humanidades, griego nulo, poco latín, autoridad nula en filología; por último, era ajeno a las modas y maneras de Oxford, esas formas sutiles de conducta, cosas consabidas, detalles esotéricos, gentes conocidas, ademanes tácitos, ciertos dichos o silencios, que van modelando la guija humana bien rodada por las aguas de la costumbre[12].

El ambiente social e intelectual, que le parecía más propio de un monasterio de lamas tibetanos, lo dejaba perplejo.

> En aquellos tiempos, gobernaba el Colegio de Exeter un grupo de eruditos curados y recurados por frecuentes inmersiones en cubas de jerez y oporto, cuyos colores culebreaban en los diminutos riachuelos de su tez; hombres dueños de su almario, seguros poseedores de su cerebro, cuyos ojos, desde lo hondo de sus cuevas, solían a veces iluminarse con destellos de humorismo, ingenio, desdén, todo menos sorpresa, ojos que habían leído todo lo que cabe leer y no aguantaban ya más tristeza, andaban lentamente, y lentamente hablaban y pensaban; pero ya lo sabían todo. Lamas de un Tíbet occidental, cuyas asambleas fluían en el cauce del tiempo como un río lento y rumoroso que no iba a ninguna parte.

Todavía le extrañaban más las condiciones de vida del Exeter College y el hecho de que aún no hubiera llegado allí la costumbre de un cuarto de baño por persona. Para evitar el riesgo de pulmonía, ya fuera quedándose en su habitación, ya vagando en busca de un baño, huyó al hotel Randolph. Visitó el All Souls College, cuyo rector era entonces el vicecanciller de la universidad, y le impresionó la comida que allí se servía. Madariaga disfrutó de Oxford y regresó a la universidad a lo largo de toda su vida, pero nunca se encontró cómodo con la existencia académica y le sorprendía que pudiese ser a la vez agotadora y tediosa. Como la mayoría de quienes escriben su autobiografía —quizá menos que la mayoría—, Madariaga no tenía la costumbre de difamar a su biografiado, pero por una vez casi lo hizo, al describir sus hábitos de profesor en Oxford. Se le consideraba en todas partes un brillante improvisador, pero, según reconoció, le asombraba la cantidad de energía intelectual que le exigían sus *tutorials*, es decir, el guiar los estudios de los estudiantes que le estaban encomendados. Solía llegar tarde, olvidaba sus obligaciones y fingía no saber nada de nada[13].

Además de darse poco a poco cuenta de que la enseñanza no era su vocación, se sentía frustrado por el fracaso de sus esfuerzos para modificar la manera en que se enseñaba el español y relacionar la enseñanza de la lengua con la de la historia, el arte y la política del país. En el otoño de 1930 inició un año sabático con una gira de conferencias por Estados Unidos, México y Cuba, y mientras estaba de viaje cayó la monarquía española. Al llegar a La Habana, el 1 de mayo de 1931, se enteró por la

prensa de que, sin consulta previa, había sido nombrado embajador español en Washington. Dado que el grueso del cuerpo diplomático español era monárquico, la nueva República recurrió a algunos de sus más conocidos intelectuales: Ramón Pérez de Ayala fue a Londres, y Américo Castro a Berlín. A Madariaga le sorprendió algo su nombramiento. Sin embargo, como pasivo opositor a la dictadura de Primo de Rivera, y muy impresionado por la transición sin sangre a la República, aceptó, no sin algunas dudas, ya que le tocaría estar a las órdenes del turbio ministro de Asuntos Exteriores Alejandro Lerroux[14].

Madariaga sólo permanecería en Washington un total de siete semanas. Apenas había presentado sus cartas credenciales cuando la notoria incompetencia de Lerroux para su ministerio le obligó a representar a España en el Consejo de la Sociedad de Naciones. Lerroux había sido nombrado ministro de Asuntos Exteriores sólo porque sus colegas de conspiración —los del Pacto de San Sebastián de 1930—, creyeron que era el ministerio que le daba menos oportunidades de corrupción. Madariaga, pues, dirigió de hecho la política exterior de España a través de los discursos que él escribía y Lerroux leía en Ginebra con su detestable francés. Las deficiencias lingüísticas de Lerroux determinaban, además, que no pudiera seguir las deliberaciones[15]. En enero de 1932 se resolvió la anómala situación de Madariaga como embajador en Washington y residente casi permanente en Ginebra. En esa fecha, en efecto, fue trasladado a París[16].

Madariaga tuvo en Ginebra más influencia de la esperada, porque la caída de la monarquía había entusiasmado a muchos países latinoamericanos. La desaparición de una España católica, aristocrática y monárquica, asociada con una forma opresiva de gobernar abandonada ya en el siglo anterior, ayudó a dar nueva vida a la concepción de una madre patria. Una España liberal tenía más probabilidades de crear algo análogo a la Commonwealth o, al menos, de actuar como interlocutor entre América Latina y Europa[17]. Por esto, los delegados latinoamericanos tendían a seguir a Madariaga y llegaron a concederle una considerable categoría en la Sociedad de Naciones. Además, ya que Lerroux entendía muy poco de

política exterior, Madariaga, carente de instrucciones concretas, disponía de mucha libertad, que empleó para apoyar cuantas decisiones realzaban la importancia de la organización.

Durante su segundo período en ésta, el acontecimiento internacional de mayor importancia con el cual tuvo que tratar fue la invasión japonesa de Manchuria, en septiembre de 1931. Madariaga creyó que Japón atacaba, tanto como a la misma China, el concepto de organización mundial, y consideró que la respuesta acomodaticia de la Sociedad de Naciones fue crucial para alentar la posterior agresión de Hitler. Sus esfuerzos para coordinar la acción internacional llevaron al ministro británico de Asuntos Exteriores, Sir John Simon, a llamarle «la conciencia de la Sociedad de Naciones» y le hicieron ganar también el apodo de «Don Quijote de la Manchuria». Consiguió que la cuestión se plantease en la Asamblea de la Sociedad de Naciones, pero su acción contra un agresor precisaba del acuerdo de todo el Consejo y también, en este caso, del de Estados Unidos, que creía que era mejor dejar que Japón se las entendiera con la camarilla de recalcitrantes militares considerados responsables de la situación. Así pues, los esfuerzos de Madariaga fueron vanos.

Tanto el ministro de Asuntos Exteriores, Luis de Zulueta, como el primer ministro Manuel Azaña, habían llegado a creer, ya en febrero de 1932, que Madariaga «ve demasiado a España como una pieza de la Sociedad, y hay que frenarlo, mirando al interés de España, para no lanzarse a quijotadas. Esto es a propósito del Japón, con el que no nos conviene ponernos mal[18]». En marzo, Zulueta indicó a Azaña que «Madariaga se olvida a veces, en la Sociedad de Naciones, de que representa a nuestro país, y procede como un “intelectual”[19]».

Un mes más tarde, Zulueta se quejaba de nuevo de los efectos en las relaciones de España con Japón de la posición adoptada por Madariaga respecto a Manchuria: «Madariaga toma posiciones quijotescas a favor de China que nos indisponen con el Japón.»[20]

Cuando Madariaga sugirió, acaso ingenuamente, a Sir John Simon que la Sociedad de Naciones debía ejercer mayor presión sobre Japón, Simon le

contestó preguntándole si la escuadra española estaría al lado de la Sociedad de Naciones. Sir Robert Vansittart escribió más tarde que

> Partidarios de la Sociedad y espíritus puros como Madariaga no podían ver los hechos escuetos más allá de sus ideales. Declaró que «las pequeñas potencias estaban dispuestas». Pero ¿con qué y para qué? «La armada española estará siempre al lado de la armada británica, cuando la armada británica apoye el Pacto», le dijo a Simon. El Señor no había olvidado su Sheridan. «La flota española no puedes ver / porque todavía no está a la vista.»[21]

Por cierto que en la misma época Azaña señaló, hablando con el comentarista francés Ange Marvaud, que la actividad de Madariaga en Ginebra sería mucho más eficaz si estuviera apoyada por una escuadra poderosa[22].

Sin embargo, sus actividades en este período a la cabeza de los llamados «ocho categóricos» (Noruega, Checoslovaquia, Suecia, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Suiza y España) sirvieron para que España se diera a conocer otra vez[23]. No hay mejor prueba de ello que el fastidio que causó a la Italia fascista lo que se describió con malhumor como el «*fanatismo ginevrino e francofilo*» de Madariaga. A los italianos les molestaba especialmente el que un internacionalista tan fervoroso pudiese actuar con autonomía. Su embajador en Madrid, Raffaele Guariglia, se quejaba con frecuencia al ministro de Asuntos Exteriores Luis de Zulueta, y más tarde a Lerroux, cuando éste fue primer ministro a finales de 1933, de lo que calificaba de monopolio exclusivo de Madariaga sobre la política española en la Sociedad de Naciones, y del «control que ejercía Madariaga» sobre los sucesivos ministros de Asuntos Exteriores[24].

En el verano de 1933, mientras estaba en Madrid, Madariaga visitó al entonces recién nombrado embajador norteamericano en España, Claude Bowers. El «hombrecillo flaco con su inteligente rostro de profesor» impresionó al diplomático. Bowers lo encontró «encantador, brillante, ingenioso, lleno de humor, más idealista que realista, un soñador». Pronto comprendió por qué desagradaba tanto a los italianos: «Ha dado un ejemplo de fidelidad al pacto [de la Sociedad de Naciones] que debe haber resultado embarazoso para algunos de sus colegas». Poseía «una gran capacidad de

ira virtuosa», señaló Bowers, «que molestaba al mundillo diplomático, y cuando denunciaba a los fabricantes de municiones como manufactureros de guerras, los reaccionarios de la prensa subvencionada de París pidieron su destitución, por motivos nada desinteresados[25]».

Madariaga siguió en Ginebra hasta la primavera de 1934, cuando regresó a España para ser brevemente ministro de Instrucción Pública del gobierno de Lerroux, y aún más brevemente ministro de Justicia. Su posición política en España resultaba curiosa. En las elecciones de junio de 1931 fue elegido diputado por La Coruña como candidato de un grupo local de izquierda liberal, la Federación Republicana Gallega. Lo habían escogido como candidato y elegido enteramente *in absentia*, por su prestigio intelectual. Se hizo enemigos en ambos bandos de las Cortes por hablar, en 1931, en contra de la idea de procesar a Alfonso XIII. Durante el debate de la nueva Constitución destacó por sus esfuerzos para que se incluyera la famosa cláusula por la cual España renunciaba a la guerra como instrumento político. Esperaba ser ministro de Asuntos Exteriores, pero Azaña le ofreció el Ministerio de Hacienda, que rechazó alegando, cosa inaudita entonces, su ignorancia con respecto a las finanzas. Creía, y con razón, como se ha visto, que Azaña no le ofrecía la cartera de Asuntos Exteriores porque, conociendo la debilidad militar española, temía que Madariaga, cuyo idealismo consideraba peligroso, comprometiera en iniciativas de la Sociedad de Naciones un peso que España no poseía. Pero Madariaga se sintió amargamente decepcionado por el nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores del historiador Claudio Sánchez Albornoz[26].

Sin prestar atención al significado político de su decisión, Madariaga aceptó formar parte de los gobiernos de Lerroux. Debido a su alianza con la CEDA, católica y autoritaria, encabezada por José María Gil-Robles, Lerroux era ahora objeto del odio de la izquierda. El 3 de marzo de 1934, Madariaga, que no estaba realmente afiliado a ningún partido y era en cierto modo ajeno a la política de Madrid, aceptó, sin embargo, ser ministro de Instrucción Pública. Dejó su embajada en París y ocupó su cargo con curiosidad y entusiasmo. Pronto descubrió que encajaba tan poco en las

realidades cotidianas de la política como en las de la vida académica. Cuando apenas comenzaba a dominar los problemas de la educación en un país con una infraestructura mínima de escuelas, universidades y personal apropiado, se le pidió que ocupara también el Ministerio de Justicia. El hecho de que accediera es revelador de su falta de cinismo político. Pero duró apenas diez días en el cargo. El 28 de abril cayó el gobierno Lerroux. Dependía, para su supervivencia, de los votos de la derechista CEDA, que lo empujaba a proponer una amnistía que abarcaría al general Sanjurjo, cabeza visible del golpe militar el 10 de agosto de 1932. Esto provocó la división del Partido Radical y la caída del gobierno. Casi todo esto estaba fuera del alcance de Madariaga, pero se le consideró cómplice de la extrema derecha, como al resto del gobierno[27]. Al día siguiente de la caída de Lerroux, Madariaga visitó a Bowers «de buen humor, nada abatido por salir del ministerio, pues conservaba su puesto de portavoz español en Ginebra, que significaba para él más que cualquier cargo en el gobierno[28]». No se daba cuenta de que, si no había ocurrido ya antes, desde ese momento el oprobio de la izquierda estaba garantizado para el resto de su vida, y nunca comprendió cuáles eran las razones.

De hecho, su falta de sentido de cuándo convenía plegar velas constituía una de las características más simpáticas de Madariaga. Esto se vio después del fracaso del levantamiento de los mineros, en octubre de 1934, intento desesperado de la izquierda para impedir el establecimiento de un gobierno autoritario. El levantamiento contra la admisión de la CEDA en el gobierno indignó a Madariaga. Pero cuando la derecha trató de aprovechar la ventaja que el fracaso de la izquierda le había dado para destruir a Manuel Azaña, se mostró igualmente indignado. El nuevo gobierno de coalición CEDA-radicales mandó encarcelar a Azaña y lo hizo juzgar por complicidad con el levantamiento[29]. Durante la campaña contra el dirigente de la izquierda republicana, Madariaga escribió un artículo muy valiente en su defensa. Como consecuencia de ello la derecha comenzó a mirar a Madariaga con tanta desconfianza como lo hacía la izquierda. Su gesta garantizó, desde luego, que la coalición CEDA-radicales no lo nombrara representante permanente de España en la Sociedad de Naciones, aunque, a falta de

alguien más adecuado, continuó utilizándolo en Ginebra cuando el caso lo requería[30].

Fue sintomático de la fatal propensión de Madariaga a meterse en los campos minados de la política sin una clara dirección hacia la derecha o hacia la izquierda, que poco después de dejar sus cargos escribiera su libro *Anarquía y jerarquía*. Era una obra implícitamente corporativista en la que atacaba el sufragio universal como una forma de «democracia estadística». En su lugar ofrecía una fórmula de lo que llamaba «democracia orgánica», en la cual el poder emanara de cuerpos representativos compuestos de varios grupos sociales, la familia, etc. Estas ideas formaban parte de las concepciones regeneracionistas y enlazaban con Joaquín Costa y Luis Araquistain[31]. Desgraciadamente, su crítica de la democracia no era muy diferente de la que circulaba entre los oponentes derechistas de la Segunda República. Para empeorar las cosas, Madariaga se reunió en 1935 con el general Franco en el hotel Nacional de Madrid, y luego le ofreció un ejemplar de su libro. Encontró inteligente y cauteloso al general, que entonces era jefe del Estado Mayor[32]. Para indignación de Madariaga, hubo quienes arrancaron de su «democracia orgánica» sus elementos auténticamente democráticos, y el régimen de Franco la expropió y desfiguró, como sustituto de la democracia parlamentaria que había suprimido brutalmente. Se habría sentido igualmente inquieto si hubiese sabido que Mussolini leyó su libro sobre España y dijo que le ayudó a decidirse a apoyar a los derechistas españoles que lo visitaron el 31 de marzo de 1934 para pedirle ayuda[33]. Más adelante, los franquistas, con evidente malicia, citaron a Madariaga como un intelectual precursor de su régimen. De igual modo, en 1959 los servicios de propaganda de la dictadura trataron de utilizar a Madariaga contra el PSOE publicando en un folleto antisocialista fragmentos de su libro sobre España[34].

Las concepciones de Madariaga siguieron firmes en lo referente a los problemas de la democracia inorgánica, la demagogia y la corrupción implícita en las campañas electorales. En 1955 las repitió en su libro *De la angustia a la libertad*. Con un lenguaje que recuerda al de Ortega y Gasset, escribió que «el meollo del problema contemporáneo está en la excrecencia

malsana de la masa», compuesta de unidades humanas que han perdido todas sus señales de individualidad como consecuencia de la industrialización, la urbanización y la centralización. De nuevo, aspiraba a sustituir las instituciones impersonales de la democracia parlamentaria o «estadística» por las «orgánicas» emanadas de la familia y el municipio[35].

Mientras escribía *Anarquía y jerarquía*, seguía representando, sobre una base *ad hoc*, a España en la Sociedad de Naciones. En 1935 presidió el Comité de los Cinco (España, Francia, Gran Bretaña, Polonia y Turquía), que trató en vano de impedir la agresión italiana a Abisinia. Sus fervorosos esfuerzos para iniciar la mediación de la Sociedad de Naciones en el conflicto etíope provocaron cierto cinismo burlón sobre lo que se consideraba su enfoque obsesivamente ético y humanitario. José Antonio Primo de Rivera, el jefe de la fascista Falange, se refirió a Madariaga y a quienes compartían sus ideales como «palurdos deslumbrados». Sin embargo, sus esfuerzos para satisfacer las exigencias británicas de sanciones contra Italia le valieron la aprobación y luego la amistad de Anthony Eden[36]. No podía saber que el joven diplomático Felipe Ximénez de Sandoval enviaba detallados informes acerca de su actividad a José Antonio Primo de Rivera, quien a su vez estaba en contacto con los italianos[37].

Poco después de la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, Madariaga fue, sin darse cuenta, objeto de una agria polémica cuando se reveló a la prensa una nota confidencial que había enviado a miembros de la Sociedad de Naciones acerca de algunas reformas en su estructura. Le sorprendieron los venenosos ataques que se dirigían contra él, especialmente los publicados en la prensa republicana y socialista. Se debían, en gran medida, al resentimiento por su breve estancia en el Ministerio de Justicia durante la cuestión de la amnistía a Sanjurjo. En consecuencia, anunció que ya no estaba disponible para prestar sus servicios al gobierno y se retiró a su cigarral de Toledo, a orillas del Tajo. Como dijo entonces, «en 1936 era yo un parlamentario europeo liberal cuando a la gente no le interesaba ni Europa ni el sistema parlamentario ni el liberalismo. Ésta fue la causa verdadera de mi emigración[38]». Poco

después estalló la guerra civil española, y no sin dificultad consiguió salir primero hacia Ginebra y luego rumbo a Londres. Su capacidad para provocar las iras de la izquierda se había manifestado en un momento poco oportuno. Un artículo en el que argumentaba que desde el punto de vista de la libertad no había diferencia entre marxismo y fascismo, apareció en el diario *Ahora* el 21 de julio de 1936, tres días después de la rebelión militar. No hizo precisamente amigos al negarse a tomar partido y al adoptar una posición que describió como «abstenerse» de la guerra civil[39].

Tal vez amargado por el modo como lo habían tratado los republicanos, a los que consideraba sus amigos, Madariaga dio la espalda a la República. Creía que ambos lados eran igualmente culpables y, sobre todo, que la República no había realizado las reformas agraria y fiscal, que luego describió como las dos «más escandalosas injusticias que tenía el deber de corregir[40]». Esto sólo podía decirlo alguien que había pasado los cinco años anteriores fuera del país y que, por lo tanto, no había sido testigo de los titánicos esfuerzos de la República para aplicar una reforma agraria en contra de la tenaz obstrucción de la oligarquía terrateniente. Fuera cual fuere la justicia de sus quejas de la República, su declaración de neutralidad en la guerra civil provocó más hostilidad contra él que cualquier otro aspecto de su carrera.

Pese a las críticas de la derecha y de la izquierda, se entregó a un intento, loable aunque condenado al fracaso, de llevar la paz a España. Lo hizo con una mezcla de idealismo que no tenía en cuenta la realidad, lo cual podría explicarse, acaso, por la curiosa combinación de su nacimiento en las brumas celtas de Galicia y su educación científica en Francia. Como los esfuerzos de mediación del gobierno uruguayo y del presidente español Manuel Azaña, sus impetuosos esfuerzos no fueron bien recibidos por ninguno de los dos bandos[41]. De hecho, poco antes de que saliera de España, el embajador en Londres, Julio López Oliván, le dijo a Anthony Eden que le preocupaba la seguridad de Madariaga, porque era sabido que los comunistas no lo apreciaban[42]. Según su amigo Pablo de Azcárate,

> […] llevado de su temperamento impulsivo […]. No se daba cuenta de que la atmósfera que rodeaba su personalidad en España distaba astronómicamente de la que en cuanto a prestigio político, autoridad moral y consideración general hubiera sido necesario, no sólo para salir airoso de la dificilísima empresa a la que con tanta ligereza se proponía lanzarse, sino para iniciarla en las condiciones mínimas indispensables para que a los ojos de los españoles de uno y otro bando, no apareciera cubierta de lo que más eficaz e irremediablemente esteriliza una iniciativa: ridículo[43].

El 18 de agosto de 1936 escribió desde Ginebra a Eden diciéndole que creía que los dos bandos estaban equilibrados y que ninguno podía vencer, que la falta de autoridad del gobierno sobre los extremistas le había privado del monopolio de la legitimidad, y que no se libraba una guerra por la libertad y la democracia contra la tiranía, pues ambos lados eran favorables a regímenes incompatibles con la libertad y la democracia. En consecuencia, argüía que la Gran Bretaña debía intervenir por motivos humanitarios con el fin de poner término a la guerra antes de que empezara una plena intervención por parte del Eje o de la Unión Soviética[44] Parece que no se daba cuenta de que casi un mes antes Hitler había decidido iniciar *Unternehmen Feuerzauber* (operación Fuego Mágico) para ayudar a los nacionalistas y que había también planes soviéticos para ayudar a la República[45].. Madariaga se puso a la disposición de Eden para trabajar por el establecimiento de un gobierno neutral. Cuando Eden enseñó esta carta a López Oliván, el desolado embajador español en Londres no compartió el optimismo de Madariaga[46]. Sin embargo, la carta de Madariaga provocó en el Foreign Office una serie de notas de Sir Robert Vansittart, Sir Alexander Cadogan y Sir George Mounsey; los tres coincidían en que debía alentarse a Madariaga a que formulara propuestas concretas. Lo hizo el 24 de agosto, en otra carta a Eden. Proponía que se constituyese un comité de tres potencias, presidido por Gran Bretaña, para organizar una intervención humanitaria y obligar a ambos bandos a aceptar un gobierno de personalidades que no estuvieran comprometidas con la Monarquía, la República o la junta de Burgos; proponía también que las Fuerzas Armadas y las de orden público se pusieran, para mantener la paz, a las órdenes de oficiales de Gran Bretaña, México y Argentina. Los funcionarios del Foreign Office W. H. Montagu Pollack, Sir Horace Seymour y Sir

Alexander Cadogan advirtieron enseguida que las posibilidades de que los dos bandos aceptaran este utópico plan eran extremadamente remotas. Cadogan hizo notar que «el señor Madariaga siempre está dispuesto a galopar hacia delante[47]». Aun cuando Gran Bretaña hubiese adoptado el plan, había pocas personalidades apropiadas para formar el gobierno neutral, a excepción del propio Madariaga, aunque él siempre negó albergar tal ambición.

Con respecto a esto, el 19 de febrero de 1937 escribió a Fernando de los Ríos que le apenaba el que se pensase que albergaba ambiciones «de prosperar a toda costa en la política española[48]». De hecho, en ese momento consagraba sus energías a organizar la Fundación Mundial (*World Foundation*). Por esta razón se esforzó en evitar hablar de la guerra civil española:

> Mi silencio sobre España me supuso una dura prueba en los Estados Unidos, donde aquel invierno pasé tres meses dando conferencias y donde a mis auditores, como es natural, les resultó difícil comprender que me negara a hablar de la guerra civil. Mis motivos eran evidentes: no podía hablar a favor de los rebeldes, porque negaban todo lo que yo consideraba válido; no podía hablar por los revolucionarios, no sólo porque no creía en sus métodos (ni, en el caso de algunos de ellos, en sus objetivos), sino porque no defendían lo que decían defender. Se llenaban la boca con democracia y libertad pero no permitían vivir ni a la una ni a la otra[49].

El corolario de esto fue que mientras estaba dando conferencias por medio mundo, tratando de organizar la Fundación Mundial, se encontró todavía más fuera de contacto con los acontecimientos españoles.

En consecuencia, algunos de sus juicios fueron erróneos, especialmente su creencia, durante el primer año de la guerra, de que Franco podía proporcionar la autoridad y el empuje reformador necesarios para llevar a cabo los cambios que la República había sido incapaz de realizar. El 25 de septiembre dijo a Lloyd George (ex primer ministro) que Franco estaría en Madrid antes de un mes y que era «capaz, valiente y limpio» y debía hacer concesiones al campesinado. La solución ideal, creía, sería «un entendimiento entre Franco y Prieto». Añadió que se esforzaba en que se consiguiera esto. Lloyd George se mostró escéptico acerca del triunfo

inmediato de Franco. Un par de días después, Madariaga repetía a su amigo, Thomas Jones, que «si Franco y Prieto unen sus fuerzas, cree que todavía puede llegar su propia oportunidad». Describió a Jones su libro *Anarquía y jerarquía* como un programa constitucional que habría podido evitar la guerra civil. Pensar que Franco y Prieto pudieran llegar a un acuerdo sobre la base del programa de Madariaga constituía un fantasioso error de cálculo[50].

El 11 de octubre publicó en el *Observer* un artículo titulado «Spain's Ordeal» («El sufrimiento de España»), que irritó a muchos en ambos bandos, pues presentaba a republicanos y rebeldes como igualmente legítimos. Ofendió especialmente a la izquierda al expresar su nada realista creencia de que Franco podía salvar a España si lograba librarse de los reaccionarios que lo rodeaban y se convertía en promotor del resurgimiento nacional[51]. En términos de lo que estaba sucediendo en España, después de las atrocidades cometidas en ambos lados, con los frentes de combate ya consolidados, con un gobierno obrero en Madrid finalmente establecido bajo Largo Caballero, y con los derechistas más duros predominando en Burgos, con la ayuda soviética camino de la República y las ayudas del Eje afluyendo a raudales, pocas posibilidades había de llegar a un acuerdo. Sin embargo, cinco semanas después, el 3 de noviembre de 1936, Madariaga dijo a Thomas Jones que seguía confiando en que Franco aplicara un programa izquierdista para el campesinado[52]. Por muy erróneas y fuera de lugar que fuesen estas concepciones, su firme decisión de permanecer *au dessus de la melée* le daría, después de terminada la guerra civil, una inesperada autoridad moral.

Continuó propugnando una mediación mucho después de que resultara evidente que no había ninguna posibilidad de conseguirla. El 6 de noviembre de 1936 escribió a Anthony Eden exponiendo un plan que Sir George Mounsey consideró «absolutamente impracticable» y del que Sir Robert Vansittart dijo que «temo que no funcionaría[53]». El 7 de diciembre de 1936, desayunó con Lord Cranbourne, subsecretario del Foreign Office. Aún confiaba en que sería posible un compromiso entre Franco y Prieto, pues dijo que «el general Franco había entrado con renuencia en el conflicto

y está dispuesto a escuchar consejos moderados». Madariaga volvió a sugerir que, cuando se consiguiera un armisticio, debería formarse un gobierno compuesto por cinco representantes nombrados por la junta de Burgos y el gobierno de Valencia bajo un presidente neutral, y con los altos mandos del ejército a cargo de oficiales británicos, mexicanos y argentinos. Sir George Mounsey comentó en una nota acerca del informe que «de ambos bandos hemos escuchado, tanto de españoles como de extranjeros, que la enemistad que prevalece ahora en España es demasiado feroz para permitir cualquier tipo de intervención». Sir Robert Vansittart escribió que «dudo mucho que el señor Madariaga conozca España tal como es ahora, y hasta que alguna vez fuese una verdadera autoridad sobre su propio país». Como tantos de los planes de Madariaga, éste tenía coherencia intelectual, pero escasa relación con la realidad[54].

El 19 de julio de 1937, primer aniversario del comienzo de la guerra civil, Madariaga publicó simultáneamente en el *London Times*, el *New York Times* y *Le Temps* una carta abierta, con trágicas premoniciones, dirigida a ambos bandos. Señalaba que no podía haber vencedores y que quienquiera que ganase, España saldría derrotada. Eden citó el artículo en la Cámara de los Comunes, el mismo día de su publicación, y esto dio origen a extrañas especulaciones según las cuales el gobierno británico se proponía restablecer en el trono a Alfonso XIII con Madariaga como primer ministro. Aunque éste negó los rumores, y pese a que el plan era inconcebible, resulta difícil resistirse a la conclusión de que la idea le atraía[55]. El 31 de diciembre de 1937 volvió a escribir a Eden, pidiendo una intervención británica para imponer un armisticio[56]. Sin desanimarse por la falta de éxito, comenzó una frenética serie de visitas. El 6 de mayo se entrevistó con Sir Eric Phipps, embajador británico en París, a quien sugirió que Francia debería presionar al gobierno de la República para que apartara a los consejeros soviéticos, como preludio a un armisticio, y que Gran Bretaña debería presionar a Italia para que empujara a Franco hacia la mesa de negociaciones. Phipps no creía que «el gobierno francés estuviese dispuesto a presionar el actual gobierno español a suicidarse o a echar a todos los elementos de Moscú, ni que, si estuviera dispuesto a ejercer presión en este

sentido, el Duce estuviera lo bastante convencido de lo completo de la "purga" rusa para ejercer su influencia sobre el general Franco». Cuando informó a Londres sobre esta conversación, Sir George Mounsey comentó en una nota: «El señor Madariaga no nos da ninguna base sólida para sus opiniones ni para sus sugerencias.»[57]

Madariaga habló en París con Daladier y otros políticos, con la ingenua y desesperada esperanza de que hubiera alguna manera que permitiese a Francia enviar tropas para acabar la guerra española. De regreso en Londres, visitó al embajador portugués, Armindo Monteiro, pues conocía la estrecha relación de éste con Antonio Oliveira Salazar y su amistad con Anthony Eden. Monteiro, que lo había visto por última vez en Ginebra en junio de 1936, quedó impresionado al hallar a don Salvador «viejo y triste», ya canoso. Madariaga reiteró a Monteiro su esperanza de que una intervención de franceses y británicos lograse imponer la paz. Tras lamentar que la ayuda rusa a la República fuese una «calamidad», sugirió que una ayuda francesa importante a la República podría permitir un acuerdo de paz en términos de igualdad y, por lo tanto, sin represalias. Monteiro respondió que la guerra sólo terminaría con la victoria de uno de los dos bandos y que la intervención extranjera no provocaría otra cosa que una guerra general. Como podía esperarse de un representante de Oliveira Salazar, declaró que «para construir la paz hemos de partir de la victoria del general Franco». Ante esta respuesta, Madariaga habló de su otra gran preocupación del momento, la obra que estaba escribiendo sobre Cristóbal Colón[58]. Sin embargo, continuó buscando una mediación, tanto en Europa como en las Américas. A mediados de noviembre de 1938, con la suerte definitivamente en contra de la República en el valle del Ebro, se dirigió de nuevo a Monteiro, con la esperanza de que persuadiese a Salazar de que mediara. Sin embargo, como Monteiro le explicó cortésmente, las cosas habían llegado demasiado lejos[59].

Los cálculos de Madariaga sobre la guerra civil española y la posibilidad de una mediación habían resultado erróneos. Sin embargo, la importancia de que hubiese permanecido fuera de España quedaría clara con los años. Su papel en la lucha contra Franco fue importante y mucho

mayor de lo que podía esperarse. Como muchos aspectos de la resistencia a la dictadura, es difícil reconstruirlo y cuantificarlo. Dentro de España la oposición clandestina de los derrotados republicanos se enfrentaba a la cárcel, la tortura y la ejecución.

Fuera de España, los exiliados estaban dispersos por todo el mundo, desde América Latina a Europa oriental. Las divisiones en el campo republicano durante la guerra entre demócratas liberales, socialistas, comunistas, trotskistas y anarquistas se intensificaron a causa de la derrota y el exilio. Débiles y divididos, los republicanos sólo pensaban en dar la vuelta a la victoria de los nacionales, cosa que no podían conseguir sin la ayuda de las potencias occidentales[60]. En este contexto, Madariaga pudo desempeñar un papel mucho más decisivo de lo que hubiera podido imaginar.

Al término de la guerra civil, Madariaga se había recobrado de la escéptica simpatía que mostrara hacia Franco. Ahora le manifestaba una aversión sólo superada por su oposición al comunismo[61]. Desde su excepcional posición, podía ver algo que no percibía la mayoría de los dirigentes republicanos. Las potencias occidentales no se sentían inclinadas a ayudar a la República en el exilio, y ello por muchas razones. La consideraban contaminada por el comunismo. Sus divisiones internas no daban ninguna garantía de estabilidad. Además, apoyar a un lado entrañaba forzosamente la continuación de la guerra civil. En consecuencia, Madariaga veía la urgente necesidad de una alternativa no partidista a Franco. Como había permanecido fuera de España y no estaba atado a ninguna facción de la oposición, ocupaba una posición única para ayudar a crear esa alternativa. Después de la guerra civil, era una de las pocas personas con la categoría necesaria para pedir y obtener audiencia en el Foreign Office, el Departamento de Estado o las numerosas instituciones europeas a las que tenía acceso.

Durante la Segunda Guerra Mundial se consagró a propagar tanto la causa de los aliados como la del restablecimiento de la democracia en España. Había perdido todos sus bienes en Madrid, no durante la guerra, sino cuando las «fuerzas del orden» de Franco llegaron a la capital[62].

Madariaga emitía semanalmente un programa en español por la BBC dirigido a América Latina, tarea en la que continuó durante nueve años. También hablaba en castellano por el servicio español de la Radiodiffusion Française de las Fuerzas Francesas Libres, así como en francés para Francia. A largo plazo, sus escritos y emisiones tuvieron mayor impacto en España que sus esfuerzos para crear un gobierno alternativo a Franco capaz de suscitar el apoyo aliado.

A comienzos de 1940, sin embargo, cuando los dirigentes políticos británicos temían que la España franquista decidiera pagar la deuda que había contraído con el Eje, existía una atmósfera propicia para la constitución de un organismo representativo de elementos moderados del campo antifranquista capaz de emplearse para oponer a Franco la amenaza de un contragobierno. En el verano de 1940, con la tolerancia benévola del gobierno británico, se creó este instrumento de presión, con el nombre de Alianza Democrática Española, dirigida por el coronel Segismundo Casado, que se había rebelado contra Negrín y los comunistas en la última fase de la guerra civil. Madariaga fue su teórico principal, junto con otras figuras anticomunistas, como el socialista Wenceslao Carrillo y el anarcosindicalista Juan López Sánchez. Tuvo una vida breve y los británicos no le dieron el apoyo duradero necesario para que lograse el éxito. En ese momento, la influencia de Madariaga fue acaso menor de lo que hubiese podido ser debido a la distancia que lo separaba de los antifranquistas regionalistas, pues tanto el dirigente de los vascos exiliados en Londres, Manuel de Irujo, como el de los catalanes, Carles Pi i Sunyer, se negaron a unirse a la Alianza[63]. Hostil en cierta medida a las aspiraciones autonomistas, Madariaga entró en polémica con los dirigentes vasco y catalán exiliados en Inglaterra, pues creía, no sin razón, que los regionalistas ponían sus aspiraciones locales por encima de la lucha contra Franco. Veía en esto una de las causas más poderosas del fracaso del exilio antifranquista[64].

En otros períodos, hacia el final de la guerra mundial, hubo planes, sobre el papel, para constituir gobiernos que sustituyeran a Franco. El nombre de Madariaga solía ser uno de los barajados, junto con los de otros

moderados, como el doctor Marañón y Ortega. Así, en 1943 los dirigentes de la oposición monárquica Pedro Sainz Rodríguez y José María Gil-Robles trataron de constituir un gobierno que, esperaban, consiguiese el apoyo del británico. En 1946, corrieron de nuevo rumores esporádicos de un gobierno dirigido por el coronel Casado, con Madariaga en él[65].

Inmediatamente después del final de la guerra, Madariaga publicó un libro que tuvo cierta influencia, *Victors, Beware* (Londres, 1945), en el cual propugnaba una Europa unida. En él se conjugaban los temas dominantes del resto de la vida política de su autor: la unidad europea y el restablecimiento de la democracia en España. La España de Franco constituía el mayor obstáculo a estas aspiraciones. La continuación del Caudillo en el poder negaba a Estados Unidos la posibilidad de dar ayuda económica a España, y Madariaga veía en una España abrumada económicamente una invitación al comunismo para que provocara problemas[66]. Con estos argumentos, consiguió que el Departamento de Estado tomara en cuenta la cuestión. El 10 de marzo de 1947, Madariaga se entrevistó con John Hickerson, director provisional de la Oficina de Asuntos Europeos y con otros altos funcionarios del Departamento de Estado. Arguyó que la continuación de la dictadura franquista sólo era ventajosa para los rusos «y un desastre» para las potencias occidentales, ya que impedía, entre otras cosas, que «se completara un sistema atlántico de seguridad».

Madariaga proponía la restauración de la monarquía bajo don Juan de Borbón, y afirmaba que Franco se iría si Estados Unidos y Gran Bretaña estaban decididos a que lo hiciese. Sugirió el empleo de la fuerza, si fuese necesario, o, al menos, un embargo de las exportaciones a España de petróleo y algodón. Antes de esto, se enviaría un «emisario secreto» que representara a Gran Bretaña y Estados Unidos (sugirió que fuese Winston Churchill) para informar a Franco de la decisión de que debía marcharse. Esta idea, así como otros detalles relacionados con ella, se parecían notablemente a la propuesta norteamericana de una gestión conjunta presentada a Gran Bretaña en abril de 1947, pero rechazada por el ministro de Asuntos Extranjeros Bevin[67]. Madariaga perdió pronto las ilusiones de

que el gobierno británico intentase alguna vez seriamente desalojar a Franco del poder. En esa época, Gil-Robles vio a Madariaga en Oxford, donde le habló de su convicción de que el Foreign Office era el obstáculo mayor a cualquier acción contra Franco. A Gil-Robles le impresionó el hecho de que «su convicción monárquica y su repulsión al sufragio universal son mayores que nunca[68]».

Para entonces, habían llamado a Madariaga a tomar parte en numerosas organizaciones internacionales. La eminencia que esto le proporcionó confirió una notable resonancia a sus críticas a Franco. Fue el primer presidente de la Internacional Liberal, desde su fundación en 1947 hasta 1952, cuando se le eligió presidente de honor. Fue uno de los fundadores del Collège d'Europe y su presidente, así como miembro activo de la Unesco hasta que dimitió en protesta por la admisión de la España de Franco. El primer Congreso de Europa, reunido en La Haya en 1948, lo designó presidente de su comité cultural, cargo en el que continuó hasta 1964. Se le dio carta blanca para que recomendara a posibles delegados españoles y utilizó su influencia en el movimiento europeo para conseguir que se invitara a los dos dirigentes más influyentes de la oposición no comunista a Franco, el socialista Prieto y el monárquico Gil-Robles, quien no pudo asistir debido a que el gobierno español le retiró el pasaporte[69]. Madariaga había sido de los primeros en advertir que el acuerdo entre Prieto y Gil-Robles era la condición *sine qua non* para crear una alternativa realista a Franco capaz de obtener el apoyo de las potencias occidentales. En aquella época, el movimiento europeo se componía de Consejos Nacionales y de agrupaciones internacionales de socialistas, democratacristianos, etc. Para los países que sufrían una dictadura, se decidió invitar a consejos de exiliados, y Madariaga se dispuso a promover una oposición antifranquista unida en el marco de una poderosa plataforma europea.

Escribió a Prieto sobre la «irresponsabilidad separatista chocante» de los vascos y los catalanes, contra la cual sostuvo una campaña el resto de su vida[70]. Sin embargo, Prieto acabó por convencerle de la imposibilidad de persuadir a vascos y catalanes de que contuvieran su lenguaje, y Madariaga

decidió incluir a unos y otros en el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo. Así, según él, éste se convirtió en «lo que el gobierno de la República en la emigración no había logrado ser: el único organismo en el que se hallaban representados todos los colores del arco iris político español menos los totalitarios, comunistas y fascistas[71]». El Consejo Federal Español nunca llegó a ser una alternativa plausible, pero la publicidad que Madariaga generaba era una molestia constante para el régimen franquista. Organizó regularmente conferencias hispanoeuropeas bajo los auspicios del Movimiento Europeo, en París en 1950 y en Toulouse en 1955. En 1957 la sección española del Movimiento Europeo condenó y ayudó a hacer fracasar una propuesta norteamericana de ingreso de la España de Franco en la OTAN[72].

Como debía ganarse la vida, Madariaga seguía escribiendo. Su libro, «sin pelos en la pluma», sobre Simón Bolívar, a quien tachaba de «vulgar imitador de Napoleón con sueños de reinar sobre un imperio sudamericano», indignó tanto a los venezolanos que en Caracas colgaron una efigie del autor. En el período de posguerra, sin embargo, sus actividades políticas se consagraron a la tarea simultánea de echar a Franco y de fomentar la unidad europea. Hablaba frecuentemente por radio contra el dictador, alcanzando así una enorme audiencia. No destronó al Caudillo, pero el biógrafo oficial de éste lo calificó, más tarde, de «enemigo número uno de Franco[73]». Fue colaborador de las revistas del exilio *Ibérica* y *España Libre*, que se publicaban en Nueva York, y de la revista de Julián Gorkín *Mañana: Tribuna Democrática Española*[74]. Sin embargo, el decidido anticomunismo que profesaba menguaba su influencia sobre una oposición dominada por el Partido Comunista, efecto que también tenía su relación con el Congreso por la Libertad de la Cultura, del cual fue, durante un tiempo, presidente de honor y en cuya revista *Cuadernos* colaboró. Se había hecho amigo de Allen Dulles, director de la CIA, cuando Dulles era secretario general de la delegación norteamericana en la Sociedad de Naciones, y la amistad continuó en los años cincuenta[75]. Pero nada producía tanto impacto como sus alocuciones por radio. Su buen sentido y su humanidad ayudaban a mantener viva en la Península la idea de una

España civilizada, humanitaria y democrática. Cuando Madariaga denunciaba la gris prisión de la España franquista, no podía calificársele de bobalicón al servicio de Moscú. Por su posición durante la guerra civil se había ganado el prestigio de políticamente independiente. Típica de esta independencia era su línea de una «tercera vía» de oposición a comunistas y franquistas por igual. Hablaba con humor de «Yugoespaña», maravilloso juego de palabras que no sólo asociaba la dictadura de Franco con la de Tito sino que, además, ridiculizaba el símbolo falangista del yugo y las flechas[76]. Aparte de su indignación por el abuso de poder de Franco y la eliminación de la justicia en su país, el principal reproche de Madariaga al Caudillo era que preparaba «a España para el comunismo» con su política represiva, que impedía cualquier forma de actividad política fuera de la clandestina, lo cual favorecía a los comunistas. «El régimen actúa, sin proponérselo, como el mejor agente reclutador de los comunistas al etiquetar como comunista a cada adversario al que desea privar de su libertad.»[77] Detestaba la corrupción de «los zánganos y las langostas del régimen que devoran el patrimonio de la nación». Podría creerse que sus actividades periodísticas y radiofónicas tenían escaso efecto. Sin embargo, además de mantener vivo el interés en el mundo por la cuestión española y el franquismo, y de fortalecer la moral de la oposición democrática, tenemos ahora pruebas de que molestaban al propio Franco[78].

Madariaga detestaba asimismo el que la dictadura constituyera un obstáculo al ingreso de España en Europa y la OTAN, y preveía, con notable presciencia, la futura democratización del país con la entrada en ambas organizaciones. También previó la necesidad de un gobierno del centro liberal después de Franco[79]. La mayor aportación que hizo a la consecución de esto tuvo lugar en 1962. En mayo de 1960, como presidente de la Internacional Liberal, habló con su homólogo de la Internacional Socialista, Alsing Andersen, sobre la posibilidad de una reunión conjunta de los representantes de la oposición democrática antifranquista tanto de dentro como de fuera de España. Se trataba de crear una «asamblea de notables» compuesta por setenta personalidades del interior y cincuenta del exilio, y presentarla como alternativa democrática a la dictadura. Con esto

Madariaga esperaba poner fin a la idea, que el régimen franquista había explotado con tanto éxito, de que la única elección era entre franquismo y comunismo. El proyecto pronto ganó adeptos, y en España lo desarrolló la Asociación Española de Cooperación Europea, presidida por Gil-Robles. El plan condujo, finalmente, al IV Congreso del Movimiento Europeo, que se reunió en Múnich del 5 al 8 de junio de 1962 con el objeto de discutir la situación española bajo el lema «Europa y España».

La preparación de la reunión coincidió con una oleada de malestar entre los obreros de la industria en el norte de España y causó considerable alarma en el paranoico régimen. Relacionando las huelgas con la reunión de Múnich ideada por Madariaga, la prensa franquista anunció que se declararía el estado de guerra para enfrentarse al malestar social provocado desde el extranjero. Sin darse cuenta, el régimen reconocía el significado simbólico del congreso de Múnich. La oposición del exilio iba reconciliándose con los antifranquistas conservadores y con la nueva oposición que se había desarrollado en los años cincuenta. De no ser por la exclusión de los comunistas, Múnich podría verse de muchas maneras como la prefiguración del gran movimiento de consenso democrático que daría sus frutos en los años setenta. En Múnich se reunieron monárquicos, católicos y falangistas renegados con socialistas y nacionalistas vascos y catalanes. Pero de no haber sido por una intervención crucial de Madariaga, la reunión a punto estuvo de no realizarse. Cuando el 4 de junio por la tarde los dos grupos de delegados se encontraron en el hotel Regina Palace, Gil-Robles se opuso a la idea de un diálogo. En una cena organizada por Robert von Schendel, secretario general del Movimiento Europeo, don Salvador, ayudado por uno de los principales organizadores del congreso, Enric Adróher (conocido como Gironella) convenció a Gil-Robles que recapacitara. Se acordó que habría dos grupos de trabajo, la comisión A y la comisión B, dirigidos respectivamente por Gil-Robles y Madariaga. Dado que en ambos colaboraron miembros del interior y del exilio, se logró elaborar un documento conjunto que, tras denunciar el poder dictatorial de Franco y la violación de los derechos humanos por parte del régimen que

éste encabezaba, llegaba a la conclusión de que o España evolucionaba o se vería excluida de la integración europea.

La asamblea se clausuró el 8 de junio con un emocionado discurso de don Salvador: «Europa no es sólo un Mercado Común ni el precio del carbón y del acero; es también, y sobre todo, una fe común y el precio del hombre y su libertad. ¿No va Europa a considerar como esencial que la vida pública circule por todos sus miembros? Y si Madame de Sévigné podía escribir a su hija: "Me duele tu estómago", ¿por qué no ha de decirle Europa a España "Me duele tu dictadura"?». Terminó con estas palabras: «La guerra civil que empezó en España el 18 de julio de 1936 y que el Régimen ha mantenido artificialmente con la censura, el monopolio de la Prensa y de la Radio y los desfiles de la Victoria, la guerra civil terminó en Múnich anteayer, 6 de junio de 1962». Cerca de un millar de delegados del Movimiento Europeo aplaudieron y aprobaron por aclamación las conclusiones de los españoles y las condiciones que la Comunidad Económica Europea debía exigir para el ingreso de España en ésta. El presidente de la reunión, Maurice Fauré, declaró que Europa esperaba a España con los brazos abiertos[80].

Da idea de la importancia de la reunión de Múnich el que Franco escuchara secretamente sus sesiones. Él y su gobierno discutieron hasta la madrugada del 9 de junio la amenaza que Madariaga y Gil-Robles representaban. El Caudillo ordenó a su ministro de Información que lanzara una respuesta feroz. La reacción de la prensa franquista no pudo ser más histérica. Denunció a Madariaga como un «decrépito obsceno» que había organizado la unión de los traidores al régimen. Se detuvo a muchos de los delegados del interior y se les desterró por su participación en lo que se conoció como «el contubernio de Múnich[81]». Semanas más tarde, Franco mismo expresó su enojo en una serie de discursos pronunciados en Valencia, en los que tachaba de débil y podrido el liberalismo y denunciaba a «esos desdichados que se conjuran con los rojos para llevar a las asambleas extranjeras sus miserables querellas[82]».

Cuando España era una democracia, en los años treinta, Madariaga pudo dedicar su tiempo a contribuir a mejorar la situación mundial. Más

aún, con su labor en la Sociedad de Naciones trató de poner a la democracia española al servicio de una idea internacional. Pero su internacionalismo no le valió el respeto de quienes estaban enzarzados en los pequeños conflictos de la política interior. Pero cuando España, bajo Franco, dejó de ser una democracia, Madariaga dedicó su internacionalismo a la causa de la democracia española. Su anticomunismo le privó de parte del éxito que pudo haber obtenido al esforzarse en unir a la oposición a la dictadura. Sin embargo, lo alcanzado en Múnich señalaba el camino hacia la transición negociada que tuvo lugar en los años setenta. De modo, pues, que fue apropiado que después de la muerte de Franco don Salvador regresara a España en mayo de 1976. Ocupó el sillón de la Real Academia para el cual había sido elegido en 1936, poco antes del comienzo de la guerra civil, y que le negó la dictadura contra la cual desplegó sus esfuerzos más eficaces por la causa de la democracia. El rey Juan Carlos lo recibió. Don Salvador expresó un moderado optimismo sobre las posibilidades de construir una monarquía constitucional[83]. En los dos años que le quedaban de vida, pudo observar con satisfacción la transición a la democracia. Su muerte en 1978 le impidió ser testigo del cumplimiento de su deseo más profundo: la incorporación de España a Europa. Los años que siguieron y su centenario han visto un aumento del interés por su carrera y el reconocimiento de sus realizaciones como el más europeo de los españoles.

6. JULIÁN BESTEIRO.

LA TRAGEDIA DE UN PACIFISTA EN LA GUERRA

JULIÁN BESTEIRO

LA TRAGEDIA DE UN PACIFISTA EN LA GUERRA.

Desde la vuelta a España de la democracia, las conmemoraciones de la guerra civil han sido reducidas por no decir calladas. En parte, este silencio es consecuencia del legado de miedo creado deliberadamente durante la represión de la posguerra y del firme propósito de Franco de una política de glorificación de los vencedores y humillación de los vencidos[1]. También es resultado de lo que se ha llamado el «pacto del olvido»: un efecto involuntario de la política de posguerra de Franco fue imbuir a la mayor parte de los españoles de la determinación de no sufrir nunca más la violencia experimentada durante la guerra, ni la represión posterior. Más fuerte que el deseo de venganza, este «pacto» sentó las bases de una nueva conciencia cívica; fomentada deliberadamente por los políticos y la mayor parte de la prensa, se manifestó como una resolución colectiva tendente a asegurar una transición a la democracia carente de sangre, renunciando a cualquier ajuste de cuentas después de la muerte de Franco[2].

Un curioso efecto secundario del «pacto» ha sido la proliferación del interés por los «hombres de paz», los una vez denostados «neutrales» y aquéllos que en ambos bandos se esforzaron en disminuir la violencia que les rodeaba. En las historias de todos los que murieron en la lucha por el

poder entre las dos Españas se incluyen tragedias tanto personales como nacionales. Sin embargo, hubo víctimas de la guerra que no fueron ni los supuestos enemigos de la izquierda, asesinados en la zona republicana, ni los supuestos enemigos políticos de la derecha, encarcelados y ejecutados por los franquistas. A aquellos hombres que intentaron, en vano, traer la paz a España —crimen por el que algunos perdieron la vida o la libertad y otros perdieron la patria y el sustento— se les denomina normalmente «la tercera España». Durante la guerra civil española y después, hubo muchos que sufrieron a causa de su moderación. Hubo algunos —Salvador de Madariaga, Niceto Alcalá Zamora, el cardenal Vidal i Barraquer, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset entre los más conocidos—, cuya neutralidad les condenó al ostracismo y al exilio interno o externo. También hubo otros hombres de paz cuyos sufrimientos materiales y morales en manos de los franquistas fueron mayores.

Al principio de la guerra, Luis Lucia, líder de la Derecha Regional Valenciana, componente del partido católico autoritario, la CEDA (Confederación de Derechas Autónomas) se escondió en varias granjas en el noroeste de Castellón y Teruel hasta que fue capturado por los anarquistas en febrero de 1937. Pasó nueve meses en varias prisiones en Valencia y, posteriormente, fue trasladado a Barcelona. Esperó durante dos años a que se le juzgara por católico derechista, y el 25 de enero de 1939, el día antes de que las tropas franquistas tomaran la capital catalana, consiguió escapar. Fue arrestado el 12 de febrero por las autoridades franquistas y, dos semanas más tarde, en juicio sumario, juzgado y sentenciado a muerte por el supuesto delito de rebelión militar. De hecho, su crimen fue emitir un comunicado, al principio de la contienda, condenando la violencia y afirmando su compromiso con la legalidad republicana, y buscar una solución política para la crisis de julio de 1936 al proponer un gobierno de centro para negociar con los militares rebeldes[3].

Al menos Lucia no perdió la vida por sus creencias —a principios de marzo de 1939, su sentencia fue conmutada por treinta años de cárcel—. Más escalofriantes son los casos de dos catalanes, el general Domingo Batet y Manuel Carrasco i Formiguera, y el del socialista madrileño Julián

Besteiro. En 1934, Batet era comandante general de la llamada IV División Orgánica (Cataluña), que antes de la llegada de la Segunda República era la Capitanía General de la IV Región Militar. El 6 de octubre, cuando el presidente del gobierno regional catalán, la Generalitat, declaró la independencia en un intento de anticipar la revolución, Batet respondió empleando el sentido común y la moderación para restaurar la autoridad del gobierno central, evitando así un potencial baño de sangre. Franco, cerebro de la represión de las rebeliones de Asturias y Cataluña, estaba furioso por la negativa de Batet a imponer castigos salvajes a los catalanes, como había hecho el teniente coronel Yagüe con los mineros de Asturias. En junio de 1936, Batet fue puesto al frente de la VI División Orgánica, cuyo cuartel general se encontraba en Burgos, zona de conservadurismo militar y uno de los centros neurálgicos del alzamiento del 18 de julio. Enfrentado a la virtual y unánime decisión de sus oficiales de unirse al alzamiento, Batet rechazó valientemente unirse a ellos. Su fidelidad a su juramento de lealtad a la República aseguraba su juicio y ejecución. Franco intervino deliberada y maliciosamente en el proceso judicial, supuestamente independiente, para asegurarse de que Batet fuera ejecutado[4].

Manuel Carrasco i Formiguera, miembro destacado del partido catalán nacionalista Unió Democràtica, y también piadoso católico, era un conservador con sentido común y humanidad, que en los primeros meses de la guerra trabajó como asesor legal de la Conselleria de Finances (Ministerio de Finanzas) de la Generalitat —hecho que sería utilizado por los franquistas para justificar su ejecución—. Sin embargo, sus creencias católicas provocaron la rabia de los anarquistas, y la denuncia de su pasado conservador por parte del periódico *Solidaridad Obrera* fue, efectivamente, una invitación a su asesinato. Obligado a huir de su querida Cataluña, emprendió una misión en el País Vasco en nombre de la Generalitat. Volvió a Barcelona para recoger a su familia, y el 2 de marzo de 1937 partió con su mujer y sus ocho hijos a través de Francia. La parte final de su viaje, desde Bayona hacia Bilbao, fue por mar. El buque *Galdames*, en el que viajaba, fue bombardeado y capturado por el nacionalista *Canarias*. Su mujer y sus hijos fueron encarcelados por separado en cuatro prisiones distintas.

Carrasco fue juzgado y ejecutado por un pelotón de fusilamiento el sábado de Pascua, 9 de abril de 1938, por ser republicano y catalanista[5].

En muchos aspectos, Julián Besteiro pertenece, como Lucia, Batet y Carrasco i Formiguera, a la categoría de «la tercera España» que permaneció aparte de los odios de la guerra civil española. Amigos y enemigos hablaron elogiosamente de su rectitud, dignidad y austeridad personales. En su vida profesional como profesor universitario y como político se comportó irreprochablemente. Su lealtad al pueblo de Madrid le condujo a la prisión y a la muerte a finales de la guerra civil. Besteiro era respetado por todos los sectores del espectro político, a excepción de los extremos de la derecha y la izquierda. Su antiguo rival socialista, Indalecio Prieto, dijo: «Ningún socialista fue tan ferozmente combatido como él por sus propios compañeros», aunque le calificase de «santo laico[6]». La izquierda revolucionaria del PSOE durante la República le difamó por su reformismo. La derecha franquista sólo pudo inventar la menos convincente de las acusaciones, y hasta cierto punto ésa es la razón por la que le odiaban, pues Besteiro no podía ser considerado un cínico agitador. En su lamentable y nauseabunda serie de retratos de las principales figuras republicanas, el propagandista franquista Francisco Casares, escribió sobre la «corrección del lenguaje, moderación de actitud, prestancia caballerosa» sólo como fundamento de una crítica marxista, basándose en que «los marxistas del tipo Besteiro son más peligrosos que los del fanatismo indocto […]. Su preparación metódica, teorizante, especulativa del traumatismo revolucionario y antiespañol, es tan dolorosa y grave como la de quienes manejaron la dinamita en 1934[7]». Las palabras de Casares reflejan las dificultades que los franquistas tuvieron para justificar sus espantosos malos tratos para con un incorruptible hombre de paz, que hizo esfuerzos significativos para detener la espiral de violencia a lo largo de la Segunda República e intentó, durante la misma guerra, llegar a una paz acordada.

Besteiro se convirtió en figura nacional en 1917, durante la huelga general revolucionaria. Miembro del comité huelguista, fue condenado a cadena perpetua. (En la foto, Francisco Largo Caballero, Luis de Zulueta, Besteiro, Andrés Saborit y Daniel Anguiano.)

En 1931 Besteiro (en la foto, con Niceto Alcalá Zamora) fue elegido casi unánimemente presidente de las Cortes Constituyentes de la República por diputados confiados en que sería garantía de imparcialidad.

Fernando de los Ríos (en la foto, con Miguel de Unamuno, Santiago Casares Quiroga y Francisco Largo Caballero), socialista humanista, ideológicamente cercano a Besteiro, quien, no obstante, le veía como un tonto integral.

Todos los que le conocían estaban impresionados por su elegancia casi aristocrática —en todo el sentido de la palabra—, así como por la sencillez y la cortesía de sus modales y su rectitud. Francesc Cambó dijo una vez que cuando Besteiro participaba en un debate parlamentario, elevaba el nivel de éste[8]. Pero era tal la distancia de que se rodeaba Besteiro, que pocos

podían decir que realmente le conocieran; nunca permitió a nadie ajeno a su familia que le tuteara[9]. Sin embargo, las cartas que dirigió a su mujer, Dolores Cebrián, muestran que fue un marido ejemplar, preocupado, en los peores momentos de su encarcelamiento, en asegurarse de que ella no sufriera. Según su sobrina, Carmen de Zulueta, adoraba a los niños y era cariñoso: «El Besteiro que yo conocí en esa época es bien diferente del Besteiro, jefe socialista y figura pública. El mío era un hombre divertido, alegre, que jugaba con nosotros e inventaba canciones y juegos que nos llenaban de placer.»[10] Otros que le conocieron fuera de la arena política estaban impresionados por su calidez y sencillez[11]. Por el contrario, sus colegas políticos le encontraban a menudo susceptible e incluso, en el caso de Prieto, «vengativo[12]». Para otro agudo socialista, Antonio Ramos Oliveira, Besteiro tenía un «carácter que era extraordinariamente complejo, digno pero no humilde, muy sensible a las cuestiones personales[13]».

Antes de 1939, Julián Besteiro era considerado el líder teórico marxista[14]. Tal apreciación —que sustentó los cargos contra él en su juicio — parece, retrospectivamente, sorprendente, aunque se basa en dos razonables premisas: la primera, que era un distinguido filósofo académico. En efecto, Besteiro poseía las más altas credenciales académicas como catedrático de lógica en la Universidad Central de Madrid. Además, era uno de los pocos intelectuales en el PSOE de antes de la guerra. En segundo lugar, entre 1925 y 1931, fue presidente tanto del Partido Socialista Obrero Español como de su sindicato, la Unión General de Trabajadores. Desde estas posiciones, desempeñó un importante papel en numerosos debates cruciales, basando consistentemente sus argumentos en lo que presentaba como dogmas del marxismo clásico. Sin embargo, ninguna de sus afirmaciones se extendió más allá del reformismo limitado, en general conocido como «kautskismo», ni bastaría para calificarlo de marxista original o creativo. En efecto, su contribución al pensamiento marxista fue extremadamente limitada[15]. Además, existía un elemento de rigidez moral en gran parte de su pensamiento sobre las tácticas y la estrategia que en su opinión el partido socialista debía aplicar. Sin embargo, mucha gente le

admiraba y respetaba por su intelectualismo, su austeridad personal y su honda humanidad.

Nacido en Madrid el 21 de septiembre de 1870, Julián Besteiro Fernández fue educado en la Institución Libre de Enseñanza, y entre sus compañeros de clase se encontraban, entre otros, el humanista socialista Fernando de los Ríos, los poetas Manuel y Antonio Machado y el distinguido criminólogo Constancio Bernaldo Quirós. Después de estudiar en la facultad de filosofía y letras de Madrid, pasó períodos en la Sorbona en 1896 y en las universidades de Múnich, Berlín y Leipzig entre 1909 y 1910. Hasta los cuarenta años fue, en términos académicos, un positivista y, en lo político, un republicano liberal. En 1908, se unió al Partido Radical del corrupto político republicano Alejandro Lerroux. Estos primeros pasos en la oposición a la monarquía culminaron, en 1912, con su ingreso en la Agrupación Socialista Madrileña, ya que se sentía atraído por la moralidad y la honradez de los socialistas. Durante ese año obtuvo la cátedra de lógica fundamental en la facultad de filosofía y letras. Rápidamente se convirtió en presidente de la sección profesional de trabajadores de la UGT. En 1913, se casó con Dolores Cebrián, catedrática de ciencias físicas y naturales en la Escuela Normal de Maestros de Toledo, quien sería su fiel compañera hasta su muerte. En 1914, ya era vocal del Comité Nacional de la UGT y, en el X Congreso del PSOE en 1915, fue vicepresidente del Comité Nacional del partido.

El 3 de febrero de 1939, a través de la organización clandestina de Falange, Besteiro organizó una urgente entrevista con el coronel Casado (en la foto, con Julio Álvarez del Vayo), a quien le contó sus planes de paz.

Besteiro, que había declinado su presidencia, hizo el anuncio público de la creación de la Junta de Defensa y aceptó el puesto de ministro de Asuntos Exteriores.

Hemos de reconocer que dejarle morir en prisión fue por nuestra parte un acto torpe y desconsiderado. *(Ramón Serrano Suñer a propósito de Julián Besteiro, que en la foto aparece en el penal de Carmona.)*

Besteiro se convirtió en figura nacional durante la huelga general revolucionaria de 1917. Fue elegido miembro del comité huelguista y condenado a reclusión perpetua. En la campaña que siguió en favor de la amnistía, fue elegido concejal del ayuntamiento de Madrid. En las elecciones generales del 24 de febrero de 1918, obtuvo un escaño de

diputado a las Cortes, por Madrid. Posteriormente, su posición se hizo progresivamente menos radical. Sus experiencias durante la represión que siguió a la huelga de 1917 intensificaron su repugnancia por la violencia. Comprendió la inutilidad de que el débil movimiento socialista llevara a cabo un asalto frontal contra el Estado. No hay duda de que, por tal razón, se opuso a la afiliación del PSOE a la Komintern. Durante los debates de la Tercera Internacional, abogó convincentemente contra la aceptación de las 21 condiciones impuestas por Lenin y, sin ir tan lejos como condenar la experiencia soviética, postuló la falta de relevancia para España de la dictadura del proletariado. La esencial moderación de sus posiciones se vio confirmada por un período en Inglaterra, con una beca para investigar en la Workingmen's Educational Association. Su estancia allí, en 1924, confirmó su incipiente reformismo, y regresó a España convencido de las ideas de la reformista Fabian Society.

Mientras tanto, España estaba bajo la dictadura del general Miguel Primo de Rivera. El movimiento socialista se encontraba profundamente dividido sobre la cuestión de cómo responder al nuevo régimen: mientras existía consenso general de que sería una locura sacrificar el movimiento en cualquier intento de restablecer la no lamentada monarquía constitucional y su corrupción electoral, se llevaba a cabo una agria polémica respecto al ofrecimiento hecho por el dictador a la UGT para que participase en su aparato corporativo sindical. Julián Besteiro propuso, con éxito, la colaboración, en contra de las opiniones de Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos, que mantenían que el PSOE debía unirse a la oposición democrática contra la dictadura. El argumento que expuso sería el punto central de su pensamiento político: desde la premisa de que España aún era un país semifeudal en espera de una revolución burguesa, estableció una lógica de aparente pureza revolucionaria, llegando a la conclusión de que no correspondía a las clases trabajadoras españolas desempeñar las tareas propias de la burguesía. La premisa era errónea, pues aunque España no había experimentado ninguna revolución democrática comparable a las de Inglaterra y Francia, durante el siglo XIX el país había conocido una profunda revolución legal y económica que había acabado con el

feudalismo. La conclusión de Besteiro, según la cual la clase trabajadora debía mantenerse aparte y dejar en manos de la burguesía la tarea de construir la democracia, era, pues, poco realista.

Sin embargo, mientras esperaba el momento en que la burguesía llevara a cabo su histórica labor, Besteiro pensaba que la UGT debía aprovechar la oportunidad ofrecida por la dictadura para construir la fuerza de la clase trabajadora. Este argumento —que procedía del presidente tanto del PSOE como de la UGT— era persuasivo y encontró una audiencia entusiasta en la burocracia de los sindicatos, ansiosa de obtener los beneficios que suponía poseer el monopolio de los asuntos sindicales del Estado. El éxito relativo de la colaboración con la dictadura de Primo de Rivera parece haber contribuido al optimismo trágicamente infundado de Besteiro a finales de la guerra civil sobre la probable naturaleza del régimen de Franco. Sin embargo, a medida que la dictadura de Primo de Rivera iba perdiendo apoyo durante el retroceso económico de finales de los años veinte, la opinión en el seno del PSOE se volvió contra Besteiro[16]. La oposición al régimen creció para convertirse en un gran movimiento republicano que iba a barrer la monarquía en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. A mediados de 1930, Besteiro se encontró en minoría en el PSOE al manifestarse contra la colaboración socialista con el frente amplio de oposición establecido por el Pacto de San Sebastián y, finalmente, con el futuro gobierno de la República. También se opuso a la participación de la UGT en la huelga general planeada para el 15 de diciembre de 1930, una inhibición que posteriormente le causó considerables dificultades en su partido[17]. En una reunión conjunta de los comités ejecutivos del PSOE y la UGT el domingo 22 de febrero de 1931, se sintió obligado a dimitir como presidente tanto del partido como del sindicato[18]. Empezaba así un proceso de marginación de sus camaradas de antaño. Sin embargo, parece que sus abstracciones teóricas sobre la naturaleza del proceso histórico por el que pasaba España le hacían creer que él entendía mucho mejor que sus compañeros de partido la trayectoria de la política cotidiana.

Al establecerse la República, Besteiro fue elegido casi unánimemente presidente de las nuevas Cortes Constituyentes por unos diputados que

confiaban en que sería garantía de imparcialidad. Su elección provocó un elogio por parte del periódico fervorosamente monárquico y antirrepublicano *ABC*[19]. Aceptó porque se sintió halagado por el implícito reconocimiento de su superioridad y por la creencia algo arrogante de que era su deber poner lo que él consideraba sus ideas extraordinarias al servicio del régimen, que tenía por delante una labor difícil y peligrosa. La aparente contradicción con el abstencionismo político de Besteiro provocó las ácidas críticas de Largo Caballero, fácilmente resentido, sobre todo con el elegante profesor. El brusco Prieto también estaba mosqueado por la elaborada cortesía de Besteiro. Comentaba Azaña: «A Prieto le cargan mucho la sonrisa y las maneras corteses de Besteiro, propias de la Institución Libre de Enseñanza». El sentido de dignidad e importancia de sus funciones con que Besteiro cumplió con sus deberes presidenciales, convencieron a Prieto de que el puesto le complacía, pues «es un vanidoso con un *stock* inagotable». Al mismo tiempo, a veces su reserva parecía arrogante y apenas podía granjearle la simpatía del afable y charlatán Prieto[20]. Se le consideraba un orador más bien seco y aburrido. Azaña comentó sobre uno de sus discursos: «Frío y largo, Besteiro no tiene la emoción que comunica». Sin embargo, la seriedad con que llevaba a cabo sus deberes ayudó a la Constitución republicana en su difícil paso por las Cortes durante el otoño y el invierno de 1931[21].

En su período como presidente de las Cortes Besteiro empezó a manifestar puntos de vista cada vez más conservadores. Habló en términos favorables de la Guardia Civil, cuerpo cuya abolición era uno de los objetivos más acariciados por el PSOE[22]. Cierta altanería intelectual, si no aristocrática, era perceptible en sus relaciones con sus colegas de partido. Creía que el conjunto de diputados que formaban las Cortes no estaban, sencillamente, a la altura de la tarea histórica a que se enfrentaban[23]. Tenía poco que hacer con la mayor parte del grupo parlamentario del PSOE, la «minoría parlamentaria», pues consideraba que «no son hombres de gobierno[24]». Dio claros indicios de que despreciaba a sus colegas. En particular, estaba furioso por el tono pedante de su camarada Fernando de los Ríos. Distinguido catedrático de derecho en Granada, sucesivamente

ministro de Justicia, Educación y Asuntos Exteriores entre 1931 y 1933, De los Ríos era un socialista humanitario, ideológicamente cercano a Besteiro, quien, no obstante, veía a don Fernando como «un tonto integral». En efecto, detrás de su apariencia externa de caballero inglés y su amable sonrisa, Besteiro podía ser susceptible y de mal genio. Día tras día, sus subordinados en la mesa presidencial de las Cortes le oían mascullar tacos y hacer comentarios sobre lo que consideraba necedades por parte de sus camaradas de partido. La creencia general entre los diputados socialistas era que, detrás de su aparente imparcialidad, Besteiro sentía una considerable hostilidad hacia ellos[25].

Azaña compartía esta opinión. Después del fracasado golpe militar del general Sanjurjo el 10 de agosto de 1932, los diputados de la izquierda se solidarizaron con la República amenazada. Empezaban a tramitarse una vez más los asuntos parlamentarios —sobre todo el Estatuto de Autonomía de Cataluña y la reforma agraria— que habían sido obstaculizados por los radicales y los agrarios. Azaña estaba convencido de que Besteiro cerraba algunas sesiones de las Cortes, para detrimento del gobierno:

> Con los ratos que Besteiro ha perdido levantando sesiones sin agotar el tiempo, habríamos acortado la temporada parlamentaria lo menos en quince días. No sé lo que ocurre: fatiga física, porque está muy delicado, o desgana de complacer al Gobierno, del que no parece un amigo. Preside para las oposiciones. Largo y Prieto están muy incomodados con él[26].

En el XIII Congreso del PSOE, celebrado del 6 al 13 de octubre de 1932, Besteiro estuvo sometido a severas críticas por detener la huelga de diciembre de 1930. No se presentó como candidato a la presidencia del partido, aunque consiguió 14 261 votos frente a los 15 817 que obtuvo Largo Caballero finalmente elegido[27]. La utilización de los votos de los sindicatos controlados por sus seguidores le permitieron soportar las críticas sobre la huelga de diciembre y recobrar la presidencia de la UGT en su XVII Congreso, que tuvo lugar del 14 al 22 de octubre[28]. Sin embargo, no podía abrigar dudas sobre la hostilidad hacia su posición por parte del ala del partido encabezada por Largo Caballero.

Besteiro dejó claro en este congreso que no consideraba prudente que los socialistas abandonasen el Consejo de Ministros. Sin embargo, pronto cambió de idea: a medida que los escándalos salpicaban al gobierno después de la salvaje represión de los trabajadores anarquistas en el pueblo de Casas Viejas a principios de enero de 1933, fue un secreto a voces su convicción de que los socialistas no debían continuar en el poder[29]. En el peor momento para la coalición republicano-socialista, durante el período de obstrucción parlamentaria por los radicales en la primavera de 1933, Azaña llegó a la conclusión de que el puntilloso comportamiento de Besteiro era profundamente dañino para el gobierno. Besteiro no supo aprovechar los momentos en que habría podido hacerse algún progreso legislativo, pues permitió las provocadoras interrupciones y obstrucciones técnicas de los agitadores de la oposición. A mediados de febrero de 1933, un inocente proyecto de ley sobre carreteras fue inundado de enmiendas. Para deleite de sus compañeros parlamentarios, un solo diputado radical, Gerardo Abad Conde, de Lugo, presentó más de cien enmiendas, cada una de las cuales pedía, arbitrariamente, un ancho distinto para cada carretera. Comentaba Azaña el 21 de febrero:

> En una pide que tenga ocho metros, en otra que ocho metros menos diez centímetros, en otra que ocho metros cuarenta centímetros, o cuarenta y dos centímetros, etcétera, etcétera, etcétera. Y mientras se leían tales simplezas, yo observaba el rostro de algunos lerrouxistas: tenían, oyendo la lectura, una expresión de delirio, como si escucharan «una muy suave música». Ya percatados del alcance de la proposición de la mayoría, se dispusieron a burlarla, convirtiendo en «artículos adicionales» a la ley buen número de enmiendas. Besteiro, con quien hablé del caso, requiriéndole a que reglamentariamente cortara este abuso, se hizo un lío. Besteiro no quiere choques con las oposiciones, y desampara al Gobierno. Perdimos la tarde en discusiones, se prorrogó la sesión, y en el punto en que se aceptó la enmienda por la comisión, Besteiro dijo desde su sitial que no se atrevía a resolver de pronto si procedía admitir o no un número indefinido de artículos adicionales, y levantó la sesión. Todo lo que habíamos hecho para salir del atolladero quedaba inutilizado[30].

Y el 30 de abril de 1933 escribía en su diario:

> No nos ayuda nada. La lentitud con que camina el Parlamento y el retraso en la aprobación de algunas leyes, se debe en gran parte a Besteiro. No aprovecha los momentos con oportunidad, para que las discusiones avancen; admite todos los incidentes que suscitan

> las oposiciones; no corrige a tiempo los desmanes de los levantiscos, etcétera, etcétera. Muchas veces, cuando los escándalos producidos por excesos verbales eran mayores, le he mirado y le he encontrado sonriente y muy entretenido con el espectáculo[31].

Sin embargo, el amigo de Besteiro y secretario de la Cámara, Mariano Ansó, como Azaña de Acción Republicana, se quejó de que las payasadas de los radicales eran mayores cuando Besteiro estaba ausente y era uno de los vicepresidentes quien presidía la sesión. En tales ocasiones, el vicepresidente, abrumado, pedía que viniera Besteiro y era éste quien imponía orden al hacer sonar furiosamente la campanilla de su mesa[32]. Azaña creía que Besteiro usaría encantado la obstrucción para detener la participación socialista en el gobierno. Confirmando esto, el 18 de mayo de 1933 le insinuó a Azaña que el propio gobierno debía someterse a un voto de confianza. Cuando se discutió tal posibilidad en el Consejo de Ministros, los tres ministros socialistas estaban furiosos. Y Largo Caballero comentó: «Se cree un vicerrey.»[33]

Con la mayoría del PSOE y de la UGT deseosa de usar el aparato del Estado para introducir básicas reformas sociales, el abstencionismo de Besteiro caía en oídos sordos. De hecho, las masas del movimiento socialista estaban apartándose rápidamente de las posiciones que él impulsaba. La intransigencia derechista radicalizó a los militantes de base socialistas. La conclusión formulada por una influyente sección de la dirección encabezada por Largo Caballero era que éstos deberían satisfacer las necesidades de las masas procurándose más responsabilidad en el gobierno, no menos. Besteiro continuó sosteniendo que ello debía evitarse, dado que significaba que los socialistas realizaran las tareas que eran función histórica de la burguesía. Convencido por su marxismo de que, a la larga, el socialismo era inevitable, Besteiro creía que el PSOE y la UGT debían conservar sus fuerzas hasta que se hubiera agotado la fase de la burguesía en la historia española y llegara el momento del socialismo. Tal pasividad en nombre de un marxismo clásicamente estricto sólo le valió la acusación de las juventudes socialistas radicalizadas de ser un traidor kautskista. Tras su creencia de que el socialismo llegaría sólo si los socialistas se comportaban con buenos modales subyacía una preocupante

ceguera respecto al fascismo. Su fracaso a la hora de entender la amenaza verdadera del fascismo prefiguró en cierta medida su optimismo sobre Franco a finales de la guerra civil española[34].

Por lo tanto, Julián Besteiro se opuso a la creciente radicalización del movimiento socialista y en enero de 1934 dimitió como presidente de la UGT[35]. Fue hostil a la participación del movimiento socialista en la insurrección revolucionaria de octubre de 1934, y como consecuencia de ello su hogar en el tranquilo barrio de El Viso, en Madrid, fue apedreado por enfurecidos miembros de las juventudes socialistas. Las reacciones de otras figuras mayores iban del insulto al ostracismo[36]. Sin embargo, Besteiro tomó parte activa para que fuesen conmutadas las penas de los condenados a muerte[37]. Posteriormente, los radicales o «bolchevizantes» del partido advirtieron que su primer objetivo era destruir la reputación de Besteiro. Su oportunidad llegó en la primavera de 1935. El 28 de abril, cuando miles de sus camaradas estaban en prisión tras la represión que siguió a los hechos de octubre de 1934, Besteiro aceptó ingresar en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. La elección como académico de número comportaba, según el protocolo de la Academia, la lectura de un panegírico formal del predecesor del académico. Desafortunadamente para Besteiro, su inmediato predecesor había sido Gabino Bugallal y Araujo, antiguo ministro de la Gobernación antisocialista en tiempos de la monarquía. El tema del discurso de la ceremonia de su ingreso en la Academia era «Marxismo y antimarxismo». Al parecer, inconsciente de la amenaza del fascismo, su texto provocó una serie de sarcásticos artículos de Luis Araquistain en la revista *Leviatán* que socavó eficazmente la posición de Besteiro dentro de la jerarquía del partido[38]. En la preparación de las elecciones del Frente Popular en febrero de 1936, la Agrupación Socialista Madrileña, ahora baluarte de los seguidores radicalizados de Largo Caballero, le incluyó a regañadientes como candidato. Sin embargo, su popularidad no disminuyó y obtuvo un número de votos mayor que cualquier candidato en Madrid. Algunos creían que podía ser un excelente presidente de la República después de la destitución de Alcalá Zamora en la

primavera de 1936. Sin embargo, era poco probable que esto sucediera, dadas las aspiraciones revolucionarias del ala caballerista del PSOE[39].

Durante la guerra civil española, Besteiro confirmó su popularidad al rechazar numerosas oportunidades de conseguir un exilio seguro[40]. Continuó trabajando en la universidad, donde en octubre de 1936 fue elegido decano de la facultad de filosofía y letras. Al mismo tiempo, cumplió con perseverancia sus deberes como diputado parlamentario, como concejal del ayuntamiento de Madrid, cargo para el que había sido elegido el 12 de abril de 1931 y como presidente del Comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento de Madrid. Sus amigos trataron desesperadamente de persuadirle de que dejara Madrid. Sin embargo, como creía que la guerra iba a acabar desastrosamente para la República, lo rechazó con firmeza. Sus razones se explican en una carta a Wenceslao Roces, quien, como subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, había telefoneado a Besteiro y luego ofrecido por carta, a él y a su familia, refugio en la Casa de Cultura en Valencia, que se había creado para acoger a intelectuales y artistas evacuados de Madrid. El 28 de diciembre de 1936, Besteiro escribió a Roces:

> No desempeño ninguna función cuyo ejercicio requiera precisamente mi ausencia de Madrid, y en cambio, por haber venido representando como diputado a este pueblo sin interrupción en todas las legislaturas desde el año 1918, me considero tan ligado moralmente a mis electores que creo es mi deber acompañarles en las circunstancias difíciles en que actualmente se encuentran y las que les esperan verosímilmente[41].

El 3 de febrero de 1937 el ministro de Estado, Julio Álvarez del Vayo, le ofreció la embajada española para toda Sudamérica, sita en Buenos Aires. La propuesta hizo que se enfadara, dado que creía que el gobierno de Largo Caballero sencillamente quería alejarle de Madrid por su conocido y poco oportuno compromiso para llegar a un acuerdo de paz. Además, al igual que el primer ministro, Álvarez del Vayo estaba molesto con Besteiro desde hacía largo tiempo por su oposición a los movimientos revolucionarios de 1931 y 1934. Besteiro escribió al ministro el 6 de febrero de 1937:

> Si el pueblo de Madrid me ha asistido tan constantemente con su confianza, no es mucho que yo le asista también en estos momentos difíciles. Madrid ha sufrido y sufre mucho, amigo Álvarez del Vayo, y está demostrando todos los días poseer un espíritu ejemplar. Si yo saliese hoy de aquí, y más para ocupar un cargo tan honroso, pero con una tan lejana residencia, ese acto mío no podría menos de producir un efecto poco confortador[42].

La negativa se hizo pública[43].

La principal obsesión de Besteiro era un temprano acuerdo de paz. Su oportunidad para hacer algo al respecto llegó en la primavera de 1937. Después de algunas vacilaciones por parte británica, Azaña había sido invitado a la coronación de Jorge VI en Londres, el 12 de mayo de 1937, como presidente de la República[44]. Para gran enfado de Largo Caballero y satisfacción del Foreign Office, Azaña escogió a Besteiro como representante español para que le sustituyera. Dado que su intención era confiar a Besteiro una misión de paz en Londres, Azaña ni siquiera consultó a su primer ministro, pues sabía que Largo Caballero no lo aprobaría[45]. Era un mal momento para tal iniciativa, pues los nacionalistas estaban en ascenso: del 3 al 10 de mayo las fuerzas del gobierno y la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo se habían enzarzado en Barcelona en una sangrienta lucha por el poder y el control de la ciudad, y, en el Norte, se esperaba la caída de Bilbao de un momento a otro. Azaña, que se había instalado en la capital catalana en octubre de 1936, había temido por su vida durante los «días de mayo» y había decidido establecer su residencia en Valencia. Dispuso que el 7 de mayo de 1937, a su llegada al aeropuerto de Manises, se reuniera con Besteiro, quien estaba de tránsito de Madrid a Barcelona rumbo a París y a Londres. Mientras el resto del gobierno esperaba pacientemente, Azaña se reunió durante una hora con Besteiro en una oficina y le instó a que hablara con Sir Anthony Eden y tratara de asegurarse una pronta intervención internacional para acelerar la retirada de voluntarios extranjeros de ambos bandos, con la esperanza de facilitar así una suspensión de las hostilidades. De hecho, Besteiro era enviado como emisario particular de Azaña, pero la cercana presencia del primer ministro y la totalidad de su gabinete le permitieron creer que era el representante oficial del gobierno. Sin embargo, Besteiro debería haberse dado cuenta de

que a su misión le faltaba cualquier categoría importante más allá de la conferida por su prestigio personal: su impacto sería mínimo, o cuando mucho daría empuje a un proceso ya en curso y, en cualquier caso, condenado al fracaso.

Al llegar a Londres, Besteiro le pidió al embajador republicano, Pablo de Azcárate, que le preparara un encuentro con Eden. Cuando se vieron el 11 de mayo, Besteiro encontró al ministro de Asuntos Exteriores bien dispuesto para con la causa republicana. Sin embargo, Eden, significativamente, pidió al emisario español que mantuviera el encuentro en secreto, y éste no consta en las actas de los documentos del Foreign Office. Eden no creía que en España los dos bandos se hallasen preparados para la paz, aunque estaba dispuesto a hacer los esfuerzos necesarios para conseguir que las grandes potencias utilizaran su influencia para intervenir. De hecho, dos semanas antes de la llegada de Besteiro, se habían preparado los borradores de unos telegramas en este sentido para los embajadores en Alemania, Italia, Portugal y la Unión Soviética, y después de cierta discusión, se enviaron el mismo día en que tuvo lugar la entrevista con Eden[46]. Las respuestas de cada uno de los embajadores, que llegarían en los días siguientes, eran cualquier cosa menos halagüeñas[47]. Besteiro, que no tenía modo de conocer este hecho, volvió de buen humor a la embajada. Allí, Azcárate vertió un jarrón de agua fría sobre su optimismo, diciéndole que las simpatías de Eden no iban más allá de las palabras y que lo que habían hablado era una simple repetición de las conversaciones que él mismo había mantenido con oficiales británicos a lo largo de los meses precedentes[48]. La misión de Besteiro se hacía aún más insignificante porque durante su ausencia cayó el gobierno de Largo Caballero. Juan Negrín había sido nombrado primer ministro el 17 de mayo y no tenía ningún interés en una misión de paz que él no había iniciado. Negrín creía que sólo un triunfo militar de envergadura por parte de la República obligaría a Franco a sentarse a la mesa de negociaciones. Sin embargo, Besteiro percibía como un insulto el que Negrín hiciera caso omiso de la tentativa de mediación que él había emprendido con su viaje a Londres[49]. Disgustado de que el pomposo sentido de la importancia de su misión no

fuera compartido por Negrín, Besteiro empezó a alimentar un resentimiento feroz contra el nuevo primer ministro. También se sintió traicionado por Largo Caballero cuando supo que su encuentro con Eden carecía de estatus formal[50]. Esto apenas importaba, dado que Eden había dejado claro que si caía Bilbao sería difícil imponer la retirada de voluntarios. Como máximo, la visita de Besteiro a Londres había estimulado una correspondencia que Eden ya estaba llevando a cabo con sus embajadores en Berlín, Roma, Moscú, París y Lisboa. También se entrevistó con Léon Blum, quien escuchó atentamente pero habló poco[51].

Una de las consecuencias secundarias de la caída del gobierno de Largo Caballero a mediados de mayo de 1937 fue la dimisión, como gesto de protesta, del embajador en París, el fiel seguidor de Largo, Luis Araquistain. Besteiro aspiraba a la embajada parisiense a fin de buscar la mediación francesa en la guerra, pero el compromiso de Negrín a la resistencia a ultranza hacía tal nombramiento una esperanza imposible. El 3 de julio, Azaña habló de Besteiro con Negrín, a quien explicó por qué consideraba que el profesor sería un nombramiento más grato a los franceses que el conservador poco discreto, Ángel Ossorio y Gallardo. Cuando mencionaba sus dudas respecto al nombramiento de Ossorio, Negrín le dijo que Léon Blum no aceptaría a Besteiro, lo que era poco probable, ya que desde el 22 de junio Blum había dejado de ser primer ministro de Francia[52].

Después del fracaso de su misión de paz, Besteiro volvió a su puesto en la universidad y a su posición en el ayuntamiento de Madrid, donde sus experiencias aumentaron su admiración por la abnegación del pueblo de Madrid[53]. Juan Simeón Vidarte, subsecretario del ministro del Interior y miembro del Comité Ejecutivo del PSOE, afirmó que como concejal del ayuntamiento, Besteiro trabajó de firme para solucionar los problemas de la capital sitiada. Vidarte se conmocionó cuando le vio: «Era un espectro pálido, ojeroso, de pómulos hundidos, con el cabello blanco y revuelto». Estaba tan delgado que Vidarte quiso proporcionarle comida extra a causa de su mala salud. Pero Besteiro no aceptó más raciones de las que le correspondían como simple ciudadano. Le torturaba la idea de que los

errores cometidos a principios de 1930, en particular la participación socialista en el gobierno, fueran responsables de la guerra. También estaba horrorizado por la violencia de ésta y, especialmente, por el ruido de los pelotones de fusilamiento y los disparos que se oían por la noche, que consideraba ecos de asesinatos políticos[54].

El trabajo de Besteiro era extremadamente discreto. No desempeñó un papel público porque no deseaba que se le viera prestando su apoyo a los gobiernos de la República, fuera de Largo Caballero o de Negrín, ya que no aprobaba a ninguno de los dos. Tampoco tomó parte en la vida del partido socialista, pues no asistía a las reuniones de la Agrupación Socialista Madrileña ni a las del grupo parlamentario[55]. Henry Buckley, periodista inglés en la capital española durante la guerra, escribió posteriormente:

> En los días más críticos de Madrid, nunca vi ni oí que el Sr. Besteiro formara parte, de manera prominente, de cualquier esfuerzo para ayudar o animar al pueblo de Madrid. Nunca oí que visitara a aquéllos que habían perdido sus hogares y a sus familiares y amigos en los bombardeos, ni que asistiera a recolecciones, ni que ayudara en tareas hospitalarias ni en trabajos de socorro. Puede que lo hiciera. Pero viví allí todos aquellos tensos días de la agonía de Madrid y nunca vi u oí de mucha actividad por parte del Sr. Besteiro[56].

Del mismo modo, una vez comenzada la guerra dejó de publicar sus entrevistas y artículos en los periódicos.

Su postura como silencioso pero crítico espectador del gobierno republicano desconcertó a muchos socialistas. Durante los últimos meses de la guerra, un grupo de estudiantes socialistas, que eran soldados del Ejército español, le visitaron con la esperanza de obtener algún aliento de su parte. Entre ellos se encontraba el joven Enrique Tierno Galván, futuro alcalde socialista de Madrid. Éste describió su visita a la casa de El Viso: elegantemente vestido como siempre, un hosco Besteiro les recibió en su estudio, pulcramente ordenado, cuyas superficies de madera estaban brillantes. Escuchó en silencio mientras los jóvenes socialistas exponían sus afirmaciones sobre la posibilidad de seguir resistiendo, pues lo que habían oído sobre la represión franquista en las ciudades capturadas lo hacían crucial. Respondió a regañadientes que no estaba de acuerdo, pero que no se veía capacitado para decir más. Cuando llegase la hora de hablar,

hablaría. Su seguridad le dio a Tierno la impresión de que creía albergar un objetivo mayor[57].

Durante el curso de la guerra, y sobre todo en los meses siguientes a su regreso de Londres, se había convertido en feroz anticomunista. El principal blanco de su obsesión era Negrín, a quien acusaba violentamente de ser comunista[58]. Su hostilidad contra los comunistas corría pareja con su total falta de entusiasmo por la causa republicana. Durante su consejo de guerra, se dijo en su defensa que había protegido a falangistas en la universidad, a través de los cuales contactó finalmente con la clandestina Quinta Columna, en Madrid. Las cartas a su esposa muestran que Besteiro estaba contento de contar con este testimonio, y durante el proceso confirmó con su propia declaración que «él había sido leal al gobierno que combatía la República». En su declaración al consejo de guerra, Antonio Luna García, profesor de la facultad de derecho en Madrid, dijo que estaba sorprendido por la virulencia con que Besteiro criticaba al gobierno republicano. En abril de 1938, Luna se puso en contacto con la organización clandestina de la Falange y se le ordenó que tratara de persuadir a Besteiro de que fuera más allá de la negativa de colaborar con el gobierno e intentara activamente que la guerra llegara a su fin. Besteiro estuvo de acuerdo y trabajó infatigablemente para que se le permitiera formar gobierno como paso previo a las negociaciones de paz[59].

Efectivamente, en numerosas ocasiones hubo rumores de que se le pedía a Besteiro que formara gobierno, pero la fuerza de su hostilidad hacia los comunistas lo hacía del todo improbable. Sin embargo, una combinación de sus conversaciones con Luna García, la cada vez peor situación de la República y las crecientes divisiones en el seno del partido socialista le sacaron de su autoimpuesta cerrazón en Madrid. La crisis en el PSOE se hizo más evidente entre el 7 y el 9 de agosto de 1938, en el transcurso de una importante reunión en Barcelona del Comité Nacional. Prieto pronunció una salvaje denuncia acusando a Negrín de ser lacayo de los comunistas; se trataba de su venganza por haber sido sustituido en abril de 1938 de su puesto como ministro de Defensa. Acusado de derrotismo, Prieto había sido tachado de responsable de la reconquista de Teruel por

parte de los franquistas y la consiguiente ofensiva que llevó a las tropas de Franco al Mediterráneo. Su discurso fue seguido de un silencio sepulcral que revelaba la impotencia del partido. No se apoyaba a Prieto, dado que no había alternativa a la política de Negrín —política que el mismo Prieto había seguido—, pero ni un miembro del comité salió en defensa de aquél[60]. La implicación de la crisis llevó a Azaña a hablar con Besteiro de la formación de un gobierno cuya tarea principal fuera la búsqueda de la paz.

En la sesión del Comité Nacional del PSOE, en agosto de 1938, en el que Prieto había atacado tan duramente a Negrín, se hizo un esfuerzo para renovar el Comité Ejecutivo a fin de contribuir a la unidad del partido. Desde que el comité fue elegido en la primavera de 1936, había habido tres dimisiones —las de Luis Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos y Anastasio de Gracia porque sus opiniones estaban ahora muy en desacuerdo con las de la mayoría—. Se tuvo que sacrificar a Jerónimo Bugeda, sólido apoyo del gobierno, con la esperanza de atraer nuevamente al redil a un representante de uno de los grupos disidentes[61]. Se elaboró una lista de candidatos y fue enviada a las agrupaciones locales para su aprobación. La lista contenía cinco vocales «natos», tres de los cuales eran miembros del gabinete —Juan Negrín como primer ministro, Julio Álvarez del Vayo como ministro de Asuntos Exteriores y Paulino Gómez Sáez como ministro del Interior—, junto con Besteiro y Largo Caballero, quienes serían incluidos como antiguos presidentes del PSOE. La propuesta de la presencia de Besteiro y Largo Caballero tenía la intención de proporcionar un símbolo de unidad del partido. El nuevo comité sería presentado públicamente en el curso de una celebración rápidamente improvisada con ocasión del quincuagésimo aniversario de la fundación del partido. El comité envió a Besteiro una carta invitándole, pero publicó la lista de candidatos antes de que se recibiera la respuesta. Finalmente, Besteiro declinó asistir a las celebraciones[62]. Según le contó a Julián Zugazagoitia, editor de *El Socialista*, no participó pues «no puedo hablar porque no me consentirían decir lo que siento y pienso, a saber: que los españoles nos estamos asesinando de una manera estúpida, por unos motivos todavía más

estúpidos y criminales[63]». A pesar de su negativa a asistir y a ser candidato, se anunció su elección para el ejecutivo.

Por entonces, Besteiro estaba profundamente preocupado por las consecuencias que tendría para la mayoría de la población la inevitable derrota de la República. Por ello, era incluso más hostil a Negrín, pues creía que éste prolongaba innecesariamente la guerra. Azaña le invitó a Barcelona a mediados de noviembre de 1938 para hablar sobre un gobierno de paz. Besteiro acudió convencido de que era una cuestión de urgencia tendente a la búsqueda de un armisticio, pero el proyecto no prosperó. De hecho, nada podría salir del encuentro, ya que, como admitía el propio Azaña, «en realidad no tenía nada que encargarle, y sí sólo conocer su opinión y su ánimo». La impresión principal de Azaña respecto a Besteiro era su admiración por el pueblo de Madrid y el hecho de que estaba muy poco enterado de la verdadera situación política y militar. Florecieron los rumores sobre un gobierno que incluyera a Besteiro, a Prieto y a Martínez Barrio. Por lo tanto, el primero se vio sujeto a los virulentos ataques de la prensa comunista[64]. Cuando un periodista le preguntó si aceptaría la tarea de formar un gobierno a fin de procurar acabar la guerra por mediación, Besteiro admitió que se lo habían sugerido y que su única condición era que le diesen total libertad para escoger a sus ministros. Sin embargo, estaba claro, por sus conversaciones privadas con Azaña, que sabía que era poco realista que él llevara a cabo la formación de un gobierno. Se dio cuenta de que no contaba con el apoyo de la mayoría de su propio partido y mucho menos de la España republicana en conjunto[65].

Preocupado por la seguridad de Azaña, Besteiro había procurado, inicialmente, disfrazar el propósito real de su visita con otras actividades en Barcelona[66] Insistió ante los periodistas en que se encontraba en ésta para procurar paliar la terrible escasez de comida en la capital[67].. También asistió a la reunión del Comité Ejecutivo del PSOE el 15 de noviembre. Hizo hincapié en que su participación no significaba que hubiera aceptado ser vocal, pero podía considerarse meramente como un intercambio de opiniones entre él y el comité[68]. Su discurso para la reunión, como su posición en general, estaba lleno de contradicciones, reflejando, quizá, tanto

su pasado socialista como sus contactos con la Quinta Columna. Reconoció la necesidad práctica de la colaboración socialista con el Partido Comunista, aunque, aclaró:

> Yo no soy partidario de la tendencia unitaria con el Partido Comunista. He dicho precisamente aquí ante la Comisión Ejecutiva […] que independiente de cuál hubiese sido mi actitud respecto al problema de unidad, aunque yo hubiese tenido dentro del Partido una posición totalmente hostil a este problema y aunque hubiese estado en contraposición con el propósito de la unidad de acción de los partidos antes de la guerra y volviese a tomar esa posición después de la guerra, creo que una exigencia vital de ésta es que socialistas y comunistas traten mientras dure la guerra de presentar un frente común.

Sin embargo, tuvo la oportunidad de considerar las consecuencias de que se apartara a los comunistas del poder.

> La guerra ha estado inspirada, dirigida y fomentada por los comunistas. Si ellos dejan de intervenir, probablemente las posibilidades de continuar la guerra serán pequeñas. El adversario, teniendo otras ayudas internacionales, se encontrará en una situación superior. Yo reconozco que ésta [la salida del gobierno por parte de los comunistas] es una medida grave a estas alturas. Ahora, como ustedes comprenderán, eso, personalmente a mí no me puede afectar más que como hecho que ocurre, pero yo no creo que tenga responsabilidad alguna en que hayamos llegado a esta situación. Yo no puedo ofrecer la solución. Son ustedes los que tienen que ver la conveniencia de deslindar los campos y la oportunidad de hacerlo a estas alturas. Yo veo la situación de este modo: si la guerra se ganara, España sería comunista. Todo el resto de la democracia nos sería adverso y contaríamos con Rusia nada más. Y si perdemos, entonces el porvenir sería terrible[69].

Era una interpretación de pesimismo, derrotismo e irresponsabilidad. Había reconocido la inevitabilidad de cooperar con los comunistas aunque se había quedado aparte, determinado a conservar las manos limpias. Ahora, denunciaba la colaboración sin ofrecer otra alternativa que la división, la derrota y la comprensión del general Franco.

Durante su discurso, Besteiro volvió a lo que se había convertido en un tema obsesivo, declarando que Negrín era un comunista que había ingresado en el partido socialista como el caballo de Troya. Poco después, le dijo al mismo Negrín lo que había dicho: «Antes de que le digan nada, quiero que oiga lo que le dije al Comité Ejecutivo. Le veo como un agente de los comunistas». Le dijo a Azaña y a los otros que Negrín era un

«Karamazov», un «loco visionario[70]». A su vuelta a Madrid, un Besteiro hondamente desilusionado contó sus conversaciones en Barcelona a sus conocidos en la Quinta Columna. Había asumido que Azaña no le encargaría la formación de un gobierno de paz. Y, aun de hacerlo, que él no podía encontrar apoyo político. Sin embargo, Antonio Luna García empezó a persuadirle de que, si era incapaz de cumplir sus esperanzas de formar un gobierno de paz con soporte civil, debía considerar hacerlo con apoyo militar. La clandestina Falange ya había situado a agentes dentro del entorno del coronel Segismundo Casado, comandante del Ejército del Centro. Besteiro aceptó con entusiasmo la propuesta de Luna de ponerle en contacto con el coronel Casado[71].

Tomás Bilbao Hospitalet, ministro sin cartera del gobierno de Negrín, que visitó Madrid en esa época, percibió las consecuencias en potencia dañinas del descontento de Besteiro. Bilbao encontró a Besteiro irritado y ásperamente crítico con el gobierno. Seguía convencido con amargura de que su misión de paz en Londres había sido torpedeada por Azcárate. Creía que la guerra era la fatal consecuencia de los errores cometidos por los elementos revolucionarios del PSOE durante el período 1933-1936, y en particular por Largo Caballero. Irónicamente, Negrín, a quien consideraba su mayor enemigo, estaba por completo de acuerdo. Bilbao informó a éste de su temor de que Besteiro y el coronel Casado hiciesen algo peligroso. Negrín no se tomó las amenazas en serio. Después de todo, Besteiro no había ocultado su opinión de que era una locura continuar la resistencia cuando la guerra estaba, efectivamente, perdida[72].

A medida que las cosas empeoraban, Besteiro se preparó para entrar en acción. Barcelona cayó el 26 de enero de 1939. El 3 de febrero, a través de la organización clandestina de la Falange, Besteiro organizó una urgente entrevista con Casado, a quien le contó sus planes de paz. Según los informes de la Quinta Columna recibidos en Burgos, estuvieron en estrecho contacto durante el mes de febrero[73]. Forzado al exilio, a final de mes Azaña dimitió como presidente de la República. El 27 de febrero de 1939, el gobierno británico anunció su reconocimiento de Franco como líder legítimo de España. El fin era inminente para la República. El sábado 5 de

marzo de 1939, Besteiro prestó su inmenso prestigio ante el Consejo Nacional de Defensa, fieramente anticomunista, formado por el coronel Casado, con la esperanza de alcanzar el armisticio. Lo hizo a pesar de declarar ante la ejecutiva del PSOE, tres meses antes, que abandonar a los comunistas para facilitar las conversaciones de paz con Franco fortalecería al Caudillo[74].

El golpe de Casado triunfó porque se nutría de las hondas cicatrices producidas por el cansancio de la guerra. El hambre y la desmoralización eran muy corrientes en la zona central. Se expresaba a menudo el consiguiente deseo de que finalizara la contienda en términos de hostilidad anarquista y socialista contra los comunistas, que abogaban por la resistencia hasta el final[75]. Sin embargo, a pesar de que Casado estaba tocando una fibra sensible, no puede infravalorarse la importancia de la contribución de Besteiro. Tras permanecer al margen de la política republicana y alimentar tan cuidadosamente su reputación de rectitud, su participación otorgaba a la junta de Casado una legitimidad moral que de otro modo no habría tenido. Es difícil saber cuán consciente era Besteiro de las consecuencias de lo que estaba haciendo —quitaba justificación moral al baño de sangre y a los sacrificios de los tres años anteriores al emular el golpe militar del 18 de julio de 1936 contra un supuesto peligro comunista —. Sus privaciones físicas tal vez hayan tenido alguna influencia en su salud mental. Un médico que lo había tratado al final de la guerra, le dijo al exiliado ex primer ministro Manuel Portela Valladares, que Julián Besteiro estaba «gagá[76]». Durante años, Besteiro había luchado contra la tuberculosis, y los años de guerra en Madrid, sin una alimentación decente o calor en invierno, habían hecho mella en él[77]. Por otro lado, sus propias privaciones no explican su deliberada ignorancia de la represión franquista.

Parece que Besteiro pensaba que podía alcanzar grandes cosas en cuanto a una posible reconciliación. Tierno Galván consideraba que «se creyó un hombre destinado a ser el dique moral que se interpusiera entre los vencedores y los vencidos para evitar represalias. Estaba persuadido que su papel histórico era el de mediar y hacer de padre de los desvalidos, una vez entregadas las armas. Confiaba que su altura moral, su actitud pulcra y

marginal durante la guerra o gran parte de ella, doblegarían a los vencedores, sometiéndoles a los valores que él encarnaba». Besteiro estaba seguro de que su rectitud moral y su marginación durante la guerra tendrían su peso con los franquistas. Pero era una opinión basada en la arrogancia y la ignorancia[78]. La venganza llevada a cabo por los nacionales en las ciudades republicanas capturadas era bien conocida. Aunque Besteiro pudiera no saberlo, también se ha sugerido que la información con que contaba sobre la clemencia franquista era falsa, ya que quienes se la daban eran sus contactos falangistas[79]. Por supuesto, Antonio Luna García le informó de que Franco ofrecía garantías de vida y libertad para todos aquéllos que fueran inocentes de crímenes comunes y contribuyeran a una rendición menos sangrienta de la República[80]. Durante las primeras horas del Consejo de Defensa de Casado, en el sótano del Ministerio de Hacienda, hizo ingenuas preguntas sobre Negrín, que hacen pensar que obraba más en base a prejuicios que a una información rigurosa sobre el gobierno contra el que estaba rebelándose. Testigos presenciales le describen como nervioso, jugueteando con las manos, fumando un pitillo tras otro, los ojos brillantes, con aspecto de estar ausente. Según Eduardo Domínguez, vicepresidente de la UGT y comisario del Ejército del Centro, era «infantil y desvahído[81]».

Besteiro, que había declinado su presidencia, anunció públicamente la creación de la junta de Casado y aceptó el puesto de ministro de Asuntos Exteriores. Encorvado sobre los micrófonos, con la voz trémula por la emoción, declaró por radio que «ha llegado el momento en que irrumpir con la verdad y rasgar la red de falsedades en que estamos envueltos es una necesidad ineludible, un deber de humanidad y una exigencia de la suprema ley de la salvación de la masa inocente e irresponsable». Refiriéndose al «Gobierno del señor Negrín, con sus veladuras de la verdad, con sus verdades a medias», denunció su «política de fanatismo catastrófico, de neta sumisión a órdenes extrañas, con una indiferencia completa hacia el dolor de la nación».

> Yo os hablo desde este Madrid que ha sabido sufrir con emocionante dignidad su martirio […]. Yo os hablo para deciros que cuando se pierde, es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin

negar su fe anonadados por la desgracia. Yo os digo que una victoria moral de ese género vale mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y vilipendios.

Cuando terminó su discurso, lloró[82].

En la consiguiente «miniguerra civil» contra los comunistas, alrededor de dos mil personas encontraron la muerte. Muchos comunistas fueron encarcelados, y en prisión les encontraron los franquistas, que les ejecutaron posteriormente. Las tropas fueron retiradas del frente para luchar contra los comunistas. Aparentemente, esto se hizo en cooperación con los franquistas, que se comprometieron a no avanzar e incluso a vigilar las abandonadas trincheras republicanas[83]. Durante este período, Besteiro estaba seriamente enfermo y yacía en cama, en el sótano del ministerio. Rechazó ofertas de llevarle a casa, diciendo: «Me he comprometido a cumplir una misión con el Consejo y la cumpliré hasta los últimos instantes.»[84] Se había convertido en ministro de Asuntos Exteriores precisamente para poder negociar con Burgos, pero Franco, como era de esperar, se negó a tratar.

De hecho, Besteiro era sorprendentemente optimista acerca del futuro. El 11 de marzo de 1939 habló con el gobernador civil de Murcia, Eustaquio Cañas, quien escribió: «Encuentro al profesor Besteiro en un sótano, tendido en una cama de hospital. Su tez lívida, sus facciones demacradas, su delgadez extrema le dan un aspecto cadavérico». Para total asombro de Cañas, Besteiro le aseguró confidencialmente que «los hombres que tenemos una responsabilidad, sobre todo en la organización sindical, no podemos abandonar ésta. Tengo la seguridad de que casi nada va a ocurrir. Esperemos los acontecimientos y quizá podamos reconstruir una UGT de carácter más moderado; algo así como las Trade Unions inglesas. Conque quédese usted en su puesto de gobernador, que todo se arreglará, yo se lo aseguro». Cañas no podía creer que un hombre con la inteligencia de Besteiro fuese tan inconsciente sobre la naturaleza de la guerra[85]. Esta ingenuidad pudo ser consecuencia del ilusorio optimismo que, se dice, es síntoma de la tuberculosis. Igualmente, pudo haber sido inspirado por promesas hechas por la Quinta Columna o incluso el mismo Casado —que

había estado en contacto con amigos dentro del alto mando franquista—. Años más tarde, Luna García expresó en privado su disgusto, pues Franco, después de prometer «vida y libertad» a aquéllos que ayudaran a evitar una masacre, «me los fusilaba a todos[86]».

Sorprendentemente, Besteiro pareció dar por hecho que la vida para el movimiento socialista bajo Franco sería similar a la privilegiada existencia experimentada bajo Primo de Rivera. Sus propios escritos de esos días muestran hasta qué punto su feroz anticomunismo había alimentado una extraña complacencia hacia los franquistas:

> Estamos derrotados por nuestras propias culpas (claro que hacer mías tales culpas es pura retórica). Estamos derrotados nacionalmente por habernos dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizá los siglos […]. La reacción contra ese error de la República de dejarse arrastrar a la línea bolchevique, la representa genuinamente, sean los que quieran sus defectos, los nacionalistas que han batido en la gran cruzada anticomintern. Pero la grande o pequeña cantidad de personas que hemos sufrido las consecuencias del contagio bolchevique de la República, no solamente tenemos un derecho que no es cosa de reclamar, sino que poseemos un caudal de experiencia, triste y trágica, si se quiere, pero por eso mismo muy valiosa. Y esa experiencia no se puede despreciar sin grave daño para la construcción de la España del porvenir.

Creía que el papel que la junta de Casado había desempeñado al acelerar el final de la guerra merecía recompensa de los vencedores en forma de un puesto en la futura reconstrucción. No podía creer que iba a haber una represión a ultranza:

> No es, pues, fascista el ciudadano de la República, con su rica experiencia trágica. Pero tampoco es, en modo alguno, bolchevique. Quizá es más antibolchevique que antifascista, porque el bolchevismo lo ha sufrido en sus entrañas y el fascismo, no. ¿Cómo este interesante estado de ánimo y esta rica experiencia puede contribuir a la edificación de la España de mañana? He ahí el gran problema. Porque pensar en que media España pueda destruir a la otra media sería una nueva locura que acabaría con toda posibilidad de afirmación de nuestra personalidad nacional; peligro que hemos corrido y del cual hemos escapado, al parecer, poco menos de milagro. Para construir la personalidad española de mañana, la España Nacional, vencedora, habrá de contar con la experiencia de los que han sufrido los errores de la República bolchevizada, o se expone a perderse por caminos extraviados que no conducen más que al fracaso. La masa republicana útil no puede pedir, sin indignificarse, una participación en el botín. Pero sí puede y debe pedir un puesto en el frente de trabajo constructivo.

De hecho, los pelotones de fusilamiento y los campos de concentración de Franco no restringían sus faenas a comunistas. A pesar de las cándidas esperanzas de Besteiro, anticomunistas activos, republicanos liberales, socialistas y anarquistas, además de muchos que eran, sencillamente, apolíticos, serían víctimas de la represión salvaje, como lo sería el mismo Besteiro[87].

Besteiro fue el único de los 28 miembros de la junta que se quedó. El 18 de marzo de 1939, le dijo a Regina García, directora del diario socialista *La Voz*: «Me quedaré con los que no pueden salvarse. Es indudable que facilitaremos la salida de España a muchos compañeros que deben irse, y que se irán por mar, por tierra o por aire; pero la gran mayoría, las masas numerosas, ésas no podrán salir de aquí, y yo, que he vivido siempre con obreros, con ellos seguiré y con ellos me quedo. Lo que sea de ellos será de mí.»[88] Al parecer, era inconsciente de que el golpe de Casado había saboteado cualquier oportunidad de una evacuación propiamente organizada de aquéllos que se hallaban en peligro. Sin embargo, durante esos días intentó facilitar la huida de otros, gracias a su amigo de toda la vida y camarada, Trifón Gómez, ahora intendente general del Ejército republicano, que se encontraba en París negociando el refugio en México para los republicanos que habían de huir[89]. Sin embargo, Besteiro anuló sus propios esfuerzos al no permitir que se utilizara cualquier recurso del gobierno para aquéllos que necesitaban escapar. Su lógica era que en España se necesitaba la riqueza nacional a fin de llevar a cabo la reconstrucción de la posguerra y que Franco trataría mejor a los republicanos que se quedaran en España para salvaguardar los recursos estatales[90]. En su juicio, se afirmó que había hecho todo lo posible por facilitar una pacífica capitulación a los franquistas victoriosos, en cooperación con la clandestina Falange y la organización de la Quinta Columna, conocida como Servicio de Información Militar[91].

Fumando un pitillo tras otro hasta el final, se parecía cada vez más a un esqueleto[92]. Su fe en la buena voluntad de Franco le sostuvo hasta el final de la guerra. El 27 de marzo, le dijo al comandante militar anarquista, Cipriano Mera, quien le urgía a escapar junto con Casado: «Yo no he tenido

función alguna en la guerra, a no ser la de estos últimos momentos en que he tratado, junto con ustedes, de evitar a nuestro pueblo mayores sufrimientos. Pueden hacer conmigo los vencedores lo que les plazca. Me detendrán, pero quizá no se atrevan a matarme.»[93] De hecho, era prácticamente la única figura republicana de relieve que prefirió quedarse con sus electores antes que escapar. Era suicida quedarse como lo hizo, por sentido del orgullo. Justo antes del final, cuando José del Río, secretario del Consejo de Defensa Nacional, le preguntó si pensaba que Franco iba a fusilarle, contestó: «Sí; admito esa posibilidad y hasta la deseo. No temo morir, porque con mis sesenta y nueve años y mis achaques físicos, ¿qué otro servicio mejor podría yo prestar a la causa de los trabajadores que han quedado sin bandera y sin guías? Si mi nombre pudiera ser para ellos esa bandera entonces ¡preferiría que se me fusilase!»[94] Sin embargo, en la apelación contra su sentencia proclamó orgullosamente, y con un punto de malicia, que al quedarse también estaba poniendo en evidencia el contraste entre él mismo y aquéllos de sus colegas que habían escapado. Le había dicho lo mismo al director del periódico anarquista, *CNT*, José García Pradas[95].

Besteiro fue capturado en el sótano del Ministerio de Hacienda, donde había permanecido desde que dejara su hogar el 5 de marzo. Algunas horas antes de que llegaran las tropas franquistas, se le unió Rafael Sánchez Guerra, secretario de Casado. Besteiro comentó: «Creo preferible esperar aquí la detención, ahorrando así un mal rato a mi familia». Respecto a sus electores de Madrid, dijo con cierto tono de arrogancia: «No puede uno abandonar a los que han depositado su fe en nosotros. Mi presencia aquí puede ahorrar mucha sangre; puedo evitar que se cometan muchas injusticias. Yo seré el muro de contención de la avalancha que se avecina.»[96] Estaba equivocado, aunque su cándido optimismo sobre la nueva situación duró algún tiempo. El 30 de abril de 1939, escribió a su mujer desde prisión:

> De aquí saldremos todos un tanto machacados, o ¿quién sabe?, tal vez salgamos un tanto endurecidos. Yo, respecto a nuestra situación, no soy pesimista. Tendremos que renunciar a algunas cosas, pero son de la naturaleza de las que más dispuestos estamos a renunciar por

nuestros hábitos de vida y por nuestras exigencias morales. En cambio yo no desespero de que podamos encontrar un medio de trabajo decoroso, aparte de la reparación que nos es debida, al menos en lo que se refiere a ti[97].

El 8 de julio de 1939, con casi sesenta y nueve años, se enfrentó a un consejo de guerra compuesto de generales insurrectos, acusado del supuesto «delito de adhesión a la rebelión militar». Se pronunciaron absurdos cargos contra él, a pesar de sus esfuerzos para la paz y el anticomunismo, que inspiraron su participación en la junta de Casado, acto de rebelión militar contra el gobierno de Juan Negrín[98]. En efecto, su misión de paz en Londres y sus vínculos con Casado se encontraban entre las acusaciones centrales que se vertieron contra él en el juicio. El fiscal, teniente coronel Felipe Acedo Colunga, reconoció que Besteiro era un hombre honesto, inocente de cualquier crimen de sangre, pero aun así pidió para él la pena de muerte. El largo discurso de Acedo dejaba claro que el crimen de Besteiro había sido hacer del socialismo una doctrina aceptable por presentar una versión moderada de él. También es difícil no llegar a la conclusión de que los franquistas, incapaces de procesar a Azaña, Negrín, Largo Caballero y otras figuras mayores de la República, vertieron todo su odio contra Besteiro[99].

Cuando llegó la hora de apelar la sentencia, que fue de cadena perpetua, Besteiro redactó un «pliego de descargo» en el que era normal tanto confesarse como excusarse. Escribió:

Sin cometer la vileza, que nunca hubiera cometido, de pasarme al partido que, según mi visión de las cosas, había de ser, a fin de cuentas, el triunfador, hubiera podido muy bien adoptar una posición inhibitoria que me hubiera permitido, dentro o fuera de España, poner a salvo mi vida, mi reputación, mis intereses y los de mis familiares. No lo hice por entender que mi deber era inequívocamente el de permanecer en la brecha arrostrando todos los peligros, y en vez de desdibujar mi posición y de desvanecer mi influencia para salvarme en una especie de anonimato político, proclamarla claramente y afirmarla lo más posible, para gastar la fuerza moral que la adopción de esa actitud pudiera proporcionarme en beneficio de mis conciudadanos, harto probados por la desgracia, y en provecho del país en que he nacido y al que voluntariamente, además, pertenezco. Fiel a esta regla he permanecido hasta el último momento, momento en el cual he arriesgado todo para poner fin a una situación imposible y por evitar a los españoles daños mayores de los que hasta entonces habían sufrido. Que he tenido ocasiones de salir de España no solamente con facilidad, sino con positivas ventajas en aquel momento y en el porvenir es cosa bien conocida por todos. Pero

> ha habido dos momentos en que la tenacidad con que he mantenido mi actitud se ha puesto bien de manifiesto. Estos dos momentos corresponden a las fechas del 7 de noviembre de 1936 y del 28 de marzo de 1939. En la primera de esas fechas, la violencia con que pudieron haber entrado las tropas nacionales en Madrid me hacía naturalmente temer que pudiera ser yo una de las víctimas de la pasión propia de la lucha. En la segunda de esas fechas, aun descartada la entrada por la fuerza en Madrid, la noticia de mi destitución del cargo de catedrático y los injustos ataques que se me habían dirigido por la radio nacional no permitían hacerme ilusiones acerca de la suerte que pudiera correr en los primeros momentos. Sin embargo, en una y otra fecha, desestimando los consejos que se me prodigaban para que abandonase mi país, o por lo menos me ocultase durante algún tiempo, decidí, sin dudarlo, permanecer en mi puesto. Las razones de esta determinación son complejas: el deseo de no establecer en el éxodo solidaridades que no existían hacía mucho tiempo; la repugnancia de la fuga, ya que no tenía por qué huir y exhibir en el extranjero los dolores de la propia patria; el convencimiento de que me podía presentar ante los jueces más severos con la frente alta y la conciencia tranquila[100].

La justificación gratuita de la persecución de Besteiro fue más tarde admitida por Ramón Serrano Suñer, quien escribió: «Hemos de reconocer que dejarle morir en prisión fue por nuestra parte un acto torpe y desconsiderado.»[101] La pena de cadena perpetua fue conmutada a treinta años de reclusión mayor. Primero fue confinado en el monasterio de Dueñas, en la provincia de Palencia, hasta finales de agosto de 1939, y luego en la prisión de Carmona, en la provincia de Sevilla. Con setenta años cumplidos, la salud rota por la falta de comida adecuada y de atención médica, fue forzado a realizar duros trabajos físicos, como fregar suelos y limpiar letrinas. Cuando durante su enfermedad final se manifestó una fatal infección sanguínea, a mediados de septiembre de 1940, su querida esposa, Dolores Cebrián, se desplazó inmediatamente a Carmona, pero se le negó el permiso para verle, y tuvo que esperar ocho días hasta la víspera de su fallecimiento, el 27 de septiembre de 1940[102].

El sacrificio de someterse a la brutal venganza de la «justicia» fue algo que sus colegas de partido no entendieron fácilmente. El siempre pragmático Indalecio Prieto admiró «la ejemplar grandeza del gesto de Besteiro», pero creía que «pudo ser más útil aleccionándonos en el exilio que padeciendo en la cárcel[103]». En cualquier caso, la dignidad, la humanidad y el coraje de su comportamiento durante los últimos días de la guerra civil española y la injusticia de su suerte a manos de los franquistas

tienen que ser sopesados contra las vidas perdidas como resultado del fiasco de Casado. El comportamiento de Besteiro durante la guerra, primero permaneciendo al margen de la causa republicana, y luego participando en la junta de Casado, nacía de una curiosa mezcla de inocencia y arrogancia. Siempre irascible detrás de su dignidad exterior, se sintió hondamente herido por el modo en que le trató la izquierda durante las luchas internas de partido entre 1934 y 1936. Su comprensible rabia se basaba en su certeza de que los socialistas izquierdistas, sencillamente, se equivocaban al combatir su interpretación del momento histórico. Sus interpretaciones de los asuntos políticos del día eran, a menudo, abstracciones teoréticas elaboradas con un alejamiento olímpico de las realidades cotidianas, sobre todo en lo que al fascismo se refería. Su sensibilidad herida, sus convicciones y su teórica corrección parecen combinarse en un sentido de aplastante superioridad moral. De ese sentido nacía su optimista creencia de que su pasado inmaculado le granjearía la clemencia franquista. Así como había calculado mal el probable peso de su intervención ante Eden, sus bienintencionados pero de algún modo egoístas puntos de vista en 1939 contrastaban totalmente con la brutal realidad de la determinación del Caudillo de aniquilar todos los valores de la República. El expediente de Besteiro fue considerado personalmente por Franco. El que se le negara tratamiento médico o cualquier conmutación de la sentencia reflejaba que éste estaba decidido a destruirle. En palabras de su sobrina: «La única explicación es que el Caudillo quería borrar la popular figura de Besteiro de la historia de España, hacer que los españoles contemporáneos lo olvidasen y que las generaciones futuras no supiesen que había existido nunca.»[104] Lo que hizo Franco fue aplicar un castigo ejemplar a un hombre que no había hecho nada para oponerse al levantamiento militar y que había hecho más que la mayoría para poner fin a la resistencia republicana. La tragedia de Besteiro fue que, habiendo perdido la poca fe que tenía en la República y en sus camaradas socialistas, eligió, en cambio, depositar su fe en su verdugo.

7. MANUEL AZAÑA.

EL PRISIONERO DE LA JAULA DORADA

MANUEL AZAÑA

UN PRISIONERO
EN LA JAULA DORADA.

Ya entrada la noche del 15 de agosto de 1936, menos de un mes después de comenzar la guerra civil española, el general Emilio Mola habló desde Radio Castilla, de Burgos. Declaró que el alzamiento militar que había dirigido se proponía librar a España «del caos de la anarquía, caos que desde que escaló el Poder el llamado Frente Popular iba preparándose con todo detalle al amparo cínico y hasta con complacencia morbosa de ciertos gobernantes». Los instrumentos de esta anarquía eran «los puños cerrados de las hordas marxistas», pero para Mola la responsabilidad de haberlos dejado sueltos recaía en una única persona:

> Sólo un monstruo, de la compleja constitución psicológica de Azaña pudo alentar tal catástrofe; monstruo que parece más bien la absurda experiencia de un nuevo y fantástico doctor Frankenstein que fruto de los amores de una mujer. Yo, cuando al hablarse de este hombre oigo pedir su cabeza, me parece injusto: Azaña debe ser recluido, simplemente recluido, para que escogidos frenópatas estudien en él «un caso», quizá el más interesante, de degeneración mental ocurrido desde el hombre primitivo hasta nuestros días[1].

Nada indica de modo más directo la importancia de los servicios prestados por Manuel Azaña a la Segunda República que el odio que sintieron hacia él los ideólogos y propagandistas de la causa franquista. Las

ponzoñosas calumnias a que le sometieron durante la guerra civil y hasta mucho después de su muerte son prueba de que los enemigos de la República veían en él a uno de sus más fuertes baluartes. Era, esencialmente, la personificación de la Segunda República. Las reformas hechas durante el primer bienio —la nueva Constitución, el voto para la mujer, el divorcio, las reformas militares, la separación de la Iglesia y el Estado, el Estatuto de Cataluña, la legislación laboral y la reforma agraria —, fueron considerables y cada una, a su manera, constituyó un desafío a los privilegios de la derecha, y todas, en mayor o menor medida, se convirtieron en ley gracias a la habilidad oratoria de Azaña. Una aportación igualmente crucial a la Segunda República fue la inteligencia y energía con que Azaña contribuyó a la creación de la victoriosa coalición electoral de izquierdas, en 1936, conocida como Frente Popular. Finalmente, su valerosa decisión de permanecer con la República hasta el final, durante la guerra civil, fue una aportación no lo bastante apreciada a la lucha contra los militares rebeldes. De haber elegido buscar la seguridad en el extranjero, como hicieron muchos de sus colaboradores republicanos, habría quedado fatalmente disminuida, a los ojos de las grandes potencias, la legitimidad del régimen. La descripción, psicóticamente hostil, que hizo de Azaña el propagandista franquista Joaquín Arrarás, resulta a este respecto muy reveladora:

> Engendro espurio elevado a la más alta magistratura de una República abyecta por un sufragio seudodemocrático corrompido y corruptor. Digamos, para ser exactos, que Azaña era el aborto de logias e Internacionales a quien correspondía la presidencia genuina de la República del Frente Popular, oruga repulsiva de la España roja, la de las matanzas y las «checas», la de las refinadas crueldades satánicas[2].

Otro franquista, Francisco Casares, al hablar de la estrecha identificación de Azaña y la República, se refirió a él como «un monstruo, una congregación de ausencias morales y de coincidentes elementos formativos que resume, concentra y simboliza todas las culpas y todos los pecados. Esta concreción tiene una personalidad: la de quien dio tono y sentido, perfil y esencia a la República Española». La razón de este odio es

evidente. Cuando en 1935 la derecha creía que la República estaba de rodillas, Azaña intervino para volver a levantar su mayor baluarte: la coalición republicano-socialista. A su labor al inspirar el Frente Popular hizo referencia Casares al escribir: «Cuando el impulso colectivo lo derriba de su pedestal, sin pena ni remordimientos, sin inquietudes ni dudas, prepara, desde las aguas turbias de su cloaca, el nuevo asalto.»[3]

El vitriolo arrojado contra Azaña por los propagandistas de Franco reflejaba el odio de éste. Y también el intenso temor provocado en la derecha española por el hombre al que, ya en 1932, Giménez Caballero llamó «el padre de la República». Azaña llegó a personificar la Segunda República y con ello desafió la existencia del *ancien régime* en España. Según Salvador de Madariaga, juez agudo que tenía escasos motivos para estar agradecido a Azaña[4] y cuyo juicio adquiere, por esto, mayor valor, don Manuel fue «el español de más talla que reveló la breve etapa republicana», «por derecho natural, el hombre de más valer en el nuevo régimen, sencillamente por su superioridad intelectual y moral», y «el orador parlamentario más insigne que ha conocido España». Madariaga insistió con acierto en «la vertiente ética de Azaña». Fue en este aspecto, en el grado de sacrificio personal que don Manuel estaba dispuesto a hacer en interés de la democracia, que residen su importancia y su universalidad[5]. Ningún otro político, con la posible excepción de Indalecio Prieto, percibía como Azaña la necesidad de modernizar el aparato del Estado y en particular su relación con poderosas instituciones relacionadas con el viejo régimen. Tenía tres objetivos principales: modernizar las relaciones entre la Iglesia y el Estado, modernizar el Ejército, tanto técnicamente como en términos de subordinación política al gobierno civil de la nación, y finalmente introducir racionalidad y diálogo en la vida política y parlamentaria. Actuó basándose en la convicción de que las leyes cambian la realidad, que las grandes reformas se logran aprobando leyes importantes. Azaña concebía el ejercicio del poder como la práctica de la virtud; tenía razón, convencía con palabras y actuaba legislando. Desgraciadamente, acabaría descubriendo que el poder legal, verbal y racional era insuficiente ante la fuerza conjunta del Ejército, la Iglesia, la

oligarquía española y sus aliados alemanes e italianos, pero, indignado por el ataque a la legalidad que tanto respetaba, se mantuvo junto a «su» República. Su programa para la creación de una España moderna no se llevaría a la práctica hasta después de la muerte de Franco.

Su biografía no tiene nada que ver con el revolucionario moralmente degenerado o el monstruo mentalmente deficiente de la propaganda franquista. Manuel Azaña Díaz nació el 17 de enero de 1880 en la pequeña y adormilada ciudad de Alcalá de Henares, a treinta kilómetros de Madrid. Su padre, un próspero hombre de negocios y propietario de tierras, Esteban Azaña y Catarineu, era alcalde e historiador de Alcalá, ciudad natal de Miguel de Cervantes. Su madre, Josefina Díaz Gallo-Muguruza, era una mujer inteligente y culta. El joven Manuel creció en una casa llena de libros, situada en la calle de la Imagen, en diagonal con la casa en que se creía que vivió Cervantes. La madre de Manuel murió cuando su hijo tenía nueve años, y su padre, cuando llegaba a los diez. Manuel, su hermano Gregorio y su hermana Josefa fueron cuidados por su abuela paterna, Concha de Catarineu. En la espaciosa casa familiar, Manuel estaba a menudo a solas. Muy inteligente, pero tímido, se retiró a un mundo de libros en el que devoró vorazmente los clásicos españoles y la literatura popular de la época, en especial las obras de Julio Verne. Más adelante, sus enemigos interpretarían como arrogancia su solitaria afición a los libros.

Azaña era esencialmente la personificación de la Segunda República. (En la foto, votando en las elecciones a Cortes Constituyentes en junio de 1931.)

Azaña concebía el ejercicio del poder como la práctica de la virtud; tenía razón, convencía con palabras y actuaba legislando. (Con Francesc Macià, presidente de la Generalitat.)

Azaña había llegado a la conclusión de que la modernización de España exigía que el aparato del Estado impusiera su voluntad lo mismo al militarismo que a las órdenes religiosas. (Con el general Franco y el nuncio en España, monseñor Tedeschini.)

Manuel heredó de sus padres el amor por la literatura y de su padre en particular el interés por la política y los asuntos cívicos. Se educó en Alcalá de Henares hasta los trece años, cuando fue enviado al Real Colegio de Estudios Superiores, de los padres agustinos, en el monasterio de El Escorial. Se trataba de una institución para los hijos de la alta burguesía, y

para Manuel fue la primera de sus jaulas doradas. Se refería a los estudiantes como sus «compañeros de presidio». Sus experiencias allí fueron la base de su exquisita novela *El jardín de los frailes*[6]. En 1898, basándose en sus estudios en El Escorial, se presentó, con éxito, a los exámenes para la abogacía en la Universidad de Zaragoza. Dos años después, escribió una tesis doctoral, en Madrid, sobre «la responsabilidad de las multitudes». Ganó, como número dos de su promoción, el puesto de letrado de la Dirección General de Registros y del Notariado. Indica su distinción intelectual que en 1902 lo invitaran a dar una conferencia en la Academia de Jurisprudencia, de Madrid, sobre «La libertad de asociación». Convertido en un funcionario respetable, dedicaba lo mejor de su tiempo a actividades intelectuales en el Ateneo de Madrid. Entre 1911 y 1912, con una beca de la Junta de Ampliación de Estudios, estudió en la Sorbona de París. Fue el comienzo de una relación, que duraría toda su vida, con las ideas liberales y legales francesas. Durante la Primera Guerra Mundial visitó los frentes italiano y austriaco e hizo campaña por toda España en favor de los aliados. Como secretario del Ateneo de Madrid, como colaborador de la revista *España* y de los periódicos *El Sol* y *El Imparcial*, y como fundador, con José Ortega y Gasset, de la Liga de Educación Política, desempeñó un papel importante en la cultura de ese período. Su libro *Vida de don Juan Valera* obtuvo en 1926 el Premio Nacional de Literatura. Había entrado en la política al afiliarse en 1912 al Partido Reformista de Melquíades Álvarez, del que se separó en 1924 para fundar Acción Republicana[7].

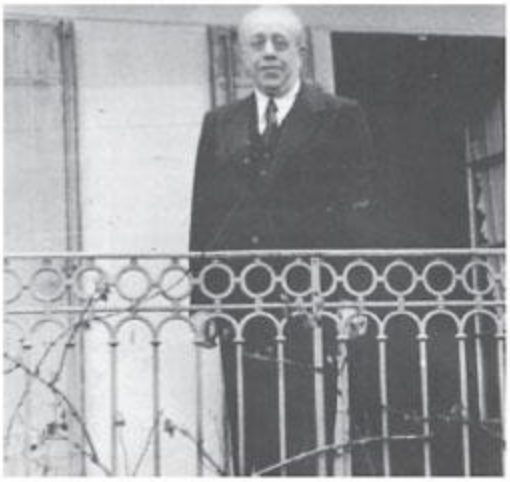
Para cuando empezaba a ser conocido en los círculos literarios y políticos de Madrid, Azaña tenía ya una apariencia relativamente poco grata, que más tarde daría pretextos a groseros insultos derechistas. Salvador de Madariaga lo describió como con «cara de pocos amigos». Su timidez hacía que pareciese despectivo. Su aguda inteligencia lo volvía poco paciente con zoquetes y aduladores, quienes le tomaban por una persona de mal genio. No era hablador efusivo, pero tampoco taciturno. Como Madariaga señaló con agudeza, «su aspecto era complejo: la parte inferior del rostro, malhumorada, pero en sus ojos y sus cejas casi asomaba

un llamamiento a la simpatía». Su tez pálida y su tendencia a la obesidad se acentuaron con el paso de los años[8]. Esto fue la base de las caricaturas de los derechistas, especialmente en 1932 y 1933, cuando el semanario satírico *Gracia y Justicia* lo presentaba como «un renacuajo, una rana, una salamandra, una serpiente, cualquier cosa viscosa e intocable, pero muy especialmente una víbora, amenaza furtiva, silbante, vengativa, con la implicación adicional de feminidad[9]». Pero ni su apariencia ni sus antecedentes como un oscuro escritor y funcionario bastan para explicar el odio de las derechas.

La preparación de Azaña para la vida pública no tenía precedentes en los políticos activos españoles. Como perteneciente a la Generación del 98, había estudiado y escrito sobre literatura española, sobre los problemas de España, sobre el militarismo y el caciquismo. Leyendo y reflexionando constantemente, había llegado a una concepción completa de la reforma racional de España. Lo que dejaba perpleja y enfurecía a la derecha —y en particular a Franco—, era que su visión intelectual despertara suficiente apoyo popular para convertirse en una amenaza. Con sus lecturas y sus viajes, Azaña había llegado a la conclusión de que la modernización de España exigía que el aparato del Estado impusiera su voluntad lo mismo al militarismo que a las órdenes religiosas. Tenía también ideas inequívocas acerca de la reforma agraria, no como una preocupación revolucionaria, sino como un deseo humanitario de que los jornaleros sin tierra no se murieran de hambre en el campo. Estas ideas habrían sido inocuas si Azaña no hubiese pasado de la oscuridad al Ministerio de la Guerra, en abril de 1931, y a la presidencia del Consejo de Ministros a mediados de octubre de 1931, como resultado de su intervención en el debate sobre los artículos constitucionales referentes a la religión[10].

Fue Franco (en la foto, con el ministro de la Guerra José María Gil-Robles, en 1935) quien mostró más inquina a Azaña, y fue su resentimiento el que dio el tono a la venenosa propaganda nacionalista antiazañista a partir de 1936.

El meollo del Frente Popular era la coalición electoral republicano-socialista reanudada gracias a los esfuerzos de Azaña y Prieto. (En la foto, Azaña habla a sus partidarios tras el triunfo de febrero de 1936.)



En la España de la guerra civil no había lugar para Azaña, hombre de paz al que repugnaba la violencia. (En Francia, tras dimitir como presidente de la República.)

No ha de pensarse, sin embargo, que Azaña se movía por la ambición o por un ardiente sentido de misión. Durante toda su carrera se refugió a menudo en la oscuridad. Su vida política inicial consistió en desempeñar un modesto papel en el Partido Reformista, desde 1913 a 1923. Su participación en la Alianza Republicana y en los diversos comités que

finalmente condujeron al Pacto de San Sebastián de agosto de 1930 y al gobierno provisional de abril de 1931, fue el resultado de la presión de un amigo, Enrique Martí Jara. En aquella época, llevaba una existencia solitaria, escribiendo *El jardín de los frailes*. Reflexionando, años después, sobre este período, entristecido por la muerte prematura de Martí Jara, anotó en su diario:

> Yo creo que la soledad me indujo en error; la soledad y la absoluta carencia de ambición que siempre he tenido (facilidad para contentarme con lo presente y no creerme *con derecho* a más, ni a nada. ¿Será el freno de la indolencia?) […]. Martí Jara es el que me llevó, casi tirando de mí a la fuerza, a los primeros trabajos para organizar la Alianza Republicana […]. De mi apartamento huraño me sacaba Martí Jara llevándome casi a empellones a formar en los comités y consejos políticos preparatorios de la revolución […]. Por Martí Jara fui al comité ejecutivo de la Alianza y de ahí vino que fuese al Pacto de San Sebastián y que me incluyesen en el Comité Revolucionario convertido después en Gobierno de la República[11].

Después del fracaso de la sublevación de Jaca, el 12 de diciembre de 1930, Azaña desapareció por completo, pues se retiró a casa de su suegro, para escribir una novela. Cuando llegaron a Madrid las noticias de la derrota de Jaca, Azaña se hallaba en una representación del *Boris Godunov* de Mussorgski y huyó del teatro Calderón cuando se presentó la policía buscándole[12]. Hasta el 14 de abril de 1931, se mantuvo oculto y con escasa confianza en su capacidad de influir en los acontecimientos; hizo, pues, muy poco o nada para traer la República.

En realidad, Azaña nunca se preocupó de las cuestiones a las cuales suelen ser muy sensibles quienes tienen ambiciones políticas: la necesidad de una maquinaria electoral, de un partido, de una organización. Martí Jara lo arrastró al Pacto de San Sebastián, y lo hicieron ministro de la Guerra en el primer gobierno republicano-socialista en reconocimiento de su talento y, concretamente, de su interés por la política militar. En 1918, en efecto, había publicado un extenso estudio sobre la política militar de la Tercera República francesa[13]. Estaba decidido a erradicar de España el problema del militarismo, pues lo consideraba un obstáculo «ruidoso y desordenado» a una política racional. Era un problema que Azaña veía resumido en el hecho de que España tuviera un Ejército completamente desproporcionado

respecto a las posibilidades económicas del país. Como resultado, tenía exceso de personal y deficiencia de equipamiento. Por esto, el Ejército se encontraba apartado de su tarea propia, la de defender a España, y se inclinaba, en cambio, a intervenir en política. La urgencia con que Azaña emprendió su tarea causó gran inquietud entre la oficialidad. Esto, junto con su decisión de eliminar, en la medida de lo posible, las irregularidades de la dictadura de Primo de Rivera, explican el feroz odio que sintieron por Azaña muchos destacados oficiales ascendidos por ésta[14].

Las reformas militares que Azaña llevó a cabo entre la primavera y el verano de 1931, fueron manipuladas hábilmente por la prensa de derechas con el fin de propagar la idea de que los oficiales, junto con los grandes propietarios de tierras y los sacerdotes, eran objeto de persecución por parte del nuevo régimen. Esto era una distorsión deliberada de las intenciones de Azaña. Según un decreto del 22 de abril de 1931, los oficiales del Ejército debían prestar promesa de fidelidad a la República, como antes lo prestaban a la monarquía. De acuerdo con el decreto, para permanecer en filas los oficiales debían, sencillamente, hacer a la República «una promesa de fidelidad, de obediencia a sus leyes y de empeñar su honor en defenderla con las armas». La negativa a prestar esta promesa se consideraría una demanda de dimitir de su cargo. Para muchos se trataba, probablemente, de una fórmula rutinaria, sin significado especial, y la aceptaron no pocos cuyas convicciones verdaderas eran antirrepublicanas[15]. A fin de cuentas, pocos se habían sentido ligados por su juramento de lealtad a la monarquía para salir en defensa suya el 14 de abril. Pero, por otro lado, aunque era una exigencia razonable del ministro y del nuevo régimen, se consideró la promesa, por parte de los oficiales más partidistas, como un ataque con motivación ideológica a sus convicciones más profundas. La prensa de derechas generó sin dificultad la impresión de que Azaña arrojaba a la miseria a aquellos cuyas convicciones les impedían prestar la promesa[16]. De hecho, a quienes decidieron no hacerlo se les consideró como miembros de la reserva y recibieron el sueldo correspondiente.

Una causa de indignación todavía mayor para los más derechistas de los oficiales fue el decreto anunciado el 25 de abril, que se conoció como «la

ley Azaña». Por este decreto, Azaña ofrecía el retiro voluntario, con sueldo completo, a todos los miembros del cuerpo de oficiales, lo que constituía un modo generoso y costoso de tratar de reducir el volumen de este cuerpo. Sin embargo, el decreto establecía que al cabo de treinta días cualquier oficial que fuera excedente respecto a las necesidades del servicio pero no hubiera optado por el retiro, perdería su puesto sin compensación alguna. Esto causó un resentimiento general y alentó la creencia, fomentada de nuevo por la prensa de derechas, de que la República perseguía al Ejército[17]. Como la amenaza nunca se aplicó, su anuncio fue un error perjudicial por parte de Azaña o de sus asesores ministeriales.

El odio ardiente a Azaña, que comenzaban a sentir muchos oficiales, se intensificó por lo que se dio en llamar la cuestión de las «responsabilidades». El 17 de abril se había detenido al general Dámaso Berenguer, por supuestos delitos cometidos por él en la colonia española de Marruecos, como primer ministro y luego como ministro de la Guerra, durante el consejo de guerra sumarísimo y la ejecución de los rebeldes de Jaca, los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández[18] El 21 de abril se detuvo también al general Emilio Mola por su actuación contra el movimiento republicano cuando era director general de Seguridad del gobierno Berenguer[19].. Estas detenciones formaban parte de una depuración simbólica de personajes de la monarquía por actos de abuso político y fiscal y corrupción llevados a cabo durante la dictadura y después de ella, el mayor de los cuales se consideró que era la ejecución de Galán y García Hernández. La campaña de las «responsabilidades» ayudó a mantener muy vivo el fervor popular republicano durante los primeros meses del régimen, pero con un alto costo a largo plazo. Azaña creía con razón que la Comisión de Responsabilidades perjudicaba peligrosamente a la República[20]. De hecho, pocas personas fueron detenidas o se exiliaron, pero la cuestión de las «responsabilidades» creó el mito de una República vengativa e implacable, identificado erróneamente con Azaña. La campaña de «responsabilidades» aumentó los temores y resentimientos de poderosas figuras del viejo régimen, induciéndolas a ver como mayor de lo que era la amenaza que pudiese significar la República[21]. Los juicios por las

«responsabilidades» proporcionaron a los «africanistas» una nueva excusa para su instintiva hostilidad a la República. Irónicamente, Azaña, que por esta cuestión se convirtió en el foco del resentimiento de la derecha, había tratado de desecharla, junto con otros miembros moderados del gobierno[22].

Más aún que las «responsabilidades» y hasta que la «ley Azaña», lo que más excitó la suspicacia de los militares fue el decreto de Azaña del 3 de junio de 1931 que ordenaba la llamada «revisión de ascensos», es decir, la reapertura de los expedientes por los cuales se habían concedido algunos ascensos por méritos durante la guerra de Marruecos. Esto reflejaba la determinación de Azaña y de sus asesores militares liberales de anular algunos de los ascensos arbitrarios concedidos por Primo de Rivera. El anuncio de tal decisión levantó el fantasma de que si todos los que habían sido ascendidos durante la dictadura iban a verse afectados, muchos influyentes generales, entre ellos Francisco Franco, volverían a ser coroneles, y se degradaría a muchos otros africanistas. Como la comisión que debía efectuar la revisión no llegaría a conclusiones antes de dieciocho meses, este plazo constituyó una situación irritante, en el mejor de los casos, y una causa de ansiedad en el peor. Casi un millar de oficiales temían verse afectados, aunque en realidad sólo la mitad vio sus ascensos examinados[23].

La prensa de derechas y los periódicos militares especializados montaron una feroz campaña alegando que Azaña había declarado que tenía la intención de «triturar el Ejército[24]». Azaña nunca dijo esto, aunque se ha convertido en un lugar común creer que lo hizo. El 7 de junio había pronunciado un discurso en Valencia en el cual alabó calurosamente al Ejército y declaró su decisión de «triturar» a los caciques, del mismo modo que había desmantelado «otras amenazas menores a la República». Esto fue deformado hasta dar la famosa frase[25]. Lo que enfurecía especialmente a los africanistas era la creencia de que a Azaña lo aconsejaba un grupo de oficiales republicanos a los que sus oponentes llamaban el «gabinete negro». De hecho, uno de los asesores militares extraoficiales de Azaña, el comandante Juan Hernández Saravia, se quejó a un compañero suyo de que

aquél era demasiado orgulloso para escuchar consejos de nadie. Además, lejos de estar dispuesto a perseguir a oficiales monárquicos, parece que Azaña se relacionó con muchos de ellos, como el general José Sanjurjo o el monárquico general Enrique Ruiz Fornells, a quien tuvo de subsecretario. De hecho, hubo algunos oficiales de izquierdas que aprovecharon la ocasión para retirarse, frustrados por lo que consideraban una actitud complaciente por parte de Azaña para con la vieja guardia. Además, es difícil encontrar el lenguaje ofensivo y amenazador para el Ejército del que se acusaba a Azaña. Aunque firme en su trato con los oficiales, Azaña hablaba en público de la institución armada en términos respetuosos[26]. Sin embargo, la prensa conservadora que leían la mayoría de los oficiales, *ABC*, *La Época*, *La Correspondencia Militar*, presentaba a la República como responsable de los problemas económicos de España, la violencia callejera, la falta de respeto hacia el Ejército y el anticlericalismo.

Pero fue Franco quien mostró más inquina hacia Azaña, y fue su resentimiento el que dio el tono a la venenosa propaganda nacionalista antiazañista a partir de 1936. La principal causa de ello fue la orden de Azaña del 30 de junio de 1931 que clausuraba la Academia General Militar de Zaragoza, de la que Franco era director y a la que había imbuido el espíritu de violencia propio de la Legión Extranjera. Al futuro Caudillo le gustaba su labor en la Academia y nunca perdonó a Azaña y al llamado «gabinete negro» que se la arrebataran. La indignación de Franco pudo percibirse en su discurso de despedida a los cadetes de la Academia, el 14 de julio de 1931, en el cual hizo una oblicua referencia a los oficiales republicanos que ocupaban puestos clave en el ministerio de Azaña, como «ejemplo pernicioso de inmoralidad e injusticia[27]». Por este discurso, Azaña le dirigió una reprensión oficial que quedó anotada en la hoja de servicios de Franco[28].

Si con ayuda de una prensa de derechas ferozmente hostil Azaña se convirtió en el blanco del resentimiento militar, lo mismo le ocurrió con los católicos. El artículo 26 de la nueva Constitución, redactado en agosto de 1931, desafiaba la posición en la sociedad de la religión organizada, al poner término al apoyo financiero del Estado al clero y a las órdenes

religiosas, ordenar la disolución de las órdenes, como la de los jesuitas, que prestaban juramento de fidelidad a poderes extranjeros, y establecer límites a la riqueza de la Iglesia. La actitud de Azaña y de muchos republicanos respecto a ésta se basaba en la convicción de que, si debía construirse una nueva España, era necesario que se pusiese fin al dominio de la Iglesia sobre muchos aspectos de la sociedad. No se atacaba a la religión como tal, pero la Constitución ponía término al apoyo financiero estatal a la posición privilegiada de la institución eclesiástica. Los diputados de derechas en las Cortes y la red de periódicos católicos, en el centro de la cual estaba *El Debate*, presentaban esto como una expresión de violento anticlericalismo, con lo cual permitían a quienes se oponían a cualquier clase de reforma arropar su actitud reaccionaria con el manto de la religión. Cuando el debate parlamentario había llegado a un callejón sin salida, Azaña pronunció en las Cortes, el 13 de octubre de 1931, un discurso monumental[29] que fue una declaración magistral de sentido común y de flexibilidad. Sin embargo, una frase, «España ha dejado de ser católica», causó una alarma innecesaria entre los católicos, ganándole la enemistad de algunos republicanos de derechas y la hostilidad agresiva de gran parte del clero. Las palabras de Azaña fueron consideradas como el satánico grito de guerra de un vengativo inquisidor laico, aunque su actitud respecto a la Iglesia era, en general, muy razonable. El discurso de Azaña convenció a la mayoría de izquierdas de no seguir presionando por la completa disolución de las órdenes religiosas. Sin embargo, Azaña parecía el archienemigo de la Iglesia católica. De hecho, las relaciones cordiales de Azaña y de otros destacados republicanos, como Luis de Zulueta, Jaume Carner y Lluís Nicolau d'Olwer con clérigos liberales como el cardenal Vidal i Barraquer, desmentían las afirmaciones de que se perseguía sin merced a la Iglesia[30].

Como resultado de su discurso del 13 de octubre, se salvó la Constitución. Sin embargo, el gobierno entró en crisis debido a la actitud de sus miembros católicos más destacados, el primer ministro, Niceto Alcalá Zamora, y el ministro de la Gobernación, Miguel Maura, quienes se creyeron obligados a dimitir. El discurso de Azaña y los prolongados aplausos con que se le acogió le habían convertido en el sucesor evidente a

la Jefatura del Gobierno. En el Consejo de Ministros en que se discutió esto, se consideró que la idea era prematura: «Yo me negué resueltamente. Y casi con violencia. Durante un rato, creí que tendría bastante fuerza para convencerlos, o para encerrarme en un "no" indiscutible. La escena fue a ratos dramática. Y, últimamente, abrumadora». Su reacción indicaba su falta de ambición: «Estaba disgustadísimo y de un humor negro, desesperado». No se lo creía: «Y me he vuelto a casa diciéndome que soy presidente del Gobierno, pero yo no lo noto, si apenas lo creo». Cuando uno de los ministros propuestos, José Giral, se mostró renuente, Azaña le convenció «invocando lo que me han hecho a mí[31]».

A partir de entonces, Azaña mostró una curiosa mezcla de enérgica decisión y de depresiva tendencia a arrojar la toalla. Ya a finales del verano de 1931 había escrito en su diario que «una cura de holgura y soledad me hace mucha falta[32]». A los seis meses de asumir la presidencia del gobierno escribió en su diario, el 14 de marzo de 1932, que deseaba «mandar a paseo la política y sumergirme en los libros», aunque su malhumor podía ser efecto de una visita al teatro para ver a una compañía rusa que presentaba *Crimen y castigo*[33]. Con la influencia de Dostoievski o sin ella, se sentía deprimido con frecuencia. El 25 de junio de 1932, afectado por el lento avance del Estatuto catalán y por la impresión de que tenía que hacerlo todo él mismo, anotó: «No encuentro apenas con quien dialogar. Esta impresión, continuamente renovada, me deprime, y como hoy me encuentro débil físicamente, todo lo veo negro y perdido.»[34] Poco más de una semana después, el 3 de julio de 1932, señaló las contradicciones entre su formación intelectual y sus deberes políticos, al escribir: «Estoy demasiado hecho a encontrar en mi interior los motivos de elevación y de placer; me he educado en veinticinco años de apartamiento voluntario, en la contemplación y el desdén. Y no tengo remedio. La Morcuera me interesa más que la mayoría parlamentaria, y los árboles del jardín más que mi partido.»[35]

Se mostraba constantemente dispuesto a abandonar la política para leer y meditar. Fue con sana ironía que dijo, en un discurso a la sección de Acción Republicana de Santander, el 30 de septiembre de 1932, que «por

muchos esfuerzos que yo haga, de vez en cuando me acuerdo de que soy jefe del Gobierno». En su último discurso en las Cortes Constituyentes, el 3 de octubre de 1933, recordó que la presión de sus colegas de gobierno le había obligado a aceptar la presidencia del Consejo de Ministros, en 1931: «Yo realicé entonces el mayor sacrificio que he hecho en mi vida». La idea del servicio impersonal y desinteresado al bien público impregna todos sus escritos y discursos. Le preguntó a Lerroux «si yo hubiese sido ambicioso, ¿cree Su Señoría que me hubiese pasado bastantes años en una biblioteca escribiendo libros que no le importan a nadie, ni a mí mismo, que los escribía?». En el mismo discurso, expuso su concepción de la actividad política: «Me he impuesto la disciplina, el deber y el sacrificio de tragarme mis sentimientos personales, mis inclinaciones y mis devociones más íntimas, para inmolar todo lo que es personal en aras del servicio público». Hizo un balance brutalmente realista de sus realizaciones y de sus deficiencias y terminó con estas palabras: «Es que como no aspiro a nada, ni quiero ser nada, ni me propongo ser nada, no tengo que solicitar el concurso de nadie para nada… Yo sé cuál es mi horóscopo: lo ha hecho persona de autoridad, y como soy crédulo y algo tímido, me atengo a él: en la oposición no significo nada.»[36]

No era que Azaña no fuese capaz de ejercer autoridad. Lo hizo a menudo, y con decisión. En una ocasión, durante el levantamiento anarquista del Alto Llobregat, en enero de 1932, no mostró la menor vacilación a la hora de ordenar que la tropa lo aplastara, pero cuando llegó el juicio a los responsables, se opuso a que hubiese ejecuciones, declarando: «No quiero fusilar a nadie. Alguien ha de empezar aquí a no fusilar a troche y moche. Empezaré yo.»[37] Un incidente similar tuvo lugar después del levantamiento militar del general José Sanjurjo, el 10 de agosto de 1932. El presidente mejicano Plutarco Elías Calles envió un mensaje a Azaña aconsejándole que «si quiere evitar derramamiento de sangre y mantener viva la República, fusile a Sanjurjo». Azaña se negó[38]. Cosa curiosa: durante la «sanjurjada», Azaña, acusado a menudo de cobardía por sus enemigos, salió al balcón del Ministerio de la Guerra fumando un cigarrillo,

como indicación a los rebeldes que disparaban contra el edificio de que su causa estaba perdida[39].

Las dificultades por las que atravesó la República en 1932 y 1933 determinaron que las reformas avanzaran a paso de tortuga. Aunque Azaña hizo frente de manera decidida a una insurrección anarquista y a un intento de golpe militar, quedó agotado por este proceso de desgaste. Invirtió especialmente grandes reservas de energía en asegurar la aprobación del Estatuto de Cataluña, en cuya defensa pronunció tres grandes discursos durante la primavera y el verano de 1932[40]. El sentimiento de desgaste y de decepción por la paralización del proceso de las reformas era particularmente fuerte entre los socialistas, que lo achacaban, especialmente Largo Caballero y sus partidarios, a sus aliados republicanos. En las filas socialistas existía, desde siempre, mucha desconfianza hacia los republicanos, y sólo Azaña parecía inmune a ella. Éste era consciente de la falta de celo reformador en muchos de los altos cargos republicanos[41]. La consecuencia de la frustración socialista fue la decisión de terminar la coalición electoral de 1931, decisión aciaga que hizo posible el período de venganza y represalias llamado «bienio negro». Hasta el último momento, Indalecio Prieto, voz de la moderación pragmática en el seno del PSOE, mantuvo la esperanza de que sería posible hacer cambiar de ánimo a Largo Caballero. Cuando se vio que esto era imposible, hizo lo único que pudo, que fue incluir a Azaña y al dirigente radical-socialista más próximo al PSOE, Marcelino Domingo, en la candidatura socialista por Vizcaya[42]. El resultado de las elecciones fue un desastre en toda España para el PSOE y los republicanos de izquierda. En las elecciones de 1931, el PSOE había obtenido 116 escaños, y en las de 1933, sólo sacó 58. Los republicanos de izquierda —es decir, la Acción Republicana de Azaña, los radical-socialistas, Esquerra Catalana y la Organización Regional Gallega Autónoma—, bajaron de su total de 139 diputados en 1931, a apenas 40[43].

Los republicanos de izquierda fueron literalmente barridos del mapa electoral, y si Azaña obtuvo un escaño fue sólo gracias a la perspicacia de Prieto. Los socialistas lograron muchos menos escaños de los que consideraban que hubieran debido obtener por el número de sus votos. Sus

1 627 472 votos les habían dado 58 diputados, mientras que los 806 340 votos obtenidos por los radicales de Lerroux les dieron 104 escaños[44]. Aunque esto era en parte consecuencia de que los socialistas no supieron utilizar un sistema electoral que ellos habían ayudado a elaborar, los caballeristas lo consideraron como una prueba más de la falsedad de la democracia burguesa. Por diversas razones, el partido socialista dio un espectacular giro a la izquierda. A la amargura por la parquedad de las reformas sociales alcanzadas entre 1931 y 1933 se agregaba el temor de que la base socialista se pasara a la más militante CNT o al partido comunista, si su radicalización no encontraba eco entre los dirigentes del PSOE. Había, por encima de todo, la esperanza de que una actitud revolucionaria verbal asustaría a la derecha y moderaría su asalto a los avances socialistas que la República hizo, o que alarmara al presidente y lo indujera a convocar nuevas elecciones. Azaña estaba asombrado, pues veía que este extremismo retórico sólo lograría acelerar la polarización política puesta en marcha por los distorsionados resultados electorales. Además, la radicalización del movimiento socialista fue hábilmente explotada por la derecha, con el fin de permitir una represión en aumento a lo largo de 1934. Se provocaron huelgas y se aniquilaron ramas enteras de la UGT[45]. Prieto se oponía a la línea revolucionaria, pero por lealtad al partido socialista cumplió con su cometido más plenamente que muchos de los supuestos revolucionarios convencidos. Mientras Prieto trazaba planes para un gobierno de después de la revolución y llevaba a cabo intentos, abortados, de compra de armas, Azaña inició el primero de sus diversos esfuerzos por impedir la radicalización total de la vida política española. En un momento en que cuanto deseaba era retirarse de la vida política, cayó sobre sus hombros la tarea de reconstruir la coalición republicano-socialista.

Era una tarea enorme, que le valió la cárcel, el vilipendio público y participar en una campaña política en la cual, en contra de sus inclinaciones, habló ante cientos de miles de personas. A pesar de la muy difundida creencia de lo contrario, Manuel Azaña no era un hombre personalmente ambicioso. Su primera respuesta al encontrarse fuera del

poder fue una sensación de alivio por regresar a sus libros y escapar a la aridez de la política:

> Desde chico he sido siempre muy apegado al rincón casero. Volver a él significaba para mí entrar en un clima apacible. Despertar de una pesadilla. Reposo profundo, después de una caminata. Silencio, después de tanto estruendo. Sobre todo, silencio. ¡Con qué gozo respiraba mi libertad, como si el aire fuese más puro, al considerar que no sólo aquel día primero, sino el siguiente, y el mes venidero y muchos más, podría ser a mi gusto el que fui antes, dueño de mi vida anterior, en una felicidad doméstica confortativa, suave, albergue de un peregrino! Había trabajado, me había afanado tanto para los demás, se había respondido tan bárbaramente a mis propósitos más elevados, que bien podrá disculparse aquel abandono pasajero de lo que con excesiva pompa llamarían otros un exigente deber cívico, y perdonarse que me retrajera cuanto fue posible de la plaza pública para esparcirme, digámoslo así, en las afueras […]. En fin, recobré el trato con mis libros y papeles. Me di un hartazgo de lectura colosal. Sed atrasada. Régimen correctivo de una deformación peligrosa. Porque nada estrecha tanto la mente, apaga la imaginación y esteriliza el espíritu como la política activa y el gobierno […]. Para trabajar en política y en el gobierno he tenido que dejar amortizadas, sin empleo, las tres cuartas partes de mis potencias, por falta de objeto, y desarrollar en cambio fenomenalmente la otra parte […]. Una de las asperezas de la vida política es la aridez, la sequedad, la triste cerrazón espiritual del mundo en que uno queda sumergido[46].

Este fragmento de su *Diario de La Pobleta* fue escrito en plena guerra civil, el 4 de julio de 1937, y por esto acaso su relato retrospectivo de cómo se sentía en el invierno de 1932 estaba influido por la desilusión que le embargaba cuando escribía. Sin embargo, sus comentarios indican la medida en que entendía la política como un deber y, a menudo, como pronto se vería, un deber que sólo él podía cumplir. En su discurso del 30 de septiembre de 1932 en Santander, había comentado que

> Yo no concibo la política como una carrera personal y, ni siquiera, como una profesión en la cual se haya de ir ocupando posiciones por el simple transcurso del tiempo y que se ejerza unas veces en el poder y unas veces en la oposición, pasando por los turnos de adversidad o prosperidad que los vaivenes de la política traen consigo. Yo no la concibo así. La concibo como una ascensión cada vez más fuerte y difícil hacia el mando, hacia la dirección del país, hacia la imposición por la convicción ante la opinión pública de las ideas que a nosotros nos mueven y nos parecen mejores, siempre que la opinión las acepte, las apruebe y las sostenga. Y en esta ascensión […] lo que hay que hacer es agotarse, rendir la máxima utilidad, y cuando el partido o uno mismo está agotado o esterilizado, lo mejor es marcharse a acabar la vida donde uno no estorbe, dejando que otros ocupen el puesto[47].

Dejó bien claro que se trataba de un deber que distaba de ser agradable, comentando que las recientes vacaciones parlamentarias

> me han permitido recorrer diversas provincias españolas y realizar una operación que difícilmente se les depara a los que nos gobiernan, que es ponerse en íntimo, directo y personal contacto con las masas populares, recibir sus demostraciones, hablar con los ciudadanos y salir de ese encierro frío que consiste en un despacho ministerial a donde no suelen llegar, en todo su calor, ni las realidades favorables y venturosas[48].

Fue sólo medio en broma que declaró que «el jefe del Gobierno, en política, no tiene amigos ni los quiere. La amistad acaba antes de la política o empieza después de la política[49]». En el invierno de 1933-1934, su retirada a la vida privada fue sólo en parte una reacción a la percepción de que sería difícil vencer la hostilidad del ala izquierda del PSOE hacia los republicanos.

Azaña volvió a la política en 1934 sólo porque creía que la República estaba en grave peligro. Se le veía como una excepción en la perspectiva del general desprecio de los socialistas por lo que consideraban la traición republicana, culpable nada más de lo que el portavoz intelectual de Largo Caballero, Luis Araquistain, llamó proféticamente «el noble error de Azaña, su bella utopía republicana: pensar que era posible construir y regir un Estado que no fuera un Estado de clase[50]». Sin embargo, había una considerable tensión entre los socialistas de izquierda y Azaña. Éste escribió en su diario, en 1937:

> Yo conservaba trato con algunos socialistas, como Prieto y Besteiro, Fernando de los Ríos y otros, que siempre habían sido amigos míos. Conservaba también popularidad entre las masas, como probaron los actos públicos convocados por mí; popularidad y prestigio poco gratos a los pontífices del extremismo revolucionario. Pero la tendencia «caballerista» predominante en el partido nos era hostil[51].

Los esfuerzos de Azaña, a comienzos de 1934, se limitaron, pues, a los intentos de facilitar el reagrupamiento de las fuerzas republicanas y de advertir a los socialistas con los que tenía contacto que la línea retóricamente revolucionaria del PSOE podía conducir al desastre. Azaña se daba perfecta cuenta de la necesidad de reconstruir la coalición

republicano-socialista. El 30 de septiembre de 1932, en su discurso de Santander, había declarado que «yo estimo, lo digo aquí y lo repetiré donde sea menester, que la presencia socialista en el Gobierno no sé si a ellos les favorece o no; no me interesa. La presencia de los socialistas en el Gobierno, repito, ha sido uno de los servicios más importantes —tan importante que era inexcusable— que han podido prestar el régimen republicano[52] La convicción de Azaña de la necesidad de la colaboración republicano-socialista se vio reforzada por el desastre de noviembre de 1933. Ya antes de las elecciones había advertido sobre las consecuencias catastróficas de ir divididos a la lucha electoral[53]». Después de que Prieto hiciera el anuncio público de la terminación de la coalición entre republicanos y socialistas, Azaña declaró en las Cortes, el 2 de octubre de 1933: «Se ha acabado el Gobierno, se ha acabado la colaboración; emprendéis otra ruta, nosotros seguimos la ruta de los republicanos; pero de vosotros a nosotros quedará siempre el puente invisible de las emociones pasadas en común y del servicio prestado a la patria española.»[54] Ahora, a comienzos de 1934, consciente de que había pocas probabilidades de vencer la desconfianza de Largo Caballero, Azaña se limitó a la tarea, urgente y realizable, de reestructurar el descompuesto campo republicano y de dar consejos saludables a los socialistas que quisieran escuchar.

Azaña estaba bien informado acerca de la creencia de los socialistas de que la amenaza de una revolución podría frenar la coalición de los radicales con la CEDA, y ello por los mensajes que Prieto le enviaba a través de su amigo mutuo el radical-socialista Marcelino Domingo, y por sus contactos directos con Fernando de los Ríos. Con permiso del Comité Ejecutivo del PSOE, De los Ríos le había entregado una copia de la propuesta socialista de acción revolucionaria. El 2 de enero de 1934, Azaña informó a De los Ríos, con lenguaje muy enérgico, que un levantamiento sería aplastado por el Ejército y que era deber de la dirección socialista controlar los impulsos de la base. «Le dije cosas tremendas», anotó Azaña en su diario, «no sé cómo me las aguantó». Aunque De los Ríos se sintió impresionado personalmente por lo que le dijo Azaña, y lo comunicó a los otros miembros de la ejecutiva socialista, no hubo resultados[55]. Dada la

ferocidad de los ataques de la derecha a la clase obrera, ni siquiera Prieto estaba dispuesto a escuchar y sin duda se sentía seducido por la posibilidad de acción revolucionaria. Años después, hablando en el Círculo Pablo Iglesias, de la ciudad de México, se reprochó su propia participación en el movimiento revolucionario que estalló en Asturias en octubre de 1934[56]. Azaña se percataba a la sazón de lo doloroso de la posición de Prieto.

Azaña aprovechó la oportunidad de coincidir con Prieto en Barcelona, durante la campaña de las elecciones municipales catalanas, para repetir su advertencia sobre los peligros de continuar con la desunión de las izquierdas. Éste fue el tema de su discurso en la plaza de toros barcelonesa, el 7 de enero, pero parece que no tuvo mucho efecto en Prieto, con quien comió el día siguiente en el restaurante de la Font del Lleó, en el Tibidabo[57]. Sin embargo, Azaña siguió tratando de restablecer el contacto con los socialistas. El 4 de febrero, Prieto, asombrado de la brutalidad del ataque de las derechas a la clase obrera, se unió a los caballeristas y amenazó con un levantamiento revolucionario. Exactamente siete días más tarde, Azaña, hablando, como lo hiciera antes Prieto, en el teatro Pardiñas de Madrid, pronunció un largo discurso advirtiendo del frívolo recurso a las soluciones revolucionarias, aunque reconociendo que el desprecio del gobierno por la justicia social era una provocación a los socialistas. Fue un llamamiento razonado a la unidad y la moderación, pero los socialistas todavía no estaban dispuestos a prestarle atención[58].

Azaña tuvo mayor éxito en la tarea que se había impuesto de tratar de unificar a los fragmentados y desmoralizados partidos republicanos. Esperaba que «de los restos de tres partidos pequeños saldría seguramente un núcleo ya importante por el solo hecho de la fusión, y que tendría fuerza y autoridad para atraerse a muchos otros republicanos, siendo seguro su crecimiento rápido». Tras vencer rivalidades y desconfianzas entre los grupos, el 2 de abril de 1934 Azaña logró la unificación del Partido Radical Socialista Independiente de Marcelino Domingo, de la Organización Regional Gallega Autónoma de Santiago Casares Quiroga, y de su propia Acción Republicana, para formar Izquierda Republicana[59]. Azaña fue el presidente del nuevo partido y Marcelino Domingo su vicepresidente.

Aunque la formación de Izquierda Republicana no condujo a la unificación de todo el campo republicano, inició un proceso importante de racionalización. Cuando en mayo de 1934 el ala liberal del partido radical, bajo la dirección de Diego Martínez Barrio, rompió con Lerroux, no tardó en establecer contacto con los radicales socialistas irreductibles de Félix Gordón Ordás, que habían quedado aislados por la unión de Domingo y Azaña. Las negociaciones, a lo largo del verano de 1934, llevaron a la fundación, el 11 de septiembre, de la Unión Republicana[60]. Esto facilitaba considerablemente los planes de Azaña de una amplia concentración de la izquierda moderada.

El otro frente de la actividad de Azaña, el de las relaciones con los socialistas, no avanzaba. El Comité Revolucionario del PSOE, organizado por Largo Caballero, jugaba a preparar el levantamiento venidero. La falta de realidad de las actividades del comité sugiere que, cuando menos Caballero mismo, no se esperaba que fuese necesario poner a prueba sus planes. Prieto, en contra de la hostilidad de Largo Caballero, trató varias veces, a lo largo de 1934, de informar a Azaña y Domingo de los preparativos que se llevaban a cabo. Tal vez Prieto esperaba sujetar a Largo Caballero al frío razonamiento que Azaña habría aportado. Sin embargo, en una reunión conjunta de los comités ejecutivos del PSOE y de la UGT, a mediados de marzo de 1934, Largo Caballero declaró que no habría colaboración con los republicanos ni en el movimiento revolucionario ni en el gobierno provisional subsiguiente[61].

No fue sorprendente que cuando en junio tomó la iniciativa de tratar de renovar la colaboración entre republicanos y socialistas, Azaña se encontrase con el rechazo de Largo Caballero. La reunión tuvo lugar en casa de José Salmerón, secretario general de Izquierda Republicana. Salmerón, Marcelino Domingo y Azaña representaban a su partido; el PSOE estaba representado por Largo Caballero, Enrique de Francisco y un tercer socialista (probablemente Juan Simeón Vidarte, que, como De Francisco, era uno de los secretarios del Comité Revolucionario). Azaña habló durante una hora sobre la necesidad de unidad y el profundo efecto que el anuncio de esta unidad tendría en la situación política. Tenía toda la

razón. El dirigente de la CEDA, GilRobles, había iniciado ya su eficaz táctica de retirar periódicamente el apoyo a los radicales, con el fin de provocar una crisis de gobierno y, con ello, desgastar gradualmente el partido de Lerroux. En cada crisis, cuando acudía a consulta con el presidente de la República, Azaña recomendaba la disolución de las Cortes y la convocatoria de elecciones. Habría habido muchas más probabilidades de que Alcalá Zamora lo aceptara, con lo que se habrían resuelto sin violencia los agudos problemas del momento, si hubiese existido un bloque unido de las fuerzas republicanas y socialistas. Pero Largo Caballero no tenía interés y dijo que había acudido a la reunión meramente «por deferencia personal a quienes la convocaban». Con la esperanza de que las circunstancias cambiaran, Azaña cerró la reunión con una fórmula que dejaba la puerta abierta a contactos futuros: «Cada cual maduraría sus pensamientos por si las circunstancias aconsejaban modificarlos.»[62]

Largo Caballero declaró en esa reunión que no podía permitir que las masas socialistas lo vieran llegar a un acuerdo con los republicanos, por temor a hallarse «disminuido material y moralmente». Su decisión de que se le considerara tan militante como los afiliados de base de su UGT constituía el mayor obstáculo a los planes de Azaña de reconstruir la coalición republicano-socialista. Que se daba cuenta plena de esto quedó de manifiesto en su gran discurso sobre «Grandezas y miserias de la política», pronunciado el 21 de abril de 1934 en el centro liberal bilbaíno El Sitio. Con tristeza y visión, Azaña dejó claro que, para él, la política era una carga que aceptaba con la mayor renuencia. En este discurso, pensando en la línea provocadoramente revolucionaria seguida por el PSOE y por la Esquerra Catalana, había advertido el peligro de verse arrastrado por la multitud[63]. Los comentarios de Largo Caballero en la reunión celebrada en casa de Salmerón indicaban que se había hecho caso omiso de la advertencia de Azaña. El 26 de septiembre de 1934, murió Jaume Carner, el acaudalado republicano catalán que había sido ministro de Hacienda de Azaña. Éste acudió al sepelio, junto con muchas otras personalidades republicanas. De hecho, había estado en Barcelona menos de un mes antes para lanzar un llamamiento a la reconquista de la República. Ahora, a finales de

septiembre, Azaña coincidía de nuevo con Prieto y De los Ríos en el entierro de Carner. Amigos catalanes de los tres los invitaron a comer en la Font del Lleó. Azaña lamentó la falta de acuerdo entre los socialistas y los republicanos de izquierda. Aprovechó la ocasión para advertirles, en términos desesperados, sobre los riesgos de la radicalización de las bases socialistas[64].

El realismo de lo dicho por Azaña no podía afectar ni a Prieto ni a De los Ríos, puesto que no tenían influencia sobre las actitudes del PSOE, dominado por Largo Caballero y sus militantes juventudes. Como señaló el propio Azaña: «Prieto guardó durante toda la discusión un silencio de piedra. Probablemente, todas nuestras palabras le parecían ociosas y quizás no le faltase razón. Creía yo saber que Prieto tampoco aprobaba los propósitos de insurrección armada, pero entraba en ellos por fatalismo, por creerlos incontenibles, por disciplina de partido.»[65] Durante su estancia en Barcelona, habló también con varios miembros de la Generalitat, entre ellos Joan Lluhí Vallescà, a todos los cuales reiteró su convicción de que la violencia no era la respuesta a la provocación a que los sujetaba el gobierno. Les señaló que, como miembro del gobierno regional autónomo, era absurdo que se mezclaran en una insurrección contra el Estado central[66]. A pesar de sus esfuerzos, cuando tres ministros de la CEDA el 4 de octubre entraron en el gobierno, el mal preparado levantamiento estalló en Madrid, Cataluña y Asturias. Esto representaba, en cierta medida, el fracaso de los esfuerzos de Azaña para hacer entrar en razón a la izquierda española, pero al mismo tiempo, al galvanizar a Prieto para que se le sumara en la busca de una gran unión electoral de la izquierda, constituyó el punto de partida de su mayor triunfo: la victoria del llamado Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936.

El impacto de Asturias en el PSOE y la UGT fue catastrófico: encarcelamiento y torturas de muchos militantes, exilio de otros, clausura de Casas del Pueblo, acoso a sindicatos y censura de la prensa socialista. Las alas prietista y caballerista del movimiento sacaron, de este desastre, conclusiones enteramente distintas. Largo Caballero, aconsejado por miembros de las radicalizadas Juventudes Socialistas, con los que estaba

encarcelado, y varios de los cuales, entre ellos Santiago Carrillo, se adhirieron más tarde al partido comunista, llegó a la conclusión de que debía adoptarse una línea todavía más revolucionaria. Prieto argumentaba mucho más racionalmente que la primera prioridad consistía en recobrar el poder para poner fin a los sufrimientos de la clase obrera provocados por la coalición gobernante de radicales y cedistas. Prieto pudo adoptar esta posición con enorme autoridad porque, si bien el movimiento revolucionario había sido un fracaso en las zonas controladas por las juventudes caballeristas, la acción más eficaz de los obreros había tenido lugar en regiones dominadas por prietistas: Asturias y el País Vasco. Además, como los «bolchevizantes» negaban, no sin razón, su participación en los acontecimientos de octubre, entregaron virtualmente el legado del movimiento a Prieto.

Durante el año 1935, Prieto emplearía este legado para conseguir el apoyo de la clase obrera a las iniciativas formuladas por Azaña. Éste había sido detenido en Barcelona el 8 de octubre, al comienzo de los acontecimientos, y permaneció encarcelado en un buque en el puerto barcelonés hasta finales de diciembre de 1934. Objeto de vilipendio por parte de la prensa de derechas, se convirtió en un símbolo para cuantos en España debían soportar la política autoritaria de la coalición de radicales y cedistas. Su detención y la despectiva violencia con que lo trataron los guardias de asalto que la efectuaron fueron experiencias tan inquietantes como humillantes. Mientras estaba detenido, murió en Zaragoza su hermano Gregorio. Azaña creía que su detención había agravado la cardiopatía que éste padecía[67]. Aunque se le enviaron millares de telegramas de apoyo, las autoridades trataron de desmoralizarlo informándole de que sólo había recibido siete. Le ofendió también el hecho de que ni el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, ni el de las Cortes, Santiago Alba, hicieran nada para asegurarse de que se respetara su inmunidad parlamentaria, por no hablar de su condición de ex presidente del Consejo de Ministros. Esto resultaba tanto más ofensivo cuanto que Azaña no sólo era inocente de la acusación de rebelión, sino que había dedicado su vida a fomentar el respeto al Estado[68].

Amargado profundamente por esta experiencia —como lo atestigua su libro *Mi rebelión en Barcelona*— el apoyo popular que recibió durante su persecución le inducía a redoblar sus esfuerzos por la recuperación de la República. En prisión, le entregaron finalmente la ingente cantidad de cartas de apoyo enviadas por intelectuales y políticos, así como las misivas colectivas firmadas por centenares de españoles corrientes. Una, que se publicó, estaba firmada por 87 personalidades destacadas del mundo literario y académico, entre ellas Fernando de los Ríos, el doctor y escritor Gregorio Marañón, el escritor católico de izquierdas José Bergamín, los historiadores Américo Castro y Manuel Núñez de Arce, los poetas Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez y León Felipe, y el novelista Ramón del Valle-Inclán[69]. El 25 de diciembre de 1934 Azaña, desde la prisión, escribió a Prieto: «Recibo cientos y cientos de cartas, en las que domina la misma nota: ahora más que nunca […]. Y todo el mundo habla de "una reacción izquierdista cada vez mayor". Yo no quiero desanimar a nadie. También dicen que hay más "azañismo" que nunca, "incluido entre gentes que no son de izquierda".»[70]

Azaña no había cometido ningún delito y a la larga se retiraron los cargos contra él. El 28 de diciembre de 1934 fue puesto en libertad, y se recuperó de su experiencia en casa de un amigo barcelonés, en compañía de su esposa y de su cuñado Cipriano Rivas Cherif. Su libertad coincidió con el día de su santo, e Izquierda Republicana invitó a cuantos simpatizaran con él a que le enviaran un telegrama o tarjeta de felicitación. Las misivas de apoyo llegaron por cientos de miles al local del partido en Madrid. Un miembro de las juventudes de Izquierda Republicana describió la escena:

> Los carteros no daban abasto para entregarlos, llevando sacas de correos repletas, a las que llegó a ser difícil encontrar sitio en los locales de la Agrupación. Una cola constante de ciudadanos de ambos sexos se sucedía para entregar personalmente su felicitación y daba la vuelta a la manzana, Puerta del Sol y calle del Arenal. Aquella espontánea manifestación de esperanza por parte de los madrileños y de los españoles de todos los confines del país fue una sorpresa para todos nosotros, incluso para sus iniciadores.

Mientras en el cuartel general de Izquierda Republicana se ocupaban del alud postal, Azaña, su esposa y Cipriano Rivas Cherif eran objeto de otro en

Barcelona[71].

Al salir de prisión, la última cosa que Azaña deseaba era ocuparse él solo de la tarea de reconstruir la fuerza electoral necesaria para recuperar la República. Pero, a pesar suyo, la gente ordinaria de España se lo reclamaba, y le empujaba a emprender esa labor el apoyo popular recibido durante su persecución. Le conmovían estas demostraciones de estima popular y lo que consideraba entusiasmo por el regreso a la República de 1931-1933. El 16 de enero de 1935 escribió a Prieto, que estaba exiliado en Bélgica: «Aquí se ha producido un movimiento de optimismo y de esperanza, simplemente con el hecho de mi liberación, y con este motivo he sido objeto de una demostración casi plebiscitaria de todas las fuerzas y organizaciones de la izquierda en España.»[72]

Mientras apremiaba a Prieto a que trabajara por la creación de una alianza política que permitiera ganar las próximas elecciones, Azaña mismo trabajaba para consolidar la unificación republicana iniciada la primavera anterior. A finales del verano de 1934 había empleado su influencia para conseguir que el nuevo partido de Unión Republicana abandonara su inclinación antisocialista. Tras salir de la prisión, reanudó sus contactos con Unión Republicana, así como con el conservador Partido Nacional Republicano de Felipe Sánchez Román. Esto dio por resultado la declaración conjunta del 12 de abril de 1935 en que se señalaban las condiciones mínimas que consideraban esenciales para la reconstrucción de la coexistencia política en España. Las siete condiciones eran: supresión de la tortura de los presos políticos; restablecimiento de las garantías constitucionales; liberación de los detenidos por los hechos de octubre de 1934; acabar con la discriminación de los funcionarios de izquierdas y liberales; readmisión en sus puestos de trabajo de los obreros despedidos después de la huelga de octubre de 1934; funcionamiento legal de los sindicatos, y restablecimiento de los consejos municipales destituidos por el gobierno[73]. Este programa era la base potencial de una reanudación de la coalición electoral republicano-socialista.

Con el fin de conseguir que se cumplieran estas condiciones, evidentemente hacía falta una victoria electoral, y la represión de después

de octubre de 1934 había impuesto bastante realismo a muchos de la izquierda para que resultara una perspectiva viable. Partiendo de este acuerdo mínimo, Azaña y Prieto trabajaron juntos para volver a crear la coalición electoral. Desde el exilio, la tarea crucial de Prieto consistía en buscar puntos de acuerdo entre los republicanos y los socialistas, y, cosa aún más importante, neutralizar el irresponsable extremismo de los caballeristas, lo cual le ganó, inevitablemente, su virulenta hostilidad[74]. El papel de Azaña era todavía más crucial. Consistía en el esfuerzo masivo de propaganda y publicidad que no sólo llevara a cientos de miles de españoles la idea de una coalición electoral renovada, sino, cosa todavía más importante, que demostrara al ala izquierda del PSOE el inmenso apoyo popular que existía para un acuerdo electoral.

Azaña emprendió con cierto desagrado inicial la campaña que llamó de «discursos en campo abierto». Se inició el 26 de mayo en el campo de Mestalla, en Valencia. Ante más de cien mil espectadores, anunció que Izquierda Republicana trabajaba, junto con otros partidos, en una plataforma electoral y un futuro plan de gobierno, que en su momento se sometería a la aprobación de los grupos más a su izquierda. Luego, el 14 de julio, habló ante una multitud aún más numerosa, en el campo de Lasesarre, de Baracaldo, cerca de Bilbao, y provocó un intenso entusiasmo cuando reclamó nuevas elecciones y defendió la necesidad de una coalición electoral. No se trataba de mítines bien organizados, sino más bien de manifestaciones espontáneas de apoyo popular al hombre y al régimen que personificaba. La gente acudía en masas espectaculares de todas partes de España. La culminación de la campaña tuvo lugar el 20 de octubre de 1935, en Comillas, en lo que entonces eran las afueras de Madrid. Azaña se daba perfecta cuenta de las consecuencias de la campaña. El día antes de aquél en que tenía que hablar, visitó en coche Comillas y, sorprendido por la inmensidad del campo, preguntó a los miembros del comité organizador: «¿Ustedes creen que esto se llenará? Porque en caso contrario vamos a hacer el ridículo». Casi medio millón de personas llegaron para escucharle exponer su proyecto de programa de gobierno[75].

El periodista inglés Henry Buckley escribió sobre este acto que

> más de la mitad de los asistentes no podían ver la tribuna, desde donde el ex primer ministro les hablaba. Los altavoces funcionaban sólo en algunas partes, de modo que decenas de miles no sólo no vieron nada, sino que nada oyeron. De este acto no se había hecho mucha propaganda. Las autoridades lo miraban de reojo y en algunos casos la Guardia Civil hizo retroceder a los camiones que llevaban a espectadores. Todos los vehículos que traían a gente de muy lejos fueron detenidos a algunos kilómetros de Madrid, lo que causó una interminable confusión y obligó a hombres y mujeres a caminar largas distancias después de un cansado viaje en vehículo. Para entrar, había que pagar. Las primeras filas costaban doce chelines y seis peniques y los puestos más baratos, diez chelines y media corona. Estar de pie en la parte de atrás costaba seis peniques. A nadie se le obligó a ir a este acto. En realidad, la presencia en él podía acarrear el descontento del patrón o del latifundista […]. Había grupos que llegaban desde los puntos más lejanos de España, hasta mil kilómetros, en tiempo lluvioso y frío, en camiones abiertos[76].

Al final de su discurso, Azaña pidió a la enorme multitud que guardara silencio. Como un profeta del Antiguo Testamento, terminó con una apasionada condena de la política represiva de la coalición gobernante, del aplastamiento de los sindicatos, de la clausura de Casas del Pueblo, de la existencia de millares de presos políticos: «El silencio del pueblo declara su tristeza y su indignación; pero la voz del pueblo puede sonar terrible como las trompetas del juicio. ¡Que mis palabras no resbalen ligeramente sobre corazones frívolos y que penetren en el vuestro como dardos de fuego! ¡¡Pueblo, por España y por la República, todos a una!!». Los oyentes estallaron en una frenética ovación y se levantaron millares de puños cerrados. Azaña no devolvió este saludo[77]. Fue un momento revelador en su carrera política. El apoyo que era capaz de inspirar constituiría la base del Frente Popular, capaz de convencer hasta a los más ciegos de los socialistas de izquierda que existía un gran apoyo popular para una amplia alianza electoral. Pero la preocupación de Azaña se manifestó al no devolver el saludo de los puños alzados. Como el aprendiz de brujo, el moderado político liberal estaba sobrecogido por el fervor de la pasión proletaria. Fue un profético acto de pasividad que acaso presagiaba la retirada al aislamiento que adoptó Azaña durante la guerra civil. Sin embargo, no sólo la muestra de disciplina de los asistentes inquietó mucho a la derecha, sino que la dimensión de la multitud y su entusiasmo ayudaron a

resolver las dudas que podían quedarles a quienes todavía se oponían a la formación de un frente electoral.

Entretanto, el PSOE estaba en un torbellino de discusiones sobre la táctica electoral que convenía adoptar. Las primeras iniciativas salieron de Prieto. Desde 1934 estaba en correspondencia con Azaña sobre esta cuestión. Convencido de que la idea de un bloque obrero defendida por Largo Caballero llevaría casi con seguridad a una repetición de la derrota electoral de noviembre de 1933, Prieto era partidario de una alianza «circunstancial que se extienda tanto a nuestra derecha como a nuestra izquierda». Seguro de que importantes sectores del partido estaban con él, Prieto publicó, el 14 de abril de 1935, un artículo en el diario *El Liberal* pidiendo la colaboración socialista en el amplio frente que estaban forjando Azaña y Martínez Barrio. El artículo causó mucho efecto. Pero, con Prieto todavía en el exilio, la tarea de llevar a las masas este llamamiento correspondió a Azaña. El 7 de agosto, tres semanas después de su enorme mitin en Baracaldo, en que hubo atronadores vivas a Prieto, Azaña le escribió: «Creo que tiene usted ganada la partida, no sólo en la opinión general, sino dentro de la masa de su propio partido. Ésta no es solamente apreciación mía, sino de muchas personas, socialistas y no socialistas.»[78] Las polémicas teóricas de la izquierda del PSOE tenían escaso impacto en las bases y Prieto siguió trabajando con confianza por la unión. Se reunió con Azaña en Bélgica, a mediados de septiembre, para discutir el programa de la proyectada coalición. El 14 de noviembre de 1935, Azaña escribió formalmente a Enrique de Francisco, del Comité Ejecutivo del PSOE, proponiendo un acuerdo electoral[79]. Impulsados por las pruebas del apoyo a Azaña durante su campaña de «discursos en campo abierto», y por el cambio de táctica adoptado por sus aliados comunistas, los caballeristas aceptaron con renuencia el punto de vista de Prieto.

Quedaba pendiente un complejo proceso de negociaciones sobre el programa del Frente Popular. Se encargaron de ello Amós Salvador por Izquierda Republicana, Bernardo Giner de los Ríos por Unión Republicana, y Manuel Cordero y Juan Simeón Vidarte por la UGT y el PSOE y en representación de otros grupos obreros[80]. La adhesión de Largo Caballero

no habría sido posible sin los esfuerzos de los comunistas, que se daban perfecta cuenta de la hostilidad que por ellos sentían Azaña y Prieto, y deseaban que Largo Caballero se uniera al Frente, sobre todo porque su preferencia por una unión proletaria garantizaría su presencia. En consecuencia se esforzaron mucho para inducirle a abandonar su oposición, enviando incluso a Jacques Duclos para convencerlo. El hecho, sin embargo, es que el meollo del Frente Popular era la coalición electoral republicano-socialista reanudada gracias a los esfuerzos de Azaña y Prieto. Nadie, ni siquiera Prieto, trabajó tanto como Azaña para asegurar el éxito electoral de la izquierda española en febrero de 1936. De hecho, si algo empujó al dubitativo Largo Caballero, fue, casi con seguridad, el apoyo popular a la idea de la unión defendida por Azaña durante su campaña de propaganda. La victoria del Frente Popular fue, en última instancia, la victoria de Manuel Azaña, de su diplomacia entre bambalinas y de su popularidad entre las masas del país en su conjunto.

Después de las elecciones del 16 de febrero de 1936, el general Franco participó en diversos planes de intervención militar para impedir la entrega del poder al Frente Popular[81]. El intimidado primer ministro saliente, Manuel Portela Valladares, insistió en entregar inmediatamente el poder a Azaña. Éste no tenía ningún deseo de ocupar el puesto de primer ministro y hubiese preferido que recayera en Martínez Barrio, el dirigente de Unión Republicana. Pero tanto el uno como el otro se dieron cuenta de que después de los éxitos de masas de los «discursos en campo abierto» y de la campaña electoral, las masas no lo habrían entendido. Así pues, Martínez Barrio aconsejó al presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, que ofreciera el gobierno a Azaña. Como éste escribió en su diario, «me guste o me disguste, así viene impuesto por la lógica». Con todo, le fastidió que en la tarde del 19 de febrero un Portela Valladares presa de pánico le dijera: «Yo no tengo nada que hacer aquí, los gobernadores dimiten uno tras otro y a mí no me hace caso nadie. Tiene usted que encargarse de esto inmediatamente». En vano le recordó Azaña que el procedimiento adecuado consistía en dimitir en la primera reunión de las Cortes. Con la inquebrantable decisión de Largo Caballero de que los socialistas no

formaran parte del gobierno, Azaña reunió en unas horas un equipo ministerial formado únicamente por republicanos de izquierda. Sus dificultades se exacerbaron por el hecho de que Portela no le informó plenamente de sus conversaciones con Franco hasta mucho después, diciéndole únicamente que «yo, del Ejército, no sé nada». En consecuencia no se castigó a Franco por excederse de su autoridad y quedó en condiciones de desempeñar un papel crucial en la rebelión militar de julio de 1936[82].

Azaña regresó al poder «con el deseo que haya sonado la hora de que los españoles dejen de fusilarse los unos a los otros». Era una vana esperanza. Tras la aguda polarización de los dos años anteriores, Azaña se enfrentaba a una abrumadora tarea de pacificación y reconciliación. Las divisiones en el partido socialista tenían serias consecuencias para su gobierno, pues proyectaban considerables dudas acerca de su proyecto parlamentario. Prieto estaba dispuesto a apoyar a Azaña, pero Largo Caballero, decidido a no llevar nunca más a cabo una política burguesa en un gobierno de coalición con los republicanos, se contentaba con esperar el cumplimiento del programa del Frente Popular antes de presionar por un gobierno plenamente socialista. Al mismo tiempo, Mola y los otros conjurados militares habían comenzado a prepararse para el levantamiento de julio y facilitaría grandemente su labor cualquier signo de incertidumbre gubernamental o un derrumbe de la ley y el orden. Azaña escribió acerca de su «negra desesperación» cuando se incendiaron iglesias y se atacó a derechistas en las manifestaciones que expresaban la alegría popular por la victoria electoral y pedían venganza por los sufrimientos del «bienio negro[83]». Sin embargo, durante la última semana de febrero, todo marzo y comienzos de abril, parecía dominar la situación, actuando con energía, decididamente, satisfaciendo a todos los elementos de la coalición parlamentaria que lo mantenían en el poder y presentándose de modo convincente como la garantía de la ley y el orden, de la paz social y la moderación.

En la primavera de 1936, aunque consciente de la amenaza de guerra civil, se sentía aún optimista. Esto se veía en su magistral discurso en las

Cortes, el 3 de abril: «La proyección de la política del Frente Popular, mientras yo tenga la responsabilidad de presidir el Gobierno del Frente Popular es una cosa que pertenece a mi propia conciencia de ciudadano, de español y de republicano». Era un mensaje de esperanza a sus partidarios y un intento de calmar a los derechistas que se le oponían pero eran susceptibles a la razón. Habló en términos de arrogante precisión, a despecho —o acaso a causa— de su percepción de los peligros a que se enfrentaba España:

> Me he representado desde antes de las elecciones las ingentes dificultades con que el Gobierno iba a tropezar, pero no me he asustado […]. Tengo la pretensión de gobernar con razones: mis manos están llenas de razones […]. Gobernamos con razones y con leyes. ¡Ah! El que se salga de la ley ha perdido la razón y no tengo que darle ninguna.

Su aparente confianza era un grito para reunir apoyos y un desafío a quienes actuaban contra la República. No sonaban precisamente como las palabras de un hombre que pensaba en apartarse de la política activa. En cierta medida, desde luego, siempre había en Azaña un esfuerzo para dar pruebas de valor cuando lo exigía el deber. Esto no significaba que su preferencia personal no hubiese sido el retirarse a la seguridad de la vida privada. Sin embargo, su combativo discurso a las Cortes, y a la nación, dejó bien claro que sabía que esta vez no habría otra oportunidad, ni tiempo ni espacio para rectificar errores. El discurso terminó con una nota escalofriante:

> Si no triunfamos sobre aquellos cuyos intereses hemos de lastimar, habremos perdido la última coyuntura legal, parlamentaria y republicana de atacar de frente al problema y resolverlo con justicia […]. Estamos dispuestos a cumplir nuestro deber con la fría tenacidad que corresponde a quien está persuadido de que nos jugamos la última coyuntura. […] Me permito observar que ésta es, quizá, la postrera coyuntura que tenemos, no sólo del desenvolvimiento pacífico y normal de la política republicana y del asentamiento definitivo del régimen republicano en España —quiero decir definitivo, pacífico—, sino también en el régimen parlamentario[84].

Una aparente oportunidad de fortalecer el gobierno para las tareas señaladas en su discurso surgió de la debilidad del presidente de la

República, Niceto Alcalá Zamora. El artículo 81 de la Constitución republicana daba al presidente de la República el poder de disolver las Cortes dos veces durante su mandato. Para impedir que el presidente se viera privado del poder esencial de convocar nuevas elecciones, el artículo exigía, además, que en el caso de una segunda disolución, durante el mandato de un presidente, las Cortes elegidas a causa de esta segunda disolución investigaran la necesidad y validez del decreto que disolvía las Cortes anteriores. En el caso de que las Cortes decidieran que el decreto de disolución había sido innecesario, el presidente estaría obligado a dimitir. Una gran mayoría de los diputados veía con agrado la oportunidad de librarse de Alcalá Zamora. Los partidos de izquierda nunca le perdonaron el haber permitido la entrada de la CEDA en el gobierno, en octubre de 1934, y los partidos de derecha estaban furiosos porque no llamó al poder a Gil-Robles en diciembre de 1935. Azaña y Prieto no confiaban en Alcalá Zamora, y vieron en el artículo 81 la oportunidad de descartarlo y de consolidar el nuevo gobierno. Azaña, en particular, se sentía frustrado por la frecuente interferencia del presidente en las reuniones del Consejo de Ministros y su mal disimulada hostilidad. Su relación se había vuelto cada vez más difícil. Azaña había comenzado a hablar de Alcalá Zamora, que era de Priego de Córdoba, como del «maléfico de Priego». No podía perdonar al presidente que hubiera consentido su persecución en octubre de 1934. Recientemente, en una reunión del Consejo de Ministros, el 2 de abril, Azaña y Alcalá Zamora habían intercambiado insultos que expresaban su mutua repulsión. Azaña escribió a Rivas Cherif: «Dije a los ministros que yo no volvía más a Palacio con aquel hombre». Parece que llegó a la conclusión de que precisaba librarse de Alcalá Zamora, aunque un elemento de apasionado resentimiento personal pudo influir en lo que hubiese debido ser una fría decisión política. Ahora, Azaña se vio impulsado a actuar por los rumores verosímiles de que Alcalá Zamora confiaba escapar a su sino forzando la dimisión del gobierno de Azaña antes de que se iniciara la discusión ordenada por el artículo 81[85]. Azaña vacilaba por temor a una intervención militar, pero, tras largas deliberaciones, llegó a la conclusión de que «no podía cargar con la responsabilidad de dejar en la presidencia de

la República a su mayor enemigo; y que si todos se arrepienten de haberlo votado en 1931, no quería tener que arrepentirme de volverlo a elegir en abril del 36, pues a tanto equivalía desperdiciar la ocasión de la tarde del martes[86]».

Alcalá Zamora fue destituido y la necesidad de un nuevo presidente abrió amplias posibilidades de reforzar la República. Azaña escribió a su cuñado: «Desde que se produjo la vacante, pensé que no habría más solución que ocuparla yo». Hacía tiempo que pensaba en lo beneficioso que sería para la República el que la «oleada de azañismo» del verano anterior se empleara para fortalecer el régimen ocupando él la presidencia antes que dejar que se diluyera por el desgaste a que se vería sujeto como primer ministro. Pero en su posición había cierta ambigüedad. Por una parte, se sentía impelido, como siempre, por un sentimiento del deber y la creencia de que podía resolver determinados problemas. Al mismo tiempo, se sentía agotado por la actividad de los dieciocho meses anteriores. Es también posible que desease hallarse en una posición de influencia en caso de que tuviese éxito el «guión» de Largo Caballero, que dejaba claro que los republicanos de izquierdas se agotarían, preparando así el terreno para un gobierno exclusivamente socialista[87]. La presidencia, pues, no sólo constituía un deber ineludible, sino que ofrecía también una aparente oportunidad de escapar del agotador quehacer cotidiano de la política. En la subsiguiente discusión, pública y privada, sobre los méritos de Azaña, Prieto argumentó de modo convincente que Azaña era el único candidato plausible, e hizo más que nadie para asegurar que fuera el sustituto de Alcalá Zamora[88].

No todos estuvieron de acuerdo. El grueso de los colegas de Azaña en la dirección de su partido se sintieron sobrecogidos ante la idea de perderlo como primer ministro y de que Izquierda Republicana quedara decapitada. Largo Caballero consideraba ridículo transferir a Azaña de donde llevaba a cabo una labor esencial a la «jaula dorada» de la presidencia. Aunque el periódico de la izquierda del PSOE, *Claridad*, tronaba contra Azaña y Prieto, los caballeristas no ofrecieron ningún candidato propio[89]. Prieto apostaba audazmente por ser el primer ministro sucesor de Azaña. Si

fracasaba, no habría nadie más capaz de dirigir el gobierno en un momento de intensificada hostilidad derechista.

Prieto y Azaña eran probablemente los únicos dos políticos con la habilidad y la popularidad necesarias para estabilizar la situación, cada día más polarizada, de la primavera de 1936. Trabajando juntos, uno como presidente y el otro como primer ministro, hubieran podido, acaso, introducir suficientes reformas para satisfacer a la izquierda militante y mostrar la decisión de aplastar la extrema derecha. Incluso si no hubiesen podido atraer a la derecha moderada, a Prieto y Azaña les habría sido posible poner término a las provocaciones fascistas y las respuestas izquierdistas a las mismas que preparaban el terreno para un golpe militar. Esto exigía a Azaña de presidente y a Prieto de primer ministro. Tal como sucedieron las cosas, la destitución de Alcalá Zamora y su sustitución por Azaña tuvo por resultado que ninguno de los dos, Azaña o Prieto, pudiera dirigir el gobierno.

En ningún momento de la Segunda República hubo tanta necesidad de un gobierno fuerte y decidido como en la primavera de 1936. Los conspiradores militares planeaban el derrocamiento del régimen. Los jóvenes activistas de la derecha y de la izquierda se enfrentaban en la calle. Aumentaba el paro forzoso y las reformas sociales suscitaban una resistencia tenaz de los latifundistas. El problema se volvió especialmente agudo después de la elección de Azaña a la presidencia, el 10 de mayo. El nuevo presidente pidió inmediatamente a Prieto que formara gobierno. Cuando Azaña le llamó el 11 de mayo, Prieto le informó de sus planes para restaurar el orden y acelerar las reformas. Era un programa de gobierno capaz de impedir la guerra civil, pero exigía un fuerte apoyo parlamentario de todos los republicanos, incluyendo el PSOE, y Prieto dudaba que pudiera contar con los votos del ala izquierda socialista[90]. Al día siguiente, cuando informó a la minoría parlamentaria socialista del ofrecimiento de Azaña, Prieto salió derrotado.

No hay pruebas de que Azaña montara toda la operación para formar un poderoso equipo político con Prieto. Generalmente se ha supuesto, basándose en los hechos, que Prieto actuó, más o menos, como inspirador

de la campaña de Azaña para la presidencia a través de su diario *El Liberal*, y que una vez presidente Azaña ofreció el poder a Prieto. Sin embargo, años más tarde éste afirmó que «yo nunca tuve posibilidades de asumir el gobierno». Según Prieto, Azaña siempre pensó en nombrar a Santiago Casares Quiroga. Consideró como anómalo que en su entrevista con el nuevo presidente, el 11 de mayo, Azaña estuviera acompañado por Casares Quiroga. Azaña sabía de sobra que la mayoría caballerista del PSOE nunca permitiría a Prieto que formara gobierno. «Azaña quería un gabinete doméstico y yo no servía para funciones domésticas, por lo cual, implícitamente, estaba rechazado por él, aunque al día siguiente […] me llamase a Palacio a fin de encargarme oficialmente del Gobierno, pero bajo la seguridad de que yo no podía ni debía aceptar.»[91] Si los recuerdos y la interpretación de Prieto son exactos, parecería que Azaña se proponía inicialmente controlar el gobierno a través del sumiso (y virtualmente desconocido) Casares Quiroga como su obediente instrumento. Pero esto no es lo que sucedió. El tuberculoso Casares Quiroga no dio muestras de estar controlado por Azaña. Ciertamente, dejando aparte la amenaza de la conspiración militar, no estaba a la altura de los problemas que debía resolver. La izquierda del PSOE acusó a Azaña de escabullirse de sus responsabilidades. Es cierto que, una vez presidente, se complació muchísimo con sus funciones ceremoniales, la restauración de los edificios oficiales, la decoración de su vivienda en el viejo palacio Real, ahora conocido como palacio Nacional y en convertirse en protector de las artes[92]. La euforia del presidente y de su primer ministro estaba completamente fuera de lugar. Para mayo de 1936, la conspiración militar estaba ya muy avanzada.

El levantamiento militar del 18 de julio de 1936 y el estallido de violencia revolucionaria que provocó sobrecogieron a Azaña. Tanto la rebelión como la revolución popular que suscitó estaban muy lejos de la visión azañista de una política racional y moral. Todo el 18 de julio, Azaña recibió a un sinfín de personalidades políticas en un frenético intento de hallar una solución a la crisis. Le resultó evidente que el vacilante Casares Quiroga estaba paralizado por completo y era incapaz de enfrentarse a la

situación. Un miembro de su personal le dijo a Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista*, que el Ministerio de la Guerra era «una casa de locos, y el más furioso de todos es el ministro». La respuesta de Azaña consistió en tratar de crear una coalición de amplia base, un gobierno nacional «formado por todos los que estaban dentro de la Constitución, desde las derechas republicanas hasta los comunistas». Telefoneó al republicano conservador Miguel Maura, pidiéndole su colaboración. Pero no era una idea que pudiese prosperar sin la colaboración de Largo Caballero. Y para lograrla habría sido necesario acceder a la insistencia de éste en el sentido de que no había otra opción que armar a los obreros. Pero el instinto y el conocimiento de la opinión internacional de Azaña rechazaron la idea de armar la revolución con el fin de derrotar a la contrarrevolución.

La gravedad de la situación, sin embargo, era tal que tres horas después Casares tuvo que dimitir. Con la esperanza de abrir negociaciones con los rebeldes e impedir la posibilidad de una revolución proletaria, Azaña llamó al republicano moderado de centro Diego Martínez Barrio para que formara un gobierno de coalición. A las 11 de la noche, Largo Caballero se opuso a la sugerencia de Martínez Barrio, presentada por Prieto, de una participación socialista en su gobierno, porque quería incluir en el gabinete a grupos que estaban a la derecha del Frente Popular. Creyendo que la ausencia del PSOE podía facilitar negociar con los militares rebeldes, Martínez Barrio formó finalmente, a primeras horas de la mañana del 19 de julio, un gobierno compuesto únicamente de republicanos. Abatido, Azaña dijo: «Es tarde ya para todo». Pero con el permiso explícito del presidente, Martínez Barrio empezó a telefonear de inmediato a las guarniciones militares y habló dos veces con el general Mola, que rechazó todo compromiso y no hizo caso de su promesa de que el nuevo gobierno seguiría una política más derechista e impondría la ley y el orden. Para horror de Azaña, los rumores de las tentativas de conciliación condujeron a manifestaciones populares en las calles de Madrid. A mediodía del 19 de julio, Martínez Barrio se vio obligado a dimitir[93].

Azaña había probado un gobierno conservador con la esperanza de llegar a un compromiso con los rebeldes. La única opción que quedaba era

luchar, y esto significaba armar a los obreros. Inquieto ya por el radicalismo obrero manifestado durante la primavera de 1936, Azaña contemplaba con alarma esta opción. Abandonó la busca de un compromiso, pero le quedaban pocas alternativas. Sentía aún renuencia a dar el poder a Largo Caballero, que creía que la sublevación militar significaba que los republicanos debían dar paso a un gobierno íntegramente socialista. Azaña finalmente sustituyó a Martínez Barrio por José Giral, que era virtualmente el único de sus republicanos de izquierdas dispuesto a asumir responsabilidades. Su gobierno apenas se distinguía del de Casares Quiroga, que había mostrado tan poca energía e iniciativa ante las amenazas de golpe. Era un gobierno que no estaba a la altura de la situación con que se enfrentaba[94]. Prieto fue el poder real detrás del trono, aconsejando infatigablemente a Giral, que pronto adoptó la espectacular medida de distribuir armas entre los obreros. Esto fue crucial en el fracaso de la rebelión en muchos lugares, pero significaba que la legalidad republicana, de la que tan devoto era Azaña, había sido sustituida esencialmente por la acción espontánea de la clase obrera.

Los frenéticos esfuerzos de Azaña por encontrar una solución conciliadora quedaron derrotados cuando aceptó la orden de Giral de armar a los obreros. A partir de entonces, se retiró virtualmente de la vida pública, salvo en lo referente a buscar la paz. En la España de la guerra civil no había lugar para Azaña, hombre de paz al que repugnaba la violencia. La derecha nunca perdonaría al educado burgués Azaña que hubiese proporcionado el plan de la reforma y modernización del país. La desesperación de Azaña era consecuencia de haber tenido que aceptar el hecho de que la derecha provocara el derramamiento de sangre antes que permitir que su visión se convirtiera en realidad. Al mismo tiempo, la revolución en la zona republicana privaba de legitimidad a la República, hundía una cuña entre Azaña y su querida República, y, finalmente, lo sumió en la frustración y la impotencia. En su diálogo imaginario sobre la guerra, habló del «hundimiento de la República»:

> Sucumbió en las últimas semanas de julio, cuando no pudo reducir en pocos días la rebelión y para salvarse y salvarnos de la tiranía militar, abrió las compuertas, o soportó que fuesen derribadas, al ímpetu desordenado del pueblo, reconociendo con eso mismo su impotencia.

Con el estallido de la guerra, quedó manchado todo aquello por lo que había trabajado:

> La tolerancia religiosa introducida por fuerza de ley en un país de intolerantes, la libertad de conciencia y de cultos, se han anegado en la matanza de curas, en la quema de iglesias, en convertir en almacenes las catedrales, de una parte; y de otra, en fusilar masones, protestantes y ateos[95].

Como dijo Ángel Ossorio y Gallardo, «no creyó en nuestra victoria nunca[96]».

En los primeros días de la guerra, Azaña se sintió desolado por la noticia de que su querido sobrino, Gregorio Azaña, había sido asesinado en Córdoba[97]. El 23 de agosto de 1936, la tentativa de fuga en masa de los presos de la cárcel Modelo de Madrid condujo a una matanza. Rivas Cherif encontró a Azaña horrorizado, «desencajado». La indignación le impedía casi hablar. «¡Han asesinado a Melquíades!», dijo, y tras un silencio, exclamó: «¡Esto no! ¡Esto no! Me asquea la sangre, estoy hasta aquí; nos ahogará a todos.»[98] En *La velada de Benicarló*, uno de los personajes describe los gritos de agonía de los presos políticos a los que matan a tiros en un cementerio, y sin duda Azaña explica su propia experiencia[99]. El 19 de octubre de 1936, ya sin esperanza, dejó el palacio Nacional para ir a residir en Barcelona, tres semanas antes de que el gobierno abandonara Madrid. El 2 de noviembre, se instaló en la abadía de Montserrat. Carles Gerhard, representante allí de la Generalitat, lo encontró «envejecido, abatido y amargado». Azaña estaba conmocionado por los excesos de los anarquistas. Gerhard comentó más tarde: «Me había impresionado profundamente, en efecto, aquella amargura, aquella severidad de juicio que bajo cubierto de la afectuosa cortesía se traslucía sin embargo en las palabras de nuestro primer magistrado. Me turbaba extrañamente que fuera desde su lugar elevado, del cual se podía apreciar como en visión

panorámica toda la extensión y toda la profundidad del desastre.»[100] Permaneció en Montserrat hasta mayo de 1937, cuando se trasladó a La Pobleta, una casa en las afueras de Valencia. Con el gobierno en Valencia, la residencia en la capital catalana aumentaba el aislamiento de Azaña respecto a la política cotidiana, aunque poca cosa hubiese podido hacer para influir en un gobierno presidido por Largo Caballero y en el cual había ministros pertenecientes a la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo.

Azaña no huyó de España, como hicieron tantos de sus amigos republicanos, pero su presencia en el país era más como símbolo que como político en activo. El 21 de enero de 1937, en un discurso en Valencia, habló en términos que revelaban la tristeza que le embargaba: «Cuando se hace la guerra, que es siempre aborrecible, y es más si es entre compatriotas; cuando se hace la guerra, que es funesta, incluso para quien la gana, hace falta una justificación moral de primer orden que sea inatacable». Su discurso terminó con un juicio sobre una posible victoria republicana: «No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España.»[101]

Durante el estado de virtual guerra civil en Barcelona, a comienzos de mayo de 1937, Azaña se encontró sitiado en el palacio de Pedralbes. Su desesperación se agravaba debido a lo que llamó «histeria revolucionaria», y le indignaba que Largo Caballero lo mantuviera en una ignorancia total de lo que pasaba. Más tarde, despotricó contra la «ineptitud de los gobernantes, inmoralidad, cobardía, ladridos y pistoletazos de una sindical contra otra, engreimiento de advenedizos, insolencia de separatistas, deslealtad, disimulo, palabrería de fracasados, explotación de la guerra para enriquecerse, negativa a la organización de un ejército, parálisis de las operaciones, gobiernitos de cabecillas independientes…»[102] La terrible ansiedad que le aquejó durante esos días lo indujo a trasladar su residencia a Valencia. Fue a su llegada al aeropuerto de esta ciudad que confió a Julián

Besteiro una misión de paz en Londres[103].. Poco después, cuando Largo Caballero dimitió el 17 de mayo, Azaña tuvo un último destello de esperanza. No era el único que estaba exasperado por la sustitución de los organismos del Estado por comités obreros. Por diferentes razones, el ala derecha del PSOE, dirigida por Prieto, los comunistas y los republicanos estaban deseosos de que Largo Caballero y los ministros de la CNT salieran del gobierno. Confiando en un amplio apoyo, pudo ejercer sus funciones presidenciales e invitar al socialista moderado Juan Negrín a formar gobierno[104].

Pero no tardó mucho en darse cuenta de que Negrín no compartía su profunda desconfianza hacia los comunistas ni su esperanza de que la guerra terminara gracias a una mediación. Sus diferencias con el enérgico y decidido Negrín condujeron a su mayor marginación. Su mutua incompatibilidad —uno, decoroso y respetable, el otro, sibarita— intensificaron el aislamiento de Azaña. Lamentaba que el gobierno de Negrín, como antes el de Largo Caballero, no encontrara una oportunidad para que él visitara el frente[105]. Se veía como impotente, cosa que se reflejó en una notable conversación que tuvo con Negrín el 22 de abril de 1938:

> Desde el 18 de julio de 1936 soy un valor político amortizado. Desde noviembre del 36, un Presidente desposeído. Cuando usted formó gobierno, creí respirar, y que mis opiniones serían oídas, por lo menos. No es así. Tengo que aguantarme. Soy el único a quien se puede violentar impunemente en sus sentimientos, poniéndome siempre ante el hecho consumado. Me aguanto por el sacrificio de los combatientes de verdad, lo único respetable. Lo demás, vale poco[106].

Su sentido del deber y de deuda con quienes habían muerto en los campos de batalla revelaban la consagración de Azaña a sus ideales y su nobleza esencial.

Instalado en La Pobleta, se entregó a escribir su diario, hasta diciembre de 1937, en que regresó a Barcelona, donde vivió en una casa de campo, la Barata, cerca de Terrassa. Disgustado por el derramamiento de sangre, profundamente angustiado, permaneció, sin embargo, en la presidencia, porque temía que su dimisión pudiera perjudicar a la República. Tuvo

muchas oportunidades de dimitir, marcharse al extranjero y unirse a sus amigos y colegas de antaño, como Madariaga, que creían que debían distanciarse de ambos bandos en guerra. Pero juzgaba con dureza a sus amigos que habían intentado huir a la «tercera España». Dijo a su embajador en Bruselas, Ángel Ossorio y Gallardo: «En cuanto a los republicanos que han huido, si alguno le ha dicho a usted que lo hace por consejo mío, dígale que miente […]. Todos se han ido sin mi anuencia, sin mi consejo, y algunos (se los nombré) engañándome». Era una cuestión que le causaba cierta amargura: «A muchos los saqué de la nada y a todos volví a ponerlos a flote, después del naufragio de 1933, y les he hecho diputados, ministros, embajadores, subsecretarios, etcétera, etcétera. Todos tenían con la República la obligación de servirla hasta última hora.»[107]

Aunque sufrió mucho por ello, Azaña cumplió con su obligación de estar con la República hasta el último momento. Había superado el miedo, y se quedó a pesar de las matanzas de agosto de 1936, la incorporación de la CNT al gobierno en noviembre de 1936, los peligros que corrió durante las jornadas de mayo de 1937 y la ineludible evidencia del inevitable triunfo de Franco después de la caída de Teruel en febrero de 1938[108]. Era intensa su amargura al ver que le dejaban solo la mayoría de sus antaño camaradas republicanos. En agosto de 1937, lo visitó el historiador Claudio Sánchez Albornoz, que había sido brevemente embajador en Lisboa y luego pasó casi un año en París. Azaña le reprochó severamente su «ejemplo deplorable»: «Tener miedo es humano, y si usted me apura, propio de hombres inteligentes. Pero es obligatorio dominarlo cuando hay deberes públicos que cumplir.»[109]

Pese a su desesperación y a su pesimismo, Azaña nunca dudó que el primero de esos deberes era el de oponerse al ultraje del levantamiento militar. Una vida dedicada al imperio de la ley y a un ideal democrático no podía traicionarse con la huida. En su dura condena de los rebeldes y de su «horrendo delito», en una emisión de radio del 23 de julio de 1936, se había comprometido a ver la lucha hasta el final[110]. En su discurso de Valencia, habló de su deber como el de «oponerse como fuese a la rebelión militar. No se transige con la rebelión cuando se ocupa dignamente el poder».

Permaneciendo en su lugar, daba a la República legitimidad internacional: «Mi presencia en este sitio significa y denota la continuidad del Estado legítimo republicano, que encuentra en el presidente de la República, en el gobierno responsable en funciones y en las Cortes los órganos supremos de su expresión representativa y de mando.»[111] Buscó activamente una mediación internacional que pusiera fin a la guerra[112].

En su conversación con Negrín del 22 de abril de 1938, Azaña protestó por las penas de muerte impuestas a cuarenta y cinco oficiales acusados de conspiración, dando razones legales, humanitarias y políticas contra lo que calificó de atrocidad. En fuerte contraste con las diatribas de Franco contra el enemigo, en las que aludía a la idea de la redención por la sangre, Azaña declaró:

> El odio enfurece y no lleva más que al derramamiento de sangre. No. La generosidad del español sabe distinguir entre un culpable y un inducido o extraviado. Esta distinción es capital porque tenemos que habituarnos otra vez unos y otros a la idea, que podrá ser tremenda, pero que es inexcusable, de que de los veinticuatro millones de españoles, por mucho que se maten unos a otros, siempre quedarán bastantes, y los que queden tienen necesidad y obligación de seguir viviendo juntos para que la nación no perezca.

España tuvo que esperar treinta y seis años, después del final de la guerra civil, y treinta y cinco años después de la muerte de Manuel Azaña, para que se volviera realidad esta visión.

La implacabilidad a sangre fría de Franco contrastaba con la humanidad de Azaña; el Caudillo quería redimir a la nación por la sangre, dispuesto, de considerarlo necesario, a matar a la mitad de su población. Azaña, hombre de razón y paz, declaró en Valencia, el 18 de julio de 1937, que «ninguna política se puede fundar en la decisión de exterminar al adversario; no sólo —y ya es mucho— porque moralmente es una abominación, sino porque, además, es materialmente irrealizable; y la sangre injustamente vertida por el odio, con propósito de exterminio, renace y retoña y fructifica en frutos de maldición; maldición, no sobre los que la derramaron, desgraciadamente, sino sobre el propio país que la ha absorbido para colmo de la desventura[113]».

A medida que la República iba siendo derrotada por dosis, en 1938, Azaña resistió con desesperación, dolorido por la falta de comprensión entre el gobierno en Valencia y la Generalitat en Barcelona. Sabiendo que los soldados arrojaban las armas ante el avance franquista, un Azaña horrorizado —virtualmente abandonado por las autoridades republicanas—, fue testigo de la caída de Cataluña. El 22 de enero de 1939 él y su familia emprendieron un abrumador viaje a Figueres, cerca de la frontera con Francia. El domingo 6 de febrero, después de que Negrín tratara de convencerlo de que regresase a Madrid, eligió el exilio. Describió su partida en una carta de unos meses más tarde a su amigo Ángel Ossorio y Gallardo. Debía salir al alba, con el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, en una pequeña caravana de coches de la policía. El automóvil de Martínez Barrio se averió y Negrín, que estaba presente, trató de echarlo del camino. El presidente tuvo que cruzar la frontera caminando[114] Al comienzo de la guerra había dicho a su esposa: «Saldremos de España a pie.»[115]. Llegó a París el 9 de febrero, y resistió la presión de Negrín para que regresara a Madrid. En lugar de esto, apoyó las propuestas británicas de mediación. Gran Bretaña y Francia reconocieron al gobierno del general Franco el 26 de febrero de 1939, y al día siguiente Azaña dimitió de la presidencia. Murió en Montauban el 3 de noviembre de 1940. Había escapado, finalmente, de la jaula dorada de la preeminencia política.

«Dentro de cien años habrá mucha gente que no sepa quiénes éramos Franco ni yo», dijo Azaña a Julio Álvarez del Vayo[116]. Esta modestia, de parte del presidente de la Segunda República, al que tan a menudo se calificó de arrogante, contrastaba espectacularmente con la visión de sí mismo de Francisco Franco pensando en su lugar en la posteridad y repitiendo constantemente que era «responsable ante Dios y ante la Historia». La diferencia puede verse incluso hoy, en los lugares de su descanso final. Para Franco está el faraónico Valle de los Caídos, el inmenso desafío a la posteridad con el cual el Caudillo quiso emular «la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido[117]». Para don Manuel, una simple tumba en Montauban, con esta única inscripción: «Manuel Azaña (1880-1940).»

7. INDALECIO PRIETO.

UNA VIDA A LA DERIVA

INDALECIO PRIETO

UNA VIDA
A LA DERIVA.

Pocos políticos españoles sacrificaron su vida con tanta perseverancia por la causa de la democracia como Indalecio Prieto. Hizo más que cualquier otro para crear la Segunda República, para mantenerla desde el poder, para defenderla en la guerra y, ya en el exilio y en la vejez, para restablecer con su labor constante la democracia en España. No es sorprendente que los propagandistas franquistas se dedicaran a denigrarlo. De hecho, sus peores acusaciones fueron las de ser un cobarde y «un zafio, un hombre ordinario, lleno de resentimientos y pasiones[1]». De hecho, pese a algunas severas reservas intelectuales, arriesgó la vida al servicio del partido socialista y de la República española en 1917, en 1930, en 1934 y durante la guerra civil. Como Azaña, pese a inquietantes presentimientos y dudas, nunca rehuyó lo que consideró su deber. Es un tributo a su talento y a su humanidad el hecho de que sus derrotas nunca disminuyeron su entrega al servicio público[2]. En cuanto a su vulgaridad, era un blanco fácil. Era un hombre del pueblo, al que cualquiera podía acercarse fácilmente, que cualquiera reconocía. Su corpulencia, que le hizo el favorito de los caricaturistas, no dejaba de tener relación con su legendaria experiencia de los restaurantes y de la gastronomía de las diversas regiones españolas, aunque, como su glaucoma,

estaba relacionada más bien con la diabetes que padecía[3]. Indalecio Prieto era afable, bonachón e ingenioso, aficionado a contar anécdotas y chistes. Sus chanzas, como su lenguaje en privado, eran a menudo obscenas y se deleitaba sobrecogiendo con ellas a su aliado, el profesor Fernando de los Ríos, como si fuera una tía solterona[4]. Su agudeza, su humor y su ingenio le valieron una enorme popularidad, pero ocultaban una honda inseguridad.

Don Inda, que irradiaba confianza y éxito, conoció, irónicamente, más pesimismo y derrotismo de lo que toca a cualquiera. Sus apasionadas convicciones podían liberar reservas inmensas de energía, pero podía también sumirse en la desesperación. Esto fue percibido por el más agudo de los observadores, Azaña, quien lo definió así: «Es violento, y cuando no tiene una pasión que le mueva, se está como una marmota […]. Concurre en Prieto la desconfianza en todos y en todo, singularmente en sí mismo. Es tímido y pesimista, y buena persona, que acaso sea su mérito menos reconocido.»[5] El político conservador Miguel Maura escribió de él: «He conocido pocas, poquísimas personas más abnegadas, más prontas a sacrificarse por sus amigos, más dadas a la compasión, más desinteresadas, en una palabra, más buenas que Indalecio Prieto.»[6] Pese a sus orígenes muy humildes, la vida de Prieto se vio coronada por el éxito como hombre de negocios, orador parlamentario y periodista, pero sin embargo la dedicó a la política. Prieto fue un periodista brillante y acerbo, y nunca dejó la pluma, ni siquiera cuando se convirtió en propietario de un diario o en diputado. Fue también uno de los grandes oradores parlamentarios españoles, tan sarcástico, eficaz y agudo como en sus artículos periodísticos. Al leer hoy éstos es imposible no percibir su espontaneidad, su ausencia de teoría doctrinaria, su afición por las cosas concretas. Su espontaneidad y su realismo reflejaban una duda constante sobre sus propias capacidades y una humildad rarísima entre los políticos.

Esto se vio claramente en sus constantes esfuerzos para dimitir como ministro de Hacienda, en 1931, basándose en el nada usual motivo en un político de que se consideraba incompetente para ocuparse de los grandes problemas del momento. Se vio de nuevo, acaso más trágicamente, en mayo de 1936, cuando no luchó contra la oposición de su envidioso rival

Francisco Largo Caballero, para ser presidente del Consejo de Ministros. Pudo verse, sobre todo, en su pesimismo durante la guerra civil. El secreto de ello se halla en su falta de ambición: «No sé sonreír. Ni quiero saberlo. Nunca hice el más mínimo esfuerzo por desdibujar mi carácter para hacerme grato. Pero en mi conducta he sido muy exigente conmigo mismo. Y aunque sea poco demócrata, diré que siempre me tuvo sin cuidado la opinión de los demás». Pero pese a su falta de ambición personal, era un animal político de pies a cabeza, como él mismo reconocía, entregado en cuerpo y alma a la vida pública[7]. Pero no lo hizo, insistimos, movido por ambición personal alguna. La facilidad con que permanecía en la sombra explica en parte por qué, dentro del PSOE, inspiraba tanta lealtad y admiración. Excepto, claro, por parte de Largo Caballero, quien escribió que «Prieto ha sido envidioso, soberbio, orgulloso; se creyó superior a todos; no ha tolerado que nadie le hiciera la más pequeña sombra[8]». Largo Caballero debería haber comprendido que el orgullo de Prieto era el de un hombre que había conocido las humillaciones de la pobreza.

La vida de Prieto fue, en sus comienzos, trágica y dura. Su padre, Andrés Prieto Alonso, un impecable funcionario municipal, tenía cincuenta y nueve años cuando nació su hijo. Su primera esposa, Josefina Martínez Orvid, había fallecido a los sesenta años, en 1881. Apenas un año más tarde, Andrés Prieto, con gran pesar del resto de su familia, se casó con Constancia Tuero, de veintiséis años y embarazada de cuatro meses. Constancia había sido la criada de la familia y había dado ya a Andrés un hijo ilegítimo, Ramón. El 30 de abril de 1883, cinco meses después de la boda nació en Oviedo Indalecio Prieto Tuero. Al cabo de año y medio, vino al mundo su hermano Luis Beltrán. La criada se había convertido en señora de la casa y tenía una criada a su disposición, prueba de que la familia vivía con cierta holgura[9].

Todo cambió dramáticamente cuando Indalecio tenía cinco años y medio y el 11 de agosto de 1888 murió su padre. Andrés Prieto no dejó ahorros, y una vez pagados los gastos del entierro, no quedó nada. Su familia volvió la espalda a la viuda, castigándola por su antigua relación extramatrimonial con el que fuera su señor. Indalecio escribió en 1930:

«Nos legó a sus hijos un nombre honrado. He podido comprobar por mí mismo los tremendos inconvenientes de recibir sólo por herencia un nombre honrado». Tras vender todos los muebles, la familia tuvo que mudarse de un cómodo apartamento a una buhardilla cercana. Más tarde recordaría Prieto: «En tanto que se tramitaba el expediente para la pensión de viudedad —un expediente que nunca acababa—, los huérfanos nos distribuimos por casas de parientes. Pero o los parientes se cansaron pronto de nosotros, o nosotros de ellos. Confieso que a mí me ha estorbado siempre el orgullo. Sin duda él me movió a golpear a un primito con la misma bota que me exigía que le limpiara. Torné a la guardilla, nuestro hogar». Su madre intentó, brevemente y sin éxito, hacer frente a la situación instalando una casa de huéspedes. Se arruinó al cabo de tres meses de sostener a una compañía de circo que nunca pagó. Para deleite de su antigua criada, Constancia tuvo que buscar trabajo como sirvienta. Poco después, empujada por la vergüenza de su descenso social, tomó la arriesgada decisión de trasladarse con su familia a Bilbao. De camino, les robaron todo cuanto había de valor en su equipaje. La infancia de Indalecio fue la fuente de su agudo sentido de la justicia social, de su rectitud y de su aborrecimiento de la corrupción. Le afectó especialmente el ridículo a que le sometió la antigua criada al mofarse de su cambio de situación[10].

Pese a su ausencia de ambición personal, Prieto (en la foto, con Manuel Portela Valladares) era un animal político de pies a cabeza, entregado en cuerpo y alma a la vida pública.

Prieto identificaba la monarquía con la ineficacia y la corrupción y se dedicó a construir una alianza de todas las fuerzas democráticas. (Alfonso XIII, de caza.)

El Día Gráfico
Diario de la mañana
DIEZ CÉNTIMOS

GOLPE DE ESTADO MILITAR

Al País y al Ejército

Uno de los propósitos del golpe militar del 13 de septiembre de 1923 era silenciar a Prieto.

La familia llegó sin dinero a Bilbao justamente cuando se intensificaban una serie de violentos conflictos laborales. Tras encontrar un hogar en los tugurios de los llamados Barrios Altos, su madre consiguió mantenerlos a todos vendiendo quincallería en un puesto callejero. Como no podía pagar la escuela, el joven Indalecio asistió a las clases que ofrecía la Sociedad

Bíblica Londinense, y se crió, así, como un protestante. A los ocho años de edad fue testigo de sangrientos enfrentamientos en las calles de la ciudad. Nunca fue un ideólogo, en parte porque siempre tuvo demasiado sentido del humor para ello, pero aún más porque la intensidad de sus experiencias de infancia le enseñaron un realismo fundamental que se impacientaba con las teorías. La violenta represión de la clase obrera que presenció en las calles de Bilbao, a comienzos de siglo, lo indujo, a los catorce años de edad, a afiliarse al Centro Obrero local del PSOE. Más tarde comentó que «entré en él, con la misma unción que en un templo, por las banderas rojas que tapizaban sus paredes, oír los himnos vibrantes del Orfeón Socialista, escuchar los debates de las asambleas y prestar atención a las peroraciones de los mítines. Aquélla era mi cátedra de sociología». A pesar de su falta de educación formal, leía vorazmente, a despecho de una infección ocular que a menudo lo dejaba casi ciego. Se ganaba la vida vendiendo cajas de cerillas, periódicos y abanicos, novelas por entregas y cantando como extra en los coros de las zarzuelas, un género en el que llegó a ser un experto. Aprendió mucho leyendo ávidamente los periódicos que se suponía que debía vender. Encontró trabajo de empaquetador en el periódico socialista local *La lucha de clases*, donde aprendió taquigrafía. Más tarde dijo que esto había sido su salvación, pues le abrió las puertas del diario *La Voz de Vizcaya*, donde su trabajo de tomar taquigráficamente los grandes discursos parlamentarios supuso para él un aprendizaje de la oratoria. Ascendió pronto a redactor, a los diecisiete años de edad. Un año antes, empujado por una ardiente convicción, se había adherido al Partido Socialista Obrero Español. A los veinte años, ayudó a fundar la Juventud Socialista y fue miembro de su Comité Ejecutivo[11]. A los veintiún años de edad, el 9 de abril de 1904, se casó con Dolores Cerezo González, hija de un concejal socialista de Bilbao. Dos años más tarde nació su hijo Luis. Luego vinieron tres hijas, Blanca (1906), Concha (1909) y Marina (1910), que murió a los dos meses de nacer[12].

En los comienzos de su carrera, cuando el PSOE era políticamente aislacionista, por la convicción de que el partido obrero debía luchar por los intereses obreros, Prieto se percató de la necesidad previa de establecer la

democracia liberal, y en consecuencia defendió la conveniencia de una alianza electoral con los republicanos locales de la clase media. Su experiencia en Bilbao le había mostrado que los socialistas, solos, podían lograr poco, pero que con los republicanos podían conseguir el éxito electoral[13]. El establecimiento, en 1909, de la coalición republicano-socialista abrió esa perspectiva. En abril de 1911, Prieto fue elegido diputado a la Diputación Provincial de Vizcaya. Dentro del partido socialista ocupaba la posición excepcional de no contar con el apoyo de un sindicato. Su defensa de la coalición le suscitó conflictos con dirigentes locales, como Facundo Perezagua, que defendía una estrategia basada exclusivamente en la confrontación sindical a través de las huelgas. Tras una larga y agria lucha en la Federación Provincial Socialista de Vizcaya, Prieto derrotó a Perezagua y desde entonces Bilbao fue una plaza fuerte de la coalición republicano-socialista. Con esto se ganó la hostilidad para toda la vida de Francisco Largo Caballero, que amargó su existencia y tuvo devastadoras consecuencias para España. Reelegido para la Diputación en 1915, su elección fue declarada nula, pero el mismo año le eligieron para el ayuntamiento bilbaíno. A comienzos de 1917 abandonó la política vasca y se trasladó a Madrid, para ocupar un puesto en la Compañía Ibérica de Telecomunicaciones; además, fue corresponsal en la capital de una serie de diarios del Norte: *El Liberal*, de Bilbao; *La Voz de Guipúzcoa*, de San Sebastián, y *El Cantábrico*, de Santander. En Madrid entró en contacto con Pablo Iglesias, el fundador del PSOE[14].

En 1936 la pérdida de Azaña como primer ministro sólo se podría justificar si lo sustituía Prieto.

Hablando del peligro de un alzamiento militar, Prieto señaló proféticamente al general Franco, en mayo de 1936, como su jefe probable. (En la foto, con el ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, en 1934, en Baleares.)

Santiago Casares Quiroga, el primer ministro, no estaba a la altura de los problemas que debía resolver.

La enemistad entre Prieto y Negrín (en la foto) aseguraba un legado de duras y estériles divisiones en el movimiento socialista.

Durante la Primera Guerra Mundial la economía española pasó por un buen momento, pues el país exportaba a ambos bandos. Pero la consecuencia de ello fue una fuerte inflación y muchas escaseces, que afectaron el nivel de vida de la clase obrera. En el verano de 1917 estaba preparándose una huelga general revolucionaria en protesta por el rápido

descenso del nivel de vida. Iglesias ordenó a Prieto que regresara al País Vasco, donde vivió algunas experiencias proféticas. Aunque la idea de una huelga general le parecía «improcedente, absurda», obedeció por sentido del deber para con el PSOE. La huelga de agosto de 1917 tuvo lugar en un contexto de protestas militares sobre sueldos y ascensos y de rebelión burguesa contra un gobierno central defensor de los intereses de la oligarquía terrateniente. El objetivo máximo de los socialistas era el establecimiento de un gobierno provisional republicano, la convocatoria de elecciones para una asamblea constituyente y la adopción de medidas rigurosas para combatir la inflación[15]. Pese a su carácter pacífico, la huelga general fue reprimida, de manera tan sencilla como brutal, por el gobierno.

En Madrid, detuvieron y estuvieron a punto de ejecutar a los miembros del comité de huelga, compuesto por Julián Besteiro, vicepresidente del PSOE; Francisco Largo Caballero, vicepresidente de la UGT; Andrés Saborit, director de *El Socialista* y dirigente del sindicato de tipógrafos, y Daniel Anguiano, secretario general del sindicato de ferroviarios. Finalmente, fueron condenados a cadena perpetua y pasaron varios meses en la cárcel, hasta que salieron por haber sido elegidos diputados en las elecciones de 1918[16]. Aunque no era miembro del comité nacional de huelga, la reputación de Prieto como orador era tal que, al perderse la huelga, las autoridades lo persiguieron como inspirador de las huelgas vascas. Se fue a la montaña y permaneció fugitivo durante un mes, antes de pasar a Francia. Vivió en Hendaya y París hasta abril de 1918, cuando su nombre figuró en la lista de candidatos por Bilbao para las elecciones de aquel año. Regresó clandestinamente y organizó la campaña desde un escondite. Proclamó que «me consideraría en el Parlamento tan representante de los republicanos como de los socialistas». Triunfó, en parte debido al fraude electoral. Su entrada en las Cortes fue penosa. Era diabético y el exilio había perjudicado su salud, en especial la vista, pues padecía de úlceras en la córnea[17].

La represión de 1917, que fue más brutal en las zonas donde la influencia de Prieto era mayor —Asturias y el País Vasco—, polarizó el

movimiento socialista. Muchos moderados, entre ellos Prieto, y la mayoría de la dirección nacional de la UGT, quedaron traumatizados, decididos a no poner nunca más en peligro sus éxitos electorales y las propiedades del movimiento en una confrontación directa con el Estado. Había otros, especialmente en las zonas industriales, afectadas por el colapso industrial que siguió al final de la guerra mundial, que inspirados por los acontecimientos de Rusia y por la línea insurreccional trazada por los anarcosindicalistas, empezaron a adoptar posiciones más revolucionarias. Como concesión a la izquierda radical, se rescindió la conjunción republicano-socialista. Prieto se opuso a la radicalización, y en enero de 1920, aludiendo a las «puerilidades» de los anarquistas, comentó que «lo malo es que este fulgor también ciegue a bastantes correligionarios nuestros[18] En 1918 había sido elegido miembro del Comité Ejecutivo Nacional del PSOE[19]». Pudo, así, ser testigo del agrio debate que dividió al partido durante los tres años siguientes. Se trataba, en apariencia, de fijar la relación entre el PSOE y la Komintern. De hecho, a consecuencia de la derrota de la huelga revolucionaria de 1917, lo que se discutía era si el PSOE sería legalista y reformista o violento y revolucionario.

A Prieto le parecía evidente que la política de la Restauración ya no era un mecanismo adecuado para defender los intereses económicos de las clases dirigentes. Pero su solución consistía en buscar reformas por medio de victorias electorales de un amplio frente de fuerzas democráticas. Sin vacilar, y pese a que ello le provocó cierta impopularidad en algunos sectores del partido, mantuvo, a lo largo de los debates sobre la Komintern, que el PSOE debía permanecer en la Segunda Internacional. Poco después del tercero de los tres congresos reunidos, en diciembre de 1919, junio de 1920 y abril de 1921, para discutir esta cuestión, Prieto dio una conferencia en Bilbao con el título de «La libertad, base esencial del socialismo». Dijo a los oyentes que «soy socialista a fuer de liberal», y declaró que «la sumisión del partido socialista español a las condiciones que tratan de imponer desde Moscú es para mí la negación sustancial de la esencia liberal del partido socialista». Dirigiéndose a los periodistas, dijo que si el PSOE ingresaba en la Tercera Internacional, lo abandonaría[20]. En una lucha

acérrima, la tendencia probolchevique fue derrotada y se escindió para formar el Partido Comunista de España[21]. Prieto escribió: «Tengo para mí que la escisión iniciada anoche va a quedar reducida a límites verdaderamente minúsculos». De este modo se consolidó la moderación esencial que había defendido. El PSOE se apartó de las luchas sindicales que se libraban de otros frentes y, con Prieto a la vanguardia, se consagró a la campaña parlamentaria contra la guerra de Marruecos y la responsabilidad del rey en la desastrosa actuación del Ejército. Prieto, que identificaba la monarquía con la ineficacia y la corrupción, se consagró a construir una alianza de todas las fuerzas democráticas[22].

Después del desastre militar de Annual, cerca de Melilla, en julio de 1921, la posición española en la parte oriental de Marruecos se hundió por completo[23]. En septiembre de 1921, Prieto viajó a Marruecos y durante siete semanas entrevistó infatigablemente a supervivientes y acompañó a la tropa, lo que le permitió ser testigo de escenas espeluznantes. Como la lucha continuaba, y dado que las autoridades militares locales lo miraban con suspicacia, este viaje requirió no poco valor. La serie de 28 artículos en *El Liberal* fue un testimonio vívido de las condiciones existentes después de Annual y el primer informe digno de confianza sobre la magnitud del desastre. Eran objetivos y mostraban cierta simpatía para con los militares en campaña. Numerosos periódicos los reprodujeron[24]. Cuando como resultado de la investigación oficial dirigida por el general Picasso se inició un debate nacional, Prieto estaba bien preparado para tomar la iniciativa. Lo hizo con varios discursos poderosos, el primero de los cuales a los ocho días de su regreso de Marruecos. Puso de relieve la incompetencia del gobierno y la corrupción militar. Denunció a aquél por no proporcionar cifras sobre el número de muertos, que él calculó en ocho mil, y comentó: «Ocho mil muertos dan derecho, macabramente pero lo dan, a exigir una responsabilidad concreta.»[25] El informe Picasso calculó los muertos en más de trece mil. El 4 de mayo de 1922 Prieto pronunció otro discurso sobre el tema, pero su intervención más devastadora fue a propósito del informe Picasso, presentado el 14 de noviembre, al que defendió en un elocuente discurso en las Cortes durante dos días, 21 y 22 de noviembre de

1922[26]. La implacabilidad de sus acusaciones reflejaba tal vez la desolación que experimentó por la penosa muerte, por cáncer, de su esposa Dolores, el 19 de agosto de 1922[27].

En la primavera de 1923 fue detenido y encarcelado brevemente a causa de un explosivo ataque al rey Alfonso XIII en el Ateneo de Madrid[28]. En realidad, uno de los propósitos del golpe militar del 13 de septiembre de 1923 era silenciar a Prieto. En 1928, hablando en el XII Congreso del PSOE, y sin referirse a su propio papel, Prieto declaró que la dictadura «tuvo por objeto ahogar el debate de las responsabilidades [por Marruecos]; tuvo por finalidad destruir el Parlamento en el primer instante en que el Parlamento español iba a dar una mínima prueba de su soberanía e independencia[29]». En consecuencia, durante la dictadura, su compromiso con la democracia parlamentaria le obligó, junto con Fernando de los Ríos, a oponerse a la mayoría de su partido, encabezada por Largo Caballero, que optó por la colaboración con el régimen. Irónicamente, tanto Prieto como los colaboracionistas adoptaron sus posiciones por razones igualmente reformistas. Para Prieto, la clausura de las Cortes era un golpe a los esfuerzos por reformar el sistema político; para Largo Caballero, ante todo funcionario sindical, la primera prioridad era siempre la protección de los sindicatos, sus propiedades y sus miembros. Suspendida la lucha política por la dictadura militar establecida el 13 de septiembre de 1923, Largo Caballero aceptó la invitación del dictador a que la UGT se convirtiera en la organización sindical del régimen, tanto para proteger a los sindicatos como por la esperanza de incrementar su influencia en detrimento de la prohibida CNT anarcosindicalista. En el primer aniversario del golpe militar, Largo Caballero aceptó una invitación a formar parte del Consejo de Estado. Prieto se mostró horrorizado por este oportunismo, temiendo, con razón, que el dictador lo explotase con fines propagandísticos. Escribió al Comité Ejecutivo del PSOE reiterando su convicción de que «era indispensable un apartamiento acentuadísimo de los hombres del partido respecto a los militares que encarnan el poder». El Comité Ejecutivo contestó, hipócritamente, que el nombramiento de Largo Caballero era una cuestión interna de la UGT. Como consecuencia de ello Prieto dimitió como

miembro de dicho Comité Ejecutivo[30]. Aunque desmintió los rumores de un cisma en el partido, afirmando públicamente que las discrepancias eran de tipo táctico y no afectaban la cordialidad y la unidad entre sus dirigentes, desde entonces Largo Caballero albergó un enconado resentimiento personal hacia Prieto[31].

Cuatro años de malestar obrero llevaron paulatinamente al movimiento socialista hacia las concepciones de Prieto. El aumento de la oposición socialista a la dictadura se vio claramente en el XII Congreso del PSOE, celebrado del 9 de junio al 4 de julio de 1928. Prieto y su amigo de siempre, Teodomiro Menéndez, delegado de la Federación Socialista de Asturias y colaborador político, defendieron una táctica de abierta resistencia. Aunque la mayoría siguió en favor de la colaboración, el incremento del apoyo a Prieto indujo a Largo Caballero a reconsiderar su actitud con respecto al régimen. La intensificación de las huelgas durante todo el año 1929, mostró a Largo Caballero las consecuencias contraproducentes de una relación con la dictadura. Prieto estaba en contacto constante con una dispar oposición de intelectuales, republicanos, monárquicos disidentes y, cada vez más, desafectos oficiales de los cuerpos más profesionales del Ejército, Artillería e Ingenieros, cuyo tradicional sistema de ascensos había sido vulnerado por Primo de Rivera. El aumento de la hostilidad al régimen en la base sindical empujó a un renuente Largo Caballero a asociarse a la posición de Prieto, tendente a buscar un amplio frente contra la Monarquía en alianza con los republicanos[32].

Después de la dimisión del dictador, el 28 de enero de 1930, y de su sustitución por el general Dámaso Berenguer, Prieto se convirtió en la figura probablemente más destacada del movimiento republicano de nuevo cuño. Había establecido una amplia red de contactos civiles y militares durante la campaña de las responsabilidades por el desastre de Annual y los mantuvo durante la oposición a la dictadura. Con el pleno apoyo de la Agrupación Socialista de Bilbao y de la Federación Socialista Vascongada, se consagró a la tarea de suscitar un amplio frente en favor de la República. El 9 de febrero de 1930, habló en un mitin convocado para dar la bienvenida al filósofo Miguel de Unamuno, que regresaba del exilio[33].

Largo Caballero estaba furioso por la participación de Prieto en el movimiento republicano y por la popularidad que de ello obtenía. Pidió que el PSOE le censurara por sus actos en favor de la creciente oposición —por felicitar al conservador José Sánchez Guerra por su participación en un fracasado golpe militar contra la Monarquía, por asistir a un banquete en el cual Sánchez Guerra anunció su falta de confianza en el rey, por publicar declaraciones en favor de la república en Argentina y Francia, por organizar un mitin para celebrar el regreso del exilio del republicano Eduardo Ortega y Gasset[34]—. La misma energía que tanto alarmaba a Largo Caballero condujo a Miguel Maura a afirmar que «con mucho, Prieto fue la primera figura política de esta época de la historia de España […]. La característica más destacada de Prieto fue siempre su realismo político. Jamás se dejó llevar por idealismos románticos ni por vaguedades ideológicas. Tuvo siempre una visión certera de cosas y, sobre todo, de personas, y del objetivo posible de alcanzar en cada momento[35]».

Esto se vio claramente en su conferencia del 25 de abril de 1930 en el Ateneo de Madrid, titulada «El momento político». Ante un público entusiasta e influyente declaró que los seis años de la dictadura de Primo de Rivera fueron meramente «el primer período dictatorial» y que el gobierno de Berenguer era sólo una «dictadura más disimulada, más fina, más de guante blanco». Denunció la corrupción de la dictadura y las fortunas amasadas por amigos del rey gracias a la concesión de monopolios y a los planes de obras públicas y de comunicaciones telefónicas. Finalmente, planteó la tajante alternativa: «O con el Rey o contra el Rey». Al proclamar que los hombres de buena voluntad debían unirse para cortar el nudo de la Monarquía, Prieto fijó claramente el orden del día para el año siguiente. Antes de ese momento, la mayoría de los republicanos, así como Largo Caballero y Besteiro, tenían poco sentido de la dirección estratégica y esperaban pasivamente alguna solución evolucionista, en la esperanza de que en el futuro parlamento hubiese un voto de censura por las responsabilidades de Annual. Prieto estableció de modo inevitable tanto la urgencia de la situación para el futuro de España como la necesidad de la

unidad de todas las fuerzas antimonárquicas para un movimiento revolucionario que barriera al rey[36].

Después de este llamamiento a la unión, lanzado en la primavera, Prieto fue la figura central en la organización de la gran coalición republicana conocida como Pacto de San Sebastián. Dada la actitud de Largo Caballero y de Besteiro, él y Fernando de los Ríos asistieron a la reunión de mediados de agosto, en el hotel Londres, sólo a título personal. Poco después viajó con Maura y Azaña a Madrid para asegurar la colaboración de la UGT, y en el camino sobrevivió con considerable sangre fría a un choque de automóviles. Para entonces, la creciente ola de huelgas había convencido a Largo Caballero de que, si no quería quedar rezagado respecto a los militantes de base, tendría que seguir la actitud de Prieto. En octubre de 1930 se unió a Prieto y De los Ríos para oponerse con éxito a la negativa por parte de Besteiro a que los socialistas aceptaran tres puestos ministeriales en el futuro gobierno. Largo Caballero no pudo ocultar que le irritaba ver a Prieto en primera fila, pero poco después de su conversión al republicanismo igualaba a éste en entusiasmo[37]. Durante la organización del movimiento revolucionario que debía llevar al poder un gobierno provisional, la extraordinaria red de contactos de Prieto fue de enorme valor. Maura comentó que

> Con la conformidad socialista quedaba el bloque republicano compacto y eficiente. Además, la seguridad de contar con Prieto y los elementos que tenía acumulados por su cuenta desde hacía ya meses, representaba un gran alivio para nosotros. Indalecio, que conocía a las gentes más heterogéneas y más pintorescas, era un catador de hombres excepcionalísimo. Cuando hablaba dos veces con alguien, ya sabía a qué atenerse respecto a la solvencia moral de su interlocutor y, sin el menor eufemismo, le calificaba para siempre. ¡Cuántas veces hubimos de comprobar lo certero de su fallo[38]!

Los firmantes del Pacto de San Sebastián se reunieron en Madrid en septiembre de 1930 para preparar el futuro gobierno provisional. Para tranquilizar a la clase media se llegó al acuerdo unánime de que el primer ministro fuera el conservador moderado Niceto Alcalá Zamora. Luego se discutió el Ministerio de la Gobernación. Maura sugirió a Prieto, por su conocimiento de las masas y su habilidad política. Largo Caballero se

mostró tan hostil, que Prieto no aspiró al puesto. Al principio se le atribuyó el Ministerio de Fomento, pero después el de Hacienda, a lo que ofreció una fuerte resistencia[39]. En el plan de una huelga general revolucionaria, con la que se esperaba derrocar a la Monarquía, a Prieto se le asignó la responsabilidad de Asturias y el País Vasco. Allí, la huelga general fue casi total, pero se dio orden de abandonarla cuando se advirtió que no se mantenía el prometido apoyo militar. Alertada por una rebelión prematura en Jaca, la policía trató de detener a todos los conspiradores. Prieto escapó de Bilbao y consiguió cruzar la frontera francesa disfrazado de monje. Estuvo a punto de ser descubierto cuando en Irún un carabinero le pisó un pie, ante lo cual el fugitivo, que iba con sandalias, dejó escapar una sarta de obscenidades, para asombro del turbado y poco perspicaz guardia fronterizo. Prieto vivió en París, donde su vista, afectada por una deficiencia de vitaminas, se deterioró. El médico le ordenó que comiera mucha fruta, pero no podía permitirse comprar naranjas. Regresó a España el 16 de abril de 1931 y tomó parte en la primera reunión del gobierno de la nueva República[40].

El hombre que tanto había hecho para derrocar el régimen anterior no tenía duda acerca de la necesidad del apoyo socialista si se pretendía la consolidación de la nueva República. Besteiro argumentaba que el movimiento socialista no debía colaborar con el nuevo régimen, para no «quemarse» en lo que consideraba una tarea burguesa. Del 10 al 12 de julio se reunió un congreso extraordinario del PSOE para debatir la cuestión de la participación en el gobierno. Prieto consiguió una mayoría de 10 606 votos contra 8326 en favor de una propuesta según la cual «constituye obligación fundamental del Partido Socialista Obrero Español defender la República y contribuir, por todos los medios, a la consolidación definitiva de ésta», y de que los socialistas siguieran en el gobierno hasta que se aprobara la Constitución. Hábilmente, dejó la puerta abierta para que los socialistas siguieran en el gobierno al sugerir que «el Grupo Parlamentario, aunque responsable directamente de su gestión ante los Congresos de nuestro Partido, cuando se trata de casos de excepcional importancia en que su actitud pueda imprimir rumbos decisivos a la política española, apelará a

la Comisión Ejecutiva en demanda de resolución conjunta». Esto dejaba la decisión en manos de hombres que con toda probabilidad simpatizarían con los puntos de vista de Prieto, abría el camino a una colaboración plena e implicaba claramente al PSOE en el fracaso o el éxito de la República. Pero el hecho de que la victoria de Prieto fuera por relativamente pocos votos de diferencia indicaba que la cuestión de la participación en el gobierno de la República podía conducir a divisiones[41].

En los primeros meses de la República, Prieto fue, según Miguel Maura, la verdadera fuente de energía y dirección del gobierno republicano socialista[42]. Como tan a menudo en su carrera, la energía de su acción iba de la mano con una pesimista inseguridad. Sin llegar a analizarlos, Azaña se percató de los saltos de humor de Prieto, que oscilaba entre dinámicos estallidos de energía y ataques de desanimada parálisis: «Lo que le sucede a Prieto es un resultado de su ligereza y atolondramiento. Se imagina que todo va a zanjarse en una tarde y le falta el *tacto* político y la experiencia de *mundo* necesarios para manejar a las gentes.»[43] En sus diarios de 1931 y 1932, Azaña muestra escaso respeto por Prieto y lo trata con condescendencia, ridiculizando a menudo su pesimismo y su derrotismo: «Como siempre que está desanimado, toma un acento plebeyo, como el de una criada que se conduele ante el sangriento cartel del crimen de feria». Con frecuencia describe a un Prieto hosco «sumido en su grasa, entornados los ojos miopes[44]».

Nunca dejó de esforzarse por sobreponerse a su tendencia a la depresión. Se enfrentó a su función de ministro de Hacienda con gran sentido de la responsabilidad y una completa falta de confianza en su capacidad para el cargo. Su primera acción fue reunirse con los desconfiados representantes del mundo de la banca y asegurarles que el nuevo régimen reconocería todas las deudas dejadas por la dictadura[45] Se preocupó de que a la familia real se le diera tiempo y que todas sus pertenencias fuesen embaladas adecuadamente para enviarlas desde el palacio Real[46].. Se inquietó porque, pese a sus esfuerzos conciliatorios, se enviaran fuera del país grandes capitales, con el consiguiente descenso de la peseta. Gastó grandes sumas, con poca eficacia por el momento, con el fin

de mantener el valor de la moneda al mismo tiempo que seguía una política deflacionaria, de intereses altos, con la esperanza de alentar la repatriación de los fondos emigrados. Sin embargo, vaciló ante la conveniencia de adoptar grandes medidas de estabilización, que hubieran podido mover al alza el valor de la peseta pero que hubiesen minado la actividad económica. Durante su tiempo en el Ministerio de Hacienda, la peseta cayó un 22% respecto al dólar, lo cual, al favorecer las exportaciones españolas, disminuyó, sin proponérselo, la repercusión en España de la crisis mundial[47]. Su impaciente determinación de erradicar la corrupción le valió la hostilidad del mundo de los negocios. Con lo que se ha llamado su habitual «incontinencia verbal», a menudo amenazó e insultó a los banqueros, a quienes solía calificar de «ladrones[48]». El 13 de noviembre de 1931, en las Cortes, cuando salió a colación el nombre de Juan March Ordines, el contrabandista millonario, gritó desde el banco azul: «Debieron ahorcarlo en la Puerta del Sol. Y yo me habría colgado con mucho gusto de sus pies.»[49] Se mostró igualmente indiscreto al hablar de su falta de confianza en sí mismo para el cargo. A su subsecretario, Isidro Vergara, le dijo, en palabras de Azaña, que «el ministerio se le viene encima y que no acaba de penetrar en los problemas[50]». A finales de julio escribió: «Reconozco que valgo mucho menos de lo que creía valer antes de ser ministro». Para desesperación de Azaña, decía a los periodistas y a cuantos querían escucharlo que estaba «convencido de su incapacidad para la cartera de Hacienda, resultante de su absoluta falta de preparación[51]». Creía, no sin razón, que los funcionarios del ministerio que presidía saboteaban sus decisiones. Tenía un asesor conservador, Antonio Flores de Lemus, que no perdía ocasión de mostrar, en los términos más maliciosos, su desprecio por él[52].

En un contexto de depresión económica internacional y de déficit presupuestario heredado, los problemas eran enormes. La Segunda República estaba comprometida a llevar a cabo una política de obras públicas, reforma educativa y retiro voluntario con generosas indemnizaciones de los militares superfluos. Al mismo tiempo, las presiones de la crisis económica disminuían la base de ingresos estatales.

De modo, pues, que no era sorprendente que, como resultado de la desesperación manifestada por Prieto en una reunión del Consejo de Ministros, el 7 de agosto, Azaña comentara que «está derrumbado moralmente, dice, se considera fracasado, aunque no le remuerde la conciencia por ningún error capital, y no quiere, ante la rápida baja de la peseta, presidir el desastre de la Hacienda española». A comienzos de agosto quiso de nuevo ser sustituido y habló de morirse. Seis semanas después, el 22 de septiembre, dejó claro en otro Consejo de Ministros, que «no tiene fe en nada ni en nadie». Cuando Maura se lamentó de la hostilidad de los bancos hacia la República, Prieto dijo otra vez que había «fracasado» y anunció su dimisión, amenazando: «Si me hostigan ustedes mucho, me voy ahora mismo al salón y lo digo desde el banco azul». Renunció a dimitir ante la presión de sus amigos; De los Ríos hasta se arrodilló, ante lo cual Prieto le dijo: «Levántese usted, que se desplancha.»[53] Se daba perfecta cuenta de que el Banco de España estaba más interesado en sus propios beneficios que en la salud fiscal del Estado. En vista de ello, presentó en octubre de 1931 un proyecto de nueva Ley de Ordenación Bancaria, lo que provocó una campaña de prensa contra él, financiada por el propio Banco de España[54]. De hecho, a pesar de su pesimismo, sus medidas para estabilizar la peseta e imponer el control del Banco de España acabaron dando resultado[55].

El martirio de Prieto en el Ministerio de Hacienda llegó a su término con la elevación de Azaña a la presidencia del gobierno. El gran discurso parlamentario de Azaña del 13 de octubre consiguió la aprobación de la Constitución y condujo a la dimisión de Maura y Alcalá Zamora. Con el entusiasta apoyo de Prieto, que desde hacía tiempo proclamaba que debería ser primer ministro, Azaña formó gobierno el 14 de diciembre. Esto no sólo era consecuencia del notable talento político de Azaña, sino del punto muerto a que se había llegado entre los dos mayores partidos de las Cortes, el radical de Alejandro Lerroux y el PSOE. Los socialistas no aspiraban a que uno de los suyos presidiera el gobierno, pero estaban decididos a que no lo encabezara alguien que ellos, y Prieto en particular, despreciaban por su corrupción y al que consideraban un facineroso. Privado de la

presidencia, Lerroux pasó a dirigir una feroz oposición a la presencia de socialistas en el gobierno. La consecuencia a largo plazo sería la formación de un frente, más bien desunido, contra el PSOE, que iba desde la derecha agraria hasta la anarcosindicalista CNT, indignada por la determinación de los socialistas de aplastar su radicalismo sindical[56].

Hubo que reorganizar ligeramente el nuevo gobierno, para permitir que Santiago Casares Quiroga pasara del Ministerio de Marina al de Gobernación, en sustitución de Maura. Prieto siguió en Hacienda, pero continuaba expresando a menudo su deseo de dimitir. Esto frustraba a Azaña, que escribió: «Todo es violencia verbal, y luego nada». Sólo la dificultad de encontrar a un sucesor impedía que Prieto saliera de Hacienda. Cuando Azaña halló una persona adecuada, el hombre de negocios catalanista Jaume Carner Romeu, informó a Prieto que deseaba que pasara al Ministerio de Obras Públicas. A Prieto no le agradó, y hubiese preferido dejar por completo el gobierno con el fin de intentar salvar *El Liberal* de Bilbao, en el cual había trabajado, que era propiedad de su amigo Horacio Echevarrieta. Fue necesario que Largo Caballero apelase a la disciplina de partido para que Prieto accediera[57]. Sin embargo, el 12 de diciembre de 1931, después de la reunión del nuevo gobierno, le confortó la honradez y competencia de Carner y lo apoyó cuanto pudo[58].

En el Ministerio de Obras Públicas, a pesar de su mal estado de salud, Prieto desempeñó un papel con dinamismo y audacia, desde el 12 de diciembre de 1931 al 8 de septiembre de 1933. Seguía teniendo problemas de vista, y en marzo de 1932 sufrió graves dolores de pecho en el transcurso de un Consejo de Ministros, lo que hizo pensar a Azaña que podía sufrir de arteriosclerosis. Prieto, viudo, no se cuidaba, especialmente en lo relativo a la dieta[59]. Sin dejarse amilanar por la salud, trató de convertir el Ministerio de Obras Públicas en un instrumento para sacar a España de su atraso social y económico. Vio la oportunidad de poner la maquinaria del Estado al servicio de la modernización del país, por medio de las obras públicas. Favorecía sobre todo los planes que daban mucho empleo, para paliar el paro. Con la ayuda de Manuel Lorenzo Prado, completó muchos de los proyectos hidroeléctricos iniciados por la dictadura de Primo de Rivera. Al

mismo tiempo estimuló con considerable energía los planes de riego en gran escala, que el régimen de Franco se arrogó después de la guerra civil. Estableció una serie de planes que fueron la base de la expansión moderna de Madrid, la prolongación de su paseo central, la Castellana, la creación de una red de trenes de cercanías con un eje central norte-sur y la edificación de un complejo de edificios, los llamados Nuevos Ministerios, así como la creación de una red de transporte público con el extrarradio para facilitar excursiones de los capitalinos al campo. Puso en marcha un gran programa de construcción de carreteras. Tras su experiencia en Hacienda, tomaba muy en cuenta el coste de los planes de obras públicas, lo que le hizo declarar en las Cortes, el 7 de enero de 1932: «Ni un kilómetro, ni un solo kilómetro más de ferrocarril nuevo ahora». Se arriesgó a provocar la enemistad de la industria siderúrgica y de los sindicatos metalúrgicos al cancelar cierto número de prolongaciones ferroviarias, para concentrar los recursos disponibles en la electrificación de las líneas que unían a las principales ciudades[60]. Se indignó al descubrir que había un mercado de pases gratuitos en los ferrocarriles, y se dispuso a erradicarlo[61].

En un momento en que las esperanzas socialistas chocaban contra la intransigencia de la derecha, se planteó de nuevo la cuestión de la participación socialista gubernamental en sendos congresos de la UGT y del PSOE, celebrados en Madrid en octubre de 1932. El XIII Congreso del PSOE se inauguró el 6 de octubre. Desde el congreso extraordinario del año anterior, Besteiro había modificado considerablemente su posición. Prieto presentó una moción apoyando continuar la participación ministerial, y Besteiro habló en favor de ella. La ambigua redacción del primero establecía que se daría «por concluida la participación del Partido Socialista en el gobierno tan pronto como las circunstancias lo permitan sin daño para la consolidación y fortalecimiento de la República». La propuesta se aprobó por 23 718 votos contra 6356. El tema principal de debate fue la fracasada huelga general de diciembre de 1930, y como se pusiera de relieve la tibia actitud de Besteiro en aquella ocasión, su prestigio salió gravemente perjudicado. El XIII Congreso del PSOE representó el último voto de confianza socialista en la eficacia de la colaboración ministerial[62].

Los primeros meses de 1933 vieron la coalición republicano-socialista sujeta a graves presiones desde la derecha y desde la izquierda. La represión de un alzamiento anarcosindicalista, en enero, fue especialmente sangrienta en la aldea gaditana de Casas Viejas. Los anarquistas y las derechas, cada uno por su lado, utilizaron este acontecimiento para atacar al gobierno. De hecho, la responsabilidad fue de la unidad local de la Guardia Civil. Sin embargo, antes de que los detalles llegaran a Madrid, los tres ministros socialistas, y de modo muy especial Prieto, habían hecho saber a Azaña que aprobaban la represión de los anarquistas[63]. La actividad del gobierno se encontró paralizada, durante los primeros meses de 1933, por una campaña de obstrucción parlamentaria montada por los radicales y la derecha. Combinada con un eficaz boicot de la legislación socialista en el campo, llevado a cabo por los terratenientes, la obstrucción parlamentaria obligó a los socialistas a enfrentarse al costo de la colaboración en el gobierno. Prieto seguía creyendo que los beneficios de la democracia parlamentaria justificaban el sacrificio de algo de su credibilidad con las masas afines al partido. Largo Caballero lo creía también, aunque comenzaba a dudar de ello. Para fortalecer la confianza en el gobierno, Prieto organizó un banquete, el 14 de marzo de 1933, al que asistieron dos mil personas. Hablando del sacrificio hecho por el PSOE para dar una base sólida a la República, declaró que los socialistas se consideraban «solamente comprometidos a cooperar desde el Poder hasta el momento mismo en que Azaña crea que es necesaria nuestra colaboración». Lo dijo sin pedir la previa autorización de la Comisión Ejecutiva. Pero cuando ésta se reunió, el 4 de abril, reafirmó seguir en el gobierno después de escuchar una enérgica argumentación de Prieto[64].

A finales de mayo de 1933, el presidente de la República, el católico Alcalá Zamora, esperaba aprovechar el aumento de la oposición al gobierno de Azaña como excusa para no ratificar la Ley de Congregaciones, que confirmaba el carácter laico del Estado español. La oportunidad se presentó a comienzos de junio de 1933, cuando Azaña tuvo que sustituir a Jaume Carner, aquejado de un cáncer terminal. Cuando propuso una reorganización del gabinete, Alcalá Zamora respondió que debía consultar

con los jefes de los principales partidos. Prieto dijo que «esto es negar la confianza al gobierno», y Azaña dimitió[65]. Alcalá Zamora invitó entonces a Besteiro a que formara gobierno; rehusó, pero la ejecutiva del PSOE le obligó a declarar que lo hacía a título exclusivamente personal. Al presidente no le quedaba más remedio que hacer el ofrecimiento a Prieto, que primero se aseguró la aprobación de la ejecutiva socialista. Luego reunió al gobierno saliente y preguntó si Azaña o algún otro ministro lo consideraría desleal si trataba de formar gobierno. Alentado por Azaña, aceptó el ofrecimiento presidencial. Pidió a Azaña que entrara en él, pero dijo claramente que «no se forma ilusiones sobre su aptitud para presidir» y que sin la «autoridad moral» de Azaña, renunciaría a formar gobierno. Encantado, como siempre, de poder volver a la vida privada, Azaña se mostró renuente. Pero, como dijo a su propio partido, Acción Republicana, no quería aparecer como el principal obstáculo a que se constituyera el gobierno y aceptó, lo que conmovió mucho a Prieto. Éste trató de formar la más amplia coalición republicano-socialista posible. Sin embargo, su intento fracasó con el grupo parlamentario socialista y con la ejecutiva del PSOE, pues Largo Caballero se negó a pensar siquiera en una colaboración con los radicales de Lerroux. Después de informar de esto a Alcalá Zamora, Prieto le aconsejó al presidente que volviera a llamar a Azaña, cosa que hizo poco antes de la medianoche del 11 de junio. Los tres ministros socialistas aceptaron reintegrarse en el gobierno[66].

Alcalá Zamora volvió a la carga al cabo de tres meses. Entretanto, Largo Caballero y sus partidarios habían comenzado a pedir el fin de la colaboración del PSOE con los republicanos, con un discurso pronunciado por el primero el 23 de julio, cuando todavía era ministro. Dirigiéndose en el cine Pardiñas de Madrid a un auditorio de radicalizados miembros de la Federación de Juventudes Socialistas, declaró que los socialistas querían alcanzar el poder solos[67]. Prieto replicó en una conferencia en la escuela de verano de la misma Federación, en Torrelodones, cerca de Madrid. Defendió la participación socialista en el gobierno, señalando que no había albergado las «ilusiones pueriles» de creer que la República produciría instantáneamente las transformaciones sociales que deseaban los socialistas,

sobre todo debido al contexto de desastrosas condiciones económicas en que se había establecido la República. Pidió a sus oyentes que consideraran si los socialistas estaban en condiciones de desafiar al inmenso poder económico que seguía en manos de las clases altas. Un gobierno exclusivamente socialista no era una aspiración realista, pues, dijo, «nuestro reino, por lo que respecta a España, no es de este instante». Desechando la comparación entre la España de 1933 y la Rusia de 1917, formulada por los defensores caballeristas del radicalismo, comentó proféticamente que «si España, por unas u otras circunstancias pudiese implantar un régimen plenamente socialista, ¿la Europa burguesa no pondría cerco a España, no la sitiaría, no la bloquearía?». Fue un discurso hábil, en que aceptaba la justificación moral del radicalismo pero rechazaba la noción de que debía haber un cambio drástico de la política del partido. Pero por muy realista que fuese, aquello no era lo que los jóvenes oyentes deseaban escuchar[68].

Días después, Largo Caballero complació al mismo auditorio hablando de la imposibilidad de aplicar una legislación verdaderamente socialista en el marco de una democracia burguesa[69]. En cierto modo, advertía al presidente de la República contra la idea de sustituir el gobierno de coalición republicano-socialista por uno dirigido por Lerroux. Y esto fue precisamente lo que hizo Alcalá Zamora el 11 de septiembre. Para impedir enfrentarse a una derrota parlamentaria, Lerroux mantuvo cerradas las Cortes. Se hizo caso omiso de la legislación social de los dos años anteriores. El 19 de septiembre, la ejecutiva socialista decidió romper su compromiso con los republicanos de izquierda[70]. El 2 de octubre, Prieto cumplió la penosa tarea de anunciar el final de la coalición republicano-socialista a la que había dedicado no poca parte de su vida. En un sistema electoral que favorecía a las coaliciones amplias, los socialistas iban imprudentemente solos a las elecciones. Bilbao, donde Prieto insistió en incluir a Azaña en la candidatura socialista, fue uno de los pocos lugares donde el voto de izquierdas no se dividió. En las elecciones del 19 de noviembre de 1933, los socialistas sufrieron una considerable derrota, cayendo de los 116 escaños de 1931 a sólo 58[71].

Los republicanos de izquierda quedaron prácticamente borrados del mapa electoral y los socialistas consiguieron muchos menos diputados de lo que parecía justificar la votación que obtuvieron. Sus 1 627 472 votos les dieron 58 diputados, mientras que 806 340 votos dieron a los radicales 104[72]. Aunque esto se debía en parte a que los socialistas no habían utilizado bien un sistema electoral que habían ayudado a elaborar, lo tomaron como una prueba más de la falsedad de la democracia burguesa. Por diversas razones, el partido socialista viró, ahora, espectacularmente hacia la izquierda. A la amargura por la escasez de reformas sociales entre 1931 y 1933 se agregaba el temor que la base socialista pudiera pasarse a la más militante CNT o al partido comunista, si su radicalización no encontraba eco en los elementos directivos del PSOE. Había, por encima de todo, la esperanza de que un revolucionarismo verbal asustara a la derecha y le hiciera moderar sus ataques a los progresos sociales que había hecho la República, o que, cuando menos, asustara al presidente y lo indujera a convocar nuevas elecciones. Este extremismo retórico sólo podía acelerar la polarización política puesta en movimiento por los distorsionados resultados electorales. Además, la radicalización del movimiento socialista fue hábilmente explotada por la derecha con el fin de permitir la sucesiva represión de las diversas partes del mismo, a lo largo de 1934. Se provocaron huelgas y más huelgas y se aniquiló un sindicato tras otro de la UGT[73]. Prieto se opuso a la línea revolucionaria, pero en obediencia a su inquebrantable lealtad al PSOE, que siempre guiaba su conducta, cumplió con su papel mejor que muchos de los supuestos revolucionarios. Llegó incluso a comprar un cargamento de armas y a verse envuelto en la arriesgada aventura de hacerlo desembarcar en las costas asturianas[74].

Mientras Prieto trazaba planes para un gobierno de después de la revolución y hacía arreglos para la compra de armas, Azaña se había encargado de la tarea de reconstruir la coalición republicano-socialista. Años más tarde, hablando en el Círculo Pablo Iglesias de México, Prieto hizo una devastadora autocrítica:

> Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera, de mi participación en aquel movimiento revolucionario [de octubre de 1934]. Lo declaro como culpa, como pecado, no como gloria. Estoy exento de responsabilidad en la génesis de aquel movimiento, pero la tengo plena en su preparación y desarrollo […]. Acepté misiones que rehuyeron otros porque tras ellas asomaba no sólo el riesgo de perder la libertad, sino el más doloroso de perder la honra. Sin embargo, las asumí […]. Colaboré en ese movimiento con el alma, acepté las misiones a que antes aludí y me encontré, ¡hora es ya de confesarlo!, violentamente ultrajado.

Parecía como si lo paralizara el sentido de la disciplina de partido. Cuando Azaña se encontró con él en Barcelona a finales de septiembre de 1934 y le reprochó la renuencia de los socialistas a establecer una alianza con los republicanos, «Prieto guardó durante toda la discusión un silencio de piedra. Probablemente, todas nuestras palabras le parecían ociosas y quizá no le faltase razón. Creía yo saber que Prieto tampoco aprobaba los propósitos de insurrección armada, pero entraba en ellos por fatalismo, por creerlos incontenibles, por disciplina de partido». Años después, Trifón Gómez explicó a Azaña que «cuando por influjo de Caballero progresaba el desatino de la insurrección armada, Prieto, en algunas reuniones de la Ejecutiva, se desesperaba, y hasta lloraba. Quería ahogar a Caballero. Besteiro le contestaba: "No hay que ponerse así, ni tomarlo de ese modo. No hay más que resistirle."[75]».

Pero Prieto no le resistió. Se deshinchó el globo de los caballeristas y el gobierno reprimió brutalmente su movimiento revolucionario de octubre de 1934[76]. Este movimiento perjudicó gravemente al movimiento socialista. Aunque dijeran que la insurrección había sido una «victoria objetiva», constituyó una terrible derrota inmediata. Muchos destacados socialistas estaban en prisión o en el exilio, sobre todo en Francia o Rusia. Prieto se ocultó en el apartamento de la familia de un amigo, conocida por su catolicismo; luego consiguió escabullirse de Madrid por un medio asombroso dada su corpulencia: en el maletero de un Renault que pasó los controles policiales conducido por el agregado aéreo de España en Italia, Ignacio Hidalgo de Cisneros. Lerroux le dijo a Alcalá Zamora que estaba enterado del lugar donde se ocultaba Prieto y de su plan de fuga, pero que decidió ignorarlos[77].

Finalmente, los trágicos acontecimientos de octubre en Asturias galvanizaron a Prieto, que se unió a Azaña en busca de la manera de volver a formar la gran coalición electoral de 1931. El impacto de Asturias en el PSOE y la UGT fue catastrófico: encarcelamiento y tortura para muchos militantes, exilio para otros, clausura de Casas del Pueblo, acoso a los sindicatos y la prensa socialista silenciada. Las alas prietistas y caballeristas sacaron de los acontecimientos conclusiones enteramente distintas. Caballero, aconsejado por miembros de las radicalizadas Juventudes Socialistas, con los que estaba encarcelado, y varios de los cuales, entre ellos Santiago Carrillo y Amaro del Rosal, acabaron ingresando en el partido comunista, llegó a la conclusión de que debía adoptarse una línea todavía más revolucionaria. Prieto argumentaba, más racionalmente, que lo primero era reconquistar el poder para poner fin a los sufrimientos que infligía a la clase obrera la coalición de radicales y CEDA. Prieto pudo adoptar esta posición con una gran credibilidad porque, en tanto que el movimiento revolucionario había sido un fiasco en zonas controladas por los caballeristas, hubo una acción eficaz de los trabajadores justamente en las zonas dominadas por los prietistas —Asturias y el País Vasco—. Además, como para defenderse de la persecución de las derechas, los bolchevizantes negaban, no sin razón, toda participación en los acontecimientos de octubre, entregaron virtualmente a Prieto la herencia de octubre.

A lo largo de 1935, don Inda empleó esta herencia para conseguir un abrumador apoyo obrero a las iniciativas que tomaba Azaña, cuya campaña de «discursos en campo abierto» llevó a cientos de miles de españoles la idea de un renacimiento de la coalición republicano-socialista; al mismo tiempo, demostraba al ala izquierda del PSOE el enorme apoyo popular que existía para un acuerdo electoral. Desde el exilio, Prieto se ocupó de la tarea, igualmente importante, de ensanchar las zonas de coincidencia entre los republicanos y los socialistas moderados, y de neutralizar el extremismo retórico de los caballeristas. Esto determinó que Prieto fuese el blanco de la virulenta crítica de los bolchevizantes. Sin embargo, pese a los insultos a que se vio sujeto por parte de gentes relativamente recién llegadas a su

partido, continuó trabajando sin vacilar por la reconstrucción de la coalición electoral.

Después de lo de Asturias, en el PSOE existía una intensa agitación en torno a la táctica electoral que debía adoptarse. Las primeras iniciativas procedieron de Prieto. Desde finales de 1934 había mantenido correspondencia con Azaña sobre esta cuestión. Compartía sus ideas el vicesecretario del PSOE Juan Simeón Vidarte, que a mediados de marzo de 1935 visitó la cárcel Modelo madrileña para exponerlas a Largo Caballero. Éste se mostró hostil hasta a la idea de una coalición, pero autorizó a Vidarte a que pidiera a Prieto una exposición más extensa de sus ideas. Prieto, en consecuencia, escribió desde París una larga carta, fechada el 23 de marzo de 1935, que debería servir como memorándum sometido a la discusión de la ejecutiva del PSOE. Se esforzó en señalar que la idea de un bloqueo obrero, defendida por Largo Caballero, conduciría casi inevitablemente a una repetición de la derrota electoral de noviembre de 1933. Prieto defendía, en cambio, una alianza circunstancial que debería extenderse a la derecha y a la izquierda del PSOE. Para Prieto, la cuestión clave residía en asegurar una votación que pusiera fin a los abusos cometidos por la coalición de la CEDA y los radicales, cosa que no era probable que se consiguiera con una alianza exclusivamente proletaria. De hecho, no había garantía alguna de unidad obrera, dada la suspicacia con que los anarcosindicalistas veían lo que consideraban imperialismo socialista. Prieto señalaba, proféticamente, que enganchar al carro del PSOE los caballos del PCE y de la CNT sería peligroso. Basándose en la carta de Prieto, Vidarte redactó una circular que se distribuyó ampliamente dentro del movimiento socialista y que, tras un debate intenso, reveló una considerable mayoría de los militantes favorables a una acción concreta para poner fin al poder de Lerroux y Gil-Robles[78].

El 31 de marzo de 1935 Prieto había recibido una carta de Ramón González Peña, héroe del movimiento de Asturias, en apoyo de su posición[79]. Seguro de que contaba con el apoyo de importantes sectores del partido, Prieto publicó el 14 de abril de 1935 un artículo en el diario bilbaíno *El Liberal* pidiendo la colaboración socialista con el frente amplio

republicano que Azaña estaba forjando. Su argumentación era abrumadora: otra victoria electoral de GilRobles significaría el fin de la democracia en España. Aunque esto impresionaba a los militantes, que sufrían la brutalidad de la vida cotidiana bajo la coalición CEDA-radicales, enfureció a los bolchevizantes jóvenes socialistas. Carlos Hernández Zancajo, Santiago Carrillo y Amaro del Rosal atacaron a Prieto en un folleto titulado *Octubre-segunda etapa*, publicado en abril, y lo mismo hizo Carlos de Baraibar con su libro *Las falsas «posiciones socialistas» de Indalecio Prieto*, que era una réplica a un folleto publicado por Prieto titulado *Del momento: posiciones socialistas*, en el que se reunían cinco de sus artículos, aparecidos antes en *El Liberal* de Bilbao, *La Libertad* de Madrid y otros periódicos republicanos provinciales. Los cinco artículos constituían una razonada defensa de la necesidad de una alianza electoral. Su folleto tuvo una difusión y una influencia mayores que la polémica más bien insustancial de Baraibar. A los ojos de los caballeristas, Prieto se esforzaba en salvar una democracia burguesa condenada. Les enfurecían —y especialmente a Largo Caballero— su gracia, su aire de *bon vivant* y su rechazo del marxismo[80]. Largo Caballero escribió más tarde que «para mí, Indalecio Prieto nunca ha sido socialista, hablando con toda propiedad, ni por sus ideas ni por sus actos[81]». Prieto comprendía por qué ellos se sentían defraudados por la República, pero él tenía una visión más realista de la verdadera relación de fuerzas en España. El poderío de la oligarquía era tal que las amenazas de revolución aparecían como utópicas. Por este motivo, para Prieto era esencial, en la desigual lucha entre la oligarquía y los trabajadores, que éstos tuvieran de su lado, cuando menos, el aparato del Estado. Las medidas represivas del gobierno CEDA-radicales habían determinado que la retórica revolucionaria de los caballeristas encontrara eco entre los militantes. Pero, más aún, el recuerdo del octubre asturiano, la continua reclusión de miles de presos políticos y el deseo de echar a Gil-Robles y Lerroux aseguraban una acogida masiva del llamamiento de Prieto en favor de la unidad y de un regreso a la República progresista del período 1931-1933.

Mientras Prieto seguía en exilio, la tarea de llevar a las masas este llamamiento la cumplió con éxito Azaña. Las polémicas teóricas de la izquierda tenían escaso impacto en la opinión de las bases, y Prieto continuó trabajando por una alianza; así, se encontró con Azaña en Bélgica, a mediados de septiembre, para discutir el programa de la coalición que proyectaban. Finalmente, empujados por las pruebas del apoyo popular que concitaba Azaña y por la presión de sus aliados comunistas, los caballeristas aceptaron en noviembre de 1935 el punto de vista de Prieto. Quedaba por librar un agrio combate en torno al programa del Frente Popular, pero la victoria más importante fue de Prieto. Era uno más de sus servicios al PSOE y la democracia española, a costa tanto de grandes sacrificios personales como de un ahínco excepcional.

Pronto se dio cuenta Prieto de que una alianza heterogénea de reformistas y revolucionarios tenía que provocar problemas. A los dos meses del éxito electoral del Frente Popular, en febrero de 1936, le dijo a Juan Simeón Vidarte que «ese Frente Popular es una entelequia que ya se debía haber disuelto[82]». A comienzos de la primavera de 1936 se produjo un desorden generalizado cuando las expresiones de alegría popular por la victoria electoral se convertían a menudo en manifestaciones de venganza por los sufrimientos soportados durante el «bienio negro», con esporádicos incendios de iglesias y ocupaciones de tierras. Al mismo tiempo, había una orquestada oleada de violencia por parte de la derecha, que se proponía provocar represalias de la izquierda. En marzo, Prieto trabajó con energía y sentido común como presidente del comité establecido para comprobar la validez de las elecciones de febrero. Deseoso de asegurar que la derecha estuviera bien representada en las Cortes, dirigió la labor del comité con ecuanimidad y hasta cerró los ojos a abusos del sistema perpetrados por la derecha. Prieto acabó dimitiendo de este comité, en parte porque consideraba que hubiese sido políticamente más prudente no continuar con la expulsión de figuras consagradas de la derecha, por justificada que estuviera, pues estimaba que era menos peligroso tenerlas en el parlamento que conspirando fuera de él. Resentía también la presión de Alcalá Zamora para que aprobara la turbia elección de uno de sus amigos en Pontevedra, y

la de Azaña para que no examinara la corrupción en La Coruña, lo cual habría puesto en peligro la elección de su ministro de Obras Públicas, Santiago Casares Quiroga[83].

En abril de 1936, preocupado como siempre por fortalecer la República, Prieto colaboró con Azaña para provocar la destitución de Alcalá Zamora de la presidencia. Ambos advertían que el presidente era hostil al Frente Popular y que había un buen pretexto por haber disuelto el parlamento por segunda vez durante su mandato. El 7 de abril, Alcalá Zamora sufrió una humillante derrota, cuando Prieto planteó la cuestión de la validez de su disolución de las Cortes anteriores. Fue una acción muy dramática emprendida con la vana esperanza de salvar la República[84]. Convencido de que Azaña era el único sustituto plausible —convicción compartida por Azaña—, Prieto puso toda su influencia al servicio de esta candidatura. La pérdida de Azaña como enérgico primer ministro sólo podría justificarse si su puesto era ocupado por Prieto. Aunque no podía haber garantía de éxito, la última posibilidad de supervivencia de la República era que Azaña, como presidente eficaz, trabajara en equipo con Prieto. Juntos podrían haber mantenido un ritmo de reformas capaz de satisfacer a la izquierda y, al mismo tiempo, desbaratar la conspiración militar, las provocaciones fascistas y las consiguientes represalias de la izquierda. Prieto apostaba a que podría hacer todo esto, a pesar de darse cuenta de que, por razones personales e ideológicas, Largo Caballero haría todo lo posible para impedirlo[85].

El primero de mayo, en un discurso pronunciado en Cuenca, donde había una segunda vuelta de las elecciones, presentó, de hecho, su candidatura a primer ministro. Fue allí «bajo la preocupación del inmediato estallido fascista que ya venía anunciando sin otro resultado que cosechar diatribas y desdenes. Según el recelo aldeano de muchos, una mezquina ambición me inspiraba tan porfiadísimos augurios». Cuando llegó a Cuenca, todavía el viento agitaba las cenizas del incendio del casino de derechas. Le acompañaba un grupo de guardaespaldas de fieles jóvenes socialistas, a los que llamaban «la Motorizada». Hablando del peligro de un alzamiento militar, señaló proféticamente al general Franco, que había

retirado su candidatura por Cuenca, como su jefe probable. Comentando la acusación derechista de que el Frente Popular era la «antipatria», hizo una apasionada declaración que podría servirle de epitafio: «Me siento cada vez más profundamente español. Siento a España dentro de mi corazón, y la llevo hasta el tuétano mismo de mis huesos. Todas mis luchas, todos mis entusiasmos, todas mis energías, derrochadas con una prodigalidad que quebrantó mi salud, los he consagrado a España». Expuso un plan de gobierno que era una extensión de su labor en el Ministerio de Obras Públicas, un plan «para la conquista interior de España», para la justicia social basada en un bien planeado crecimiento económico. Denunció las provocaciones de la derecha y el desorden de la izquierda: «Lo que no soporta una nación es el desgaste de su poder público y de su propia vitalidad económica, manteniendo el desasosiego, la zozobra y la intranquilidad.»[86] Sus palabras le valieron el elogio de muchos políticos, desde Juan Negrín, de la derecha de su propio partido, hasta José Antonio Primo de Rivera[87].

Muchos estaban convencidos de que una fuerte combinación de un enérgico presidente de la República y un igualmente enérgico primer ministro era la única manera de defender la República frente a la subversión militar. Según Miguel Maura, «existía un solemne compromiso, contraído por los principales hombres del régimen con Azaña la antevíspera de su elección presidencial, para que fuese en el camino a emprender al tiempo de inaugurar sus funciones de presidente[88] Azaña afirmó más tarde que esto era lo que había planeado[89]». Más adelante, Prieto dudó de que así fuera[90]. Cualesquiera que fuesen sus intenciones reales, el 11 de mayo Azaña, recién elegido, dijo a Prieto que iba a pedirle que formara gobierno. Prieto cometió entonces, y por dos veces, el error táctico de consultar a la minoría parlamentaria, que presidía Largo Caballero. La noche del 11 de mayo presentó en términos generales la cuestión de una posible participación socialista en un gobierno de amplia coalición, y el grupo reafirmó el compromiso de Largo Caballero con un gobierno enteramente republicano. El 12 de mayo, cuando Prieto se presentó de nuevo, con el encargo de Azaña de formar gobierno, Largo Caballero y sus partidarios se

opusieron, decididos a que no diera nueva vida a un moribundo Frente Popular. Prieto capituló en silencio. No utilizó ninguno de los argumentos que habría podido presentar en favor de un gobierno fuerte, de ancha base, y los diputados que lo apoyaban, callaron. Prieto podría haber formado gobierno a pesar de la oposición de Largo Caballero empleando el apoyo parlamentario de los partidos republicanos y aproximadamente de un tercio de los diputados socialistas. Pero no estaba dispuesto ni a escindir el PSOE ni a pedir apoyo parlamentario a la derecha. Cuando Vidarte le ofreció mediar ante Largo Caballero, Prieto, lívido, exclamó: «¡Que se vaya Caballero a la mierda!»[91]

Un año después, Vidarte le dijo a Azaña: «La Ejecutiva estaba segura de que si Prieto hubiese aceptado, respaldado por nosotros y por el Comité Nacional, y convocado el congreso del partido, éste hubiera aprobado nuestra gestión. Él no lo entendía así, quería contar con el decidido apoyo de la minoría socialista». Según Vidarte, Azaña comentó entonces: «Yo siempre creí que le había faltado valor para hacerse cargo del gobierno, ¡su pesimismo inveterado!»[92] Si en lugar de pedir el permiso del grupo parlamentario socialista, donde sabía que estaba la minoría, hubiese aceptado el encargo de Azaña, habría correspondido a los caballeristas bloquear la formación de un gobierno que sin duda habría tenido considerable apoyo popular. En el largo camino hacia la guerra civil, el que no se formase un gobierno Prieto fue probablemente el momento decisivo. Trágicamente, a Prieto le corresponde cierta responsabilidad por no decidirse a enfrentarse a Largo Caballero. Una combinación de su pesimismo depresivo y de su ciega lealtad a la disciplina del partido lo hundió. A fin de cuentas, antes de ayudar a destituir a Alcalá Zamora de la presidencia y de aceptar la propuesta de Azaña de formar gobierno, sabía que Largo Caballero se le opondría. Si no estaba seguro de poder vencer esta oposición, mejor hubiese sido dejar a Azaña como presidente del Consejo de Ministros.

Al impedirse la formación de un gobierno encabezado por Prieto se destruyó, de hecho, la última posibilidad de evitar un alzamiento militar[93]. Prieto se daba cuenta, cosa que al parecer Largo Caballero no percibía, de

que las tentativas de cambio social revolucionario exasperarían a las clases medias y las empujarían hacia el fascismo y la contrarrevolución armada. Prieto estaba convencido de que precisaba restaurar el orden y acelerar las reformas. Tenía planes para destituir a jefes militares que no eran dignos de confianza, reducir el poder de la Guardia Civil y desarmar las escuadras fascistas. Deseaba también iniciar obras públicas en gran escala, planes de irrigación y vivienda, y acelerar la reforma agraria. Era un proyecto que, aplicado con energía y tenacidad, hubiese podido impedir la guerra civil[94]. Pero Largo Caballero hizo que no se pudiera llevar a la práctica la visión de Prieto. Que el partido más fuerte del Frente Popular fuese incapaz de participar activamente en el empleo del aparato del Estado para defender la República resultó más trágico todavía a la luz de la ineficacia de Casares Quiroga, el nuevo primer ministro, que no estaba a la altura de los problemas que debía resolver. Prieto escribió más tarde: «Mi misión, pues, se reducía a avisar constantemente el peligro, a vocearlo y a procurar que en nuestro campo obcecaciones ingenuas, propias de un lamentable infantilismo revolucionario, no siguieran creando ambiente propicio al fascismo, que era la única utilidad de desmanes absurdos». Caballero estaba seguro de que el alzamiento, aunque inevitable, sería fácilmente aplastado por la izquierda. Uno de sus partidarios le dijo a Vidarte: «Todo esto de una posible sublevación militar no es más que un chantaje de Prieto para vencer la resistencia de Caballero a que él forme gobierno». Casares, al parecer, todavía se daba menos cuenta de la gravedad de la situación, pues descartaba irritado los frecuentes avisos de Prieto sobre las posibles conjuras militares. En una ocasión, a finales de mayo, despidió a Prieto con este comentario despectivo: «Mire, Prieto, si usted no pudo o no quiso gobernar, tenga al menos la consideración de dejarnos gobernar a los demás. No estoy dispuesto a que nadie me marque los pasos a seguir. Si no están conformes con mi política, derríbenme ahí dentro [en el hemiciclo], pero no estoy dispuesto a soportar las exaltaciones de su menopausia.»[95]

En los dos meses anteriores al comienzo de la guerra civil, las actividades revolucionarias del ala caballerista del PSOE no fueron más allá de una espera pasiva de lo que se creía que sería el agotamiento inevitable

del gobierno republicano. Sin embargo, su retórica revolucionaria intensificó los temores de las clases medias. El deterioro de la situación política indujo a muchos socialistas a considerar que el moderado realismo de Prieto era más sensato que las utopías de Largo Caballero. A finales de mayo, Prieto se sintió dispuesto a tomar la iniciativa en el PSOE, lo que se expresó en una agria campaña para la renovación de la ejecutiva del mismo[96]. El 31 de mayo, en un mitin en Écija, Sevilla, los jóvenes caballeristas recibieron a botellazos, pedradas y tiros a Prieto y a otros candidatos; sólo la rápida intervención de su amigo el doctor Juan Negrín, que llevaba pistola, y de la Motorizada logró que salieran ilesos[97]. En la lucha en la ejecutiva, la candidatura prietista se proclamó vencedora, aunque el comienzo de la guerra civil acalló la batalla verbal que siguió. El desquite de Prieto frente a Largo Caballero tardaría diez meses más en tener lugar. Que la cuestión le atosigaba se puede ver en un artículo publicado el 16 de junio de 1936 en el cual escribió: «Me ha tocado una ración de sapos vivos muy copiosa. Es el asco lo que me vence. Mi capacidad de repugnancia está desbordada.»[98] Entretanto, durante julio Prieto repitió en *El Liberal* las advertencias que Casares había ignorado[99]. Unos días antes del alzamiento militar, recibió —como la recibieron Alcalá Zamora y Lerroux—, la información de que éste era inminente y debía abandonar España. El ex presidente y el jefe radical pasaron rápidamente la frontera. Cuando asesinaron a Calvo Sotelo el 13 de julio, Prieto estaba en Pedernales, cerca de Bilbao. Pudo recoger a su familia y marcharse a Francia en unas pocas horas, pero regresó a Madrid para ayudar a defender la República. Una vez en la capital, se asombró al comprobar que Casares todavía se negaba a creer que la sublevación de Marruecos era parte de una conjura más amplia[100].

Cuando estalló la guerra, el Estado republicano se hundió. La convicción de Largo Caballero de que una rebelión militar sería aplastada por la revolución obrera resultó acertada solamente en parte. La sublevación militar no fue vencida en la mitad de España, pero, dentro de la zona republicana, las funciones principales del gobierno —producción, abastecimiento, seguridad, defensa, comunicaciones y transporte—

cayeron, al menos por un tiempo, en manos de los sindicatos. La indecisión de los republicanos en las primeras 36 horas de la rebelión fueron otra ocasión perdida de que Prieto fuera primer ministro. A lo primero supuso que el error de mayo se remediaría de un momento a otro. Sin embargo, la revolución popular hizo imposible que Prieto encabezara una coalición moderada de republicanos y socialistas[101]. En consecuencia, con un generoso celo, Prieto fue de hecho primer ministro en la sombra cuando en apariencia era sólo un asesor del gobierno republicano de José Giral, del 20 de julio al 4 de septiembre. En un amplio despacho del Ministerio de Marina, se sobrepuso a su propio pesimismo y a su desprecio por la impotencia del gobierno de Giral y trabajó sin cesar para imponer orden y dirección al gobierno[102].

El socialista exiliado italiano Pietro Nenni escribió a mediados de agosto:

> Desde hace unos días observo a Indalecio Prieto. Más que un hombre, se diría que es una prodigiosa máquina de trabajar. Piensa cien cosas a la vez. Sabe todo, lo ve todo. En el espacio de algunos minutos, recibe un grupo de socialistas, corre veinte veces al teléfono […]. Belarmino Tomás se lo lleva aparte para hablarle de dinamita, municiones y cañones. El profesor Negrín lo toma del brazo para informarle de los últimos pasos de una importante cuestión diplomática. En mangas de camisa, sudando y resoplando, Indalecio va del uno al otro, da órdenes, firma papeles, toma notas, grita por teléfono, riñe al uno y sonríe al otro. No es nada; no es ministro; solamente es diputado de un parlamento en vacaciones. Y sin embargo lo es todo: el animador y el coordinador de la acción gubernamental[103].

Aunque su incansable trabajo compensaba su pesimismo, creaba una depresión contagiosa hasta entre sus más próximos colaboradores. Ramón Lamoneda, secretario general de la ejecutiva socialista, escribió que «los miembros de la ejecutiva que lo visitábamos todas las tardes en Marina durante los primeros meses de guerra tuvimos que dejar de ir por miedo a morir de pesimismo y porque salíamos de allí aplanados: no daba por la resistencia una perra chica, y duró tres años. Eso sí: trabajaba en lo material como un burro, y en lo intelectual como un hombre inteligentísimo[104]».

A finales de agosto, con las columnas de Franco avanzando rápidamente hacia el norte y el este, por Talavera de la Reina, y las de Mola a punto de

capturar Irún, Giral se convenció de que era esencial cambiar su gobierno por uno de base más amplia. Largo Caballero pidió, como precio por su colaboración, la jefatura del Gobierno y el Ministerio de la Guerra. El 26 de agosto, el periodista soviético Mijaíl Koltsov entrevistó a Prieto, que le habló francamente de sus sentimientos para con su rival: «Nuestras divergencias políticas constituyen el meollo de la lucha en el Partido Socialista de los últimos años. Y, a pesar de todo, por lo menos hoy, es el único hombre, mejor dicho, es el único nombre apropiado para encabezar un nuevo gobierno. Yo estoy dispuesto a formar parte de dicho gobierno, ocupar en él cualquier puesto y trabajar, a las órdenes de Caballero, en lo que sea. Otra salida no existe para España, ni existe tampoco para mí, si hoy quiero ser útil al país.»[105]

Prieto le había dicho a Azaña que Largo Caballero era el único primer ministro con probabilidades de incorporar a la anarcosindicalista CNT a un esfuerzo de guerra unificado. Con el tiempo, Caballero llegó a aceptar la conclusión de Prieto con respecto a que la supervivencia de la República exigía un gobierno sostenido a la vez por ambas centrales sindicales y por los republicanos burgueses[106]. El 4 de septiembre, se formó un gobierno verdaderamente de Frente Popular, bajo la presidencia de Largo Caballero, que se encargó del Ministerio de la Guerra, y Prieto en Marina y Aire. A diferencia de lo que tan escrupulosamente hizo Prieto en mayo, Largo Caballero no pidió la aprobación de la ejecutiva del partido ni del grupo parlamentario socialista. Prieto se sobrepuso a sus dudas acerca de Largo Caballero y se tragó la decepción de que se le privara de la dirección directa del esfuerzo de guerra, y dijo a la ejecutiva que «no es hora de regateos ni de mezquindades, sino una gravísima responsabilidad, y no es que yo la rehuyera aceptando la cartera de Guerra, es que Largo Caballero insiste, y yo lo considero lógico, en ser él, puesto que acepta la presidencia, quien asuma la responsabilidad de la orientación que se dé a dicho ministerio». Por cuenta de la ejecutiva del PSOE, Prieto escogió a dos ministros para el nuevo gobierno: el doctor Juan Negrín como ministro de Hacienda, y Anastasio de Gracia en la cartera de Industria y Comercio[107].

Pese a sus reservas acerca de la bancarrota política de los caballeristas, Prieto esperaba que Largo Caballero, con su reputación, nada merecida, de «Lenin español», serviría para contener la revolución. De hecho, Largo Caballero tuvo que reconocer pronto que para mejorar la situación económica y militar de la República, las milicias obreras y las colectivizaciones debían colocarse bajo un control central. Aunque de inclinación anticomunista, Prieto comprendió, a diferencia de Largo Caballero, la importancia que tenía la colaboración con el PCE. Advirtió que el aislamiento internacional de la República exigía relaciones cordiales con la Unión Soviética y, por lo tanto, con el partido comunista, que era el canal por el que se distribuiría la ayuda soviética. También estaba de acuerdo, como Azaña, con la afirmación comunista de que lo primero era ganar la guerra y, con este fin, era necesario acabar con la revolución popular. Esto indicaba su hostilidad hacia los anarquistas y también hacia la izquierda del PSOE. Para los comunistas, el aplastamiento de la revolución estaba estrechamente relacionado con las necesidades de la Unión Soviética, cuyo objetivo de una alianza con las democracias occidentales se veía amenazado por su relación con una España revolucionaria. Prieto llegó a considerar, brevemente, que sería conveniente realizar el sacrificio de fusionar el PSOE y el PCE[108]. En todo caso, le impresionó la competencia, la disciplina y la eficiencia de los comunistas en comparación con los anarquistas y otros revolucionarios. De hecho, el gobierno de Largo Caballero consiguió reafirmar algo el poder del Estado central. En términos de esfuerzo de guerra, sin embargo, se mostraba ineficaz, dividido y torpe. Por pesimismo o por disciplina de partido, Prieto no hizo nada para oponerse a Largo Caballero y se limitó a dirigir su ministerio. Le amargó mucho no poder proporcionar la aviación necesaria para contrarrestar la amenaza franquista al País Vasco y Asturias[109]. Al llegar la primavera de 1937, él y los comunistas participaban en la convicción de que había que sustituir a Largo Caballero[110].

Las vacilaciones de éste, durante los enfrentamientos entre anarcosindicalistas y comunistas, que tuvieron lugar en mayo de 1937 en Barcelona, condujeron a la crisis del gobierno que decidió la suerte de éste.

Prieto colaboró en el proceso mediante el cual Largo Caballero fue descartado por los comunistas y no derramó ni una lágrima cuando lo sustituyeron, el 17 de mayo, por Juan Negrín[111]. Cuando Azaña pidió a la ejecutiva del PSOE que propusiera un nuevo primer ministro, esperaba que Prieto fuese el designado. Los colegas de Prieto en la ejecutiva deseaban unánimemente dar su nombre, pero él se negó categóricamente, alegando que no agradaba ni a caballeristas ni a comunistas ni a anarcosindicalistas. Prefirió quedar en la sombra y hacerse cargo de la dirección de la guerra en un nuevo Ministerio de Defensa Nacional, creado tras la fusión de los dos ministerios cruciales de Guerra y de Marina y Aire[112]. A Azaña no le desagradó tener que invitar a Negrín a formar gobierno: «El público esperaría que fuese Prieto. Pero estaba Prieto mejor al frente de los ministerios militares reunidos, para los que, fuera de él, no había candidato posible. Y en la presidencia, los altibajos del humor de Prieto, sus "repentes", podían ser un inconveniente.»[113]

El nuevo gobierno parecía en todos los aspectos, salvo en el nombre, ser de Prieto. El importante Ministerio de la Gobernación fue ocupado por un prietista, Julián Zugazagoitia. En la primera reunión de gabinete, Negrín pidió a Prieto que se dirigiera por radio al pueblo, pero éste se negó «porque, necesitándose para ello fe en la victoria y no teniéndola yo, cualquiera podía dirigir la palabra al pueblo español en mejores condiciones[114]». Desde el comienzo, Prieto se enfrentó a dificultades. Largo Caballero se negó a traspasarle formalmente el ministerio y a ponerle al corriente de los problemas del momento. Pese a su pesimismo, Prieto explotó a fondo sus propias reservas de energía. Para contener el avance franquista sobre Bilbao, lanzó un ataque de diversión contra Segovia y hasta sugirió, como represalia por el cañoneo de Almería por el buque de guerra alemán *Deutschland*, que se realizara un bombardeo contra la flota alemana en el Mediterráneo, con la esperanza de provocar un incidente internacional y lograr la consiguiente mediación. Sus alarmados colegas desecharon esta idea[115]. Su energía resultó inútil, pues a las dos semanas de ocupar el ministerio tuvo que ver la caída del País Vasco. Estaba inconsolable y dijo a Zugazagoitia que «he tenido unas horas tan amargas y

he medido tan severamente la que juzgo mi responsabilidad que, aparte de haber mandado al jefe del Gobierno una carta con mi dimisión, pensé en el suicidio. Esta idea llegó a obsesionarme y tuve la pistola a punto». Negrín rechazó su dimisión[116].

En esta coyuntura, Prieto informó a Azaña que lo mejor que podía esperarse para la República era que los franquistas consagraran todas sus energías a terminar la conquista del Norte en lugar de lanzar un ataque por Aragón, territorio que consideraba «totalmente desorganizado y mal guarnecido» a pesar de la considerable cantidad de armas allí enviadas[117]. Con la esperanza de frenar el avance nacionalista en el Norte, puso a Vicente Rojo al frente del Estado Mayor. Con Rojo, Prieto lanzó tres de las operaciones de mayor éxito llevadas a cabo por la acosada República: las ofensivas de diversión de Brunete en julio de 1937, de Belchite en agosto de 1937 y de Teruel en diciembre de 1937.

Mientras examinaba con Azaña los planes de la ofensiva de Brunete, le dijo que el Ejército Republicano del Centro era el que proporcionaba la mayor esperanza de éxito. El presidente le preguntó qué sucedería si, en caso de que las cosas fuesen mal, llegara a la conclusión de que la guerra estaba perdida. Prieto contestó: «No hay más que aguantar hasta que esto se haga cachos. O hasta que nos demos de trastazos unos con otros, que es como yo he creído siempre que concluirá esto». Reforzado así el pesimismo mutuo, Prieto se marchó «con su andar indeciso y balanceante de miope y de obeso[118]». A pesar de su falta de esperanza, Prieto se consagró a supervisar personalmente los detalles de la operación de Brunete, que se inició el 6 de julio[119]. El ataque, con más de ochenta mil soldados, contra los asediantes nacionales de la capital, consiguió un efecto inicial de sorpresa, pero reveló las deficiencias de los jóvenes oficiales de la República. Como Rojo había esperado, Franco, decidido como siempre a no ceder ni un palmo de territorio, detuvo su campaña del Norte. Envió a Madrid dos brigadas navarras, la Legión Cóndor y la Aviazione Legionaria Italiana, para meter en la cabeza de la España republicana el mensaje de que era invencible. El 18 de julio, la batalla empezaba a ser favorable a los nacionales gracias, sobre todo, al apoyo aéreo alemán[120]. Prieto se sentía

muy pesimista debido a la escasez de oficiales adiestrados, de aviación y de aviadores. El 26 de julio, los nacionales volvieron a capturar Brunete[121].

Durante el resto del verano, Prieto se vio acongojado por la caída de Santander y, en el otoño, Asturias. En cierto modo, se consideraba culpable de cada derrota, y volvió a ofrecer su dimisión a Negrín, que éste volvió a rechazar[122] De los frentes recibía una serie interminable de noticias deprimentes sobre la moral baja y la falta de armamento[123].. Para aliviar la presión en el Norte, planeó con Rojo otro ataque de diversión. El 24 de agosto de 1937, con Santander ya en situación desesperada, se lanzó una ofensiva desde Cataluña hacia el oeste, con el fin de cercar a Zaragoza. Se trataba de ganar tiempo para la defensa de Asturias. El feroz ataque republicano se concentró en la pequeña ciudad fortificada de Belchite, al sudoeste de Zaragoza. Pero esta vez Franco no mordió el anzuelo, como en Brunete, y no retrasó el ataque a Asturias. Aunque envió algunos refuerzos, cedió terreno que era de poco valor estratégico. Para desesperación de Prieto, el avance republicano, como en otras ocasiones, fue inicialmente un éxito, pero tras el agotador esfuerzo de Brunete, no estuvo suficientemente apoyado por reservas y se desintegró frente a una firme defensa por parte de los nacionales. El 6 de septiembre, cayó Belchite, pero Franco vio que el amplio ataque estratégico contra Zaragoza había fracasado[124]. La sangría de Belchite no salvó a Santander, que cayó el 26 de agosto. Como hizo cuando fracasó el avance ante Brunete, Prieto se quejó de la falta de rapidez, precisión y capacidad de improvisación, cosas que atribuía a la baja calidad del cuerpo de oficiales. Tras recibir informes sobre motines y negativas a luchar entre los reclutas republicanos, dijo a Azaña que no veía de qué modo la República podría resistir otro ataque de la envergadura del que habían sufrido las provincias del Norte[125].

En el invierno de 1937, con Largo Caballero fuera de la escena, comenzó a deteriorarse el matrimonio de conveniencia entre Prieto y los comunistas. Los había unido su oposición al revolucionarismo de Caballero y de los anarquistas, y cada uno había visto en el otro el medio de alcanzar sus propios fines. Prieto siempre había sido suspicaz ante los comunistas, pero les permitió colocar a su gente en los puestos clave del Ministerio de

Defensa y en el de Gobernación. Ahora, para reducir su influencia, emprendió una profunda reforma del Ejército Popular, tratando de despolitizarlo y de reafirmar el papel de los oficiales profesionales. Como esto implicaba la eliminación de los comisarios políticos comunistas, era segura su enemistad. Al cabo de un mes de encargarse del Ministerio de Defensa dijo a Azaña que la política de los comunistas «consiste en apoderarse de todos los resortes del Estado. El decreto que he publicado, prohibiendo que se hagan afiliaciones políticas en el ejército, les habrá sabido a rejalgar». Resistió la presión comunista para que rescindiera su orden prohibiendo el proselitismo político en las unidades[126]. Le enfureció un discurso de Dolores Ibárruri en las Cortes, el 1 de octubre de 1937, que consideró un ataque a su actuación al frente del Ministerio de Defensa[127]. La caída de Asturias, el 21 de octubre de 1937, lo afectó profundamente. Pero siguió trabajando con porfía. Azaña escribió en su diario: «Prieto, delante de las gigantescas dificultades que debe afrontar, se ha crecido y engrandecido. Ahora se sostiene sobre el mejor fondo de su carácter. Es de los poquitos —me sobran dedos en una mano para contarlos— que valen hoy más que antes de la guerra.»[128]

A finales del otoño de 1937, Franco planeó completar el cerco de Madrid con un ejército de más de cien mil hombres, reunidos para un ataque cerca de Guadalajara y luego un avance hacia Alcalá de Henares[129]. Prieto había llegado a la conclusión de que el Ejército republicano poseía escasa capacidad ofensiva, pero ordenó a Vicente Rojo que preparara otra operación de diversión para el 15 de diciembre, con la esperanza de apartar a Franco de Madrid. Se dirigió contra Teruel, capital de la más pobre de las provincias aragonesas[130]. Una vez más, se consiguió una sorpresa completa. Los nacionales, cogidos desprevenidos, se encontraron con que la meteorología obligaba a su aviación a permanecer en tierra, lo que permitió a las fuerzas republicanas sacar provecho de su ventaja inicial y, durante la primera semana, cerrar una bolsa de un centenar de kilómetros cuadrados y, por primera vez, entrar en una capital de provincia en poder del enemigo[131]. Aunque Teruel tenía escasa importancia estratégica, Franco contraatacó y quiso aprovechar la ocasión

para destruir una fuerza republicana considerable[132]. Con gran satisfacción de Rojo, envió a Teruel fuerzas sacadas del frente de Madrid[133].

Durante el invierno de 1937-1938, Prieto se sobrepuso a su desesperación y trabajó febrilmente en el Ministerio de Defensa. Azaña escribió: «Prieto está grave y lacónico como nunca. Siente, mejor que ningún otro político —no en vano es el más sagaz—, la dificultad de la situación y las responsabilidades que tiene encima. Su caso es muy extraordinario. Su escepticismo radical, abrupto y desengañado, no le impide trabajar con ahínco ni cumplir con su deber tan bien o mejor que nadie.»[134] Su trabajo no era tan productivo como hubiese podido ser porque insistía en ocuparse de los menores detalles, hasta el punto de que examinaba personalmente los permisos a los periodistas para visitar los frentes. Su secretario, Cruz Salido, lo refería todo a Prieto[135]. Sin embargo, un Prieto inquieto llegaba a la misma convicción de Azaña: que todo estaba perdido y que era necesaria una paz negociada para evitar una pérdida sin sentido de más vidas. En mayo de 1937, se dirigió a Léon Blum pidiéndole que buscara la mediación de Estados Unidos[136]. Su mal estado de salud le indujo a decirle a Azaña que «en cuanto se acabe la guerra, de cualquier modo que sea, tengo resuelto, si salvo el pellejo, dar por terminada y liquidada mi vida política, para siempre. En el primer barco que salga para el país de habla española más lejano, tomaré pasaje[137]».

De hecho, su trabajo frenético constituía toda su vida, y cuando finalmente tuvo que abandonarlo, una gran amargura invadió sus días. Desde temprano en la mañana hasta muy entrada la noche, Prieto estaba en su despacho, pese a su mala salud. Zugazagoitia, que lo veía casi a diario en los primeros meses de 1938, escribió que «acudía frecuentemente a su despacho por un acto poco menos que desesperado de su fuerza de voluntad, y se mantenía en él, inmóvil en una butaca, arropado de mantas, combatiendo el frío con una estufa eléctrica y sofocando el padecimiento con inyecciones que le aplicaba el doctor Fraile». Dejaba de trabajar sólo cuando el dolor que le causaba su cardiopatía hacía imposible continuar. A veces, se animaría y asombraría a sus compañeros con su enorme conocimiento de la zarzuela. Después de la reconquista de Teruel por los

nacionalistas, el 22 de febrero de 1938, lo abrumó una negra desesperación. Las experiencias de Brunete, Belchite y Teruel, en las cuales un éxito inicial republicano fue contrarrestado eventualmente por fuerzas nacionales superiores, le confirmaron en su convicción de larga fecha de que la República no podía ganar la guerra. Pero su creencia de que la derrota estaba apenas a dos meses vista no alteraba su ritmo de trabajo[138].

El 16 de marzo de 1938, Azaña presidió, en el palacio de Pedralbes de Barcelona, el Consejo de Ministros; se proponía plantear la posibilidad de una paz mediada. Para oponerse a su propuesta, Negrín y los comunistas habían organizado una enorme manifestación en el parque delante del palacio, en favor de continuar la resistencia. Prieto estaba indignado, entre otras razones porque había oído gritos de «¡Abajo el ministro de Defensa!». Fue el comienzo de una ruptura irrevocable entre Prieto y su antiguo protegido[139]. La causa profunda de la ruptura era la relación cada vez más emponzoñada de Prieto con los comunistas. Habían utilizado la derrota de Teruel para presionarle con el fin de que dimitiera. Ocultándose tras un seudónimo, uno de sus colegas ministeriales, Jesús Hernández, ministro comunista de Instrucción Pública, lo atacó en dos artículos titulados «Pesimista impenitente» y «El silencionismo». La situación militar empeoraba día a día tras el hundimiento del frente de Aragón. Dos semanas después del enfrentamiento de Pedralbes, en otro Consejo de Ministros, el 29 de marzo, Prieto dijo sin empacho la evidente verdad de que el esfuerzo de guerra no podía mantenerse y que la ofensiva de Franco posterior a Teruel estaba a punto de llegar al Mediterráneo, con lo que cortaría en dos la zona republicana. Esta intervención, según Negrín, «desmoralizó por completo a nuestros colegas del gobierno, al estilizar los sucesos con tintes de sombría desesperación y presentarlos como fatales». Negrín era consciente de que necesitaba a Prieto en el gobierno, pero no en el Ministerio de Defensa, sobre todo una vez conocidos por los altos mandos sus puntos de vista derrotistas[140]. Le preocupaba que se generalizara el pesimismo de su amigo, pues «profesado solamente por él carecería de importancia, ya que sabe hacerlo compatible con un trabajo apasionado e infatigable». Prieto se daba cuenta de su propio pesimismo y le irritaba,

según dijo Lamoneda, «tanto como al jorobado le irrita su joroba», pero negaba que perjudicara su eficacia. Estaba dispuesto a ocupar el Ministerio de Hacienda, con el propósito de ir preparando un eventual exilio republicano. Esto era inaceptable para Negrín, para quien la misión primordial del ministerio consistía en encontrar fondos para la compra de armas. Tras un largo intercambio de puntos de vista, gracias a la mediación de Zugazagoitia, Negrín sugirió que Prieto se encargara del Ministerio de Fomento y Ferrocarriles. Prieto se sintió muy herido por lo que consideraba una degradación humillante y dimitió el 5 de abril de 1938, a pesar de que la ejecutiva del PSOE y una delegación de la CNT le pidieron que no lo hiciese. Cuando Negrín ocupó la cartera de Defensa, dijo a Prieto: «Quiero tener la tarea de mandar el ejército más directamente haciéndome cargo personalmente del Ministerio de la Guerra, pues deseo frente a él una persona que vea y enfoque los problemas bélicos con fe personal en sus resultados, y el señor Prieto, por exceso de trabajo, lo ve todo con escepticismo y duda». Un Prieto visiblemente enojado contestó que «ni estoy enfermo, ni soy un pesimista, ni veo las cosas con poca fe ni me siento cansado por el trabajo. Cierto es que he laborado más de quince horas diarias, sin descanso, durante muchos meses, pero me sobran energías para estar al frente de este ministerio durante el tiempo que pueda durar la guerra». Y se marchó despidiéndose de Negrín. Tras ello manifestó a una delegación de la Ejecutiva que «es inútil luchar, los comunistas quieren mi piel y contra esto nada podemos hacer ni Negrín ni ustedes ni yo[141]».

Después de su salida del gobierno, la actitud de Prieto con respecto a Negrín fue en apariencia cordial. Negrín elogió la labor de Prieto; Prieto habló de «la amistad entrañable que me une al doctor Negrín» y prometió ser «un decidido colaborador del gobierno[142]». Pero en la noche del 5 de abril, Zugazagoitia preguntó a Prieto: «¿Se sentirá liberado de una pesada carga? No, me contestó, me hubiera gustado seguir en el gobierno con decoro». A pesar de haberle expresado a Azaña su deseo de eludir responsabilidades políticas, se sentía perdido sin su actividad ministerial. Pronto se le oyó decir con amargura que «me han expulsado con una patada en los…»[143]. No podía creer que a pesar de su incansable trabajo, hubiese

sido despedido a causa de su pesimismo. Cuando Largo Caballero le cerró el camino, contuvo su amargura con dignidad, pero ahora esa amargura iba a enconarse hasta convertirse en odio hacia Negrín, acaso porque había sido su amigo. La enemistad que siguió entre los dos aseguraba un legado de duras y estériles divisiones en el movimiento socialista. El nuevo gobierno fue una vuelta a un amplio Frente Popular, con un ministro del PCE, uno de la CNT y uno de la UGT. Prieto no presentó la crisis del gobierno como consecuencia de su derrotismo, sino como una maniobra de los comunistas, incluyendo a Negrín entre éstos. De hecho, Prieto había estado de acuerdo en colocar a los comunistas en cargos importantes y se volvió contra ellos tomándolos como chivos expiatorios de su propia humillación[144]. El Comité Nacional del PSOE se reunió el 9 de agosto de 1938 para tratar de la crisis del gobierno producida el mes de abril anterior. Negrín repitió su convicción de que el hecho de que Prieto considerara perdida la guerra hacía imposible que siguiera en el Ministerio de Defensa. Prieto contestó con una violenta diatriba, que duró tres horas, afirmando con saña que Negrín había actuado siguiendo las órdenes de los comunistas. Sus colegas recibieron esta intervención en silencio y con asombro. Dado que no existían alternativas a la política que seguía Negrín, que de todos modos era más o menos la de Prieto, el discurso de éste fue poco más que un ajuste de cuentas pendientes[145]. Desde entonces, Prieto ya no tomó parte alguna en la guerra[146]. En diciembre de 1938 marchó a Chile como enviado especial con ocasión de la toma de posesión del nuevo presidente de aquel país. Nunca más regresó a la patria, que echó profundamente de menos durante sus restantes veinte años de vida.

En el exilio latinoamericano, después de la guerra civil, se ganó la vida con el periodismo. El 2 de agosto de 1941, al iniciar una larga colaboración en el diario mejicano *Excelsior*, escribió estas reveladoras palabras: «Aunque las fulguraciones de la política hayan venido iluminando, a veces siniestramente, mi figura, yo soy, ante todo, periodista.»[147] Sin embargo, seguía dedicando su vida a la política. Recobrada la audacia de sus años juveniles, consiguió hacerse con el control de los fondos sacados de España en el yate *Vita*. Sabía que se arriesgaba —«puede llegarme la mierda hasta

el cuello»— pero estaba decidido a ayudar a los refugiados españoles. Hasta sus enemigos reconocieron que no sacó ningún beneficio personal con el caso del *Vita*[148] Pronto aceptó la necesidad de una reconciliación nacional[149].. Fue uno de los pocos dirigentes exiliados en reconocer que hacer un fetiche de la restauración de la República garantizaría la hostilidad de las democracias occidentales hacia cualquier plan tendente a sustituir la dictadura de Franco. Por eso, condujo al PSOE a dialogar con sus enemigos monárquicos de antaño, con la esperanza de formar un gobierno de coalición que fuese una alternativa a Franco y que los aliados pudieran aceptar. Pero los monárquicos prefirieron, a fin de cuentas, llegar a un acuerdo con Franco para su eventual sucesión, con lo que el proyecto de Prieto fracasó.

Siempre honesto, siempre al servicio de su partido, Indalecio Prieto se consideró entonces obligado a dimitir como presidente del PSOE y como vicepresidente de la UGT. Se sentía desmoralizado y desacreditado por esas negociaciones en las que tanto había expuesto. En su carta de dimisión, fechada el 6 de noviembre de 1950, escribió: «Mi fracaso es completo, soy responsable de haber inducido a nuestro partido a que se fiara de los potentes gobiernos democráticos que no merecen esta confianza.»[150] Regresó a México, donde pasó el resto de su vida defendiendo los intereses del PSOE y escribiendo los brillantes artículos que han de servirnos en lugar de la inconclusa autobiografía que se proponía titular *Una vida a la deriva*. Pudo serlo, pues como escribió entonces, «frecuentes temporales me llevaron de un lado a otro, por mares procelosos, sin que jamás rigiera el timón de mi voluntad, cuyos goznes están oxidadísimos por la abulia[151]».

Vivió sumido en la tristeza, añorando España. Iba de vez en cuando al aeropuerto de la ciudad de México a observar los aviones que de allí llegaban[152]. Tras varios infartos, murió el 11 de febrero de 1962. Su vida había sido un ejemplo de consagración a un partido, el PSOE, y a una causa, la democracia en España. Fue una vida de sacrificio: «Yo no siento la política, me asquea, me repugna […]. Todos los días quiero salirme de la vida política […]; pero de pronto surge una gran injusticia y me quedo con el coro de los farsantes para clamar…»[153] Hizo sacrificios para llevar a

España la república democrática, para defender su existencia frente a los ataques tanto de la derecha como de la izquierda radicalizada de su propio partido, y durante la guerra civil trabajó hasta el agotamiento y a pesar de su pesimismo. Cometió errores, algunos de ellos enormes; sufrió derrotas, algunas de ellas devastadoras. En 1930, escribió, refiriéndose a su propia falta de ambición: «No se concibe un político sin ambición. Ha de tenerla. O con móviles de vanidad logrera o con apetencia de gloria y designios de inmortalidad.»[154] Pero queda, como indicio de su auténtica talla, que aun tomando en consideración los errores y las derrotas, sea una de las grandes figuras políticas del siglo. Como escribiera Miguel Maura: «No dude nadie que la figura de Indalecio Prieto será respetada por los españoles de mañana, más, mucho más, que la de tantos y tantos falsos santones de la España de los años de la autocracia.»[155]

9. DOLORES IBÁRRURI.

PASIONARIA DE ACERO

DOLORES IBÁRRURI

PASIONARIA DE ACERO.

Para sus admiradores, sobre todo entre los comunistas, Dolores Ibárruri fue tanto la heroína, la inspiradora y la alentadora de la guerra civil española como una especie de madre universal. Rafael Alberti resumió esta actitud en un poema que se refería a la muerte de Rubén Ruiz, hijo de Dolores, en la defensa de Stalingrado: «Madre buena, madre fuerte / madre que para la vida / le diste un hijo a la muerte». En los años cuarenta y cincuenta en que sus cumpleaños se convirtieron en grandes ceremonias del culto a la personalidad, se cantaban canciones y se recitaban odas, elegías y sonetos con fervor religioso. Según una publicación del partido: «Dolores Ibárruri es el símbolo y la encarnación de ese mañana mejor, es el guía clarividente que conduce al pueblo hacia la meta victoriosa». Hasta Jorge Semprún, luego amargamente anticomunista, escribió mientras aún militaba en el partido, un poema que acababa con las palabras: «Fuiste estrechando manos, sonreías. Y entonces estalló la primavera.»[1] No se trataba únicamente del producto de un culto comunista a la personalidad, pues caben pocas dudas de que muchos veneraban sincera y espontáneamente a la Pasionaria.

Por contraste, sus enemigos entre los nacionales españoles la consideraban una terrorífica arpía cuya retórica sanguinaria acobardaba a los diputados derechistas de las Cortes del Frente Popular. La percepción

que los nacionales tenían de ella reflejaba la del periódico derechista francés *Gringoire*: «Antigua monja, se casó con un fraile que había colgado sus hábitos. De ahí su odio por los religiosos. Se ha hecho célebre por haberse arrojado en plena calle sobre un desgraciado sacerdote, seccionándole la yugular a dentelladas.»[2] El que la principal acusación que se le arrojara fuese la de ser a la vez masculina y una puta que predicaba el amor libre indica claramente el miedo que provocaba en la derecha: «Es más inteligente, más enérgica, más varonil que la mayoría de sus correligionarios. Singularmente esto: más varonil… Y donde pudo haber sensibilidad de mujer, hay instintos de hiena». Para la derecha, su crimen consistía en haber alentado a las mujeres a abandonar la actitud preconizada por Pilar Primo de Rivera y la Sección Femenina de la Falange, el sereno servilismo considerado adecuado en las mujeres:

> Nada de lo pasado tiene la dimensión y la magnitud horrenda de lo que ha sido la intervención, en renuncia de todo sentimiento humano y sensible, de las mujeres del bajo pueblo de Madrid, y otros lugares, en las orgías de rencor y de locura de la revancha marxista. Pues bien: entre estas mujeres, como exponente y como aliento, como guión y como símbolo, la más feroz, la más apasionada, la de más bajos instintos y menor sensibilidad, ha sido esta ex doméstica vizcaína, con afanes de marimacho y resabios de renegada beatería[3]…

Estas actitudes revelan más acerca de los miedos sexuales y sociales de la derecha española que acerca de Dolores Ibárruri. No obstante, la vehemencia de los insultos indica la importancia histórica de Dolores Ibárruri. Todavía hoy, el papel que desempeñó elevando la moral de los defensores de Madrid, sus tan a menudo citadas palabras dirigidas a las mujeres de la ciudad asediada, su inmortal discurso de despedida a las Brigadas Internacionales son capaces de conmover a quienes simpatizaban con la causa republicana. No obstante, esas conocidas imágenes de la Pasionaria retratan con precisión a la apasionada y fogosa figura tanto de la leyenda comunista como de la demonología anticomunista; no son imágenes falsas, sino sencillamente aspectos parciales que no retratan a la auténtica Dolores Ibárruri. Entre las características esenciales de la Pasionaria, como ser humano y como comunista, se encontraban la empatía con el sufrimiento ajeno, una fiera determinación de corregir las injusticias,

fuerza, realismo, flexibilidad, y, con el paso de los años, cierto cinismo y una obsesión por la unidad del Partido Comunista de España. Una Pasionaria algo distinta, fría y desapasionada, se fue forjando en los duros años del exilio y la lucha contra Franco.

Dolores Ibárruri nació el 9 de diciembre de 1895 en Gallarta, un pueblo minero (de mineral de hierro) de Vizcaya. Su padre, Antonio Ibárruri, era minero y carlista; su madre, Dolores Gómez, una castellana católica devota, también trabajó en una mina antes de casarse: «Soy pues, de pura cepa minera. Nieta, hija, mujer y hermana de mineros… Yo no he olvidado nada.»[4] Fue una niña rebelde, católica devota hasta los diecisiete años, y hasta creyó tener vocación religiosa. Debido a su salud delicada, y gracias a la relativa prosperidad de su familia, asistió a la escuela del pueblo hasta los quince años, lo que le hizo albergar la esperanza de ingresar en la Escuela Normal de Maestras; esperanza frustrada: «Todas aquellas ilusiones de adolescente se desvanecieron ante la dura realidad económica. Estudios, viajes, comida, vestidos, libros, representaban un gasto superior a las posibilidades de mis padres». Tras asistir a la escuela estudió en una academia de corte y confección que le permitió hallar empleo como sirvienta en casa de una familia de clase media. El trabajo era agotador, pues se levantaba a las seis de la mañana y no se acostaba hasta las dos de la madrugada siguiente[5]. El 15 de febrero de 1916, a los veinte años de edad, se casó en la iglesia de San Antonio de Padua, en Gallarta, con un minero socialista, Julián Ruiz.

Decir que no fue dichosa en su matrimonio sería un eufemismo colosal. En unas de las más conmovedoras páginas de su autobiografía, habló de la desesperación que experimentaba como mujer casada:

> Un esclavo doméstico sin ningún derecho […]. En el hogar, la mujer se despersonalizaba; se entregaba, por la fuerza de la necesidad, al sacrificio. Era la primera en el trabajo, en las privaciones, en el apencar con todo género de servicios para hacer más grata, menos dura, menos difícil, la vida de sus hijos, de su marido, hasta anularse por completo, para convertirse andando el tiempo en «la vieja» que no «comprende», que estorba, que en el mejor de los casos, servía de criada a los jóvenes, de niñera de los nietos […]. Cuando nació mi primera hija, yo había vivido en poco más de un año una experiencia tan amarga, que sólo el amor de

mi pequeña me sujetaba a la vida. Y me aterraba no sólo lo presente, odioso e insoportable, sino el porvenir que adivinaba tremendamente doloroso e inhumano.

Su matrimonio no le proporcionó el más mínimo destello de felicidad:

La realidad cruda, descarnada, me golpeó como a todas, con sus manos implacables. Unos días breves, fugaces de ilusión y después… En mi propia experiencia aprendía la dura verdad del dicho popular: «Madre, ¿qué cosa es casar? Hija, hilar, parir y llorar»… Llorar… Llorar sobre nuestros males, sobre nuestra impotencia. Llorar sobre nuestros hijos inocentes, a los que sólo podríamos ofrecer nuestras caricias empapadas de lágrimas. Llorar por nuestras vidas dolorosas, sin horizonte, sin salida. Llanto amargo, con una maldición permanente en el corazón y una blasfemia en los labios. ¿Blasfemar una mujer, una madre blasfemar? Y ¿qué tiene ello de extraño si nuestra vida era peor que la de los condenados[6]?

La dureza de la existencia de una esposa de minero podría haberse compensado con ternura. De hecho, las actitudes machistas de Julián Ruiz impulsaron a Dolores a distraerse con la lectura, sobre todo de literatura marxista que le suministraba, primero su marido y, luego, la biblioteca de la Casa del Pueblo en Somorrostro, donde vivían. La opresiva pobreza y el celo proselitista del esposo, convirtieron a la católica Dolores en izquierdista.

Julián fue detenido tras la huelga revolucionaria de agosto de 1917. Dolores se encontró sola con la pequeña Esther, nacida el 29 de noviembre de 1916, y la noticia de la revolución rusa de octubre de 1917 representó para ella una luz de esperanza. En 1918, cuando le pidieron que redactara un artículo para *El Minero Vizcaíno*, utilizó el seudónimo Pasionaria, flor que eligió no como referencia a su carácter sino por el hecho de que el artículo se publicaba en Semana Santa. Tanto Dolores Ibárruri como Julián Ruiz estaban entre los vascos que abandonaron el socialismo para afiliarse al Partido Comunista de España, fundado en 1921, y ella pronto fue elegida como miembro del Comité Provincial de Vizcaya.

Una Pasionaria muy distinta, fría y desapasionada, se fue forjando en los duros años del exilio y la lucha contra Franco.

Su sencillez y su sinceridad creaban una compenetración que le permitía ser portavoz de los miedos y las esperanzas de muchas gentes de la clase obrera en la zona republicana.

A Pasionaria se la veía cavar trincheras, arengar a las tropas, consolar a los soldados que habían perdido a sus camaradas y a madres que habían perdido a sus hijos.

A lo largo de los años veinte, el coste humano que le supuso la militancia en el partido comunista, pero sobre todo la de su marido, intensificó la espantosa dureza de su existencia. Julián ingresaba a menudo en prisión, y ella se veía obligada a criar a su familia con poco dinero. Cuando dejaban en libertad a su marido, Dolores solía quedar embarazada;

su segundo hijo, el único varón, Rubén, nació el 9 de enero de 1920; más tarde, ese mismo año, Esther moriría, víctima de la pobreza. En julio de 1923 Dolores tuvo trillizas, Amaya, Amagoya y Azucena. El parto fue difícil, y la cuidaron sus vecinas. Amagoya murió unos días más tarde y Azucena vivió sólo dos años. Una quinta hija, Eva, nació en 1928 y vivió apenas dos meses. La incapacidad de pagar los cuidados médicos y alimentar adecuadamente a sus hijos contribuyó a la muerte de cuatro de sus hijas. Su pena y su indignación reforzaron su determinación de combatir la injusticia. No obstante, trabajaba muy duramente para su familia: plantaba hortalizas para complementar sus ingresos y hacía costura en casa para un sastre del pueblo; en las fotografías que quedan de esta época, siempre lleva delantal[7]. Con asombrosa resolución, y pese a la carga que representaba cuidar a su familia, permaneció políticamente activa; pronunciaba discursos en mítines, escribía artículos, organizaba manifestaciones y, sin embargo, era perfectamente capaz de zurcir los calcetines de los camaradas o de cocinar para ellos. Enseñaba a leer a los mineros, para quienes constituía el arquetipo de la figura materna, sin dejar de ser por ello una de las primeras feministas y abogar con pasión por la inclusión de las mujeres en las actividades del partido. Un día, llevó a un grupo de mujeres a la taberna de Somorrostro, a protestar porque los hombres llegaban a casa borrachos y sin un duro. En otra ocasión, organizó a las mujeres del distrito para evitar que un tren se llevara a unos jóvenes reclutas a la guerra de Marruecos. Su creciente importancia en el PCE fue reconocida en una conferencia clandestina del partido, conocida, por razones de seguridad, como la Conferencia de Pamplona, aunque se llevó a cabo en Bilbao a principios de 1930; en ella Dolores fue elegida vocal del Comité Central[8].

Separada de su marido desde hacía más de seis años, la rejuvenecida Dolores Ibárruri tenía un amante, Francisco Antón, de veintisiete años, quince menos que ella.

Jesús Hernández (arriba, de pie) trató de implicar a Pasionaria en el asesinato de Andreu Nin (a la derecha): alegó que ella y Codovilla autorizaron la detención de Nin y de los dirigentes del POUM, a espaldas tanto del ministro del Interior, Julián Zugazagoitia, como de José Díaz (arriba, sentado) y del propio Hernández. Probablemente no sea cierto, si bien no cabe duda que aprobó la liquidación del POUM.

Pasionaria posa para el escultor Victorio Macho.

En la campaña para las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, Dolores destacó como oradora, aunque era renuente a hablar en público; de hecho, incluso cuando había adquirido fama de contar entre los mejores oradores del mundo, solía ponerse nerviosa antes de pronunciar un discurso[9]. Le gustaba escribir y siempre redactaba sus propios discursos,

de un enorme poder emotivo, tanto por su texto como por el modo de pronunciarlos. Las dotes oratorias y periodísticas de la Pasionaria, aunadas al hecho de que fuese mujer, una rareza, atrajeron la atención de la Komintern. Su devoción a la revolución bolchevique era, además, una considerable ventaja. En Bilbao la presentaron a un agente de la Komintern, Mijaíl Koltsov:

> En una barriada obrera de Bilbao, en una pequeña taberna a orillas del Nervión, unos camaradas me presentaron a una mujer alta, delgada y de pocas palabras. Como todas las españolas del pueblo, iba vestida totalmente de negro, pese al tórrido calor. Se mantenía cerrada en sí misma, algo tímida, escuchaba la conversación muy ávidamente, pero apenas hablaba, nos miraba a todos con sus grandes y claros ojos negros y, era notorio por esos ojos, se apresuraba a meditar para sus adentros cada frase de la conversación.

Koltsov advirtió enseguida que «la mujer de sencillo vestido negro constituía una enorme adquisición para el partido[10]».

Puesto que Moscú se había fijado en ella, no era de sorprender que a finales de septiembre de 1931 la llamaran a Madrid para trabajar de periodista en *Mundo Obrero*, bajo la dirección de Vicente Uribe. Su principal tarea consistía en supervisar la sección femenina del partido comunista. La mudanza a la capital coincidió con la ruptura final de su matrimonio. Dejó a sus hijos en Sestao, con su hermana Teresa, a fin de que no quedaran abandonados en caso de que la detuvieran. Y, efectivamente, al salir de las oficinas de *Mundo Obrero*, la detuvieron y la acusaron de ocultar a un camarada comunista huido de la Guardia Civil. Después de dos meses en la prisión de Madrid, la llevaron, a finales de 1931, a la cárcel de Larrinaga, en Bilbao, y, a principios de 1932, recuperó la libertad por falta de pruebas[11].

A su regreso a Madrid la acompañaba Rubén, su hijo de doce años. Del 17 al 23 de marzo de 1932, se celebró en Sevilla el IV Congreso del PCE. Dolores fue nombrada miembro del secretariado del partido, responsable de las mujeres. Al volver de Sevilla la detuvieron de nuevo, acusada ahora de «insultar al gobierno» en un mitin político llevado a cabo en enero. Para empeorar su situación, al enterarse de su detención, la familia con que se alojaban ella y Rubén empezó a maltratar al niño; éste encontró el camino a

la cárcel de mujeres y Dolores hizo arreglos para que lo cuidaran unos camaradas del partido hasta que pudieran llevarlo de nuevo al País Vasco. Entretanto, Rubén la visitaba a diario, situación que provocó en ella el sufrimiento más intenso: «lágrimas de sangre», todos los días, pues la atormentaban las dudas acerca de la incompatibilidad entre sus actividades políticas y sus instintos maternales: «Esto me producía un dolor insoportable porque me sentía impotente para proteger a mi hijo, del que nadie se preocupaba». Estuvo siete meses detenida en Madrid, y a principios de noviembre fue transferida de nuevo a la cárcel bilbaína de Larrinaga, de donde la dejaron salir en enero de 1933[12].

En la cárcel se encontró marginada de algunos acontecimientos espectaculares acaecidos en el partido. A la sazón, según la línea de la Komintern, de «clase contra clase», el partido debía oponerse a la Segunda República por ser ésta un régimen burgués decadente. Los líderes del partido, con José Bullejos al frente, creían que la clase obrera debía apoyar a la República. Esto provocó una tensión considerable con los delegados de la Komintern, tensión que llegó a su punto culminante cuando el 10 de agosto de 1932 Bullejos apoyó la huelga general revolucionaria contra el golpe del general Sanjurjo. El representante del Kremlin, el italoargentino Victorio Codovilla, sustituyó a Bullejos y a los otros componentes de la dirección por un nuevo comité ejecutivo encabezado por un nuevo secretario general, el casi desconocido José Díaz Ramos. Antaño miembro prominente del sindicato anarquista de panaderos, Díaz se había convertido al comunismo durante una estancia en la cárcel a mediados de los años veinte. Al igual que la Pasionaria, se encontraba en prisión cuando sobrevino la crisis del partido[13]. Dolores Ibárruri, aún en la cárcel, evitó la expulsión gracias a su probada lealtad hacia Moscú y a una autocrítica en forma de artículo que puede interpretarse bien como ingenuo bien como cínico: «Yo, y conmigo todos los que componíamos el Comité Central […] tenemos una parte de responsabilidad por haber sido débiles, por haber sido cobardes, por habernos prestado a haber sido comparsas del Comité Ejecutivo sectario.»[14]

Al ser puesta en libertad y regresar a Madrid pudo llevar consigo a Rubén y a Amaya. En noviembre de 1933 hizo su primer viaje a la Unión Soviética como delegada al XIII Pleno de la Komintern. La invitaron a quedarse y hablar en el XVII Congreso del PC de la URSS, el PCUS, en febrero de 1934, en el cual su oratoria impresionó a Stalin. En los tres meses que viajó por la Unión Soviética se sintió deslumbrada por lo que vio: Moscú, «para mí que lo veía con los ojos del alma, era la ciudad más maravillosa de la Tierra». Fue a Leningrado, conoció a Serguei Kirov, secretario del partido en esa ciudad, asesinado poco después; también visitó la célebre fábrica Putilov e incrementó sus contactos internacionales cuando le pidieron que organizara la sección femenina española del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo, conocida como la «Unión de Mujeres Antifascistas». En agosto de 1934 asistió al primer congreso mundial del comité, acompañada, entre otras, por Irene Falcón[15].

Irene Lewy Rodríguez, mejor conocida como Irene Falcón, empezó a trabajar con ella en la Comisión Femenina del PCE y en la Unión de Mujeres Antifascistas, y sería su compañera y ayudante en el exilio[16]. Diminuta y modesta, Irene pondría sus considerables talentos al servicio de la Pasionaria, de quien se convertiría en su mano derecha. Nacida en Madrid en 1907, hija de un judío polaco de clase media, Siegfried Lewy Herzberg, estudió en la Escuela Alemana en Madrid; hablaba varios idiomas y había sido bibliotecaria del biólogo y premio Nobel Santiago Ramón y Cajal. De adolescente, conoció al periodista revolucionario peruano César Falcón, con quien se casó. Juntos fundaron un grupo ultraizquierdista —la Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista— que se fusionó con el PCE en 1933[17].

Mediante la Unión de Mujeres Antifascistas, Dolores Ibárruri desempeñó un papel importante en la lucha contra los efectos de la brutal represión que siguió a la revuelta de los mineros de Asturias. El PCE y la Unión de Mujeres Antifascistas fueron declarados ilegales. Dolores actuó con asombroso valor y no poca temeridad, pues su trabajo resultaba peligroso en los distritos mineros ocupados por la policía. Trabajó con el delegado de la Komintern, el italiano Vittorio Vidali, Carlos Contreras,

sobre todo en la organización y la evacuación de los hijos de los mineros muertos en las luchas o encarcelados, que fueron acogidos por familias obreras en otras partes del país o en la Unión Soviética. En noviembre de 1934, la detuvieron al regresar a Oviedo tras organizar la evacuación de ciento cincuenta niños de los valles mineros. A principios de abril de 1935 cruzó los Pirineos a pie, trayecto arriesgado, con el fin de hablar en un mitin en París en favor de las víctimas de la represión en Asturias[18].

Puesto que sus hijos no podían asistir al colegio y a menudo se quedaban solos todo el día mientras ella se dedicaba al trabajo político, el PCE le sugirió que los enviara a Rusia. La decisión de hacerlo le causó mucho dolor y un fuerte sentimiento de culpa. Al principio se suponía que se quedarían allí apenas unos meses, si bien, dada la agitación política de la primavera de 1936, seguida por la guerra civil, no volvería a verlos hasta años más tarde. Rubén, de quince años, fue colocado de aprendiz de mecánico en la fábrica de coches Stalin, en Moscú; Amaya, de doce, en una residencia para hijos de comunistas extranjeros, en la ciudad textil de Ivanovo. Separados el uno del otro y de su madre, en un país extraño, la vida se les hizo amargamente dura. Dolores pudo visitarlos en julio de 1935, tras el mismo recorrido por las montañas, sólo que con destino a Moscú. La habían nombrado, con José Díaz, delegada al VII Congreso de la Komintern, en el que se adoptó la política del Frente Popular. De nuevo se reunió con Mijaíl Koltsov, quien recordaría que «escuchaba ella atentamente los discursos de los oradores, tomaba sus notas con mucho cuidado, en un cuaderno, e intervino con un discurso de altos vuelos, apasionado y brillante». A Díaz le dieron un puesto en la ejecutiva de la Komintern, y Dolores fue elegida suplente. Su viaje de regreso a España, en el yate «prestado» de Juan Ignacio Luca de Tena, propietario del *ABC*, resultó memorable. Una vez en España, vivió en la clandestinidad, mudándose de un apartamento a otro a fin de evitar la vigilancia policial[19].

En enero de 1936 organizó una nueva evacuación de doscientos niños asturianos. En cuanto los hubo distribuido entre las familias que los esperaban en la estación del Norte de Madrid, fue detenida y pasó otro mes en la cárcel antes de que la dejaran en libertad; a continuación participó en

la campaña electoral a favor del Frente Popular. Fue tal su éxito en Asturias que el partido la nombró candidata para la región[20]. La Pasionaria ganó el escaño. Al día siguiente de las elecciones, los presos políticos exigieron la amnistía; Dolores visitó de inmediato las cárceles de Gijón y Oviedo. En esta última evitó una matanza cuando enormes multitudes se reunieron para exigir la libertad de los presos políticos mientras el director de la cárcel disponía ametralladoras para impedir una fuga. La Pasionaria tranquilizó a la multitud con la promesa de conseguir la liberación de los presos, tras lo cual, para imponerse al director le dijo que, como diputada, asumía toda la responsabilidad de la liberación. Esta actuación precipitada, no del todo carente de demagogia, le granjeó la simpatía del pueblo[21]. Su viaje de regreso a Madrid supuso un avance triunfal y a su llegada a la capital se encontró con una enorme manifestación organizada a toda prisa por el PCE a fin de capitalizar su recientemente obtenida celebridad. El resto de la primavera de 1936 estuvo cada vez más en el candelero: hizo campaña por la amnistía de los presos, abogó en mítines por la revolución y apoyó a los huelguistas, sobre todo a los trabajadores de la mina Cadavio, en Sama de Langreo, amenazando con quedarse con ellos en la mina hasta que se satisficieran sus exigencias. Asimismo, ayudó a un grupo de inquilinos desahuciados por no pagar el alquiler a meterse de nuevo en sus apartamentos. En otra ocasión, obligó a una clínica de maternidad a reingresar a dos mujeres en avanzado estado de gestación que habían sido echadas a la calle por negarse a rezar. Las gentes de a pie llevaban a diario sus problemas a las Cortes, y los comunistas estaban dispuestos a escucharlas. En un incidente tras otro, Dolores se arriesgó, en parte por la ventaja propagandística que esto reportaba, pero también por su ardiente compromiso con la justicia social. En cada ocasión dio pruebas de una extraña compenetración con los pobres[22].

En abril de 1936, Santiago Carrillo —que acababa de fusionar la Federación de Juventudes Socialistas con las Juventudes Comunistas, cuyo resultado fue la Juventud Unificada Socialista—, fue autorizado a asistir a una reunión del Comité Central del PCE. Años más tarde hablaría a Max

Gallo y a Régis Debray acerca de la impresión que le causó Dolores cuando la vio por primera vez:

> Me emocioné; calzaba alpargatas, un amplio chal de colores muy bonitos y como siempre vestía de negro. A pesar de esta sencillez, me parecía una reina. De ella emanaba esa dignidad, esa majestuosidad que tan a menudo se encuentran en las mujeres y los hombres de nuestro pueblo… Lo que me sedujo, además de su belleza, fue su extraordinario encanto al reír o hablar. En esa época, en el Partido, ella era el gran tribuno que movilizaba a las multitudes, porque poseía una voz que se te agarraba a la garganta y extraordinarias dotes de orador; poseía sobre todo intuición política, un siempre certero instinto popular para orientarse y juzgar. Es cierto que, desde el punto de vista de la táctica, podía ir un poco más allá de lo preciso, impulsada por su carácter apasionado y sincero […]. La gente la tocaba como quien va a tocar a una santa[23].

Dolores tuvo mucho éxito como diputada; sus discursos constituían todo un acontecimiento para los medios de comunicación, por su modo de romper con la florida tradición oratoria de las Cortes. Tras su primer discurso, Indalecio Prieto le rindió un caluroso homenaje en un artículo en *El Liberal*. Pese a las enormes diferencias políticas que siempre los separarían, el lazo que ambos tenían tanto con Asturias como con el País Vasco hizo que Prieto siempre tuviera cierta debilidad por ella y, al término de uno de sus discursos parlamentarios, le preguntó dónde había aprendido a hablar tan bien, a lo que ella contestó: «Acudiendo a sus mítines.»[24] En la famosa sesión de las Cortes del 6 de junio, respondió de modo magistral al dirigente católico autoritario José María Gil-Robles, y al ultraderechista José Calvo Sotelo. Fingiendo pedir moderación, Gil-Robles justificó largamente el alzamiento que se estaba preparando; con despiadada exageración leyó una larga lista de asesinatos, palizas, robos, incendios de iglesias y huelgas, un catálogo de desórdenes del que culpó al gobierno. Calvo Sotelo exigió virtualmente un alzamiento: «Considero que también sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía». El primer ministro, Santiago Casares Quiroga, replicó que, dada esa provocación, lo tendría por responsable de lo que ocurriera. La subsiguiente intervención de la Pasionaria empezó con una elegante y sarcástica demolición de lo retorcido de la retórica de Gil-Robles: «Permítame su señoría poner al

descubierto la dualidad del juego, es decir, las maniobras de las derechas, que mientras en las calles realizan la provocación, envían aquí unos hombres que, con cara de niños ingenuos (*risas*), vienen a preguntarle al Gobierno qué pasa y a dónde vamos (*grandes aplausos*)», seguida de una feroz denuncia de las atrocidades cometidas en Asturias, «porque las tempestades de hoy son consecuencia de los vientos de ayer». También acusó a Pilar Primo de Rivera —sin nombrarla— de ser la responsable de las brigadas terroristas falangistas. Su apasionada enumeración de las torturas hizo que los diputados del Frente Popular la interrumpieran, se pusieran en pie y la aplaudieran. «Y si hay generalitos reaccionarios que, en un momento determinado, azuzados por elementos como el señor Calvo Sotelo, pueden levantarse contra el Estado, hay también soldados del pueblo […] que saben meterlos en cintura». De este discurso ha salido el mito franquista de que la Pasionaria amenazó a Gil-Robles, aunque en las actas del Diario de Sesiones de las Cortes no conste tal amenaza[25].

El levantamiento militar pronto reveló la capacidad de Dolores Ibárruri para expresar el estado de ánimo del pueblo e inspirarlo. El 19 de julio de 1936, desde el Ministerio de la Gobernación, emitió un comunicado del Partido Comunista de España. Se sentía nerviosa al empezar a leer lo que había apuntado a toda prisa; sin embargo, en cuanto empezó a hablar se olvidó de los nervios y se dejó llevar por la pasión. Las venas de su cuello resaltaban mientras su voz resonaba, potente. En un conmovedor llamamiento a cada hombre, mujer y niño de todas las regiones de España, acuñó el lema: «¡Los fascistas no pasarán! ¡No pasarán!»[26] El mariscal Pétain lo había usado durante el sitio de Verdún en 1916 y los periodistas de *Mundo Obrero* lo habían empleado en los dos últimos años. Sin embargo, oído en Casas del Pueblo, en cafés, en el ambiente alborotado de principios de la guerra civil, prosperó. La republicana Isabel de Palencia recordaría el impacto que tuvo en los oyentes: «Su voz me persiguió durante meses.»[27] Dos días después, mientras la indignación provocaba la quema de iglesias y empresas, Dolores pidió orden y disciplina, siguiendo la tónica de la política del partido comunista: «Comprendemos vuestra indignación ante los crímenes de los facciosos, pero no os dejéis arrastrar por el camino de la

destrucción, del robo vergonzoso y del incendio a que se os quiere llevar.»[28]

En los primeros días del alzamiento, varias unidades militares de Madrid, acuarteladas aún, no habían definido su posición con respecto a éste. El PCE ordenó a sus militantes en cada zona que se pusieran en contacto con los miembros del partido en las distintas guarniciones a fin de intentar clarificar la situación. El 23 de julio, Dolores Ibárruri fue enviada, con Enrique Líster, a dirigirse a los soldados del I Regimiento Wad-Ras, apostado en el cuartel del madrileño distrito del Pacífico, cerca de Vallecas. Muchísimos guardias civiles del cuartel trataron a los comunistas con considerable hostilidad. Dando una gran muestra de valor en una situación peligrosamente tensa, Dolores se subió a una silla y convenció a los soldados de que no se rebelaran. En cuanto hubo convertido sus vacilaciones en un entusiasta compromiso con la República, ella y Líster organizaron un convoy de camiones y coches para llevarlos al frente al norte de Madrid. En el Guadarrama, los asombró la despreocupación del oficial al mando, que les ordenó acomodarse en la plaza del pueblo, e hizo falta una protesta de la Pasionaria para que las autoridades militares locales aceptaran enviar al frente a las tropas recién llegadas[29].

Durante gran parte de agosto, Dolores se empleó a fondo visitando a las unidades del frente a fin de consolidar la moral de las tropas; su llegada solía animar a los combatientes, y su valor y preocupación por las condiciones de éstos le garantizaban una calurosa bienvenida:

> Todos conocen a Dolores, la saludan de lejos, los soldados la obsequian con pan, con vino de las cantimploras, procuran convencerla de que se quede un poco más, de que se siente, de que no avance más […]. Los soldados aconsejan a Dolores que se agache, ella no hace caso y corre, como todos, derecha inclinando levemente la cabeza […]. Arma escándalos a los cocineros por la calidad de las comidas. Al enterarse de que en la columna llevan ya dos días sin verduras, comunica por el teléfono de campaña con unas organizaciones, obtiene un camión de sandías y tomates[30].

Su energía suponía una inspiración para quienes la rodeaban. El agente de Stalin, Mijaíl Koltsov describió su trabajo con los dirigentes del PCE,

para los que representaba un lazo con la vida en las calles, fuera de las habitaciones llenas de humo:

> A la atmósfera masculina del Buró político, severa, a veces de un practicismo acentuado, la presencia de Dolores le da calor, alegría, sentido del humor o ira apasionada, dureza, especial intransigencia con los compromisos. Dolores llega con el ánimo gozoso, con una sonrisa alegre y pícara, arreglada, elegante, pese a la sencillez de su vestido, siempre negro; se sienta, pone las manos sobre la mesa e inclinando levemente su cabeza grande y hermosa, escucha en silencio la conversación. O bien, mortalmente fatigada, apenada por algo, abatida, con la cara gris, pétrea, envejecida, se deja caer pesadamente en una silla junto a la puerta, en un rincón, y también calla. Y luego, de súbito, irrumpe en lo que otro dice y entonces es inútil interrumpirla mientras no ha acabado de derramar la larga tirada, sin tomar aliento, que puede ser alegre, burlona, ingeniosa y triunfante o tenebrosa, airada, casi quejumbrosa, llena de reproches doloridos, de acusaciones, de protestas y de amenazas contra el enemigo del día, manifiesto o encubierto, contra el burócrata, el saboteador que ha obstaculizado el envío de armas o de víveres a los milicianos, que ha ofendido a los obreros, que intriga desde fuera o desde dentro del Partido[31].

Cuando mayor impresión causaba era con sus numerosos discursos públicos, en los que llamaba a la población civil a apoyar a las milicias, y al resto del mundo a apoyar a la República. Aunque su tono resultaba más bien republicano que estrictamente comunista, el PCE se benefició y obtuvo gran prestigio de su imagen como figura más representativa de la República. Soportaba una presión intensa, y trabajaba hasta el agotamiento. El sociólogo austriaco Franz Borkenau estuvo presente cuando el 23 de agosto de 1936 Dolores habló en Valencia ante cincuenta mil personas. Por ser ex comunista, Borkenau retrató la escena con cierta objetividad:

> Lo que en ella conmueve es precisamente su distanciamiento del ambiente de intriga política: la sencilla fe que la lleva a sacrificarse y que emana de cada palabra que pronuncia; más conmovedora aún es su falta de vanidad y hasta su modestia. Viste siempre ropa negra, limpia y cuidada, pero sin intentar ser agradable a la vista; habla con sencillez, directamente, sin retórica, sin histrionismo […]. Al final de su discurso se produjo un momento patético; la voz, cansada de pronunciar interminables discursos en mítines masivos desde el principio de la guerra, le falló; se sentó con un triste gesto de las manos, como queriendo decir: «Es inútil, no lo puedo evitar, ya no puedo hablar; lo siento». Fue un gesto sin el menor asomo de ostentación, sólo la pena de no poder decir a los asistentes aquello que quería decirles. Este gesto, en su profunda simplicidad, sinceridad y convincente falta de interés personal en su éxito o fracaso como oradora, resultó mucho más conmovedor que el discurso en sí. Esta mujer, que a sus cuarenta años parece contar cincuenta, que en cada palabra y gesto reflejaba

> una profunda actitud maternal […] tiene algo del asceta medieval, de personaje religioso. Las masas la adoran, no por su intelecto, sino como una especie de santa que habrá de guiarles en los días de pruebas y tentaciones[32].

No era de sorprender, pues, que a la gente de a pie de la España republicana, cuya vida se había vuelto del revés con la guerra, la atrajera tanto tan poderosa figura maternal. Cada día traía la pérdida de seres queridos, la escasez de alimentos, los bombardeos y la angustia constante del terror de los nacionales. La fuerza y la preocupación de la Pasionaria equivalía a un faro en un mar de inseguridad. Su sencillez y su sinceridad creaban una compenetración que le permitía ser portavoz de los miedos y las esperanzas de muchas gentes de la clase obrera en la zona republicana. Cada día se veía inundada de cartas de gentes corrientes y de soldados que le pedían que solucionara algún problema. El embajador español en Moscú, Marcelino Pascua Martínez, se quejó de que dedicaba más tiempo a hacer las veces de secretario de la Pasionaria que a sus tareas oficiales, de tan numerosa como era la correspondencia que llegaba para ella a la embajada[33].

El 8 de septiembre de 1936, como parte de una delegación republicana, fue a Francia a convencer a los franceses de que se opusieran a la decisión de su gobierno de no vender armas a España. Dirigiéndose a una enorme multitud en el Vélodrome d'Hiver de París, acuñó otra frase resonante: «El pueblo español prefiere morir de pie a vivir de rodillas». Hasta quienes no entendían español parecieron entender su vehemente discurso; de hecho, cuando hizo una pausa para que el intérprete tradujera sus palabras, los asistentes lo callaron a gritos a fin de que la Pasionaria pudiese continuar sin interrupciones. Según un testigo presencial: «La gente que me rodeaba no hablaba español, pero todos lo entendían. Su elocuencia salía de lo más profundo de su alma y por tanto no necesitaba traducción». Acabó con una advertencia perturbadora y profética: «Y no olvidéis, y que nadie olvide, que si hoy nos toca a nosotros resistir la agresión fascista, la lucha no termina en España. Hoy somos nosotros; pero si se deja que el pueblo español sea aplastado, seréis vosotros, será toda Europa la que se verá obligada a hacer frente a la agresión y a la guerra.»[34] Lo mismo dijo a

Léon Blum, que para gran desdén de Dolores lloró al negarse a ayudar a la República[35].

Después del mitin conoció a Manuel Azcárate, hijo del futuro embajador de la República en Londres y miembro de la Juventud Comunista, que a la sazón contaba veinte años: «Conocer a Dolores me impresionó profundamente: tenía una belleza y un porte extraordinarios; a pesar de estos momentos tan trágicos, hay en sus risas una alegría contagiosa. Siempre tiene una respuesta para todo». Ese viaje a París la convirtió, y ella se daba cuenta, en el símbolo mundial de la República en la guerra civil. La aplaudieron los comensales en un restaurante de clase obrera donde fue a comer[36]. Los elocuentes discursos en los que suplicaba ayuda se publicaban en periódicos, revistas y panfletos. Representaba perfectamente a la República sitiada: una madre que hablaba por los niños amenazados por el fascismo.

Destacó aún más durante el asedio a Madrid. Revelaba a diario su valor dando ánimos a los demás; mientras en el frente caían bombas, ella andaba tranquilamente, sin el menor asomo de miedo y con la espalda recta, por encima de las trincheras pidiendo valor y resolución ante el enemigo[37]. Despreciaba la debilidad con que dirigía la guerra Largo Caballero, quien tenía miedo hasta de poner fin por decreto a la huelga de los obreros de la construcción de Madrid, por si acaso los obreros de la UGT se pasaban a la CNT. Él mismo insistía en mantener el horario normal de trabajo y a las nueve de la noche se acostaba, habiendo dado órdenes de que no le molestaran[38]. El 25 de septiembre, en *Mundo Obrero*, Dolores pidió a la población de la capital que se movilizara:

> Madrid tiene que militarizarse y, como Madrid, toda la España leal. Y al hablar de militarización, no me refiero a lo externo, a la obligación del uniforme, sea «mono» o guerrera, sino al contenido, a lo que significa como obligación de trabajo consciente, de responsabilidad, de disciplina, de adaptación a las necesidades del momento, de sometimiento a las imposiciones de la guerra […]. Militarización; trabajo obligatorio; racionamiento; disciplina; castigos ejemplares a los saboteadores. En una palabra: hay que sentir la guerra, hay que hacer la guerra[39].

El 4 de octubre fue nombrada comandante honorario del 5.º Regimiento, la milicia bien organizada del PCE; en la ceremonia pronunció un discurso beligerante: «No es el momento de llorar a nuestros muertos, sino de vengarlos. Venganza y justicia piden las mujeres violadas, los milicianos asesinados; venganza y justicia les debemos y venganza y justicia haremos con los verdugos del pueblo.»[40] Había participado en la formación de este regimiento en los primeros días de la guerra, bajo el mando de Enrique Castro Delgado, y uno de sus batallones llevaba su nombre. A partir de entonces abogó con pasión por la creación de un Ejército profesional, tomando el 5.º Regimiento como modelo[41]. La Pasionaria era la expresión visible de la línea del partido comunista, según figura en un manifiesto publicado el 2 de noviembre de 1936: «Hay que hacer milagros de organización para convertir Madrid en una fortaleza inexpugnable». Ese mismo día, encabezó una manifestación de doscientas mil mujeres que exigían la movilización de la población entera en defensa de Madrid. Además, encontró tiempo para redactar un artículo para *Pravda*[42].

Con sus frecuentes intervenciones en la radio contribuyó en gran medida a mantener la moral: mientras las columnas «africanas» se acercaban a Madrid, ella convertía el pánico y el miedo en esperanza y determinación de luchar; algo había en su potente voz radiada cuando resonaba en las habitaciones de la población madrileña, que hacía que la gente recuperara la fe en sí misma. Quizá sus más famosos gritos de guerra provenían de sus esfuerzos por elevar los ánimos de las mujeres de Madrid: «¡Más vale ser viudas de héroes que mujeres de cobardes!»[43] La primera vez que empleó esta frase lo hizo al dirigirse a quienes participaban en una manifestación en Madrid, a mediados de octubre; en ese discurso criticó al gobierno de Largo Caballero por lo que consideraba la falta de seriedad con que enfocaba la guerra: «No podemos cerrar los ojos ante la existencia de un clima un tanto frívolo en la capital de la República. En Madrid no se siente suficientemente la guerra […]. El Gobierno ha decidido militarizar las milicias, pero esto no es bastante. ¡Hay que militarizar a todo el pueblo!». Protestó porque la industria de la construcción seguía funcionando con normalidad: «Ahora lo que necesitamos son fortines,

parapetos, trincheras para hacer inexpugnable a Madrid.»[44] Como la acompañaban invariablemente fotógrafos y reporteros, cada uno de sus actos influía en la moral y la propaganda; con regularidad se la veía cavar trincheras, arengar a las tropas, consolar a los soldados que habían perdido a sus camaradas y a madres que habían perdido a sus hijos[45].

A finales de octubre, el distinguido reportero británico Geoffrey Cox fue testigo de una escena extraordinaria: la llegada de Dolores Ibárruri revitalizó a una unidad desmoralizada por los constantes disparos y bombardeos aéreos:

> Destrozados, en plena retirada, desanimados, querían jefes que los ayudaran […]. La Pasionaria anduvo por el camino hacia la línea; en la creciente oscuridad, rota únicamente por el brillo de la puesta del sol en el horizonte, los hombres se apiñaron en torno a ella, uno tras otro. Pero había una nota de tragedia en la escena, pues, pese a su elocuencia y su valor, ¿qué podía hacer ya la Pasionaria para evitar la retirada[46]?

En otras ocasiones, sin embargo, la evitaba haciendo que los soldados que huían se sintieran avergonzados[47].

A principios de noviembre, entre Seseña y Valdemoro, Santiago Álvarez se encontró con un grupo de dirigentes del partido y les dijo que el frente se desmoronaba:

> La primera en reaccionar fue Dolores Ibárruri. «¿Cómo, que se retiren los milicianos? Yo voy contigo ahora mismo.» […] Dolores tomó rápidamente su bolso y salió conmigo a la carretera. Un grupo de milicianos en retirada se acercaba a nosotros. Dolores se sube a la barandilla de granito del puente y les arenga: «¡Soldados, camaradas! ¿A dónde vais? ¿Por qué huís del frente? ¿Sois acaso unos cobardes? ¿Quién va entonces a defender Madrid? ¿Qué dirán de vosotros vuestras mujeres, vuestras novias, vuestras madres? ¿No amáis la causa de los trabajadores, de la libertad, vuestra causa? […] ¡Es preciso luchar para que Madrid no caiga en manos de los fascistas!». Su figura de negro, erguida sobre el pretil, su voz de acero, que resonaba cortando el aire de la mañana soleada, sus reproches a los que abandonaban el frente, sus palabras de aliento, su sola presencia allí, en aquel momento, dejó como petrificados a los que se retiraban. De pronto, como movidos por un resorte, los del grupo más cercano dan una vuelta en redondo y se dirigen de nuevo al frente. Algunos lloran. Los demás siguen su ejemplo. La retirada se para. Los milicianos, ahora ya soldados, vuelven al frente[48].

Incansable, la Pasionaria recorría a toda prisa las defensas de la ciudad; se detenía aquí y allá a pronunciar un discurso improvisado, a hacer algo para aliviar la escasez de suministros. Al menos en dos ocasiones encontró tiempo para buscar un local adecuado y trabajo social a un grupo de monjas a las que habían detenido para su propia seguridad y para otro grupo al que habían encontrado escondido[49]. Seguro de que Madrid caería, el 6 de noviembre el gobierno republicano se fue a Valencia y dejó la protección de la ciudad en manos de una Junta de Defensa presidida por el general Miaja. En octubre, los ministros comunistas del gobierno de Largo Caballero, Jesús Hernández (Educación) y Vicente Uribe (Agricultura), habían afirmado que la defensa de Madrid y la evacuación del gobierno no eran incompatibles, pero Dolores Ibárruri se oponía al traslado. Sin embargo, en una reunión, el Politburó del PCE decidió que Dolores y José Díaz acompañaran al gobierno a Valencia. El comunista italiano Vittorio Vidali escribió: «La recuerdo llorando y furiosa, esa noche del 6 de noviembre de 1936, cuando la acompañé a las afueras de la capital, entonces en peligro mortal. […] Esa noche acompañé a Dolores y la vi llorar amargamente; había luchado para quedarse en Madrid y la partida se le antojaba una huida.»[50] Vidali se equivocó con la fecha, pues Dolores Ibárruri no salió de Madrid hasta más tarde en ese mes de noviembre y sólo por breve tiempo[51]. El gobierno causó una mala impresión con su marcha y permitió al PCE encabezar la defensa de Madrid y, por lo tanto, incrementar su prestigio, un paso importante para hacerse con las riendas del esfuerzo de guerra republicano.

El 8 de noviembre, en un Madrid aterrorizado, Dolores pronunció un discurso en un entusiasta mitin en el cine Monumental, a apenas un kilómetro del frente. Los esfuerzos sobrehumanos de las semanas anteriores la habían afectado: al ver cuán delgada estaba, Eugenio Cimorra, un colega de *Mundo Obrero*, y Koltsov se asombraron tanto, que éste escribió: «Ha adelgazado, está muy pálida; ahora parece aún más alta, más imperiosa y, en cierto modo, más joven. Como siempre, vestida de negro y, pese a la sencillez de su vestido, elegante». La recibieron con entusiasmo y el discurso en el que agradecía la ayuda soviética elevó muchísimo los

ánimos[52]. La ayuda rusa a la República la conmovió profundamente; grandes retratos de Lenin y de Stalin dominaban su despacho, además de un enorme ramo de flores y montones de novelas de detectives[53]. Cuando el 6 de noviembre llegaron los brigadistas internacionales a ayudar en la defensa de Madrid, Dolores corrió los mismos riesgos a fin de animarles. El 15 de noviembre se dirigió a ellos en los sótanos de la facultad de arquitectura de la Ciudad Universitaria, en las afueras septentrionales de Madrid, llenos de mujeres y niños que se resguardaban de los bombardeos aéreos de los nacionales, acompañada por el ruido de los proyectiles de artillería y de las metralletas. Subrayó de nuevo la importancia internacional de la lucha española: «Vosotros lucháis y hacéis sacrificios por la libertad y la independencia de España. Pero España se sacrifica por todo el mundo. Luchar por España es luchar por la libertad y la paz en todo el mundo.»[54]

El 23 de noviembre, Franco tuvo que reconocer que el asalto frontal a Madrid había fracasado, de modo que cambió de estrategia: asedió la capital y, a la vez, barrió parte de la periferia. Dolores nunca más estaría tan involucrada en la guerra, si bien su papel en el mantenimiento de la moral continuó siendo crucial. La norteamericana Celia Seborer, ayudante del cirujano Norman Bethune, escuchó un discurso pronunciado por Dolores en Valencia a mediados de febrero de 1937; de esta experiencia escribió:

> Sabía que era una oradora dramática e inspiradora, pero no me esperaba la belleza y la calidez de su voz; posee una rica y envolvente cualidad que hace que una sienta que la rodea con el brazo, que habla directamente con una; sus gestos son pocos, sencillos y directos, pero su espíritu, su valor y su calor humano resultan contagiosos[55].

John Tisa, un brigadista norteamericano, describió cómo hablaba en un congreso de escritores celebrado en Madrid en julio de 1937, durante un bombardeo aéreo; según él, la fuerza y la confianza de su voz disipó los temores del público y lo encandiló durante una hora[56].

La caída de Málaga en febrero de 1937 la enfureció, y culpó de ella, al menos en parte, a Largo Caballero. El 4 de marzo, en un mitin celebrado en Valencia, lanzó un ataque apenas velado contra el subsecretario de Defensa de Largo Caballero, el general José Asensio Torrado:

> Queremos un ejército en el que no haya generales que, mientras el pueblo y los soldados luchan con heroísmo, mientras nuestras mujeres y nuestros niños son ametrallados por la aviación fascista en las carreteras de Málaga, ellos se divierten en prostíbulos y lupanares[57].

Desempeñaría un importante papel, tanto en público mediante sus discursos, como en privado, en la campaña por eliminar a Largo Caballero del gobierno. Tras la rebelión del POUM y la CNT contra la República en los «hechos de mayo» de 1937, en Barcelona, Dolores visitó a Azaña acompañada de José Díaz, y se quejó de Largo Caballero, de su ineptitud, de su falta de control, de la timidez con que trataba a la CNT y de la influencia perniciosa de su entorno personal[58].

El cambio de gobierno poco hizo para ayudar al País Vasco. La caída de Bilbao el 19 de junio supuso para la Pasionaria un golpe devastador que le hizo expresar su rabia en un elocuente artículo:

> Ejércitos alemanes e italianos, legiones de mercenarios, de asesinos profesionales, han invadido —después de haber arrasado sus pueblos y sus ciudades— el viejo solar vascongado, mancillándolo con su planta sangrienta. Euzkadi llora con lágrimas de sangre la horrenda profanación.

Su dolor, sin embargo, no le impidió sacar de ello una lección política y criticar implícitamente a Largo Caballero y al gobierno vasco:

> La pérdida de Euzkadi ha sido una terrible lección: en Euzkadi no había Ejército regular. No había más que milicias bravas, heroicas, admirables; lo mismo las nacionalistas que las socialistas, que las comunistas, que todas […]. Se luchaba a pecho descubierto, se derrochaba el valor a raudales. Pero no había Ejército organizado, no había mandos, no había comisarios, esos comisarios heroicos, abnegados, que son el alma del Ejército del pueblo[59].

En 1937, entre sus numerosas tareas, estaba la de reunirse con dignatarios extranjeros que venían de visita; invariablemente, su calor humano los impresionaba favorablemente; así, la duquesa de Atholl, presidenta del Comité Nacional Conjunto para la Ayuda a España, de Gran Bretaña, la conoció en 1937, y la comparó con la gran actriz italiana Eleanora Duse:

> Poseía la misma maravillosa gracia que la Duse, pero era mucho más hermosa, de tez espléndida, grandes ojos oscuros y rizado cabello negro. Entraba en las habitaciones como una reina y, sin embargo, era hija de minero […]. Yo no entendía nada de lo que decía, y hablaba muy rápido, pero con sólo verla y escucharla sentía placer[60].

Charlotte Haldane, escritora inglesa que recababa fondos para las familias de los brigadistas internacionales, conoció a Dolores en 1938:

> Poseía una figura de matrona, pero magnífica, y su porte era de nobleza y dignidad naturales, tan característicos de ciertos españoles, sin importar su clase social; sus rasgos eran regulares, aquilinos; sus ojos, oscuros y centelleantes; tenía dientes espléndidos y una sonrisa juvenil y femenina. Su voz, que podía hechizar a miles, resultaba, en privado, baja y melodiosa, no por eso menos decisiva[61].

Dolores nunca dejó de ir al frente, y precisamente por su valor al hacerlo se granjeó el afecto y el respeto de las tropas. Al parecer, para esta mujer de poco más de cuarenta años la euforia de la guerra representaba una experiencia rejuvenecedora. Poco antes de la batalla de Brunete, a principios de julio de 1937, fue a la primera línea acompañada del comisario político del frente de Madrid, Francisco Antón y algunos corresponsales de guerra. Las tropas, entusiasmadas, corrieron a verla[62]. El ataque a los sitiadores de Madrid en Brunete se planeó para apartar a las tropas nacionales de su triunfal campaña en el Norte; funcionó, pero a costa de enormes bajas. En el agobiante calor de Castilla, los republicanos se vieron bombardeados sin cesar durante tres semanas. Tras la batalla, la Pasionaria visitó de nuevo a los combatientes que habían sobrevivido, acampados a orillas del Guadalix, cerca de Fuente del Fresno. Muchos soldados estaban nadando y decidieron gastarle una broma: cuando Dolores se encontraba al borde de un profundo charco, la arrojaron al agua; ella salió, echándose el cabello hacia atrás y, con una amplia sonrisa, se limitó a comentar: «¡Qué caliente el agua!». Permaneció de pie, mojada y risueña, con la ropa pegada al cuerpo de modo muy revelador, para gran deleite de los soldados. Se tomó la broma a bien, pues sabía lo que habían sufrido y lo que necesitaban para recuperar la moral[63].

Debido a la angustia y la desesperación que le producía la guerra en el Norte, apoyó con fervor el ataque de diversión en Brunete y el que lo siguió, el 24 de agosto, en Belchite. En un artículo publicado en *Mundo Obrero* el 18 de octubre de 1937, tres días antes de la caída de Gijón, rindió homenaje a la heroica resistencia en Asturias y, en otro emocionado artículo, también publicado en *Mundo Obrero*, expresó su rabia y su impotencia por la falta de perspicacia de las democracias occidentales: «Hemos llamado al proletariado de todo el mundo para que acuda en nuestra ayuda; hemos gritado hasta enronquecer a las puertas de los países llamados democráticos, diciéndoles qué significaba nuestra lucha; y no nos escucharon.»[64]

En el ambiente que se vivía en la República en esos tiempos de guerra, las relaciones cambiaban constantemente. Separada de su marido desde hacía más de seis años, la rejuvenecida Dolores Ibárruri tenía un amante, Francisco Antón, de veintisiete años. A principios de la guerra, Antón había sido secretario del Comité Provincial del PCE de Madrid. Esbelto, moreno y guapo, pronto fue nombrado comisario del 5.º Regimiento y luego comisario inspector de todo el frente de Madrid. Él y Dolores se encontraban juntos a menudo; no había motivos para que en su vida personal Dolores no tuviera un poco de calor humano, y sin embargo la relación le creó problemas con algunos dirigentes del PCE, debidos en parte a la ética puritana del partido, en el que se consideraba políticamente útil proclamar que el marido luchaba en el frente[65], pero también reflejaba la envidia de sus rivales. Según uno de ellos, Jesús Hernández, la amistad de Dolores y José Díaz se agrió porque éste criticaba su relación con Antón.

La relación venenosa de Jesús Hernández tiene que utilizarse con extremo cuidado. Hacía suponer que José Díaz había dicho de Antón que «no se había manchado las botas en el barro de ninguna trinchera». Sin embargo, la maquinaria propagandística del partido lo convirtió en uno de los héroes de la defensa de Madrid. Si bien vestía siempre con elegancia, con el pantalón bien planchado, Hernández sin duda inventó que administraba el cuerpo de comisarios «por medio de circulares y recibía a los delegados del frente enfundado en magníficos y perfumados pijamas de

seda en la confortable casa de la Ciudad Lineal de Madrid». Según la opinión generalizada en el partido, Antón utilizaba a su amante, que le sacaba quince años, para sus propias ambiciones políticas, y Hernández afirmó que Díaz había dicho a la Pasionaria que «me tienen sin cuidado tus asuntos privados, pero ya que tengo que ser forzosamente alcahuete de tus amoríos (pues si el hecho trasciende se vendría al suelo todo tu prestigio, y tu nombre lo hemos convertido en bandera moral de mujeres revolucionarias), debes saber que todo el aprecio que tengo por Julián lo siento de desprecio por Antón[66]».

La aventura con Antón no afectó las buenas relaciones de Dolores con los delegados más cosmopolitas de la Komintern, quienes pretendían hacer de ella el principal símbolo del partido. Dada su probada lealtad hacia Moscú, sus relaciones con Palmiro Togliatti y Boris Stepanov, consejeros de la Komintern, eran aún mejores. Togliatti vivía en su casa de Valencia y compartía las comidas con Dolores y Antón. A mediados de septiembre, en una carta a Dimitrov y Manuilski, la alabó y afirmó que veía en ella a una secretario general del partido en potencia[67]. El 25 de noviembre de 1937, escribió sobre lo que consideraba la influencia excesiva que ejercía sobre ella Victorio Codovilla[68]. En el otoño de 1937, cuando Prieto promulgó un decreto según el cual los comisarios políticos en edad militar debían ir al frente, lo que afectaba directamente a Antón, el partido lo presionó mucho para que lo dejara sin efecto. Prieto se negó, y de encabezar a los comisarios de tres cuerpos del Ejército, Antón pasó a ser únicamente comisario de brigada en el frente de Teruel. Sin embargo, no se presentó en su nuevo destino, y Prieto lo destituyó del cuerpo de comisarios. Antón se presentó entonces en Madrid, sin permiso de Prieto, como adjunto civil del general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor republicano[69].

La admiración de Dolores por la experiencia bolchevique era absoluta, y su lealtad hacia la Unión Soviética, incondicional[70]. Con total convicción, escribía y pronunciaba denuncias del trotskismo[71]. En sus memorias, se refiere al POUM como «anarcotrotskistas fascistas[72]». Hernández trató de implicarla en el asesinato de Andreu Nin, alegando que ella y Codovilla habían autorizado la detención, el 16 de junio, de Nin y de los dirigentes del

POUM, a espaldas tanto del ministro del Interior, Julián Zugazagoitia, como de Díaz y del propio Hernández[73]. Probablemente no sea cierto, si bien no cabe duda de que la Pasionaria aprobó la liquidación del POUM.

En esa época, Nin no constituía precisamente la principal preocupación de Dolores, ni mucho menos. José Díaz estaba muy enfermo y ella realizaba muchas de las funciones del secretario general; trabajaba de día y de noche, importunada constantemente por problemas, papeles que leer y autorizar, visitantes a los que recibir. En los días anteriores a la detención de Nin, preparaba su informe al pleno del PCE, celebrado en el Conservatorio de Valencia el 18 de junio de 1937, en el que abogaría por la unión del PCE y del PSOE[74]. Si bien éste era el objetivo principal de su informe, también justificó el ataque al POUM; acusando a los trotskistas de ser peores enemigos que los fascistas, declaró que:

> Jamás serán excesivas las medidas que se tomen para limpiar el campo proletario de la planta venenosa del trotskismo […]. La actuación del trotskismo en nuestro país —no quiero ahora referirme a los hechos monstruosamente criminales realizados en la Unión Soviética porque son conocidos de todos— debe ser el grito de alarma para mantener en guardia permanente al proletariado sobre los fines que el trotskismo persigue[75].

Dada su fe en Moscú, le habría resultado fácil considerar a Nin como un provocador[76]. El ala caballerista del PSOE vería con cierta suspicacia su informe a favor de la unidad.

El 13 de octubre de 1937, Dolores Ibárruri formó parte de una delegación que visitó al presidente Azaña con el fin de oponerse al propuesto traslado del gobierno de Valencia a Barcelona. Como portavoz del grupo, Dolores se esforzó en mostrarse agradable. «Supongo que eso de la dictadura del proletariado lo habrán aplazado ustedes por una temporadita», fue el comentario frívolo de Azaña, al que ella contestó, sumisa: «Sí, señor presidente, porque tenemos sentido común». La delegación alegó que un traslado del gobierno a Barcelona desmoralizaría a la población y que sería desastroso que los nacionales aislaran Cataluña del resto de España. Azaña señaló que, en cualquier caso, esto significaría la derrota de la República, aunque el gobierno se encontrase en Valencia o en

Barcelona, y la Pasionaria estuvo de acuerdo: «Sí, señor. Eso sería perder la guerra, indudablemente, y habría que ver entonces qué se podía salvar.»[77]

Tras la pérdida de Teruel, lanzó un feroz ataque contra Prieto, en un discurso pronunciado el 27 de febrero de 1938 ante el PSUC, en Barcelona.

> ¿Quiénes son los que en estos momentos siembran el derrotismo, y hablan de incapacidad de nuestro Ejército? Son los que siempre han estado en retaguardia, los que viven de la guerra y no para la guerra. Son los que no han sentido en sus gargantas el agrio regusto de la pólvora en los frentes. Son los incapaces y los cobardes[78]…

Luego, el 16 de marzo, encabezó una manifestación organizada por el PCE y el PSUC en el palacio de Pedralbes para presionar al gabinete contra la inclinación de Azaña y Prieto a pedir una mediación internacional. Todo fue orquestado de antemano. Negrín salió de la reunión del gabinete para reunirse con la Pasionaria, quien le presentó la exigencia de la manifestación de que se comprometiera a continuar resistiendo[79].

El 23 de mayo de 1938, en ausencia del gravemente enfermo José Díaz, Dolores presentó el principal informe a la sesión plenaria del Comité Central del PCE, celebrada en Madrid. El comunista francés Georges Soria le presentó al periodista norteamericano Vincent Sheean: «Vi a una mujer de ancho busto, de unos cuarenta años, de risa alegre y firme apretón de manos […]. Había en su risa una espléndida cualidad terrenal, pero su rostro, en descanso, resultaba muy triste». Su discurso, de tres horas y media de duración, le impresionó por el modo extraordinario en que lo pronunció; si bien consistía en la línea del partido y, según Sheean, probablemente lo había redactado un comité,

> se convirtió enteramente en suyo, gracias a la estructura de las frases y, por encima de todo, a su voz, su cara, sus manos y su personalidad extraordinarias. No era una voz de las que solemos definir como «musicales», o sea, que carecía de tonos melodiosos y contenía poca dulzura; era a la vez más aguda y más baja que la media, tenía mayor registro, nada más […]. Donde se convertía en una voz diferente a todas las que he oído era en la impresión que daba de apasionada sinceridad. Este don expresivo mora en todo momento en la voz de Dolores, tanto en el menos significativo de sus comentarios como en sus grandes y generales declaraciones, con el resultado de que es imposible no creer lo que dice mientras lo dice[80].

Cinco semanas antes, las fuerzas de Franco habían llegado al Mediterráneo, dividiendo la España republicana y aislando a Cataluña; la situación, según Dolores había convenido con Azaña, significaría la inevitable derrota de la República. Quizá por esto su informe al Comité Central resultó brutalmente franco, y en él no hizo el menor esfuerzo por minimizar la gravedad de la situación: «Las derrotas militares que hemos sufrido en los últimos meses, nos han situado en un trance tal que tenemos que afirmar, sin exageraciones de ningún género, que, en el momento presente, está más directa y gravemente amenazada que nunca lo ha estado la libertad y la independencia de nuestra patria». A continuación, trazó una sombría valoración de la situación internacional, de las dificultades a que probablemente se enfrentaría la zona central y de los problemas recurrentes del derrotismo. Acabó con un entusiasta llamamiento a una mayor unidad y disciplina en el apoyo al programa del doctor Negrín como base de la resistencia[81]. Según Sheean:

> A veces describía la situación con tal franqueza y dureza que se oía cómo al público entero se le cortaba el aliento. Su propósito era, por supuesto, hacer que se redujeran esos fracasos y esos errores en el futuro. No criticaba al gobierno, pero sí, ¡y cómo!, a su propio partido y a otros partidos revolucionarios. Luego, habiendo asustado al público con su retrato del desastre, se dedicaba a probar que la victoria era posible, y en qué condiciones […]. A un periodista norteamericano corriente sentado en la primera fila de la sala le parecía que pedía a estas gentes que dejaran de ser comunistas, al menos hasta que se ganara la guerra.

Si bien su mensaje estremecía al público, «su don, su incuestionable don oratorio, el más asombroso que yo haya oído, obraba milagros y cuando acababa, el público entero la vitoreaba[82]».

El 26 de julio de 1938, pronunció otro discurso, semejante en espíritu, en el transcurso de una manifestación organizada por el Rassemblement Universel pour la Paix en el Vélodrome d'Hiver de París. Pidió ayuda para la famélica zona republicana y aprovechó para denunciar que el POUM era el responsable de la llegada triunfal de Franco al Mediterráneo y afirmar que los comunistas «luchamos para limpiar nuestro campo de hierbas venenosas». Con mayor energía, denunció de nuevo los rumores sobre una paz por mediación:

¿Quiénes son los que tienen la audacia de hablar de armisticio, de mediación o de capitulación? No son los hombres que en las trincheras se enfrentan cada día con la muerte. No son los obreros que agotan sus fuerzas en las fábricas. No son las mujeres que ofrendan sus hijos y sus hombres para la guerra. Son las cornejas del derrotismo, son los que nunca han tenido fe en nuestro pueblo, son los que lejos del frente de batalla se prestan a las maniobras y combinaciones del enemigo[83].

Se trataba de una clara referencia a Azaña, Besteiro y Prieto.
John Tisa la vio en Barcelona en noviembre de 1938; la describió como

una mujer despampanante de unos treinta y cinco años […] el cabello, negro mezclado con gruesas hebras grises, se lo peina con raya a la derecha, echado hacia atrás y cuidadosamente recogido en la parte posterior de la bien formada cabeza. Con su fina nariz aquilina, su tez y sus rasgos suaves, es una mujer fuerte y guapa.

Unos días más tarde, la encontró de nuevo entre un grupo de niños en una calle de Barcelona:

Hoy lleva el cabello negro y acero recogido en un moño y sujeto por una peineta color café. Sus ojos están hundidos bajo unas cejas negras y una frente suave y alta. Si bien es de complexión robusta, con pechos altos y llenos, parece bien proporcionada. Su rostro hermosamente cincelado revela una personalidad inconquistable; irradia calidez y confianza; no hay en ella nada artificial; su voz es profunda, resonante, casi masculina. Cuando aplaude, y lo hace a menudo, sus manos de largos dedos se juntan continua y fluidamente como pistones bien engrasados. Me dicen que está molesta porque aún no ha llegado alguien que tenía que venir con regalos para los niños. ¿Qué don innato posee para que, en una habitación llena, la gente deje de pronto de hacer lo que estaba haciendo y la mire con asombro, admiración y afecto[84]?

Durante la crisis de Múnich, Negrín propuso la retirada de las Brigadas Internacionales con la esperanza de que con esto tanto la opinión pública británica como la francesa se pusieran a favor de la República. El desfile oficial de despedida tuvo lugar en Barcelona el 29 de octubre. En presencia de muchos miles de españoles que lloraban y vitoreaban, Dolores Ibárruri sollozó en el transcurso de un discurso emotivo y conmovedor:

¡Camaradas de las Brigadas Internacionales! Razones políticas, razones de Estado, la salud de esa misma causa por la cual vosotros ofrecisteis vuestra sangre con generosidad sin límites, os hacen volver a vuestra patria a unos, a la forzada emigración a otros. Podéis marchar orgullosos. Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico de la solidaridad y de la

> universalidad de la democracia […]. No os olvidaremos; y, cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República Española, ¡volved! […] Volved a nuestro lado, que aquí encontraréis patria, los que no tenéis patria, amigos, los que tenéis que vivir privados de amistad, y todos, el cariño y el agradecimiento de todo el pueblo español, que hoy y mañana gritará con entusiasmo: «¡Vivan los héroes de las Brigadas Internacionales!»[85]

Fue, en muchos aspectos, su mejor momento, y sus palabras captaron las emociones de los derrotados. Bajo la mirada de abatimiento del presidente Azaña, los brigadistas desfilaron y los espectadores arrojaron flores a su paso. Al final de la guerra, la Pasionaria huyó a Argel y, de allí, a Francia, donde fue convocada a Moscú[86].

La huida de España y el viaje a Moscú resultaron sumamente traumáticos. Exiliados en la Unión Soviética, dependiendo en todo de la caridad rusa, los dirigentes del PCE no podían sino ser inflexibles y ortodoxos estalinistas. La gratitud por el refugio que les proporcionaba la Unión Soviética y por la ayuda aportada por ésta durante la guerra civil, obligó a la Pasionaria y a otros dirigentes españoles del partido a apoyar el pacto entre Hitler y Stalin, firmado el 23 de agosto de 1939. Dolores Ibárruri y José Díaz guardaron silencio acerca de su propia experiencia de la agresión fascista. En interés de la política soviética y, por lo tanto, del Tercer Reich, denunciaron las ambiciones imperialistas de las democracias y exhortaron a los españoles exiliados en Europa a no comprometerse con la lucha de la resistencia[87]. Cabe la posibilidad de que esto causara a Dolores más angustia de la que estuviese dispuesta a manifestar. Más o menos por esa época, Fred Copeman, miembro de las Brigadas Internacionales y del Comité Central del Partido Comunista de Gran Bretaña, fue a Moscú y se encontró con Dolores Ibárruri en el hotel Luxe, donde se hospedaban los dirigentes de la Komintern; según él, Dolores ya no era «la ardiente oradora de las defensas de Madrid, [sino] una mujer silenciosa, de cabello oscuro y rostro bondadoso, pero muy práctica». Copeman tuvo, además, la impresión de que se encontraba bajo una especie de arresto domiciliario:

> En el fondo, mi reunión con la Pasionaria me dolió y no me agradó. Esperaba encontrarla en el escenario del teatro Bolshoi, cogida de la mano de Stalin, y que la presentaran como una de las mejores comunistas vivas; la encontré sola en una pequeña habitación, vigilada de cerca por unidades del Ejército Rojo […]. En mi opinión, si había un ser vivo que tuviese derecho a todo lo que teníamos, ésa era la Pasionaria. Nunca había renunciado a la lucha por el pueblo español. Se arriesgaba con los hombres en el frente; era la madre de una familia que había hecho grandes sacrificios, y uno de sus hijos había dado la vida. Era una obrera, de la clase obrera, y su lealtad e integridad eran incuestionables; sin embargo, en ese momento no era dichosa, ni mucho menos […]. Para los soviéticos, España se había convertido en un bochorno. La Brigada empezaba a pasar a la historia y en el futuro, la política soviética consistiría en olvidar este cuerpo. Los nuevos amigos de la Pasionaria no tenían tiempo para ella. El pacto nazi-soviético ya se había convertido en una posibilidad inmediata y esta mujer, con sus profundas convicciones y leal a sus principios, podía convertirse en un problema político[88].

De hecho, el pacto nazi-soviético favorecería a Dolores. Al final de la guerra civil el PCE envió a Francisco Antón a Francia, donde la Gestapo lo capturó durante la invasión alemana. Dolores se sintió destrozada por la noticia, y pasaba horas encerrada en su despacho, sin hablar ni sonreír. Según algunos comunistas renegados, finalmente, intervino ante Georgui Dimitrov, quien, a su vez, intervino ante Stalin. Según Enrique Líster, éste comentó: «Bueno, si Julieta no puede vivir sin su Romeo, se lo traeremos, pues siempre tendremos por aquí un espía alemán para canjearlo por Antón».

Su amiga y compañera, Irene Falcón, insistió categóricamente que, dado el carácter de Dolores, es inconcebible que hubiera hecho un pedido a Stalin a título personal para que Antón fuera rescatado. De hecho, durante el período del pacto nazi-soviético, había numerosos intercambios de agentes y era bastante normal que Antón fuera uno de ellos dada su importancia dentro de la jerarquía del PCE. La embajada soviética en París hizo muchos tratos con Otto Abetz, el embajador de Hitler en Francia. En uno de ellos, Antón fue sacado del campo de concentración a Le Vernet, provisto de un pasaporte soviético y llevado a través de Alemania escoltado por un diplomático soviético. Como era de esperar, Dolores se sintió muy contenta cuando Dimitrov le dio la noticia de que traían a Antón a Rusia. En Moscú, el empleo de Antón consistía en supervisar los estudios de los comunistas españoles que asistían a las academias políticas y militares[89]. Formó parte

del entorno de Dolores, junto con Irene Falcón y un joven e inteligente funcionario del partido, Ignacio Gallego. Profundamente deprimida por la derrota de la República, Dolores se limitó a este pequeño círculo, y cualquier contacto con ella pasaba por Irene Falcón. Esta situación contribuyó a su aislamiento y su santificación, como si de una especie de reina madre del partido se tratara[90].

En el exilio participó, contra su voluntad, en la batalla por la sucesión de José Díaz. Su victoria fue fruto de su habilidad para seguir los vientos prevalecientes en el Kremlin, toda una hazaña en ese Moscú de tiempos de guerra. Su flexibilidad táctica se reveló en la primera reunión del secretariado de la Komintern, en la que se habló de la situación en España. Según la descripción optimista de Dolores y Díaz, el Partido Comunista de España era fuerte y estaba a punto de derrocar a Franco. Cuando su archienemigo Jesús Hernández y los importantes dirigentes de la Komintern Georgui Dimitrov y Dimitri Manuilski criticaron agriamente el informe, cambió de bando de inmediato y lanzó un feroz ataque contra José Díaz, quien comentó después: «¡Cuánta prisa tiene!»[91] En 1941, evacuaron Moscú y Dolores emprendió, con los principales funcionarios de la Komintern, el peligroso viaje de nueve días en tren hacia un nuevo cuartel en el este, en Ufá, en la República de Bashkiria[92]. Hacia el final de la larga lucha de José Díaz contra el cáncer de estómago, los médicos recomendaron trasladarlo al clima menos crudo de Georgia; allí, aislado, sufriendo, se suicidó el 21 de marzo de 1942, arrojándose de un balcón en Tiflis.

En la horrible batalla por el poder que empezó en el seno del PCE antes de la muerte de Díaz, los principales rivales de la Pasionaria —Jesús Hernández y sus aliados, Enrique Líster, Juan Modesto y Enrique Castro Delgado—, utilizaron su relación con Antón contra ella. A éste lo apodaron Godoy, una referencia al valido de la esposa de Carlos IV. Según Castro Delgado, Dolores le impidió escribir un libro acerca de la guerra civil española por temor a que minara sus esfuerzos de presentar a Francisco Antón como el héroe de la batalla de Madrid[93]. Declaró que ella hizo arreglos para que su amante llevara una existencia fastuosa, rodeado de

lujo, en Moscú, lo que parece improbable. Más tarde, en términos malévolos y rencorosos, escribiría que: «Era la de Pasionaria una de esas pasiones seniles que en su desenfreno saltan sobre toda clase de obstáculos.»[94] Dada la dislocación de la guerra, la lucha por el poder duró de 1940 hasta finales de 1943; en ella, Antón dirigió la campaña de Dolores. Durante un tiempo una buena parte del partido apoyó a Hernández, quien parecía contar con el respaldo de Dimitrov y Manuilski. Mientras Hernández pasaba su tiempo con los militantes de base exiliados, Dolores cultivó su relación con los principales personajes del Kremlin. El 3 de septiembre de 1942 se sintió destrozada cuando Nikita Jruschev le informó de la muerte de su hijo Rubén en Stalingrado, y durante nueve meses se encerró en un aislamiento total[95]. Luego, a principios del verano de 1943, salió de repente de él, rompió irrevocablemente con Antón, quizá como consecuencia de esa misma pena o tal vez porque comprendió que suponía un requisito previo para triunfar en la lucha por el poder. Según la versión de Santiago Carrillo, decidió renunciar a toda vida personal después de los insultos de que fue objeto por parte de la alianza entre Hernández y Castro. Retomó las riendas del liderazgo, empezó a ocuparse de los múltiples problemas de los exiliados y pronunció expresivos discursos dirigidos a España desde la transmisora de radio conocida como Radio Pirenaica. En otoño de 1943, resultó obvio que ganaría, pues a Jesús Hernández se le permitió ir a México, indicio seguro de que el Kremlin no estaba a favor de su candidatura. Su vana esperanza era recoger apoyos entre los exiliados en América. Resulta significativo que le acompañara —y vigilara— el mismísimo Antón[96]. En mayo de 1944 Hernández fue expulsado del partido en México, por su sectarismo y su «actitud fraccionaria[97]». A partir de entonces, Dolores asumió el cargo de secretaria general.

Poco antes del fin de la Segunda Guerra Mundial, confiada en que pronto regresaría, triunfante, a Madrid, Dolores Ibárruri emprendió un peligroso viaje por Irán, Siria y Egipto, y de allí a Francia, con el fin de asumir la dirección en este último país del PCE. Antes de salir de Moscú, el 23 de febrero de 1945, conversó largo y tendido con Stalin, quien le prometió su apoyo[98]. Llevaba mucho tiempo abogando por una amplia

unidad antifranquista, si bien con la idea de que los demás grupos aceptaran el liderazgo del PCE, mediante la Unión Nacional[99]. Pronto desapareció su optimismo de que Franco compartiría la suerte de sus aliados alemán e italiano. Justo después de la Conferencia de Potsdam había moderado ligeramente su posición y estaba dispuesta a aceptar la posibilidad de una coalición contra Franco, si bien todavía pensaba en la restauración de la Segunda República[100]. Una vez en Francia, habló ante un pleno del PCE, celebrado en Toulouse, el 5 de diciembre de 1945, e hizo un llamamiento por una coalición nacional que organizara un plebiscito; condenó el gobierno en el exilio de José Giral como poco representativo y pidió la inclusión en él del PCE[101]. A partir de 1944, en España la estrategia del partido comunista —inspirada en la esperanza de restaurar la República derrotada— consistía básicamente en una guerra de guerrillas contra la dictadura. Sin embargo, al llegar 1948 los grupos guerrilleros se hallaban, en su lucha aislada contra la policía, la Guardia Civil y el Ejército, cada vez más a la defensiva. Su objetivo inmediato había sido el de preparar una sublevación nacional que coincidiera con la intervención aliada contra Franco. Pero dada la intensificación de la guerra fría, esto no sólo no iba a ocurrir, sino que Stalin no deseaba correr el riesgo de un incidente internacional provocado por la actividad de los comunistas en España. Por lo tanto, a principios del verano de 1948 el Kremlin convocó a una delegación formada por Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo y Francisco Antón, que fueron recibidos por Stalin, Molotov, Voroshilov y Suslov. Stalin les aconsejó con insistencia que retiraran a los guerrilleros e iniciaran una política a largo plazo, o sea, que se infiltraran en los sindicatos legales y otras organizaciones en el interior de España[102]. Como corolario del abandono de la violencia, se impuso un mayor compromiso con la idea de que sólo podría derrocarse la dictadura mediante una amplia alianza de fuerzas de la oposición. Puesto que las demás fuerzas democráticas españolas estaban muy influenciadas por el ambiente anticomunista de la guerra fría y aún se sentían resentidas por la arbitrariedad del PCE durante la guerra civil, para crear un frente amplio los comunistas se vieron obligados a hacer gala de una moderación que fuera verosímil. Esto, pasado

el tiempo, supondría cierta desestalinización, proceso que Dolores manejaría con gran astucia. Entretanto, sin embargo, algunos de los peores efectos del estalinismo aún habían de golpear al PCE. En el apogeo de la guerra fría, el PCE, al igual que muchos otros partidos comunistas de Europa, se vio profundamente afectado por los procesos, fruto de la profunda paranoia de Stalin, contra judíos, médicos y extranjeros.

A finales de 1948 Dolores tuvo que regresar a Moscú debido a su mala salud. En 1949, tras una operación de la vesícula, a punto estuvo de morir víctima de una pulmonía. Tuvo que pasar seis meses en el hospital, donde la visitó Stalin; su convalecencia fue larga y lenta y supuso, de hecho, el comienzo del fin de su liderazgo en el partido[103]. Pese a su debilidad, pronto se vio obligada a lidiar con graves problemas en el seno del PCE; la crisis se centraba en Francisco Antón, que no dejó de gozar de gran prominencia dentro del partido tras su separación de Dolores; después de la Segunda Guerra Mundial, compartió con Carrillo, Uribe y Mije, el liderazgo del centro operativo de París. El malhumor, la tiranía y la desorganización del de mayor antigüedad, Vicente Uribe, fue una de las principales causas de los problemas del partido. Dolores había conseguido contenerlo mientras seguía en Francia, pero a su regreso a Moscú la situación se tornó imposible. Antón y Carrillo decidieron reformar el partido y marginar a Uribe; así pues, en 1951 Antón fue a Moscú a consultar con Dolores, quien, para gran sorpresa de él, le atacó furiosamente. No sólo esto, sino que aprobó que Uribe redactara un documento en el cual le acusaba de actividad fraccionaria y uso de métodos autoritarios. La Pasionaria llegó incluso a acusarle de ser agente de la policía. Claudín sospechaba que esta hostilidad extrema se debía a que ahora Antón vivía con Carmen Rodríguez, una joven y hermosa militante del partido en París. Carrillo, sin embargo, creía que, dado el mortífero ambiente de suspicacia que empezaba a apoderarse de Moscú, Dolores intentaba protegerse, así como proteger a otros, y Antón constituía un blanco ideal, precisamente porque su anterior relación con él podía verse como una peligrosa desventaja. Durante casi dos años —desde mediados de 1952 hasta mediados de 1954— Antón fue objeto de una serie de

acusaciones e interrogatorios despiadados en París. Podría haberse marchado, sencillamente, del partido, pero, en lugar de ello, «reconoció» sus desviaciones pequeñoburguesas en una serie de confesiones humillantes que Dolores ayudó a redactar. Psicológicamente destrozado, le ordenaron abandonar a su esposa e irse de París a Varsovia, donde se le prohibió contactar con los exiliados del PCE. Las autoridades polacas le ofrecieron empleo en una editorial, pero él prefirió el martirio en una fábrica de motocicletas. Su esposa y sus dos hijos se reunieron por fin con él en Varsovia, donde permaneció hasta 1964, cuando se inició una rehabilitación sumamente discreta de su persona[104].

La nada característica actitud vengativa de Dolores en el asunto Antón coincidió con otro caso trágico que podría, hasta cierto punto, explicar esta actitud. El destino de Francisco Antón y el papel que en él desempeñó Dolores Ibárruri no se entienden si no es como parte de la dimensión española del ciclo de depuraciones y juicios que afectaron al movimiento comunista en los años inmediatamente anteriores a la muerte de Stalin. Tras la desaparición en Praga del jefe del American Unitarian Welfare Service en Ginebra, Noel Field, se llevaron a cabo varios procesos. En el otoño de 1949, Laszlo Rajk, ministro de Asuntos Exteriores húngaro, fue acusado de mantener contactos con Field, de quien se aseguraba que era un agente de los servicios de inteligencia norteamericanos. Llevado a juicio, fue condenado y ejecutado. Casos similares se dieron en los partidos comunistas de Bulgaria, Polonia y Rumanía, entre otros. En 1950, catorce importantes comunistas checos fueron detenidos —entre ellos Rudolf Slansky, ex secretario general del partido comunista, y el ministro adjunto de Asuntos Exteriores, Arthur London—; once de ellos eran judíos, la mayoría habían luchado en las Brigadas Internacionales en la guerra civil española. Todos fueron acusados de trotskistas; a finales de 1952 fueron llevados a juicio y once de ellos, entre quienes se encontraba Bedrich Geminder, jefe del departamento de relaciones internacionales del Comité Central del Partido Comunista checo, ejecutados[105]. Geminder, íntimo colaborador de Georgui Dimitrov en la Komintern en Moscú a principios de los años cuarenta, había sido director de las emisiones en lengua extranjera

de Radio Moscú; su detención afectaba directamente a Dolores Ibárruri, pues había sido compañero de Irene Falcón de 1935 a 1936 y desde 1939 hasta que Dolores e Irene fueron a París, en 1945. Regresó a Checoslovaquia en 1949. Bajo tortura «confesó» haber tenido contacto con Field y con trotskistas, ser un «judío nacionalista» y cometer otras desviaciones burguesas capitalistas.

Irene Falcón se convirtió en *persona non grata*; le quitaron su empleo en Radio Pirenaica y no sufrió peores consecuencias gracias a la discreta protección de Dolores Ibárruri, quien al protegerla también corría peligro. Tanto a Irene Falcón como a su hermana Kety se les prohibió trabajar. Cuando a su hijo, Mayo, se le prohibió afiliarse al Partido Comunista de la URSS, Irene apeló a Claudín, responsable de la comunidad española en Moscú, quien le contestó con frialdad que «otras familias están en Siberia». Finalmente, Dolores consiguió empleo para Irene y para Kety en Radio Pekín. Puesto que todos los partidos subordinados debían seguir la corriente de los procesos, y presentar víctimas, el PCE depuró a Antón en París, así como a Jesús Monzón —ya en una cárcel franquista en España— y a Manuel Azcárate, a quienes Field había ayudado mientras colaboraba con la Resistencia francesa. Años más tarde, cuando los soviéticos reconocieron que Field no era agente norteamericano sino un antifascista, todos fueron exonerados[106]. Tal vez la vehemencia del ataque de Dolores contra Antón reflejara cierta amargura ante lo que podría haber percibido como rechazo por su relación con Carmen Rodríguez, sin embargo, su coincidencia con los juicios contra Slansky y demás, sugiere realmente que precisaba protegerse a sí misma y a Irene Falcón. Resulta imposible saber con exactitud hasta qué punto le afectaron la psicosis y la paranoia que reinaban en el Moscú de la época.

La muerte de Stalin, en marzo de 1953, conmocionó a Dolores[107]. Era un síntoma de que su propia época se acababa. Después sólo se hicieron los más lentos y desganados esfuerzos por liberalizar al PCE. Al cabo de dieciocho meses, éste celebró su V Congreso en Praga; en él se reveló el deseo de cambiar, pero también cuán dolorosa y gradual sería la desestalinización. Como secretaria general, Dolores Ibárruri presentó un

largo informe, centrado mayormente en la necesidad de una unidad democrática contra la camarilla franquista, varios aspectos del cual sin duda no seducirían a los socialistas, republicanos y anarquistas a los que proponía unirse. No sólo los acusó de ser responsables de la victoria de Franco en 1939, sino que dio a entender que eran lacayos del imperialismo yanqui, y declaró que un previo intento de unidad, la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, promovida por ellos en 1944, no era más que un montaje policial[108]. Empleó un lenguaje reminiscente de las depuraciones estalinianas para denunciar los elementos «degenerados» en el seno del PCE, a quienes, como ocurriera con las víctimas de los procesos contra Rajk y Slanski, acusó de tener contactos con Noel Field. Si estas referencias preocupaban a socialistas, republicanos y anarquistas, su efecto no se suavizó con la reiterada admiración de los países del Este y la declaración de intenciones de querer seguir el ejemplo del Partido Comunista de la URSS[109].

En su informe, la Pasionaria apenas ocultaba su convicción de que podía pasar por encima de los dirigentes de otros grupos de izquierdas y absorber sus bases en el PCE[110]. Por otro lado, comparado con el virulento sectarismo que había caracterizado la actitud comunista hacia socialistas y anarquistas desde que el partido abandonara, en agosto de 1947, el gobierno en el exilio, el lenguaje de Dolores Ibárruri suponía un auténtico esfuerzo de moderación. De hecho, habló mucho de la necesidad de eliminar las actitudes sectarias en el partido; sin embargo, el secretario de organización de éste, Santiago Carrillo, fue más allá de los vacilantes pasos de Dolores hacia la liberalización. Carrillo no estaba de acuerdo con la posición básica de Dolores y otros dirigentes «históricos» según la cual el objetivo de un amplio frente antifranquista debía ser la restauración de la Segunda República. A finales de 1955, la mayoría de los dirigentes del partido se hallaba en Bucarest, celebrando el sexagésimo cumpleaños de la Pasionaria, cuando se hizo pública la noticia de que la ONU (incluyendo la Unión Soviética) había votado a favor de la inclusión de dieciséis miembros nuevos, entre ellos España. La reacción de Carrillo, Claudín y Gallego, que dirigían el centro operativo de París, fue positiva, pues, aparte del hecho de

que Rusia había conseguido añadir Hungría, Bulgaria, Rumanía y Albania a la ONU, veían la inclusión de España como un toma y daca en la búsqueda pos-estalinista de una coexistencia pacífica; este inevitable reconocimiento de la estabilidad del régimen de Franco suponía un gesto hacia Occidente. Por el contrario, Dolores y la vieja guardia denunciaron a las Naciones Unidas por aceptar el ingreso de España.

Carrillo envió a Jorge Semprún a presentar el caso de los «jóvenes leones». Semprún acompañó a Dolores en un vagón cerrado de Praga a Bucarest; le asombró el lujo con que vivían los funcionarios más importantes del partido, y se impresionó al ver que cuando a Dolores le ofrecieron una serie de manjares, ella sólo pidió un vaso de agua mineral. La encontró dispuesta a escuchar, pero hostil. Como no deseaba precipitar una fuerte división en el partido, Dolores le dijo que pensaría en lo que le había expuesto[111]. A continuación se hicieron planes para dividir al grupo de París; incluyeron a Claudín, Uribe, Mije, Líster y la Pasionaria en la delegación que asistiría por el PCE al XX Congreso del PCUS, en febrero de 1956. La intención era «recuperar» a Claudín antes de acusar a Carrillo de querer implantar un reformismo socialdemócrata y de ser un oportunista. Sin embargo, Claudín había convenido con Carrillo en que ambos caerían juntos en su lucha por renovar el partido. En los intervalos entre sesiones del congreso de Moscú, Claudín resistió los acechos de la vieja guardia y obligó a Dolores Ibárruri a escuchar la opinión de su grupo acerca de los escasos resultados del PCE en España. Al principio, Dolores se puso del lado de Uribe y la situación de los liberalizadores pareció sombría; de pronto, ya que había tenido acceso previo al informe secreto en el que Jruschev denunciaría el estalinismo, decidió que las opiniones de Claudín y Carrillo iban en la línea de las nuevas corrientes liberalizadoras del Kremlin. Mandó llamar a Carrillo. Éste llegó a Bucarest sin saber nada del cambio de parecer de Dolores, convencido erróneamente de que iba a recibir el mismo trato que Antón unos años antes y, como Antón, dispuesto a aceptar la suerte que el partido pudiera reservarle, aunque significara que le enviasen a Siberia. Mije y Líster se percataron de lo que ocurría y Uribe, que según el comunista italiano Vittorio Vidali parecía «vivir en otro

mundo», quedó aislado. Poco después, fue sustituido como director del centro de París por Carrillo, ahora virtual secretario general en funciones[112].

Durante el XX Congreso del PCUS, Vittorio Vidali se encontró con Dolores en los pasillos del Kremlin y quedó asombrado ante las secuelas de su enfermedad:

> ¡Cómo ha cambiado! Siempre la recordaba como estaba cuando la conocí, durante el largo período de ilegalidad, cuando colaboró conmigo a ayudar a los presos políticos y sus familias después de las revueltas de Asturias y durante la guerra civil española: bella, majestuosa, ora alegre, ora triste; inteligente y espléndida oradora espontánea; la enfermedad había marcado su hermoso rostro y su mirada brillaba menos, pero su voz era la misma y tintineaba como una campana de plata.

La Pasionaria pronunció discursos en el congreso y también en numerosos actos públicos soviéticos de importancia, pero, en opinión de Vidali, «era la figura más trágica del congreso», desgastada como estaba por diecisiete años de exilio[113]. Aun cuando hubiese sospechado gran parte del contenido del informe de Jruschev, éste supuso para ella una amarga conmoción. Veía con reverencia a Stalin y el sistema soviético; durante casi treinta años habían formado el núcleo de sus actividades políticas, y la destrucción por Jruschev de todas sus certezas disminuyó su voluntad de seguir luchando[114].

El primer fruto de las revelaciones de febrero fue una flexibilidad sin precedentes en el politburó, lo que impulsó la formulación de una política de reconciliación nacional. Libres del yugo estalinista, Carrillo y el grupo de París se dedicaron a satisfacer la exigencia de los comunistas en el interior de España de encontrar un terreno común con la nueva oposición a Franco que surgía entre estudiantes y católicos. Gracias a la denuncia del culto a la personalidad, la secretaria general del PCE había perdido la aureola de santidad, y Dolores no sólo se deprimió por la pérdida de Stalin, sino que se vio cada vez más aislada y privada de noticias del grupo de París[115]. Tras largas discusiones en la primavera de 1956, los «jóvenes leones» de París, apoyándose con astucia en las implicaciones del discurso de Jruschev, ganaron la partida a Dolores y al PCE y publicaron una

importante declaración en la que pedían que se enterraran los odios de la guerra alimentados por la dictadura. Esta nueva estrategia no sólo expresaba la disposición comunista de unirse con monárquicos y católicos en un futuro régimen parlamentario, sino que indicaba también un compromiso con el cambio pacífico[116]. En agosto de 1956, cerca de Berlín, se celebró un pleno del Comité Central para ratificar la nueva política, reunión que trajo consigo una espectacular extensión del vacilante proceso de liberalización iniciado en el V Congreso del PCE.

Los dos informes principales los presentaron Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo; ambos reflejaban el deseo de emular al PCUS, lo que indica aún más la influencia que ejerció Moscú sobre la democratización del PCE. No obstante, ambos anunciaban importantes cambios en los métodos del partido. Si bien, por temperamento, Dolores prefería el derrocamiento violento de Franco y la restauración de la Segunda República, simpatizaba también con la idea de un amplio programa de reconciliación nacional pacífica. En su informe rendía homenaje al PCUS por su valor al reconocer públicamente sus errores y al señalar las diferentes vías hacia el socialismo; habló asimismo de la necesidad de aliarse con las fuerzas conservadoras y liberales en el interior de España a fin de asegurar una transición pacífica a la democracia[117]. Esto representaba claramente una desviación del sectarismo del pasado, si bien no era nada comparado con lo que tenía que decir Carrillo. Su informe constituía su análisis sumamente crítico de los defectos de la directiva del partido, en una clara referencia a Dolores Ibárruri. Punzante y lúcido, revelaba su ambición y su determinación de completar el proceso iniciado en 1954. Empezó por denunciar el culto a la personalidad en el PCE, si bien absolvía a Dolores Ibárruri de complicidad en este aspecto. Criticaba a los líderes del exilio por su subjetividad, su sectarismo y su aislamiento de las realidades del interior de España. A la sazón, Carrillo, que administraba el centro operativo del PCE en París, era secretario general en todo menos en el título formal. Cuando Dolores Ibárruri se opuso a su iniciativa de una huelga general pacífica el 18 de junio de 1959, él no le hizo caso. Aunque la huelga fracasó, la Pasionaria no aprovechó la oportunidad para atacar a Carrillo:

sabía que su tiempo había acabado, hecho que pareció aceptar al aproximarse a su sexagésimo quinto cumpleaños[118]. Carrillo hizo valer su autoridad y el PCE proclamó oficialmente que la huelga había sido un éxito. A finales de 1959, presentó su punto de vista en una reunión de dirigentes del partido celebrada en Uspenskoie, cerca de Moscú, y sólo Claudín se opuso a su interpretación de la huelga.

Lo que mayor conmoción causó en esta reunión fue el anuncio por parte de Dolores Ibárruri de que dimitía como secretaria general. Es probable que, dada la posición de fuerza de Carrillo, decidiera poner término a una situación falsa en la que ocupaba su puesto sólo nominalmente[119]. En el VI Congreso del PCE, celebrado en Praga del 28 al 31 de enero de 1960, Carrillo fue formalmente confirmado como secretario general, y a Dolores Ibárruri la «elevaron» al recién creado cargo de presidente del partido. De hecho, el informe presentado por Jruschev en el XX Congreso del PCUS ya había minado su fe en la causa, con lo que estuvo más que dispuesta a renunciar al liderazgo del partido[120]. Su dimisión supuso una impresionante manifestación del realismo que la caracterizaba y una muestra de que anteponía los intereses del partido a los propios. Se alegró de poder retirarse a la vida privada, a cuidar de sus nietos, Rubén, Fiodor y Dolores, a quienes prodigó el amor que no había podido dar a sus propios hijos. Frente al duro hecho de que Carrillo había acumulado mucho poder en sus numerosos años como secretario de organización, no deseaba destruir el PCE con una lucha fratricida. La inexorable concentración de poder de Carrillo continuó, a tal punto que en 1964 eliminó a sus antiguos aliados, Claudín y Semprún. Dolores tuvo poco que ver en esta polémica, aparte de describirles, cuando fueron expulsados, con más tristeza que enojo como «cabezas de chorlito[121]». La mujer que había vivido tantos años en Moscú, que sabía mejor que nadie en el partido en qué consistían realmente las luchas por el poder, expresó su tristeza ante la ingenuidad táctica de Claudín y Semprún.

En años posteriores, las obsesiones de la Pasionaria se centraron en la lealtad al aparato y a la unidad del PCE, como revelaría claramente su actitud durante la invasión rusa de Checoslovaquia en 1968: pese a su

instintiva simpatía por los rusos, el 21 de agosto de 1968 la Pasionaria fue al Kremlin a expresar la condena española a esta acción, cosa que requirió mucho valor, habida cuenta de que aún vivía en Moscú y de la dependencia del PCE respecto de los rusos, cosa que Mijaíl Suslov les recordó brutalmente, a ella y a Carrillo, frente a Luigi Longo y Giancarlo Pajetta, ambos del Partido Comunista Italiano. En 1969, Breznev y Kosiguin presionaron a Dolores y a Carrillo durante dos horas para que abandonaran su línea crítica. Después de esto, Dolores nunca gozaría de la misma posición en los círculos oficiales de Moscú, aunque poseía demasiado prestigio para que la atacaran en la Unión Soviética[122]. Hizo gala de mayor resolución aún cuando los rusos promovieron una escisión prosoviética en el PCE, liderada por el jefe militar de la guerra civil Enrique Líster. Cuando Carrillo inició su lucha contra estos elementos estalinistas, recibió el hábil respaldo de la Pasionaria, que, si bien no deseaba enfrentarse con sus viejos amigos y camaradas, sabía que la supervivencia a largo plazo del PCE en el interior de España dependía de su distanciamiento de Moscú; también influyó en ella la evidencia, que presenció personalmente en Moscú, del desmoronamiento del sistema y el surgimiento de la corrupción, el mercado negro y la mafia[123].

La muerte de Franco marcó el principio del fin de su largo exilio. La celebró con un discurso emitido por Radio Pirenaica: dejó de lado las sórdidas luchas intestinas del partido, recuperó parte de su antigua pasión, su profundo amor por España y su capacidad de expresar las esperanzas de millones:

> Franco ha muerto, pero la España eterna, la España de la democracia y de la libertad, la España que dio vida a un mundo, vive en su pueblo maravilloso, capaz de todas las hazañas […]. En España comienza a amanecer, y ese amanecer de hoy, rompiendo con las tinieblas del pasado, es el amanecer de una España en la que el pueblo será el principal protagonista, en que de nuevo sean reconocidos los derechos de los hombres y de los pueblos de nuestra patria multinacional y multirregional[124].

Dos semanas después celebró su octogésimo cumpleaños en Roma. En el Palacio de los Deportes, una rejuvenecida Dolores entusiasmó a los veinte mil asistentes con sus dotes oratorias, que trajeron a la memoria los

grandes discursos que había pronunciado en el pasado. Fue un discurso nostálgico, un repaso de casi sesenta años de militancia y, sin embargo, después de recordar «los caminos de sangre y terribles sacrificios» de la izquierda en la lucha por la democracia, acabó con una cita profética del cardenal Enrique y Tarancón, quien el 27 de noviembre había comentado que «para que España avance en su camino hará falta la cooperación de todos en el respeto de todos». Dolores Ibárruri dijo, por su parte: «Con toda la fuerza de mis convicciones comunistas, yo llamo a la Reconciliación nacional que ponga fin al estado de excepción y de división que la guerra y la dictadura franquista, levantándose sobre un millón de muertos, impuso a nuestro país». Se despidió con un «No os digo ¡adiós!, sino ¡hasta pronto en Madrid!»[125]. Seis meses más tarde, el 13 de mayo de 1977, tras casi cuatro décadas de exilio, regresó a España, donde desempeñaría un papel importante en la transición, aunque su relación con la guerra civil perjudicaría al PCE en las elecciones. Para gran disgusto de los militantes locales, Carrillo impuso su nombre como candidato en las elecciones asturianas; Dolores llevó a cabo una enérgica campaña coronada con el éxito[126]. Fue presidenta de edad de las Cortes durante un corto período, un símbolo asombroso de la reconciliación nacional.

De nuevo, en 1977, se vio obligada a oponerse a sus antiguos amigos cuando la revista soviética *Nuevos Tiempos* y Anatoli Krasikov en *Pravda* atacaron a Carrillo en una respuesta a su libro *Eurocomunismo y Estado*. Pese a sus grandes reservas con respecto al eurocomunismo, el mismo realismo, el mismo horror a la posible división del partido y la misma lealtad le hicieron guardarse sus dudas y apoyar a Carrillo frente a las críticas soviéticas. Haría lo mismo a mediados de los años ochenta, cuando respaldó al joven Gerardo Iglesias al advertir que la oposición de Carrillo al cambio conducía al partido al desastre. No escasearon los comentarios en el sentido de que ésta era su venganza por los treinta años de humillaciones sufridas por obra de Carrillo. Es posible. Más importante, sin embargo, es resaltar que estos ejemplos de la carrera política de Dolores Ibárruri demuestran que más allá de la ardiente oradora había una política que, lejos de dejarse llevar por la pasión, era serena y calculadora y poseía tanto

aptitudes tácticas a corto plazo como visión estratégica a largo plazo. Tanto la Dolores privada como la pública compartían un asombroso valor, sabiduría y una lealtad acérrima al PCE.

En agosto de 1977 experimentó los primeros problemas de corazón y le fue implantado un marcapasos. Vivió doce años más y fue testigo de la consolidación de la democracia y del colapso del PCE. Murió el 12 de noviembre de 1989, tras luchar contra la pulmonía, a los noventa y tres años. Su cuerpo fue expuesto durante tres días en la sede del partido y más de setenta mil personas le rindieron homenaje. El 16 de noviembre fue enterrada en Madrid; miles de personas presenciaron el transporte de su ataúd, envuelto en la bandera roja del partido; al término del entierro se escuchó una grabación de su último discurso, tras lo cual la multitud cantó *La Internacional*. La mujer que maduró cuando tenía lugar la revolución bolchevique, murió cuando se abrían brechas en el Muro de Berlín y la propia Unión Soviética se desmoronaba. Sin embargo, ni eso ni el hecho de que la victoria de Franco en 1939 la hubiese obligado a pasar casi cuarenta años de doloroso y nostálgico exilio, significa que su vida fuese un fracaso. Durante la guerra civil, había pasado de ser la madre del partido a ser un símbolo maternal para gran parte de la población en la zona republicana. Tanto en el exilio como en la guerra civil, sus discursos y sus emisiones radiofónicas hicieron mucho para mantener vivo el espíritu de resistencia a la dictadura y de lucha por la democracia en España.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLA, Rafael ,*La vida cotidiana durante la guerra civil, I. La España nacional* ,Planeta, Barcelona, 1978.

—*Por el imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra (1939-1955*), Planeta, Barcelona, 1978.

AGUILAR OLIVENCIA, Mariano, *El Ejército español durante la Segunda República*, Econorte, Madrid, 1986.

AGUIRRE, José Antonio, El informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República, *La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1978*.

ALBIÑANA, José María, *Después de la dictadura: Los cuervos sobre la tumba* ,CIAP, Madrid, 2.ª edición, 1930.

—*Confinado en Las Hurdes (una víctima de la Inquisición republicana*),Imprenta El Financiero, Madrid, 1933.

ALCALÁ ZAMORA, Niceto, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977.

ALCÁZAR DE VELASCO, Ángel, *Serrano Suñer en la Falange*, Patria, Madrid/Barcelona, 1941.

—*Siete días de Salamanca*, G. del Toro, Madrid, 1976.

ALONSO DAMASO, *Salvador de Madariaga*, poeta, La Coruña, 1979.

ALOS FERRANDO, Vicente ,*Reorganización, supremacía y crisis final del Blasquismo (1929-1936*), Ajuntament de Valéncia, Valencia, 1992.

ALPERT, Michael, *La reforma militar de Azaña, 1931-1933* ,Siglo XXI, Madrid, 1982.

— «Azaña y la política militar francesa» en Revista de Extremadura, n. º 19, segunda época, enero-abril de 1996.
ÁLVAREZ, Santiago, *Memorias II. La guerra civil de 1936/1939. Yo fui comisario político del Ejército Popular*, Ediciós do Castro, La Coruña, 1986.
—*Memorias III*, Ediciós do Castro, La Coruña, 1988.
ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio, *Freedom's Battle*, Heinemann, Londres, 1940.
—*The Last Optimist*, Putnam, Londres, 1950.
AMADO, José María, *Vía crucis*, Editorial Dardo, Málaga, 1938.
ANDRADE, Jaime, *«Raza», anecdotario para el guión de una película*, Ediciones Numancia, Madrid, 1942.
ANSALDO, Juan Antonio, *¿Para qué…? (de Alfonso XII a Juan III*), Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1951.
ANSÓ, Mariano, *Yo fui ministro de Negrín*, Planeta, Barcelona, 1976.
APARICIO, Juan., «Mi recuerdo de José Antonio» en *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera*, Ediciones Jerarquía, Barcelona, 1939.
ARAQUISTAIN, Luis, «La utopía de Azaña» en *Leviatán*, n. º 5, septiembre de 1934. «El marxismo en la Academia», «Un marxismo contra Marx», «La esencia del marxismo» en *Leviatán*, núms. 1315, mayo-julio de 1935.
AREILZA, José María de, *Así los he visto*, Planeta, Barcelona, 1974.
—*Diario de un ministro de la monarquía*, Planeta, Barcelona, 1977.
AREILZA, José María de y CASTIELLA, Fernando María, *Reivindicaciones de España*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1941.
ARENILLAS DE CHAVES, Ignacio, *El proceso de Besteiro*, Revista de Occidente, Madrid, 1976.
ARRARÁS, Joaquín, *Franco*, Librería Santarén, Valladolid, 7.ª edición, 1939.
—*Historia de la Cruzada española*, 8 vols., Ediciones Españolas, Madrid, 1939-1943.

ARRESE, José Luis de, *Una etapa constituyente*, Planeta, Barcelona, 1982.
AVON, conde de, *Facing the Dictators*, Cassell, Londres, 1962.
AZAÑA, Manuel, *Estudios de política francesa. I: La política militar*, Saturnino Calleja, Madrid, s. f. [1918],
—*El jardín de los frailes*, Sáez Hermano, Madrid, 1927.
—*Mi rebelión en Barcelona*, Espasa Calpe, Madrid, 1935.
—*Memorias íntimas de Azaña*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939.
—*Obras completas*, 4 vols., Oasis, México, D. F., 1966-1968.
—*Apuntes de memoria inéditos y cartas 1938-1939-1940* ,Pre-Textos, Valencia, 1990.
—*Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados* ,Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1997.
AZCÁRATE, Pablo de, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española* ,Ariel, Barcelona, 1976.
AZCÁRATE, Manuel, *Derrotas y esperanzas. La República, la guerra civil y la resistencia* ,Tusquets Editores, Barcelona, 1994.
AZNAR, Manuel, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939*), Ediciones Idea, 1940.
BAHAMONDE Y SÁNCHEZ DE CASTRO, Antonio, *Un año con Queipo: memorias de un nacionalista*, Ediciones Españolas, Madrid, 1938.
BAÓN, Rogelio, *La cara humana de un Caudillo*, Editorial San Martín, Madrid, 1975.
BAREA, Arturo, *The Struggle for the Spanish Soul*, Secker Warburg, Londres, 1941.
—*La forja de un rebelde* ,Losada, Buenos Aires, 1951.
BEULAC, William L., *Career Ambassador*, The Macmillan Co., Nueva York, 1951.
—*Franco Silent Ally in World War II* ,Carbondale, Illinois, 1986.
BENAVIDES, Manuel, *La revolución fue asi*, Imprenta Industrial, Barcelona, 1935.
BERENGUER, Dámaso, *De la Dictadura a la República*, Plus Ultra, Madrid, 1946.

BERTRÁN GÜELL, Felipe, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* ,Librería Santarén, Valladolid, 1939.

BESTEIRO, Julián, «Leviatán: el socialismo mitológico», «Mi crítico empieza a razonar» en *Democracia*, 15 de junio, 6 de julio de 1935.

—*Marxismo y antimarxismo*, Madrid, 1935. El texto está reimpreso en las *Obras completas*, 3 vols., Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983, III.

—*Cartas desde la prisión*, Alianza, Madrid, 1988.

BLANCO ESCOLA, Carlos, *La Academia Militar General de Zaragoza 1928-1931*, Labor, Barcelona, 1989.

BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés ,*El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la guerra civil*, UNED, Madrid, 1993.

BLINKHORN, Martin, *Carlism and Crisis in Spain 1931-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975.

BLOOM, Eric, recop., *Grove's Dictionary of Music and Musicians*, Macmillan, Londres, 5. ª edición, 1954.

BOBILLO, Francisco J., «El pensamiento político» en *El País*, Madrid, 28 de julio de 1986.

BOOR, J. (seudónimo de Francisco Franco), *Masonería*, Editora Nacional, Madrid, 1952.

BORKENAU, Franz, *The Spanish Cockpit*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2. ª edición, 1963.

BORRÁS, Tomás, *Ramiro Ledesma Ramos*, Editora Nacional, Madrid, 1971.

BOWEN, Wayne Harold, *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order*, Ph. D. dissertation, Ouachita Baptist University, Arkadelphia, Arkansas, enero de 1997.

BOWERS, Claude, *My Mission to Spain*, Gollanez, Londres, 1954.

BOYD, Carolyn P., *«Responsibilities» and the Second Republic, 1931-1936* en Martin Blinkhom, recop., *Spain in Conflict 1931-1939: Democracy and Its Enemies*, Sage Publications, Londres, 1938.

—*Praetorian Politics in Liberal Spain*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979.
BRAVO, Ángel, *Franco visto por sus ministros*, Planeta, Barcelona, 1981.
BRAVO MARTÍNEZ, Francisco, *José Antonio: el hombre, el jefe, el camarada*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939.
—*José Antonio ante la justicia roja*, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1941.
—*Historia de la Falange Española de las JONS*, Editora Nacional, Madrid, 2. ª edición, 1943.
BUCKLEY, Henry, *Life and Death of Spanish Republic*, Hamish Hamilton, Londres, 1940.
BULLEJOS, José, *La Comintern en España*, Impresiones Modernas, México, D. F., 1972.
BURGO, Jaime del, *Conspiración y guerra civil española*, Alfaguara, Madrid, 1970.
BUSQUETS, Julio, *El militar de carrera en España*, Ariel, Barcelona, 3.ª edición, 1984.
CABANELLAS, Guillermo, *La guerra de los mil días* ,2 vols., Grijalbo, Buenos Aires, 1973.
—*Los cuatro generales*, 2 vols., Planeta, Barcelona, 1977.
CACHO ZABALA, Antonio, *La Unión Militar Española*, Egasa, Alicante, 1940.
CADENAS y VICENT, Vicente, *Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las JONS (Salamanca, 18-19 de abril de 1937) y algunas noticias referentes a la jefatura nacional de prensa y propaganda* ,Gráficas Uguina, Madrid, 1975.
CALVO SERER, Rafael, *La literatura universal sobre la guerra de España* ,Ateneo, Madrid, 1962.
—*La dictadura de los franquistas: el «affaire» del «Madrid» y el futuro político* ,Autor, París, 1973.
CALVO SOTELO, José, *Mis servicios al Estado. Seis años de gestión: apuntes para la historia* ,Imprenta Clásica Española, Madrid, 1931.

CAMBÓ, Francesc, *Meditacions: dietari (1941-1946*), Apha, Barcelona, 1982.
CAMINALS GOST, Roser, *Salvador de Madariaga and National Character*, tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1986.
CANDELA, Antonio, *Adventures of an Innocent in the Spanish Civil War* ,United Writers, Penzance, 1989.
CANNISTRARO, Philip V., recop., *Historial Dictionary of Fascist Italy*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1982.
CANTALUPO, Roberto, *Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Febbraio-Aprile 1937*, Mondadori, Milán, 1948.
CANTARERO DEL CASTILLO, Manuel, *Tragedia del socialismo español*, Dopesa, Barcelona, 1971.
—*Falange y socialismo*, Dopesa, Barcelona, 1973.
CAÑAS, Eustaquio, «Marzo de 1939. El último mes» manuscrito inédito en la Fundación Pablo Iglesias, ARLF.
CARABANTES, Andrés y CIMORRA, Eusebio, *Un mito llamado Pasionaria*, Planeta, Barcelona, 1982.
CARBALLO DE CORA, Esteban, recop., *Hoja de servicios del Caudillo de España, Sr. Don Francisco Franco Bahamonde y su genealogía*, Imprenta Biosca, Madrid, 1967.
CARDOZO, Harold G., *The March of a Nation*, The Right Book Club, Londres, 1937.
CARR, Raymond, «The Legacy of Francoism» en José L. CAGIGAO, John CRISPIN y Enrique PUPO-WALKER, editores, *Spain 19751980: The Conflicts and Achievements of Democracy*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1982.
Carrasco i Formiguera, Manue l, *Cartes de la presó*, edición de Hilari Raguer, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1988.
Carrillo, Santiago, *La situación en la dirección del partido y los problemas del reforzamiento del mismo*, PCE, París, 1956.
—*Demain l'Espagne: entretiens avec Régis Debray et Max Gallo*, Éditions du Seuil, París, 1974.
—*Memorias*, Planeta, Barcelona, 1993.

—*Juez y parte. 15 retratos españoles*, Plaza&Janés, Barcelona, 1996.
CASADO, Segismundo, *The Last Days of Madrid*, Peter Davies, Londres, 1939.
CASARES, Francisco, *Azaña y ellos: cincuenta semblanzas rojas*, Editorial y Librería Prieto, Granada, 1938.
CASTRO DELGADO, Enrique, *Mi fe se perdió en Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona, 1964.
—*Hombres made in Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona, 1965.
CEBRIÁN, Juan Luis, «Para una nueva cultura política» en *El País*,
—*La guerra de España 1936-1939* ,*El País*, Madrid, 1986.
CERVERA VALDERRAMA, Juan, *Memorias de guerra (1936-1939*), Editora Nacional, Madrid, 1968.
CHASE, Gilbert, *The Music of Spain*, Dover, Nueva York, 2.ª edición 1959.
CIANO, Galeazzo, *Europa verso la catastrofe*, Mondadori, Milán, 1948.
—*Diario 1937-1943*, edición de Renzo de Felice, Rizzoli, Milán, 1980.
CIERVA Y HOCES, Ricardo de la, *Francisco Franco: un siglo de España*, 2 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973.
—*Historia del franquismo: I orígenes y configuración (1939-1945*), Planeta, Barcelona, 1975.
—*Francisco Franco: Biografía histórica*, 6 vols., Planeta, Barcelona, 1982.
—1939, *Agonía y victoria (El protocolo 277*), Planeta, Barcelona, 1989.
CIERVA Y PEÑAFIEL, Juan de la, *Notas de mi vida*, Instituto Editorial Reus, Madrid, 1955.
CLARET SERRA, Andreu, *Pasionaria. Memoria gráfica*, Ediciones PCE, Madrid, 1985.
CLAUDÍN, Fernando, *Las divergencias en el partido (s. f.)* (autor, París, 1965).
—*Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general* ,Planeta, Barcelona, 1983.

COCA, Gabriel Mario de, Anti-Caballero: una crítica marxista de la bolchevización del Partido Socialista Obrero Español, Ediciones Engels, Madrid, 1936.
COLES, S. F. A., *Franco of Spain*, Neville Spearman, Londres, 1955.
CONFORTI, Olao, *Guadalajara: la prima sconfitta del fascismo* ,Mursia, Milán, 1967.
CONNOLLY, Cyril, *The Golden Horizon*, Weidenfel dicolson, Londres, 1953.
Copeman, Fred, *Reason in Revolt*, Blandford Press, Londres, 1948.
CORDÓN, Antonio, Trayectoria (recuerdos de un artillero), Ebro, París, 1971.
CORNIERO SUÁREZ, Alejandro, *Diario de un rebelde*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 1991.
Cova, Alessandro, *Graziani. Un generale per il regime*, Newton Compton, Roma, 1987.
COVERDALE, John F., *Italian Intervention in the Spanish Civil War*, Princeton University Press, Princeton, 1975.
COX, Geoffrey, *Defence of Madrid*, Gollancz, Londres, 1937.
CROZIER, Brian, *Franco: A biographical History*, Eyre Spottis, Londres, 1967.
CRUZ, Rafael, *El Partido Comunista en España en la II República*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
DÁVILA, Sancho de y PEMARTÍN, Julián, *Hacia la historia de la Falange; primera contribución de Sevilla* ,Jerez Industrial, Jerez, 1938.
DÍAZ, Elias, Pensamiento español, 1939-1973, Edicusa, Madrid, 1974.
—*Ética contra política. Los intelectuales y el poder*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990.
—*Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón* ,Alianza Editorial, Madrid, 1994.
DIAZ, José e IBÁRRURI, Dolores, *España y la guerra imperialista: llamamiento del PCE a la emigración española*, PCE, México, D. F., 1939.

DÍAZ Marta, Manuel, «Indalecio Prieto en Obras Públicas: una gestión intensa y acertada» en *Revista de Occidente*, n.º 305, diciembre de 1983.

DOBSON, Andrew, *An Introduction to the Politics and Philosophy of José Ortega y Gasset* ,Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

DOMÍNGUEZ ARAGONÉS, Eduardo, *Los vencedores de Negrín*, Roca, México, D. F., 1976.

EHRENBURG, Ilya, *Corresponsal en España*, Ediciones Júcar, Gijón, 1979.

ELORZA, Antonio, *La razón y la sombra: una lectura política de Ortega y Gasset* ,Anagrama, Barcelona, 1984.

ELLWOOD, Sheelagh, *Prietas las filas. Historia de la Falange Española, 1933-1983* ,Editorial Crítica, Barcelona, 1984.

Equipo Mundo, *Los noventa ministros de Franco*, Dopesa, Barcelona, 1970.

ESCOBAR, José Ignacio, *Así empezó*, G. del Toro, Madrid, 1974.

ESPÍN, Eduardo, *Azaña en el poder: el partido de Acción Republicana*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1980.

ESTRUCH, Joan, *Historia del PCE (1920-1939*), El Viejo Topo, Barcelona, 1978.

FALCÓN, Irene, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria* ,Temas de Hoy, Madrid, 1996.

FEBO, Giuliana di, *La santa de la raza: un culto barroco en la España franquista (1937-1962*),Icária Editorial, Barcelona, 1988.

FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985.

FERNANDEZ DE CASTRO, Ignacio y MARTÍNEZ, José, recop., *España hoy*, Ruedo Ibérico, París, 1963.

FERNÁNDEZ LUCEÑO, María Victoria, *José Díaz Ramos. Aproximación a la vida de un luchador obrero* ,Universidad de Sevilla, Sevilla, 1992.

FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ, Francisco, «Homenaje a un europeo de España» en *Salvador de Madariaga, 1886-1986*, Ayuntamiento de La Coruña, La Coruña, 1987.
FERNÁNDEZ SANTANDER, Carlos, *El fútbol durante la guerra civil y el franquismo* ,San Martin, Madrid, 1990.
FERRÁNDIZ ALBORZ, F .,*La bestia contra España. Reportaje de los últimos días de la guerra española y los primeros de la bestia triunfante* ,CISA, Montevideo, 1951.
FERRER BENIMELI, José Antonio, «Franco contra la masonería» en *Historia 16*, año II, 15 de julio de 1977.
—*Masonería española contemporánea* ,Siglo XXI, Madrid, 1980.
FISCHER, Louis, *Men and Politics: An Autobiography* ,Jonathan Cape, Londres, 1941.
FOLTZ, Charles Jr., *The Masquerade in Spain*, Houghton Mifflin, Boston, 1948.
FONTANA, Josep María ,*Franco: radiografía del personaje para sus contemporáneos* ,Ediciones Acervo, Barcelona, 1979.
FORCADELL, Carlos ,*Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español 1914-1918* ,Taurus, Barcelona, 1978.
FOSS, William y GERATHY, Cecil, *The Spanish Arena*, The Right Book Club, Londres, 1938.
FRANCO BAHAMONDE, Francisco, *Marruecos: Diario de una Bandera*, Editorial Pueyo, Madrid, 1922.
—*Palabras del Caudillo 19 de abril-31 de diciembre de 1938*, Ediciones Fe, Barcelona, 1939.
—*Palabras del Caudillo 19 de abril de 1939-7 de diciembre de 1942* ,Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943.
—*Textos 1945-1950*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1951.
—*Discursos y mensajes del Jefe del Estado, 1955-1959* ,Publicaciones Españolas, Madrid, 1960.
—*Discursos, 1960-1963* ,Publicaciones Españolas, Madrid, 1964.
—«Apuntes» personales sobre la República y la guerra civil, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1987.

FRANCO BAHAMONDE, Pilar, *Nosotros, los Franco*, Planeta, Barcelona, 1980.

FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.

—*Mi vida junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1977.

FRASER, Ronald, *Blood of Spain. The Experience of the Civil War 1936-1939* ,Alien Lane, Londres, 1979.

Fusi, Juan Pablo, *Política obrera en el País Vasco*, Ediciones Turner, Madrid, 1975.

—*El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad* ,Alianza Universidad, Madrid, 1984.

FYRTH, Jim y ALEXANDER, Sally, recop., *Women's Voices from the Spanish Civil War*, Lawrence Wishart, Londres, 1991.

GALINSOGA, Luis de y Salgado-Araujo, Francisco, *Centinela de Occidente (Semblanza biográfica de Francisco Franco*),Editorial AHR, Barcelona, 1956.

GALLEGO MÉNDEZ, María Teresa, *Mujer, Falange y franquismo*, Taurus, Madrid, 1983.

GALLO, Max, *Spain under Franco: A History*, George Alien Unwin, Londres, 1973.

García., Regina, Yo he sido marxista, el cómo y el porqué de una conversión, *Editora Nacional, Madrid, 2.ª edición, 1952*.

GARCÍA PRADAS, José, *Cómo terminó la guerra de España* ,Ediciones Imán, Buenos Aires, 1940.

GARCÍA VENERO, Maximiano, *El general Fanjul: Madrid en el alzamiento nacional* ,Ediciones Cid, Madrid, 1967.

—*Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla* ,Ruedo Ibérico, París, 1967.

GARRIGA, Ramón, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, Cajica, Puebla, México, 2.ª edición, 1970.

—*La España de Franco: de la División Azul al pacto con los Estados Unidos (1943 a 1951*),Cajica, Puebla, México, 1971.

—*El cardenal Segura y el Nacional-Catolicismo* ,Planeta, Barcelona, 1977.

—*La Señora de El Pardo,* Planeta, Barcelona, 1979.
—*Nicolás Franco, el hermano brujo* ,Planeta, Barcelona, 1980.
—*El general Yagüe*, Planeta, Barcelona, 1985.
—*Franco-Serrano Suñer: un drama político* ,Planeta, Barcelona, 1986.
GERHARD, Carles, *Comissari de la Generalitat a Montserrat (1936-1939*), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Montserrat, 1982.
GIBSON, Ian ,*En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980.
—*Queipo de Llano. Sevilla, verano de 1936*, Grijalbo, Barcelona, 1986.
GIJABA VELÁZQUEZ, José, *Indalecio Prieto y el socialismo español*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1995.
GIL, Vicente ,*Cuarenta años junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.
GIL PECHARROMÁN, Julio, José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario ,*Temas de Hoy, Madrid, 1996*.
GIL-ROBLES, José María ,*No fue posible la paz*, Ariel, Barcelona, 1968.
—*Marginalia política*, Ariel, Barcelona, 1975.
—*La monarquía por la que yo luché: páginas de un diario 1941-1954*, Taurus, Madrid, 1976.
GIMENÉZ ARNAU, J., *Memorias de memoria. Descifre vuecencia personalmente*, Destino, Barcelona, 1978.
GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Genio de España*, Ediciones Jerarquía, Madrid, 1939.
—*Genio de España* ,Doncel, Madrid, 7.ª edición, 1971.
—*Memorias de un dictador* ,Planeta, Barcelona, 1979.
GIRÓN DE VELASCO, José Antonio ,*Si la memoria no me falla*, Planeta, Barcelona, 1994.
GÓMEZ OLIVEROS, Benito, *General Moscardo*, AHR, Barcelona, 1956.
GONZÁLEZ EGIDO, Luciano ,*Agonizar en Salamanca: Unamuno julio-diciembre de 1936* ,Alianza Editorial, Madrid, 1986.

GONZÁLEZ IGLESIAS, Julio, *Los dientes de Franco*, Fénix, Madrid, 1995.

GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio ,*Memorias de un diputado republicano en la guerra civil española (1936-1939*),Ediciós do Castro, La Coruña, 1990.

GRAHAM, Helen, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in power and crisis, 1936-1939* ,Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

GRANADOS, Anastasio, *El cardenal Gomá: Primado de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1969.

GUARIGLIA, Raffaele, *Ricordi 1922-1946* ,Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1949.

—*Ambasciata in Spagna e primi passi in diplomazia 1932-1934*, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1972.

GUBERN, Román, «Raza» (un ensueño del general Franco), Ediciones 99, Madrid, 1977.

HAMILTON, Thomas J., *Appeasement's Child: The Franco Regime in Spain*, Gollancz, Londres, 1943.

HARRISON, Joseph ,*The Spanish Economy in the Twentieth Century* ,Croom Helm, Londres, 1985.

HEINE, Hartmut, *La oposición política al franquismo*, Crítica, Barcelona, 1983.

HERNÁNDEZ, Jesús, *Yo fui ministro de Stalin*, G. del Toro, Madrid, 1974.

HEYWOOD, Paul, *Marxism and the Failure of Organized Socialism in Spain 1879-1936*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

HIDALGO DE CISNEROS, Ignacio ,*Cambio de rumbo*, 2 vols., Ebro, Bucarest, 1964 y 1970.

HILLS, George, *Franco: The Man and His Nation*, Macmillan, Nueva York, 1967.

—*Homenaje a Diego Martínez Barrio*, Imprimerie La Ruche Ouvrière, Paris, 1978.

HOARE, Samuel ,*Ambassador on Special Mission*, Collins, Londres, 1946.
IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, Rafael, *Estudio y acción: La Falange fundacional a la luz del Diario de Alejandro Solazar (1934-1936*),Ediciones Barbarroja, Madrid, 1993.
IBÁRRURI, Dolores, «Contestación a una carta abierta al camarada Hurtado y a todo el partido» en *Mundo Obrero*, 5 de diciembre de 1932.
—*Speeches, Articles 1936-1938*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1938.
—«Deberes de la hora actual», *Nuestra Bandera*, n.º 2, Toulouse, junio de 1945.
—«Informe ante el pleno del Partido Comunista de España, celebrado en Toulouse el 5 de diciembre de 1945», *Nuestra Bandera*, n.º 14, Toulouse, enero, febrero de 1946.
—*Informe del Comité Central al 5.º Congreso del PC de España* ,s. f., París, 1955.
—*Por la reconciliación de los españoles hacia la democratización de España* ,PCE, París, 1956.
—*Guerra y revolución en España 1936-1939* ,4 vols., Editorial Progreso, Madrid, 1966-1977.
—*En la lucha. Palabras y hechos 1936-1939* ,Editorial Progreso, Moscú, 1968.
—*Memorias de Pasionaria 1939-1977, Me faltaba España* ,Planeta, Barcelona, 1984.
—*El único camino* ,Editorial Castalia, Madrid, 1992.
INIESTA CANO, Carlos, *Memorias y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1984.
IRIBARREN, José María ,*Mola, datos para una biografía y para la historia del alzamiento nacional* ,Librería General, Zaragoza, 1938.
ITURRALDE, Juan de (seudónimo de Juan José Usabiaga Irazustabarrena),*La guerra de Franco: los vascos y la Iglesia*, 2 vols., Publicaciones Clero Vasco, San Sebastián, 1978.

JACKSON, Gabriel ,*The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton University Press, Princeton, 1965.
JARAÍZ FRANCO, Pilar, *Historia de una disidencia*, Planeta, Barcelona, 1981.
JONES, Thomas, *A Diary with Letters, 1931-1950*, Oxford University Press, Londres, 1954.
JULIÁ DÍAZ, Santos, *La izquierda del PSOE (1935-1936*), Siglo XXI, Madrid, 1977.
—*Historia del socialismo español (1931-1939*),L'Avens /Conjunto Editorial, Barcelona, 1989.
—*Manuel Azaña, una biografía política, del Ateneo al Palacio Nacional* ,Alianza Editorial, Madrid, 1990.
—«Presidente por última vez. Azaña en las crisis de mayo de 1937» en Alicia ALTED, Ángeles EGIDO y María Fernanda MANCEBO, recop., *Pensamiento y acción*, Alianza Editorial, Madrid, 1996.
KINDELÁN, Alfredo, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.
—*Mis cuadernos de guerra* ,Planeta, Barcelona, 2.ª edición, 1982.
KLEINFELD, Gerald R. y TAMBS, Lewis A .,*Hitler's Spanish Legión: The Blue DivisiOn in Russia*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1979.
KOLTSOV, Mijaíl, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963.
KURZMAN, Dan ,*Miracle of Novembre: Madrid's Epic Stand, 1936* ,G. P. Putnam, Nueva York, 1980.
LACOMBA, Juan Antonio, *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970.
LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Descargo de conciencia (1930-1960*), Barral Editores, Barcelona, 1976.
LAMO DE ESPINOSA, Emilio y CONTRERAS, Manuel ,*Política y filosofía en Julián Besteiro*, Sistema, Madrid, 2.ª edición, 1990.
LAMONEDA, Ramón ,*Posiciones políticas, documentos, correspondencia*, Roca, México, D. F., 1976.
LARGO CABALLERO, Francisco, *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores* ,Javier Morata, Madrid, 1925.

—*Discursos a los trabajadores*, Gráfica Socialista, Madrid, 1934.
—*Mis recuerdos: cartas a un amigo* ,Editores Unidos, México, D. F., 1954.
—*Escritos de la República (edición, estudio preliminar y notas de Santos Juliá*),Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1985.
LEDESMA RAMOS, Ramiro ,*Discurso a las juventudes de España*, Ediciones Fe, Bilbao, 2.ª edición, 1938.
—¿*Fascismo en España*?, Ariel, Barcelona, 2.ª edición, 1968.
LERROUX, Alejandro ,*La pequeña historia. Apuntes para la Historia grande vividos y redactados por el autor* ,Editorial Cimera, Buenos Aires, 1945.
LÍSTER, Enrique, *Nuestra guerra*, Colección Ebro, París, 1966.
—*Así destruyó Carrillo al PCE* ,Planeta, Barcelona, 1983.
LOJENDIO, Luis María de, *Operaciones militares de la guerra de España*, Montaner y Simón, Barcelona, 1940.
LONDON, Arthur, *On Trial*, Macdonald, Londres, 1970.
LONGO, Luigi, *Le brigate intenazionali in Spagna*, Editori Riuniti, Roma, 1956.
LÓPEZ SEVILLA, Enrique, *El Partido Socialista en las Cortes Constituyentes de la Segunda República ,Ediciones Pablo Iglesias, México, D. F., 1969.*
LOZANO, Jesús, La segunda República: imágenes, cronología y documentos, Acervo, Barcelona, 1973.
LUCA DE TENA, Torcuata ,*Papeles para la pequeña y la gran historia. Memorias de mi padre y mías* ,Planeta, Barcelona, 1991.
—*Franco, sí, pero*…, Planeta, Barcelona, 1993.
MADARIAGA, Isabel de, «Salvador de Madariaga et le Foreign Office» en *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 4,n.º 2, abril-junio de 1983.
MADARIAGA, Salvador de, *Don Quijote: An Introductory Essay in Psychology*, Oxford University Press, Oxford, 1934.
—«Prospects in Spain» en *The Spectator*, 8 de febrero de 1946.
—«The Problem of Franco's Spain» en *Contemporary Review*, CLXX, septiembre de 1946.

—*General, márchese usted*, Ibérica, Nueva York, 1959.
—*Spain: A Modern History* ,Jonathan Calpe, Londres, 1971.
—*Españoles de mi tiempo* ,Planeta, Barcelona, 1974.
—*Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía* ,Espasa Calpe, Madrid, 1974.
—*Morning Without Noon Memoirs* ,Saxon House, Westmead, 1974.
—*De la angustia a la libertad* ,Espasa Calpe, Madrid, 2.ª edición, 1977.
—*Memorias de un federalista* ,Espasa Calpe, Madrid, 2. ª edición, 1977.
Madrid, Francisco, El ruidísimo pleito de las juntas de defensa y Millán Astray ,Gráficas Costa, Barcelona, 1922.
MAÍZ, Félix B., *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976.
—*Alzamiento en España: de un diario de la conspiración*, Editorial Gómez, Pamplona, 2.ª edición, 1958.
MANCISIDOR, José María ,*Frente a frente, José Antonio Primo de Rivera frente al Tribunal Popular (texto taquigráfico del juicio oral de Alicante), noviembre de 1936* ,Almena, Madrid, 1975.
MANGINI, Shirley, *Memories of Resistance. Women's Voices from the Spanish Civil War* ,Yale University Press, New Haven, 1995.
MARCO, José María, *Azaña*, Mondadori, Madrid, 1990.
MÁRQUEZ TORNERO, A. C .,*Testimonio de mi tiempo (memorias de un español republicano*),Orígenes, Madrid, 1979.
MARQUINA BARRIO, Antonio, «Planes internacionales de mediación durante la guerra civil» *en Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, n.º 3, julio-septiembre de 1984.
MARTIN, Claude, *Franco, soldado y estadista*, Fermín Uriarte, Madrid, 1965.
MARTÍN BLÁZQUEZ, José, *1 Helped Build an Army: Civil War Memories of a Spanish Staff Officer*, Secker Warburg, Londres, 1939.
MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos de la posguerra española*, Anagrama, Barcelona, 1987.

MARTÍNEZ BARRIO, Diego ,*Orígenes del Frente Popular Español*, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, Buenos Aires, 1943.

—*Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983.

MARTÍNEZ BEDOYA, Javier ,*Memorias desde mi aldea*, Ámbito Ediciones, Valladolid, 1996.

MARTÍNEZ BANDE, José Manuel, *Los cien últimos días de la República*, Luis de Caralt, Barcelona, 1973.

—*La gran ofensiva sobre Zaragoza*, Editorial San Martín, Madrid, 1973.

—*La batalla de Teruel* ,Editorial San Martín, Madrid, 2.ª edición, 1990.

MARTÍNEZ ESPARZA, José ,*Con la División Azul en Rusia*, Ediciones del Ejército, Madrid, 1943.

MASIP, Antonio ,*Indalecio Prieto y Oviedo*, Baraza Oviedo, Oviedo, 1981.

MAURA, Miguel ,*Así cayó Alfonso XIII*, Imprenta Mañez, México, D. F., 1962.

MAURA GAMAZO, Gabriel ,*Bosquejo histórico de la Dictadura, I, 1923-1926* ,Tipografía de Archivos, Madrid, 1930.

MEAKER, Gerald H .,*The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923*, Stanford University Press, Stanford, 1974.

MEDLICOTT, W. N. y DAKIN, Douglas, recopilación, *Documentos on British Foreign Policy* ,Serie 2. ª, vol. XXVII, Western Pact Negotiations: Outbreak of the Spanish Civil War June 1936-January 1937,HMSO, Londres, 1979.

MERA, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Ruedo Ibérico, París, 1976.

MÉRIDA, María ,*Testigos de Franco: retablo íntimo de una dictadura*, Plaza&Janés, Barcelona, 1977.

MIGUEL, Amando de, *La herencia de Franco*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1976.

MILLÁN ASTRAY, José, *Franco. El Caudillo*, M. Quero y Simón, Salamanca, 1939.

—«Militar y caballero. José Millán Astray» en *El Fígaro*, 28 de enero de 1995.
MÍNGUEZ GOYANES, José Luis, *Onésimo Redondo 1905-1936. Precursor sindicalista* ,Editorial San Martín, Madrid, 1990.
Ministerio de la Guerra, Estado Mayor Central, *Anuario Militar de España. Año 1936*, Imprenta y Talleres del Ministerio de la Guerra, Madrid, 1936.
MIRALLES, Ricardo, *El socialismo vasco durante la II República*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1988.
MODESTO, Juan ,*Soy del Quinto Regimiento (notas de la Guerra española*),Colección Ebro, París, 1969.
MOLA VIDAL, Emilio, *Obras completas*, Librería Santarén, Valladolid, 1940.
MONTERO, Enrique, «Luis Araquistain y la propaganda aliada durante la guerra», *Estudios de Historia Social*, n.º 24-25, enero-junio de 1983.
Montes Agudo, Gumersindo ,*Pepe Sainz. Una vida en la Falange*, n. p., Ediciones Pallas de Horta, Barcelona, 1939.
—*Vieja Guardia*, Aguilar, Madrid, 1939.
MORA, Constancia de la, *In Place of Splendour*: «The Autobiography of a Spanish Woman», Michael Joseph, Londres, 1940.
MORADIELLOS, Enrique ,*La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la guerra civil española* ,Siglo XXI, Madrid, 1996.
MORÁN, Gregorio ,*Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*, Planeta, Barcelona, 1986.
MORODO, Raúl, Tierno Galván y otros precursores políticos, *Ediciones El País, Madrid, 1937*.
—*Madariaga en El País*, Madrid, 23 de mayo de 1986.
MORÓN, Gabriel ,*La ruta del socialismo en España* ,Planeta, Madrid, 1932.
—*Política de ayer y política de mañana. Los socialistas ante el problema español* ,Talleres Numancia, México, 1942.
MOURE MARIÑO, Luis ,*La generación del 36: memorias de Salamanca y Burgos*, Ediciós do Castro, La Coruña, 1989.

MUNTANYOLA, Ramon, *Vidal i Barraquer, el cardenal de la paz*, Laia, Barcelona, 1974.

NAVAJAS ZUBELDÍA, Carlos ,*Ejército, Estado y Sociedad en España (1923-1930*), Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1991.

NENNI, Pietro, *La guerra de España*, Ediciones Era, México, D. F., 1967.

NITOBÉ, Inazo ,*Bushido, The Soul of Japan. An exposition of Japanese Thought*, G. Putnam, Nueva York, 1905. La traducción castellana corresponde a *El Bushido*. Gráficas Ibarra, Madrid, 1941.

NOURRY, Philippe ,*Francisco Franco: La conquête du Pouvoir* ,Denoël, Paris, 1975.

ORDUÑA PRADA, Mónica, *El Auxilio Social (1936-1940). La etapa fundacional y los primeros años* ,Escuela Libre Editorial, Madrid, 1996.

OSSORIO, Ángel ,*Mis memorias*. Losada, Buenos Aires, 1946.

PALAFOX, Jordi ,*Atraso económico y democracia. La segunda República y la economía española*, 1892-1936 ,Crítica, Barcelona, 1991.

PALENCIA, Isabel de, *I Must Have Liberty*, Longmans, Green&Co., Nueva York, 1940.

PASTOR, Manuel, *Los orígenes del fascismo en España*, Túcar Ediciones, Madrid, 1975.

PAYNE, Stanley G .,*Falange: A History of Spanish Fascism*, Stanford University Press, Stanford, 1961.

—*Politics and the Military in Modem Spain* ,Stanford University Press, Stanford, 1967.

—*The Franco Regime (1936-1975*),University of Wisconsin Press, Madison, 1987.

PAZ, Manuel de, «Masonería y militarismo en el norte de África», Universidad Complutense, curso de verano, El Escorial, 1988, en *La masonería y su impacto internacional*, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, Madrid, 1989.

PEÑEGRÍ, Antoni ,*Catalans entre la falç i les fletxes*, Oikos-Tau, Barcelona, 1996.
PEMÁN, José María, *Mis almuerzos con gente importante*, Dopesa, Barcelona, 1970.
—*Mis encuentros con Franco* ,Dopesa, Barcelona, 1976.
PEREIRA, Pedro Theotonio, Memorias postos em que servi e algumas recordaçoes pessoais, 2 vols., Verbo, Lisboa, 1973, II.
—*Correspondencia de Pedro Theotonio Pereira para Oliveira Salazar*, 4 vols., Presidéncia do Conselho de Ministros, Lisboa, 1987-1991, II.
PÉREZ SALAS, Jesús ,*Guerra en España (1936-1939*), Imprenta Grafos, México, D. F., 1947.
PETERSON, Maurice, *Both Sides of the Curtain*, Constable, Londres, 1950.
PLENN, Abel ,*Wind in The Olive Trees-Spain from the Inside* ,Boni&Gaer, Nueva York, 1946.
PORTELA VALLADARES, Manuel ,*Dietario de dos guerras (1936-1950). Notas polémicas y correspondencia de un centrista español* ,Ediciós do Castro, La Coruña, 1988.
—*Memorias. Dentro del drama español* ,Alianza Editorial, Madrid, 1988.
PORTILLO, Luis, «Unamuno's Last Lecture», en Cyril Connolly ,*The Golden Horizon*, Weidenfeld&Nicolson, Londres, 1953.
POZUELO, Vicente ,*Los últimos 476 días de Franco*, Planeta, Barcelona, 1977.
PRESTON, Paul, «The Anti-Francoist Opposition: The Long March to Unity» en Preston, recop .,*Spain in Crisis: The Evolution and Decline of the Franco Regime*, Harvester Press, Hassocks, 1976.
—«Azaña y el Frente Popular» en Vicente Manuel Serrano y José María San Luciano ,*Azaña*, Edascal, Madrid, 1980.
—«The PCE's Long Road to Democracy 1954-1977» en *In Search of Eurocommunism*, Richard Kindersley, recop., Macmillan, Londres, 1981.

—*Franco: A Biography*, Harper Collins, Londres, 1993. La versión española se encuentra en *Franco, «Caudillo de España»*, Grijalbo, *Barcelona, 1994*.
—*The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic 1931-1936* ,Routledge, Londres, 2.ª edición, 1994.
—*La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX* ,Ediciones Península, Barcelona, 1997.
PRIETO, Indalecio ,*Discursos en América con el pensamiento puesto en España*, Federación de Juventudes Socialistas, México, D. F., s. f. (pero 1945).
—*Yo y Moscú*, Editorial Nos, Madrid, 1955.
—*Cartas a un escultor. Pequeños detalles de grandes sucesos*, Losada, Buenos Aires, 1961.
—*De mi vida* ,Ediciones El Sitio, México, D. F., 1965.
—*Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, 3 vols., Oasis, México, D. F., 1967-1969.
—*Convulsiones de España* ,3 vols., Oasis, México, D. F., 1968, II.
—*Palabras al viento* ,Ediciones Oasis, México, D. F., 1969.
—*Dentro y fuera del gobierno. Discursos parlamentarios* ,Oasis, México, D. F., 1975.
—*Discursos fundamentales* ,Ediciones Turner, Madrid, 1975.
—«La fascinación de la política», en *Revista del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo* ,n.º 203, diciembre de 1983.
—*Con el Rey o contra el Rey* ,2. vols., Planeta, Barcelona, 2.ª edición, 1990.
—«Prólogo» en Luis Romero Solano, *Vísperas de la guerra de España*, El Libro Perfecto, México, D. F., s. f.
PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *Textos inéditos y epistolario*, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956.
—*Textos de doctrina política*, Sección Femenina, Madrid, 4.ª edición, 1966.
PRIMO DE RIVERA, Pilar ,*Discursos, circulares, escritos*, Sección Femenina de FET y de las JONS, Madrid, 1949.

—*La mujer en casa* ,Ediciones del Congreso de la Familia Española, Barcelona, 1963.
—*Recuerdos de una vida* ,Ediciones Dyrsa, Madrid, 1983.
PRIMO DE RIVERA Y URQUIJO, Miguel ,*Papeles postumos de José Antonio*, Plaza&Janés, Barcelona, 1996.
RAGUER, Hilari, *El general Batet. Franco contra Batet: Crónica de una venganza*, Ediciones Península, Barcelona, 1976.
—*Divendres de passió. Vida i mort de Manuel Carrasco i Formiguera*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1984.
—*La Unió Democrática de Catalunya I el seu temps (1931-1939*), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1996.
RAMÍREZ, Luis, *Nuestros primeros veinticinco años* ,Ruedo Ibérico, París, 1964.
RAMIREZ JIMÉNEZ, Manuel ,*Las reformas de la Segunda República* ,Túcar, Madrid, 1977.
RAMOS GONZÁLEZ, Miguel ,*La violencia en Falange Española*, Ediciones Tarfe, Oviedo, 1993.
RAMOS OLIVEIRA, Antonio ,*Politics, Economics and Men of Modern Spain*, Gollanez, Londres, 1946.
REDONDO, ONÉSIMO ,*Caudillo de España*, Ediciones Libertad, Valladolid, 1937.
REIG TAPIA, Alberto, «La tragedia de Manuel Azaña» en *Historia Contemporánea*, n. º 1.
—*Violencia y terror. Estudios sobre la guerra civil española*, Akal, Madrid, 1990.
RIDRUEJO, Dionisio ,*Escrito en España* ,Losada, Buenos Aires, 2.ª edición, 1964.
—*Casi unas memorias* ,Planeta, Barcelona, 1976.
—*Sombras y bultos* ,Destino, Barcelona, 1977.
RÍO, José del, «Besteiro, mártir» en *El Socialista* ,24 de septiembre de 1959.
RIO CISNEROS, Agustín del ,*Textos de doctrina política: Obras de José Antonio Primo de Rivera* ,Sección Femenina, Madrid, 1966.

(editor), *Pensamiento político de Franco*, 2 vols., Ediciones del Movimiento, Madrid, 1975.

RIOSALIDO, Jesús, «El expediente diplomático personal del embajador don Salvador de Madariaga» en *Salvador de Madariaga, 1886-1986*, Ayuntamiento de La Coruña, La Coruña, 1987.

RIVAS CHERIF, Cipriano ,*Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña (seguido por el epistolario de Manuel Azaña con Cipriano Rivas Cherif de 1921-1937*),Grijalbo, Barcelona, 1980.

RODRÍGUEZ AISA, María Luisa ,*El cardenal Gomá y la Guerra de España: aspectos de la gestión pública del Primado 1936-1939*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1981.

RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Julio, *Impresiones de un ministro de Carrero Blanco* ,Planeta, Barcelona, 1974.

ROJAS, Carlos ,*Prieto y José Antonio: socialismo y Falange ante la tragedia civil* ,Dirosa, Barcelona, 1977.

—*¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca 1936. Unamuno y Millán Astray frente a frente* ,Planeta, Barcelona, 1995.

ROJO, Vicente ,*España heroica: diez bocetos de la guerra española*, Ariel, Barcelona, 3.ª edición, 1975.

ROMERO, Luis, *Tres días de julio*, Ariel, Barcelona, 2.ª edición, 1968.

ROTVAND, Georges, *Franco Means Business*, Paladin Press, Londres, n. d., 1937.

RUIZ VILAPLANA, Antonio ,*Doy fe: un año de actuación en la España nacionalista*, Éditions Imprimerie Coopérative Étoile, París, s. f. (1938).

SABORIT, Andrés ,*Julián Besteiro*, Losada, Buenos Aires, 1967.

—*El pensamiento político de Julián Besteiro* ,Seminarios y Ediciones, Madrid, 1974.

SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Testimonio y recuerdos* ,Planeta, Barcelona, 1978.

—*Un reinado en la sombra* ,Planeta, Barcelona, 1981.

SAIZ VALDIVIESO, Alfonso Carlos ,*Indalecio Prieto. Crónica de un corazón*, Planeta, Barcelona, 1984.
SALAS LARRAZÁBAL, Ramón ,*Historia del Ejército Popular de la República* ,4 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973.
SAN ROMÁN COLINO, José ,*Legislación del Gobierno Nacional*, 1936, segundo semestre, SHADE, Ávila, 1937.
SÁNCHEZ, José M .,*The Spanish Civil War as Religious Tragedy*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1987.
SÁNCHEZ BLANCO, Jaime, *La importancia de llamarse Franco: el negocio inmobiliario de Doña Pilar* ,Edicusa, Madrid, 1978.
SÁNCHEZ DIANA, José María ,*Ramiro Ledesma Ramos: biografía política*, Editora Nacional, Madrid, 1975.
SÁNCHEZ LÓPEZ, Rosario, *Mujer española, una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de la Sección Femenina de Falange (1934-1977*), Universidad de Murcia, Murcia, 1990.
SÁNCHEZ SOLER, Mariano ,*Villaverde: fortuna y caída de la casa Franco*, Planeta, Barcelona, 1990.
SAÑA, Heleno ,*El franquismo sin mitos: conversaciones con Serrano Suñer*, Grijalbo, Barcelona, 1982.
SATRÚSTEGUI, Joaquín y otros ,*Cuando la transición se hizo posible. El «contubernio de Múnich* »,Tecnos, Madrid, 1993.
SAZ CAMPOS, Ismael ,*Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936*),Edicions Alfons el Magnánim, Valencia, 1986.
SCANLON, Geraldine ,*La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974* ,2 vols., Akal, Madrid, 1986.
SEDWICK, Frank, *The Tragedy of Manuel Azaña and the Fate of the Spanish Republic* ,Ohio State University Press, Ohio, 1963.
SELVA ROCA DE TOGORES, Enrique, «Giménez Caballero en los orígenes ideológicos del Fascismo español» en *Estudis d'Història Contemporánia del País Valencia*, n.º 9, 1991.
SEMPRÚN, Jorge ,*Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, Barcelona, 1977.

SERRANO, Vicente Manuel y SAN LUCIANO, José María, *Azaña*, Edascal, Madrid, 1980.

SERRANO SUÑER, Ramón, *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera* ,Ediciones Jerarquía, Barcelona, 1939.

—*Entre Hendaya y Gibraltar* ,Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid, 1947.

—*Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue: memorias*, Planeta, Barcelona, 1977.

—*Política de España 1936-1975*, Editorial Complutense, Madrid, 1995.

SHEEAN, Vincent ,*Not Peace But a Sword*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1939.

SILVA, Carlos de ,*General Millán Astray, El Legionario* ,AHR, Barcelona, 1956.

SMYTH, Denis, «We Are With You, Solidarity and Self-Interest in Soviet Policy Towards Republican Spain 1936-1939» en Paul Preston y Ann Mackenzie, recop., *The Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1996.

SOPEÑA, Federico, *Escrito de noche*, Espasa Calpe, Madrid, 1985.

SORIANO, Ramón ,*La mano izquierda de Franco* ,Planeta, Barcelona, 1981.

SOUTHWORTH, Herbert R .,*Antifalange: estudio crítico de «Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla» de Maximiano García Venero*, Ruedo Ibérico, París, 1967.

—«The Falange: An Analysis of Spanish's Fascist Heritage» en Paul Preston, editor ,*Spain in Crisis: The Evolution and Decline of the Franco Regime*, Harvester Press, Hassocks, 1976.

—*Guernica! Guernica! A Study of Journalism, propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977.

SUAREZ CORTINA, Manuel ,*El fascismo en Asturias (1931-1937*),Silverio Cañada, Gijón, 1981.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, *Francisco Franco y su tiempo*, 8 vols., Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1984.

—*Crónica de la Sección Femenina y su tiempo* ,Asociación Nueva Andadura, Madrid, 1993.

SUEIRO, Daniel ,*El Valle de los Caídos: los secretos de la cripta franquista*, Barcelona, 1983.

SUEIRO, Daniel y DÍAZ-NOSTY, Bernardo, *Historia del franquismo*, 2 vols., Argos-Vergara, Barcelona, 2. ª edición, 1985.

TAGÜEÑA LACORTE, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, Oasis, México, D. F., 1973.

TAIBO II, Paco Ignacio, *Historia general de Asturias, vol. 8, octubre de 1934: la caída* ,Silverio Cañada, Gijón, 1978.

THOMAS, Hugh, «The Hero in the Empty Room: José Antonio and Spanish Fascism» en *Journal of Contemporary History*, vol. 1, n. º 1, 1966.

—«Spain» en S. J. Woolf, editor, *European Fascism*, Weidenfeld&Nicolson, Londres, 1968.

—*José Antonio Primo de Rivera: Selected Writings* ,Jonathan Cape, Londres, 1972.

—*The Spanish Civil* War, Hamish Hamilton, Londres, 3.ª edición, 1977.

TIERNO GALVÁN, Enrique, *Cabos sueltos*, Bruguera, Barcelona, 1981.

TISA, John, *Recalling the Good Fight: An Autobiography of the Spanish Civil War*, Bergin&Garbey, Massachusetts, 1985.

TOGLIATTI, Palmiro, *Opere IV*, Editori Riuniti, Roma, 1979.

TRUETA, Josep ,*Surgeon in War and Peace* ,Londres, 1980.

TUÑÓN DE LARA, Manuel ,*El movimiento obrero en la historia de España*, Taurus, Madrid, 1970.

—*Medio siglo de cultura española (1885-1963*),Tecnos, Madrid, 3.ª edición, 1973.

—«El proyecto político de Manuel Azaña en la coyuntura de la República y la Guerra» *en Historia Contemporánea*, n.º 1, 1988.

TUSELL, Xavier ,*La oposición democrática al franquismo*, 1929-1962, Planeta, Barcelona, 1977.
TUSELL, Xavier y QUEIPO DE LLANO, Genoveva ,*Franco y Mussolini: la política española durante la Segunda Guerra Mundial* ,Planeta, Barcelona, 1985.
VACA DE OSMA, José Antonio ,*Paisajes con Franco al fondo*, Plaza&Janes, Barcelona, 1987.
VALDÉS LARRAÑAGA, Manuel ,*De la Falange al Movimiento (1936-1952*), Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1996.
VALLS, Fernando ,*La enseñanza de la literatura en el franquismo 1936-1951*, Antoni Bosch, Barcelona, 1983.
VALLS, Rafael, *La Derecha Regional Valenciana 1930-1936*, Edicions Alfons el Magnánim, Valencia, 1992.
VANSITIART, Lord ,*The Mist Procession*, Hutchinson, Londres, 1958.
VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel ,*Los demonios familiares de Franco* ,Dopesa, Barcelona, 1978.
—*Pasionaria y los siete enanitos* ,Planeta, Barcelona, 1995.
VEGAS LATAPIE, Eugenio ,*Memorias políticas: el suicidio de la monarquía y la Segunda República* ,Planeta, Barcelona, 1983.
—*Caminos del desengaño: memorias políticas II 1936-1938* ,Tebas, Madrid, 1987.
VIDALI, Vittorio ,*Diary of the Twentieth Congress of the Communist Party of the Soviet Union*, *Lawrence Hill*, Westport, Connecticut, 1984.
VIDARTE, Juan Simeón, *Todos fuimos culpables* ,Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1973.
—*Las Cortes Constituyentes de 1931-1933* ,Grijalbo, Barcelona, 1976.
El bienio negro y la insurrección de Asturias ,Grijalbo, Barcelona, 1978.
VILAR, Sergio ,*Historia del antifranquismo, 1939-1975*, Plaza&Janés, Barcelona, 1984.
VIÑAS, Ángel ,*La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.

—*Guerra, dinero, dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco* ,Editorial Crítica, Barcelona, 1984.
WHITAKER, John, «Prelude to World War: A Witness from Spain» en *Foreign Affairs*, vol. 21, n.º 1, octubre de 1942.
WOOLMAN, David S .,*Rebels in the Rif: Abd el-Krim and the Rif Rebellion*, Stanford University Press, Stanford, 1969.
XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe, «José Antonio», *biografía*, Lazareno —Echaniz, Madrid, 2. ª edición, 1949.
ZUGAZAGOITIA, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., Librairie Espagnole, París, 2.ª edición, 1968.
ZULUETA, Carmen, «Introducción» a Julián Besteiro, *Cartas desde la prisión*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

DOCUMENTOS

Actas de la Comisión Ejecutiva del PSOE ,Madrid, 24, 25, 27 y 31 de octubre y 22 y 29 de noviembre de 1933.
Arxiu Vidal i Barraquer, 4 vols., Monestir de Montserrat, Barcelona, 1971-1990.
Boletín Oficial del Estado.
Declaración por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español (s. f.), PCE, París, 1965.
Dez anos de política externa (1936-1947). A naqao portuguesa e a segunda guerra mundial ,13 vols., Imprenta Nacional, Lisboa, 1961-1987.
Diario de las Sesiones de Cortes, Congreso de los Diputados, 1931-1936.

Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco, 4 vols., Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1992-1994.

Documentos socialistas .*Índice, Madrid, 1935*.

Documents on British Foreign Policy 1919-1939, Second Series, vol. XVIII, HMSO, Londres, 1980.

Documents on German Foreign Policy, Series D, vol. III, HMSO, Londres, 1951.

El desastre de Melilla: dictamen formulado por Indalecio Prieto como miembro de la Comisión designada por el Congreso de los Diputados para entender el expediente Picasso ,Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1922.

Epistolario Prieto-Negrín, Imprimerie Nouvelle, París, 1939.

Foreign Relations of the United States, 1936, II, US Government Printing Office, Washington D. C., 1954.

Foreign Relations of the United States, 1947, II, US Government Printing Office, Washington, D. C., 1972.

Hitler's Table Talk 1941-1944, Weidenfeld&Nicolson, Londres, 1955.

I documenti Diplomatici Italiani, 9 serie, vol., VII (24 aprile-11 dicembre 1941),Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato/Libreria dello Stato, Roma, 1987.

Memoria: Convocatoria y orden del día para el XIII Congreso ordinario ,Gráfica Socialista, Madrid, 1932.

XII Congreso del Partido Socialista Obrero Español, 28 de junio al 3 de julio de 1928 ,Gráfica Socialista, Madrid, 1927.

PERIÓDICOS Y REVISTAS.

ABC, Ahora, El Alcázar, Arriba, Boletín de la Unión General de Trabajadores, Cambio 16, Claridad, La Correspondencia Militar, La Época, Estampa, FE, El Liberal, La Libertad, Milicia Popular-Diario del 5.º Regimiento de Milicias Populares, Mundo Obrero, The News Chronicle, El País, Revista de Historia Militar, El Socialista, Tauima Legión, La Voz de Galicia.

Paul Preston (Liverpool, Reino Unido, 1946) es un historiador e hispanista británico, autor de diversas obras sobre la historia contemporánea de España. Doctor en Historia por la Universidad de Oxford, es catedrático de Historia Contemporánea española y director del Centro Cañada Blanch para el Estudio de la España Contemporánea en la London School of Economics (Universidad de Londres). También fue profesor de Historia en la Universidad de Reading y en el Centro de Estudios Mediterráneos del Queen Mary College (Universidad de Londres). Escribe artículos en diversas publicaciones y colabora también con la BBC como comentarista de la actualidad española.

Junto a Raymond Carr y Hugh Thomas, es uno de los principales hispanistas británicos que han dedicado su esfuerzo al estudio de la historia reciente española, especialmente a la de la Segunda República, la Guerra Civil, y los años de la dictadura de Franco…

[1] Conversación del autor con Miquel Roca i Junyent. Véase también Martin Blinkhorn, *Carlism and Crisis in Spain 1931-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975, p. 260. <<

[2] Ronald Fraser, *Blood of Spain. The Experience of Civil War*, Allen Lane, Londres, 1979, p. 167; Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 1978, pp. 61-68. <<

[3] Paul Preston, *Franco: A Biography*, Harper Collins, Londres, 1993, pp. 115-119. <<

[4] Indalecio Prieto, *De mi vida*, Ediciones El Sitio, México, D. F., 1965, pp. 299-300. Véanse también los ensayos de introducción de José Antonio Durán en Manuel Portela Valladares, *Dietario de dos guerras (1936-1950*), Edicións do Castro, La Coruña, 1988, pp. 11-17, 147-150, y Manuel Portela Valladares, *Memorias*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 11-47. <<

[5] Hilari Raguer, *Divendres de passió. Vida i mort de Manuel Carrasco i Formiguera*, Publicaciones de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1984, pp. 240-241. <<

[6] Hilari Raguer, *Divendres de passió…*, *passim*, y el capítulo sobre Besteiro en este tomo. <<

[7] Ramon Muntanyola, *Vidal i Barraquer, el cardenal de la paz*, Laia, Barcelona, 1974, pp. 277-303. <<

[8] Anastasio Granados, *El cardenal Gomá: Primado de España*, Espasa Calpe, Madrid, 1969, pp. 145-146; María Luisa Rodríguez Aisa, *El cardenal Gomá y la guerra de España: aspectos de la gestión pública del Primado 1936-1939*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1981, pp. 61-65; José M. Sánchez, *The Spanish Civil War as Religious Tragedy*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1987, pp. 79-81. <<

[9] Juan de Iturralde (seudónimo de Juan José Usabiaga Irazustabarrena), *La guerra de Franco: los vascos y la Iglesia*, 2 vols., Publicaciones Clero Vasco, San Sebastián, 1978, pp. 198-205, 242, 248, 412-415. <<

[10] Rafael Valls, *La Derecha Regional Valenciana 1930-1936*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1992, pp. 235-236, 241-242, 246-248. <<

[11] Vicente R. Alós Ferrando, *Reorganización, supremacía y crisis final del Blasquismo (1929-1936*), Ajuntament de València, Valencia, 1992, p. 269. <<

[12] Ian Gibson, *Queipo de Llano. Sevilla, verano de 1936*, Grijalbo, Barcelona, 1986, pp. 101-105. <<

[13] Guillermo Cabanellas, *Los cuatro generales*, 2 vols., Planeta, Barcelona, 1977, p. 416. <<

[14] Hilari Raguer, *El general Batet. Franco contra Batet: Crónica de una venganza*, Ediciones Península, Barcelona, 1996, pp. 154-186, 211237, 239 ff. Véase también el capítulo sobre Besteiro en este tomo. <<

[15] Gibson, *Queipo de Llano*…, p. 105. <<

[16] Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic 1931-1936*, Routledge, 2.ª edición, Londres, 1994, pp. 277-281. <<

[17] Dolores Ibárruri, *El único camino*, Editorial Castalia, Madrid, 1992, pp. 550-551. <<

[18] Ignacio Arenillas de Chaves, «El proceso de Besteiro», *Revista de Occidente*, Madrid, 1976, p. 193. <<

[19] Agradezco a Hilari Raguer que me facilitara esta información. <<

[20] *The News Chronicle*, 29 de julio de 1936. <<

[21] Azaña, *Obras*, III, p. 355. <<

[22] *Palabras del Caudillo*, Ediciones Fe, Barcelona, 1939, pp. 24-25. <<

[23] Indalecio Prieto, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, 3 vols., Oasis, México, D. F., 1967-1969, I, p. 152. Cf. Miguel Primo de Rivera y Urquijo, *Papeles póstumos de José Antonio*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, p. 10. <<

[24] Indalecio Prieto, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, 3 vols., Oasis, México, D. F., 1967-1969, I, pp. 391; José Antonio Primo de Rivera, *Textos de doctrina política*, Sección Femenina, 4.ª edición, Madrid, 1966, pp. 933-938. <<

[25] Ian Gibson, *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980, p. 271; Primo de Rivera, *Papeles póstumos*…, p. 11. <<

[26] Manuel Azaña, *Apuntes de memoria inéditos y cartas 19381939-1940*, Pre-Textos, Valencia, 1990, p. 20. <<

[27] Alberto Reig Tapia, «La tragedia de Manuel Azaña», *Historia Contemporánea*, n.º 1, p. 49. <<

[28] Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols. Oasis, México, D. F., 1966-1968, II, p. 608. <<

[29] Azaña, *Obras*, II, pp. 331, 341. <<

[30] Azaña, *Obras*, III, p. 378. <<

[1] Discurso de Franco en el Museo del Ejército, 7 de marzo de 1946, *Arriba*, 8 de marzo de 1946. <<

[2] Testimonio del P. Bulart, en María Mérida, *Testigos de Franco: retablo íntimo de una dictadura*, Plaza & Janés, Barcelona, 1977, p. 36. <<

[3] Jaime de Andrade, *«Raza», anecdotario para el guión de una película*, Ediciones Numancia, Madrid, 1942. Para una aguda reflexión, véase Román Gubern, «*Raza» (un ensueño del general Franco*), Ediciones 99, Madrid, 1977. <<

[4] George Hills, *Franco: The Man and His Nation*, Macmillan, Nueva York, 1967, pp. 107, 132. <<

[5] Rogelio Baón, *La cara humana de un Caudillo*, Editorial San Martín, Madrid, 1975, p. 117. <<

[6] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue: memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 169. <<

[7] *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, Ediciones Fe, Barcelona, 1939, p. 204. <<

[8] Mérida, *Testigos*…, *op. cit*., pp. 22, 139. <<

[9] Manuel Vázquez Montalbán, *Los demonios familiares de Franco*, Dopesa, Barcelona, 1978, pp. 90-91. <<

[10] Pilar Franco Bahamonde, *Nosotros los Franco*, Planeta, Barcelona, 1980, p. 28; Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978, p. 335; José María Gil-Robles, *La monarquía por la que yo luché: páginas de un diario 1941-1954*, Taurus, Madrid, 1976, p. 270. <<

[11] Pedro Theotonio Pereira, *Memórias postos em que servi e algumas recordaçoes pessoais*, 2 vols., Verbo, Lisboa, 1973, II, p. 59. <<

[12] Pereira a Salazar, 6 de julio de 1940, *Correspondência de Pedro Theotonio Pereira para Oliveira Salazar*, 4 vols., Presidência do Conselho de Ministros, Lisboa, 1987-1991, II, p. 59. <<

[13] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 337. <<

[14] John Whitaker, «Prelude to World War: A Witness from Spain», en *Foreign Affairs*, vol. 21, n.º 1, octubre de 1942, p. 116. <<

[15] Harold G. Cardozo, *The March of a Nation*, The Right Book Club, Londres, 1937, p. 141. <<

[16] William Foss & Cecil Gerathy, *The Spanish Arena*, The Right Book Club, 1938, p. 62. <<

[17] Georges Rotvand, *Franco Means Business*, Paladin Press, Londres, n. d. [1937], p. 20. <<

[18] S. F. A. Coles, *Franco of Spain*, Neville Spearman, Londres, 1955, p. 71. <<

[19] Ramón Soriano, *La mano izquierda de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 60, 76, 155. <<

[20] «Declaraciones de S. E. a Manuel Aznar», 31 de diciembre de 1938, *Palabras del Caudillo 19 abril 1937-31 diciembre 1938*, Barcelona, 1939, p. 314. <<

[21] Arturo Barea, *The Struggle for the Spanish Soul*, Secker & Warburg, Londres, 1941, p. 21. <<

[22] Joaquín Arrarás, *Franco*, Librería Santarén, Valladolid, 7.ª edición, 1939, pp. 131-133. <<

[23] Sobre su actitud sobre los funerales en general: Franco, *Nosotros*, p. 159. Sobre la muerte de Jordana: Abel Plenn, *Wind in the Olive Trees: Spain from the Inside*, Boni & Gaer, Nueva York, 1946, pp. 96-97; Hoare, *Ambassador on a Special Mission*, Collins, Londres, pp. 269-272. <<

[24] Eugenio Vegas Latapie, *Caminos del desengaño: memorias políticas II 1936-1938*, Tebas, Madrid, 1987, pp. 74-75. <<

[25] John F. Coverdale, *Italian Intervention in the Spanish Civil War*, Princeton, 1975, pp. 191-192; Ramón Garriga, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, Cajica, Puebla, México, 2.ª edición, 1970, pp. 207-209. <<

[26] J. Boor (seud. Francisco Franco), *Masonería*, Editora Nacional, Madrid, 1952, p. 10. <<

[27] José Antonio Ferrer Benimeli, *Masonería española contemporánea*, 2 vols., Siglo XXI, Madrid, 1980, II, pp. 168-170; José Antonio Ferrer Benimeli, «Franco contra la masonería», en *Historia 16*, año II, n.º 15, julio de 1977, pp. 37-51; Manuel de Paz, «Masonería y militarismo en el norte de África», Universidad Complutense, cursos de verano, El Escorial, 1988, en *La masonería y su impacto internacional*, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, Madrid, 1989, pp. 114-117; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 152; Soriano, *La mano*, p. 128. <<

[28] Véanse discursos de Franco el 24 de agosto de 1942, *Palabras del Caudillo 1937-1942*, Ediciones de la Vicesecretaría Popular, Madrid, 1943, p. 279; 14 de mayo de 1946; 19 de octubre de 1946; 28 de marzo de 1950; 13 de junio de 1958; 2 de octubre de 1961; 1 de abril de 1964, citado en Agustín del Río Cisneros, editor, *Pensamiento político de Franco*, 2 vols., Ediciones del Movimiento, Madrid, 1975, I, pp. 78-93; carta de Franco, 12 de mayo de 1942, a don Juan de Borbón, reproducida en Alfredo Kindelán, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 42-46. <<

[29] Discurso en Lugo, 21 de agosto de 1942, *Palabras del Caudillo 1937-1942, op. cit.*, p. 273; Fernando Valls, *La enseñanza de la literatura en el franquismo 1936-1951*, Antoni Bosch, Barcelona, 1983, p. 67. <<

[30] Testimonio de Ramón Serrano Suñer al autor, Madrid, 21 de noviembre de 1990. Parece ser que el cura en cuestión fue don Manuel Fidalgo Alonso, quien, según los registros parroquiales de San Cucao, fue su párroco entre 1928 y 1932. Dado que los registros diocesanos asturianos fueron destruidos durante la guerra civil, es imposible estar completamente seguros. <<

[31] José Antonio Vaca de Osma, *Paisajes con Franco al fondo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987, pp. 158-159. <<

[32] Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., Oasis, México D. F., 1966-1968, IV, p. 35. <<

[33] Roberto Cantalupo, *Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Febbraio-Aprile 1937*, Milan, Milán, 1948, p. 230-233. <<

[34] Baón, *La cara humana*, Editorial San Martín, Madrid, 1975, p. 143. <<

[35] El primer comentario al respecto proviene de la pluma de Miguel de Unamuno en una carta escrita el 13 de diciembre de 1936 a Quintín de Torre, reproducido en Luciano González Egido, *Agonizar en Salamanca: Unamuno julio-diciembre 1936*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, pp. 226-228. <<

[36] Pemán, *Mis encuentros*, Dopesa, Barcelona, p. 130. <<

[37] Franco, *Textos 1945-1950*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1951, p. 229. <<

[38] Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado, 1955-1959*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1960, pp. 496-497. <<

[39] Franco, *Discursos, 1960-1963*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1964, pp. 263-264. <<

[40] Ángel Bravo, en *Franco visto por sus ministros*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 151-152. <<

[41] Rafael Calvo Serer, *La dictadura de los franquistas: el «affaire» del «Madrid» y el futuro político*, Autor, París, 1973, pp. 67-70. <<

[42] Mariano Sánchez Soler, *Villaverde: fortuna y caída de la casa Franco*, Planeta, Barcelona, 1990, pp. 39-51, 92-94, 122-124, 131-139; Coles, *Franco*, p. 29. <<

[43] Sánchez Soler, *Villaverde…,op. cit*., p. 127. <<

[44] Ramón Garriga, *La Señora de El Pardo*, Planeta, Barcelona, 1979, p. 11. <<

[45] Abel Plenn, *Wind in The Olive Trees: Spain from the Inside*, Boni & Gaer, Nueva York, 1946, p. 146; Heleno Saña, *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Suñer*, Grijalbo, Barcelona, 1982, pp. 365-368 ; Franco, *Nosotros*, *op. cit*., pp. 31, 227-228; Jaime Sánchez Blanco, *La importancia de llamarse Franco: el negocio inmobiliario de Doña Pilar*, Edicusa, Madrid, 1978, *passim*. <<

[46] Sobre los asuntos financieros de Nicolás, véase Ramón Garriga, *Nicolás Franco, el hermano brujo*, Planeta, Barcelona, 1980, pp. 171-184, 306-320; sobre su vida privada, pp. 269-291. <<

[47] Véase, por ejemplo, los intereses financieros del almirante Pedro Nieto Antúnez en Equipo Mundo, *Los noventa ministros de Franco*, Dopesa, Barcelona, 1970, p. 323. <<

[48] Thomas J. Hamilton, *Appeasement's Child: The Franco Regime in Spain*, Gollancz, Londres, 1943, pp. 121-131; Plenn, *Wind*, p. 138. <<

[49] Ramón Garriga, *Franco-Serrano Suñer: un drama político*, Planeta, Barcelona, 1986, p. 178. <<

[50] Véanse los comentarios de su cuñado, primo y ayudante de campo, Serrano Suñer, *Memorias*, p. 230; Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, *op. cit*., pp. 19, 37, 56-58, 83, 178. <<

[51] Estoy en deuda con Tristan Garel-Jones por localizar la primera vez en que Franco dijo esto. Luis Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, 8 vols., Madrid, 1984, I, p. 8; José Ignacio Escobar, *Así empezó*, Madrid, 1974, p. 151; Vicente Pozuelo, *Los últimos 476 días de Franco*, Barcelona, 1980, p. 46. <<

[52] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones…*, *op. cit*., p. 80. <<

[53] Testimonio de Manuel Fraga al autor, Madrid, febrero de 1983. <<

[54] José María de Areilza, *Diario de un ministro de la monarquía*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 73-76. <<

[55] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones…*, *op. cit.*, p. 214. <<

[56] *Cambio 16*, n.º 278, 10 de abril de 1977, p. 13. <<

[57] Vaca de Osma, *Paisajes*…, *op. cit*., pp. 155-156, 178, 183; Pemán, *Mis encuentros, op. cit*., pp. 52, 123-126; Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, I, p. 61; Pereira, *Memórias*, II, pp. 58-59; Mérida, *Testigos*, *op. cit*., pp. 168, 173-174; Coles, *Franco…*, *op. cit*., p. 74. <<

[58] Vegas Latapie, *Los caminos*, pp. 74-75, 257; Guillermo Cabanellas, *Cuatro Generales. 1: preludio a la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 56. <<

[59] Francesc Cambó, principio de un diario, 8 de mayo de 1944, *Meditacions: dietari (1941-1946*), Barcelona, 1982, p. 1449. <<

[60] Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, *op. cit*., p. 335. <<

[61] Testimonio de Ramón Serrano Suñer al autor, 21 de noviembre de 1990. <<

[62] Saña, *Franquismo*, *op. cit*., p. 190. <<

[63] Pereira a Salazar, 7 de noviembre de 1940, *DAPE*, VII, Imprenta Nacional, pp. 580-581; Lequio a Ciano, 27 de enero de 1941, *DDI*, Libreria dello Stato, 9.ª serie, VI, p. 506. <<

[64] Pilar Jaraiz Franco, *Historia de una disidencia*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 156, 162-163, 174, 205. <<

[65] *Ibídem*, pp. 163-167. <<

[66] Pemán, *Mis encuentros*, *op. cit*., p. 9. <<

[67] Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo, op. cit*, I, p. 55. Pilar Franco, *Nosotros*, *op. cit*., pp. 163-164, se queja de que la hija de Franco posee el texto completo de sus memorias. <<

[68] Francisco Franco, *«Apuntes» personales sobre la República y la guerra civil*, Madrid, 1987, *passim*; Pozuelo, *Los últimos 476 días*…, *op. cit.*, pp. 79-102. <<

[69] Franco, *Nosotros*, *op. cit*., p. 54; Garriga, *Nicolás Franco*…, *op. cit*., pp. 128-130. Sobre Hammaralt y sus actividades en los laboratorios, véase también Ángel Alcázar de Velasco, *Siete días de Salamanca*, G. del Toro, Madrid, 1976, pp. 120-121. <<

[70] Giuliana di Febo, *La santa de la raza: un culto barroco en la España franquista (1937-1962*), Icaria Editorial, Barcelona, 1988, pp. 63-71. <<

[71] Franco, *Apuntes*…, *op. cit.*, pp. 42-45; Soriano, *La mano*…, *op. cit.*, pp. 61-62, 154-155. <<

[72] *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1938*, Barcelona, 1939, pp. 309-310. <<

[73] Vegas Latapie, *Caminos*…, *op. cit*., p. 400. <<

[74] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, *op. cit.*, p. 67. <<

[75] Vegas Latapie, *Caminos*…, *op. cit.*, p. 400. Sobre la habilidad de Alfonso XIII para hablar con conocimiento de causa sobre diversos temas y en distintas lenguas, véase Calvo Sotelo, *Mis servicios al Estado. Seis años de gestión: apuntes para la Historia*, Imprenta Clásica Española, Madrid, 1931, pp. 113-114. <<

[76] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, p. 116; Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, *op. cit*., pp. 331-333; testimonio de Ramón Serrano Suñer al autor; Soriano, *La mano*, *op. cit*., pp. 57, 155. <<

[77] José María Fontana, *Franco: radiografía del personaje para sus contemporáneos*, Barcelona, Ediciones Acervo, 1979, p. 47. <<

[78] Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, *op. cit*., p. 341. <<

[79] *Palabras del Caudillo 1937-1942*, pp. 253, 267. <<

[80] Discurso en Lugo, 21 de agosto de 1942, *ibídem*, p. 273. <<

[81] José María Pemán, *Mis almuerzos con gente importante*, Dopesa, Barcelona, 1970, p. 138. <<

[82] Soriano, *La mano, op. cit.*, p. 108. <<

[83] Entrevista con López Rodó en Bayod, *Franco visto*, p. 167; Raymond Carr, «The legacy of Francoism», en *Spain 1975-1980: The Conflicts and Achievements of Democracy*, José L. Cagigao, John Crispin y Enrique Pupo-Walker, editores, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1982, p. 136; Coles, *Franco*…, *op. cit*., p. 29. <<

[84] Coles, *ibídem*, p. 63; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida, op. cit.*, p. 319. <<

[85] Serrano Suñer, *Memorias, op. cit*., pp. 207-208; Pemán, *Mis encuentros, op. cit*., p. 92. Luis García Berlanga produjo en 1978 *La escopeta nacional*, brillante sátira sobre las cacerías franquistas. <<

[86] Maurice Peterson, *Both Sides of the Curtain*, Constable, Londres, 1950, p. 224. <<

[87] Federico Sopeña, *Escrito de noche*, Espasa Calpe, Madrid, 1985, p. 133. <<

[88] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida, op. cit*., p. 345; Soriano, *La mano, op. cit*., pp. 87-88; Pozuelo, *Los últimos 476 días*…, *op. cit*., pp. 35, 109, 178. <<

[89] Vicente Gil, *Cuarenta años junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 84-85; Carlos Fernández Santander, *El fútbol durante la guerra civil y el franquismo*, Editorial San Martín, Madrid, 1990, pp. 196-197. <<

[90] Vegas Latapie, *Caminos*…, *op. cit*., pp. 79-80. <<

[91] Jaraiz Franco, *Historia*…, *op. cit*., p. 77. <<

[92] Mérida, *Testigos*…, *op. cit*., p. 21; Coles, *Franco, op. cit*., p. 30. <<

[93] Mérida, *Testigos*…, *op. cit*., p. 31. <<

[94] Vaca de Osma, *Paisajes…*, *op. cit*., pp. 158, 198-199. <<

[95] Testimonio del padre Bulart, Mérida, *Testigos*…, *op. cit*., p. 33; Franco, *Nosotros*, *op. cit*., p. 66. <<

[96] *Estampa*, 29 de mayo de 1928. <<

[97] Coles, *Franco, op. cit*., p. 26; Brian Crozier, *Franco: A Biographical History*, Eyre & Spottis wood, Londres, 1967, pp. 46, 50-51; Hilis, *Franco*, pp. 105-157; Franco, *Apuntes*…, *op. cit*., p. 6. <<

[98] Crozier, *Franco*, p. 46 (citando al amigo y primer biógrafo de Franco, Joaquín Arrarás). <<

[99] *Estampa*, 29 de mayo de 1928; Baón, *La cara humana*, p. 93. <<

[100] Pemán, *Mis encuentros*, *op. cit*., pp. 68-69. *Marina*, escrita en 1855, era obra de Emilio Arrieta y Corera (1823-1894); véase Gilbert Chase, *The Music of Spain*, Dover, Nueva York, 2.ª ed., 1959, pp. 142-143. <<

[101] Pemán, *Mis encuentros*, *op. cit*., p. 88. <<

[102] Véanse las reproducciones en *Interviú*, n.º 39, 21-27 de diciembre de 1983; Pozuelo, *Los últimos 476 días*…, *op. cit*., pp. 176-177. <<

[103] Véanse las fotografías reproducidas en Julio Rodríguez Martínez, *Impresiones de un ministro de Carrero Blanco*, Planeta, Barcelona, 1974, pp. 144-147. <<

[104] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., p. 71. <<

[105] Pemán, *Mis encuentros*, *op. cit*., p. 119; testimonio del padre Bulart, Pilar Franco, Max Borrell, Mérida, *Testigos*…, *op. cit*., pp. 33, 92, 226. <<

[106] Jaraiz Franco, *Historia*…, *op. cit*., pp. 101, 105; Franco, *Nosotros*, *op. cit*., pp. 69-70; Pemán, *Mis encuentros*, *op. cit*., pp. 85-88; Soriano, *La mano*…, *op. cit*., p. 156. <<

[107] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., pp. 36-37. <<

[108] *Ibídem*, p. 340. <<

[109] Vaca de Osma, *Paisajes*…, *op. cit.*, p. 190. <<

[110] Testimonio de Ramón Serrano Suñer al autor, 21 de noviembre de 1990. <<

[111] Niceto Alcalá Zamora , *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 114. <<

[112] Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Londres, 3.ª ed., p. 414. <<

[113] Serrano Suñer, *Memorias*, *op. cit*., p. 164. <<

[114] Whitaker, «Prelude», p. 116. <<

[115] Willard L. Beaulac, *Franco: Silent Ally in World War II*, Carbondale, 1986, p. 45. <<

[116] Plenn, *Wind*, pp. 74-75. <<

[117] Coles, *Franco, op. cit.*, p. 161. <<

[118] Ramón Garriga, *El cardenal Segura y el Nacional-Catolicismo*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 294-296. <<

[119] Testimonio de Manuel Fraga; Mérida, *Testigos…*, *op. cit*., p. 82. <<

[120] Franco, *Nosotros*, *op. cit*., p. 139. <<

[121] En *Hitler's Table Talk 1941-1944*, Londres, 1953, 5 de septiembre de 1942, p. 693. <<

[122] Pereira a Salazar, 10 de junio de 1940, *DAPE*, VII, pp. 115-116. <<

[123] Pemán, *Mis encuentros*, *op. cit*., pp. 116-152; Hamilton, *Appeasement's Child*, pp. 87-88. <<

[124] Willard L. Beaulac, *Career Ambassador*, Nueva York, 1951, p. 179. <<

[125] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, *op. cit.*, pp. 79, 105. <<

[126] *Ibídem*, p. 395. <<

[127] Véanse las entrevistas con Máximo Rodríguez Borrell reproducidas en Mérida, *Testigos*…, *op. cit*., pp. 217-227 y Coles, *Franco*…, *op. cit*., pp. 13-15. Vaca de Osma, *Paisajes.*…, *op. cit*., p. 186. <<

[128] Daniel Sueiro, *El Valle de los Caídos: los secretos de la cripta franquista*, Argos-Vergara, Barcelona, 1983, p. 177. <<

[129] Pemán, *Mis encuentros*, *op. cit*., p. 117; Mérida, *Testigos*…, *op. cit*., p. 24. <<

[130] *Discursos y mensajes del Jefe del Estado 1955-1959*, Madrid, 1960, pp. 478-479. <<

[1] Paul Preston, *Franco, A Biography*, Harper Collins, Londres, 1993, pp. 91-92, 186, 250-251. <<

[2] Carlos de Silva, *General Millán Astray. El Legionario*, AHR, Barcelona, 1956, pp. 39-43. <<

[3] Silva, *ibídem*, pp. 46-47, 52-64. <<

[4] David S. Woolman, *Rebels in the Rif: Abd el-Krim and the Rif Rebellion*, Stanford University Press, Stanford, 1969, p. 66. Acerca de José Millán Astray, padre, véase Carlos Rojas, *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca 1936. Unamuno y Millán Astray frente a frente*, Planeta, Barcelona, 1995, pp. 72-80. <<

[5] Véase un artículo anónimo basado en entrevistas con la hija de Millán Astray, Peregrina, «Militar y caballero. José Millán Astray», *El Fígaro*, 28 de enero de 1995, p. 58. <<

[6] Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 67-85. <<

[7] *Ibídem*, pp. 91-106. <<

[8] *Ibídem*, p. 108. <<

[9] José Millán Astray, «Prólogo», comandante Franco, *Marruecos: Diario de una Bandera*, Editorial Pueyo, Madrid, 1922; general Millán Astray, *Franco. El Caudillo*, M. Quero y Simón, Salamanca, 1939, pp. 9-12. <<

[10] Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 109-118. <<

[11] *Ibídem*, pp. 10-35. <<

[12] Arturo Barea, *La forja de un rebelde*, Losada, Buenos Aires, 1951, p. 315; Franco, *Diario*, pp. 18-19. <<

[13] *Tauima Legión*, n.º 10, enero de 1954, p. 3; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 124-130, 150; Carlos Blanco Escolá, *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931*), Labor, Barcelona, 1989, pp. 86-89; Julio Busquets, *El militar de carrera en España*, Ariel, Barcelona, 1984, 3.ª edición, pp. 100-101. <<

[14] Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., pp. 171-172; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 143-147; Woolman, *Rebels in the Rif*…, *op. cit*., p. 66. <<

[15] Inazo Nitobé, *Bushido, The Soul of Japan. An Exposition of Japanese Thought*, G. Putnam, Nueva York, 1905. En su prólogo a la versión en castellano —*El Bushido*, Gráficas Ibarra, Madrid, 1941—, Millán Astray se describe como el traductor, aunque en otra parte del texto se menciona la colaboración de Luis Álvarez de Espejo. Véanse también Ernesto Giménez Caballero, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979, p. 275; Silva, *Millán Astray…*, *op. cit*., p. 144. <<

[16] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida…*, *op. cit.*, p. 42; Silva, *Millán Astray…*, *op. cit.*, p. 146. <<

[17] Barea, *La forja*…, *op. cit.*, p. 315. <<

[18] Arturo Barea, *Struggle for the Spanish Soul*, Secker & Warburg, Londres, 1941, pp. 30-31. <<

[19] Ramón Garriga, *La Señora de El Pardo*, Planeta, Barcelona, 1979, p. 40; José Martín Blázquez, *I Helped Build an Army: Civil War Memoirs of a Spanish Staff Officer*, Secker & Warburg, Londres, 1939, p. 302; Herbert R. Southworth, *Antifalange: estudio crítico de «Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla»* de Maximiano García Venero, Ruedo Ibérico, París, 1967, pp. XXI-XXII; Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, 2 vols., Grijalbo, Buenos Aires, 1973, II, p. 792. <<

[20] Preston, *Franco*…, *op. cit.*, pp. 27-34. <<

[21] Claude Martin, *Franco, soldado y estadista*, Fermín Uriarte, Madrid, 1965, pp. 129-130. <<

[22] Mijaíl Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 88-89; John Whitaker, «Prelude to World War: A Witness from Spain», en *Foreign Affairs*, vol. 21, n.º 1, octubre de 1942, pp. 105-106. <<

[23] Barea, *La forja*…, *op. cit.*, pp. 315-316. <<

[24] Barea, *Struggle*…, *op. cit*., p. 23. <<

[25] Hilari Raguer, *El general Batet. Franco contra Batet: Crónica de una venganza*, Ediciones Península, Barcelona, 1996, p. 331. <<

[26] Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., p. 38. <<

[27] Eugenio Vegas Latapie, *Caminos del desengaño: memorias políticas II 1936-1938*, Tebas, Madrid, 1987, p. 173. <<

[28] Juan de la Cierva y Peñafiel, *Notas de mi vida*, Instituto Editorial Reus, Madrid, 1955, p. 281; Niceto Alcalá Zamora, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 76-77; Carolyn, P. Boyd, *Praetorian Politics in Liberal Spain*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979, p. 192. <<

[29] Giménez Caballero, *Memorias*…, *op. cit*., p. 43. <<

[30] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., Librería Española, París, 2.ª edición, 1968, I, p. 5. <<

[31] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., pp. 52-53. <<

[32] Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., p. 17. <<

[33] Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 165-169. <<

[34] Torcuato Luca de Tena, *Franco, sí, pero*…, Planeta, Barcelona, 1993, p. 31. <<

[35] Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., p. 229. <<

[36] José María Pemán, *Mis almuerzos con gente importante*, Dopesa, Barcelona, 1970, p. 138. <<

[37] Dionisio Ridruejo, *Sombras y bultos*, Destino, Barcelona, 1977, pp. 110, 112. <<

[38] Rafael Abella, *Por el imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra (1939-1955*), Planeta, Barcelona, 1978, pp. 171-172. <<

[39] Ridruejo, *Sombras y bultos*…, *op. cit*., p. 110. <<

[40] Boyd, *Praetorian Politics*…, *op. cit.*, p. 214. La disputa entre Millán Astray y los junteros provocó la publicación de un libro escrito por Francisco Madrid, *El ruidísimo pleito de las juntas de defensa y Millán Astray*, Gráficas Costa, Barcelona, 1922. <<

[41] Boyd, *Praetorian Politics*…, *op. cit.*, pp. 225-226. <<

[42] *Ibídem*, pp. 228-229; De la Cierva, *Notas*…, *op. cit.*, p. 281; Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada española*, 8 vols., Ediciones Españolas, Madrid, 1939-1943, I, p. 121; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit.*, pp. 169-176; Stanley G. Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford University Press, Stanford, 1967, pp. 182-183. <<

[43] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., pp. 63, 67-68; Blanco Escolá, *La Academia General Militar*…, *op. cit*., p. 99; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 175-184. <<

[44] Carlos Navajas Zubeldía, *Ejército, Estado y Sociedad en España (1923-1930*), Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1991, p. 56; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 361; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 184-191, 243. <<

[45] Gabriel Maura Gamazo, *Bosquejo histórico de la Dictadura. I 1923-1926*, Tipografía de Archivos, Madrid, 1930, p. 217. <<

[46] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., p. 75; Blanco Escolá, *La Academia General Militar*…, *op. cit*., pp. 12, 99-100; Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales*, 2 vols., Planeta, Barcelona, 1977, I, pp. 93, 140. <<

[47] Blanco Escolá, *La Academia General Militar*…, *op. cit.*, pp. 87-89, 102-122. <<

[48] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., p. 97. <<

[49] Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., Oasis, México D. F., 1966-1968, IV, p. 226. <<

[50] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, *op. cit.*, p. 499; Luis de Galinsoga y Francisco Franco Salgado-Araujo, *Centinela de Occidente (Semblanza biográfica de Francisco Franco*), Editorial AHR, Barcelona, 1956, p. 158; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit.*, p. 196. <<

[51] Manuel Portela Valladares, *Memorias. Dentro del drama español*, Alianza, Madrid, 1988, p. 184. <<

[52] Alejandro Lerroux, *La pequeña historia. Apuntes para la Historia grande vividos y redactados por el autor*, Editorial Cimera, Buenos Aires, 1945, p. 346; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., p. 113. <<

[53] Figura en varias fotografías de los principales mandos y de los ministros publicadas en Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco: un siglo de España*, 2 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973, I, pp. 394, 407. <<

[54] Ministerio de la Guerra, Estado Mayor Central, *Anuario militar de España. Año 1936*, Imprenta y Talleres del Ministerio de la Guerra, Madrid, 1936, p. 361. <<

[55] Millán Astray, *Franco*…, *op. cit.*, p. 27; Cabanellas, *Cuatro generales*, *op. cit.*, I, pp. 431-432; José Ignacio Escobar, *Así empezó*, G. del Toro, Madrid, 1974, p. 166; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit.*, pp. 233-235. <<

[56] Cabanellas, *Cuatro generales*…, *op. cit*., II, pp. 424, 431. <<

[57] *ABC* (Sevilla) 18 de agosto de 1936; Francisco Franco SalgadoAraujo, *Mi vida*…, *op. cit*., p. 190; Vegas Latapie, *Los caminos*…, *op. cit*., p. 173. <<

[58] José P. San Román Colino, *Legislación del Gobierno Nacional, 1936, segundo semestre*, SHADE, Ávila, 1937, pp. 93-95, citado por Herbert Rutledge Southworth en *Guernica! Guernica!: A Study of Journalism, Propaganda and History*, University of California Press, Berkeley, 1977, p. 411. <<

[59] *ABC* (Sevilla) 14 de agosto de 1936. <<

[60] *ABC* (Sevilla) 15 y 16 de agosto de 1936; Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *Un año con Queipo: memorias de un nacionalista*, Ediciones Españolas, Madrid, 1938, pp. 34-35; Cabanellas, *Cuatro generales*, *op. cit*., II, pp. 253-254. <<

[61] Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil española*, Alfaguara, Madrid, 1970, pp. 158-159. <<

[62] Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960*), Barral Editores, Barcelona, 1976, pp. 178-179. <<

[63] Véase Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., p. 19, donde escribe que «Franco con nuestro Martí Goded y con el que esto escribe, procuró oponerse al nuevo rumbo temible que España emprendía». <<

[64] Giménez Caballero, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 90. Su libro, *Franco. El Caudillo*, constituye un himno de alabanza ininterrumpida de Franco. <<

[65] Cabanellas, *Cuatro generales, op. cit*., II, p. 30; Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil. I, La España nacional*, Planeta, Barcelona, 1978, pp. 57-58. <<

[66] Vegas Latapie, *Los caminos*…, *op. cit*., p. 89. <<

[67] Alfredo Kindelán, *Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona, 2.ª edición, 1982, pp. 103-105. <<

[68] Véase Preston, *Franco…*, *op. cit*., pp. 174-189; Cabanellas, *Cuatro generales*, *op. cit*., II, pp. 330-333. <<

[69] Emisión del 4 de octubre, cuyo texto se reproduce en Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., pp. 41-44. <<

[70] Pilar Franco Bahamonde, *Nosotros los Franco*, Planeta, Barcelona, 1980, p. 54; Ramón Garriga, *Nicolás Franco, el hermano brujo*, Planeta, Barcelona, 1980. Acerca de Hammaralt y sus actividades, véase también Ángel Alcázar de Velasco, *Siete días de Salamanca*, G. del Toro, Madrid, 1976, pp. 120-121. <<

[71] Abella, *La España nacional*, *op. cit*., p. 109; Acerca de Aguilera, véase Preston, *Franco*…, *op. cit*., pp. 190-191. <<

[72] Charles Foltz, Jr., *The Masquerade in Spain*, Houghton Mifflin, Boston, 1948, p. 80. <<

[73] Luis Portillo, «Unamuno's Last Lecture», en Cyril Connolly, *The Golden Horizon*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1953, p. 398. <<

[74] Luis Moure Mariño, *La generación del 36: memorias de Salamanca y Burgos*, Ediciós do Castro, La Coruña, 1989, p. 70. <<

[75] Moure Mariño, *La generación del 36*…, *op. cit.*, p. 71. <<

[76] Antoni Pelegrí, *Catalans entre la falç i les fletxes*, Oikos-Tau, Barcelona, 1996, p. 215. <<

[77] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., pp. 190-191. <<

[78] *Ibídem*, p. 201. <<

[79] Ridruejo, *Sombras y bultos*, p. 110. <<

[80] Moure Mariño, *La generación del 36*…, *op. cit*., pp. 73-79; Luis Portillo, «Unamuno's Last Lecture», *op. cit*., pp. 397-403; Carlos Rojas, ¡*Muera la inteligencia*!…, *op. cit*., pp. 134-139; Preston, *Franco*…, *op. cit*., pp. 191-192; Abella, *La España nacional*, *op. cit*., pp. 110-112. <<

[81] Moure Mariño, *La generación del 36*…, *op. cit.*, p. 431. <<

[82] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, *op. cit.*, p. 431. <<

[83] Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., p. 200. <<

[84] Almirante Juan Cervera Valderrama, *Memorias de guerra (1936-1939*), Editora Nacional, Madrid, 1968, p. 33. <<

[85] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., p. 219. <<

[86] Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., pp. 61-62. <<

[87] Philippe Nourry, *Francisco Franco: La conquête du Pouvoir*, Denoël, París, 1975, p. 542. <<

[88] Giménez Caballero, *Memorias*…, *op. cit*., pp. 88-90; Moure Mariño, *La generación del 36*…, *op. cit*., p. 69; Vegas Latapie, *Los caminos*…, *op. cit*., p. 175. <<

[89] Giménez Caballero, *Memorias*…, *op. cit*., pp. 88-92; Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., pp. 47-52. <<

[90] Del Burgo, *Conspiración…*, *op. cit.*, pp. 730-732; Ronald Fraser, *The Blood of Spain. The Experience of the Civil War, 1936-1939*, Allen Lane, Londres, 1979, p. 207. <<

[91] Del Burgo, *Conspiración*…, *op. cit*., pp. 870-871. <<

[92] Giménez Caballero, *Memorias*…, *op. cit*., p. 106. <<

[93] Torcuato Luca de Tena, *Papeles para la pequeña y la gran historia. Memorias de mi padre y mías*, Planeta, Barcelona, 1991, p. 264. <<

[94] Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., pp. 47-50, 77-79, 161-165. <<

[95] *Ibídem*, pp. 229-237. <<

[96] Cabanellas, *Cuatro generales*, *op. cit*., II, pp. 424, 431; Del Burgo, *Conspiración*…, *op. cit*., p. 885. Acerca del funeral en Burgos, véanse Cervera, *Memorias*…, *op. cit*., p. 167 y Antonio Ruiz Vilaplana, *Doy fe: un año de actuación en la España nacionalista*, Éditions Imprimerie Coopérative Étoile, París, s. f. [1938], pp. 121-122. <<

[97] Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, París, 1967, p. 295. <<

[98] Olao Conforti, *Guadalajara: la prima sconfitta del fascismo*, Mursia, Milán, 1967, pp. 34-35. <<

[99] García Venero, *Falange/Hedilla*, *op. cit*., p. 404. <<

[100] Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., pp. 193-201. <<

[101] *Ibídem*, p. 209. <<

[102] Ridruejo, *Sombras y bultos*, *op. cit*., pp. 110-112. <<

[103] Abella, *La España nacional*, *op. cit.*, pp. 146-147; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 204-222. <<

[104] Manuel Valdés Larrañaga, *De la Falange al Movimiento (19361952*), Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1996, p. 134. <<

[105] Acerca de Iniesta, véase Preston, *Franco*…, *op. cit*., pp. 734, 761-767. <<

[106] Carlos Iniesta Cano, *Memorias y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1984, pp. 132-134. <<

[107] Doctor Julio González Iglesias, *Los dientes de Franco*, Fénix, Madrid, 1995, pp. 164-172. <<

[108] Laín Entralgo, *Descargo de conciencia*, *op. cit*., p. 208. <<

[109] Galeazzo Ciano, *Diario 1937-1943* bajo la dirección de Renzo de Felice, Rizzoli, Milán, 1980, p. 143. Acerca del encuentro con Delcroix, véanse J. A. Giménez Arnau, *Memorias de memoria. Descifre vuecencia personalmente*, Destino, Barcelona, 1978, p. 101, y Serrano Suñer, *Memorias*…, *op. cit*., p. 159. Acerca de Delcroix, véase Philip V. Cannistraro, recop., *Historical Dictionary of Fascist Italy*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1982, p. 161. Como en el caso de Millán Astray respecto a Franco, Delcroix fue un propagandista fanático de Mussolini. <<

[110] Pemán, *Mis almuerzos*…, *op. cit*., p. 138. Millán Astray estaba obsesionado por el hecho de que Franco trabajaba catorce horas por día, tanto que en una recopilación de sus discursos reprodujo por dos veces uno sobre este tema; véase Millán Astray, *Franco*…, *op. cit*., pp. 65-68, 187-189. Acerca de sus intentos de hablar italiano, véase también Giménez Arnau, *Memorias*…, *op. cit*., p. 101. <<

[111] Millán Astray, *Franco*…, *op. cit.*, pp. 135-136. <<

[112] Pemán, *Mis almuerzos*…, *op. cit*., p. 137. <<

[113] González Iglesias, *Los dientes*…, *op. cit.*, p. 172. <<

[114] Moure Mariño, *La generación del 36*…, *op. cit*., p. 71; Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., p. 238; Fraser, *Blood of Spain*…, *op. cit*., p. 207; Vegas Latapie, *Los caminos*…, *op. cit*., p. 173. <<

[115] Giménez Caballero, *Memorias*…, *op. cit*., p. 93. <<

[116] Millán Astray, *Franco*…, *op. cit.*, pp. 135-136. <<

[117] Pemán, *Mis almuerzos*…, *op. cit*., pp. 135-136, da una versión sumamente expurgada de esta anécdota que corría de boca en boca en el Madrid de la época. Acerca de Celia Gámez, véase *El País*, 11 de diciembre de 1992. <<

[118] Hilari Raguer, *La Unió Democràtica de Catalunya* I *el seu temps (1931-1939*), Abadía de Montserrat, Barcelona, 1996, pp. 307-308. Véase también Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco: Biografía histórica*, 6 vols., Planeta, Barcelona, 1982, IV, p. 232. <<

[119] José Martínez Esparza, *Con la División Azul en Rusia*, Ediciones del Ejército, Madrid, 1943, pp. 26-27; Gerald R. Kleinfeld y Lewis A. Tambs, *Hitler's Spanish Legion: The Blue Division in Russia*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1979, pp. 26, 187. <<

[120] Alessandro Cova, *Graziani. Un generale per il regime*, Newton Compton, Roma, 1987, p. 280; Silva, *Millán Astray*…, *op. cit*., pp. 238-241 . <<

[121] Ricardo de la Cierva, *Historia del franquismo: I orígenes y configuración (1939-1945*), Planeta, Barcelona, 1975, p. 251. <<

[122] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., pp. 323-326. <<

[123] Véase el artículo de autor anónimo basado en entrevistas hechas a Peregrina Millán Astray, «Militar y caballero», *El Fígaro*, 28 de enero de 1995, p. 58. <<

[124] *ABC*, 2 de enero de 1954; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, *op. cit*., p. 335. <<

[125] *Tauima Legión*, n.º 20, enero de 1954, p. 2. <<

[126] *ABC*, 3 de enero de 1954. <<

[1] José María Amado, *Vía crucis*, Editorial Dardo, Málaga, 1938. <<

[2] Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, París, 1967, p. 38; Ramón Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid, 1947, pp. 365-367; Ramón Serrano Suñer, *Política de España 19361975*, Editorial Complutense, Madrid, 1995, p. 81. <<

[3] Francisco Bravo, *José Antonio: el hombre, el jefe, el camarada*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939, p. 7. <<

[4] Primo de Rivera a Julián Pemartín, 2 de abril de 1933 en Sancho Dávila y Julián Pemartín, *Hacia la historia de la Falange; primera contribución de Sevilla*, Jerez Industrial, Jerez, 1938, pp. 24-27. <<

[5] Ramiro Ledesma Ramos, ¿*Fascismo en España*?, Ariel, Barcelona, 2.ª edición, 1968, pp. 178-179. <<

[6] *Ahora*, 19 de abril de 1935, citado por Carlos Rojas en *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca, 1936. Unamuno y Millán Astray frente a frente*, Planeta, Barcelona, 1995, p. 25. <<

[7] Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, 3 vols., Ediciones Oasis, México D. F., 1967-1969, I, pp. 127-133. <<

[8] Sobre el papel falangista en la represión, véase García Venero, *Falange/Hedilla, op. cit*., pp. 227-237; Herbert Rutledge Southworth, *Antifalange; estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, Ruedo Ibérico, París, 1967, pp. 3-4; Dionisio Ridruejo, *Escrito en España*, Losada, Buenos Aires, 2.ª edición, 1964, p. 83; Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *Un año con Queipo*, Ediciones Españolas, n. d., Barcelona [1938], pp. 89-136. <<

[9] El más vívido retrato de José Antonio Primo de Rivera se encuentra en Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Planeta, Barcelona, 1976, pp. 53-62. Véase también Pilar Primo de Rivera, *Recuerdos de una vida*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1983, p. 20. <<

[10] Claude Bowers, *My mission to Spain*, Gollancz, Londres, 1954, p. 28; Henry Buckley, *Life and Death of Spanish Republic*, London Hamish Hamilton, 1940, p. 127. <<

[11] *Textos de doctrina política: Obras de José Antonio Primo de Rivera*, editado por Agustín del Río Cisneros, Sección Femenina, Madrid, 1966, pp. 3-13. Véase también Hugh Thomas, «The Hero in the Empty Room: José Antonio and Spanish Fascim» en *Journal of Contemporary History*, vol. 1, n.º 1, 1966, pp. 174-182. <<

[12] Bravo, *José Antonio*…, *op. cit*., p. 76. <<

[13] Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton University Press, Princeton, 1965, pp. 178-180; Stanley G. Payne, *Falange: A History of Spanish Fascism*, Stanford University Press, Stanford, 1961, pp. 24-30; Hugh Thomas, «The Hero in the Empty Room: José Antonio and Spanish Fascism» en *Journal of Contemporary History*, vol. 1, n.º 1, 1966, pp. 174-182 y su introducción a *José Antonio Primo de Rivera: Selected Writings*, Jonathan Cape, Londres, 1972, pp. 11-16; Hugh Thomas, «Spain» en S. J. Woolf, editor, *European Fascism*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1968, pp. 289-296. <<

[14] Ximénez de Sandoval, *«José Antonio» biografía*, Gráficas Lazareno-Echaniz, Madrid, 2.ª edición, 1949, pp. 41-42, 90; Ian Gibson, *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980, pp. 189-207; Raimundo Fernández Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985, p. 31; Southworth, *Antifalange*…, *op. cit*., p. 4; Ramón Garriga, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, Cajica, Puebla, México, 2.ª edición, 1970, pp. 15-18; Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, 2 vols., Grijalbo, Buenos Aires, 1973, pp. 166-167. <<

[15] Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., p. 15. <<

[16] Entrevista con Ramón Serrano Suñer en *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*, Ediciones Jerarquía, Barcelona, 1939, p. 204; Fernández Cuesta, *Testimonio*…, *op. cit*., p. 32; Gibson, *En busca de José Antonio*…, *op. cit*., pp. 196-197. <<

[17] Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978, p. 222. <<

[18] Gibson, *En busca de José Antonio*…, *op. cit*., p. 206. <<

[19] Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., pp. 252-254. <<

[20] Gibson, *En busca de José Antonio*…, *op. cit*., pp. 201-202. <<

[21] Más elocuentemente por Manuel Cantarero del Castillo, *Falange y socialismo*, Dopesa, Barcelona, 1973, que utiliza textos de José Antonio Primo de Rivera para establecer «la vocación socialista de la Falange» (p. 9), «la negación falangista de la derecha» (pp. 177-200), del «revolucionismo falangista» (pp. 221-222), el «izquierdismo predominante de la Falange» (pp. 237-251) y la influencia de Marx y Engels sobre José Antonio Primo de Rivera. Véanse también Miguel Ramos González, *La violencia en Falange Española*, Ediciones Tarfe, Oviedo, 1993, pp. 19-58; Carlos Rojas, *Prieto y José Antonio: socialismo y Falange ante la tragedia civil*, Dirosa, Barcelona, 1977. <<

[22] Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op, cit*., pp. 12-13. <<

[23] Sobre la prestancia aristocrática natural de José Antonio, véase Javier Martínez Bedoya, *Memorias desde mi aldea*, Ámbito Ediciones, Valladolid, 1996, pp. 72, 77. <<

[24] *F. E.*, 18 de enero, 22 de febrero de 1934; Ernesto Giménez Caballero, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979, 74-75; Eugenio Vegas Latapie, *Memorias políticas: el suicidio de la monarquía y la segunda República*, Planeta, Barcelona, 1983, pp. 194-196; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit.*, p. 24. <<

[25] Ximénez de Sandoval, *ibídem*, pp. 23, 573; Southworth, *Antifalange*…, *op. cit*., pp. 267-268; Ridruejo, *Casi unas memorias*, *op. cit*., pp. 54-55. <<

[26] Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., pp. 92-108; Sainz Rodríguez, *Testimonio*…, *op cit*., p. 196; Bravo, *José Antonio*…, *op. cit*., pp. 18-22; Sheelagh Ellwood, *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Editorial Crítica, Barcelona, 1984, pp. 22-25. <<

[27] Ernesto Giménez Caballero, *España y Franco*, Ediciones «Los Combatientes», Cegama, Guipúzcoa, 1938, p. 31. <<

[28] Ismael Saz Campos, *Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936*), Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1986, pp. 97-101; Manuel Pastor, *Los orígenes del fascismo en España*, Túcar Ediciones, Madrid, 1975, pp. 24-37; Enrique Selva Roca de Togores, «Giménez Caballero en los orígenes ideológicos del Fascismo español», en *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*, n.º 9, 1991, pp. 183-213. <<

[29] Para una lista de las publicaciones, véase Dr. Albiñana, *Confinado en Las Hurdes (una víctima de la Inquisición republicana*), Imprenta El Financiero, Madrid, 1933, pp. 7-10. El manifiesto del PNE se reproduce en José María Albiñana, *Después de la dictadura: Los cuervos sobre la tumba*, Madrid, CIAP, 2.ª edición, 1930, pp. 252-259. Véanse también Saz, *Mussolini contra la II República*…, *op. cit*., pp. 95-97; Pastor, *Los orígenes*…, *op. cit*., pp. 38-61; Southworth, *Antifalange*…, *op. cit*., pp. 29-30. <<

[30] Ledesma Ramos, *¿Fascismo en España*?, *op. cit.*, pp. 77-81; Tomás Borrás, *Ramiro Ledesma Ramos*, Editora Nacional, Madrid, 1971, pp. 216, 248-250; Herbert Rutledge Southworth, «The Falange: An Analysis of Spanish's Fascist Heritage» en Paul Preston, editor, *Spain in Crisis: The Evolution and Decline of the Franco Regime*, Harvester Press, Hassocks, 1976, p. 6. <<

[31] *Onésimo Redondo, Caudillo de Castilla*, Ediciones Libertad, Valladolid, 1937, pp. 18-37; Ledesma Ramos, *¿Fascismo en España*?, *op. cit*., p. 99; Payne, *Falange*…, *op. cit*., pp. 15-18. <<

[32] Raffaele Guariglia, *Ambasciata in Spagna e primi passi in dipiomazia 1932-1934*, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1972, pp. 288-289. <<

[33] José María Pemán, *Mis encuentros con Franco*, Dopesa, Barcelona, 1976, pp. 14-16; Ramón Garriga, *La Señora de El Pardo*, Planeta, Barcelona, 1979, pp. 57-59; Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 54-56. <<

[34] *F. E*., 22 de febrero de 1934; Ledesma Ramos, ¿*Fascismo en España*?, *op. cit*., pp. 104-108; Guariglia al MAE, 24 de febrero de 1933, en Guariglia, *Ambasciata*…, *op. cit*., pp. 263-264; Juan Aparicio, «Mi recuerdo de José Antonio» en *Dolor y memoria*…, *op. cit*., pp. 255-256; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., pp. 124-126; Alejandro Corniero Suárez, *Diario de un rebelde*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 1991, p. 42; Saz, *Mussolini contra la II República*…, *op. cit*., pp. 105-108; Gibson, *En busca de José Antonio*, *op. cit*., pp. 43-56. <<

[35] *F. E.*, 22 de febrero de 1934; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit.*, pp. 130-134; Gumersindo Montes Agudo, *Pepe Sainz. Una vida en la Falange*, n. p. [Barcelona], Ediciones Pallas de Horta, n. d. [1939], pp. 24-28; Gibson, *En busca de José Antonio*, *op. cit.*, pp. 56-64. <<

[36] Southworth, *Antifalange*…, *op. cit*., pp. 15-19, 39-53; Ernesto Giménez Caballero, *Genio de España*, Ediciones Jerarquía, Madrid, 1939, nota de la p. 276. <<

[37] Southworth, *Antifalange*…, *op. cit*., p. 50; José María de Areilza y Fernando María Castiella, *Reivindicaciones de España*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1941, pp. 48-52. <<

[38] Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., p. 412. <<

[39] Sobre las tendencias antidemocráticas y nacionalistas de Ortega y Gasset, véanse Antonio Elorza, *La razón y la sombra: una lectura política de Ortega y Gasset*, Anagrama, Barcelona, 1984, pp. 191-213; Andrew Dobson, *An Introduction to the Politics and Philosophy of José Ortega y Gasset*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, pp. 95-105. Sobre el Frente Español, véase Elorza, *La razón*…, *op. cit*., pp. 213-224. <<

[40] José Antonio Primo de Rivera, «Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset» en *Textos de doctrina política, op. cit*., pp. 745-749; «El Gran Inquisidor», «Autos de F. E.: Antifascistas en España. Don José Ortega y Gasset» en *F. E*., 7 de diciembre de 1933, p. 12. <<

[41] José María de Areilza, *Así los he visto,* Planeta, Barcelona, 1974, pp. 92-94; Saz, *Mussolini contra la II República*…, *op. cit*., pp. 109112; Ledesma Ramos, ¿*Fascismo en España*?, *op. cit*., pp. 122-123. Sobre la motocicleta de Ledesma, véase Sainz Rodríguez, *Testimonio*…, *op. cit*., p. 220. Sobre los vínculos de Areilza con las JONS, véanse *JONS*, mayo, septiembre de 1933, y Martínez Bedoya, *Memorias*…, *op. cit*., pp. 57, 60-61. Onésimo Redondo iba a las reuniones en el sidecar de una Harley Davidson, *ibídem*, p. 70. <<

[42] La única crónica fiable de este acuerdo se encuentra en Guariglia al MAE, 1 de septiembre de 1933, en Guariglia, *Ambasciata*…, *op. cit*., pp. 304-305. Existe confusión en cuanto a la fecha del acuerdo, véase Saz, *Mussolini contra la II República*…, *op. cit*., pp. 111-112, Sainz Rodríguez, *Testimonio*…, *op. cit*., pp. 220-222; José María Gil-Robles, *No fue posible la paz*, Ariel, Barcelona, 1968, pp. 442-443. También existen dudas sobre si de verdad se entregó el dinero, véase Juan Antonio Ansaldo, ¿*Para qué…? (de Alfonso XII a Juan III*), Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1951, p. 89. <<

[43] Guariglia al MAE, 24 de noviembre de 1933; Guariglia, *Ambasciata*…, *op. cit*., pp. 323-324; Primo de Rivera, *Textos*…, *op. cit*., pp. 53-55; Raffaele Guariglia, *Ricordi 1922-1946*, Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoles, 1949, pp. 203-205; Saz, *Mussolini contra la II República*…, *op. cit*., pp. 113-118. <<

[44] Bravo, *José Antonio*…, *op. cit*., p. 68; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., p. 138. <<

[45] Corniero Suárez, *Diario*…, *op. cit*., pp. 47-50, 66-68. <<

[46] José Antonio Primo de Rivera, «Discurso de la fundación de Falange Española» en *Textos*, *op. cit*., pp. 61-69. <<

[47] Southworth, *Antifalange*…, *op. cit*., pp. 27-29; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., pp. 204-205, 210-212, 316-317, 358, 437-440. <<

[48] Ximénez de Sandoval, *ibídem*, p. 166. <<

[49] Martínez Bedoya, *Memorias*…, *op. cit*., p. 69; Fernández-Cuesta citado por Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., p. 151. <<

[50] Carta sin fecha de García Valdecasas a Sainz Rodríguez, en Sainz Rodríguez, *Testimonio*…, *op. cit*., p. 221; Ledesma Ramos, *¿Fascismo en España*?, *op. cit*., pp. 136-137. <<

[51] Bravo, *José Antonio*…, *op. cit*., pp. 31-32. <<

[52] Saz, *Mussolini contra la II República*…, *op. cit*., pp. 120-121. <<

[53] Bravo, *José Antonio*…, *op. cit*., pp. 64-66; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., pp. 218-230; Payne, *Falange*…, *op. cit*., pp. 46-47. <<

[54] Southworth, «The Falange», *op. cit*., p. 6. <<

[55] Martínez Bedoya, *Memorias*…, *op. cit*., p. 67. <<

[56] Ledesma Ramos, ¿*Fascismo en España*?, *op. cit*., pp. 159-160; 164-165; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., pp. 564-574. <<

[57] Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, pp. 155-160; 496-499; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., pp. 288-291. <<

[58] Saz, *Mussolini contra la II República*…, *op. cit*., pp. 121-122; Guariglia al MAE, 20 de marzo, 26 de abril de 1934, Guariglia, *Ambasciata*…, *op. cit*., pp. 349, 372; Giménez Caballero, *Memorias*…, *op. cit*., p. 74. <<

[59] Corniero Suárez, *Diario*…, *op cit*., pp. 72, 74. Según Ledesma Ramos, ¿*Fascismo en España*?, *op. cit*., pp. 167-168, entre mayo de 1933 y la fusión en febrero de 1934, las JONS habían dispuesto de 12 000 pesetas para cubrir todas sus actividades incluyendo propaganda y publicaciones. La Falange había sido, de forma notable, bastante más próspera habiendo tenido a su disposición 150 000 pesetas durante los tres meses entre su fundación y la fusión. Después de ésta, las necesidades del nuevo partido eran de 40 000 pesetas al mes. <<

[60] Corniero Suárez, *Diario*…, *op. cit*., p. 96; Ximénez de Sandoval, «*José Antonio*»…, *op. cit*., pp. 364, 369-370; Southworth, *Antifalange*…, *op. cit*., pp. 81-82; Saz, *Mussolini contra la II República*…, *op. cit*., pp. 122-123. <<

[61] Ledesma Ramos, *¿Fascismo en España*?, *op. cit*., pp. 161-162; 169-171, 173-180; Ansaldo, *¿Para qué?…*, *op. cit*., pp. 84-86; Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., p. 57; Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit*., pp. 577-582; Ramos González, *La violencia…*, *op. cit*., pp. 75-80. <<

[62] *F. E*., 12, 19 de julio de 1934; Ledesma Ramos, ¿*Fascismo en España*?, *op cit*., pp. 175-187; Ansaldo, ¿*Para qué*?…, *op. cit*., pp. 86-87; Martínez Bedoya, *Memorias*…, *op. cit*., pp. 74-75; Bravo, *José Antonio*…, *op. cit*., pp. 58-59, 75; Payne , *Falange*…, *op. cit*., pp. 59-61. <<

[63] Alejandro Salazar, «Diario», en Ibáñez Hernández, *Estudio y acción: la Falange fundacional a la luz del Diario de Alejandro Salazar (1934-1936*), Ediciones Barbarroja, Madrid, 1993, p. 34. <<

[64] Gibson, *En busca de José Antonio*, *op. cit*., pp. 63, 208-209. Sobre la oratoria de Ledesma Ramos, véase Martínez Bedoya, *Memorias…*, *op. cit*., p. 68. <<

[65] Primo de Rivera, *Textos*, *op. cit*., pp. 297-300; Francisco Franco Bahamonde, *«Apuntes» personales sobre la República y la guerra civil*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1987, p. 9. <<

[66] Alejandro Lerroux, *La pequeña historia. Apuntes para la Historia grande vividos y redactados por el autor*, Editorial Cimera, Buenos Aires, 1945, pp. 314-315; Martínez Bedoya , *Memorias…*, *op. cit*., pp. 76-77. <<

[67] Gumersindo Montes Agudo, *Vieja guardia*, Aguilar, Madrid, 1939, pp. 217-236; Corniero Suárez, *Diario…*, *op. cit*., pp. 87-88; Ledesma Ramos, ¿*Fascismo en España*?, *op. cit*., p. 188; Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., pp. 78-81; Rafael Ibáñez Hernández, *Estudio y acción…*, *op. cit*., pp. 65-68; Manuel Suárez Cortina, *El fascismo en Asturias (1931-1937*), Silverio Cañada, Gijón, 1981, pp. 164-166. <<

[68] Fernández-Cuesta, *Testimonio…*, *op. cit.*, p. 37; Corniero Suárez, *Diario…*, *op. cit*., pp. 41, 93-94. <<

[69] Saz, *Mussolini contra la II República…*, *op. cit*., p. 122. <<

[70] García Venero, *Falange/Hedilla…*, *op. cit*., pp. 52-56; Francisco Bravo, *Historia de la Falange*, Editora Nacional, Madrid, 2.ª edición, 1943, pp. 77-80. <<

[71] Ledesma Ramos, *Fascismo…*, *op. cit*., pp. 197-198; Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., pp. 182-183; Southworth, *Antifalange…*, *op. cit*., pp. 80-81; Martínez Bedoya, *Memorias…*, *op. cit*., pp. 79-80. <<

[72] Saz, *Mussolini contra la II República…*, *op. cit*., pp. 123-124; Ibáñez Hernández, *Estudio y acción…*, *op. cit*., pp. 74-75. <<

[73] Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., pp. 82-84; Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit*., pp. 373-376; Ibáñez Hernández, *Estudio y acción…*, *op. cit*., pp. 75-76; Martínez Bedoya, *Memorias…*, *op. cit*., pp. 80-81. <<

[74] «Las J. O. N. S. rompen con F. E. Manifiesto de las J. O. N. S.», *La Patria Libre*, n.º 1, 16 de febrero de 1935; carta sin fecha de Ledesma Ramos a Francisco Bravo, en Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., p. 83; Ramiro Ledesma Ramos, *Discurso a las juventudes de España*, Ediciones Fe, Bilbao, 2.ª edición, 1938, p. 6; Ledesma Ramos, ¿*Fascismo en España*?, *op. cit*., pp. 200-202. <<

[75] Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit.*, p. 377; José María Sánchez Diana, *Ramiro Ledesma Ramos: biografía política*, Editora Nacional, Madrid, 1975, pp. 210-213; Bravo, *José Antonio…*, *op. cit.*, pp. 8284; Corniero Suárez, *Diario…*, *op. cit.*, p. 102. <<

[76] Fernández-Cuesta, *Testimonio…*, *op. cit*., p. 44. <<

[77] *Arriba*, 21 de marzo de 1935. <<

[78] *La Patria Libre*, 2 de marzo de 1935. <<

[79] *Arriba*, 11 de abril de 1935; Corniero Suárez, *Diario…*, *op. cit*., p. 109; García Venero, *Falange/Hedilla…*, *op. cit*., pp. 265-268. <<

[80] Entrevista del autor con Serrano Suñer, Madrid, 1993. Véanse también Serrano Suñer, *Política…*, *op. cit*., p. 34; Manuel Suárez Cortina, *El fascismo en Asturias, op. cit*., pp. 156-157. <<

[81] Ledesma Ramos, *¿Fascismo en España?*, *op. cit.*, pp. 199-200; Fernández-Cuesta, *Testimonio…*, *op. cit.*, p. 44. <<

[82] Correspondencia entre Celso Luciano, Capo Gabineto di S. E. il Ministro per la Stampa e la Propaganda, y Amadeo Landini, agregado de prensa en la embajada italiana en París, Archivio Centrale dello Stato, Ministero Cultura Popolare, p. 170 bis, fasc. 36. La versión pionera de este episodio se debe a Viñas, *La Alemania nazi…*, *op. cit*., pp. 152-155. La versión definitiva es de Saz, *Mussolini contra la II República…*, *op. cit*., pp. 138-145. Véanse también John F. Coverdale, *Italian Intervention in the Spanish Civil War*, Princeton University Press, Princeton, 1975, pp. 57-58; Max Gallo, *Spain Under Franco: A History*, George Allen & Unwin, Londres, 1973, pp. 48-49. <<

[83] Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., pp. 100-102. <<

[84] *Ibídem*, pp. 159-165; Corniero Suárez, *Diario…*, *op. cit.*, p. 120; Fernández-Cuesta, *Testimonio…*, *op. cit.*, pp. 51-52; Montes Agudo, *Pepe Sainz…*, *op. cit.*, pp. 56-57; García Venero, *Falange/Hedilla*, *op. cit.*, p. 66; Ibáñez Hernández, *Estudio y acción…*, *op. cit.*, pp. 98-101. Se especuló con que se había entrado en contacto con generales como Franco, Mola y Goded - Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada española*, 8 vols., 36 tomos, Ediciones Españolas, Madrid, 1939-1943, II, pp. 358-359. Sin embargo, es más probable que aquella sugerencia derivase de una determinación *post factum* de recalcar los vínculos entre la Falange y el Ejército. Supuestamente, tenía que iniciar el levantamiento el capitán Antonio Luna, jefe provincial de Cáceres, quien más tarde se vería involucrado en el incidente de Begoña en 1942. Véase Gibson, *En busca de José Antonio…*, *op. cit.*, pp. 130-134. <<

[85] Salazar, «Diario», en Ibáñez Hernández, *Estudio y acción…*, *op. cit*., p. 36. <<

[86] Antonio Cacho Zabala, *La Unión Militar Española*, Egasa, Alicante, 1940, pp. 24-25. <<

[87] Primo de Rivera, *Textos…*, *op. cit*., pp. 567-570. <<

[88] *Arriba*, 21 de noviembre de 1935; Primo de Rivera, *Textos*, *op. cit.*, pp. 705-722. <<

[89] Southworth, *Antifalange…*, *op. cit*., p. 95. <<

[90] Primo de Rivera, *Textos…*, *op. cit*., pp. 651-659. <<

[91] Primo de Rivera, «A los maestros españoles», *Textos, op. cit*., pp. 815-816. <<

[92] Las versiones de todos los protagonistas coinciden en líneas generales pero difieren en cuanto a los detalles. Para las dos versiones de Moscardó, véanse García Venero, *Falange/Hedilla*, *op. cit*., p. 66 y Benito Gómez Oliveros, *General Moscardó*, Editorial AHR, Barcelona, 1956, p. 104. La versión de Fernández-Cuesta aparece en una carta a Felipe Ximénez de Sandoval, del 9 de febrero de 1942, en Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit*., pp. 209-210, y Fernández-Cuesta, *Testimonio…*, *op. cit*., pp. 52-53. Véase también Montes Agudo, *Pepe Sainz…*, *op. cit*., pp. 57-62. Hay relaciones excelentes en Southworth, *Antifalange…*, *op. cit*., pp. 91-94, y en Gibson, *En busca de José Antonio…*, *op. cit*., pp. 136-141, que incluyen testimonios tanto de Alfaro como de Fernández-Cuesta. <<

[93] Franco, *«Apuntes» personales…*, *op. cit*., pp. 21-22. <<

[94] Serrano Suñer, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 56. Como parte de la operación política llevada a cabo en 1937 para vincular los nombres de Franco y José Antonio, Arrarás da una versión de esta entrevista, fechándola a principios de marzo y retratando a sus dos protagonistas como colaboradores decisivos en la preparación del alzamiento: Joaquín Arrarás, *Franco*, Librería Santarén, Valladolid, 7.ª edición, 1939, p. 228. <<

[95] *Arriba*, 19 de diciembre de 1935. <<

[96] Gil-Robles, *No fue posible la paz, op. cit.*, pp. 444-446; Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…, op. cit*., pp. 624-626. <<

[97] Ridruejo, *Casi unas memorias*, *op cit*., p. 60. <<

[98] Saz, *Mussolini contra la II República…*, *op cit*., p. 121. <<

[99] Gil-Robles, *No fue posible la paz, op. cit*., pp. 573-575, 688; Southworth, *Antifalange…, op. cit*., pp. 113-117; Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic 1931-1936*, Routledge, Londres, 2.ª edición, 1994, pp. 256-257; Payne, *Falange…, op. cit*., pp. 104-105; Rafael Valls, *La Derecha Regional Valenciana 1930-1936*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1992, pp. 227-231; Ramón Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar, op. cit*., p. 25. <<

[100] Entrevista con Ramón Serrano Suñer en *Dolor y memoria…*, *op. cit*., p. 204; B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976, pp. 206-207, 238. Sobre la reunión de generales el 8 de marzo, véanse GilRobles, *No fue posible la paz, op. cit*., pp. 719-720; Arrarás, *Cruzada…*, *op. cit*., II, p. 467; B. Félix Maíz, *Alzamiento en España: de un diario de la conspiración*, Pamplona, Editorial Gómez, 2.ª edición, 1952, pp. 50-51; Felipe Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional*, Librería Santarén, Valladolid, 1939, p. 116. <<

[101] Ximénez de Sandoval *«José Antonio»…*, *op. cit.*, pp. 706-708; Corniero Suárez, *Diario…*, *op. cit.*, p. 150; Southworth, *Antifalange…*, *op. cit.*, p. 95; Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1973, pp. 66-67. Ansaldo, *¿Para qué?…*, *op. cit.*, pp. 115-119; Julio Gil Pecharromán, *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Temas de Hoy, Madrid, 1996, pp. 439-441, 461. <<

[102] Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit*., pp. 745-755. <<

[103] Testimonio de Miguel Primo de Rivera, reproducido en Miguel Primo de Rivera y Urquijo, *Papeles póstumos de José Antonio*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, p. 212; Fernández-Cuesta, *Testimonio…*, *op. cit*., pp. 59-62; Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit*., pp. 709-710, 728. <<

[104] Bravo, *Historia de la Falange, op. cit.*, pp. 164-168. <<

[105] Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit.*, pp. 724-725, 733-734; Southworth, *Antifalange…*, *op. cit.*, pp. 101-102; Sainz Rodríguez, *Testimonio…*, *op. cit.*, p. 222. <<

[106] Arrarás, *Cruzada…*, *op. cit.*, II, p. 511; Maíz, *Mola…*, *op. cit.*, p. 158; García Venero, *Falange/Hedilla*, *op. cit.*, pp. 197-198. <<

[107] Bravo, *José Antonio…*, *op. cit.*, pp. 96-99; Corniero Suárez, *Diario…*, *op. cit.*, p. 155. <<

[108] Arrarás, *Cruzada…*, *op. cit.*, p. 275; Southworth, *Antifalange…*, *op. cit.*, p. 106. <<

[109] Southworth, *ibídem*, pp. 108, 131-133; García Venero, *Falange/ Hedilla*, *op. cit*., p. 141; Montes Agudo, *Pepe Sainz…*, *op. cit*., pp. 62-76. <<

[110] Maíz, *Alzamiento en España*, *op. cit*., p. 129. <<

[111] Gil-Robles, *No fue posible la paz, op. cit*., pp. 561-562; Maximiano García Venero, *El general Fanjul: Madrid en el alzamiento nacional*, Ediciones Cid, Madrid, 1967, pp. 208-212. <<

[112] Gil-Robles, *No fue posible la paz, op. cit.*, pp. 563-572; García Venero, *Fanjul…, op. cit.*, pp. 226-228; Serrano Suñer, *Memorias…, op. cit.*, pp. 56-58. <<

[113] Véase Paul Preston, *Franco: A Biography*, Harper Collins, Londres, 1993, pp. 127-128; Franco, *«Apuntes» personales…*, *op. cit*., pp. 34-35. <<

[114] Primo de Rivera, *Textos*, *op. cit*., pp. 925-929; García Venero, *Falange/Hedilla…*, *op. cit*., p. 49; Southworth, *Antifalange…*, *op. cit*., p. 76. <<

[115] Ansaldo, ¿*Para qué?*…, *op. cit*., p. 121. <<

[116] Reproducido en Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., p. 130. Véase también Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit*., pp. 757-758. <<

[117] Testimonio de Miguel Primo de Rivera, en Primo de Rivera y Urquijo, *Papeles póstumos*, *op. cit*., pp. 219-221; José Antonio Primo de Rivera a Onésimo Redondo, 17 de junio de 1936, en José Antonio Primo de Rivera, *Textos inéditos y epistolario*, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956, p. 502; José María Mancisidor, *Frente a frente (José Antonio Primo de Rivera frente al Tribunal Popular) (Texto taquigráfico del Juicio Oral de Alicante), noviembre de 1936*, Editorial Almena, Madrid, 2.ª edición, 1975, pp. 69, 146, 150; Gibson, *En busca de José Antonio*, *op. cit*., pp. 149-151. <<

[118] Primo de Rivera a Giménez Caballero, 12 de julio de 1936, reproducido en Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., pp. 135-136; Primo de Rivera a Mola, 15 de julio de 1936, en Primo de Rivera, *Textos inéditos y epistolario, op. cit*., p. 513; Gibson, *En busca de José Antonio, op. cit*., pp. 151-156; Gil Pecharromán, *José Antonio Primo de Rivera…*, *op. cit*., pp. 494-497. Su hermano Miguel decía, mucho después, que dos días antes José Antonio le había dado a su hermana una carta similar para su transmisión a Mola, en la cual le preguntaba a éste: «¿Es que el hecho de un diputado a Cortes asesinado por orden del gobierno no es motivo que justifique y disculpe toda violencia?». Sin embargo, no hay ningún testimonio que confirme la existencia de esta carta, mientras que un fragmento de la misiva llevada por Mayalde ha sido publicado. Véase «Testimonio de Miguel Primo de Rivera», Primo de Rivera y Urquijo, *Papeles póstumos…*, *op. cit*., pp. 221-223. <<

[119] Testimonio de Miguel Primo de Rivera, Primo de Rivera y Urquijo, *ibídem*, pp. 224-234; Gibson, *En busca de José Antonio*, *op. cit*., pp. 156-159; el último manifiesto, Primo de Rivera, *Textos*, *op. cit*., pp. 951-952; Francisco Bravo, *José Antonio ante la justicia roja*, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1941, pp. 32-35. <<

[120] *Homenaje a Diego Martínez Barrio*, Imprimerie La Ruche Ouvrière, París, 1978, pp. 185-189. Gibson, *En busca de José Antonio, op. cit*., pp. 250-253. <<

[121] Algunos de los escritos de José Antonio Primo de Rivera en la cárcel se reproducen parcialmente en Prieto, *Convulsiones de España*, *op. cit*., I. pp. 137-144. Una versión duramente censurada, que omite su proyecto de gobierno de reconciliación, se reproduce en Primo de Rivera, *Textos, op. cit*., pp. 951-957. La edición definitiva es la de Primo de Rivera y Urquijo, *Papeles póstumos, op. cit*. <<

[122] Prieto, *Convulsiones de España*, *op. cit*., I, pp. 145-146; Bravo, *José Antonio frente a la justicia roja*, *op. cit*., pp. 41-43. <<

[123] Primo de Rivera, *Textos*, *op. cit*., pp. 933-938; Prieto, *Convulsiones de España*, *op. cit*., I, pp. 136-137. <<

[124] Bravo, *José Antonio…*, *op. cit*., p. 104. <<

[125] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., Librería Española, París, 1968, I, pp. 256-259. <<

[126] *Ibídem*, I, pp. 176-177. <<

[127] Ximénez de Sandoval, *«José Antonio»…*, *op. cit*., pp. 784-785; Ángel Viñas, *Guerra, dinero, dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Editorial Crítica, Barcelona, 1984, pp. 69-97; testimonio de Hans Joachim von Knobloch grabado por la doctora Sheelagh Ellwood y amablemente cedido por ella; García Venero, *Falange/Hedilla…*, *op. cit*., pp. 200-207. <<

[128] *The News Chronicle*, 24 de octubre de 1936; Gibson, *En busca de José Antonio*, *op cit*., pp. 161-170; Southworth, *Antifalange…*, *op. cit*., pp. 144-148. <<

[129] Claude G. Bowers a la Acting Secretary of State, 20 de noviembre de 1936, *Foreign Relations of the United States*, 1936, II, U. S. Government Printing Office, Washington D. C., 1954, p. 568. <<

[130] Bravo, *José Antonio ante la justicia roja, op. cit*., pp. 73-82, 88-123; Mancisidor, *Frente a frente…*, *op. cit*., pp. 29, 263. La interrogación de José Antonio (pp. 47-83); sus conclusiones (pp. 195-200). <<

[131] Véase la declaración jurada por un miembro del pelotón de fusilamiento, reproducida en Southworth, *Antifalange…*, *op. cit.*, pp. 162-163. <<

[132] García Venero, *Falange/Hedilla*, *op. cit*., p. 255. <<

[133] Southworth, *Antifalange…*, *op. cit*., pp. 164-165. <<

[134] Primo de Rivera, *Textos*, *op. cit*., p. 955. <<

[135] Facsímil de una carta de José Antonio Primo de Rivera a Serrano Suñer y Fernández-Cuesta, 19 de noviembre de 1936, en Ángel Alcázar de Velasco, *Serrano Suñer en la Falange*, Patria, Madrid/Barcelona, 1941, entre pp. 166-167; Zugazagoitia, *Guerra…*, *op. cit*., pp. 256-264; Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, *op. cit*., I, pp. 130-153; Southworth, *Antifalange…*, *op. cit*., p. 203; Serrano Suñer, *Memorias…*, *op. cit*., pp. 483-484; Primo de Rivera y Urquijo, *Papeles póstumos…*, *op. cit*., p. 143. <<

[136] Mancisidor, *Frente a frente…*, *op. cit*., pp. 274-275; Southworth, *Antifalange…*, *op. cit*., p. 148. <<

[137] *The News Chronicle*, 24 de octubre de 1936. <<

[138] Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Editores Unidos, México D. F., 1954, pp. 208-209. <<

[139] Manuel Azaña, *Apuntes de memoria inéditos y cartas 1938-1940*, Pre-Textos, Valencia, 1990, p. 20. <<

[1] Julio Gil Pecharromán, *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Temas de Hoy, Madrid, 1996, pp. 35-37. <<

[2] Todas las biografías sobre José Antonio Primo de Rivera, siguiendo un error de la primera, la de Felipe Ximénez de Sandoval, dan como fecha de la muerte de su madre el 9 de junio de 1908. La fecha correcta, 9 de junio de 1909, me fue confirmada por el hijo de Fernando, Miguel Primo de Rivera y Urquijo (12 de septiembre de 1997). Véase también *Papeles póstumos de José Antonio*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, pp. 47-48. <<

[3] Pilar Primo de Rivera, *Recuerdos de una vida*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1983, p. 16. <<

[4] Agradezco a Miguel Primo de Rivera y Urquijo por haber compartido conmigo sus recuerdos de tía Ma. <<

[5] Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 17-21. <<

[6] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 40. <<

[7] Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 52. También estoy en deuda con Kathleen Richmond por información sobre Pilar, ya que entrevistó a muchas afiliadas a la Sección Femenina, que la conocían bien, así como con Mabel Marañón y a Marisa Laporta Girón. <<

[8] María Teresa Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo*, Taurus, Madrid, 1983, pp. 25-27, 44-45; Shirley Mangini, *Memories of Resistance. Women's Voices from the Spanish Civil War*, Yale University Press, New Haven, 1995, del que no hay traducción al español; Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 60, 65. <<

[9] *Arriba*, n.º 7, 2 de mayo de 1935. La edición de este panfleto en Luis Suárez Fernández, *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*, Asociación Nueva Andadura, Madrid, 1993, p. 39. <<

[10] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 71; Francisco Bravo Martínez, *Historia de Falange Española de las JONS*, Editora Nacional, Madrid, 2.ª edición, 1943, p. 141; Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 34-36, 43-45; Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo*, pp. 40-41. <<

[11] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 70; Luis Suárez Fernández, *Crónica de la Sección Femenina y su tiempo*, Asociación Nueva Andadura, Madrid, pp. 34-36, 43-45, 47. <<

[12] Testimonio de Miguel Primo de Rivera y Urquijo al autor. Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 75-79; Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 50-54. <<

[13] Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España; la Unificación y Hedilla*, Ruedo Ibérico, París, 1967, pp. 205-206. <<

[14] García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 272. <<

[15] García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 28-34, 304, 314. <<

[16] Se casaron el 12 de febrero de 1931 en Valladolid. Véase José Luis Mínguez Goyanes, *Onésimo Redondo 1905-1936. Precursor sindicalista*, Editorial San Martín, Madrid, 1990, p. 23. <<

[17] Ridruejo, *Casi unas memorias*, pp. 82-83; Mónica Orduña Prada, *El Auxilio Social (1936-1940). La etapa fundacional y los primeros años*, Escuela Libre Editorial, Madrid, 1996, pp. 23-25, 32-38; Javier Martínez Bedoya, *Memorias desde mi aldea*, Ámbito Ediciones, Valladolid, 1996, pp. 85-90, 108-109. <<

[18] Martínez Bedoya, *Memorias*, pp. 105-106; Orduña Prada, *El Auxilio Social*, pp. 40-41. <<

[19] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 103; Ridruejo, *Casi unas memorias*, p. 82. Las memorias de Pilar fueron redactadas por un periodista que se entrevistó con ella (conversación del autor con Miguel Primo de Rivera y Urquijo). <<

[20] Orduña Prada, *El Auxilio Social*, pp. 42-43. <<

[21] Martínez Bedoya, *Memorias*, pp. 101, 107; José Antonio Girón de Velasco, *Si la memoria no me falla*, Planeta, Barcelona, 1994, p. 43; Stanley G. Payne, *Falange. A History of Spanish Fascism*, Stanford University Press, Stanford, 1961, pp. 122-125. <<

[22] Martínez Bedoya, *Memorias*, p. 104. <<

[23] Francisco Bravo, *José Antonio. El hombre, el jefe, el camarada*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939, p. 824; Rafael Ibáñez Hernández, *Estudio y acción. La Falange fundacional a la luz del Diario de Alejandro Salazar (1934-1936*), Ediciones Barbarroja, Madrid, 1993, pp. 75-76; Martínez Bedoya, *Memorias*, pp. 80-81, 120, 127-128. <<

[24] Martínez Bedoya, *Memorias*, pp. 107, 109; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 283; Herbert Rutledge Southworth, *Antifalange; estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, Ruedo Ibérico, París, 1967, pp. 171-173; Heleno Saña, *El franquismo sin mitos: conversaciones con Serrano Suñer*, Grijalbo, Barcelona, 1982, pp. 8485; Orduña Prada, *El Auxilio Social*, pp. 46-48; Ridruejo, *Casi unas memorias*, p. 82. <<

[25] García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 339-348. <<

[26] Ramón Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid, 1947, p. 42; Saña, *El franquismo*, p. 153; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 290; Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 100. <<

[27] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 170-172; Ridruejo, *Casi unas memorias*, p. 77. <<

[28] *Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las JONS (Salamanca, 18-19 de abril de 1937) y algunas noticias referentes a la Jefatura nacional de prensa y propaganda* editadas por Vicente de Cadenas y Vicent, Gráficas Uguina, Madrid, 1975, pp. 65-66. <<

[29] García Venero, *Falange/Hedilla*, pp. 402-403, 424-425; Ridruejo, *Casi unas memorias*, p. 99; Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 109-110; Paul Preston, *Franco: A Biography*, Harpen Collins, Londres, 1993, pp. 248-274 . <<

[30] Martínez Bedoya, *Memorias*, p. 110; Orduña Prada, *El Auxilio Social*, pp. 58-59. <<

[31] Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 42; Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 102; Ridruejo, *Casi unas memorias*, p. 102; Stanley G. Payne, *The Franco Regime (1936-1975*), University of Wisconsin Press, Madison, 1987, pp. 174-175. <<

[32] Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 110-111. <<

[33] Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo*, pp. 58-59. <<

[34] Martínez Bedoya, *Memorias*, pp. 116-117; Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 68-69, 90-91; Orduña Prada, *El Auxilio Social*, pp. 202-208; Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo*, pp. 59-66, 91-95; Rosario Sánchez López, *Mujer española, una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de Sección Femenina de Falange (1934-1977*), Universidad de Murcia, Murcia, 1990, pp. 35-40. <<

[35] Pilar Primo de Rivera, *Discursos, circulares, escritos*, Sección Femenina de FET y de las JONS, Madrid, n. d., 1950, pp. 14-21; Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 73-76; Geraldine M. Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974*, 2 vols., Akal, Madrid, 1986, pp. 314-316. <<

[36] Conferencia de Ernesto Giménez Caballero, *Dolor y memoria de España en el II aniversario de la muerte de José Antonio*, Ediciones Jerarquía, Barcelona, 1939, pp. 49-50; Daniel Sueiro y Bernardo Díaz Nosty, *Historia del franquismo*, 2 vols., Argos-Vergara, Barcelona, 2.ª edición, 1985, I, pp. 176-177. <<

[37] Ramón Garriga, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, Cajica, Puebla (México), 2.ª edición, 1970, p. 41. <<

[38] Garriga, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, p. 326. <<

[39] Primo de Rivera, *Escritos*, p. 62. <<

[40] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 129. <<

[41] Martínez Bedoya, *Memorias*, p. 120; Orduña Prada, *El Auxilio Social*, pp. 64-69, 293-303. <<

[42] Martínez Bedoya, *Memorias*, pp. 134-139; Girón de Velasco, *Si la memoria*, pp. 52-56; Orduña Prada, *El Auxilio Social*, pp. 69-73. <<

[43] Martínez Bedoya, *Memorias*, p. 128. <<

[44] Martínez Bedoya, *Memorias*, pp. 141-146; Ridruejo, *Casi unas memorias*, p. 79; Orduña Prada, *El Auxilio Social*, pp. 73-77, 145-146. <<

[45] Orduña Prada, *El Auxilio Social*, p. 106. <<

[46] Pilar Primo de Rivera, *Discursos, circulares, escritos*, Sección Femenina de FET y de las JONS, n. d., 1949, pp. 152-153; Francisco Franco Bahamonde, *Palabras del Caudillo 19 de abril de 1937-7 de diciembre de 1942*, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943, pp. 111-114; Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 145-147, 157-158. Véase también Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo*, pp. 88-90. <<

[47] Entrevista con Pilar citada por Mangini, *Memories of Resistance*, p. 92. <<

[48] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 105. <<

[49] Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 81, 101. <<

[50] Pilar Primo de Rivera, *Escritos*, pp. 22-24. <<

[51] Pilar Primo de Rivera, *Escritos*, p. 109. <<

[52] Pilar Primo de Rivera, *Escritos*, p. 109. <<

[53] Pilar Primo de Rivera, *La mujer en casa*, Ediciones del Congreso de la Familia Española, Barcelona, 1963. Citado por Sueiro y Díaz Nosty, *Historia del franquismo*, I, p. 363. <<

[54] Carmen Martín Gaite, *Usos amorosos de la posguerra española*, Anagrama, Barcelona, 1987, p. 56. <<

[55] Pilar Primo de Rivera, *Escritos*, pp. 270-271. <<

[56] Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo*, pp. 73-76. <<

[57] Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo*, p. 106. <<

[58] Estoy en deuda con la Dra. Helen Graham, tanto por este punto como por su constructiva crítica de este capítulo. <<

[59] Memorándum de una conversación entre Serrano Suñer y Bernard Malley, otoño de 1945, sin fecha, PRO F0371149663, Z1327211 169 6/ 41. Para el decreto, *Boletín Oficial del Estado*, 4 de mayo de 1941. <<

[60] *Arriba*, 3 de mayo de 1941; Ciano a Serrano Suñer, 4 de mayo de 1941, Galeazzo Ciano, *L'Europa verso la catastrofe*, Mondadori, Milán, 1948, pp. 658-659; Galeazzo Ciano, *Diario 1937-1943* al cuidado de Renzo de Felice, Rizzoli, Milán, 1980, p. 509. <<

[61] *ABC*, 6 y 8 de mayo; *El Alcázar*, 6 de mayo; *Arriba*, 10 y 11 de mayo; *Boletín Oficial del Estado*, 10 de mayo de 1941; Xavier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini: la política española durante la segunda guerra mundial*, Planeta, Barcelona, 1985, pp. 131-132. <<

[62] Pilar Primo de Rivera a Franco, sin fecha; Miguel Primo de Rivera a Franco, 1 de mayo de 1941; Serrano Suñer a Franco, 5 de mayo de 1941, *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco*, 4 vols., Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1992-1993, pp. 11-12, 139145; Girón de Velasco, *Si la memoria no me falla*, p. 76; Southworth, *Antifalange*, p. 217. <<

[63] Saña, *El franquismo*, pp. 160-162. <<

[64] Testimonio de Ramón Serrano Suñer al autor, 21 de noviembre de 1990. <<

[65] Lequio a Ciano, 15 de mayo de 1941, *I Documenti Diplomatici italiani*, 9.ª serie, *Vol. VII (24 aprile-11 dicembre 1941*), Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato/Libreria dello Stato, Roma, 1987, pp. 107-108. <<

[66] *Arriba*, 21 y 22 de mayo de 1941. <<

[67] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 200-201. <<

[68] Martínez Bedoya, *Memorias*, p. 174. <<

[69] Francisco Franco, *Palabras del Caudillo 1937-1942*, pp. 211-216. <<

[70] Pilar Primo de Rivera a Franco, 1 de junio de 1942, *Documentos inéditos III*, p. 545. <<

[71] Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960*), Barral Editores, Barcelona, 1976, pp. 200-201. <<

[72] Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 79-80, 113-114. <<

[73] Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 210-211. <<

[74] Wayne Harold Bowen, *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order*, Ph. D. dissertation, Ouachita Baptist University, Arkadelphia, Arkansas, enero de 1997, pp. 61-67. <<

[75] *Correspondencia de Pedro Teotónio Pereira para Oliveira Salazar*, 4 vols., Presidéncia do Conselho de Ministros, Lisboa, 1987-1991, II, p. 119. <<

[76] Amando de Miguel, *La herencia de Franco*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1976, pp. 131-132; Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 150-151. <<

[77] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 210; Suárez Fernández, *Crónica*, p. 147. <<

[78] Ernesto Giménez Caballero ha dado dos versiones del fracaso de su plan, en *Genio de España*, Doncel, Madrid, 7.ª edición, 1971, pp. 218223, y en *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979, pp. 148-152. <<

[79] Giménez Caballero, *Memorias*, p. 154. <<

[80] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 210. <<

[81] Giménez Caballero, *Memorias*, p. 198; Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 209. <<

[82] *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco (IV*), Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994, pp. 502-503. <<

[83] Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 101. <<

[84] Saña, *El franquismo*, p. 83. <<

[85] El Dr. Southworth me comunicó en privado la acusación. Para Marichu de la Mora en la Sección Femenina, véase Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 103, 105-110, 129, 285; Southworth, *Antifalange*, p. 200; García Venero, *Falange/Hedilla*, p. 402. Para su relación con su hermana, véase Constancia de la Mora, *In Place of Splendour: «The Autobiography of a Spanish Woman»*, Michael Joseph, Londres, 1940, *passim* y, especialmente, pp. 211, 241. <<

[86] Gerald R. Kleinfeld y Lewis A. Tambs, *Hitler's Spanish Legion: «The Blue Division in Russia»*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1979, pp. 184, 187; Primo de Rivera, *Recuerdos*, p. 290; Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 139-142. <<

[87] *Arriba*, 21 de mayo de 1943. <<

[88] Archivo General de la Administración, P. SGM 54 «Informe del viaje de la Delegada Nacional de la Sección Femenina a Alemania», Delegación Nacional de la Sección Femenina, Servicio Exterior. <<

[89] Ramón Garriga, *La España de Franco: de la División Azul al pacto con los Estados Unidos (1943 a 1951*), Cajica, Puebla (México), 1971, p. 17; Wayne Harold Bowen, *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order*, pp. 254-256, 268-269. <<

[90] Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 157-158, 161. <<

[91] *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco (IV*), Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994, p. 502. <<

[92] *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco (IV*), Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994, pp. 506-509. <<

[93] Pilar Primo de Rivera, *Escritos*, pp. 64-69. <<

[94] José Luis de Arrese, *Una etapa constituyente*, Planeta, Barcelona, 1982, pp. 159-171; Preston, *Franco*, pp. 650-664; Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 306-312. <<

[95] Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 331-332, 363-364, 393-396, 405-408, 421-422. <<

[96] Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 484-485. <<

[97] Información proporcionada por Miguel Primo de Rivera y Urquijo. <<

[98] Primo de Rivera, *Recuerdos*, pp. 194-195; Sánchez López, *Mujer española*, pp. 42-46; Suárez Fernández, *Crónica*, pp. 314, 343, 346-349. <<

[1] *La Voz de Galicia*, 24 de julio de 1986. <<

[2] Josep Trueta, *Surgeon in War and Peace*, Londres, 1980, p. 211. Conversación del autor con Manuel Azcárate, que conoció a Madariaga en Ginebra. <<

[3] Una autoridad en poesía escribió que le abrumaba «la amplitud de [su] obra poética». Dámaso Alonso, *Salvador de Madariaga, poeta*, La Coruña, 1979, p. 1. <<

[4] Salvador de Madariaga, *Don Quijote: An Introductory Essay in Psychology*, Oxford University Press, Oxford, 1934, pp. 96, 111. <<

[5] Salvador de Madariaga, *Memorias (1921-1936). Amanecer sin mediodía*, Espasa Calpe, Madrid, 1974. Desde ahora, *Memorias*. Existe una versión inglesa, brevemente truncada, *Morning Without Noon Memoirs*, Saxon House, Westmead, 1974. Sobre los músicos aludidos, véase Eric Bloom, recop.: *Grove's Dictionary of Music and Musicians*, Macmillan, Londres, 5.ª edición, 1954, vol. 7, p. 419; vol. 9, p. 243. <<

[6] Salvador de Madariaga, *Memorias de un federalista*, Espasa Calpe, Madrid, 2.ª edición, 1977, pp. 227, 232. Desde ahora, *Federalista*. <<

[7] Enrique Montero: «Luis Araquistain y la propaganda aliada durante la guerra», *Estudios de Historia Social*, núms. 24-25, enero-junio de 1983, p. 245; Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (18851963*), Tecnos, Madrid, 1973, 3.ª edición, p. 145. <<

[8] Enrique Montero, «Propaganda aliada», pp. 246-249; *Federalista*, pp. 237-238; *Memorias*, p. 328. <<

[9] *Memorias*, pp. 18-23. <<

[10] *Memorias*, pp. 35-39. <<

[11] *Memorias*, pp. 119, 208, 216. <<

[12] *Memorias*, pp. 158-159, 184. <<

[13] *Federalista*, p. 253; *Memorias*, pp. 184-189; cf. Roser Caminals Gost, *Salvador de Madariaga and National Character*, tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1986, p. 11. <<

[14] *Memorias*, pp. 227-229, 248. <<

[15] Azaña, entrada en su diario de 9 de octubre de 1931, en Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., Oasis, México D. F., 1966-1968, IV, p. 163. Desde ahora *OO*. *CC*. Sobre Lerroux, véase Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, México, 1953, p. 121; Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic*, Hamish Hamilton, Londres, 1940, pp. 186-187. <<

[16] Para detalles sobre la carrera diplomática de Madariaga, véase de Jesús Riosalido, «El expediente diplomático personal del embajador don Salvador de Madariaga», en *Salvador de Madariaga, 1886-1986*, Ayuntamiento de La Coruña, La Coruña, 1987, pp. 89-96. <<

[17] Véase Francisco Fernández Ordóñez, «Homenaje a un europeo de España», en *Salvador de Madariaga, 1886-1986*, pp. 145-147. <<

[18] Entrada del 22 de febrero de 1932 en el Diario de Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 336. <<

[19] Entrada del 19 de marzo de 1932 en el Diario de Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 356. <<

[20] Entrada del 19 de abril de 1932 en el Diario de Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 373. <<

[21] Sir Vansittart, *The Mist Procession*, Hutchinson, Londres, 1958, p. 438.
<<

[22] Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 373. <<

[23] *Memorias*, pp. 282-300; Thomas Jones, *A Diary With Letters, 1931-1950*, Oxford University Press, Londres, 1954, p. 63; Caminals, p. 17. <<

[24] Raffaele Guariglia, *Primi passi in Diplomazia e Rapporti dall'Ambasciata di Madrid, 1932-1934*, Edizioni Scientifiche Italiani, Nápoles, 1972, pp. 294, 317, 329, 340. <<

[25] Claude Bowers, *My Mission to Spain*, Victor Gollancz, Londres, 1954, pp. 71-72. <<

[26] *Memorias*, pp. 262-268, 368, 394, 400, 616-623. Parece que creyó que Lerroux deseaba que se encargara de la dirección del Partido Radical, pp. 285-286, 531. <<

[27] Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic, 1931-1936,* Routledge, Londres, 2.ª edición, 1994, pp. 145-147. <<

[28] Bowers, *My Mission*, p. 87. <<

[29] Paul Preston, «Azaña y el Frente Popular» en Vicente Manuel Serrano y José María San Luciano, *Azaña*, Edascal, Madrid, 1980, pp. 282283. La mejor información sobre la persecución a Azaña es su libro *Mi rebelión en Barcelona*, Espasa Calpe, Madrid, 1935. <<

[30] *Ahora*, Madrid, 20 de marzo de 1935; Salvador de Madariaga, *Spain: A Modern History*, Jonathan Cape, Londres, 1971, p. 434; desde ahora, *Spain; Memorias*, pp. 409, 417, 422. <<

[31] Raúl Morodo, «Madariaga» *en El País*, Madrid, 23 de mayo de 1986. <<

[32] *Memorias*, p. 352. <<

[33] Guariglia, *Ambasciata*, p. 376. <<

[34] Véase Rafael Calvo Serer, *La literatura universal sobre la guerra de España*, Ateneo, Madrid, 1962, p. 63; Gonzalo Fernández de la Mora, *Los teóricos izquierdistas en la democracia orgánica*, citado por Morodo en «Madariaga»; *¿Qué pasa en España? El problema del socialismo español*, Cedesa, Madrid, 1959, pp. 23-88; véase Francisco J. Bobillo, «El pensamiento político», en *El País*, Madrid, 28 de julio de 1986. <<

[35] Salvador de Madariaga, *De la angustia a la libertad*, Espasa Calpe, Madrid, 2.ª edición, 1977, pp. 51-52, 101, 161. <<

[36] Conde de Avon, *Facing the Dictators*, Cassell, Londres, 1962, pp. 114-115; Bowers, *My Mission*, pp. 154-155; Felipe Ximénez de Sandoval, *José Antonio. Biografía*, 2.ª edición, Gráficas Lazareno-Echaniz, Madrid, 1949, p. 406. <<

[37] Ximénez de Sandoval, *José Antonio*, pp. 413-414. <<

[38] *Memorias*, p. 566. <<

[39] Isabel de Madariaga, «Salvador de Madariaga et le Foreign Office», en *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 4, núm. 2, abril-junio de 1983, p. 230; desde ahora *SMFO*. Carta de Thomas Jones a Abraham Flexner en *Diary*, p. 239; *Federalista*, p. 272; *Memorias*, pp. 558-562. <<

[40] *Memorias*, p. 552. <<

[41] Antonio Marquina Barrio, «Planes internacionales de mediación durante la guerra civil», en *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, núm. 3, julio-septiembre de 1984. <<

[42] Anthony Eden a Sir Henry Chilton, 24 de julio de 1936 (W6893/3694/41), *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939*, vol. XVII: *Western Pact Negotiations: Outbreak of the Spanish Civil War June 1936January 1937*, recop. por W. N. Medlicott y Douglas Dakin, HMSO, Londres, 1979, pp. 19-20; desde ahora *DBFP*. <<

[43] Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1976, p. 58. <<

[44] FO371/20533, W9656/62/41. <<

[45] Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza, Madrid, 2.ª edición, 1977, pp. 321-370; Denis Smyth, «"We Are With You". Solidarity and Self-Interest in Soviet Policy Towards Republican Spain, 19361939», en Paul Preston y Ann Mackenzie recop., *The Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1996. <<

[46] I. de Madariaga, *SMFO*, pp. 231-232; Eden a Chilton, 20 de agosto de 1936 (W9248/62/41), *DBFP*, pp. 140-141. <<

[47] Avon, *Facing the Dictators*, p. 405; I. de Madariaga, *SMFO*, pp. 233-237. <<

[48] *Memorias*, pp. 724-725. <<

[49] Madariaga, *Spain*, pp. 692-693. <<

[50] Jones, *Diary*, pp. 269-271. Madariaga tuvo algún contacto con Prieto antes de que comenzara la guerra civil. Véase la correspondencia entre ellos en *Memorias*, pp. 719-723. <<

[51] Azcárate, *Mi embajada*, pp. 260-261; I. de Madariaga, *SMFO*, p. 239. <<

[52] Jones a Lady Grigg, 3 de noviembre de 1936, en Jones, *Diary*, p. 280. <<

[53] FO371/20548, W15838/62/41. <<

[54] FO371/20535, W17694/62/41; véase I. de Madariaga, *SMFO*, pp. 241-253. <<

[55] Madariaga, *Spain*, pp. 693-695. <<

[56] FO371/22659, W172/86/41. <<

[57] FO371/22659, W5836/86/41. <<

[58] Monteiro a Salazar, 15 de junio, 12 de julio de 1938, *Dez anos de política externa (1936-1947). A nação portuguesa e a segunda guerra mundial*, vol. v, Imprenta Nacional, Lisboa, 1967, pp. 323-327, 350-351. <<

[59] Monteiro a Salazar, 19 de noviembre de 1938, *Dez anos de política externa*, pp. 537-541. <<

[60] Sobre la oposición antifranquista, véase Paul Preston, «The Anti-Francoist Opposition: The Long March to Unity», en Preston recop., *Spain in Crisis: The Evolution and Decline of the Franco Regime*, Harvester Press, Hassocks, 1976; Sergio Vilar, *Historia del antifranquismo, 19391975*, Plaza & Janés, Barcelona, 1984; Xavier Tusell, *La oposición democrática al franquismo, 1929-1962*, Planeta, Barcelona, 1977. <<

[61] Trueta, *Surgeon*, p. 211. <<

[62] Madariaga, *Memorias*, p. 165. <<

[63] Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo*, Crítica, Barcelona, 1983, pp. 34, 284. <<

[64] Trueta notó en Madariaga una tendencia al anticatalanismo. Cuando Trueta participaba en eficaces emisiones radiofónicas en catalán dirigidas a Barcelona, Madariaga «presionó» a las autoridades británicas para que suspendieran las emisiones alegando que «no lograrían otra cosa que un aumento de la intolerancia militar y franquista hacia Cataluña». Trueta, *Surgeon*, pp. 160, 172, 211; *Federalista*, pp. 279-280, 294-306, 310. <<

[65] Heine, *Oposición*, p. 328; José María Gil-Robles, anotaciones de diario del 26 de noviembre de 1943 y del 7 de agosto de 1946, *La monarquía por la que yo luché*, Taurus, Madrid, 1976, pp. 69, 188. <<

[66] Salvador de Madariaga, «Prospects in Spain», en *The Spectator*, 8 de febrero de 1946; «The Problem of Franco's Spain», en *Contemporary Review*, CLXX, septiembre de 1946. <<

[67] Memorándum de Hickerson del 10 de marzo y correspondencia subsiguiente entre el Departamento de Estado y la embajada norteamericana en Londres, 7-25 de abril de 1947, *Foreign Relations of the United States, 1947*, Government Printing Office, Washington D. C., 1972, vol. III, pp. 1062-1075. Agradezco al profesor Qasim Ahmad de la Universidad Sains Malaysia de Penang que atrajera mi atención hacia este incidente. <<

[68] Gil-Robles, anotación de diario del 13 de julio de 1947, *La monarquía*, p. 228. <<

[69] *Federalista*, p. 310; Gil-Robles, anotación de diario del 18 de abril de 1948, *La monarquía*, p. 259; Tusell, *La oposición democrática*, p. 384. <<

[70] Madariaga a Prieto, el 31 de mayo de 1948; Prieto a Madariaga, el 30 de junio de 1948; Madariaga a José Antonio Aguirre, el 20 de octubre de 1952, el 10 de noviembre de 1952, el 28 de diciembre de 1959; Madariaga a Josep Batista i Roca el 30 de julio de 1957 y a Josep Tarradellas el 22 de noviembre de 1952, el 6 de junio de 1963; *Federalista*, pp. 311, 337-345, 482-499. <<

[71] *Federalista*, p. 311; *Spain*, p. 601. <<

[72] Tusell, *La oposición democrática*, pp. 384, 386. <<

[73] Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco: biografía histórica*, 6 vols., Planeta, Barcelona, 1984, VI, p. 300. <<

[74] Elías Díaz, *Pensamiento español 1939-1973*, Edicusa, Madrid, 1974, pp. 208-209. <<

[75] *Memorias*, pp. 121-122. <<

[76] Salvador de Madariaga, *General, márchese usted*, Ibérica, Nueva York, 1959, pp. 107-111. <<

[77] *Spain*, pp. 630, 634. <<

[78] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976, entradas de diario del 21 de julio de 1962, del 2 de marzo de 1963 y 11 de octubre de 1969, pp. 348, 376, 549-550. <<

[79] *Spain*, pp. 630-637, 646. <<

[80] Ignacio Fernández de Castro y José Martínez, recop., *España hoy*, Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 235-256. Una colección indispensable de documentos y entrevistas con los protagonistas de la conferencia de Múnich se encuentra en Joaquín Satrústegui y otros, *Cuando la transición se hizo posible. El «contubernio de Múnich»*, Tecnos, Madrid, 1993. Véase también Tusell, *La oposición democrática*, pp. 388-432; Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*, Barcelona, 1981, pp. 54-56; José María Gil-Robles, *Marginalia política*, Barcelona, 1975, pp. 121-124. <<

[81] Paul Preston, *Franco: A Biography*, Harper Collins, Londres, 1993, pp. 702-705. <<

[82] Francisco Franco, *Discursos y mensajes del jefe del Estado, 1960-1963*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1964, pp. 412, 423-424, 427. <<

[83] «Les Grands Témoins: Salvador de Madariaga» en *Réalités*, París, núm. 369, noviembre de 1976. <<

[1] Paul Preston, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo xx*, Ediciones Península, Barcelona, 1997, pp. 85-105. <<

[2] Juan Luis Cebrián, «Para una nueva cultura política» en *El País*, *La guerra de España 1936-1939*, El País, Madrid, 1986, *passim*; Paul Preston, «Introduction», *The Republic Besieged: Civil War in Spain 19361939*, editado por Paul Preston y Ann Mackenzie, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1996, pp. V-VIII. <<

[3] Rafael Valls, *La Derecha Regional Valenciana 1930-1936*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1992, pp. 235-236, 241-242, 246-248. <<

[4] Hilari Raguer, *El general Batet. Franco contra Batet: Crónica de una venganza*, Ediciones Península, Barcelona, 1996, pp. 154-186, 211237, 239 ff. <<

[5] Hilari Raguer, *Divendres de passió: Vida i mort de Manuel Carrasco i Formiguera*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1984, pp. 250-278, 334-346, 373-390. Véase también la correspondencia de Carrasco con su mujer desde prisión, *Cartes de la presó*, editado por Hilari Raguer, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1988. <<

[6] Indalecio Prieto, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, 3 vols., Oasis, México, 1967-1969, III, pp. 331, 337. <<

[7] Francisco Casares, *Azaña y ellos: cincuenta semblanzas rojas*, Editorial Prieto, 1938, pp. 185-186. <<

[8] Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 76. <<

[9] Salvador de Madariaga, *Españoles de mi tiempo*, Planeta, Barcelona, 1974, p. 87. <<

[10] Carmen Zulueta, «Introducción» a Julián Besteiro, *Cartas desde la prisión*, Alianza, Madrid, 1988, p. 13. <<

[11] Estoy enormemente agradecido a dos personas que compartieron conmigo sus recuerdos de Besteiro: Shevawn Lynam, que le conoció durante su período en el Instituto Escuela de Madrid durante la Segunda República, y a Isabel de Madariaga, que le conoció tanto como vecina, como cercana amiga de su familia. <<

[12] Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., Oasis, México, 1966-1968, IV, pp. 226-227. <<

[13] Antonio Ramos Oliveira, *Politics, Economics and Men of Modern Spain*, Gollancz, Londres, 1946, p. 646. <<

[14] Andrés Saborit, *El pensamiento político de Julián Besteiro*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1974, pp. 254, 328-329; Emilio Lamo de Espinosa y Manuel Contreras, *Política y filosofía en Julián Besteiro*, Sistema, Madrid, 2.ª edición, 1990, pp. 278-319. <<

[15] Paul Heywood, *Marxism and the Failure of Organized Socialism in Spain 1879-1936*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pp. 90-91 , 117-118. <<

[16] Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic 1931-1936*, Routledge, Londres, 2.ª edición, 1994, pp. 14-34. <<

[17] El rencor afectó a una amplia parte del partido, desde Prieto en el centro hasta Álvarez del Vayo en la izquierda. Azaña, *Obras*, IV, p. 62; Julio Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, Putnam, Londres, 1950, pp. 198-203, 210-211. Ver también Partido Socialista Obrero Español, *Convocatoria y orden del día para el XII Congreso ordinario*, Gráfica Socialista, Madrid, 1932, pp. 74-77. <<

[18] *El Socialista*, 22, 24 de febrero de 1931; PSOE, *Convocatoria*, pp. 77-83; Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Losada, Buenos Aires, 1967, pp. 200-203. <<

[19] *ABC*, 15 de julio de 1931. <<

[20] Azaña, *Obras*, IV, pp. 62, 226-227, 524. <<

[21] Azaña, *Obras*, IV, pp. 48, 154, 165, 167, 264. <<

[22] Azaña, *Obras*, IV, p. 294. <<

[23] Niceto Alcalá Zamora, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 175. <<

[24] Azaña, *Obras*, IV, p. 302. <<

[25] Azaña, *Obras*, IV, pp. 354-355; Mariano Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 230; Alcalá Zamora, *Memorias*, p. 198. <<

[26] Manuel Azaña, anotación del diario del 4 de septiembre de 1932, *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1997. <<

[27] *El Socialista*, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14 de octubre de 1932; Saborit, *Besteiro*, pp. 227-228. <<

[28] *El Socialista*, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23 de octubre de 1932; Saborit, *Besteiro*, pp. 227-228. <<

[29] Azaña, *Obras*, IV, p. 508. <<

[30] Azaña, anotaciones del diario del 21 de febrero de 1933, *Diarios, 1932-1933*, p. 183 y del 30 de abril de 1933. <<

[31] Azaña, *Obras*, IV, p. 500. Sobre la obstrucción y el trabajo generado, ver las memorias del secretario de la Cámara, Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 43-46. <<

[32] Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 230-231. <<

[33] Azaña, *Obras*, IV, pp. 530-531, 533. <<

[34] Preston, *The Coming of the Spanish Civil War*, pp. 113-115. <<

[35] *El Socialista*, 25, 26, 28 y 30 de enero de 1934; *Boletín de la Unión General de Trabajadores*, febrero de 1934; Gabriel Mario de Coca, *Anti-Caballero: una crítica marxista de la bolchevización del Partido Socialista Obrero Español*, Ediciones Engels, Madrid, 1936, pp. 137142. Véase también Preston, *The Coming of the Spanish Civil War*, pp. 137-138. <<

[36] Saborit, *Besteiro*, p. 251; Prieto, *Convulsiones*, III, pp. 331-332. <<

[37] Alcalá Zamora, *Memorias*, p. 301. <<

[38] La lectura inaugural fue publicada en Julián Besteiro, *Marxismo y antimarxismo*, Madrid, 1935. El texto está reimpreso en Julián Besteiro, *Obras completas*, 3 vols., Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1983, III, pp. 227-234. La consiguiente polémica puede consultarse en Luis Araquistain, «El marxismo en la Academia», «Un marxismo contra Marx», «La esencia del marxismo», *Leviatán*, núms. 13-15, mayo-julio de 1935; Julián Besteiro, «Leviatán: el socialismo mitológico», «Mi crítico empieza a razonar», *Democracia*, 15 de junio, 6 de julio de 1935. Véanse también los comentarios de Heywood, *Marxism*, pp. 158-159 y Preston, *The Coming of the Spanish Civil War*, pp. 221-222. <<

[39] Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 232; Lamo de Espinosa y Contreras, *Besteiro*, p. 107. <<

[40] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., Librairie Espagnole, París, 1968, I, p. 182. <<

[41] Saborit, *Besteiro*, p. 270. <<

[42] Saborit, *Besteiro*, pp. 269, 271-272; Julio Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, Heinemann, Londres, 1940, p. 292; Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, pp. 198-203, 210-211. <<

[43] *ABC*, 20 de febrero de 1937. <<

[44] Sobre la reluctancia británica, ver los comentarios de distintos funcionarios del Foreign Office, 28 de enero-4 de febrero de 1937, PRO FO372/3233, T2443/1/379 y T2541/1/379. <<

[45] Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos: cartas a un amigo*, Editores Unidos, México, D. F., 1954, p. 199; Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1973, p. 760. El 24 de marzo de 1937, Sir George Mounsey le dijo a Azcárate que «estamos muy satisfechos por la selección del Sr. Besteiro para esta misión». FO372/3234, T437/1/1379. <<

[46] Actas por Mounsey y Eden, 29 de abril, textos de los telegramas a los embajadores enviados el 11 de mayo de 1937, FO371121333, W930617/41. <<

[47] Eden a Phipps (París), 11 de mayo de 1937 (y a los embajadores en Berlín, Roma, Lisboa y Moscú), 11 de mayo de 1937, *Documents on British Foreign Policy 1919-1939*, Second Series, vol. XVIII, HMSO, Londres, 1980, pp. 732-733; Leche (Valencia) a Eden, 12 de mayo, *British Documents on Foreign Affairs*, University Publications of America, Washington, 1993, p. 108. Véase también Henderson (Berlín) a Eden, 12 de mayo; Wingfield (Lisboa) a Eden, 13 de mayo; Drummond (Roma) a Eden, 14 de mayo; Chilton (Moscú) a Eden, 15 de mayo; *DBFP 1919-1939*, 2, XVIII, pp. 740-742, 750-752. <<

[48] Azaña, *Obras*, IV, pp. 588, 833; Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1976, pp. 64-67 ; Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la guerra civil española*, Siglo XXI de España, Madrid, 1996, p. 171. <<

[49] Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1965, pp. 441-442. <<

[50] Largo Caballero, *Mis recuerdos*, p. 200; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, II, pp. 144-145. <<

[51] Azaña, *Obras*, IV, pp. 655-656; Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic*, Harnish Hamilton, Londres, 1940, pp. 362-363. <<

[52] Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 190-191; Azaña, *Obras*, IV, p. 655. <<

[53] Azaña, *Obras*, IV, pp. 895-896. <<

[54] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 758-760. Ver también Jackson, *The Spanish Republic*, pp. 470-471. <<

[55] Ramón Lamoneda, *Posiciones políticas, documentos, correspondencia*, Roca, México D. F., p. 95. <<

[56] Buckley, *Life and Death*, p. 363. El punto de vista de Buckley está compartido por el analista socialista Antonio Ramos Oliveira, *Politics, Economics and Men*, pp. 645-646. <<

[57] Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Bruguera, 1981, Barcelona, pp. 26-27. Sobre Tierno, que tenía mucho en común con Besteiro, no menos como profesor universitario que gozó de considerable popularidad en Madrid, ver Elías Díaz, *Ética contra política. Los intelectuales y el poder*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990, pp. 131-187 y Raúl Morodo, *Tierno Galván y otros precursores políticos*, Ediciones El País, 1937, Madrid, pp. 151-267. <<

[58] Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, pp. 220-222; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, II, p. 145. <<

[59] «Declaración del testigo don Luis de Sosa y Pérez» y «Declaración de don Antonio Luna García» en Ignacio Arenillas de Chaves, *El proceso de Besteiro*, Revista de Occidente, Madrid, 1976, pp. 188-196. Véase también *ibíd*., pp. 240, 323-328; Besteiro, *Cartas*, pp. 128, 138; Lamo de Espinosa y Contreras, *Besteiro*, pp. 113-116; Ricardo de la Cierva, *1939, Agonía y victoria (El protocolo 277*), Planeta, Barcelona, 1989, pp. 49-52. <<

[60] «Informe ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español», reproducido en Prieto, *Convulsiones*, I, pp. 27-70; Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 136-145; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 844-854; Santos Julià Díaz, *Historia del socialismo español (1931-1939*), L'Avenç /Conjunto Editorial, Barcelona, 1989, pp. 273-275. <<

[61] Sobre la lista reorganizada de candidatos y las razones de ello, Graham, *Socialism and War*, pp. 115-117, 153-154. <<

[62] Actas de la Comisión Ejecutiva, septiembre de 1938, Fundación Pablo Iglesias, AH-20-5; Dolores Ibárruri y otros, *Guerra y revolución en España*, 4 vols., Progreso, Moscú, 1967-1977, I, pp. 139-140; Besteiro, *Cartas*, p. 127; Julià, *Historia del socialismo*, pp. 27-37; Graham, *Socialism and War*, pp. 151-155. <<

[63] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, II, pp. 173, 178. <<

[64] Palmiro Togliatti, *Opere IV*, Editori Riuniti, Roma, 1979, pp. 352, 356. <<

[65] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, II, p. 141; Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña (seguido por el epistolario de Manuel Azaña con Cipriano Rivas Cherif de 1921 a 1937*), Grijalbo, Barcelona, 1980, p. 437. <<

[66] Véase su defensa final en su juicio, Saborit, *Besteiro*, p. 285; Azaña, *Obras*, IV, p. 895 <<

[67] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, II, p. 90. <<

[68] Actas de la Comisión Ejecutiva, 15 de noviembre de 1938, F. P. I., AH-20-5; Lamoneda, *Posiciones políticas*, p. 96. <<

[69] Actas de la Comisión Ejecutiva, 15 de noviembre de 1938, F. P. I., AH-20-5; Ibárruri y otros, *Guerra y revolución*, IV, p. 166; Lamoneda, *Posiciones políticas*, p. 96. <<

[70] Azaña, *Obras*, IV, p. 895; Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, p. 394; Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 222; Saborit, *Besteiro*, p. 285; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, II, pp. 190-191. <<

[71] «Declaración de don Antonio Luna García» en Arenillas, *El proceso*, pp. 192-193; *Ibíd*., p. 241; La Cierva, *1939*, pp. 54-56; José Manuel Martínez Brande, *Los cien últimos días de la República*, Caralt, Barcelona, 1973, pp. 119 ff. <<

[72] Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, II, pp. 195, 270; Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, p. 230. <<

[73] La Cierva, *1939*, pp. 79-80, 91, 110, 118, 120-121. Cf. Segismundo Casado, *The Last Days of Madrid*, Peter Davies, Londres, 1939, p. 276. <<

[74] Lamoneda, *Posiciones políticas*, p. 96. <<

[75] Togliatti, «Relazione del 21 maggio 1939», *Opere*, IV, pp. 343-410; Graham, *Socialism and War*, pp. 234-235. <<

[76] Manuel Portela Valladares, *Dietario de dos guerras (19361950). Notas, polémicas y correspondencia de un centrista español*, Ediciós Castro, La Coruña, 1988, p. 152. <<

[77] Jackson, *The Spanish Republic*, p. 471. <<

[78] Tierno Galván, *Cabos sueltos*, pp. 26-27, 34. Cf. Gabriel Morón, *Política de ayer y política de mañana. Los socialistas ante el problema español*, Talleres Numancia, México D. F., 1942, pp. 142-143. <<

[79] Lamo de Espinosa y Contreras, *Besteiro*, p. 116. <<

[80] «Declaración de don Antonio Luna García» en Arenillas, *El proceso*, p. 193. <<

[81] Eduardo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín*, Roca, México D. F., 1976, pp. 150, 154-155; F. Ferrándiz Alborz, *La bestia contra España. Reportaje de los últimos días de la guerra española y los primeros de la bestia triunfante*, CISA, Montevideo, 1951, p. 73. <<

[82] Para el texto de su discurso, ver *El Socialista*, 7 de marzo de 1939; la descripción de Besteiro, José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1940, pp. 131, 71-72. <<

[83] Según Wenceslao Carrillo, ministro del Interior en el Consejo de Defensa Nacional. Ver el informe no inédito de Eustaquio Cañas, «Marzo de 1939. El último mes», en la Fundación Pablo Iglesias, ARLF-172-30, p. 28. <<

[84] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Ruedo Ibérico, París, 1976, p. 209. <<

[85] Cañas, «Marzo de 1939», FPI/ARLF-172-30, pp. 29-30. <<

[86] Agradezco a Hilari Raguer haberme facilitado esta información. <<

[87] Besteiro, *Obras*, III, pp. 435-437. <<

[88] Regina García, *Yo he sido marxista, el cómo y el porqué de una conversión*, Editora Nacional, Madrid, 2.ª edición, 1952, pp. 330-331. <<

[89] Casado, *The Last Days*, pp. 290-291; La Cierva, *1939*, p. 266; Ferrándiz Alborz, *La bestia*, p. 74. <<

[90] Domínguez, *Los vencedores de Negrín*, p. 213. <<

[91] «Declaración de don Antonio Luna García» en Arenillas, *El proceso*, p. 195. <<

[92] García Pradas, *Cómo terminó la guerra*, p. 131. <<

[93] Mera, *Guerra, exilio, y cárcel*, pp. 224-225. <<

[94] José del Río, «Besteiro, mártir», *El Socialista*, 24 de septiembre de 1959. Ver también Jackson, *The Spanish Republic*, p. 471, que habla de «la noción de sacrificio vicario, la esperanza de que su encarcelamiento y muerte pudieran aligerar las responsabilidades de represalias sobre otros». <<

[95] García Pradas, *Cómo terminó la guerra*, p. 131. <<

[96] Saborit, *Besteiro*, p. 300. <<

[97] Besteiro, *Cartas*, p. 121. <<

[98] Elías Díaz, *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón*, Alianza, Madrid, 1994, pp. 61-62. <<

[99] Prieto, *Convulsiones*, II, pp. 334-337. <<

[100] En Saborit, *Besteiro*, pp. 293-295. <<

[101] Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda*, p. 76. <<

[102] Sobre el encarcelamiento y muerte de Besteiro, ver «Notas de Dolores Cebrián» en Besteiro, *Cartas*, pp. 177-202; Saborit, *Besteiro*, pp. 301-315. <<

[103] Prieto, *Convulsiones*, III, p. 331. <<

[104] Zulueta, «Introducción» a Besteiro, *Cartas*, p. 23. <<

[1] Emilio Mola Vidal, *Obras completas*, Editorial y Librería Santarén, Valladolid, 1940, p. 1178. <<

[2] Joaquín Arrarás, prefacio de *Memorias íntimas de Azaña*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939, p. 6. <<

[3] Francisco Casares, *Azaña y ellos*, Librería Prieto, Granada, 1938, pp. 26, 34. <<

[4] Sobre las tensiones entre ellos, véase el capítulo «Un quijote en la política» de la presente obra. <<

[5] Salvador de Madariaga, *Españoles de mi tiempo*, Planeta, Barcelona, 1981, pp. 230-233. <<

[6] Manuel Azaña, *El jardín de los frailes*, Sáez Hermano, Madrid, 1927. <<

[7] Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, Grijalbo, Barcelona, 1980, pp. 21-174; Frank Sedwick, *The Tragedy of Manuel Azaña and the Fate of the Spanish Republic*, Ohio State University Press, Ohio, 1963, pp. 3-81; José María Marco, *Azaña*, Mondadori, Madrid, 1990, pp. 9-116. <<

[8] Véase el agudo prólogo de Madariaga en Sedwick, *Azaña*, pp. VII-X. <<

[9] Sedwick, *Azaña*, pp. 21-22. <<

[10] Manuel Tuñón de Lara, «El proyecto político de Manuel Azaña en la coyuntura de la República y la Guerra», en *Historia contemporánea*, n.º 1, 1988, pp. 11-31. <<

[11] Azaña, entrada en su diario del 18 de agosto de 1931, *OO. CC.*, IV, pp. 85-86. <<

[12] Julià, *Azaña*, p. 86. <<

[13] Manuel Azaña, *Estudios de política francesa. I: La política militar*, Saturnino Calleja, Madrid, s. f. [1918]. Para un comentario, véase Michael Alpert, «Azaña y la política militar francesa», en *Revista de Extremadura*, n.º 19, segunda época, enero-abril de 1996, pp. 33-42. <<

[14] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973, I, pp. 7, 14, 22-23; Santos Julià, *Manuel Azaña, una biografía política, del Ateneo al Palacio Nacional*, Alianza, Madrid, 1990, pp. 98-106. <<

[15] Antonio Cordón, *Trayectoria* (recuerdos de un artillero), Ebro, París, 1971, p. 196; Salas Larrazábal, *Ejército popular*, I, pp. 5-6; Julià, *Azaña*, p. 106. <<

[16] Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña (1931-1933*), Siglo XXI, Madrid, 1982, pp. 125-131; *ABC*, 24 de abril de 1931; *La Época*, 24 de abril de 1931. <<

[17] Mola, *Obras*, pp. 1056-1058; Alpert, *La reforma militar*, pp. 133-150; Mariano Aguilar Olivencia, *El Ejército español durante la Segunda República*, Econorte, Madrid, 1986, pp. 65-75. <<

[18] Dámaso Berenguer, *De la Dictadura a la República*, Plus Ultra, Madrid, 1946, p. 407. <<

[19] Mola, *Obras*, pp. 879-880; José María Iribarren, *Mola, datos para una biografía y para la historia del alzamiento nacional*, Librería General, Zaragoza, 1938, pp. 39-40. <<

[20] Azaña, entrada en su diario del 2 de septiembre de 1931, *OO. CC.*, IV, pp. 115-116. <<

[21] Carolyn P. Boyd, «Responsibilities and the Second Republic, 1931-1936 », en Martin Blinkhorn, recop., *Spain in Conflict 1931-1939: Democracy and its Enemies*, Sage Publications, Londres, 1986, pp. 14-39. <<

[22] «Responsibilities», pp. 22-23. <<

[23] Alpert, *La reforma militar*, pp. 216-228; Azaña, entrada en su diario del 20 de julio de 1931, *OO. CC.*, IV, p. 35. <<

[24] *La Correspondencia Militar*, 18 de junio, 17 y 31 de julio de 1931; Mola, *Obras*, pp. 1045-1065; véase Cordón, *Trayectoria*, p. 94. <<

[25] El discurso figura en su totalidad en Eduardo Espín, *Azaña en el poder: el partido de Acción Republicana*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1980, pp. 323-334. Véase p. 330. Sobre lo injusto de la acusación, véase Alpert, *La reforma militar*, pp. 293-297, cuya versión contiene algunos fallos por su aceptación de la versión incorrecta del discurso que figura en Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, Imprenta Mañez, México, D. F., 1962, p. 227; Payne, *Politics & the Military*, p. 275, acepta que Azaña pronunció la frase ofensiva; Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, 3.ª edición, Hamish Hamilton, 1977, p. 92, acepta la versión de Maura. <<

[26] Cordón, *Trayectoria*, pp. 192-193, 197; Julià, *Azaña*, pp. 101-102. <<

[27] «Discurso de despedida en el cierre de la Academia General Militar», *Revista de Historia Militar*, año XX, n.º 40, 1976, pp. 335-337. <<

[28] Azaña, entradas en su diario del 16 y el 22 de julio de 1931, *OO. CC*., IV, pp. 33, 39; véase también el 9 de diciembre de 1932, *Memorias íntimas de Azaña*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939, pp. 307-308. Hoja de servicios militar de Franco en [Franco Bahamonde, Francisco] *Hoja de servicios del Caudillo de España, Excmo. Sr. Don Francisco Franco Bahamonde y su genealogía*, Esteban Carvallo de Cora, recop., Autor, Madrid, 1967, pp. 82-83. <<

[29] El texto íntegro figura en Azaña, *OO. CC.*, II, pp. 49-58. <<

[30] Correspondencia entre el cardenal Vidal i Barraquer y Lluís Nicolau d'Olwer el 22 de noviembre de 1931, entre el cardenal Vidal y Manuel Azaña el 24 y el 25 de noviembre de 1931, y entre el cardenal Vidal y el cardenal Pacelli, en la que habla de una conversación con Azaña, el 28 de noviembre de 1931, Arxiu Vidal i Barraquer, *Església i Estat durant la segona República espanyola*, 4 vols. En 8 partes, Monestir de Montserrrat, Barcelona, 1971-1990, II, pp. 48-49, 158-163, 168, 179-180. <<

[31] Azaña, entrada en su diario del 14 de octubre de 1931, *OO. CC.*, IV, pp. 183-186. <<

[32] Azaña, entrada en su diario del 4 de septiembre de 1931, *OO. CC.*, IV, p. 120. <<

[33] Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 351. <<

[34] Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 412. <<

[35] Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 424. <<

[36] Azaña, *OO. CC.*, II, pp. 862-874. <<

[37] Azaña, *OO. CC.*, II, p. 141. <<

[38] Julio Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, Putnam, Londres, 1950, p. 228. <<

[39] Ángel Ossorio, *Mis memorias*, Losada, Buenos Aires, 1946, p. 226. <<

[40] Azaña, *Discursos en las Cortes del 27 de mayo, el 2 y el 3 de junio de 1932*, pp. 248-309. <<

[41] Azaña, *OO. CC.*, IV, pp. 644, 648. <<

[42] Juan Simeón Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Grijalbo, Barcelona, 1978, p. 21; véase también las *Actas de la Comisión Ejecutiva del PSOE*, celebrada en la Fundación Pablo Iglesias, Madrid, los días 24, 25, 27 y 31 de octubre y el 22 y el 29 de noviembre de 1933. <<

[43] Resulta difícil una conclusión del todo acertada en cuanto a las lealtades partidistas de los diputados en las Cortes de la República. Véase Enrique López Sevilla, *El Partido Socialista en las Cortes Constituyentes de la segunda República*, Ediciones Pablo Iglesias, México D. F., 1969; Jesús Lozano, *La segunda República: imágenes, cronología y documentos*, Acervo, Barcelona, 1973, pp. 445-462. <<

[44] Francisco Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores*, Gráfica Socialista, Madrid, 1934, pp. 163-166. <<

[45] Preston, *La destrucción*, pp. 135-173. <<

[46] Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 661. <<

[47] Azaña, *OO. CC.*, II, pp. 433-434. <<

[48] Azaña, *OO. CC.*, II, p. 430. <<

[49] Azaña, *OO. CC.*, II, p. 431. <<

[50] Luis Araquistain, «La utopía de Azaña», en *Leviatán*, n.º 5, septiembre de 1934, pp. 18-30. <<

[51] Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 643-644. <<

[52] Azaña, *OO. CC.*, II, p. 434. <<

[53] Azaña, *OO. CC.*, II, pp. 833-842. <<

[54] Azaña, *OO. CC.*, II, pp. 849-850. <<

[55] Azaña, *OO. CC.*, IV, pp. 649-652; Vidarte, *Bienio negro*, pp. 90-97. <<

[56] Indalecio Prieto, *Discursos en América con el pensamiento puesto en España*, Federación de Juventudes Socialistas, México D. F., s. f. [pero 1945], pp. 102-103. <<

[57] Azaña, *OO. CC.*, IV, pp. 659-660, II, pp. 901-910. <<

[58] *El Liberal*, 6 de febrero de 1934; Azaña, *OO. CC.*, II, pp. 911944, sobre todo pp. 926-927; Vidarte, *Bienio negro*, pp. 98-100. <<

[59] Azaña, *OO. CC.*, IV, pp. 660-661. <<

[60] Manuel Ramírez Jiménez, «La formación de Unión Republicana y su papel en las elecciones de 1926», en *Las reformas* de la *Segunda República*, Túcar, Madrid, 1977, pp. 125-169. <<

[61] Preston, *La destrucción*, pp. 166-172; Vidarte, *Bienio negro*, pp. 113-114, 141, 184-185, 210; Manuel Benavides, *La revolución fue así*, Imprenta Industrial, Barcelona, 1935, pp. 9-20. <<

[62] Azaña, *OO. CC.*, IV, pp. 653-654. <<

[63] Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 5-21, sobre todo pp. 11-13. <<

[64] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 294. <<

[65] Azaña, *OO. CC.*, IV, pp. 667-668. <<

[66] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 299-300. <<

[67] Carta de Azaña a Prieto, el 25 de diciembre de 1934, *OO. CC.*, III, pp. 589-590. <<

[68] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 297-300. <<

[69] Julià, *Azaña*, pp. 388-390. Carta abierta en Azaña, *Mi rebelión*, pp. 5-8. <<

[70] Carta de Azaña a Prieto, el 25 de diciembre de 1934, Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 589-590. <<

[71] A. C. Márquez Tornero, *Testimonio de mi tiempo (memorias de un español republicano*), Orígenes, Madrid, 1979, p. 115; Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 298-300. <<

[72] Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 591-593. <<

[73] *La Libertad*, 13 de abril de 1935; Diego Martínez Barrio, *Orígenes del Frente Popular español*, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, Buenos Aires, 1943, pp. 24-31; Julià, *Orígenes*, pp. 31-33. <<

[74] Sobre el papel de Prieto, véase Preston, *La destrucción*, pp. 183203; Santos Julià, *La izquierda del PSOE (1935-1936*), Siglo XXI, Madrid, 1977, pp. 53-111; Vidarte, *Bienio negro*, pp. 387-514. <<

[75] Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 229-293; Márquez Tornero, *Testimonio,* pp. 118-121. <<

[76] Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic*, Hamish Hamilton, Londres, 1940, pp. 182-183. <<

[77] Sedwick, *Azaña*, p. 152. <<

[78] Carta de Azaña a Prieto, 7 de agosto de 1935, Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 603-604. <<

[79] Carta de Azaña a De Francisco, el 14 de noviembre de 1935, en Fundación Pablo Iglesias, Madrid (AH, 24-29). <<

[80] Vidarte, *Bienio negro*, pp. 493-514; Preston, *La destrucción*, pp. 196-203. <<

[81] Paul Preston, *Franco: A Biography*, Harper Collins, Londres, 1993, pp. 115-119; Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1973, pp. 40-55; Azaña, *OO. CC.*, IV, p. 563. <<

[82] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 320-322. Azaña, entrada en su diario del 19 de febrero de 1936, *OO. CC.*, IV, pp. 563-567; véase también carta de Azaña a Rivas Cherif del 16 de marzo de 1936, publicada en *Retrato*, pp. 662-665. <<

[83] Azaña a Rivas Cherif el 17 de marzo de 1936, en Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 665-666. <<

[84] Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 297-307. <<

[85] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 323-324; carta de Azaña a Rivas Cherif, en Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 662-679. <<

[86] Azaña a Rivas Cherif el 10 de abril de 1936, en Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 675-677. <<

[87] A este respecto, véase Julià, *Azaña*, p. 486. <<

[88] Azaña a Rivas Cherif el 14 de mayo de 1936, en Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 680-682; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 96-97. <<

[89] Azaña a Rivas Cherif el 14 de mayo de 1936, en Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 682-684; *Claridad*, 8, 10, 11, 12 y 22 de abril de 1936; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 97-99; Francisco Largo Caballero, *Escritos de la República* (edición, estudio preliminar y notas de Santos Julià), Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1985, pp. 299-300; Largo Caballero, *Mis recuerdos*, p. 155; Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., Librairie Espagnole, París, 1968, I, p. 20. <<

[90] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 115-118. <<

[91] Indalecio Prieto, *Cartas a un escultor. Pequeños detalles* de *grandes sucesos*, Losada, Buenos Aires, 1961, pp. 44-45. <<

[92] Azaña a Rivas Cherif el 14 y el 18 de mayo y el 5 de junio de 1936, en Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 679-692. <<

[93] Azaña, entrada en su diario del 7 de agosto de 1937, *OO. CC.*, IV, pp. 714-716; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983, pp. 356-368; Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Editores Unidos, México D. F., 1954, pp. 166-168, 191; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 263-286; Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, I, pp. 57-65; Luis Romero, *Tres días de julio*, Ariel, Barcelona, 1968, 2.ª edición, pp. 158, 193, 914-915. <<

[94] Emilio González López, *Memorias de un diputado republicano en la guerra civil española (1936-1939*), Ediciós do Castro, La Coruña, 1990, pp. 21-22. <<

[95] Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 434-435. <<

[96] Ossorio, *Mis memorias*, p. 226. <<

[97] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 381. <<

[98] Rivas Cherif, *Retrato*, pp. 344-347. <<

[99] Azaña, *OO. CC.*, III, p. 395. <<

[100] Carles Gerhard, *Comissari de la Generalitat a Montserrat (1936-1939*), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Montserrat, 1982, pp. 383-392, 410-432. <<

[101] Azaña, *OO. CC.*, III, p. 341. <<

[102] Azaña, entrada en su diario del 20 de mayo de 1937, *OO. CC.*, IV, pp. 575-599. <<

[103] Véase el capítulo sobre Besteiro en la presente obra. <<

[104] Santos Julià, «Presidente por última vez: Azaña en la crisis de mayo de 1937», en *Manuel Azaña: Pensamiento y acción*, recop. por Alicia Alted, Ángeles Egido y María Fernanda Mancebo, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pp. 240-244; Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 99-101. <<

[105] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 403. <<

[106] Azaña, entrada en su diario del 22 de abril de 1938, *OO. CC.*, IV, p. 877. <<

[107] Azaña, entrada en su diario del 17 de junio de 1937, *OO. CC.*, IV, pp. 623-624. <<

[108] Julià, «Presidente por última vez», pp. 240-244. <<

[109] Azaña, entrada en su diario del 19 de agosto de 1937, IV, pp. 742-743. <<

[110] Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 607-609. <<

[111] Azaña, *OO. CC.*, III, pp. 330, 336. <<

[112] Véase, por ejemplo, el capítulo sobre Besteiro en la presente obra. <<

[113] Azaña, *OO. CC.*, III, p. 355. <<

[114] Azaña a Ossorio el 28 de junio de 1939, *OO. CC.*, III, pp. 535-554. <<

[115] Rivas Cherif, *Retrato*, p. 415. <<

[116] Alberto Reig Tapia, *Violencia y terror. Estudios sobre la guerra civil española*, Akal, Madrid, 1990, p. 171. <<

[117] *ABC*, 1, 2 y 3 de abril de 1940. <<

[1] La acusación más virulenta de cobardía se encuentra en el malévolo comentario a la colección de escritos de Prieto, recopilada de modo tendencioso por el propagandista franquista Mauricio Carlavilla, Indalecio Prieto, *Yo y Moscú*, Editorial Nos, Madrid, 1955, p. 63. Véase también Francisco Casares, *Azaña y ellos*, Editorial y Librería Prieto, Granada, 1938, pp. 149-160. <<

[2] A este respecto, el homenaje de un antiguo enemigo resulta especialmente pertinente, Santiago Carrillo, *Juez y parte*. *15 retratos españoles*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996. Véase también Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, Imprenta Mañez, México D. F., 1962, pp. 216. <<

[3] Alfonso Carlos Saiz Valdivieso, *Indalecio Prieto. Crónica de un corazón*, Planeta, Barcelona, 1984, pp. 243-244. <<

[4] Salvador de Madariaga, *Españoles de mi tiempo*, Planeta, Barcelona, 1974, p. 273; Azaña, entradas del diario del 15 de julio de 1931 y del 19 de abril de 1932, Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., Oasis, México D. F., 1966-1968, IV, pp. 31-32, 374; Santiago Carrillo, *Juez y parte*, p. 56. <<

[5] Azaña, entrada del diario del 13 de noviembre de 1931, *Obras*, IV, p. 222. <<

[6] Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, p. 217. <<

[7] Un ensayo autobiográfico escrito por Prieto en 1930, publicado con el título de «Indalecio Prieto, la fascinación de la política», *Revista del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo*, n.º 203, diciembre de 1983, p. 6; Juan Pablo Fusi, *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Alianza Universidad, Madrid, 1984, pp. 103-104. <<

[8] Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Editores Unidos, México D. F., 1954, p. 153. <<

[9] Antonio Masip, *Indalecio Prieto y Oviedo*, Baraza Oviedo, Oviedo, 1981, pp. 5-8. <<

[10] Prieto, «La fascinación de la política», pp. 6-8; Masip, *Prieto*, pp. 12-13 . Véase también Saiz Valdivieso, *Prieto*, pp. 17-18. Acerca de su rectitud, véase Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 217-218. <<

[11] Prieto, «La fascinación de la política», pp. 6-8; Indalecio Prieto, *Palabras al viento*, Ediciones Oasis, México D. F., 1969, pp. 14-15; Saiz Valdivieso, *Prieto*, pp. 21-26; Fusi, *El País Vasco*, pp. 103-104. <<

[12] Saiz Valdivieso, *Prieto*, pp. 29-33. <<

[13] Fusi, *El País Vasco*, p. 105. <<

[14] Juan Pablo Fusi, *Política obrera en el País Vasco*, Ediciones Turner, Madrid, 1975, pp. 333-358. <<

[15] Saiz Valdivieso, *Prieto*, pp. 48-50; Juan Antonio Lacomba, *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970, pp. 213-255; Carlos Forcadell, *Parlamentarismo* y *bolchevización: el movimiento obrero español 1914-1918*, Taurus, Barcelona, 1978, pp. 237-250; Manuel Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España*, Alianza, Madrid, 1970, capítulo 10. <<

[16] Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos: cartas a un amigo*, Editores Unidos, México D. F., 1954, pp. 55-58; Julián Besteiro, *Cartas desde la prisión*, Alianza, Madrid, 1988, pp. 29-113. <<

[17] Saiz Valdivieso, *Prieto*, pp. 50-53; Fusi, *Política obrera*, pp. 377-382; Prieto, «La fascinación de la política», pp. 9-10. <<

[18] Fusi, *Política obrera*, p. 429. <<

[19] José Gijaba Velázquez, *Indalecio Prieto y el socialismo español*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1995, p. 13. <<

[20] Fusi, *Política* obrera, pp. 429-435; Gijaba Velázquez, *Indalecio Prieto*, pp. 14-16. <<

[21] Gerald H. Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923*, Stanford University Press, Stanford, 1974, pp. 225-384; Paul Heywood, *Marxism and the Failure of Organized Socialism in Spain 1879-1936*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pp. 62-83; Tuñón de Lara, *El movimiento obrero*, pp. 681-717. <<

[22] Fusi, *Política obrera*, p. 478. <<

[23] David S. Woolman, *Rebels in the Rif: Abd el-Krim and the Rif Rebellion*, Stanford University Press, Stanford, 1968, pp. 83-102. <<

[24] Los artículos se publicaron en Indalecio Prieto, *Con el Rey o contra el Rey*, 2 vols., Planeta, Barcelona, 2.ª ed., 1990, I, pp. 11-38. Véase también Saiz Valdivieso, *Prieto*, pp. 76-77. <<

[25] Prieto, *Con el Rey*, I, pp. 141-209. <<

[26] Publicado como Dictamen de la Minoría Socialista, *El desastre de Melilla: dictamen formulado por Indalecio Prieto como miembro de la Comisión designada por el Congreso de los Diputados para entender en el expediente Picasso*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1922, y en Prieto, *Con el Rey*, II, pp. 37-126. <<

[27] Saiz Valdivieso, *Prieto*, pp. 82-83. <<

[28] Indalecio Prieto, *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*, 3 vols., Oasis, México D. F., 1967-1969, I, pp. 53-55. <<

[29] PSOE, *XII Congreso del Partido Socialista Obrero Español, 28 de junio al 4 de julio de 1928*, Gráfica Socialista, Madrid, 1929, p. 154. <<

[30] PSOE, *Convocatoria y orden del día para el XII Congreso ordinario del Partido Socialista Obrero Español*, Gráfica Socialista, Madrid, 1927, pp. 103-104; PSOE, *XII Congreso*, pp. 140-153. <<

[31] *El Socialista*, 13 de diciembre de 1923; Francisco Largo Caballero, *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores*, Javier Morata, Madrid, 1925, pp. 42-47; Largo Caballero, *Mis recuerdos*, pp. 90-92. <<

[32] Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic*, Routledge, Londres, 2.ª ed., 1994, pp. 18-27. <<

[33] Ricardo Miralles, *El socialismo vasco durante la II República*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1988, pp. 133-136. <<

[34] Gabriel Mario de Coca, *Anti-Caballero. Crítica marxista de la bolchevización del partido socialista*, Ediciones del Centro, Madrid, 2.ª ed., 1975, pp. 31; PSOE, *Memoria: Convocatoria y orden del día para el XIII Congreso ordinario*, Gráfica Socialista, Madrid, 1932, pp. 68-69. <<

[35] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, p. 58. <<

[36] El texto aparece en Prieto, *Con el Rey*, II, pp. 155-177. <<

[37] Preston, *The Coming*, pp. 29-33; Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1967, p. 191; Prieto, *Convulsiones*, I, p. 61. <<

[38] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 69-75. <<

[39] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 83-84, 92; Prieto, *Convulsiones*, I, p. 62. <<

[40] Henry Buckley, *Life and Death of the Second Republic*, Hamish Hamilton, Londres, 1940, p. 168; Isabel de Palencia, *I Must Have Liberty*, Longmans, Green & Co., Nueva York, 1940; Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 104, 107. <<

[41] *El Socialista*, 11 y 12 de julio de 1931; PSOE, *XIII Congreso*, pp. 126-135; Gabriel Morón, *La ruta del socialismo en España*, Planeta, Madrid, 1932, pp. 39-48; Santos Julià, *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*, Alianza, Madrid, 1990, pp. 111-121. <<

[42] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 209, 217-219. Los discursos del 18 y 23 de mayo de 1934 aparecen en Indalecio Prieto, *Dentro y fuera del gobierno. Discursos parlamentarios*, Oasis, México D. F., 1975, pp. 11-64. <<

[43] Azaña, entrada en su diario del 31 de marzo de 1932, *Obras*, IV, p. 392. <<

[44] Azaña, entrada en su diario del 24 de marzo de 1933, *Obras*, IV, pp. 477, 548, 554-555. <<

[45] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 209-210; Jordi Palafox, *Atraso económico y democracia. La segunda República y la economía española, 1892-1936*, Crítica, Barcelona, 1991, p. 180. <<

[46] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 209-210, 219-221. <<

[47] Santos Julià Díaz, *Historia del socialismo español (1931-1939*), Conjunto Editorial, Barcelona, 1989, p. 44; Palafox, *Atraso económico*, pp. 155, 192-193, 209; Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, p. 201. <<

[48] Julià, *Historia del socialismo*, p. 43; Azaña, entradas en su diario del 9 de enero y del 11 de mayo de 1932, *Obras*, IV, pp. 302, 382. <<

[49] Azaña, entrada en su diario del 13 de noviembre de 1931, *Obras*, IV, p. 227. Curiosamente, Prieto conocía a Marcha, con quien tenía una relación tan cordial que, el día después de la reunión del Pacto de San Sebastián, le sugirió en broma que le gustaría dar dinero al comité revolucionario como una especie de seguro, Azaña, entrada en su diario del 3 de abril de 1932, *Obras*, IV, p. 367. <<

[50] Azaña, entradas en su diario del 5 y del 7 de julio de 1931, *Obras*, IV, pp. 13, 18. <<

[51] Azaña, entradas en su diario del 28 y del 31 de julio de 1931, *Obras*, IV, p. 49; Palafox, *Atraso económico*, pp. 290, 294. <<

[52] Azaña, entradas en su diario del 10 de agosto, del 8 de septiembre y del 13 de noviembre de 1931, *Obras*, IV, pp. 76-77, 121, 122. <<

[53] Azaña, entradas en su diario del 7 de agosto y del 22 de septiembre de 1931, *Obras*, IV, pp. 68-70, 140-145; Prieto, *Convulsiones*, I, pp. 101-103. <<

[54] Azaña, entradas en su diario del 1 y 4 de septiembre, del 9 y del 29 de octubre y del 14 de noviembre de 1931, *Obras*, IV, pp. 112, 118, 171, 204-205, 230. <<

[55] Joseph Harrison, *The Spanish Economy in the Twentieth Century*, Croom Helm, Londres, 1985, pp. 99-102. <<

[56] Julià, *Historia del socialismo*, pp. 65-68. <<

[57] Azaña, entradas en su diario del 11, 12 y 13 de diciembre de 1931, *Obras*, IV, pp. 269-275; Prieto compró *El Liberal* el 30 de enero de 1932, véase Saiz Valdivieso, *Prieto*, pp. 134-135 y Joaquín Arrarás, *Memorias íntimas de Azaña*, Ediciones Españolas, Madrid, 1939, p. 86. <<

[58] Azaña, entrada en su diario del 12 de enero de 1932, *Obras*, IV, pp. 308, 382. <<

[59] Azaña, entrada en su diario del 13 de marzo de 1932, *Obras*, IV, p. 350. <<

[60] Prieto explicó su política en el Ministerio de Obras Públicas en tres grandes discursos parlamentarios, pronunciados el 30 de noviembre de 1932, el 16 de agosto de 1933 y el 23 de febrero de 1934. Véase Prieto, *Dentro y fuera del gobierno*, pp. 87-192. Véase también Manuel Díaz Marta, «Indalecio Prieto en Obras Públicas: una gestión intensa y acertada», en *Revista del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo*, n.º 305, diciembre de 1983, pp. 11-15; Palafox, *Atraso económico*, pp. 204-205; Julià, *Historia del socialismo*, pp. 45-46. <<

[61] Azaña, entrada en su diario del 8 de junio de 1932, *Obras*, IV, p. 400. <<

[62] *El Socialista*, 8 y 9 de octubre de 1932; Juan Simeón Vidarte, *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933*, Grijalbo, Barcelona, 1976, pp. 485493; Coca, *Anti-Caballero*, pp. 62-65. <<

[63] Azaña, entrada en su diario del 13 de enero de 1933, *Memorias íntimas*, p. 208. <<

[64] Azaña, entrada en su diario del 14 de abril de 1933, *Obras*, IV, pp. 484-485; Vidarte, *Las Cortes Constituyentes*, pp. 508-535. <<

[65] Azaña, entradas en su diario del 6, 7 y 8 de junio de 1933, *Memorias íntimas*, pp. 254-259; Santos Julià, *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, pp. 258-263. <<

[66] Azaña, entradas en su diario del 9, 10, 11 y 12 de junio de 1933, *Memorias íntimas*, pp. 259-291; Julià, *Azaña*, pp. 264-270. <<

[67] *El Socialista*, 25 de julio de 1933. <<

[68] Indalecio Prieto, *Discursos fundamentales*, Ediciones Turner, Madrid, 1975, pp. 160-180. El comentario de Prieto acerca de la reacción del público se encuentra en Prieto, *Cartas a un escultor*, Losada, Buenos Aires, 1961, pp. 83-91. <<

[69] *El Socialista*, 13 de agosto de 1933. <<

[70] *El Socialista*, 20 de septiembre de 1933; Julià, *Historia del socialismo*, pp. 78-81. <<

[71] Preston, *The Coming*, pp. 115-124. <<

[72] Francisco Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores*, Gráfica Socialista, Madrid, 1934, pp. 163-164. <<

[73] Preston, *The Coming*, pp. 122-155. <<

[74] Prieto, *Convulsiones*, I, pp. 109-112. <<

[75] Azaña, entrada en su diario del 26 de noviembre de 1938, *Obras*, IV, p. 900. <<

[76] Preston, *The Coming*, pp. 161-180. <<

[77] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, 2 vols., Ebro, Bucarest, 1964 y 1970, II, pp. 95-101; Niceto Alcalá Zamora, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 299. <<

[78] Vidarte a Prieto, 20 de marzo de 1935, Prieto al comité ejecutivo del PSOE, 23 de marzo y 26 de abril de 1935, Documentos socialistas, Índice, Madrid, 1935, pp. 17-26. <<

[79] Carta de Ramón González Peña a Prieto del 31 de marzo de 1935, y respuestas de González Peña a un cuestionario que le fue enviado por las Juventudes Socialistas de Madrid, *Documentos socialistas*, pp. 143-155. <<

[80] Conversación del autor con Santiago Carrillo en 1976; véase también Carrillo, *Juez y parte*, p. 56. <<

[81] Largo Caballero, *Mis recuerdos*, p. 145. <<

[82] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1973, p. 99. <<

[83] *Diario de las sesiones de Cortes, Congreso de los Diputados, comenzaron el 16 de marzo de 1936*, 20, 24 y 31 de marzo; Indalecio Prieto, «Prólogo», Luis Romero Solano, *Vísperas de la guerra de España*, El Libro Perfecto, México D. F., s. f. [1947], pp. 3-8; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 71-72; Preston, *The Coming*, pp. 245-250. <<

[84] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 72-81; Preston, *The Coming*, pp. 251-252. <<

[85] Preston, *The Coming*, pp. 252-253, 261-264. <<

[86] Prieto, *Discursos*, pp. 255-273; Prieto, *Cartas a un escultor*, pp. 92-110. <<

[87] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 107-108; José Antonio Primo de Rivera, *Textos de doctrina política*, Sección Femenina, Madrid, 4.ª ed., 1966, pp. 993-998; Prieto, *Convulsiones*, I, pp. 136-137. <<

[88] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 221-222. <<

[89] Azaña, entrada en su diario del 7 de agosto de 1937, *Obras*, IV, p. 714. <<

[90] Prieto, *Cartas a un escultor*, pp. 44-45. <<

[91] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 117-127; Prieto, *Discursos en América*, pp. 29-31; Preston, *The Coming*, pp. 261-265. <<

[92] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 664. <<

[93] Coronel Jesús Pérez Salas, *Guerra en España (1936 a 1939*), Imprenta Grafos, México, D. F., 1947, pp. 77-79. <<

[94] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 115-118. <<

[95] Prieto, *Cartas a un escultor*, pp. 57, 93; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 93-95, 99-100, 146-147. <<

[96] *El Socialista*, 26 de mayo, 1 y 2 de julio de 1936; *Claridad*, 26 de mayo, 1 y 30 de junio, 1, 2 y 13 de julio de 1936; Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 36-50; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 192-196, 205-208; Preston, *The Coming*, pp. 271-274. <<

[97] Prieto, *Convulsiones*, III, pp. 159-160; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 199-200, 859-861. <<

[98] Gijaba Velázquez, *Prieto*, p. 128. <<

[99] Gijaba Velázquez, *Prieto*, p. 132. <<

[100] Prieto, *Cartas a un escultor*, pp. 61-62; Prieto, *Convulsiones*, I, pp. 184-187; Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., Librairie Espagnole, París, 1968, I, pp. 30-31, 39. <<

[101] Graham, *Socialism and War*, p. 56. <<

[102] Mijaíl Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963, p. 55; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, p. 476. Prieto consideraba a Giral como «aburrido», Azaña, entrada en su diario del 28 de marzo de 1932, *Obras*, IV, p. 363. <<

[103] Pietro Nenni, *La guerra de España*, Ediciones Era, México D. F., 1967, p. 105. <<

[104] Ramón Lamoneda, *Posiciones políticas —documentos— correspondencia*, Roca, México D. F., 1976, p. 228. <<

[105] Koltsov, *Diario*, p. 55. <<

[106] Koltsov, *Diario*, pp. 64-65. <<

[107] Prieto, *Convulsiones*, II, p. 28; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 481-483. <<

[108] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 618-623; Graham, *Socialism and War*, pp. 131-134. <<

[109] Véase la correspondencia entre Prieto, Largo Caballero y el gobierno vasco, en José Antonio Aguirre, *El informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1978, pp. 351-362. <<

[110] Graham, *Socialism and War*, pp. 58-68. <<

[111] Graham, *Socialism and War*, pp. 94-103. <<

[112] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 661-663, 678-679. <<

[113] Azaña, entrada en su diario del 20 de mayo de 1937, *Obras*, IV, p. 602. <<

[114] Prieto, *Convulsiones*, II, p. 29. <<

[115] Prieto, *Convulsiones*, II. p. 29. <<

[116] Zugazagoitia, *Guerra*, II, p. 14; Aguirre, *Informe*, p. 177; Prieto, *Convulsiones*, II, p. 44. <<

[117] Azaña, entradas en su diario del 24 y el 29 de junio de 1937, *Obras*, IV, pp. 634, 637. <<

[118] Azaña, entrada en su diario del 29 de junio de 1937, *Obras*, IV, pp. 638-640. <<

[119] Azaña, entrada en su diario del 15 de julio de 1937, *Obras*, IV, p. 678. <<

[120] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Editora Nacional, Madrid, 1973, pp. 235-244. <<

[121] Azaña, entrada en su diario del 22 de julio de 1937, *Obras*, IV, pp. 667-668, 691. <<

[122] Zugazagoitia, *Guerra*, pp. 38-43; Prieto, *Convulsiones*, II, p. 44. <<

[123] Azaña, entradas en su diario del 23 y 24 de agosto de 1937, *Obras*, IV, pp. 744, 749. <<

[124] General Vicente Rojo, *España heroica: diez bocetos de la guerra española*, Ariel, Barcelona, 3.ª ed., 1975, pp. 103-105; Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La gran ofensiva sobre Zaragoza*, Editorial San Martín, Madrid, 1973, pp. 78-167; Luis María de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España*, Montaner y Simón, Barcelona, 1940, pp. 78-167; Salas Larrazábal, *Ejército*, II, pp. 1287-1330; Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939*), Ediciones Idea, Madrid, 1940, pp. 499-516. <<

[125] Azaña, entradas en su diario del 31 de agosto y del 8 de septiembre de 1937, *Obras*, IV, pp. 759-760, 768. <<

[126] Azaña, entradas en su diario del 29 de junio y del 15 de septiembre de 1937, *Obras*, IV, pp. 638, 785-786. <<

[127] Dolores Ibárruri, *En la lucha. Palabras y hechos 1936-1939*, Editorial Progreso, Moscú, 1968, pp. 176-185; Azaña, entrada en su diario del 3 de octubre de 1937, *Obras*, IV, p. 810. <<

[128] Azaña, entrada en su diario del 1 de noviembre de 1937, *Obras*, IV, p. 842. <<

[129] Aznar, *Historia militar*, pp. 535-541. <<

[130] Azaña, entrada en su diario del 6 de noviembre de 1937, *Obras*, IV, p. 849; Rojo, *España heroica*, pp. 117-119; Aznar, *Historia militar*, pp. 543-544. <<

[131] Rojo, *España heroica*, pp. 119-125; Servicio Histórico Militar (coronel José Manuel Martínez Bande), *La batalla de Teruel*, Editorial San Martín, Madrid, 2.ª ed., 1990, pp. 52-64; Aznar, *Historia militar*, pp. 545-554; Salas Larrazábal, *Ejército*, II, pp. 1637-1649; Lojendio, *Operaciones militares*, pp. 365-367. <<

[132] Claude Martin, *Franco, soldado y estadista*, Fermín Uriarte, Madrid, 1965, p. 293; Aznar, *Historia militar*, pp. 551, 662; Ramón Garriga, *El general Yagüe*, Planeta, Barcelona, 1985, pp. 139-140. <<

[133] Rojo, *España heroica*, pp. 125, 128-129. <<

[134] Azaña, entrada en su diario del 8 de septiembre de 1937, *Obras*, IV, p. 769. <<

[135] Buckley, *Life and Death*, pp. 336-337. <<

[136] *Documents on German Foreign Policy*, Series D, vol. III, HMSO, Londres, 1951, p. 294. <<

[137] Azaña, entradas en su diario del 15 y 24 de septiembre de 1937, *Obras*, IV, pp. 786, 803. <<

[138] Zugazagoitia, *Guerra*, II, pp. 50-51; Louis Fischer, *Men and Politics: An Autobiography*, Jonathan Cape, Londres, 1941, p. 400. <<

[139] Zugazagoitia, *Guerra*, II, pp. 87-92; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 823-827. <<

[140] Prieto, *Convulsiones*, II, pp. 41-42; *Epistolario Prieto y Negrín*, Imprimerie Nouvelle, París, 1939, pp. 8-9, 23-27; Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 827-829. <<

[141] Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 827-832; Lamoneda, *Posiciones*, pp. 227-229; Zugazagoitia, *Guerra*, II, pp. 94-106; Prieto, *Convulsiones*, II, pp. 28, 42-51. Acerca de la amistad entre Prieto y Negrín, véase Zugazagoitia, *Guerra*, II, pp. 50-51. <<

[142] Gijaba Velázquez, *Prieto*, p. 180. <<

[143] Zugazagoitia, *Guerra*, II, p. 108. <<

[144] Graham , *Socialism and War*, pp. 134-136; Gabriel Morón, *Política de ayer y política de mañana (Los socialistas ante el problema español*), Autor, México D. F., 1942, pp. 91-107. <<

[145] El informe de Prieto al comité nacional figura en Prieto, *Convulsiones*, II, pp. 27-70. Para versiones de la reunión, véase Vidarte, *Todos fuimos culpables*, pp. 844-858; Zugazagoitia, *Guerra*, II, pp. 114-115; Graham, *Socialism and War*, pp. 142-155. <<

[146] Morón, *Política*, p. 55. <<

[147] Prieto, *Palabras al viento*, p. 13. <<

[148] Saiz Valdivieso, *Prieto*, p. 218; Carrillo, *Juez y parte*, p. 72. <<

[149] Prieto, *Palabras al viento*, p. 252. <<

[150] Gijaba Velázquez, *Prieto*, pp. 445-447. <<

[151] Prieto, *Palabras al viento*, pp. 9-10. <<

[152] Manuel Cantarero del Castillo, *Tragedia del socialismo español*, Dopesa, Barcelona, 1971, pp. 262-263. <<

[153] Saiz Valdivieso, *Prieto*, p. 68. <<

[154] Prieto, «La fascinación de la política», p. 10. <<

[155] Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, p. 217. <<

[1] Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta, Barcelona, 1977, pp. 18-24. <<

[2] Dolores Ibárruri, *El único camino*, Editorial Castalia, Madrid, 1992, pp. 444, 535-536. La idea de que había sido monja todavía se creía en los círculos franquistas de mediados de los años ochenta. Luis Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, 8 vols., Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1984, II, p. 10. <<

[3] Francisco Casares, *Azaña y ellos*, Editorial y Librería Prieto, Granada, 1938, pp. 241-243. <<

[4] Ibárruri, *El único camino*, p. 113; Andrés Carabantes y Eugenio Cimorra, *Un mito llamado Pasionaria*, Planeta, Barcelona, 1982, p. 17. <<

[5] Ibárruri, *El único camino*, pp. 139-140. <<

[6] Ibárruri, *El único camino*, pp. 141-142. <<

[7] Andreu Claret Serra, *Pasionaria. Memoria gráfica*, Ediciones PCE, Madrid, 1985, pp. 17-25. <<

[8] José Bullejos, *La Comintern en España*, Impresiones Modernas, México D. F., 1972, pp. 98-100; Joan Estruch, *Historia del PCE (1920-1939*), El Viejo Topo, Barcelona, 1978, pp. 57-58. <<

[9] Manuel Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos*, Planeta, Barcelona, 1995, pp. 72-73; Carabantes y Cimorra, *Un mito*, p. 48. <<

[10] Mijaíl Koltsov, anotación en su diario del 17 de junio de 1937, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 412-413. <<

[11] Ibárruri, *El único camino*, pp. 198-218. <<

[12] Ibárruri, *El único camino*, pp. 222-227, 244-247; Carabantes y Cimorra, *Un mito*, p. 69. <<

[13] María Victoria Fernández Luceño, *José Díaz Ramos. Aproximación a la vida de un luchador obrero*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1992, pp. 41-65, 110-122. <<

[14] Dolores Ibárruri, «Contestación a una carta abierta al camarada Hurtado y a todo el partido», *Mundo Obrero*, 5 de diciembre de 1932; Bullejos, *La Comintern*, pp. 123-208; Rafael Cruz, *El Partido Comunista de España en la II República*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pp. 130-132. <<

[15] Ibárruri, *El único camino*, pp. 257-258, 265-268; Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Temas de Hoy, Madrid, 1996, pp. 130-132. <<

[16] Irene Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 95-99. <<

[17] Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 53-87; Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*, Planeta, Barcelona, 1986, p. 71. <<

[18] Ibárruri, *El único camino*, pp. 269-273; Vittorio Vidali, *Diary of the Twentieth Congress of the Communist Party of the Soviet Union*, Lawrence Hill, Westport, Connecticut, 1984, p. 11. <<

[19] Koltsov, anotación en su diario del 17 de junio de 1937; Ibárruri, *El único camino*, pp. 269-303; Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 128-129. <<

[20] Ibárruri, *El único camino*, pp. 317-318. <<

[21] Paco Ignacio Taibo II, *Historia general de Asturias*, *vol. 8*, *Octubre 1934: la caída*, Silverio Cañada, Gijón, 1978, pp. 213-224; Ibárruri, *El único camino*, pp. 321-328. <<

[22] Ibárruri, *El único camino*, pp. 329-341. <<

[23] Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne: entretiens avec Régis Debray et Max Gallo*, Éditions du Seuil, París, 1974, pp. 105-106. <<

[24] Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 375; Carabantes y Cimorra, *Un mito*, p. 36; véase Palmiro Togliatti, *Opere 1935-1944*, Editori Riuniti, Roma, 1979, p. 314. <<

[25] *Diario de las sesiones de las Cortes, Congreso de los Diputados, comenzaron el 16 de marzo de 1936*, 16 de junio de 1936. Acerca de la supuesta amenaza, véase Suárez Fernández, *Franco*, II, p. 36. <<

[26] Dolores Ibárruri, *En la lucha. Palabras y hechos 1936-1939*, Editorial Progreso, Moscú, 1968, pp. 36-37; Carabantes y Cimorra, *Un mito*, pp. 114-117. <<

[27] Isabel de Palencia, *I Must Have Liberty*, Longmans, Green & Co., Nueva York, 1940, p. 230. <<

[28] Ibárruri, *En la lucha*, p. 39. <<

[29] Ibárruri, *El único camino*, pp. 382-385; Enrique Líster, *Nuestra guerra*, Colección Ebro, París, 1966, pp. 35-36; Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento (Notas de la guerra española*), Colección Ebro, París, 1969, pp. 24-25. <<

[30] Koltsov, anotación en su diario del 20 de agosto de 1936, *Diario*, pp. 42-43. <<

[31] Koltsov, anotación en su diario del 22 de agosto de 1936, *Diario*, p. 478. <<

[32] Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2.ª ed., 1963, pp. 120-121. <<

[33] Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 138. <<

[34] Ibárruri, *En la lucha*, pp. 44-45; Santiago Carrillo, *Juez y parte. 15 retratos españoles*, Plaza & Janés, Barcelona, 1996, p. 114; Manuel Azcárate, *Derrotas y esperanzas. La República, la guerra civil y la resistencia*, Tusquets Editores, Barcelona, 1994, p. 115; conversación del autor con Pierre Vilar. <<

[35] Ibárruri, *El único camino*, pp. 423-424. <<

[36] Azcárate, *Derrotas y esperanzas*, p. 115. <<

[37] Antonio Candela, *Adventures of an Innocent in the Spanish Civil War*, United Writers, Penzance, 1989, pp. 56-57. <<

[38] Dolores Ibárruri, *Guerra y revolución en España 1936-1939*, 4 vols., Editorial Progreso, Madrid, 1966-1977, II, pp. 136-137; Koltsov, *Diario*, p. 330. <<

[39] *Mundo Obrero*, 25 de septiembre de 1936, publicado en Ibárruri, *En la lucha*, pp. 54-56. <<

[40] *Milicia Popular. Diario del 5.º Regimiento de Milicias Populares*, 6 de octubre de 1936. <<

[41] *Milicia Popular*, 12 de agosto de 1936; Juan Andrés Blanco Rodríguez, *El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la guerra civil*, UNED, Madrid, 1993, pp. 31-42; Modesto, *Soy del Quinto Regimiento*, pp. 25-26; Santiago Álvarez, *Memorias II. La guerra civil de 1936/1939. Yo fui comisario político del Ejército Popular*, Ediciós do Castro, La Coruña, 1986, p. 46; Ibárruri, *El único camino*, pp. 403-406; Ibárruri y otros, *Guerra y revolución*, I, p. 273. <<

[42] *Mundo Obrero*, 2 de noviembre de 1936, citado en Ibárruri, *Guerra y revolución*, II, pp. 149-151; Koltsov, anotación en su diario del 2 de noviembre de 1936, *Diario*, pp. 170-171. <<

[43] Constancia de la Mora, *In Place of Splendour*, Michael Joseph, Londres, 1940, p. 272; Ibárruri, *En la lucha*, p. 65. <<

[44] Ibárruri, *En la lucha*, pp. 59-65. <<

[45] *Milicia Popular*, 29 de octubre de 1936; *Estampa*, 7 de noviembre de 1936; Koltsov, anotación en su diario del 26 de octubre de 1936, *Diario*, p. 156; *Pasionaria. Memoria gráfica*, pp. 52-80; Ilya Ehrenburg, *Corresponsal en España*, Ediciones Júcar, Gijón, 1979, p. 70; Carabantes y Cimorra, *Un mito*, p. 133. <<

[46] Geoffrey Cox, *Defence of Madrid*, Victor Gollancz, Londres, 1937, pp. 16-17. <<

[47] Carrillo, *Demain l'Espagne*, p. 106. <<

[48] Álvarez, *Memorias* II, pp. 74-75. <<

[49] Ibárruri, *El único camino*, pp. 437-444; Falcón, *Asalto a los cielos*, p. 429. <<

[50] Vidali, *Diary*, p. 12. <<

[51] Conversación del autor con Irene Falcón, 24 de noviembre de 1997. Véase también Dan Kurzman, *Miracle of November: Madrid's Epic Stand, 1936*, G. P. Putnams, Nueva York, 1980, p. 234. <<

[52] Ibárruri, *En la lucha*, pp. 66-67; Carabantes y Cimorra, *Un mito*, p. 136; Koltsov, anotación en su diario del 6 de noviembre de 1936, *Diario*, pp. 211-213. <<

[53] Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona, 1965, pp. 297-302. <<

[54] Luigi Longo, *Le brigate internazionali in Spagna*, Editori Riuniti, Roma, 1956, p. 74; Carabantes y Cimorra, *Un mito*, p. 137. <<

[55] *Women's Voices from the Spanish Civil War*, Jim Fyrth y Sally Alexander, recop., Lawrence & Wishart, Londres, 1991, p. 159. <<

[56] John Tisa, anotación en su diario del 6 de julio de 1937, *Recalling the Good Fight: An Autobiography of the Spanish Civil War*, Bergin & Garvey, Massachusetts, 1985, pp. 116-117. <<

[57] Ibárruri, *El único camino*, pp. 495-496, 502-504. Los comunistas desconfiaban de Asensio desde hacía mucho tiempo. Véase Koltsov, anotación en su diario del 23 de octubre de 1936, *Diario*, p. 152. <<

[58] Azaña, anotación en su diario del 20 de mayo de 1937, *Obras completas*, 4 vols., Oasis, México D. F., 1966-1968. <<

[59] Ibárruri, *En la lucha*, pp. 152-154. <<

[60] *Women's Voices from the Spanish Civil War*, p. 252. <<

[61] *Women's Voices from the Spanish Civil War*, p. 307. <<

[62] Álvarez, *Memorias II*, pp. 221-222. <<

[63] Candela, *Adventures*, p. 967; Álvarez, *Memorias II*, pp. 231-232. <<

[64] Ibárruri, *En la lucha*, pp. 128-135. <<

[65] Véase la carta abierta a su hijo Rubén, del 2 de octubre de 1936, en Dolores Ibárruri, *Speeches & Articles 1936-1938*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1938, pp. 26-27. <<

[66] Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, G. del Toro, Madrid, 1974, pp. 142-145. Según Irene Falcón, en conversación con el autor, esto es muy poco probable ya que Dolores tenía excelentes relaciones con Díaz, quien se preocupaba más por las aventuras sexuales de Hernández. <<

[67] Togliatti, *Opere 1935-1944*, pp. 273-275. <<

[68] Togliatti, *Opere 1935-1944*, pp. 288, 291. <<

[69] Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, 3 vols., Oasis, México D. F., 1968, II, pp. 34-35; Ronald Fraser, *Blood of Spain: The Experience of the Civil War 1936-1939*, Allen Lane, Londres, 1979, pp. 461-462. <<

[70] Ibárruri, *Speeches & Articles*, pp. 42-45, 76-77; *En la lucha*, pp. 68-70. <<

[71] Ibárruri, *Speeches & Articles*, pp. 60-62. <<

[72] Ibárruri, *El único camino*, p. 515. <<

[73] Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, pp. 145-146. <<

[74] Koltsov, anotación en su diario del 17 de junio de 1937, *Diario*, p. 412. <<

[75] Dolores Ibárruri, *Nuestra bandera*, n.º 1, 15 de julio de 1937, pp. 17-26. <<

[76] Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 143-144. <<

[77] Manuel Azaña, anotación en su diario del 13 de octubre de 1937, *OO. CC.*, IV, pp. 819-821. <<

[78] Ibárruri, *En la lucha*, p. 249. <<

[79] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., Libraire Espagnole, París, 1968, II, pp. 87-92; Juan Simeón Vidarte ,*Todos fuimos culpables*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1973, pp. 823-827. <<

[80] Vincent Sheean, *Not Peace But a Sword*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1939, pp. 183-184. <<

[81] Publicado en Ibárruri, *En la lucha*, pp. 264-317. <<

[82] Sheean, *Not Peace*, pp. 185-187. <<

[83] Ibárruri, *En la lucha*, pp. 354-356. <<

[84] John Tisa, anotaciones en su diario del 12 y el 17 de noviembre de 1938, *Recalling the Good Fight*, pp. 194-196. <<

[85] Ibárruri, *En la lucha*, pp. 264-317. <<

[86] Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 183-185. <<

[87] José Díaz y Dolores Ibárruri, *España y la guerra imperialista: llamamiento del PCE a la emigración española*, PCE, México D. F., 1939, pp. 5-12; Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 29-34. <<

[88] Fred Copeman, *Reason in Revolt*, Blandford Press, Londres, 1948. Según Copeman, la reunión tuvo lugar en noviembre de 1938, cuando Dolores Ibárruri se encontraba aún en España; debió tener lugar en 1939, si bien la referencia al pacto nazi-soviético sugiere que fue antes de noviembre. No cabe duda respecto a la memoria defectuosa de Copeman en materia de fechas ya que habla de la muerte del hijo de Dolores, quien no moriría hasta septiembre de 1942. <<

[89] Enrique Castro Delgado, *Mi fe se perdió en Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona, 1964, p. 85; Enrique Líster, *Así destruyó Carrillo el PCE*, Planeta, Barcelona, 1983, p. 95; Azcárate, *Derrotas y esperanzas*, p. 232; Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, Oasis, México D. F., 1973, p. 390; conversación del autor con Irene Falcón. <<

[90] Tagüeña, *Testimonio*, p. 411; Morán, *Miseria y grandeza*, p. 71. <<

[91] Castro Delgado, *Mi fe*, pp. 86-90. <<

[92] Dolores Ibárruri, *Memorias de Pasionaria 1939-1977. Me faltaba España*, Planeta, Barcelona, 1984, pp. 61-63. <<

[93] Castro Delgado, *Mi fe*, p. 94. <<

[94] Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, p. 144. Afirmó, absurdamente, que la relación de Dolores con Antón provocó la muerte tanto de Rubén como de Julián Ruiz, que de hecho no murió hasta 1977. <<

[95] Ibárruri, *Memorias*, pp. 64-68. <<

[96] Tagüeña, *Testimonio*, pp. 411, 439-440, 456, 465-478; Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 212-217, 227-232; Jesús Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, pp. 99-100; Santiago Carrillo, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1993, p. 358; Fernando Claudín, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983, pp. 70-72. <<

[97] Santiago Álvarez, *Memorias III*, Ediciós do Castro, La Coruña, 1988, pp. 319-321. <<

[98] Ibárruri, *Memorias*, pp. 89-90. <<

[99] Dolores Ibárruri, «Deberes de la hora actual», *Nuestra bandera*, n.º 2, Toulouse, junio de 1945, pp. 3-6. <<

[100] Dolores Ibárruri, «Por un gobierno de coalición nacional», *Nuestra bandera*, n.º 3, Toulouse, septiembre de 1945, pp. 4-10. <<

[101] Dolores Ibárruri, «Informe ante el pleno del Partido Comunista de España, celebrado en Toulouse el 5 de diciembre de 1945», *Nuestra bandera*, n.º 4, Toulouse, enero, febrero de 1946, pp. 13-14. <<

[102] Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 95-97; Carrillo, *Demain l'Espagne*, p. 100; Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 137-138. <<

[103] Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 261-262; Vázquez Montalbán, *Pasionaria*, p. 125. <<

[104] Claudín, *Santiago Carrillo*, pp. 101-102; Carrillo, *Memorias*, pp. 428-437; Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 194-207; Vázquez Montalbán, *Pasionaria*, pp. 127-128; Vidali, *Diary*, p. 50. En conversación con el autor, Santiago Carrillo. <<

[105] Artur London, *On Trial*, Macdonald, Londres, 1970. Presentó la humilde aceptación de su suerte por Antón como poco extraño: «Éramos como miembros de una orden militar medieval». <<

[106] Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 135-137, 140, 239-241; Arthur London, *On Trial*, pp. 147-151, 196-198, 215, 245-246; Azcárate, *Derrotas y esperanzas*, pp. 274, 324-331; Semprún, *Autobiografía*, pp. 141-142; Claudín, *Carrillo*, pp. 65-93; Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 157-158, 203-207. <<

[107] Ibárruri, *Memorias*, p. 149. <<

[108] Dolores Ibárruri, *Informe al Comité Central al 5.º Congreso del P. C. de España* (s. f.), PCE, París, 1955, pp. 10, 20, 70-91. <<

[109] Ibárruri, *Informe*, pp. 8, 11, 16-17, 81-85, 116. <<

[110] Ibárruri, *Informe*, pp. 71, 99-104. <<

[111] Semprún, *Autobiografía*, pp. 218-223. <<

[112] Semprún, *Autobiografía*, pp. 217-224; conversaciones del autor con Jorge Semprún y Santiago Carrillo; Vidali, *Diary*, p. 6. <<

[113] Vidali, *Diary*, pp. 11-12, 52. <<

[114] Ibárruri, *Memorias*, p. 149. <<

[115] Líster, *Así destruyó Carrillo el PCE*, pp. 124-125. <<

[116] Partido Comunista de España, *Declaración por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español* (s. f.), PCE, París, 1956, pp. 3, 5, 29-31, 37-40; Santiago Carrillo, *La situación en la dirección del partido y los problemas del reforzamiento del mismo*, PCE, París, 1956, pp. 23-24; Semprún, *Autobiografía*, p. 38; Morán, *Miseria y grandeza*, pp. 263-280; Claudín, *Carrillo*, pp. 111-120. <<

[117] Dolores Ibárruri, *Por la reconciliación de los españoles hacia la democratización de España*, PCE, París, 1956, pp. 39-42, 83-89, 94-97. <<

[118] Luis Ramírez, *Nuestros primeros veinticinco años*, Ruedo Ibérico, París, 1964, pp. 169-171; Fernando Claudín, *Las divergencias en el partido* (s. f.) [Autor, París, 1965], pp. 21-27; Semprún, *Autobiografía*, pp. 44, 79-80. <<

[119] Semprún, *Autobiografía*, pp. 7-9; Líster, ¡*Basta*!, pp. 187-189. <<

[120] Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 304-312; Ibárruri, *Memorias*, pp. 153-154. <<

[121] Conversaciones del autor con Fernando Claudín y Francesc Vicens en 1978; Ibárruri, *Memorias*, pp. 154-158. <<

[122] Carrillo, *Juez y parte*, p. 121; Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 349352, 359-362; Vázquez Montalbán, *Pasionaria*, p. 174. <<

[123] Carrillo, *Juez y parte*, pp. 120-121; Paul Preston, «The PCE's Long Road to Democracy 1954-1977», en *In Search of Eurocommunism*, Richard Kindersley, recop., Macmillan, Londres, 1981, pp. 55-58. <<

[124] Ibárruri, *Memorias*, p. 201. <<

[125] *Mundo Obrero*, 17 de diciembre de 1975. <<

[126] Falcón, *Asalto a los cielos*, pp. 391-395; Carabantes y Cimorra, *Un mito*, pp. 11-13, 319-323. <<